

A portrait of Erasmus of Rotterdam, an elderly man with a gentle expression, wearing a black cap and a dark robe with a fur collar. He is seated at a desk, with his hands resting on an open book. The background features a wooden panel with intricate carvings and a shelf with books.

# ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ ERASMO DE ROTTERDAM

EDICIÓN DE TOMÁS FANEGO PÉREZ  
AKAL. CLÁSICOS LATINOS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS

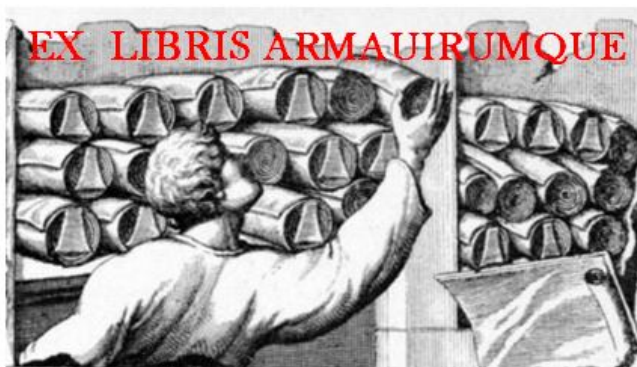
SI ERASMO DE ROTTERDAM ES INDISCUTIBLEMENTE EL PRÍNCIPE DE LOS HUMANISTAS, NO ES MENOS CIERTO QUE SU OBRA MÁS POPULAR ES LA QUE EL LECTOR TIENE AHORA EN SUS MANOS. EL *ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ* FUE, MAL QUE LE PESÓ A SU AUTOR, UN GENUINO «BEST-SELLER» EN SU ÉPOCA. EN SUS PAGINAS, EL ROTERODAMENSE SE EXPLAYÓ A GUSTO CRITICANDO TODOS LOS DEFECTOS Y VICIOS, MAYORES Y MENORES, DE LA SOCIEDAD QUE LE TOCÓ VIVIR. HACIENDO USO Y ALARDE DE UNA INMENSA ERUDICIÓN Y UN FINISIMO SENTIDO DEL HUMOR, ERASMO CONSIGUIÓ DESTAPAR LA CAJA DE LOS TRUENOS E INVOLUCRAR A TODOS LOS ESTAMENTOS Y GREMIOS DE LA CORRUPTA Y ENVILECIDA SOCIEDAD EUROPEA DEL MOMENTO (INCLUIDO EL SUYO PROPIO DE LOS TEÓLOGOS). PERO LO QUE VERDADERAMENTE IMPRESIONA DE ESTA PRETENDIDA OBRITA DE PASATIEMPO ES SU CARÁCTER DE CLÁSICO, SI POR TAL ENTENDEMOS LA OBRA QUE ANTES O DESPUÉS SE HA SACUDIDO EL YUGO DEL TIEMPO. EL *ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ* SIGUE MANTENIENDO, CASI QUINIENTOS AÑOS DESPUÉS DE SU PRIMERA EDICIÓN, LA MISMA FRESCURA Y LOZANÍA, EL MISMO VALOR E IDÉNTICO SIGNIFICADO QUE CUANDO SE COMPUSO. ENTRE SUS LÍNEAS DESCUBRIMOS, MEJOR QUE EN NINGUNA OTRA DE SUS CREACIONES, A ERASMO EN SU DESNUDEZ INTELLECTUAL Y MORAL: EL IRÓNICO Y MORDAZ, EL DESCREÍDO, EL AZOTE DE IMBÉCILES DE CUALQUIER GÉNERO Y CONDICIÓN, PERO TAMBIÉN EL HUMANO, EL CONDESCENDIENTE, EL OPTIMISTA CONVENCIDO Y EL FERVOROSO CREYENTE.



ERASMO DE ROTTERDAM

# ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ

Edición de Tomás Fanego Pérez



Maqueta: RAG  
Diseño de cubierta: Sergio Ramírez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien sin la preceptiva autorización, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte.

© Ediciones Akal, S. A., 2004  
Sector Foresta, I  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 91 806 19 96  
Fax: 91 804 40 28  
ISBN: 84-460-1775-X  
Depósito legal: M-498-2004  
Impreso en Cofás, S. A.  
Móstoles (Madrid)

A Óscar, por tantas tardes juntos,  
ἐν αἷς τὰς φυλακὰς εἶχομεν,  
ὥσπερ εἰς φυλακὴν τινα βληθέντες.

# INTRODUCCIÓN

## I. ERASMO DE ROTTERDAM: ESBOZO BIOGRÁFICO

El primer aspecto que llama la atención del lector que se acerca a la vida de Erasmo es su continuo mudar de residencia. El mayor lapso de tiempo que permaneció asentado en un lugar lo forman los años de infancia que pasó en Rotterdam-Gouda, hasta su ingreso en la escuela de Deventer. Posteriormente, los viajes —nacionales o, mayormente, internacionales— se sucedieron sin cesar. La razón de este frenético trasladarse de un sitio a otro, más sorprendente si tenemos en cuenta que hasta la invención del ferrocarril los larguísimos viajes continentales se hacían a lomos de caballo o en carro —en contadas ocasiones en barco por río—, tiene una doble cara: por un lado, la necesidad imperiosa de ir buscando patronos que pudieran costear la vida de un hombre dedicado a la vida intelectual y espiritual, poco o nada productiva económicamente; y, por otra parte y en relación con lo anterior, el propio talante sumamente inquieto, curioso e independiente de Erasmo. En definitiva, este marcado «nomadismo» es la principal característica de la existencia del roterodamense<sup>1</sup>.

Como sucede con tantos otros personajes célebres, los datos relativos a los primeros momentos de la vida de nuestro humanista son poco claros<sup>2</sup>. Debió de nacer el 28 de octubre de algún año comprendido entre 1466 y 1469 en Rotterdam<sup>3</sup>. Era hijo ilegí-

---

<sup>1</sup> Como nota curiosa al respecto, cabe recordar que sus enemigos, tan numerosos en los últimos años de su vida, haciendo un cruel juego de palabras con su nombre latino *Erasmus*, le llamaban *errans mus*, esto es, «rata vagabunda».

<sup>2</sup> Sin embargo, exceptuado este período, el resto de su vida lo conocemos al detalle gracias a la abundantísima producción epistolar que, aún vivo, dejó publicada. Para la biografía son generales y muy recomendables, entre otros, los trabajos de L.-E. HALKIN, *Erasmus entre nosotros*, trad. de L. Medrano, Madrid, 1995; J. HUIZINGA, *Erasmus*, 2 vols., trad. de C. Horányi, Barcelona, 1987; y C. AUGUSTIJN, *Erasmus de Rotterdam. Vida y obra*, trad. de O. Pellissa, Barcelona, 1990. Para cuestiones de detalle que requieren una discusión que no podemos recoger aquí, el lector interesado puede consultar el texto y los elencos bibliográficos de dichas obras.

<sup>3</sup> La fecha de 1469 viene siendo la más aceptada en los últimos años. Cfr. R. R. POST, «Nochmals Erasmus' Geburtsjahr», *Theologische Zeitschrift* 22 (1966), pp. 319-333. El mismo Erasmo consideraba aconseja-

timo de Geert, un sacerdote que había sido habilidoso copista de manuscritos en Italia, y de Margarita, hija a su vez de un médico, ambos pertenecientes a una modesta clase media holandesa. Sabemos, además, que tenía un hermano mayor de nombre Pieter.

Respecto a su tan conocido nombre –en realidad, fruto de una duplicación–, es simple latinización y helenización del suyo propio: *Geert Geertsz*, es decir, «Gerardo hijo de Gerardo», en holandés vale más o menos lo que *Desiderius* en latín (que aparece en sus textos sólo desde 1496) y *Erasmus* (ἐράσμιος) en griego, esto es, «querido», «deseado». Esta costumbre de latinizar los nombres era, por lo demás, muy frecuente entre los humanistas, que de esta forma buscaban internacionalizar su denominación vernácula<sup>4</sup>. Por otra parte, el nombre de «Erasmus» bien pudo ser resultado de una simple imposición de los padres, que tuvieron en cuenta el de uno de los santos más populares de la época<sup>5</sup>.

En 1473 ó 1474, a la edad de cuatro años, Erasmo es enviado junto con su hermano por primera vez a la escuela de Gouda, una pequeña ciudad rural situada a algo más de dieciocho kilómetros de Rotterdam. A los nueve años su padre lo envía a la escuela capitular de Saint-Lévin en Deventer, adonde se traslada con su madre para permanecer en ella durante cinco años, de 1478 a 1483. Durante este período formó parte del coro de la catedral de Utrecht. Los primeros contactos con el mundo académico e intelectual revelan a Erasmo como un niño poco satisfecho con el –por emplear un término moderno– «currículum educativo». Desde los primeros momentos da muestras de poco interés en los programas y llega a sentir desprecio por sus profesores. Nos encontramos ante un claro ejemplo de niño –y seguimos con una terminología actual– «superdotado». La escuela y lo que en ella aprende se le antoja algo escaso y aburrido. Los libros estaban, en su opinión, anticuados, pertenecían al ámbito cultural e ideológico de la Edad Media: se le enseñaba filosofía escolástica medieval, ésa contra la que en el futuro arremeterá, de una forma u otra, en muchas de sus obras.

A pesar de la visión negativa que un Erasmo ya adulto tiene de esos años de infancia, es en esa época cuando entra en contacto con la literatura grecolatina, tan capital en su vida intelectual, gracias a profesores que ya actúan como humanistas: Alejandro Hegio o Rodolfo Agrícola, a quien en cierta ocasión tuvo la oportunidad de oír con gran impresión para nuestro autor. Erasmo, ávido de conocimientos, saca buen partido de las enseñanzas que recibe en Deventer y a los catorce años ya es capaz de hablar latín como si de una lengua viva se tratase. Por supuesto, su latín escrito llega a niveles de corrección más que considerables. Sus lecturas de los clásicos –especialmente de Horacio– se incrementan.

---

ble adelantar la fecha para rebatir la acusación, que sus enemigos personales le echaban en cara, de haber nacido después de que su padre se hubiese ordenado sacerdote.

<sup>4</sup> Otros ejemplos son *Thomas Morus* (Thomas More), *Jacobus Faber Stapulensis* (Jacques Lefèvre d'Étaples), *Philippus Melancthon* (Philipp Schwartzerd) o *Joannes Paludanus* (Jean Desmarais), por citar sólo a algunos contemporáneos y conocidos del propio Erasmo. La singularidad de su caso estriba en el hecho de que Erasmo duplica su apelativo y llega a ser incluso más conocido por su nombre griego que por el latino. Véase al respecto I. BYWATERS, «The Latinization of the Modern Surname», *Journal of Philology* 33 (1914), pp. 76-94.

<sup>5</sup> Cfr. la mención que de este santo hace la *Estupidez* en el *Elogio de la Estupidez*, cap. 40.

A los trece años de edad sufre un revés que marcará, más de lo que él mismo podría imaginar, el resto de su vida. Su madre muere de la peste. Cuando el colegio se ve amenazado por la plaga y es cerrado, Erasmo regresa a casa de su padre, quien también muere víctima de la epidemia. Al quedar huérfanos, Erasmo y su hermano están a merced de tres tutores (entre ellos Pieter Winckel) que, como sucede en tantas otras ocasiones con tantos otros personajes, parecen mirar más por su propio beneficio que por el de sus tutelados. Cuando Erasmo tenía dieciocho años, son ingresados en la escuela de Bois-le-Duc, en la congregación de los Hermanos de la Vida Común. Allí los golpes de los Hermanos, las necesidades y el rigor cotidianos parecían estar preparándolos para la vida que los tutores les habían dispuesto. Pero la peste llegó también a Bois-le-Duc, y Erasmo y Pieter volvieron a Gouda. Es entonces cuando los tutores fuerzan a los dos hermanos a ingresar en un monasterio. A pesar de su carácter resuelto y fuerte, Erasmo, aquejado de unas fiebres, tuvo que consentir en ello y, animado por un compañero de Deventer, ingresó en el monasterio agustino de Steyn, cerca de Gouda.

En 1486 ó 1487 entra en el monasterio en el que permanecerá cinco o seis años y en donde, a pesar de las continuas quejas que sobre su vida monástica vierte en sus cartas, pasará una temporada bastante provechosa para su formación humanística. En Steyn encuentra una biblioteca lo suficientemente nutrida de autores antiguos como para saciar el apetito un tanto insaciable de un joven ansioso de estudiar a los clásicos, que le ofrecían un refugio seguro de la escolástica medieval. Se dedica a la lectura intensiva de Cicerón, Quintiliano, Juvenal, Horacio, Virgilio, Ovidio... en manuscritos o en incunables. Algunos de ellos aún no tienen una edición crítica fiable y es el propio Erasmo el que, ya como un auténtico filólogo, copia textos (por ejemplo, de Terencio) corrigiéndolos y «limpiándolos» de las impurezas que la tradición había traído consigo. Hace buenos amigos con los que mantiene una correspondencia exclusivamente en latín y compone algunos poemas. Sin embargo, la piedad monástica no tiene mucho que ver con la suya propia y, aunque llega a ser ordenado sacerdote *ad aeternum* el 25 de abril de 1492, no se queda en el convento. La escasez de alimentos, los rigores propios de la vida conventual y, en fin, la falta de la libertad que Erasmo tanto ansiaba unidos a una salud siempre delicada hacen que, con veintiocho años, salga del monasterio con la aprobación de sus superiores, que confiaban en un retorno definitivo que no habría de producirse jamás. Erasmo seguirá llevando durante muchos años el hábito de canónigo regular, pero ese hábito no será más que un vestigio de un pasado que ya no volverá.

Cuando, en 1493, sale de Steyn, Erasmo da comienzo a una actividad privilegiada y bastante común en la época, con la que continuará durante prácticamente el resto de sus días: la del intelectual que busca el amparo de un mecenas como medio de subsistencia física a la vez que para desarrollar su labor creativa y literaria. Enrique de Bergen, uno de los miembros de la importante familia que regentaba la ciudad de Bergen op Zoom, era obispo de Cambrai y canciller de la orden del Toisón de Oro. Si para cualquier otro la servidumbre de personaje tan ilustre habría supuesto grandes provechos, para Erasmo, en cambio, supuso más bien un desencanto. Los continuos viajes que debía hacer acompañando a su señor entre



sus numerosas residencias obligaban a Erasmo a desatender sus estudios y, en cierta medida, dejar de lado su producción literaria. Sin embargo, no todo iba a ser una pérdida de tiempo. En uno de sus viajes visitó el monasterio de Groenendael, en donde tuvo la oportunidad de leer con auténtica avidez las obras de san Agustín. En Bergen, además, tuvo la suerte de hacer buenos amigos, como Jaime Batt, quien le aconsejó ir a estudiar a la Universidad de París. El obispo de Cambray consintió en ello y a finales del verano de 1495 Erasmo partía hacia el centro universitario con mayor renombre y atractivo en la Europa de la época.

A lo largo de la Edad Media desde su creación, las universidades habían sido los centros principales del debate intelectual y, habida cuenta de que había diferentes y aun divergentes corrientes ideológicas (filosóficas y teológicas), en el seno de cada comunidad universitaria surgían otras tantas facciones que apoyaban con vehemencia sus postulados y, consecuentemente, atacaban las posturas contrarias. La universidad parisina era un caso paradigmático. Las escuelas de tomistas y escoltistas estaban enfrentadas a los ockhamistas en discusiones bizantinas absolutamente improductivas y el aire que se respiraba no era precisamente el de la libertad de pensamiento que necesitaba, tal vez más que ningún otro, Erasmo.

El propósito principal que había llevado a Erasmo a París era el de conseguir el grado de doctor en teología. Esto, *a priori*, no debía resultarle muy difícil. Como sacerdote regular que era, estaba excusado de realizar los preceptivos estudios previos en la facultad de artes (letras). Además, su preparación unida a su inteligencia rápida y su verbo fluido no podían sino allanarle el camino conducente al éxito académico. Las expectativas, sin embargo, no se vieron felizmente cumplidas. El lugar de residencia en que pasó esta breve temporada (hasta la primavera de 1496) era el Colegio Montaigu, una institución creada para acoger a estudiantes sin recursos. El llamado «colegio de pulgas» hacía honor a su sobrenombre. La penuria y mala calidad de los alimentos, el frío de las habitaciones y el rigor con que se trataba a los inquilinos hicieron de su estancia un verdadero suplicio. Su salud, siempre quebradiza, se resintió de manera irremediable. Pero no fueron solamente motivos físicos los que retrasaron la carrera académica de nuestro hombre. El ambiente intelectual que presidía la Sorbona era eminentemente escolástico, poco o nada atractivo para Erasmo. En sus cartas describe con insistencia y detalle los rostros ceñudos de los doctores en teología que impartían lecciones magistrales desde sus cátedras, anclados en un pasado oscuro y alambicado, ni lo suficientemente antiguo ni lo necesariamente moderno que a él le habría gustado.

En definitiva, cansado física y mentalmente, regresa a Holanda tan sólo durante unos meses, el tiempo necesario para recuperar en alguna medida su maltrecha salud. El mismo verano de 1496, aconsejado por sus amigos, decide regresar a París para encontrar un protector más generoso que el obispo de Cambray o, en su defecto, ganarse la vida dando clases de latín, disciplina en la que ya había adquirido cierto renombre. En esta ocasión no se alojará en Montaigu. El número de alumnos iba en aumento y le permitía disponer de una cierta independencia económica que no era sino un simple espejismo. La vida de un instructor de jóvenes adinerados no dejaba de ser un terreno poco firme y seguro, una *fortune rota* que giraba y giraba sin mira-

mientos con Erasmo. No obstante, pasó una temporada impartiendo clases de latín a los hermanos Northoff, así como a los ingleses Thomas Grey y Robert Fisher. Pero el alumno que había de suponer la mayor dicha para Erasmo –y no exclusivamente por ser un alumno especialmente dotado– fue el inglés William Blount, Lord Mountjoy, por quien sentía un profundo y sincero afecto.

En 1498 regresó de nuevo a Holanda, a la casa de Enrique de Bergen. En esta ocasión el obispo se mostró irritado y poco complacido con él, lo que le hizo pensar seriamente en buscar otro protector que le sufragase el tan ansiado viaje a Italia. Convince a su amigo Batt, que por entonces era preceptor del hijo de Ana de Borselen, marquesa de Veere, para que intentara hacerse con ella como protectora suya. La empresa no resultó muy difícil y a comienzos de 1499 Erasmo visita el castillo francés de Tournehem, residencia de la marquesa. Tras intentar, junto a Batt, reunir la suma de dinero necesaria para costear su viaje a Italia infructuosamente, el holandés cambia inesperadamente de parecer y decide poner sus ojos en Inglaterra, adonde su joven pupilo William Blount lo había invitado a pasar unos meses, hospedándolo en su casa de Greenwich.

Su primer contacto con Inglaterra –llegó a viajar a Gran Bretaña seis veces a lo largo de su vida, tres de ellas para residir allí durante cierto tiempo– no pudo ser más feliz: amén de los aspectos climáticos, tan importantes para un hombre de salud tan delicada, como huésped de su discípulo, que pertenecía a la alta aristocracia inglesa, fue introducido en el mundo cortesano y probó las mieles de ser tratado como un erudito refinado y admirado por todos. Aparte de estos placeres más mundanos, tuvo la oportunidad de conocer a John Colet y a Thomas More, con el que traba una firme amistad que durará toda su vida<sup>6</sup>, así como al príncipe Enrique, el que más tarde sería Enrique VIII. Su hambre intelectual se ve, en parte, saciada con el trato de estos ilustres hombres con quienes puede intercambiar pareceres y ampliar perspectivas y, de paso, calma esa acuciante necesidad de afecto y amistad que muestra repetidamente a lo largo de su existencia. Siguió unos cursos en el Saint Mary's College de Oxford y, en parte por modestia, en parte por afán de independencia, llegó a rechazar un puesto que le había ofrecido Colet como profesor de textos sagrados en esta universidad. Erasmo se siente incapacitado para tal menester debido a su ignorancia de la lengua griega, cuyo conocimiento consideraba básico para la justa interpretación de las Sagradas Escrituras.

En enero de 1500 regresa a París tras haber sufrido un incidente que lo deja humillado y –lo que es peor– casi arruinado. Al salir de Inglaterra por el puerto de Dover, los funcionarios aduaneros, en virtud de una ley promulgada por Eduardo III, le requisan las veinte libras que había conseguido ahorrar durante su estancia. Esta pérdida no sólo supuso un varapalo económico, sino que fue también un duro golpe contra la delicada estabilidad emocional de Erasmo. Ahora veía truncadas sus esperanzas de libertad económica, por no hablar de sus deseos de ir a Italia: el viaje aún tendría que esperar seis años.

---

<sup>6</sup> More muere en 1535, tan sólo un año antes que Erasmo.

A pesar del revés material y de sus consecuencias psicológicas, Erasmo, de carácter aparentemente decidido, sigue componiendo y publicando sin cesar, y su fama se extiende por toda la Europa cultivada. En un momento en el que el recién nacido mercado editorial está aún en pleno desarrollo, la publicación de sus obras no le da para mucho. Consigue malvivir gracias a la exigua ayuda que le ofrece la marquesa de Veere —a quien siente que está mendigando— y a sus clases de composición latina impartidas a jóvenes de familia pudiente.

En la primavera de 1501 la peste llega a París y con ella Erasmo parte de nuevo hacia Holanda. En el monasterio de Steyn consigue otro permiso de un año a modo de licencia de estudios y sale de su tierra natal para ya no volver jamás. Pasa un corto espacio de tiempo en el castillo de Tournehem junto a su amigo Batt y su protectora. Aprovecha entonces el tiempo para estudiar griego, lengua de la que sólo conocía los rudimentos que había recibido en su infancia en Deventer.

El año de 1502 supone en la vida de nuestro humanista algo parecido a un momento de crisis en el sentido de cambio significativo hacia la madurez personal y literaria<sup>7</sup>. Ese año mueren su amigo Jaime Batt y el que fuera su mecenas, el obispo de Cambray. Para mayor desgracia, Ana de Veere se casa de nuevo y deja de sufragar, siquiera escuetamente, la maltrecha economía de Erasmo. Ante el miedo que le provocaba el solo sonido de la palabra «peste» que campaba a sus anchas en Inglaterra y París, decide marchar a Lovaina. En su universidad recibe de parte de Adriano de Utrecht, deán de Lovaina, la oferta de una cátedra, pero, de nuevo por modestia o para mantener su preciada libertad, él declina el ofrecimiento. Sin embargo, debía ganarse la vida y lo consiguió haciendo lo mejor que sabía hacer: escribiendo, tanto textos de inspiración personal como textos de circunstancias, estos últimos, por cierto, con gran desagrado por su parte. A finales de 1504 regresa a París con el propósito de dedicarse por entero al estudio de la teología, pero este hombre de espíritu inquieto no pudo abstenerse de volver a viajar a Inglaterra en cuanto se le presentó una oportunidad y a mediados de 1505 volvía a encontrarse con sus viejos amigos Blount, Moro y Colet. En esta ocasión aprovechó su estancia para profundizar en el estudio del griego, ya no como autodidacto forzoso, sino al amparo de los prestigiosos helenistas ingleses que conoció allí: Grocyn, Latimer, Tunstall y Linacre. También sacó partido de su visita trabando una fructífera amistad con cargos eclesiásticos que en seguida pasarían a ser sus protectores. Entre ellos, muy especialmente, el arzobispo de Canterbury, William Warham. El rey Enrique VII le otorga un beneficio eclesiástico y el papa Julio II le concede una dispensa para que pueda aceptarlo sin problemas.

A comienzos del verano de 1506 regresa a París pero sólo con el tiempo justo para preparar su tan ansiado viaje a Italia que comienza en agosto de ese mismo año. En la tierra patria del Renacimiento visita Turín, donde consigue sin mucho esfuerzo el grado de Doctor en Teología; Venecia, donde pasa una temporada en casa de Aldo Manuzio, rodeado de filólogos griegos procedentes de Bizancio (como Láscaris y Aldo Musuro) a quienes tomó como maestros para profundizar

---

<sup>7</sup> Por entonces cuenta con unos treinta y tres años de edad.

aún más y definitivamente en su conocimiento de la lengua y literatura griegas; Bolonia, adonde había llegado a tiempo para presenciar la –para él– insólita entrada triunfante del papa Julio II; Padua, donde desempeñó el cargo de preceptor de retórica del hijo natural de Jacobo IV de Escocia; y, finalmente, Roma, estancia que significó un ahondamiento en sus convicciones religiosas y su crítica feroz hacia esa piedad exterior, supersticiosa e hipócrita, y hacia el lujo inmoral que presidía la corte papal, en clara contradicción con el espíritu cristiano primitivo que preconizaba la humildad, la pobreza y el desprecio de los bienes materiales de este mundo. Por otra parte, el espíritu de Erasmo nunca se sintió especialmente seducido por la grandeza artística o la belleza física y, en ese sentido, Roma no le causó gran impresión.

Es entonces cuando recibe una carta procedente de Inglaterra: William Blount le invita a volver a la isla con motivo del ascenso al trono de Enrique VIII, un rey que prometía ser un monarca fautor de la ciencia y la sabiduría y, por ende, protector de humanistas como Erasmo. Por si esto fuera poco, el arzobispo de Canterbury William Warham le promete un beneficio a su llegada. Estas razones le parecen lo suficientemente poderosas como para abandonar definitivamente Italia y en julio de 1509 comienza su viaje hacia Inglaterra, a lomos de caballo hasta llegar a Suiza y, posteriormente, en barco a lo largo del Rin. Cuando llega a Londres, se instala en casa de su amigo Tomás Moro. Sin embargo, sus necesidades económicas vuelven a apremiarle y, en 1511, se ve obligado a visitar París para vigilar la impresión de algunas de sus obras y solicitar adelantos de la publicación de ellas que, empleando un anacronismo muy gráfico, eran auténticos *best-sellers*. De regreso a Inglaterra, en 1512, opta por alojarse en el Queen's College de Cambridge. Allí impartirá lecciones de griego y teología. La prebenda que Warham le había prometido se ve cumplida: le ofrece un beneficio como rector de Aldington en Kent, que él cambia por una pensión anual de veinte libras, cantidad, sin embargo, que no le resulta totalmente satisfactoria. Además, su estancia en Cambridge comienza a resultarle fastidiosa. En las cartas escritas en ese período se queja de la soledad en que se ve envuelto –agravada por la irrupción de la peste en Inglaterra– y del continuo trabajo que le ata a sus clases, sin dejarle casi tiempo para sus quehaceres literarios. Desde Inglaterra entabla un primer contacto epistolar con Johannes Froben, afamado impresor de Basilea, a quien en 1514 conocerá personalmente y que tendrá los derechos exclusivos de todas las obras de Erasmo, tanto de las ya publicadas como de las que hubiese de publicar en el futuro. Por si esto fuera poco, en la primavera de 1513 estalla la guerra entre Francia e Inglaterra y, aunque finalizaría sólo un año más tarde, la profunda y sincera repugnancia moral que le produce a Erasmo cualquier conflicto bélico funciona como gota que colma el vaso de su estancia entre los anglosajones. Cuando se firma la paz aprovecha la ocasión para regresar al continente llevando consigo las últimas obras que había compuesto y dirigirse primero a Lovaina y más tarde a Basilea.

Comienza entonces una etapa de verdadero esplendor. En Basilea hace amistades que, como ya había sucedido anteriormente, a más de alimentar su tan persistente afán de cariño le sirven para establecer una red de relaciones profesionales especialmente provechosas. Conoce en persona a Froben y su familia, a los

Amerbach, al pintor Holbein el Joven —el autor de sus más célebres retratos así como de grabados para ilustrar la edición del *Elogio*<sup>8</sup> de 1515— y a Beatus Rhennanus. Aunque no es algo que le entusiasme, consigue que le traten como a un teólogo de renombre y, tras otra breve estancia en Inglaterra con el único propósito de consultar un manuscrito que le interesaba, regresa a Basilea y consigue de Jean le Sauvage, canceller de Brabante, el cargo de consejero del archiduque Carlos (futuro Carlos V), puesto poco menos que honorífico que nunca le satisfizo<sup>9</sup>. Regresa a su Brabante natal y en el verano de 1516 vuelve a viajar a Inglaterra, en esta ocasión para tratar asuntos más delicados que una mera cortesía con sus amigos o sus siempre apremiantes preocupaciones filológicas. Esta vez se trataba de conseguir una dispensa que le librase permanente y definitivamente de las obligaciones que había contraído al ordenarse sacerdote en Steyn allá por 1492 y le allanase el camino hacia las prebendas y dignidades que se le ofrecían. Con la ayuda de su amigo Ammonio redactó en Londres un documento que, bajo la forma de una carta con remitente y destinatario ficticios, hizo llegar a la Cancillería Apostólica. En enero de 1517 el papa León X lo exime, a sus cincuenta años, de tener que llevar el hábito de la orden de los agustinos y le permite disfrutar de una vida secular. En abril de ese mismo año recibe, en Londres, de manos de Ammonio la tan ansiada dispensa papal. Sale entonces de Inglaterra, adonde ya no regresará más.

A comienzos del verano sale con la corte del rey Carlos con dirección a España, pero finalmente se queda en el camino y, en agosto, regresa a Lovaina, en donde encontrará alojamiento durante cuatro años en el Collège du Lys, dirigido por su amigo Jean de Nève. Es allí donde conoce al que podría haber sido su nuevo mecenas, Érard de la Marck, príncipe-obispo de Lieja<sup>10</sup>. Erasmo se da cuenta de que las buenas intenciones y los elogios del prelado no tienen su contrapartida en lo que a donativos se refiere: de nuevo la alta alcurnia y la abundancia de riquezas parecen llevarse mal con la generosidad.

Ese mismo año Erasmo organiza el Colegio Trilingüe. Su intención era crear una institución de enseñanza superior en la que los futuros teólogos pudieran formarse en las materias básicas para el estudio de dicha disciplina<sup>11</sup>. No cabe ninguna duda de que para Erasmo esta base la constituían las tres lenguas bíblicas: latín, griego y hebreo. El Colegio alcanzó gran notoriedad no sólo en su ámbito geográfico más inmediato, sino que el espíritu que entrañaba alcanzó pronto otros centros universitarios europeos (Oxford, Alcalá de Henares, Salamanca, París)<sup>12</sup>. Gracias a ese renombre que se gana como filólogo y teólogo, es invitado por el cardenal de Toledo,

---

<sup>8</sup> Por motivos de concisión, a partir de este punto nos referiremos al *Elogio de la Estupidez* como al *Elogio* sin más, excepto allí donde pueda surgir ambigüedad.

<sup>9</sup> Su asignación anual era de doscientos florines, pero el dinero sólo lo recibió de forma irregular.

<sup>10</sup> El que más tarde llegaría a ser el papa Adriano VI.

<sup>11</sup> En algunos momentos llegó a contar con más de trescientos alumnos matriculados.

<sup>12</sup> H. de Vocht, *History of the foundation and the rise of the Collegium Trilingue Lovaniense, 1517-1560*, 4 tomos, Lovaina, 1951-1955. Sobre los Colegios Trilingües complutense y salmantino, véase M. BATAILLON, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, trad. de A. Alatorre, Madrid, 1995, p. 343 y p. 656, nota 4, respectivamente.

Francisco Jiménez de Cisneros, a participar en la edición de la *Biblia Políglota Complutense*. Erasmo rehúsa la invitación con su ya famoso «*non placet Hispania*»<sup>13</sup>. Pero el hecho más significativo en la etapa de madurez de Erasmo no había de llegar de sus actividades académicas. El 15 de octubre de 1517 Lutero fija en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg sus noventa y cinco tesis, que constituyen el primer aliento manifiesto de la Reforma protestante. A partir de ese momento la vida del holandés se verá en una continua tensión por mantenerse equidistante entre la Escala de la Iglesia de Roma y la Caribdis de las ideas reformistas procedentes de Alemania. Erasmo, de temperamento conciliador y poco dado a la polémica, se espantaba tanto del ambiente corrupto y degradado al que había llegado la Iglesia católica, y que él mismo había podido valorar de primera mano en su viaje a Italia, como del aire incendiario y belicoso que respiraban los luteranos. Sus intentos de mantenerse al margen de la disputa no obtuvieron, sin embargo, el éxito que él habría deseado y, como él mismo nos dice, lo único que consiguió con su postura fue ser vapuleado sin miramientos por unos y otros<sup>14</sup>.

Entretanto, sus viajes –y sus achaques– no cesan. En mayo de 1518 viaja a Basilea para atender una reedición de algunas de sus obras. En septiembre sale de la ciudad suiza con rumbo a Lovaina y en el camino contrae la peste. Con la salud gravemente afectada, apenas le quedan fuerzas para salir de casa excepto cuando tiene que cumplir con la práctica de sus obligaciones religiosas y oír misa. La muerte de su protector el canciller Jean le Sauvage le produce una profunda inquietud y le hace temer de la animosidad de sus enemigos –algunos de ellos más cercanos a la aversión personal que a la rivalidad intelectual–.

En 1519 la corte española del rey Carlos invita a Erasmo como instructor de su hermano el príncipe Fernando. Pero él, una vez más, declina un ofrecimiento que a cualquier otro intelectual de la época le habría resultado irresistible y aun halagüeño. A pesar de que el trabajo habría supuesto una cierta seguridad económica y ésta, a su vez, le habría aportado la estabilidad necesaria para continuar con sus estudios y su creación literaria, sus ambiciones, sin embargo, tienden por otros derroteros. Mientras, en Lovaina, los teólogos universitarios de raigambre escolástica cierran filas contra Erasmo: la «verdadera teología» es aquella que se asienta en el conocimiento exacto de los textos sagrados y la única disciplina que puede acometer con rigor la empresa de desentrañar el significado último de un pasaje bíblico o patrístico para Erasmo es, sin duda alguna, la filología. Para los teólogos lovanienses –y para tantos otros de otros

---

<sup>13</sup> Según refiere en una carta dirigida a Tomás Moro desde Lovaina. La razón exacta de su renuencia a venir a España no está muy clara, pero parece que el ambiente judío-converso existente en la Península por aquel entonces –más palpable que en otras zonas de Europa– no era precisamente del agrado de nuestro hombre; sobre el supuesto antisemitismo de Erasmo véase M. Bataillon, *op. cit.*, pp. 77 s.; también pueden consultarse S. MARKISH, *Érasme et les juifs*, Lausana, 1979 y G. KISCH, *Erasmus' Stellung zu Juden und Judentum*, Basilea, 1969.

<sup>14</sup> Aunque, si hemos de ser justos y sinceros, la impresión que puede recibir cualquier lector moderno al echar un vistazo al catálogo de sus obras es bien distinta. Sorprende de un espíritu tan aparentemente pacífico la abundancia de textos apologeticos y respuestas, que, si bien se limitan a contestar y rechazar ataques más o menos directos contra su persona o sus escritos, no dejan de mantener vivo el espíritu polemista con el que nacieron. Sobre estos textos véase el apartado IX del capítulo siguiente.

centros universitarios— dar esa importancia a un saber, en todo caso, instrumental daña gravemente el concepto de piedad y espiritualidad cristianas.

En el verano de 1520 y tras la muerte del emperador Maximiliano de Austria, su nieto Carlos V, que aspiraba a ser la cabeza del Sacro Imperio, en julio se reúne en Calais con Enrique VIII de Inglaterra, quien un mes antes había hecho lo mismo con Francisco I de Francia. De esta reunión surge el tratado de Calais, que asocia al inglés con el español. En el séquito de Carlos se encontraba Erasmo, en el del rey inglés, Tomás Moro. Ésa sería la última vez que vería a su amigo. A finales de octubre de ese año Carlos fue coronado emperador en Aquisgrán. No parece que la ceremonia impresionase mucho a Erasmo.

A partir de 1521 el enfrentamiento de Erasmo con luteranos por un lado y católicos por el otro no hizo sino exacerbarse aún más. En abril Lutero se enfrenta al emperador Carlos en la Dieta de Worms. La respuesta de éste no se hizo esperar: los libros de Lutero debían ser quemados en cualquier país incluido dentro de los límites del imperio. La decisión le trajo cierta esperanza a Erasmo. Sin embargo, su postura neutral no satisfacía a ningún bando y estalla la polémica con el español Diego López Zúñiga, que critica su edición del *Nuevo Testamento* y le acusa de impío, hereje y temerario. La disputa se prolongará durante ocho años. Por otra parte, en Lovaina los ánimos no estaban más calmos. Latomus, Nicolás de Egmond y Vicente Dirks de Haarlem se unen en sus ataques a la postura poco comprometida de Erasmo, quien, por otro lado, se había ganado una buena cantidad de inquina gracias al éxito creciente de que disfrutaba su Colegio Trilingüe.

Sin embargo, no todo era áspero y comprometido en la vida del holandés. Durante unos meses (de mayo a octubre) tuvo la afortunada ocasión de residir en la casa de su amigo el canónigo Pieter Wychmans, en la llamada «casa del cisne», en Anderlecht. Las cartas que escribe desde allí nos vuelven a mostrar al Erasmo optimista, vitalista y lleno de humor. Encuentra, por fin, esa vida sencilla —aunque, todo sea dicho, acomodada— y placentera a la que tanto aspiraba. Pertrechado de su biblioteca, con la tranquilidad del lugar y el buen ambiente primaveral, su salud experimenta una notable mejoría. Tal vez por ese motivo sus movimientos no cesan: viaja a Bruselas, Brujas y Lovaina, desde donde, finalmente y con motivo de una edición de su *Nuevo Testamento*, partirá hacia Basilea el 28 de octubre, el mismo día de su cumpleaños.

Con esta piedra del viaje a Suiza consiguió matar dos pájaros que se complementaban. Por una parte, se alejó del ambiente cada vez más hostil y enrarecido que se veía forzado a respirar en Lovaina y que lo ahogaba; pero, al mismo tiempo, en Basilea alcanzó una doble independencia: la intelectual —o, al menos, así lo creía él— y la económica. En la ciudad helvética se sentía rodeado de amigos, cultos y de mente abierta, y libre de serviles ataduras a patronos y señores. Para subsistir le bastaba lo que obtenía con la venta de sus obras, que, a estas alturas de su vida, ya habían alcanzado una inmensa notoriedad en toda la Europa cultivada. Así pues, el trabajo continuo de composición literaria, corrección de pruebas y publicación en la imprenta de Froben, que se había convertido en su huésped además de propietario en exclusiva de los derechos de sus obras, lo mantienen ocu-

pado espiritualmente a la vez que le dan de comer. Ya no sufre por su escasez pecuniaria y, sin embargo, sigue sin estar satisfecho del todo<sup>15</sup>. Su espíritu estaba demasiado preocupado —obsesionado, cabría decir— por lo que la gente pensase de él. A pesar de la orgullosa y afectada indiferencia que muestra a veces en sus cartas hacia la opinión que de él tuviesen los demás<sup>16</sup>, Erasmo siente siempre la necesidad apremiante de justificarse, de explicar las razones que lo han movido a actuar de tal o cual manera; se siente observado y examinado hasta el detalle por personas poco apegadas. Incluso cuando dice que no se cree obligado a excusarse, no hace sino eso mismo<sup>17</sup>.

Durante su estancia en Basilea, que se prolongará hasta 1529, Erasmo se concentra en su trabajo filológico y, en contra lo que él esperaba, las polémicas de carácter religioso con luteranos y católicos continúan<sup>18</sup>. A pesar del cierto distanciamiento que con su viaje había conseguido del mundo universitario, tan cerrado y anclado en el pasado, el mundo, gracias a la imprenta, resultaba ahora mucho más pequeño que hacía tan sólo setenta años. Los textos de ambas facciones circulan con gran rapidez en los círculos intelectuales en los que, inevitablemente, se encontraba nuestro hombre. En 1523 el rey Francisco I le invita a establecerse definitivamente en Francia, pero Erasmo rechazó la oferta, en parte por saber muy bien que las promesas de los grandes no siempre iban acompañadas de contrapartidas económicas y en parte ante su creciente debilidad física producida por su ya larga dolencia renal. Sea como fuere, prefiere continuar en Basilea, a pesar del progresivo enrarecimiento que se había ido produciendo casi insensiblemente en la zona. A los continuos ataques dirigidos contra su persona por parte de Zúñiga, Ulrich von Hutten —que antes había sido amigo suyo—, Ecolampadio y Lutero, tenía que añadir ahora el miedo por su integridad física que le produjo una revuelta popular contra el culto católico en la ciudad del Rin. La Reforma iba ganando plazas en Suiza apresuradamente. Primero, en 1528, fue Berna la que se adscribió a los aires protestantes. Basilea, al borde de un conflicto civil, no resistió mucho y en 1529 se eliminaron las imágenes de los templos, los servicios católicos fueron suprimidos, los conventos cancelados y el Cabildo catedralicio trasladado a Friburgo de Brisgovia. Los graves desórdenes que se dan en la población hacen temer a Erasmo por su vida y en abril

---

<sup>15</sup> Véase, más abajo, las palabras tomadas de su autobiografía.

<sup>16</sup> En este sentido ha de entenderse la anécdota que cuenta Erasmo a propósito de una breve estancia en Amberes. Al asistir a un oficio religioso con su amigo Pedro Gilles, el predicador que sermona lo reconoce entre la feligresía y le dirige algún insulto acompañado de críticas sobre unas supuestas faltas cometidas contra el Espíritu Santo. Véase L. Halkin, *op. cit.*, p. 200, en donde se cita el texto extraído de la carta n.º 948 dirigida, en 1519, a Pedro Mosellanus.

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, la *Carta a Martín Dorp*, traducida como apéndice en este mismo volumen. Su producción apologética es considerable (véase el apartado IX del capítulo siguiente) y parece dar cuenta de una personalidad —al contrario de lo que pudiera parecer— profundamente insegura de sí misma y totalmente dependiente de los demás. En Erasmo a veces se ve hecho realidad el contenido de la fórmula jurídica latina que dice *excusatio non petita, accusatio manifesta*: «una disculpa que no se pide es una auto-inculpación evidente». Probablemente, una actitud más indulgente consigo mismo le habría ahorrado muchos y estériles quebraderos de cabeza.

<sup>18</sup> De esta época son las obras de traducción y/o comentario a los Padres de la Iglesia griegos y latinos.



de 1529 resuelve, cansado y enfermo de mucosidades, abandonar una ciudad para ponerse a salvo a sí mismo y su querida independencia, una vez más<sup>19</sup>.

El destino elegido fue la antedicha ciudad alemana de Friburgo de Brisgovia, que por entonces estaba sometida al gobierno directo de la casa de Austria bajo la persona del archiduque Fernando, hermano del emperador Carlos V y en donde, por ello mismo, el partido católico parecía conservar aún su poder. El caluroso recibimiento que le ofreció la ciudad le hizo ver lo importante que, a pesar de todo, seguía siendo en el mundo de las letras<sup>20</sup>. Es alojado con honores en la casa *Zum Walfisch* («de la ballena»), construida en principio para el emperador Maximiliano. La estancia que Erasmo pensaba que iba a ser sólo provisional se prolongó durante seis años. Aparte de la bonanza del clima, que siempre merecía ser tenida en cuenta, Erasmo veía en Friburgo un puesto geográficamente conveniente para, si la situación así lo exigía, poder emigrar rápidamente a Francia o a los Países Bajos. Su beneplácito hacia la villa llega a ser tal que, desoyendo las continuas invitaciones de alojamiento provenientes de sus amigos de Roma, Besançon y Holanda<sup>21</sup>, en 1531 decide comprarse una casa<sup>22</sup>. Este humanista nómada por antonomasia que nunca tuvo la necesidad de fijar ni su mente ni su cuerpo en un único sitio y que abominaba de todos los tediosos trámites que una acción mercantil de este tipo traía consigo<sup>23</sup>, ahora, en su vejez, más fatigado y enfermo que nunca, sentía que debía olvidarse de sus más íntimas ambiciones y transigir con lo que la naturaleza le reclamaba. O, al menos, eso parecía.

En efecto, en junio de 1535, desaparecidos ya muchos de sus amigos y enemigos<sup>24</sup>, regresa a Basilea, a la imprenta de Froben, regentada ahora por su hijo Jerónimo. Descubre que la animadversión religiosa por la que había dejado la ciudad se ha calmado. El exilio voluntario había, pues, finalizado. El motivo principal de su regreso volvía a ser el trabajo: la edición del *Eclesiastés*, una reedición de los *Adagios*, así como la edición latina de la obra de Orígenes. El hijo de Johannes Froben le dispensa una cariñosa acogida y lo aloja en su casa, en una habitación construida y amueblada *ex professo* para él. Todo se prepara para que el anciano y valedudinario Erasmo no ponga ninguna objeción y trabaje con toda comodidad.

A pesar de que en agosto de ese año aún dudaba sobre si volver a Friburgo o quedarse en Basilea, en octubre decide vender la casa que había comprado tan sólo cuatro años atrás junto con algunos muebles y ordena que el resto de sus enseres le sean

---

<sup>19</sup> Ya había hecho lo mismo en Lovaina en 1521. En esta ocasión todo sucede en unas circunstancias curiosamente inversas. En Lovaina eran los católicos los que pretendían servirse de él como arma arrojadiza contra los reformistas; ahora eran los protestantes los que querían apropiarse de sus ideas para atacar a los ortodoxos católicos.

<sup>20</sup> Sobre esta última etapa de la vida de Erasmo véase N. PINET, *Érasme à Fribourg (1529-1532)*, memoria inédita de la Universidad de Lieja, Lieja, 1969 y N. PROTON, *Érasme à Fribourg (1532-1535)*, *ibidem*, 1973.

<sup>21</sup> Por ejemplo, desde Amberes lo requieren Pedro Gilles y Erasmo Schets.

<sup>22</sup> Llamada *Zum Kind Jesu*, algo así como «casa del niño Jesús».

<sup>23</sup> Así lo reconoce expresamente en una carta a Johan Rinck, según el texto citado en L. HALKIN, *op. cit.*, p. 355 s.

<sup>24</sup> Entre unos y otros —sin que se puedan hacer grupos tajantes, habida cuenta de lo complicado y mudable de las relaciones personales de Erasmo con sus allegados— pueden citarse el obispo Warham, William Blount, Gilles, Ecolampadio, Zwinglio, Fisher, Moro... Ante el aumento de la sensación de soledad Erasmo se vuelve desconfiado y receloso, incluso con los pocos amigos que le quedaban.

trasladados a la ciudad suiza. Podría suponerse que nuestro humanista ya sentía cercano el fin de sus días y por ello prefería asentarse definitivamente. Todo lo contrario. Si hay algo que verdaderamente llama la atención en Erasmo es esa obsesión por cambiar de sitio y de ambiente, empujado por la necesidad económica –cosa nada rara en él– o tal vez por impulsos más íntimos, escondidos en su natural inquieto e irrefrenable. Tal es así que incluso después de haber retocado su testamento en febrero de 1536<sup>25</sup>, con la salud ya totalmente quebrada, en marzo tenía todavía la ilusión de ir a Borgoña, en parte por la bondad de su clima –y del vino que tanto apreciaba–, en parte por exigencias pecuniarias, o aun a su querido Brabante. Sin embargo, ese último viaje nunca se llegó a producir. Rodeado de algunos de sus ya escasos amigos, muere en la madrugada del 12 de julio de 1536. Sus últimas palabras fueron una invocación a Dios, mezcla del latín que había sido su verdadera y casi única vía de expresión y su holandés nativo, que nunca empleó en sus obras<sup>26</sup>.

Como colofón de esta breve reseña de la vida de nuestro autor, creemos que no hay nada mejor que adjuntar las últimas líneas del breve autorretrato biográfico que el propio Erasmo hizo de sí mismo hacia el final de su vida y que retoma la esencia de lo que hemos expuesto en las páginas precedentes<sup>27</sup>. Sus palabras sueñan realmente sinceras, sin la retórica de una vanidad hueca o una falsa modestia. He aquí a Erasmo reflejado en el espejo de su propia persona:

*Valetudo semper fuit tenera, unde crebro tentabatur febris, praesertim in quadragesima ob piscium esum, quorum solo odore solebat offendi. Ingenium erat simplex, adeo abhorrens a mendacio ut puellus etiam odisset pueros mentientes et senex ad illorum aspectum etiam corpore commoueretur. Linguae inter amicos liberioris, nonnunquam plus quam sat esset; et saepe falsus non poterat tamen amicis diffidere. Putidulus erat neque quidquam unquam scripsit quod ipsi placeret; ac ne facie quidem propria delectabatur, uixque extortum est amicorum precibus ut se pingi pateretur. Dignitatum ac diuitiarum perpetuus contemptor fuit, neque quidquam habuit prius otio ac libertate. Candidus aestimator alienae doctrinae, et fautor ingeniorum unicus si fortuna suppetisset. In prouehendis bonis litteris nemo magis profecit grauemque ob hanc rem inuidiam sustinuit a barbaris et monachis. Vsque ad annum quinquagesimum nec impetuerat quemquam, nec impetitus est a quoquam stylo. Idque habebat sibi propositum omnino styllum incruentum seruare. A Fabro primum est impetitus, nam Dorpiana orsa suppressa sunt. In respondendo semper erat ciuiliior. Lutherana tragoedia onerauerat illum intolerali inuidia; disceptus ab utraque parte, dum utrique studet consulere.*

Su salud fue siempre delicada, por lo que con frecuencia padecía de fiebres, sobre todo en tiempo de Cuaresma por tener que comer pescado, cuyo solo olor solía disgustarle. Su

<sup>25</sup> El 12 de febrero, para ser exactos. Ya había redactado una primera versión de sus últimas voluntades en 1527.

<sup>26</sup> *O Iesu, misericordia! Domine, libera me! Domine, fac finem! Domine, miserere mei! Lieve God!* Sobre las últimas palabras de Erasmo, véase N. VAN DER BLOM, «Die letzten Wörter des Erasmus», *Basler Zeitschrift* 65 (1965), pp. 195-214.

<sup>27</sup> Esta autobiografía, que por su brevedad verdaderamente hace honor a su nombre latino, lleva el título de *Compendium uitae Erasmi*.

temperamento era cándido y detestaba tanto la mentira que de pequeño odiaba a los niños mentirosos y, ya viejo, con sólo verlos se le ponía mal cuerpo. Entre sus amigos hablaba con total franqueza, a veces más de lo justo. Y aunque a menudo se vio engañado, no era capaz, sin embargo, de desconfiar de sus amigos. Era algo redicho y jamás escribió nada que le complaciese; ni siquiera estaba contento con su propia cara y a duras penas las súplicas de sus amigos lo forzaron a dejarse pintar. Despreció con pertinacia los honores y riquezas, y nada había para él más importante que tener tiempo para sus cosas y libertad. Juez benévolo con los conocimientos de otros, habría sido un mecenas sin igual con gente de talento, de habérselo permitido su fortuna. Nadie apoyó más el desarrollo de los estudios clásicos y por ese motivo tuvo que soportar un terrible encono de parte de los bárbaros y de los monjes<sup>28</sup>. Había llegado a los cincuenta años sin atacar a nadie y sin que ninguna pluma lo atacase a él, y se había propuesto mantener su pluma absolutamente intacta de sangre. El primero en atacarle fue Jacques Lefèvre, porque los intentos de Dorp quedaron sofocados<sup>29</sup>. En sus réplicas siempre era especialmente correcto. El escándalo que montó Lutero le había acarreado unas antipatías insufribles. En su afán de hacer lo mejor por ambos bandos, consiguió ser maltratado por unos y por otros.

## II. PRODUCCIÓN LITERARIA DE ERASMO

Habría advertido el lector que en las páginas precedentes, dedicadas a trazar el mapa —y nunca mejor dicho— vital de Erasmo, apenas si hemos citado los títulos de dos obras. La razón es clara: nos parecía más conveniente y útil dedicar todo un capítulo al trazado de un nuevo mapa, en gran medida ajustable sobre el de la vida de nuestro «holandés errante» y, de esta manera, poder comprender mejor las razones que constituyen la base misma de la obra que aquí nos interesa.

Así pues, para entender adecuadamente el sentido justo y circunstanciado del *Elogio de la Estupidez* se hace necesario hablar, siquiera someramente, del resto de la prolífica creación literaria de Erasmo. El *Elogio* no es una obra aislada, sin lazos con otros escritos del propio autor. Antes bien, como veremos en el siguiente capítulo, es el resultado de las ideas que nuestro humanista había ido madurando a lo largo de su vida (lo escribió a la edad de cuarenta años), fruto de sus precursores

<sup>28</sup> Los humanistas solían llamar «bárbaros» a todos aquellos que despreciaban la Antigüedad y el estudio de los autores clásicos (paganos). De esta forma, el término original griego, que, en rigor, designaba a los que no hablaban la lengua griega y no eran entendidos por los nativos de la Hélade (βάρβαροι), se extiende y emplea para señalar a quienes no conocen el griego y, además, emplean un mal latín, alejado de las normas y usos clásicos; Erasmo los identificaba principalmente con los monjes. Véase al respecto P. BURKE, *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*, trad. de M. Chocano. Barcelona, 2000, p. 37.

<sup>29</sup> El supuesto «ataque» de Martín Dorp se produjo en la carta que, en septiembre de 1514, envió a Erasmo con una crítica contundente sobre el contenido del *Elogio de la Estupidez*. Erasmo trató de frenar esas críticas en la carta-apología que escribió a Dorp en mayo de 1515 (que nosotros recogemos y traducimos como apéndice al texto del *Elogio* en el presente volumen). La contienda con Lefèvre d'Étaples se produjo en 1517. Lefèvre había publicado en 1512 un *Commentarius in epistolas Paulinas*, en el que, junto al texto original de la *Vulgata*, traducía a su modo las cartas escritas en griego a la vez que añadía una anotaciones. Erasmo publica en 1516 su *Nouum Instrumentum*, en el que, en una nota, critica la opinión de Lefèvre a propósito de la interpretación de las palabras del apóstol en la *Epístola a los hebreos* 2, 7. La reacción del humanista francés fue rápida y fulminante: al poco tiempo aparece una reimpresión corregida de su Comentario en la que recoge la crítica erasmiana y la califica de «impía y blasfema». El último capítulo de esta polémica lo cierra la publicación por parte de Erasmo, en agosto de 1517, de la *Apologia*

clásicos y medievales, pero también de su propia historia personal, de sus vivencias y, en definitiva, de su genio peculiar.

Lo más llamativo de la nómina de obras erasmianas es, precisamente, su número, su sobreabundancia, ese desbordamiento causado por su forma de escribir un tanto improvisada y desparramada, que, sin embargo, no comportaba un estilo descuidado o incorrecto<sup>30</sup>. Rara vez necesitaba corregir lo que había escrito<sup>31</sup>; si acaso lo revisaba, era sólo para hacer ampliaciones o modificaciones sustanciales, nunca de poca monta. El resultado fue una inmensa obra que de 1540 a 1542, sólo cuatro años después de su muerte, su amigo el impresor suizo Johannes Froben se encargó de ordenar y publicar como recopilación de todos sus escritos bajo el título de *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami, quaecumque ipse auctor pro suis agnovit, nouem tomis distincta*, que aún hoy sigue siendo la edición base de las obras completas de Erasmo por ser la más antigua y la más cercana a la vida y deseos del autor.

La distribución de los escritos de Erasmo se estableció siguiendo el criterio del contenido, pauta que ya había decidido el propio autor. Quedaron, pues, divididos en nueve *ordines* o grupos temáticos, cada uno de los cuales, a su vez, se subdividía en distintos tomos. En la medida en que este reparto y clasificación responden a la expresa voluntad de nuestro hombre, nos parece interesante recogerla aquí incluyendo, de paso y a pesar de lo enojoso que pueda resultar, la nómina de las obras individuales registradas dentro de cada sección<sup>32</sup>:

I. Escritos sobre cuestiones literarias y educativas:

–*Antibarbarorum liber*.

–*Commentarius Erasmi in nucem Ouidii*.

–*Libanii aliquot declamatiunculae Latinae per Erasmus*.

–*Euripidis Hecuba et Iphigenia Latinae factae Erasmo interprete*.

–*Luciani compluria opuscula ab Erasmo et Thoma Moro interpretibus optimis in Latinorum linguam traducta*.

–*Galeni exhortatio ad bonas artes praesertim medicinam, de optimo docendi genere, et qualem oporteat esse medicum, Erasmo interprete*.

---

ad Iacobum Fabrum Stapulensem, que contiene pasajes fuertemente irónicos sobre el erudito francés y sus escasos conocimientos filológicos.

<sup>30</sup> Él mismo lo reconoce de forma explícita cuando, en carta a Cristóbal Longolio (carta n.º 402), afirma *effundo uerius quam scribo omnia*, esto es, «todo lo que escribo más que escribirlo lo derramo».

<sup>31</sup> Por supuesto, nos referimos a sus obras manuscritas. Muy otro es el caso de los textos impresos que él tanto cuidaba por enmendar y retocar, en un incansable afán de perfeccionismo ante la incuria o la mala vista de los tipógrafos.

<sup>32</sup> Ante la falta de traducciones castellanas de algunas de estas obras, creemos conveniente dar sus títulos latinos. Omitimos, además, sus fechas de publicación, dada la existencia de algunas en las que Erasmo fue realizando a lo largo de su vida nuevas reediciones con ampliaciones significativas que modificaban parcialmente la obra primitiva (tal es el caso de los *Adagios* o los *Coloquios*, por poner sólo los dos ejemplos más evidentes). El mejor y más completo registro de todas las obras erasmianas con el detalle de las distintas ediciones hechas de cada obra hasta el momento en que se realizó dicho inventario es F. VANDER HAEGHEN, *Bibliotheca Erasmi. Répertoire des œuvres d'Erasme*, Nieuwkoop, 1972 (es reimpresión de la primera edición de Gand, 1893). También es útil, aunque parcial por el ámbito bibliográfico al que se refiere, el trabajo de G. COLIN-R. HOVEN (eds.), *Bibliotheca Erasmi. Bruxellensis*, Bruselas, 1993.

- De pueris statim ac liberaliter instituendis.*
- De ratione studii.*
- De conscribendis epistolis.*
- Dialogus Ciceronianus.*
- Colloquia.*
- De recta Latini Graecique sermonis pronuntiatione.*
- Libellus de constructione octo partium orationis.*
- Encomium medicinae.*
- Encomium matrimonii.*
- Paraboliae siue similia.*
- Paraphrasis seu potius epitome in elegantiarum libros Laurentii Vallae.*
- De duplici copia verborum ac rerum.*
- Carmina.*
- Conficiendarum epistolarum formula.*
- De ciuilitate morum puerilium.*
- De pueris liberaliter instituendis libellus.*
- De constructione octo partium orationis.*

## II. Literatura paremiológica:

- Adagiorum chiliades.*

## III. Correspondencia:

- Epistolarum opus.*

## IV. Escritos sobre cuestiones morales y de circunstancias:

- De morte declamatio.*
- Panegyricus ad Philippum Austriae ducem.*
- Lingua.*
- Querela Pacis.*
- Ex Plutarcho uersa:*
  1. *Quo pacto possis adulatorem ab amico dignoscere.*
  2. *Quo pacto quis efficiat ut ex inimicis capiat utilitatem.*
  3. *De tuenda bona ualeitudine precepta.*
  4. *In principe requiri doctrinam.*
  5. *Cum principibus maxime philosophum debere disputare.*
  6. *Vtrum grauiiores sint animi morbi quam corporis.*
  7. *Num recte dictum sit Ἀάθῃ βίωσας, id est, Sic uiue ut nemo te sentiat uixisse.*
  8. *De cupiditate diuitiarum.*
  9. *De cobibenda iracundia.*
  10. *De curiositate.*
  11. *De uitiosa uerecundia.*
- Apophthegmata.*
- Moriae encomium, id est, Stulticiae laus.*
- Institutio principis christiani.*

V. Escritos relacionados con la doctrina religiosa:

- Enchiridion militis christiani.*
- De contemptu mundi.*
- Virginis Matris apud Laetum cultae liturgia.*
- Exomologesis siue modus confitendi.*
- Modus orandi Deum.*
- Explanatio symboli apostolorum siue Catechismus.*
- De praeparatione ad mortem.*
- De immensa Dei misericordia concio.*
- Enarrationes in psalmos:*
  1. *Enarratio allegorica in primum psalmum «Beatus uir».*
  2. *Commentarius in psalmum II «Quare fremuerunt gentes».*
  3. *Paraphrasis in tertium psalmum «Domine, quid multiplicati».*
  4. *In psalmum quartum concio.*
  5. *Enarratio psalmi XIV qui est de puritate tabernaculi siue Ecclesiae christianae.*
  6. *In psalmum XXII enarratio triplex.*
  7. *Vtilissima consultatio de bello Turcis inferendo, et obiter enarratus psalmus XXVIII.*
  8. *Enarratio psalmi XXXIII.*
  9. *Enarratio psalmi XXXVIII.*
  10. *De sarcienda ecclesiae concordia.*
  11. *Concionalis interpretatio in psalmum LXXXV.*
- Ecclesiastes siue de ratione concionandi.*
- Expostulatio Iesu cum homine.*
- Epitaphium Odiliae.*
- Ratio uerae theologiae.*
- Precatio Dominica.*
- Paraclesis.*
- Institutio hominis christiani.*
- Institutio christiani matrimonii.*
- Vidua christiana.*

VI. Edición, con traducción latina y notas, del texto griego del *Nuevo Testamento*:

- Nouum Instrumentum.*
- Nouum Testamentum.*
- Peregrinatio apostolorum Petri et Pauli.*

VII. Paráfrasis:

- Paraphrasis seu potius epitome in elegantiarum libros Laurentii Vallae.*  
(v. apartado I)
- Paraphrasis in Euangelium Matthaei.*
- Paraphrasis in Euangelium Marci.*
- Paraphrasis in Euangelium Lucae.*
- Paraphrasis in Euangelium secundum Ioannem.*

- Paraphrasis in Acta apostolorum.*
- Paraphrasis in Epistolas Ioannis.*
- Paraphrasis in Epistolam Iudae.*
- Paraphrasis in Epistolas Pauli ad Romanos, ad Corinthios, ad Galatas.*
- Paraphrasis in Epistolas Petri.*

#### VIII. Textos de patrística:

–(multitud de escritos consistentes en traducciones –en el caso de los griegos– y/o comentarios de obras de los Padres de la Iglesia: Alger de Lieja, Ambrosio, Arnobio, Atanasio, Agustín, Basilio, Cecilio Cipriano, Gregorio Nacianceno, Jerónimo, Ireneo, Juan Crisóstomo, Lactancio, Orígenes, san Pablo y Prudencio).

#### IX. Textos apologéticos:

- Epistola de interdicto esu carniū.*
- In epistolam de delectu ciborum scholia.*
- Spongia aduersus aspergines Hutteni.*
- Detectio praestigiarum.*
- Epistola contra pseudeuangelicos.*
- Epistola ad fratres Inferioris Germaniae.*
- Epistola apologetica ad Martinum Dorpium.*
- Purgatio aduersus epistolam non sobriam Martini Luteri.*
- Admonitio aduersus mendacium et obtrectationem.*
- Apologia respondens ad ea quae Iacobus Lopis Stunica taxauerat in prima duntaxat Noui Testamenti aeditione.*
- Apologia ad Iacobum Fabrum Stapulensem.*
- Apologia aduersus debacchationes P. Sutoris.*
- Apologia aduersus monachos quosdam Hispanos.*
- Apologia aduersus rapsodias A. Pii.*
- Apologia contra Iacobi Latomi dialogum.*
- Apologia contra Sanctium Caranzam.*
- Apologia de «In principio erat sermo».*
- Apologia de loco «omnes quidem resurgemus».*
- Apologia pro declamatione de laude matrimonii.*
- Apologia qua respondet inuectiuis Eduardi Lei.*
- Hyperaspistes.*
- De libero arbitrio διατριβή siue collatio.*
- Responsio ad collationes cuiusdam iuuenis Gerontodidascali.*
- Responsio ad epistolam apologeticam incerto autore proditam.*
- Responsio aduersus febricitantis cuiusdam libellum.*
- Responsio ad annotationem Iacobi Lopis Stunica.*
- Responsio ad annotationes Eduardi Lei.*
- Responsio ad Petri Cursii defensionem.*
- Responsio ad disputationem cuiusdam Phimastomi de diuortio.*
- Responsio ad epistolam paraeneticam Alberti pii.*
- Responsio contra Syluium Egranum.*

Como puede observarse, esta clasificación –que es respetable en la medida en que se ajusta a la voluntad del propio Erasmo– podría reducirse a otra más estrecha y ajustada, atendiendo a los grandes temas generales que se encuentran en sus obras. Desde esta perspectiva, la división sería tripartita: un primer grupo de obras que podríamos llamar didácticas, otro conjunto dedicado a la reflexión religiosa y teológica –con diferencia, el más amplio–, y un tercer apartado con escritos de inspiración y enfoque claramente filológicos<sup>33</sup>. Tal vez deberíamos ser más precisos y apuntar que el espíritu de la filología lo inunda todo en Erasmo, desde sus obritas más claramente devotas hasta los textos de un carácter más técnico, como son las traducciones y comentarios a autores grecolatinos, antiguos o contemporáneos a él<sup>34</sup>. Por otro lado, a la vista de los títulos de todas las obras, sería perfectamente lógico concluir que el verdadero motor que impulsó a Erasmo a escribir desde el primer momento fue la inspiración religiosa. En realidad, todos los estudiosos que se han dedicado a penetrar en el significado de la obra erasmiana convienen en afirmar que lo característico en su creación literaria es, desde el punto de vista del contenido, la fusión perfecta entre la filología (y, para la época, entiéndase este término no sólo como un saber técnico e instrumental, sino como una denominación amplia del espíritu que busca en la Antigüedad grecolatina modelos atemporales útiles y vigentes para comprender mejor al ser humano como tal) y el sistema filosófico-religioso del cristianismo.

En efecto, Erasmo es el representante más destacado del llamado «humanismo cristiano» primitivo<sup>35</sup>, más presente en el Renacimiento europeo septentrional que en las zonas del sur de Europa (como Italia), en donde había una tendencia más acusada a estudiar a los autores paganos en sí mismos, sin pretender extraer de ellos enseñanzas que pudieran relacionarse con el cristianismo y emplearse, en parte, como apoyo doctrinal de éste<sup>36</sup>. En el fondo, Erasmo estaba convencido de que la teología estaba por encima de la filología y, consecuentemente, ésta debía estar sometida a aquélla y actuar a modo de servidora suya.

Precisamente fue este interés por desentrañar el sentido de los pasajes bíblicos más controvertidos acudiendo a los textos originales (griegos y hebreos), este afán

<sup>33</sup> Aunque también sería posible formar otro grupo con la copiosa epistolografía, las cartas de Erasmo, en rigor, no se ajustan a ninguna clase temática porque unas u otras contienen en sí algo de cada uno de esos tres grandes bloques conceptuales. Constituirían, por así decirlo, un conjunto intertemático.

<sup>34</sup> No las hemos incluido en la clasificación precedente por encontrarse dispersas en los distintos *ordines*, pero su abundancia es también muy significativa. Erasmo tradujo del griego al latín y anotó/editó a los autores griegos y latinos antiguos –o en algún caso contemporáneos– siguientes: Aristóteles, Arnobio, Ausonio, pseudo-Catón (Dionisio), Cicerón, Curcio Rufo, Demóstenes, Esopo, Eurípides, Flavio Josefo, Galeno, *Historiae Augustae scriptores*, Horacio, Isócrates, Jenofonte, Libanio, Livio, Luciano, Thomas More, Ovidio, Periandro, Persio, Plauto, Plinio el Viejo, Plutarco, Claudio Ptolomeo, Séneca, Publilio Sirio, Terencio y Lorenzo Valla.

<sup>35</sup> Cfr. L.-E. HALKIN, *Érasme et l'humanisme chrétien*, París, 1969.

<sup>36</sup> Véase D. YNDURÁIN, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994, pp. 207-209 y 426 s. A pesar de ser un país meridional, en España, por ejemplo, bien es cierto que de forma tardía, el erasmismo tuvo una influencia notable; véase M. BATAILLON, *op. cit.*, *passim*; del mismo autor, *Erasmo y el erasmismo*, trad. de C. Pujol, Barcelona, 2000 (=1977), pp. 179-359; A. COROLEU, «Humanismo en España», en J. KRAYE (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, trad. de L. Cabré, Madrid, 1998, pp. 295-330. Sobre la influencia concreta del *Elogio* en la literatura española véase, más abajo, el capítulo V.



de explicar la palabra sagrada para que todos pudieran entenderla y ponerla en práctica<sup>37</sup>, junto con la crítica de la situación corrupta y degradada a la que había llegado el clero en su época, lo que produjo la identificación de Erasmo con la reforma protestante. Ya hemos visto, sin embargo, que esa adhesión no fue nunca efectiva<sup>38</sup>.

No todas las obras escritas por Erasmo alcanzaron entre sus contemporáneos la misma notoriedad. En realidad, puede decirse que las más famosas y controvertidas ya en su época son las mismas que han pasado a la posteridad y que un lector de cultura media reconoce hoy día como erasmianas. ¿Cuáles son éstas? La respuesta es sencilla y rápida: el *Manual del soldado cristiano*<sup>39</sup>, los *Adagios*, su edición del *Nuevo Testamento* (conocida, tal vez, en menor medida, pero igualmente fundamental), los *Coloquios* y, por supuesto y sobre todas ellas, el *Elogio de la Estupidez*<sup>40</sup>.

De estas cinco obras la que aquí nos interesa viene a ocupar desde el punto de vista cronológico, por así decirlo, la posición de bisagra. En efecto, si nos atenemos a las fechas de edición (entiéndase, la *editio princeps* de cada una), el *Elogio* se halla justo en el centro<sup>41</sup>. Pero la idea básica en el pensamiento religioso de Erasmo, esa vuelta al cristianismo primitivo o a la «filosofía de Cristo», ya había cuajado y sido expuesta en el *Manual del soldado cristiano*<sup>42</sup>.

Esta obra, que en primera instancia había nacido del intento de Erasmo por hacer apreciar la religión cristiana a un soldado tosco y anticlerical que frecuentaba el castillo de Tournhem y conocía a Jaime Batt, amigo del roterodamense, le vino de perlas a Erasmo para exponer todo su parecer respecto a la corrupción del clero de la época y, de paso, atacar la piedad frívola y supersticiosa que el pueblo

<sup>37</sup> Recuérdesse que la primera traducción de la Biblia a una lengua vernácula fue la de Lutero al alemán (en 1534).

<sup>38</sup> Si bien, a decir verdad, la postura ideológica de Erasmo, aun contra su voluntad, le vino de perlas al incipiente protestantismo alemán. Ésa es la idea que, ya bien avanzado el siglo XIX, recogen las célebres palabras del arzobispo inglés R. C. Trench a propósito de las relaciones entre Erasmo y la Reforma: «Erasmus laid the egg of the Reformation and Luther hatched it», es decir, «Erasmo puso el huevo de la Reforma y Lutero lo incubó». Sobre las relaciones entre Erasmo y Lutero y la influencia de aquél en éste, véase C. AUGUSTIN, *Erasmus en de Reformatie*, Amsterdam, 1962; J. BOISSET, *Érasme et Luther*, París, 1962; J. C. OLIX *et al.*, *Luther, Erasmus and the Reformation*, Nueva York, 1969; G. CHANTRAINE, *Érasme et Luther. Libre et serf arbitre*, París, 1981.

<sup>39</sup> En el título latino *Enchiridion militis christiani* suele traducirse *militis* por «del caballero», como pervivencia del sentido que *miles* adquirió en la Edad Media, pero en seguida veremos que, en vista del destinatario del libro, es mejor mantener su significado latino original.

<sup>40</sup> Aunque a alguien pueda antojársele algo arbitrario, dejamos a un lado toda su obra filológica menos conocida —y menos trascendente—, así como sus escritos de patristica, sus textos apologeticos —tan numerosos como repetitivos e insustanciales— y su correspondencia.

<sup>41</sup> El *Manual* se publica en Amberes en 1503; la primera edición de los *Adagios* (la *Adagiorum Collectanea*) aparece en París en 1500; el *Nuevo Testamento* (*Nouum Instrumentum*) en Basilea en 1516; y, de nuevo en Basilea, en 1518 una primera versión muy reducida de los *Coloquios* (*Familiarium colloquiorum formulae*). El *Elogio de la Estupidez* se edita por primera vez en 1511, en la imprenta parisina de Gilles de Gourmont. Téngase en cuenta, además, que de los *Adagios*, y de los *Coloquios* (y en cierta medida también del *Nuevo Testamento*, reeditado en 1519 ya bajo el título de *Nouum Testamentum*) se fueron haciendo, a lo largo de la vida de su autor, sucesivas reediciones de tipo sumativo, fácilmente comprensibles dado el carácter acumulativo y, en consecuencia, abierto de sus textos. Del *Elogio*, en los veinticinco años que median entre su primera publicación y la muerte de Erasmo, llegaron a hacerse nada menos que cuarenta y dos ediciones del texto original latino.

<sup>42</sup> De hecho, en la *Carta a Martín Dorp* el propio Erasmo señala a su amigo: «Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enquiridión*, pero a guisa de broma».

demostraba con los asuntos divinos. De hecho, el propio título no podía ser más explícito en cuanto a la intención del escrito. En *Enchiridion militis christiani* la primera palabra encerraba una polisemia muy significativa e interesante: *enchiridion* es palabra griega transcrita al alfabeto latino a partir del original ἐγχειρίδιον, que, aún en la antigua Grecia, etimológicamente significaba a la vez «manual» y «puñal corto», «daga». De manera que, bajo una resonancia marcial, adecuada al destinatario del libro, se escondía toda la idiosincrasia religiosa y teológica de Erasmo; tras la apariencia didáctica de un manual que recuerda al cristiano las normas morales que deben presidir su vida así como los remedios aplicables para enmendar sus defectos y pecados, surgía el deseo íntimo de aconsejar a los creyentes el retorno a las fuentes genuinas del cristianismo, esto es, al estudio pormenorizado y cabal de los evangelios –de ahí la importancia de la aplicación del método filológico– y a su puesta en práctica sin los intermediarios que habían llegado de manos de una doble influencia: la judaica y la pagana. Preconiza una religiosidad más sincera por cuanto más íntima y privada frente al fastuoso y falso aparato de la piedad más externa y social, más hipócrita y teatral, todo aquello que, precisamente, él podía ver en primera fila: las rivalidades entre las distintas órdenes monásticas, la belicosidad de los papas, las envidias, las miserias carnales de algunos religiosos, la avaricia y la soberbia del clero, su incapacidad de predicar con el ejemplo... en definitiva, la banalización y mercantilización del mensaje de Cristo. Esta crítica que abarca no sólo el ámbito religioso, sino uno social más amplio<sup>43</sup>, es la misma que aparece insistentemente en el *Elogio* y en los *Coloquios*.

Efectivamente, en lo que se refiere a éstos, lo que en un primer momento no pasaba de ser una mera recopilación de frases hechas latinas pensadas para la enseñanza elemental del latín de forma amena y provechosa, con el paso del tiempo y la necesidad imperiosa que Erasmo tenía de verter en el papel todo lo que se le pasaba por la cabeza, terminó por convertirse en un inmenso mosaico de animados diálogos (*colloquia*) de inspiración lucianesca y carácter claramente moralista que de forma satírica pretendían criticar y aconsejar o corregir a un mismo tiempo. En esta obra, que pasa casi inadvertidamente del género didáctico al satírico, Erasmo no se contenta con sólo señalar y mofarse, sino que su espíritu sigue siendo, con todo derecho, instructivo<sup>44</sup>. Si bien el tema presente en las cuarenta y dos conversaciones que componen la obra es básicamente el mismo, esa crítica de la religio-

<sup>43</sup> A pesar del gran peso que tienen en el *Elogio* la invectiva contra el estamento religioso y la crítica-disertación teológica –en especial en los capítulos 53-54 y 63-66–, no nos parece adecuado considerar la obra un «panfleto religioso», como a veces se ha dicho (ésta es la expresión empleada por L. HALKIN en *Erasmo entre nosotros*, cit., p. 117), en primer lugar por no ser un texto primordialmente libelesco y en segundo lugar por no circunscribirse en exclusiva al tema religioso. Tampoco nos parece aceptable resaltar únicamente los valores filosóficos de la obra (la crítica de la filosofía escolástica y su concepción del cristianismo), como puede leerse en la fatigosa introducción de A. H. LEVI a la versión inglesa *The Praise of Folly*, trad. de Betty Radice, Londres-Nueva York, 1993. El mensaje global del *Elogio* es bastante más amplio de lo que la crítica ha tenido a bien considerar.

<sup>44</sup> Es lo que se conoce como σπουδαγέλοιον, es decir, tratar un tema serio y profundo de forma graciosa y amena. El mismo lo defiende y aplica en el *Elogio de la Estupidez*, como explica en la carta a Martín Dorp; véase el texto de dicha carta en el Apéndice incluido en este volumen y, especialmente, la nota 559.

sidad superficial y hueca y la defensa de una piedad profunda aparecen puestas en boca de personajes diferentes según su edad, ocupación y extracción social<sup>45</sup>.

Por otra parte, los *Adagios*, a más de un inmenso alarde de erudición –y paciencia, si se nos permite apostillar–, pretendían mostrar la utilidad y la actualidad de la sabiduría antigua grecolatina<sup>46</sup> bajo la apariencia de una enciclopedia filosófico-existencial y, en cierta medida, también científica compuesta de miles de pequeñas «píldoras» morales que, o bien se limitaban a explicar determinados comportamientos humanos universales y atemporales a partir de casos paralelos de la Antigüedad, o se atrevían incluso a criticar ese proceder en los posibles lectores y amonestarlos convenientemente. Como veremos en su debido momento, los *Adagios* son material de gran peso en la elaboración del *Elogio*<sup>47</sup>.

En definitiva, el *Elogio de la Estupidez*, sin duda la obra más célebre y reconocida de Erasmo de Rotterdam, no fue un simple divertimento, un pasatiempo para matar primero aquellas horas que tuvo que pasar montado a caballo, y luego las que se vio obligado a aguantar en cama enfermo de los riñones, como su propio autor nos dice con un tono algo afectado. Más bien, está plenamente enraizada en el programa intelectual y moral del holandés; nada en ella es totalmente gratuito o improvisado; todo está medido y calculado para ridiculizar aquello que era inaceptable a los ojos de su autor y, a un tiempo, proponer posibles soluciones a esos defectos. Más que risas el *Elogio* produce –había de producir– una media sonrisa. No es pura bufonada. Es, como Erasmo nos dice empleando el símil lucreciano –tan empleado por tantos autores posteriores–, la miel necesaria para engañar el sentido del gusto y poder tomar la medicina amarga pero beneficiosa para nuestra salud<sup>48</sup>.

### III. LA *STYLITIAE LAVS*. MODELOS, SIGNIFICADO, ESTRUCTURA

Antes de pasar revista a los modelos, antiguos y medievales, sobre los que está construido el *Elogio*, merece la pena hacer dos pequeñas aclaraciones de orden lingüístico, que, por más triviales que parezcan, tienen una importancia fundamental

<sup>45</sup> Los títulos latinos –o griegos– de cada uno de ellos son los siguientes: *Abbatis et eruditae*, *Alcymistica*; *Apotheosis Capnionis*; *Confessio militis*; *Coniutium fabulosum*; *Coniutium poeticum*; *Coniutium prophanum*; *Coniutium religiosum*; *Copiae compendium*; *Deambulatio*; *De captandis sacerdotibus*; *De itinere*; *De ualetudine*. Echo; *Epithalamium Petri Aegidii*; *Euntes in ludum*; *Exorcismus siue spectrum*; *Funus*; Γενοντολογία siue ὄχημα; *Herilia iussa*; *Hippoplanus*; *Inquisitio de fide*; ἰχθυοφαγία; *Lusus puerilis*; *Militis et Cartusiani*; *Monita paedagogica*; *Naufragium*; *Percontantis de rebus domesticis*; *Percontantis de uariis*; *Percontantis reducem*; *Peregrinatio religionis ergo*; *Pietas puerilis*; *Proci et puellae*; *Pseudochei et Philetymi*; Πτωχολογία, id est, mendicorum sermo; Πτωχοπλοῦσοι mendici diuites Franciscani; *Puerpera*; *Scorti et adolescentis*; *Venatio*; *Virgo misogamos*, id est, abhorrens a nuptiis; *Virgo poenitens*; *Vxor μεμφίγαμος*, querula de matrimonio.

<sup>46</sup> No nos atrevemos a llamarla «sabiduría popular», como tradicionalmente se viene denominando el contenido de los refranes, puesto que en una mayoría de casos los proverbios recogen los pensamientos propios de autores antiguos de gran prestigio.

<sup>47</sup> En especial el que responde al célebre título de *Sileni Alcibiadis*. Véase *infra* apartado III. 3. de esta Introducción. Por otro lado, el capítulo 23 del *Elogio* representa el germen del adagio *Dulce bellum inexpertis*.

<sup>48</sup> Véase la *Carta a Martín Dorp* en el Apéndice, p. 180.

para entender el sentido global de la obra. Nos estamos refiriendo al título y su traducción en las diferentes lenguas vernáculas.

Por un lado, el título con que aparece por primera vez impreso el texto en París en 1511 es *ΜΟΡΙΑΣ ΕΥΚΟΜΙΟΝ, ID EST, STULTITIAE (sic) LAUS*. Como puede observarse, ese título no es sino una ecuación expresada en dos lenguas distintas: el primer miembro en griego se traduce inmediatamente al latín. Ahora bien, tanto si el epígrafe griego ya estaba presente en la mente de Erasmo antes de componer el texto como si es secundario y posterior a la decisión de dedicárselo a su amigo Tomás Moro, lo cierto es que la sinonimia entre los términos determinantes de los dos sintagmas, no es total. El *μορίας ἐγκώμιον* (o *moriae encomium*, como suele aparecer, y que no es sino mera transcripción latina) presenta el sustantivo griego *μωρία*, que equivale al castellano «idiotez»<sup>49</sup>, como remedo perfecto del latino *stultitia*. La realidad, sin embargo, es algo diferente.

En efecto, la voz latina *stultitia* no es «locura», sino «necedad», «idiotez», «tontería», «estupidez»..., es decir, la palabra griega tiene una semántica más amplia (hiperónimo) que la latina. La «locura» griega abarcaría no sólo la patología psiquiátrica por la que hoy entendemos dicho vocablo, sino que también incluiría el estado de insensatez más o menos severa que sufren todos cuantos, como veremos, critica Erasmo a lo largo de su obra. Eso es, precisamente, lo que viene a decir la palabra latina: los *stulti* son los necios, idiotas o, sencillamente, tontos, que andan errados en su manejo y parecer. El latín dispone de otros medios léxicos para expresar los distintos tipos de locura mayor (*insania*, *uecordia*, *amentia*, *dementia*). Erasmo, por supuesto, era consciente de ello y por eso en ocasiones emplea *insania* (e *insanus*) o *dementia* y *uecors* allí donde busca mostrar el lado más extremado y patológico de esta «estupidez»<sup>50</sup>.

Además, si repasamos la traducción que del título se ha hecho a las diferentes lenguas modernas, veremos que el concepto que más aparece es el que nosotros proponemos: en italiano aparece *Follia*, en alemán *Torheit* o *Dummheit*, en holandés *Zotheid*, en inglés *Folly*, etc.<sup>51</sup>

Por otra parte, el título, tanto en griego como en latín, en tan sólo dos palabras presenta la clave de lo que el lector se va a encontrar. El primer elemento del sintagma *Stultitiae laus* es, a un mismo tiempo, lo que la gramática escolar define como «genitivo subjetivo» y «genitivo objetivo», es decir, la Estupidez es la elogiadora y la elogiada a la vez. Estamos, pues, ante un autoelogio en toda regla, lo cual viene a determinar inevitablemente la forma literaria del texto al tiempo que constituye el cimiento sobre el que se sostiene el elemento característico presente en casi toda la obra: la ironía. Que la estupidez sea objeto de elogio no es llamativo; pero que este elogio parta de la propia Estupidez (personificada) es chocante y condiciona la aparición de un texto retórico (en el sentido estricto de la palabra). Si el elogiador hubiese sido

<sup>49</sup> El diccionario griego-inglés de *Liddle-Scott-Jones* lo traduce, *sub uoce*, por *folly*.

<sup>50</sup> A este respecto, vale la pena traer a colación el texto de Horacio, *Sátiras*, 2, 3, 305s.: *stultum me fateor—liceat concedere ueris— / atque etiam insanum*: «reconozco que soy tonto—permítaseme rendirme a la evidencia—e incluso loco».

<sup>51</sup> Tan sólo en francés encontramos *Éloge de la Folie*, en donde *folie* sí significa claramente «locura».

otra persona, podría haberse servido del género ensayístico, podría haber compuesto un poema de tono encomiástico o, incluso, podría haber empleado la forma dramática y desarrollar su panegírico de la idea de la estupidez mediante unos personajes (alegóricos o no) que sirviesen a sus propósitos. Sin embargo, basta que la propia Estupidez hable de sí misma en primera persona para que ese autoelogio tenga la forma de un discurso perfectamente estructurado de acuerdo con las normas de la oratoria clásica. Y es esta autoalabanza la que crea una situación paradójica ya desde el principio. Si la Estupidez canta sus propias glorias, todo lo que diga, como procedente de la responsable de que haya tantos necios y tontos sueltos por el mundo, habrá que considerarlo con reservas, puesto que cada cosa que exponga estará errada y, en todo caso, habrá que entenderla al revés, esto es, para captar bien el mensaje de sus palabras será preciso aplicar el sutil filtro de la ironía.

### 1. Modelos antiguos

Para encontrar los antecedentes con los que contaba Erasmo para construir su *Elogio de la Estupidez* no hace falta buscar muy lejos del propio *Elogio*. En las líneas introductorias que forman la carta-dedicatoria a Tomás Moro tenemos todo un alarde de erudición literaria con la que Erasmo nos cuenta pormenorizadamente todas las obras que, según él, le precedieron en el género del elogio satírico. Sin embargo, como vamos a ver, la nómina no es todo lo exacta que pudiera parecer y hay que precisar algunos puntos.

En efecto, de las quince obras incluidas en esa relación de supuestos precedentes literarios sólo dos pueden considerarse auténticos ejemplos del subgénero del encomio paradójico y, a la vez, sólo una de ellas es una muestra de la parodia de declamaciones retóricas. Se trata, en concreto, de las dos obras lucianescas el *Muscae encomium* y el *De parasito*, de las que la primera es una auténtica parodia retórica mientras que la segunda es una sátira en forma dialogada. Por lo tanto, de la docena sobrada de obras referidas por Erasmo, vemos que, en rigor, sólo una se ajusta con mayor o menor exactitud al género del *Elogio*. En realidad, aunque no se citen aquí, los dos precedentes más claros son el *Fálaris* del propio Luciano y el pasaje de la comedia aristofánica *Pluto*, vv. 507-610<sup>52</sup>.

El *Fálaris* es un texto que contiene una *declamatio*, esto es, un ejercicio retórico entendido como entrenamiento que puede partir de un tema *a priori* difícil (o imposible) de tratar por su propio contenido ideológico. En este caso, Luciano se ejercita con la apología del tirano siciliano Fálaris<sup>53</sup>, cuya crueldad era célebre. El punto que une la obrita de Luciano y el *Elogio de la Estupidez* es el hecho de que ambos están escritos en primera persona: tanto la defensa de aquél como la loa de ésta tienen como objeto a los mismos oradores. Se trata, pues, de una autodefensa y un autoelogio, respectivamente.

<sup>52</sup> Sin embargo, hay referencias de pasada a estos textos en el *Elogio*, capítulos 3, 7 y 49.

<sup>53</sup> Tirano siciliano de Agrigento, muerto ca. 554 a. C. Se decía de él que asaba a sus víctimas dentro de un toro de bronce.

La otra obra antigua que presenta una influencia más patente en el *Elogio* es el paso de la comedia de Aristófanes *Pluto* (o *La riqueza*), vv. 507-610, que presenta a la Pobreza personificada (*Penía*) defendiendo el valor de ser pobre y elogiando sus supuestas virtudes y superioridad frente a la opulencia en un animado diálogo dramático con el viejo Crémilo. De nuevo el autoelogio, pero en este caso con una semejanza mayor respecto a la obra erasmiana, puesto que el personaje que habla es también alegórico.

Pero, tengan una mayor o menor cercanía conceptual y formal respecto al *Elogio*, tanto estas dos últimas obras como las dos que cita Erasmo en su *Carta a Tomás Moro* pertenecen, todas ellas, al género de lo que en la Antigüedad se conocía como *paradoxon encomium*, es decir, un elogio dirigido a algo o alguien de quien el sentido común no esperaría que fuese objeto de alabanza. Es, por así decirlo, un elogio inesperado, que sorprende porque se sale de lo normal. Al igual que en el *Muscae encomium*, en el *De parasito*, en el *Fálaris* o en el parlamento de la Pobreza en el *Pluto* de Aristófanes, la humorada –que en el caso del *Elogio de la Estupidez* no es ni el fin último buscado por el autor ni el aspecto más importante del texto– resulta de la combinación de lo inesperado que es un elogio sobre algo poco encomiable y el carácter satírico y mordaz del contenido de la obra en general. Ya hemos dicho que el género literario al que pertenecen es el «elogio paradójico», pero cabría ser más precisos y decir que en realidad son un subgénero del elogio, entendiendo éste como una de las dos posibilidades temáticas que presentaba el género oratorio llamado epidíctico o demostrativo<sup>54</sup>.

Respecto a las otras obras antiguas que pudieron ejercer cierta influencia –en el tono más que en la forma compositiva– sobre el *Elogio*, Erasmo cita algunos textos latinos antiguos, que, no obstante, no llegan a poderse considerar verdaderos cimientos de la obra de Erasmo<sup>55</sup>. Como mucho, alguna de ellas la precede en el tratamiento fuertemente satírico del asunto<sup>56</sup>. En los demás casos, sólo comparte con ellas su aire ligero y desenfadado, por lo que resulta del todo evidente que, al

---

<sup>54</sup> Estas dos manifestaciones opuestas serían la *laudatio* (elogio) y la *uituperatio* (censura, crítica), que, curiosamente, en el caso del *Elogio* se complementan reciprocamente, puesto que el argumento principal empleado para el encomio de la idiotez –su universalidad– se construye a expensas de criticar a todo el mundo: podría decirse que en esta *laudatio* específica hay inserta una *uituperatio*. Sin pretender hacer aquí siquiera una breve exposición de los distintos géneros y subgéneros de la oratoria antigua grecolatina (acuñados por Aristóteles, *Retórica*, 1358a37-1358b8), baste decir que los *tria genera dicendi* o formas del discurso retórico son el demostrativo (*genus demonstratiuum*, γένος ἐπιδεικτικόν), el forense o judicial (*genus iudiciale*, γένος δικανικόν) y el deliberativo (*genus deliberatiuum*, γένος συμβουλευτικόν). En los discursos del primer tipo, como son el *Elogio* y los demás textos citados, el oyente-lector no tiene posibilidad de tomar una decisión al respecto de lo que en ellos se dice; su actitud es forzosamente más pasiva, pero, como contrapartida, son discursos con un carácter más didáctico que los otros dos. Sobre el «encomio paradójico» renacentista y barroco y sus modelos clásicos, véase A. H. TOMARKEN, *Smile of Truth*, Princeton N. J., 1990. Sobre este género retórico como género independiente véase A. S. PEASE, «Things Without Honor», *Classical Philology* 21 (1926), pp. 27-42, y H. K. MILLER, «The Paradoxical Encomium», *Modern Philology* 53 (1956), pp. 145-178.

<sup>55</sup> Son el *Mosquito* y el *Almodrote* de Virgilio (ambos incluidos en la *Appendix Vergiliana*), la *Nuez* de Ovidio, la *Apoteosis* del emperador Claudio (que en el original latino responde al sonoro título de *Apocolocyntosis* o «calabacización»), obra de Séneca, y *El asno de oro* de Apuleyo.

<sup>56</sup> Nos referimos a la *Apoteosis* de Claudio.

mencionarlas, Erasmo pretendía cubrirse las espaldas de la mala conciencia que tenía de su propia creación, apoyando su obra en unas *auctoritates* lo suficientemente prestigiosas como para tratar de descargar en ellas el peso que ya sospechaba se le iba a venir encima.

## 2. Modelos medievales

Si bien los modelos antiguos son, al menos a primera vista, varios y variados, el conjunto de los precedentes medievales del *Elogio de la Estupidez* se ve reducido, primordialmente, a uno. Uno solo, además, innominado: *La nave de los necios*<sup>57</sup>. Resulta curioso observar cómo Erasmo, que tenía un apego tan grande y sincero hacia la Antigüedad, no cita, deliberadamente, la obra que forzosamente más le tuvo que influir tanto por su cercanía temporal como por las similitudes de su contenido<sup>58</sup>. Puede que esta *damnatio memoriae* voluntaria no tenga nada que ver con un deseo por parte de Erasmo de evitar todo lo que tuviera un tufo a Edad Media o, dicho en positivo, por concentrar la atención del lector sólo en las fuentes antiguas –paganas y cristianas– que con tanta profusión emplea a lo largo del texto. Pero parece más admisible que Erasmo, conociendo bien la obra de Brant, sencillamente se negase a reconocer su deuda con el alemán por un simple desliz de orgullo. Sea la razón que fuere, es innegable que el *Elogio* presenta una serie de similitudes con *La nave de los necios*. Las diferencias, que existen, son, a nuestros ojos, menos significativas que las semejanzas<sup>59</sup>. Examinemos algunas de ellas.

Para empezar, ambas obras –ya lo hemos dicho– pertenecen al género de la sátira, más en concreto a la sátira social. Y –sabemos– a la sátira están estrechamente vinculados un valor o intención moralizantes. Tanto el *Elogio* como *La nave*

---

<sup>57</sup> Se trata de una obra escrita originalmente en alemán en 1492 por el humanista estrasburgués Sebastián Brant (1457-1521) con el título de *Das Narrenschiff*; publicada en Basilea en 1494 y traducida en hexámetros con grandes libertades (omisiones, ampliaciones...) al latín –por cierto, con una sintaxis en ocasiones imposible– por Jacobo Locher en 1497 (*Stultifera navis*). Una buena traducción castellana, hecha a partir del original alemán y acompañada de los grabados originales, es la de A. Regales Serna, *La nave de los necios*, Madrid. Akal. 1998.

<sup>58</sup> *La nave de los necios* no es aún obra plenamente renacentista o, al menos, no tan renacentista como lo es el *Elogio*. Sobre los puntos en común y las divergencias existentes frente al hecho de la locura entre la Edad Media y el Renacimiento véase B. SWAIN, *Fools and Folly in the Middle Ages and the Renaissance*, Nueva York, 1932; baste decir aquí que en el Medioevo los locos eran tenidos por pecadores que contravenían el orden convencional de las cosas por haber perdido la conciencia, mientras que en el Renacimiento la locura se ve bajo el prisma deformador de la ironía como medio para juzgar moralmente el mundo y sus defectos. Frente al pesimismo medieval se levanta el optimismo humanista que juega con un cierto grado de empatía.

<sup>59</sup> Unas y otras pueden seguirse en los estudios de G. BASCHNAGEL, *Narrenschiff und Lob der Torheit. Zusammenhänge und Beziehungen*, Frankfurt, 1979; E. STÜDER, «Über Sebastian Brants *Narrenschiff* und das Erasmische *Lob der Torheit*», en H. HÜBER (ed.), *Der Narr: Beiträge zu einem interdisziplinären Gespräch*, Freiburg, 1991 (= *Studia ethnographica Friburgensia*, 17), pp. 13-27; y, tangencialmente, R. GRÜENTER, «Thomas Murners satirischer Wortschatz», *Euphorion* 53 (1959), pp. 24 ss. Digamos, no obstante, que estos artículos ponen un excesivo énfasis en las diferencias existentes, postura que se nos antoja menos relevante que la contraria, habida cuenta de que, como salta a la vista, son obras de

de los necios pueden incluirse en la literatura didáctica-gnómica con la puntualización de que ambas tratan de enseñar lo que es correcto *a contrariis*, es decir, presentando los comportamientos que no se deben seguir<sup>60</sup>. De igual modo ambas responden a la necesidad que sienten sus autores de criticar la sociedad en la que viven, el momento especialmente sombrío que les ha tocado observar y soportar. Esta es la idea que recogen las palabras de Jacobo Locher, traductor de *La nave de los necios* al latín<sup>61</sup>:

*Cum uero nostra tempestate tam pene innumeri sint fatui et stulti homines..., opere premium fuit ut denuo uates aliquis eruditus et uasfer refurgeret qui manifestaria stultorum delicta uitamque spurcissimam taxaret.*

Pero, puesto que en nuestra época hay un número casi infinito de hombres necios y estúpidos, ha valido la pena que surgiera de nuevo algún poeta culto y perspicaz capaz de censurar los errores evidentes de los tontos y su tan escandalosa vida.

Vemos, pues, que la intención de los autores es la misma. Pero, además de este paralelismo en la finalidad última de ambas obras, también comparten el carácter retórico –en su sentido clásico– del texto<sup>62</sup>. Como ya hemos visto y aún veremos con mayor detalle más abajo, el *Elogio* es un discurso pronunciado por un personaje alegórico que dirige sus palabras a un auditorio indefinido, impreciso, porque sus miembros son la humanidad misma, la totalidad del género humano. La Estupidez nos va presentando todos los distintos tipos de idiotez que hay repartidos por el mundo y lo hace como ama y señora de todos ellos. Todos la obedecen y bailan al ritmo que ella les dicta. Erasmo es quien habla desde detrás de la máscara y el disfraz de la Estupidez. En *La nave de los necios* ocurre algo similar: el autor expone ante un público potencialmente ilimitado las distintas clases de necedad existentes. También en este caso Brant se sirve de un expediente teatral. El narrador de *La nave* es, él mismo, un necio. Al igual que la Estupidez aparece ataviada

---

distintos autores, con distintos planteamientos y distintos enfoques. La diferencia más patente es el carácter fuertemente irónico del *Elogio*, que en *La nave* deja paso a un tono más transparente y «neutro»; la crítica social es más plana y directa.

<sup>60</sup> Desde este punto de vista pueden considerarse como «espejos de príncipes» en negativo. En el caso de *La nave de los necios*, el propio Brant dice lo siguiente (f. IX v):

*In speculo ueluti faciem quis rite tuetur  
effigiem uultus conspicit atque sui,  
sic modo de nostro capiat manifesta libello  
signa quibus uitam conspiciatque suam.*

«igual que alguien mira con cuidado su cara en un espejo y contempla la imagen de su rostro, que, del mismo modo, observe en nuestra obra su retrato visible en el que también pueda contemplar su vida». Téngase en cuenta que en la edición original el texto iba acompañado de xilografías que ilustraban cada uno de los capítulos con una imagen representativa de su contenido. Además, el tópico del espejo empleado a propósito de la estupidez humana representa, simbólicamente, la autocomplacencia como señal inequívoca de necedad. El gustarse a sí mismo y, por ende, mirarse continuamente en un espejo es característico de imbéciles que no ven más allá de sus narices; en *La nave de los necios* hay varios capítulos ilustrados con grabados en los que aparece un/a necio/a contemplándose con fruición en un espejo: capítulos 4, 60 y 92.

<sup>61</sup> f. VIII r.

<sup>62</sup> Ambos pertenecen al género demostrativo; véase *supra* nota 54.



con los ropajes típicos de doctores universitarios, el gobernalle que va presentando las diversas razas de idiotas que puede observar en el mundo es, también, un tonto-sabio, que vale tanto como decir un tonto que se cree sabio o un sabio que no se da cuenta de su profunda sandez<sup>63</sup>. Éstas son sus palabras introductorias<sup>64</sup>:

*Inter precipuos pars est mihi reddita fultos  
prima, rego docili fastaque uela manu.  
En ego possideo multos quos raro libellos  
perlego, tum lectos negligo nec sapio.*

Entre los necios más destacados se me ha confiado el papel principal y gobierno velas propicias con mano resuelta. Aquí estoy yo, propietario de muchos libritos que rara vez termino de leer y entonces, ya leídos, los abandono por no entenderlos.

Es decir, a pesar de verse rodeado de libros, o no los termina de leer o, si lo hace, no le aprovecha nada porque les da de lado y sigue siendo un necio.

Por otra parte, ni en el *Elogio* ni en *La nave* aparece una sola persona citada por su nombre explícito<sup>65</sup>, exceptuados los propios autores, Erasmo y Sebastián Brant, respectivamente, que se consideran a sí mismos unos necios.

Si pasamos a comparar el contenido pormenorizado de los textos en sí, observamos nuevos paralelos puntuales<sup>66</sup>. Veamos algunos de ellos<sup>67</sup>. La crítica que hay en *La nave* de los eruditos que pasan la vida entera entregados a la lectura de libros que no contienen nada beneficioso (cap. 1, «De los libros inútiles») encuentra su parangón en el *Elogio* en la insistente reprobación de los falsos sabios —especialmente los teólogos escolásticos— que se engríen de sus hueros conocimientos (en especial caps. 54, 63, 65). El cap. 5 de *La nave* («De los necios viejos») se corresponde con la crítica que Erasmo hace de los viejos decrépitos y con un pie ya en la tumba<sup>68</sup> (caps. 13, 31, 59, 66). El cap. 21 («Del criticar y hacer uno lo mismo») tiene su paralelo en el *Elogio* (cap. 19). El cap. 26 («Del inútil desear») enumera una serie de personajes históricos o legendarios paradigmáticos por su riqueza o su longevidad, cosas aparentemente deseables, que, sin embargo, les acarrearón la desgracia: Midas, Crespo, Príamo, Néstor...; tales personalidades aparecen reflejadas en los caps. 2, 5, 13, 22, 31 y 38 del *Elogio*. El cap. 27 («Del inútil estudiar») de *La nave* halla su eco en la censura de profesores y alumnos del *Elogio* (cap. 49). Los caps. 33 («Del adulterio») y 64 («De las malas mujeres») encuentran correspondencia en la ácida visión que tiene Erasmo del matri-

<sup>63</sup> Cfr. el término griego *μωροσόφους* empleado en el capítulo 5 del *Elogio*.

<sup>64</sup> f. X v. Resolvemos, sin indicación alguna, las abreviaturas y los nexos. Modernizamos la puntuación de acuerdo con los usos actuales.

<sup>65</sup> Erasmo ya nos lo advierte en la *Carta a Tomás Moro* y vuelve a subrayarlo en la *Carta a Martín Dorp*.

<sup>66</sup> Sin ánimo de ser exhaustivos. Un análisis más minucioso de ambos textos revelaría, seguramente, un mayor número de correspondencias.

<sup>67</sup> Los títulos de los capítulos de *La nave de los necios* se citan siguiendo la traducción que de ellos da A. REGALES, *op. cit.*

<sup>68</sup> A los que Erasmo llama en latín *capulares*.

monio (cap. 20). Los caps. 37 («Del azar») y 77 («De los jugadores») son, en gran medida, el paralelo de los caps. 39 y 61 del *Elogio*. El cap. 46 («Del poder de los necios») se refleja en la abundancia de poderosos del mundo que militan en las filas de la Estupidez (caps. 55-60). El cap. 55 («De la necia medicina») desarrolla la idea que el *Elogio* plantea en los caps. 33 y 44. Los caps. 60 («Del gustarse a sí mismo»), 76 («Del mucho vanagloriarse») y 92 («La fatuidad del orgullo») tocan el tema del amor propio o vanagloria, figura tan recurrente en la presente obra de Erasmo que incluso se la presenta como acompañante y aun hermana de la Estupidez (caps. 9, 22, 43, 44, 50, 53). En el cap. 68 («No entender las bromas») Brant critica a los supuestos sabios que no son capaces de entender un simple divertimento y se ofenden ante todo lo que les suena a sandez; son ellos tan necios como aquellos a quienes censuran. De igual modo, Erasmo considera verdaderamente estúpidos a los que se molestan con su *Elogio* por considerarlo un ataque personal en vez de una crítica general<sup>69</sup>. Al cap. 71 («Disputar e ir a los tribunales») le corresponde la invectiva contra abogados, jueces y pleitos de los caps. 24, 27, 48, 51 y 61. El cap. 73 («Del hacerse clérigo») presenta en el *Elogio* un paralelo dilatado a lo largo de los caps. 54, 57, 58, 59 y 60, la sección de la obra que más scandalizó en la época y más repercusiones tuvo. El cap. 74 («Del ocioso cazar») está parcialmente remedado en el cap. 39. El cap. 99 («Del ocaso de la Fe»), el más extenso y primordial de *La nave de los necios* por su trascendencia ideológica, en el que se analizan las causas de la decadencia de la Iglesia de Roma en la época, está reproducido, de nuevo, en los caps. 54, 57, 58, 59 y 60, que Erasmo destina a censurar las costumbres y la ignorancia del clero como causa última del derrumbe de la Fe cristiana. La diferencia fundamental que se aprecia entre ambos tratamientos consiste en que Brant centra sus críticas en aspectos políticos –las discordias entre los dirigentes de las distintas naciones que integraban la cristiandad– mientras que Erasmo se ensaña con el estamento religioso en todos sus órdenes y jerarquías, a la vez que incide en cuestiones sociales –falsa piedad, supersticiones populares, negligencia o ignorancia de las escrituras...–. Por fin, y para concluir este rápido cotejo entre ambas obras, señalemos que el cap. 100 («Acariciar el caballo amarillento»<sup>70</sup>) de *La nave*, dedicado a reprobar a la nobleza cortesana, tiene como homólogo todo el cap. 56 del *Elogio*, aunque el vicio de la adulación se pone en solfa también en los caps. 20, 26, 33, 36, 44, 48, 54 y 59.

En definitiva, según puede verse claramente, todos estos puntos comunes –y aun otros que puedan hallarse– en la forma y el contenido de ambas obras no responden a la casualidad. El *Elogio de la Estupidez* porta un marchamo de autor

<sup>69</sup> Así lo expresa en la *Carta a Martín Dorp*: *quodsi quisquam offenditur, non habet quod exposulet cum eo qui scripsit, ipse si uolet secum agat iniuriarum, utpote sui proditor, qui declararit hoc ad se proprie pertinere. quod ita dictum est de omnibus, ut de nemine sit dictum, nisi siquis uolens sibi uendicet*: «Pero si hay alguien que se siente ofendido, no tiene nada de qué quejarse al que lo ha escrito: que se pida cuentas a sí mismo por sus faltas, si le place, puesto que es él quien se traiciona al ver un ataque personal en palabras que se dirigieron a todos y no a una persona en concreto, a menos que alguien quiera hacerlas suyas de buen grado».

<sup>70</sup> El animal de este color era tenido por mal caballo. En la versión latina de Locher el capítulo aparece bajo un epígrafe mucho más explícito: *De assentatoribus et parasitis*, esto es, «Sobre los aduladores y los gorriones».

inconfundible: su ironía, unas veces sutil y otras –las más– mucho más palpable, esa *copia dicendi* tan característica de Erasmo<sup>71</sup>, su amplísima erudición tocante tanto al mundo pagano como al cristiano, su desbordante imaginación, su interés didáctico, etc., no hacen sino recordarnos que estamos ante una creación erasmiana, plenamente renacentista y humanística.

Y una de las lacras que, como acabamos de ver, Erasmo, en mayor medida que Brant, señala y critica con insistencia es precisamente uno de los ejes centrales que sirven de claves para entender el mensaje último del *Elogio*. Estamos hablando de la adulación como forma distinguida en que se manifiesta la hipocresía. Pero sería poco justo decir, sin más, que Erasmo trata la hipocresía sólo como un defecto y, por ello mismo, algo reprochable. En realidad, intenta presentar el mundo –o, al menos, parte de él– en términos de la dualidad existente entre lo exterior y lo interior, que es lo mismo que decir entre lo aparente y lo auténtico. Por lo tanto, el tema de la hipocresía del mundo está visto también desde una perspectiva didáctica-moralista –una vez más– *a contrariis*: el lado positivo del engaño consiste en que para que haya un elemento falseado tiene que existir también su correlato genuino, auténtico y sincero<sup>72</sup>. Es en este último en el que insiste Erasmo sirviéndose del difícil y escurridizo instrumento que es la ironía. Esta idea, sin embargo, no es privativa del *Elogio*. Nos parece interesante ver cómo el roterodamense la retoma y desarrolla en una importante sección incluida en una obra mayor, concebida con posterioridad a la publicación del *Elogio*.

### 3. Los Sileni Alcibiadis. *Ideario de Erasmo*

Con el título de *Los Silenos de Alcibiades* aparece publicado uno de los proverbios recogidos en los *Adagiorum Chiliades*, 3, 3, 1, que en su primera edición (1508) no pasa de unas pocas líneas en las que nuestro autor comenta el elogio que Alcibiades hace de Sócrates en el *Banquete* de Platón<sup>73</sup>, comparándole con las figuritas de los Silenos<sup>74</sup>. Sin embargo, esas escasas líneas se convirtieron, en la edición de 1515 –cuatro años después de la *editio princeps* del *Elogio*– en las varias páginas de un enjundioso ensayo, crítica cáustica del poder temporal y sus diversas manifestaciones en el mundo. Su censura alcanza tanto al poder laico de príncipes y reyes como al religioso de abades, obispos y papas. Al mismo tiempo, Erasmo expone las ideas fundamentales de su idiosincrasia teológica, su «filosofía de Cristo», que para Erasmo era el Sileno por excelencia.

<sup>71</sup> La *copia dicendi* equivaldría, en términos actuales, a la abundancia en la expresión. Ya hemos visto que la escritura de Erasmo fluye rápida y caudalosamente. Véase *supra* nota 30.

<sup>72</sup> Mensaje que, como suele suceder con las grandes obras literarias (o artísticas en general), no es único. La polivalencia interpretativa del texto y su tan comentada complejidad son buenas pruebas de que el tema que toca es universal y atemporal.

<sup>73</sup> El pasaje concreto es *Banquete*, 215a4-216c3.

<sup>74</sup> Los Silenos eran unas figuritas huecas de barro cocido que se vendían en los mercadillos de las *póleis* griegas. Su exterior representaba la figura grotesca del sátiro Sileno, pero en su interior escondían finas estatuillas de dioses. Sobre el personaje y su descripción física véase, al final de este volumen, el glosario-índice onomástico, *sub uoce* «Sileno».

Tomando como premisa ideológica la idea –por lo demás muy trillada– de que las cosas nunca son lo que parecen y que hay que buscar en su interior para encontrar la verdad, Erasmo construye su crítica social, política y religiosa del mundo en el que vive mediante el contraste de términos. La paradoja que se da entre lo que todo el mundo espera *a priori* de determinadas personas y lo que en realidad estas personas hacen y son es buen recurso literario para conseguir disimular o amortiguar una invectiva que, de otro modo, podría resultar menos tolerable.

Sin lugar a dudas, el *Elogio* fue el germen del contenido ideológico de los *Silenos*. Sin embargo, la figura que impregna y da trabazón a aquél, la ironía, no aparece en éstos. La sátira mordaz del primero no se encuentra en este proverbio, hipertrofiado para la exposición del mundo interior –tan florido– del autor. En los *Silenos* Erasmo deja a un lado los rodeos –la ironía, en su esencia, no es más que una forma de llegar al mismo sitio siguiendo el sentido opuesto– y se concentra en exponer de la forma más clara y sistemática que puede los defectos que ve a su alrededor para entonces pasar a criticarlos e intentar corregirlos. En el *Elogio*, por el contrario, aunque la meta es la misma, el camino recorrido es más alambicado, más intrincado, menos patente. El lector poco avisado no podrá entender el mensaje último que Erasmo pretende transmitirle y se perderá si antes no ha tenido en cuenta el mapa de la ironía, que le indica la ruta exacta.

Ahora bien, ni siquiera contando con este planteamiento irónico resulta sencillo desentrañar el contenido general de la obra, el, por así decirlo, «plan del autor». Efectivamente, la ironía embrolla –siquiera sea un poco– las cosas; funciona como una sordina que suaviza las estridencias que produciría la contemplación rigurosa de una realidad desagradable y hostil<sup>75</sup>; el lector tendría, pues, un solo escollo que soslayar para llegar al buen puerto del entendimiento cumplido. En cambio, en el caso concreto del *Elogio* encontramos una doble dificultad. Tropezamos con la misma barrera por duplicado. Erasmo, no contento con su artificio retórico y en paralelo a la *copia dicendi* de que hace gala, pone al lector en el brete de vencer el obstáculo doble que supone emplear la ironía en dos planos simultáneos, es decir, hacer que dentro de un primer contenido irónico se inserte otra nueva ironía<sup>76</sup>, de tal manera que el lector –algunos lectores, al menos– se pierde en la maraña de significados reales y significados aparentes que atraviesan el texto<sup>77</sup>. Pero, ¿en qué consiste esta ironía superpuesta?

Sabemos que la ironía consiste en decir lo contrario de lo que se quiere dar a entender, esto es, hay un significado superficial o aparente que sólo cobra sentido y se vuelve profundo cuando se aplica la clave irónica. De manera que, por ejemplo, si alguien

---

<sup>75</sup> Aunque la intención primera de la ironía es despistar un momento la atención del receptor del mensaje, lo cierto es que el resultado es justo el contrario: la crítica se efectúa de una forma retorcida y burlona y es por ello mismo más hiriente.

<sup>76</sup> Es lo que C. H. Miller llama «involved irony», «ironía encerrada en sí misma» o «ironía dentro de la ironía». Véase su edición del *Elogio* en *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, IV, 3, Amsterdam-Oxford, 1979, p. 17.

<sup>77</sup> Ésta parece ser la razón principal, según él mismo advierte, del fastidio que el *Elogio* le produce a José Antonio Marina; véanse sus palabras en la introducción a Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*, trad. de P. Voltes, Madrid, 1999, pp. 30-37.

dijese irónicamente que la moral de las esposas de nuestro tiempo es intachable, lo que en realidad vendría a decir es que las esposas de hoy día no guardan el debido decoro en su proceder conyugal. Si, por el contrario, se dijese en tono irónico de una mujer que es una inmoral, lo verdaderamente declarado sería su comportamiento escrupuloso y correcto. La diferencia entre ambos casos estriba en que en el primero la ironía se emplea para criticar y tratar de corregir la realidad, mientras que el segundo no pasa de ser una pequeña broma que pretende reforzar un comportamiento tenido por correcto —con todo lo convencional que el concepto de corrección pueda ser—. Sin embargo, las cosas se tornan herméticas cuando el que habla irónicamente es, por su parte, un individuo anómalo o inesperado. Tal es el caso de la Estupidez. Si la Estupidez cumple con el decoro poético —y ella misma nos asegura que es así<sup>78</sup>— hemos de suponer que todo lo que diga han de ser forzosamente necedades y majaderías propias de su condición. Por lo tanto, habida cuenta de que está errada, cuando ironiza lo hace equivocadamente y, consecuentemente, todo lo que diga en clave irónica habrá que entenderlo como si la ironía no existiese: si, por ejemplo, critica a los profesores, la crítica es auténtica y éstos deberían darse por aludidos y, en su caso, ofendidos. Y aquí es donde entra en juego el segundo plano irónico. Esta segunda ironía consiste en descubrir que la Estupidez no es tan tonta como alguno —algún tonto— podría y desearía creer, por lo cual todo lo que dice se ha de tomar en su primer y estricto sentido<sup>79</sup>. Por lo tanto, hay dos niveles de ironía: un primer nivel desarrollado entre los elementos del texto y otro más que trasciende y se cristaliza entre el texto y el lector. Es, precisamente, esta complicación la que a veces se ha alegado como fuente principal de una cierta incoherencia interna característica del *Elogio*<sup>80</sup>.

#### 4. Estructura compositiva

*Stultorum infinitus est numerus*, dice el *Eclesiastés* 1, 15<sup>81</sup>. Sin duda ésta debe de ser la idea que le rondaba a Erasmo en la cabeza cuando se le ocurrió componer este retrato crítico-satírico de la sociedad contemporánea suya. Como ya había hecho

<sup>78</sup> Cfr. sus palabras iniciales en el cap. 3 del *Elogio*: «Ni esto me importan esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo. Sea todo lo tonto que quieran, de acuerdo, con tal que reconozcan que es lo decoroso».

<sup>79</sup> Que es lo que, por supuesto, ocurrió con los individuos que pertenecían a cualquiera de los grupos que Erasmo ataca. El argumento que Erasmo emplea en su propia defensa (véase en especial la *Carta a Martín Dorp*) consiste en recalcar una y otra vez que lo que hizo fue un simple divertimento, cuya escasa seriedad tendría su exponente más claro en el hecho de hacer hablar al personaje alegórico de la Estupidez, al que no conviene prestar ninguna atención. Nótese lo endeble de un análisis que cree a los lectores tan mentecatos como para no ser capaces de entender que bajo la máscara de la Estupidez es Erasmo mismo quien habla. Por lo cual, mal que le pese al autor, todo lo que ella dice es serio, meditado y tiene un propósito muy claro.

<sup>80</sup> Véase esta crítica argumentada en A. E. DOUGLAS, «Erasmus as a Satirist», en T. A. DOREY (ed.), *Erasmus*. Londres, 1970, pp. 31-54, especialmente p. 46. Este mismo autor critica el *Elogio* calificándolo de «far too long (joke)» (p. 49), pero considerar esta obra simplemente como una broma demasiado larga nos parece una crítica en exceso reduccionista.

<sup>81</sup> La máxima aparece citada en el cap. 63 del *Elogio*.

Brant, el panorama de necedades, defectos y miserias que el holandés presenta y combate es amplísimo. Para expresarlo de una forma coloquial, se podría decir que no deja títere con cabeza. Toda esta retahíla de profesiones, estados y condiciones humanas está escrita originalmente sin solución de continuidad<sup>82</sup>, una forma expositiva poco didáctica –algo extraño en Erasmo– que probablemente pretende reflejar el supuesto carácter improvisado de la obra y, de paso, crear una sensación de sofoco ante el imparable aluvión de necios y sandios que le echa al lector encima. Sin embargo, es evidente que el *Elogio* cuenta con una estructura bien marcada que puede analizarse desde dos puntos de vista complementarios: el que se fija en el puro contenido literario y el que parte del examen retórico del texto.

En primer término, pues, y atendiendo a los contenidos mismos, la obra puede descomponerse en unidades temáticas que, empleando un término pictórico, podríamos llamar «escenas» o «cuadros»<sup>83</sup>. Cada uno de ellos muestra, como si de un teatro de marionetas se tratase, una circunstancia social o vital representada por unos personajes que la Estupidez, suma creadora y verdadera diosa suya, describe con la ternura y el orgullo con los que se hablaría de unos hijos. Dejando a un lado los doce primeros capítulos –de clara inspiración lucianesca–, que sirven de introducción en la que la Estupidez se presenta a sí misma, su linaje, sus acompañantes y justifica el autoelogio partiendo de las enormes bondades que dispensa al género humano, en total pueden contarse hasta cuarenta diferentes escenas que presentan la siguiente distribución temática<sup>84</sup>.

Las primeras veintinueve escenas están dedicadas a exponer los estados y condiciones humanas en que la estupidez campea a sus anchas; tales son los caps. 13 y 14 sobre la niñez/juventud y la vejez, cap. 15 sobre los dioses, cap. 16 sobre la naturaleza humana, cap. 17 sobre las mujeres, cap. 18. los banquetes, cap. 19 la amistad, cap. 20 el matrimonio, cap. 21 la sociedad humana en general, el 22 la egolatría, cap. 23

<sup>82</sup> La división en capítulos y la creación de un epígrafe latino para cada uno de ellos no es del propio Erasmo, sino que las introdujo A. G. de Meusnier de Querlon (1765) con el doble propósito de hacer más holgada la lectura y servir de resumen sobre el contenido de cada sección a la vez que para facilitar las citas que del texto pudieran hacerse. En su edición de 1898 I.-B. Kan adoptó y adaptó dicha división. Tal es la que presentamos nosotros en este volumen.

<sup>83</sup> No sin razón el *Elogio* ha podido inspirar, desde su aparición, algunos cuadros de pintores flamencos como *La cura de la locura* de Jeroen Anthonizoon van Aeken, el Bosco, *Extirpación de la piedra de la locura* de Pieter Huys, una variante del anterior titulado *Quitando la piedra de la locura* de Pieter Brueghel, el Viejo, *El cirujano* de Jan Sanders van Hemessen, incluso, según parece, *El banquero y su mujer* de Quentin Metsys, etc. Véase al respecto N. McALISTER, «The Cure of Folly, painting by Hieronymus Bosch», *Canadian Medical Association Journal* 110 (1974), 1380, 1383, y R. H. MARJNISSEN, «Bosch and Bruegel on human folly», en *Folie et déraison à la Renaissance*, Bruselas, 1976.

<sup>84</sup> Otra división posible y repetida con cierta frecuencia en los estudios dedicados a esta obra establece cuatro partes: los capítulos 1-28 de contenido cercano a las sátiras de Luciano; los capítulos 29-38 que establecen y discuten el contraste entre apariencia y realidad; en los capítulos 39-61 se hace un repaso de todos los aspectos y grupos humanos en los que impera la estupidez (que constituyen el clímax de la sátira); y los capítulos 62-68 como conclusión de la obra, en los que el artificio de la ironía desaparece, se relaja el tono y detrás de la máscara el lector descubre al propio Erasmo reflexionando (en serio) sobre la dualidad necedad/sabiduría y la dificultad de delimitar con precisión dónde termina una y empieza la otra. Sobre la(s) posible(s) estructura(s) y la complejidad del empleo de la ironía en el *Elogio* véase el interesante libro de Z. PAWLOWSKI, *The Praise of Folly: structure and irony*, Leiden, 1983.

la guerra, caps. 24 y 25 la falsa sabiduría, cap. 26 el populacho ignorante, cap. 27 los valores mundanos, cap. 28 las artes, cap. 29 la prudencia como deudora de la estupidez humana, cap. 30 de nuevo la supuesta sabiduría, cap. 31 los placeres de la vida, caps. 32 y 33 las ciencias, cap. 34 la gozosa irracionalidad de los animales, caps. 35, 36 y 37 la inmensa felicidad de los necios, cap. 38 distinción entre los dos tipos de locura, cap. 39 estupidez característica de los maridos, cazadores, arquitectos y jugadores, caps. 40 y 41 la superstición religiosa, cap. 42 la nobleza, caps. 43 y 44 la egolatría y la adulación, cap. 45 las apariencias, cap. 46 alcance universal de la idiotez, cap. 47 carácter cordial de la estupidez, cap. 48 ensalada de necios varios. Un segundo lugar lo ocupan las escenas dedicadas al retrato social y psicológico de las profesiones en que la estupidez es más conspicua; son, por así decirlo, majaderos profesionales: cap. 49 dedicado a los gramáticos, cap. 50 los poetas, cap. 51 los jurisconsultos, cap. 52 los filósofos, cap. 53 los teólogos, cap. 54 los religiosos y monjes, caps. 55 y 56 los reyes y la nobleza, caps. 57 y 60 los obispos, cap. 58 los cardenales, cap. 59 los papas y cap. 61 la Fortuna que favorece a todos los necios.

Tras el vasto panorama que la protagonista absoluta del *Elogio* despliega ante los ojos del auditorio, se produce un momento de inflexión (cap. 62) en que se abandonan la ironía y la sátira, y la Estupidez –y aquí más claramente que nunca es Erasmo quien habla–, como dejando a un lado al auditorio ante el que parlamenta y ensimismada, trata de persuadir al lector de que tal vez esa sandez omnipresente no sea tan negativa si se sabe entender y administrar. Es aquí donde entran a saco las *auctoritates* –paganas y, fundamentalmente, cristianas– que corroboran la argumentación. Los últimos capítulos (63-67) están dedicados a ver la estupidez desde su lado más positivo y optimista: incluso el éxtasis místico no es sino una forma de locura que aliena al hombre para unirlo a Dios. Sin embargo, en un golpe final (cap. 68), cuando ya nadie lo espera, la Estupidez vuelve a tomar la palabra con su tono sarcástico habitual para recordarnos que nada de lo que ha dicho tiene ningún sentido<sup>85</sup>.

Pero además, como ya vimos en su momento, estamos también ante una obra retórica<sup>86</sup> capaz de estructurarse, de acuerdo con la partición oratoria clásica, en las diferentes fases o momentos presentes en todo discurso. Desde esta perspectiva la estructura del *Elogio* podría resumirse en el siguiente esquema:

I. *EXORDIUM* o introducción (caps. 1-4): comienza por una *anteoccupatio* («Diga lo que diga de mí el común de los mortales...») y pasa a desarrollar el recurso clásico de la *captatio benevolentiae* («esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo»; «¿qué cosa cuadra más que la propia Moría sea pregonera de sus glorias y *trompeta de sí misma*?»; «De mi boca vais a escuchar un discurso improvisado»; «Cosa que no quería que pensara que he inventado para ostentación de mi talento»; «siempre me ha encantado decir *lo primero que me viniera a la boca*»).

<sup>85</sup> El supuesto optimismo humanístico de la obra se ve así empañado por un final que, de alguna forma, retoma el comienzo burlesco del *Elogio* y deja en el lector una sensación mezcla de confusión y desabrimiento.

<sup>86</sup> Perteneciente al género demostrativo.

II. *ARGUMENTATIO* o argumentación basada en la *probatio* o exposición de las pruebas que confirman la tesis del discurso –en este caso los motivos que hacen creíble y aceptable elogiar la estupidez– (caps. 5-67). En esta sección puede hacerse una triple subdivisión:

II.1 *argumentatio a persona* (caps. 5-9): se enumeran, respectivamente, el linaje de la Estupidez, su patria y el cortejo que la acompaña (su origen es divino, superior incluso al de los dioses convencionales; nace en el término equivalente del Paraíso pagano; su cortejo está formado por poderosas «señoras»).

II.2 *argumentatio a re* (caps. 10-48): mediante una serie de *exempla* se detallan todos los bienes que dispensa y la amplitud de los poderes que la caracterizan.

II.3 *confirmatio* (caps. 49-67): en dos momentos diferenciados:

II.3. *confirmatio* 1 (caps. 49-61): las ocupaciones más identificables por su inherente estupidez.

II.3. *confirmatio* 2 (caps. 62-67): digresión de carácter deliberativo, que desarrolla la idea de la bondad de una cierta clase de locura apoyándose en testimonios paganos y cristianos.

III. *PERORATIO* o epílogo (cap. 68): con una *recapitulatio* parcial del motivo inicial de una mujer disertando ante un auditorio, y un final teatral.

#### IV. ESTILO Y LENGUA DE LA *STVLITIAE LAVS*

«Brilliant but artless and uneven improvisation». Con estas hoscas palabras ventila A. E. Douglas los valores literarios del *Elogio de la Estupidez*<sup>87</sup>. Palabras, en nuestra opinión, simplistas y algo hinchadas. Sin duda la obra es producto de la espontaneidad –que no de la irreflexión– de la pluma de su autor, como el mismo Erasmo y la propia Estupidez nos dicen de forma abierta<sup>88</sup>. La brillantez en el tratamiento del tema y en los recursos desplegados es, igualmente, innegable. Sin embargo, no acertamos a ver esa pretendida simplicidad o falta de elaboración<sup>89</sup>. En realidad, lo único que se le puede censurar a Erasmo –y no sólo en el *Elogio*–, si es que hay algo que censurarle, es su ya característica arrolladora fluidez expresiva<sup>90</sup>. Esta resuelta agili-

<sup>87</sup> A. E. Douglas, art. cit., p. 49.

<sup>88</sup> Y, de paso, algo afectada. El reconocer que se ha escrito algo como puro pasatiempo es un tópico encuadrable en la *captatio beneuolentiae*, esto es, pretende resaltar la humildad del autor que reconoce bien los límites de su genio, bien los de la composición concreta que está presentando. En cualquier caso, esta exhibición de modestia y sumisión no tiene por qué ser siempre auténtica. Erasmo era perfectamente consciente de la importancia que tenía y la trascendencia que tendría la obra que estaba escribiendo. Ésa es la razón por la que actúa con tanta prevención y se excusa continuamente. Por otro lado, el supuesto carácter improvisado del *Elogio* no hace sino reforzar en el lector el sentimiento de admiración hacia un escritor capaz de componer semejante texto, con toda su complejidad estructural y su vasta erudición, en una sola semana y como mera distracción.

<sup>89</sup> Que, si nuestro inglés no nos falla, es lo que significa el adjetivo «artless».

<sup>90</sup> Es lo que en la Antigüedad se conocía como *uolubilitas*, término del que da una definición muy gráfica Cicerón, *Orator*, 53: *flumen aliis uerborum uolubilitasque cordi est, qui ponunt in orationis celebritate eloquentiam*: «otros, que creen que la elocuencia está en la velocidad del discurso, se apasionan ante un vertiginoso torrente de palabras». Véase nota 30.



dad en su forma de escribir condiciona notablemente el estilo de sus escritos, que, a pesar de la variedad de temas y tonos que abarcan, presentan en general un rasgo común que a veces se ha identificado con un cierto aire periodístico<sup>91</sup>.

Su latín, más que en ningún otro caso, era una verdadera lengua viva, lengua tan asimilada en sus años de estudiante que llegó a expresarse y pensar en ella con la misma facilidad y soltura como si fuese la propia lengua materna. En general, puede afirmarse que su estilo, entendido dentro de la corrección en términos de latinidad, es ecléctico; no desprecia nada que le pueda interesar: una palabra, un significado particular, una construcción sintáctica, por muy alejado que todo ello esté de la norma clásica —que vale decir de la ciceroniana<sup>92</sup>— le pueden servir para expresarse con absoluta corrección gramatical y semántica a la vez que consigue los más variados matices significativos y un característico colorido en su exposición. Erasmo estaba convencido de que el latín verdaderamente vivo tenía que ser aquel que incluyese y manejase todos los elementos que se habían ido incorporando a lo largo de los siglos, entendiendo por corrección más la riqueza expresiva y la flexibilidad comunicativa —esto es, la lengua como entidad cambiante— que la servil imitación de unas *auctoritates* más o menos remotas<sup>93</sup>.

En sintaxis, por ejemplo, aun pudiendo emplear la amplitud y riqueza de los períodos típicamente ciceronianos, muestra una marcada tendencia al uso de construcciones braquilógicas: elipsis, anacolutos... todo ello con el fin de aligerar la exposición y hacer hincapié en el contenido. Se deleita con el asíndeton en largas y rápidas enumeraciones que dejan en el lector una impresión de abundancia mucho más efectiva que la conseguida con la sucesión de miembros sintácticamente elaborados y enlazados por nexos hipotácticos. Desde este punto de vista, podría decirse que su sintaxis es más pictórica que arquitectónica, y más impresionista que academicista. Su amplitud de miras le lleva a aceptar usos no clásicos, tanto anteriores como posteriores, poéticos o arcaicos, de Plauto, Terencio, Salustio, Virgilio y Tácito, e incluso grecismos o medievalismos (como en el uso algo

<sup>91</sup> Ésta es la idea que abre el interesante trabajo de D. F. S. THOMSON, «The Latinity of Erasmus», en T. A. DOREY (ed.), *Erasmus*, cit., pp. 115-137. Este breve pero enjundioso artículo está dedicado a trazar una panorámica del estilo y las características del latín empleado por Erasmo a lo largo de su producción literaria. Otros trabajos parciales sobre la latinidad de Erasmo son V. S. CLARK, *Studies in the Latin of the Middle Ages and the Renaissance*, Lancaster, 1900, pp. 82-109; W. RÜEGG, *Cicero und der Humanismus. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus*, Zurich, 1946; A. GAMBARD, *Il Ciceroniano di Erasmo di Rotterdam*, Brescia, 1965; O. HERDING, «Querela pacis. Stil und Komposition», *Actes Congrès Erasme-Rotterdam 1969*, Amsterdam, 1971, pp. 69-87; J. TRAPMAN, «Solet instead of Solebat in Erasmus and Other Neo-Latin Authors», *HL* 44 (1995), pp. 197-201. Sobre el neo-latín, puede consultarse con provecho el capítulo dedicado a tal efecto en J. IJSEWIJN—D. SACRÉ, *Companion to Neo-Latin studies. Part II: Literary, linguistic, philological and editorial questions*, Leuven, 1998 pp. 377-419.

<sup>92</sup> Recuérdesse, en este punto, su diálogo *Ciceronianus* (1528), en el que critica a quienes, en pura exaltación fanática del modelo que representaba Cicerón, los «monos de Cicerón», no admitían infectar sus textos con palabras o giros que no apareciesen en alguna de las obras del arpinate, por muy excelentes y sancionados por la historia que fueran los otros autores a los que remedar. La obra de Erasmo no hace sino reflejar —y tomar una posición bien definida ante— el debate surgido en su época entre «ciceronianos» y «anticiceronianos»; véase al respecto la penetrante síntesis que ofrece E. NORDEN, *La prosa d'arte antica. Dal VI secolo a.C. all'età della Rinascenza*, 2 tomos, trad. italiana de B. Heinemann, Roma, 1986, pp. 776-782.

<sup>93</sup> Lo cual se ajusta bastante bien a su carácter independiente y curioso.

relajado de tiempos y modos), y no tiene empacho en dejar traslucir la influencia de su holandés materno en más de alguna ocasión<sup>94</sup>.

En lo que a la riqueza léxica se refiere, su vocabulario, más amplio que el de Cicerón<sup>95</sup>, no hace ascas a los términos nuevos acuñados en su época, ni a las voces bíblicas o de fuentes patrísticas o rarezas extraídas—demostrando en ello gran documentación, capacidad de observación y memoria—de autores paganos. Todo es bienvenido para atrapar el matiz justo de una palabra en un contexto determinado. La *electio uerborum* nunca es fortuita, sino que se somete a las necesidades de registro y tono por parte del autor. Una pareja de sinónimos puede emplearse en diferentes situaciones, según se trate de un texto religioso o una sátira y subrayar con la evidente diferencia léxica diferencias semánticas mucho más sutiles.

Por otra parte, dada la inmensa cantidad de obras salidas de la pluma de Erasmo, cada una de ellas con una temática, un registro y un tono peculiares —o incluso varios en una sola<sup>96</sup>—, resulta casi imposible detallar un resumen general del estilo erasmiano sin caer en simplismos y trivializaciones inaceptables. Por eso, y a la espera de iniciativas que afronten la tarea de hacer un trabajo integrador, es mejor ceñirse a describir cada una de las obras por separado y, con el tiempo, ir completando el mosaico que supone la obra completa de Erasmo.

Por lo que atañe a la nuestra, el *Elogio* es la obra de Erasmo en la que el holandés más se recrea en esa «busca y captura» de rarezas léxicas y/o semánticas. Con este proceder conseguía separarse de la servidumbre de la simple imitación y, a un tiempo, demostrar su superioridad creativa, su mayor erudición y su peculiar genio<sup>97</sup>. Veamos algunos ejemplos. Tomadas del latín bíblico encontramos *baiulat* (cap. 56) «lleva encima» (en vez del clásico *portat*)<sup>98</sup>, *praeuaricantur* (cap. 50) «pecan» (su sentido clásico es el más neutro de «delinquir, desviarse de lo correcto»), *correptionem* (cap. 64, si bien aparece en una cita de san Pablo) «reproche, crítica». Al vocabulario de la patrística pertenecen el verbo *pudescere* (caps. 29, 35, 41, 55) y *saginato* (cap. 9, *saginator* cap. 56<sup>99</sup>). Pero el ámbito del que extrae más palabras curiosas es del mundo pagano —especialmente del latín preclásico o bien del imperial—: (*ad/ex*) *amussim* (caps. 30, 53, 65) «al pie de la letra, con pelos y señales»<sup>100</sup>, *aqualiculum* (cap. 54)

<sup>94</sup> Ejemplos de todo ello pueden encontrarse en D. F. S. Thomson, art. cit., pp. 124-135.

<sup>95</sup> Como se deduce fácilmente, habida cuenta de que Erasmo incluye en su caudal léxico el del propio Cicerón así como el de otros muchos autores, clásicos o no, paganos y cristianos (incluso algunas voces procedentes de sus tan denostados autores escolásticos).

<sup>96</sup> Como es el caso del *Elogio*.

<sup>97</sup> Véase D. F. S. THOMSON, art. cit. pp. 124s. Para ilustrar las características del latín del *Elogio* ponemos tan sólo algunos ejemplos extraídos, como es natural, del texto original y acompañados de su correspondiente traducción castellana y de la referencia al capítulo en que se hallan, para que el lector curioso que tenga ocasión de hacerlo pueda buscarlas en el texto latino y apreciar mejor su justo valor contextualizado. Un examen más detenido ofrecería más datos.

<sup>98</sup> *Baiulare*, de etimología desconocida, es voz empleada en el latín arcaico y bajo-imperial; su sentido más preciso sería «llevar encima o cargar con algo pesado». En el *Elogio* aparece referido a llevar colgando del cuello un collar muy pesado, como alarde de riqueza y fortaleza física entre los nobles. Su elección, por lo tanto, no parece responder a una simple intención decorativa.

<sup>99</sup> Véase *infra* en el apartado dedicado a la morfología.

<sup>100</sup> La voz *amussim*, «regla, nivel», es un tecnicismo que forma las locuciones *adamussim* o *examussim*. Se encuentra en Plauto, *Amphitruo*, 843; *Mostellaria*, 102.

«vientre, barriga»<sup>101</sup>, *aspernabilem* (cap. 15) «despreciable», *balbuties* (cap. 13, *balbutiunt* cap. 53) «tartamudez», *caecutire* (caps. 19, 39, 54) «estar cegato», *cantillant* (caps. 35, 54) «canturrean», *ceu* (caps. 13, 30, 38, 54, etc. —hasta quince veces—) «como»<sup>102</sup>, *congerro* (cap. 13) «jolgorio», *consarcinata* (*Carta a Tomás Moro*) («discurso») remendado», *dissertationi* (cap. 64) «discusión», *fastidienter* (cap. 66) «con asco», *figmentum* (caps. 29, 66) «ficción, invención», *iactabundus* (cap. 63) «presuntuoso», *incogitantia* (caps. 13, 31) «irreflexión», *mulotribae* (cap. 59) «muleros», *multiuga* (cap. 38) «múltiples (placeres)», *nugamentis* (cap. 50) «boberías, memeces», *obgannire* (caps. 38, 41) «salir al paso con ladridos», *peronatis* (cap. 64) «con los zapatos puestos», *piamina* (cap. 47) «expiación», *protrita* (cap. 53) «cosas muy manidas», *rauim* (cap. 16) «ronquera»<sup>103</sup>, *reputia* (cap. 56) «ronda de brindis», *repuerascere* (cap. 13) «volver a la infancia»<sup>104</sup>, *terriculorum* (cap. 38) «espectros», *tusculum* (cap. 47) «un poco de incienso»<sup>105</sup>. Tampoco siente ningún empaño en emplear, cuando se tercia, el sustantivo *caballos* (cap. 55), de claro regusto romance, utilizado en vez del clásico *equus*<sup>106</sup>, o el verbo *comparet* (cap. 14 y *compares* cap. 16), que está utilizado en el sentido nada clásico y sí muy románico de «comparar».

Dentro del apartado del léxico merece especial atención el copiosísimo uso que Erasmo hace de los diminutivos, entre los que pueden distinguirse tres valores fundamentales: el propio, el afectivo o ponderativo y el despectivo —que no es sino el segundo con un enfoque irónico—. He aquí la relación de los que aparecen en el *Elogio*: *animalculum* (cap. 48), *aqualiculum* (cap. 54), *assentatiuncula* (cap. 22), *auticularum* (cap. 34), *cantillant* (caps. 35, 54), *cantiuncula* (cap. 15)<sup>107</sup>, *cerimoniolas* (cap. 66), *corniculam* (cap. 3), *degustatiuncula* (cap. 67), *flosculis* (cap. 32), *fornaculam* (cap. 39), *fraterculus*, *-culo* (cap. 54), *graculos* (cap. 63), *Graeculas* (cap. 6), *Graeculi* (cap. 63), *Graeculos* (cap. 63), *historiolam* (cap. 42), *homunculi* (cap. 48),

<sup>101</sup> *Aqualiculum* aparece en Persio, *Sátiras*, 1, 57. La elección del vocablo puede estar condicionada por la aparición en el contexto de la aposición explicativa *omni piscium genere distentum*, «(el vientre) adobrado de toda clase de pescados», con lo que, una vez más, estaríamos ante un nuevo juego de dobles sentidos típicamente erasmiano.

<sup>102</sup> *Ceu* es voz típica de la poesía épica; aparece repetidamente en la *Eneida* de Virgilio, en Lucrecio, en las *Metamorfosis* de Ovidio y en la *Farsalia* de Lucano. Su carácter épico queda acentuado por el hecho de que en la obra de Catulo aparece sólo en el poema LXIV (v. 239), que contiene el epilío que narra las bodas de Tetis y Peleo.

<sup>103</sup> Esta palabra es un auténtico capricho de Erasmo. Aparece sólo en Plauto, *Aulularia*, 336 (de donde Erasmo calcó la expresión *usque ad rauim*); *Cistellaria*, 304 y en Apuleyo, *Florida*, 17.

<sup>104</sup> Aparece en Cicerón, Plauto y Varrón.

<sup>105</sup> Véase *infra* el apartado dedicado a los diminutivos.

<sup>106</sup> *Caballus* es la palabra popular que designa el caballo de carga o trabajo, frente al caballo de carreras o de combate (*equus*); véase A. ERVOLT-A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, 1994 (=1959), p. 80. En este caso, el colorido románico de *caballos* queda subrayado por aparecer complementado por el adjetivo *bellos*, semánticamente más cercano a su heredero en las lenguas romances que al latín clásico; cfr. el uso que de él hace Plauto y el contraste *bellus/bonus* en *Los cautivos*, 956: *fui ego bellus, lepidus: bonus uir numquam*: «yo he sido un hombre agradable y simpático, pero jamás un hombre bueno». El sintagma así formado tiene resonancias lingüísticas italianas, probablemente buscadas intencionadamente por Erasmo, que había pasado en Italia los tres últimos años antes de escribir el *Elogio* y había llegado a conocer bien las costumbres suntuarias de los poderosos príncipes italianos del Renacimiento. Obsérvese también la ironía resultante de unir el adjetivo ponderativo *bellos* a un término en principio despectivo —comparado con *equus*— como es *caballos*.

<sup>107</sup> Cfr. *cantiunculis* en Cicerón, *De finibus*, 5, 49.

*homunculus* (cap. 29), *imagunculam* (cap. 53), *iuuenculam* (cap. 31), *laterunculi* (cap. 56), *litterulas* (cap. 31), *lucellum* (cap. 48), *mendaciolum* (cap. 12), *mulierculae* (cap. 54), *mulierculam* (cap. 48), *munusculo* (cap. 40), *nummulo* (cap. 41), *passerculorum* (cap. 65), *pauculi* (cap. 66), *pauculos* (cap. 63), *pauperculus* (cap. 38), *persuasiuncula* (cap. 45), *pinguiculi* (cap. 14), *plebeculam* (cap. 60), *plusculum* (caps. 17, 22), *portiuncula* (cap. 48), *portiunculam* (cap. 54), *preculas* (cap. 60), *quaestiunculis* (cap. 25), *quantulo* (cap. 53), *riuulus* (cap. 13), *sacculum* (cap. 64), *sacrificulus* (cap. 56), *stillula* (cap. 67), *tantillum* (cap. 37), *tantuli* (cap. 61), *traditiunculas* (cap. 54), *tusculum* (cap. 47), *uentriculo* (cap. 48), *uerbulo* (cap. 49), *unciola* (cap. 17), *uirguncula* (cap. 20), *uoculam* (cap. 49), *uoculas* (cap. 6). Como puede verse, el recurso de la sufijación con diminutivos en el *Elogio* no sólo afecta a sustantivos o adjetivos –los más frecuentes– sino incluso a determinantes, adverbios y verbos.

También muestra cierto gusto por los adverbios acabados en *-im*, punto en el que se aproxima a Cicerón: al lado de los más comunes como *statim*, *passim*, *olim*, *interim* y *paulatim*, aparecen *sigillatim* (cap. 12, no empleada por Cicerón), *uicissim* (cap. 13, 16, 21, etc.), *sensim* (cap. 14), *partim* (cap. 29, 53, 67), *praesertim* (caps. 33, 36, 50, etc.), *grauatim* (cap. 41, no se halla en Cicerón), *nominatim* (cap. 41), *certatim* (cap. 48), *turmatim* (cap. 53, no se halla en Cicerón), *cursim* (cap. 54), *summatim* (cap. 66).

Igualmente, nos recuerda a Cicerón la repetición de ciertos adverbios como es *longe*, empleado no sólo en su sentido físico propio<sup>108</sup>, sino como modificador de adjetivos o adverbios contruidos sea en grado comparativo (*longe religiosius*, cap. 45; *longe potiores*, cap. 47) o en superlativo (*longe miserrimum*, cap. 49) o, incluso, con adjetivos sustantivados con valor elativo (*longe principem*, cap. 50)<sup>109</sup>.

En el plano morfológico, que por definición forma en cualquier lengua una categoría cerrada, el latín de los humanistas no difiere esencialmente del latín de época republicana<sup>110</sup>. La lengua del *Elogio*, en concreto, parece respetar los usos del latín clásico, pero, de nuevo, se observan, más que desviaciones, algunas peculiaridades. Así es como hay que considerar los ejemplos de comparativos sintéticos formados a partir del participio de presente<sup>111</sup>: junto a los más frecuentes como *sapientior* (cap. 41) y *praestantior* (cap. 63), se encuentran también *pestilentior* (cap. 24), *incogitantior* (cap. 33) y *potentior* (cap. 67); o del participio de pasado: *cordatiorum* (cap. 22)<sup>112</sup>,

<sup>108</sup> Por ejemplo en el sintagma *longe lateque* (capítulo 25) que es imitación de Cicerón, *De finibus*, 2, 115; *De diuinatione*, 1, 79.

<sup>109</sup> Sintagma que aparece en Cicerón, *Pro domo sua*, 66; *De officiis*, 1, 69; y *Epistulae ad familiares*, 13, 13, 1.

<sup>110</sup> Véase J. Ijsewijn-D. Sacré, *op. cit.*, p. 405.

<sup>111</sup> Se supone que este uso, que no exclusivo de Erasmo entre los humanistas, se debe a que para éstos el componente adjetival del participio prevalece sobre el elemento verbal; véase M. BENNER-E. TENGSTRÖM, *On the Interpretation of Learned Neo-Latin. An Explorative Study based on some Texts from Sweden (1611-1716)*, Göteborg, 1977, p. 73. Sin embargo, ya en época republicana se dan ejemplos de participios (de presente o de pasado) que admitían, en virtud de su uso preferente como adjetivos, los dos niveles de gradación; véase J. B. Hofmann-A. Szantyr, *Lateinische Syntax und Stilistik*, Munich, 1997 (=1965), p. 165.

<sup>112</sup> La forma en grado positivo aparece en Ennio, Plauto, Séneca y Apuleyo. Cicerón lo emplea, pero sólo en una cita del texto de Ennio. En lo que nosotros alcanzamos, en su forma comparativa la palabra es un *bapax* de Erasmo.

*detectiores* (cap. 44)<sup>113</sup>, *oculator* (cap. 49)<sup>114</sup>, *saginator* (cap. 56)<sup>115</sup>, *arctiores* (cap. 60)<sup>116</sup>, *absolutior* (cap. 67). Además, hay algún ejemplo del comparativo analítico (*magis* + adjetivo) en casos en que el latín clásico habría preferido la construcción sintética: *At hoc quid est homini magis amicum?* (cap. 44)<sup>117</sup>. En este mismo orden de cosas, choca la construcción *plus satis* «más de lo suficiente» (cap. 19) en vez del clásico *plus quam satis*<sup>118</sup>. En el ámbito de la morfología verbal cabe reseñar el empleo relativamente cuantioso de verbos deponentes –simples y compuestos–: *adstipulor*, *arbitror*, (*ad*)*blandior*, *conor*, *deprecor*, *dignor*, *discrucior*, (*de/e*)*labor*, *exordior*, *exosculor*, *exsecror*, *fateor* (y *confiteor*), *fruor*, (*de*)*fungor*, *glorior*, *grassor*, *grauor*, (*ag/di/e/in*)*gredior*, (*de*)*hortor*, *interminor*, *intepretor*, *irascor*, (*e/pro*)*loquor*, *meditor*, (*de*)*mereor*, (*ad/de*)*miror*, *molior*, (*e*)*morior*, *moror*, *nanciscor*, *nascor*, *nitor*, *nugor*, (*ex*)*orior*, *pattior*, *peregrinor*, *philosophor*, (*am/com*)*plector*, *polliceor*, *scrutor*, (*ad/con/per*)*sequor*, *stomachor*, (*de*)*testor*, *tueor*, *uenor*, *uereor*, *uescor*, *ulciscor*, *utor*. Entre las rarezas morfológicas merece la pena destacar también la coquetería que supone el empleo de la desinencia artificial en *-eis* de acusativo plural de los temas en *-i*, si bien sólo en *complureis* (cap. 53), *treis* (caps. 42, 50, 53), *mortaleis* (caps. 53, 63, 65) y, de manera más insistente, en *omneis* (caps. 11, 29, 46, etc.)<sup>119</sup>.

En sintaxis Erasmo es generalmente correcto conforme a los patrones clásicos, pero aquí y allá surgen pequeñas discrepancias con la norma del latín republicano, que no hacen sino demostrar que el latín que defendía el holandés era una lengua capaz de cambiar y adaptarse a las nuevas necesidades expresivas que el tiempo y los hablantes trajesen consigo. En sintaxis casual pueden señalarse los siguientes fenómenos: uso del ablativo temporal en vez de acusativo de duración (*totis triginta annis laboratam*: «discurso compuesto durante treinta años completos», cap. 4; *annis plus viginti se torquet*: «lleva torturándose durante más de veinte años», cap. 49). Preferencia por el acusativo *id genus* «de esta clase» sobre el más clásico *eius(dem) generis*. Régimen en genitivo de *glorior* en lugar del acusativo o ablativo –solo con las preposiciones *de* o *in*–esperables (*alium stemmatis gloriantem*: «a otro que se jacta de su estirpe», cap. 29). Empleo del dativo de fin (*laudi detur*, cap. 31), del dativo agente con gerundivos (*buic... erit ponendum, explicanda..., abicienda..., ineptiendum ac delirandum*, cap. 11; *sapienti... abstinendum esse; a sapientia temperandum ei*, cap. 24; *signum aliquod populo spectandum*, cap. 27). Ablativos de cualidad, ins-

<sup>113</sup> *deiectior(-es)* en Ambrosio y Gregorio el Grande.

<sup>114</sup> *oculator* aparece en Tertuliano.

<sup>115</sup> *saginator(-e,-em,-es)* en Tertuliano y Jerónimo.

<sup>116</sup> *arrior(-ibus)* se halla en Cicerón. *In Verrem*, 2, 1, 13; *De republica*, 6, 10; *De officiis*, 1, 53.

<sup>117</sup> La forma sintética *amicus* la encontramos, por ejemplo, en Cicerón, *Epistulae ad Atticum*, 12, 15, 1: *secundum te nihil est mihi amicus solitudine*. «Después de ti, nada me resulta más amable que estar solo».

<sup>118</sup> Una vez más los autores tomados como modelo son Plauto, *Epidicus*, 346 y Terencio, *Eunuchus*, 85.

<sup>119</sup> Las formas *omneis* y *mortaleis* se hallan en Salustio, *De coniuratione Catilinae*, 1, 1 y *Epistulae ad Caesarem senem de re publica*, 1, 1, 1, respectivamente. Son arcaísmos contruidos a partir de inscripciones en las que la *-i* de la desinencia casual aún se representaba mediante el dígrafo *-ei*, en este caso inmotivadamente. La inclusión de tan flagrante arcaísmo por parte de Erasmo dejaba claro lo amplio de su erudición así como su habilidad para mezclar de forma armónica lo antiguo y lo moderno en su obra.

trumento o relación contruidos con preposición (*in*, *ex*, *ab*) donde la lengua clásica no las utilizaría (*ex uultu fronteque*, cap. 5; *in hac esset sententia*, cap. 12).

En sintaxis verbal llama la atención el frecuentísimo empleo de la voz pasiva allí donde el latín clásico habría preferido la activa: no sólo aparecen los usos impersonales *lubitum est* (cap. 2), *uisum est* (cap. 6), *dictum est* (cap. 20), *persuasum est* (cap. 62), *scriptum est* (cap. 64), *quot dormiendum horas* (cap. 54) o *dormitur in medios dies* (cap. 56), sino que también asoman algunos ejemplos de verbos en voz pasiva algo forzados: *ridentur haec ab omnibus* (cap. 31) en vez de *omnes haec rident*; *auditus est a nobis alius* (cap. 54) por *alium audiui*<sup>120</sup>; *a quibus simplicissime color* (cap. 55) por *qui me simplicissime colunt*. Asimismo, muestra cierta variedad en el uso de verbos contruidos en la llamada «pasiva personal con infinitivo»: al lado de los más habituales como *dicitur* (*dicar*, *dicuntur*) y *uideatur* (*uideor*, *uidebatur*, *uidebitur*, *uidentur*, *uideamini*), observamos ese mismo valor en *creditur* (y *creduntur*, cap. 40), *censebitur* (cap. 38) y *putatur* (cap. 49; *putantur*, caps. 11, 31). Respecto al uso de los tiempos no hay nada que resulte chocante si lo comparamos con la norma clásica (*consecutio temporum*) y las únicas desviaciones que pueden producirse se deben, más que a ignorancia o incuria, a la voluntad expresa de relajar la expresión mediante una sintaxis menos rígida.

Entre los usos llamativos de adverbios señalemos la presencia de *hic* con el valor de «en este caso, en este asunto» (caps. 3, 29, 30, 35, 38, 40, etc.), *annon* «¿es que no...?, ¿acaso no...?» por *nonne* (caps. 34, 53, 63)<sup>121</sup>, *quam* por *quantum* como modificador directo de verbos (*quam lippiunt et quam non uident*, cap. 19; *mirum quam a natiuo... degenerent*, cap. 34; *mire quam sibi blandiuntur*, cap. 42), *aeque* por *tam* con adverbios (caps. 22, 53, 55).

En el apartado de la sintaxis pronominal se observa una tendencia general a utilizar los indefinidos-interrogativos *tanti/quantum* «tan grandes/qué grandes» en lugar de *tot/quot* «tantos/cuántos» (o *tam multi,-ae,-a/quam multi,-ae,-a*, que se diferencian de los anteriores en que presentan morfemas de género, número y caso), un fenómeno que ya se da esporádicamente en latín clásico y que se extiende en bajo latín y latín medieval para llegar a ser el estado de cosas imperante en las lenguas románicas<sup>122</sup>: *tantos risus* (cap. 48), *tantis uigiliis*, *tantis sudoribus* (cap. 28), *tantis in malis* (cap. 31), *unum coelum parum dignum... tantis praemium* (cap. 54)<sup>123</sup>,

<sup>120</sup> En Cicerón, por ejemplo, aparecen, entre muchos otros, ambos casos, pero sin la indicación explícita del complemento agente, que en las construcciones pasivas es secundario frente a la necesidad de expresar el sujeto agente en las oraciones activas. Una interpretación actual de la pasiva en latín puede verse en L. RUBIO, *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, Barcelona, 1984, pp. 85-95; H. PINKSTER, *Sintaxis y semántica del latín*, trad. de M.<sup>a</sup> E. Torrego y J. de la Villa, Madrid, 1995, p. 25, y del mismo autor, «The discourse function of the passive», en A. BOLKESTEIN (ed.), *Syntax and Pragmatics in Functional Grammar*, Dordrecht, 1985, pp. 107-118.

<sup>121</sup> Que también emplea en los capítulos 5, 17, 29, etcétera.

<sup>122</sup> Sobre la sustitución paulatina de los determinativos cuantificadores de número (*tot*, *quot*) por parte de los cualificadores de dimensión (*tantus*, *quantus*) véase A. ERNOUT-F. THOMAS, *Syntaxe latine*, París, 1997 (=1953), p. 200.

<sup>123</sup> Este último ejemplo es el más ilustrativo de todos. Tras enumerar todas las órdenes monásticas existentes en su época, Erasmo critica la soberbia de sus integrantes por pensar que un solo cielo es poca recompensa para *tantos* como ellos son.

etc. Por supuesto, esto no quiere decir que Erasmo no sea capaz de emplear correctamente *quot* o *tot* allí donde le place (caps. 31, 35, 41, etc.).

También pueden hallarse ciertas particularidades en el uso de las preposiciones: *absque* con el sentido de *sine* «sin» (caps. 54, 59, 63, 64)<sup>124</sup>, *in* unido a *summa* con el sentido moderno de «en suma, en resumen» en lugar de *ad summa* (caps. 11, 21, 35, 44, etc.).

En lo que a la sintaxis oracional del *Elogio* se refiere, Erasmo manifiesta una predilección por la oración compleja, esto es, la que está construida con varias cláusulas subordinadas y unidas entre sí mediante nexos coordinantes. Es especialmente llamativa la frecuentísima ocurrencia de la conjunción copulativa *et* (más de trescientas noventa veces), en muchos casos uniendo dos conjuntos oracionales allí donde la lengua clásica habría preferido insertar una pausa: *quamquam ego... arbitror... ET tamen... tollit* (cap. 3). A veces se produce una secuencia de subordinadas yuxtapuestas entre sí: *cum... aequiparat, cum... proponit, cum... conuestit, cum... λευκάνει, denique cum... ποιεί* (cap. 3); *Cuius unius nutu... miscentur. Cuius arbitrio... administrantur. Citra cuius opem... non essent. Quem... habuerit* (cap. 7). Este fenómeno de la enumeración paralelística de series de elementos mediante yuxtaposición constituye por sí mismo un rasgo distintivo de la sintaxis del *Elogio* y responde, como puede suponerse, al tono bromista y coloquial que impregna la mayor parte del texto —es decir, todo él con la sola excepción de los capítulos dedicados a exponer las ideas erasmianas sobre la *philosophia Christi* (caps. 62-67)— y al deseo de dar agilidad a la exposición: *quod uita, mors: quod formosum, deforme: quod opulentum, id pauperrium: quod infame, gloriosum: quod doctum, indoctum: quod robustum, imbecille: quod generosum, ignobile: quod laetum, triste: quod prosperum, aduersum: quod amicum, inimicum: quod salutare, noxium* (cap. 29); *totque periuria, tot libidines, tot ebrietates, tot rixas, tot caedes, tot imposturas, tot perfidias, tot prodiciones* (cap. 40); *quot nodos habeat calceus, quo colore cingula, uestis quot discriminibus uarieganda, qua materia, quotque culmis latum cingulum, qua specie, et quot modiorum capax cucullus, quot digitis latum capillitium, quot dormiendum horas* (cap. 54); *tantum opum, tantum bonorum, tantum ditionis, tantum uictoriarum, tot officia, tot dispensationes, tot uectigalia, tot indulgentias, tantum equorum, mulorum, satellitum, tantum uoluptatum... quantas nundinas, quantam messem, quantum bonorum... inducet uigilias, ieiunia, lacrymas, orationes, conciones, studia, suspiria* (cap. 59); *tot scriptores, tot copistae, tot notarii, tot aduocati, tot promotores, tot secretarii, tot mulotribae, tot equisones, tot mensarii, tot lenones* (*ibidem*). El efecto acumulativo de estas letanías se produce con tal energía que el propio personaje de la Estupidez lo reconoce abiertamente con palabras de claro regusto coloquial: *bella, paces, imperia, consilia, iudicia, comitia, connubia, pacta, foedera, leges, artes, ludicra, seria... —IAM SPIRITVS ME DEFICIT—* (cap. 7) «guerras, paces, imperios, consejos, juicios, comicios, matrimonios, pactos, tratados, leyes, artes, bromas, veras... —ya me estoy quedando sin aire—»; *tot scriptores, tot copistae, tot notarii, tot aduocati, tot promotores, tot secretarii, tot mulo-*

<sup>124</sup> Uso arcaico que está presente en Plauto, *Menaechmi*, 1022 y Terencio, *Phormio*, 188.

*tribae, tot equisones, tot mensarii, tot lenones...* —PAENE MOLLIVS QUIDDAM ADDIDERAM, *sed...*— (cap. 59) «tantos escribanos, tantos amanuenses, tantos notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, palafreneros, banqueros, proxenetas y... —por poco se me llega a escapar algo más obsceno, pero...—. Otras particularidades que atañen al uso de conjunciones son: *aliud quam* por *aliud ac* (caps. 15, 53, 63); *quo* final por *ut* sin que aparezca el esperable comparativo *quo stultitiae mortalium subueniret* (cap. 65), *quo palam fiat* (cap. 48); *quod* en vez de *ut* en el inciso *quod aiunt* «lo que dicen/como suele decirse» (caps. 5, 14, 19, etc.)<sup>125</sup>; *quod* con subjuntivo con valor causal: (cap. 29) ... *quod a uirtute longe absit* «porque está muy alejado de la virtud», ... *quod pecudum ritu ducatur affectibus* «porque a la manera de las bestias se deja llevar por sus pasiones», ... *quod iam dudum ille uiuere coeperit* «porque por fin ya ha comenzado a vivir», etc.; frecuente empleo de *perinde quasi* «igual que si», como resultado de una combinación entre *perinde ac si* y *proinde quasi* (caps. 1, 17, 49, etc.); *ut ne* —final y consecutivo—: *ut ne commemorem ista*; ... *ut ne tum quidem libeat uitam relinquere* (cap. 31), *ut ne legere quidem possint* (cap. 54) —si bien estos dos últimos casos son especiales por la aparición de *ne... quidem*—; *siquidem* con valor causal (caps. 13, 29, 32, etc.), uso presente especialmente en la latinidad postclásica.

Por otra parte, en una obra con semejante profusión de expresiones griegas<sup>126</sup> se hace necesario hablar, siquiera sucintamente, de sus rasgos comunes y de las particularidades que presentan. En general, puede afirmarse que las frases o sintagmas griegos empleados por Erasmo tienen un carácter paremiológico muy marcado. Estos proverbios o germen de proverbios están sacados, en su mayoría, de la recopilación de Diogeniano de Heraclea (s. II d.C.) así como de la propia labor compiladora de Erasmo reflejada en los *Adagios*. En lo que se refiere a éstos, Erasmo se limita a citar el refrán adecuado en el momento en que le conviene, sin más alteraciones que las forzosas para no violentar la sintaxis del contexto en que aparece.

Un segundo grupo de helenismos lo constituyen las alusiones expresas o tácitas a textos griegos paganos o —en algún caso aislado— de procedencia bíblica; se trata de citas formadas por palabras sueltas o sintagmas fácilmente identificables por alguien un tanto versado en las letras griegas. Normalmente, todo lo que aparece escrito en griego en el texto no presenta señales visibles de la mano de Erasmo. Las rarezas léxicas que, como hemos visto antes, aparecen aquí y allá en el texto latino apenas se dan en el caso de los helenismos. Los pretendidos *semel dicta* de cuño erasmiano se desvanecen con sólo aguzar la vista para rastrear algún ejemplo en la Antigüedad; así el verbo *νεανίσκειν* (cap. 31) «comportarse como un muchacho» asoma sólo dos veces en Epifanio de Palestina (teólogo del s. IV), pero, gracias a la increíble memoria de Erasmo, una sola aparición en un autor leído por él es más que suficiente para que la adopte e introduzca allí donde le plazca. Otro tanto puede decirse de *παιδοποιεῖν* (cap. 11) «hacer niños», que ya se encuentra en Aristófanes y Eurípides; o de *γυμνοποδῖαν* (cap. 15) «baile ejecutado con los pies des-

<sup>125</sup> También aparece, regularmente, *ut aiunt* (capítulos 17, 29, 31, etc.).

<sup>126</sup> Es la obra de Erasmo con una mayor abundancia de helenismos *stricto sensu*. Presentamos una lista-índice de todos ellos al final de este volumen.



calzos», que habría llegado a Erasmo por medio de la *Suda*; o de μωροσόφους (cap. 5) «sabios necios», «monosabios», y παλίμπαιδας (cap. 13) «nuevos niños», tomados ambos de Luciano. Las únicas voces que pueden considerarse auténticas creaciones de Erasmo son μεγαλοβρόυντας (cap. 56) «fanfarrones» y πενταγλώττω (cap. 64) «que habla cinco lenguas». Añadamos también como toque erasmiano la variación hecha sobre el proverbio que aparece en la penúltima expresión griega del *Elogio*: a partir del refrán μισῶ μνάμονα συμπόταν, «odio al convidado que tiene memoria», la Estupidez (Erasmo) cambia el final adaptándolo a sus propósitos críticos con el auditorio μισῶ μνάμονα ἀκροατήν «odio al oyente que tiene memoria».

Sin duda, Erasmo era consciente del efecto que había de producir en los lectores del *Elogio* —necesariamente una minoría cultivada en la Europa del s. XVI— hallar en una obra latina semejante abundancia de términos y giros escritos directamente en griego. El fin último de tal répertorio de grecismos no fue seguramente el mero alarde de erudición y habilidad en insertar oportunamente unas cuantas paremias que corroborasen lo expuesto en cada momento —aunque tampoco tenemos por qué suponer a Erasmo tan modesto como para no aprovechar la ocasión de hacerlo—. Además de la función meramente retórica y «social» o extraliteraria de las citas y alusiones griegas<sup>127</sup>, nuestro autor quería caracterizar a la protagonista absoluta de su obra, entre otros recursos, haciéndola utilizar refranes con una cierta insistencia, lo que ya en la época se consideraba rasgo propio de gente rústica y con pocas luces o pocos recursos intelectuales para exponer sus ideas sin recurrir a estas socorridas «muletillas»<sup>128</sup>. De nuevo nos topamos con la omnipresente ironía: si bien es cierto que en cualquier otro contexto el empleo desmedido de refranes podría ser índice de poca o, al menos, reducida cultura libresca, es evidente que al ser éstos de cuño griego la impresión que se consigue es justo la opuesta. Por otro lado, con ello Erasmo no hace sino insistir en su idea de que el buen juicio (que aquí es sinónimo de sentido común) y la naturalidad o sencillez son las mejores armas para alcanzar la rectitud moral y el conocimiento de la verdad. Nada de alambicados razonamientos escolásticos que sólo se sirven a sí mismos y a los que los emplean. Mucho mejor confiar en la sabiduría popular que ha soportado la criba de los siglos y goza de la aquiescencia general.

No obstante todo esto, el espíritu educativo del pedagogo que siempre fue Erasmo se adivina tras la máscara de la Estupidez cuando traduce, a veces, el griego al latín mediante el giro explicativo *id est/boc est*<sup>129</sup>: τὸ χαλεπὸν γῆρας, *id est, molesta senectus* (cap. 13); πέντε κατάρας, *id est, quinque tantum diris* (cap. 49); δαίμονας, *boc est, scientes* (cap. 32).

<sup>127</sup> No olvidemos la inmensa influencia ejercida por el escritor griego Luciano de Samósata.

<sup>128</sup> A este respecto cfr. las palabras que don Quijote dirige a Sancho (parte II, cap. 43): «Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito: pero cargar y ensartar refranes a troche moche hace la plática desmayada y baja». Cfr. M. JOLY, «Aspectos del refrán en Mateo Alemán y Cervantes», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 20 (1971), pp. 95-106, y de la misma autora, «Le discours métaparamique dans *Don Quixote*», en F. Suard-C. Buridant (eds.), *Richesse du proverb*, Lille, 1984, vol. II, pp. 245-260. Sobre la dependencia existente entre *El Quijote* y el *Elogio* véase el apartado siguiente.

<sup>129</sup> De hecho, el propio título original de la obra es, como ya hemos visto, una aclaración bilingüe.

Para acabar este breve recorrido por las características lingüísticas del latín del *Elogio* digamos algo en relación con la variedad de registros presentes en la obra. En efecto, pueden advertirse al menos tres formas distintas de expresión, de color, en el largo parlamento de la Estupidez. Erasmo parece tener en cuenta más aquí que en ninguna otra obra salida de su pluma la lección que sobre los matices expresivos da Horacio, *Sátiras*, 1, 10, 11-15:

*et sermone opus est modo tristi, saepe iocoso,  
defendente uicem modo rhetoris atque poetae,  
interdum urbani, parcentis uiribus atque  
extenuantis eas consulto. Ridiculum acri  
fortius et melius magnas plerumque secat res.*

Y hace falta un estilo unas veces severo, a menudo bromista, otras veces uno que asuma las maneras del rétor y del poeta, a veces el del hombre cultivado que controla sus recursos y los modera a voluntad. Por lo general, lo que da risa obtiene grandes frutos con más firmeza y mejor que lo áspero.

Pues bien, en el *Elogio* encontramos muestras de tres de esos cuatro niveles, con un reparto claro, pero no tajante ni excluyente. El más austero, propio de los capítulos centrados en las disquisiciones teológicas (caps. 62-57), caracterizado por la secuencia argumentativa exposición de idea / exposición de la *auctoritas* –bíblica o patristica–. Ya se dijo en su momento que en esta sección la Estupidez se quita un tanto la máscara y deja vislumbrar a Erasmo mismo. El segundo registro podría considerarse poético o literario y se advierte especialmente en los primeros capítulos (1-48), los de más clara inspiración lucianesca, en los que nuestro autor persigue, siempre en tono irónico, el aplauso y aun la exaltación de su personaje. Por fin, el más evidente quizá sea el tono coloquial, que, en mayor o menor grado, está presente a lo largo de todo el texto. Las marcas que señalan ese registro son, por ejemplo, la aparición de formas verbales fosilizadas (lexicalizadas) como interjecciones: *age(dum)* «venga» (caps. 11, 29, 35, 41, 45, 48, 54); interjecciones: *euge* «bravo», «bien hecho» (cap. 60); apartes como *lapsa sum* «me he colado» (caps. 45, 59); *iam spiritus me deficit* «me estoy quedando sin aire» (cap. 7); por supuesto, los numerosos diminutivos<sup>130</sup>, y el abundante empleo de la conjunción copulativa enclítica unida al pronombre anafórico con valor redundante-explicativo en *idque* «y eso», «y además» (caps. 25, 38, 40, 41, 46, 47, 48, 50, etc.).

En definitiva, el gran humanista que fue Erasmo muestra sobradamente en su obra más célebre que, además de cumplido pensador, teólogo, filólogo, erudito y pedagogo, era un escritor aventajado capaz de manejar y sacar provecho de todos los recursos que su segunda lengua –cabría decir casi la primera– le brindaba. Sabio y ponderado conocedor del léxico latino, experimentado usuario de la morfología y de la sintaxis más clásicas, pero, en todo caso, independiente y personalísimo como ningún otro, demuestra con admirable naturalidad la pericia en dar forma a un conte-

<sup>130</sup> Véase *supra* dentro de este mismo apartado.

nido de tal manera que éste no pueda siquiera concebirse sin aquélla y, recíprocamente, la primera se desvanezca y desaparezca sin el soporte del segundo<sup>131</sup>.

## V. INFLUENCIA EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

Dejando a un lado el extraordinario influjo que ha tenido el *Elogio* en la literatura de ficción y filosófico-religiosa europea desde el justo momento de su publicación, y puesto que hemos de ceñirnos a un ámbito más concreto y cercano a nuestros intereses, señalaremos a continuación algunos de los deudores de esta obra en lo que al mundo de las letras españolas se refiere. Y, puesto que contamos con la ayuda inestimable de los dos extensos y detallados estudios de Vilanova y Bataillon, que versan sobre la influencia de Erasmo en general en la literatura española y, más en concreto, de la ejercida por el *Elogio* en nuestros autores, nos limitaremos a resumir aquí sus conclusiones, ejemplificándolas convenientemente<sup>132</sup>.

Las dos obras clásicas de la literatura española que muestran una influencia más palmaria del *Elogio* son la anónima *Lazarillo de Tormes* (1554) y la cervantina *Don Quijote de la Mancha* (1605 y 1615)<sup>133</sup>. En lo que se refiere a la primera, los puntos en común son varios. Para empezar, la crítica dirigida contra la hipocresía (avaricia, soberbia, gula) y la secularización del clero presente en tantos capítulos del *Elogio* queda recogida en el *Lazarillo* en los tratados II «El clérigo de Maqueda», IV «El fraile de la Merced» y V «El buldero»<sup>134</sup>. Muy especialmente hay un claro paralelo entre la gula y la avaricia del cura de Maqueda y la glotonería de los curas y frailes del cap. 54. Otro tanto puede decirse del episodio del fraile mercedario, «gran enemigo del coro...», perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar<sup>135</sup>, cuyo espíritu parece evocar las palabras de la Estupidez (cap. 54), referidas a los monjes: «una buena parte de ellos se encuentra muy lejos de la religión... no hay nadie que esté más presente en todas partes»; o cuando Lázaro dice de ese fraile que es al «que las mujercillas que digo me encaminaron»<sup>136</sup>, semejante a las que en el *Elogio* andan a todas horas entre los hábitos de los frailes mendicantes para desahogar en ellos sus cuitas. Del tratado dedicado al mercader de bulas, aparte de la crítica general claramente erasmiana acerca de la mercantilización y corrupción de los valores religiosos<sup>137</sup>, se observan detalles similares como cuando se dice que el buldero «hacíase entre ellos (los clérigos) un Sancto Tomás y hablaba dos horas en latín –a lo menos que lo parecía, aunque no lo

---

<sup>131</sup> El estudio exhaustivo del *Elogio de la Estupidez* desde un punto de vista exclusivamente retórico-estilístico lo reservamos para un trabajo específico en el que ya estamos trabajando.

<sup>132</sup> Ambos libros son, en realidad, sendas recopilaciones de artículos y ponencias relacionadas con el tema a cargo de A. VILANOVA, *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, 1989, y M. BATAILLON, *Erasmo y el erasmismo*, trad. de C. Pujol, Barcelona, 2000 (=1977).

<sup>133</sup> Sobre las similitudes y diferencias entre el *Elogio* y el poema moral *Triunfos de Locura* (1521) de Hernán López de Yanguas véase Bataillon, *Erasmo y el erasmismo*, cit., pp. 329-332.

<sup>134</sup> Vendedor de bulas.

<sup>135</sup> Citamos por la edición de F. Rico, *Lazarillo de Tormes*, Madrid, 152000, pp. 110 s.

<sup>136</sup> *Ibidem*.

<sup>137</sup> Véase nota 38.

era»<sup>138</sup>, que retoma el espíritu de la crítica lanzada en el *Elogio* contra los religiosos que, aun sin saber apenas latín, se meten a componer prolijos discursos incomprensibles y llenos de fantasías improcedentes con el único objeto de alardear de una erudición que no poseen y asombrar –y amedrentar– al auditorio ignorante. Otro punto compartido es la crítica erasmiana de las miserias del matrimonio –sobre todo cuando la mujer ya está suficientemente versada en las tareas conyugales antes de casarse–, acompañadas del conocimiento de un marido que, no obstante, prefiere vivir tranquilamente mirando para otro lado (cap. 20), cuyo eco en el *Lazarillo* es la última parte de la novela, la que trata del casamiento de Lázaro con una mujer de dudosa reputación, a la que, sin embargo, quiere como si no fuese posible tener la más mínima suspicacia al respecto<sup>139</sup>. Pero no sólo hay coincidencias en el contenido. También en lo puramente formal hay similitudes entre ambas obras. La más evidente es el empleo en el *Lazarillo* de la forma autobiográfica en primera persona que responde al autoelogio que pregona la Estupidez. La ironía, por otra parte, está presente en ambos casos al ser los dos protagonistas *stulti* declarados que, además, se sienten satisfechos de semejante condición<sup>140</sup>.

En relación con el *Quijote*, la obra literaria española que presenta una mayor influencia por parte del *Elogio*<sup>141</sup>, un primer aspecto de tipo formal que comparte con él es el de la autonomía de sus protagonistas. En efecto, en la segunda parte del *Quijote* (1615) los personajes del caballero y del escudero han cobrado una sorprendente independencia literaria reflejada en la conciencia de la fama que han alcanzado ambos (parte II, cap. 3): «Pensativo quedó además don Quijote, esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro... que también dicen que soy yo (Sancho) uno de los principales presonajes (*sic*) della». Esa imagen de sí misma como entidad independiente la tiene también la Estupidez, como fácilmente puede deducirse de sus primerísimas palabras (cap. 1): «Diga lo que diga de mí el común de los mortales –y no se me escapa la mala fama que la estupidez tiene incluso entre los más estúpidos–...». En segundo lugar, ambas obras presentan un tratamiento irónico del contenido. De la ironía en el *Elogio* no vamos a hablar más<sup>142</sup>. En el *Quijote* la ironía y el humor –que van dados de la mano indisolublemente– son el recurso principal que emplea Cervantes para crear en el lector una sensación de incertidumbre ante las ideas del texto, un continuo vacilar entre las bromas y las veras<sup>143</sup>, lo sublime y lo ridículo, sin que pueda saberse con seguridad, en determinados momentos, si lo que se dice ha de tomarse en sentido propio o, irónicamente, hay que entender justo lo contrario. Un tercer punto general de coincidencia es, evidentemente, la distinción que hace Erasmo entre la *stultitia* o simple

<sup>138</sup> Véase Rico, *op. cit.*, p. 114.

<sup>139</sup> Véase Rico, *op. cit.*, pp. 130-135.

<sup>140</sup> Sobre la relación de dependencia del *Lazarillo* con respecto al *Elogio* véase F. LÁZARO CARRETER, «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», *Ábaco* 1 (1969), pp. 45-134.

<sup>141</sup> Que Cervantes leyera esta obra de Erasmo –cosa posible y aun probable– no implica que la tuviera en cuenta como modelo último y absoluto de su novela hasta el punto de proponerse «desarrollar en forma novelesca la sátira erasmista» (en palabras de Vilanova, *op. cit.*, p. 19).

<sup>142</sup> Véase lo dicho en el apartado 3, «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo».

<sup>143</sup> Es el tópicos del σπουδαγέλιον; cfr. nota 44.

necedad y la *insania* patológica —en este caso sí «locura»— que tiene algunos efectos semejantes a los de su pariente la estupidez (cap. 38). Nos referimos, en concreto, al pasaje en que se relata la historia del ciudadano argivo «tan sumamente loco que se pasaba los días enteros él solo sentado en el teatro, riéndose, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía que allí se estaban representando asombrosas tragedias, cuando no se representaba nada en absoluto, aunque en los demás quehaceres de la vida se comportaba perfectamente», es decir, describe el típico caso de loco «entreverado» con momentos de buen seso, cuya manía surgía, en este caso, sólo en lo tocante al teatro, siendo absolutamente normal en los demás aspectos de la vida. Lo mismo puede decirse de don Quijote, quien desvaría sólo en lo que toca al mundo de la caballería andante, siendo totalmente cabal y juicioso en otros asuntos. Es más, esa particular locura transitoria suya está basada en la alucinación de los sentidos, en el engaño que sufre el loco de parte de su propia mente, que le hace ver lo que no hay. Ese desvarío es lo que Erasmo llama *mentis error* (cap. 38): «Porque, ¿qué es estar loco sino tener la mente extraviada?». Los ejemplos que ofrece Erasmo para confirmar la existencia de este delirio tienen su parangón más o menos exacto en el *Quijote*<sup>144</sup>. Por ejemplo, si en el *Elogio* aparece un individuo pitañoso que confunde un asno con un mulo (cap. 38), don Quijote quiere ver en su descarnado jamelgo todo un corcel equiparable a Bucéfalo o Babieca (parte I, cap. 1). Algo más abajo, Erasmo presenta el caso de uno que, al escuchar los rozidos de un burro, cree estar escuchando una orquesta espléndida: don Quijote, durante la cena que le sirven en la venta, interpreta el silbo machacón de un castrador de cerdos como deliciosa música con que amenizan su refrigerio (parte I, cap. 2). Aquel que en el *Elogio* se cree descendiente directo del rey lidio Cresos, aun siendo un simple gañán (cap. 38), tiene su paralelo en el propio hidalgo manchego, que se veía ya rodeado de laureles gracias al valor de su brazo (parte I, cap. 1). Cuando la Estupidez habla del pescado podrido que a uno le sabe a ambrosía aunque otro no pueda aguantar su hedor (cap. 45), don Quijote, aún en la venta, confunde un pedazo de bacalao mondo y lirondo con truchas y el pan negro con pan candeal (*ibidem*). Por fin, el error del que, casado con mujer fea, está convencido de que es una beldad comparable a la mismísima Venus (*Elogio*, cap. 45) se refleja en el *Quijote* (parte I, cap. 16) en el episodio de la Maritornes, quien, por muy áspera que fuera su piel y muy repugnante su aliento, a don Quijote «le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura». Como podemos observar, casi todos los sentidos corporales —y cabría añadir el sentido social— aparecen aquí claramente perturbados. Una coincidencia más entre *Elogio* y el *Quijote*: el trastorno inherente de la Estupidez y todos sus discípulos así como la manía ocasional del hidalgo no son el meollo o tema literario en sí; la humorada del tratamiento no pasa de ser el simple expediente con que Erasmo y Cervantes, ambicionando algo superior y trascendente, ponen en tela de juicio el sistema social y moral de sus respectivas épocas. De ahí que tanto uno como otro terminen defen-

---

<sup>144</sup> Especialmente en la primera parte, en la que Cervantes caracteriza la locura del hidalgo mediante pequeños episodios humorísticos centrados en los distintos yerros que va cometiendo el manchego.

diendo esa locura amable que no hace mal a nadie y, por el contrario, puede ayudar a cambiar el mundo –sus mundos–, la locura del verdadero cristianismo en el caso del holandés y la locura del idealismo en el caso del complutense<sup>145</sup>.

En definitiva, ya sea influyendo en Cervantes, Shakespeare o Rabelais<sup>146</sup>, o por su valor intrínseco e immanente, el carácter de clásico que posee el *Elogio*, esto es, su intemporalidad, sigue teniendo absoluta vigencia todavía en nuestros días. El fenómeno de la superstición –religiosa y laica– no sólo no ha desaparecido, sino que podría decirse que en cierta medida incluso ha aumentado respecto a los tiempos que vivió Erasmo. De igual forma, la crítica dirigida contra jugadores, maridos y mujeres, reyes, nobleza, pueblo, jerarquías eclesiásticas, creyentes y beatos, maestros, pedantes, vanidosos, majaderos, patrioter, belicosos, científicos, teólogos, filósofos... en suma, contra cualquiera de los personajes que representan su papel en el *magnum theatrum uitae humanae*, esa invectiva lúcida y mordaz podría trasladarse directamente tal cual a nuestro tiempo y encajaría sobre nuestro mundo como una plantilla transparente. Pocas y pequeñas serían las diferencias y éstas sólo en la forma, en lo superficial. Ciertamente, tanto si se lo propuso como si no, Erasmo consiguió con esta creación suya lo que Tucídides llamó κτήμα ἐς αἰεῖ «una conquista para siempre».

## VI. EDICIONES Y TRADUCCIONES. NUESTRA TRADUCCIÓN

De la obra que respondía al título de *Μωρίας ἐγκώμιον*, *id est*, *Stulticiae laus*, con mucho la más conocida y trascendental de Erasmo, llegaron a hacerse hasta treinta y seis ediciones sólo en vida del autor –o lo que es lo mismo entre 1511, año de la *editio princeps* parisina, y 1536–. Ha de tenerse en cuenta, por supuesto, que el concepto de edición que se tenía en el s. XVI no es exactamente el mismo que manejamos hoy día, pero no por ello resulta menos sorprendente que en tan sólo veinticinco años este librito, producto brillante de una indisposición física –que no mental–, cosechara semejante éxito y se convirtiera en todo un clásico universal, que vale decir obra intemporal, vigente en todo momento y circunstancia. Por otro lado, aunque no sea un valor fundamental en una obra literaria, es digno de tenerse en cuenta el negocio económico que supuso su publicación, no sólo para el propio Erasmo sino, especialmente, para sus editores. La edición basiliense de Froben en 1515, la primera que contó con los comentarios marginales de Gerardus Listrius<sup>147</sup>, que, por su utilidad, han sido desde entonces la base de todos los comentarios ulteriores, y la primera ilustrada con los grabados de Hans Holbein el

<sup>145</sup> Para otras semejanzas entre ambas obras (en el prólogo del *Quijote*, el personaje de Sancho Panza como «necio discreto», el platonismo del *Quijote*, etc.), véase Vilanova, cit., pp. 64-114.

<sup>146</sup> Véase a este respecto W. KAISER, *Praises of Folly: Erasmus, Rabelais, Shakespeare*, Londres, 1964.

<sup>147</sup> Por lo que a veces se la considera la verdadera *editio princeps*. La edición de 1515 contaba, además, con ampliaciones respecto a la de 1511, especialmente en la sección dedicada a la crítica teológica y la disertación sobre la locura de Cristo.

Joven, tuvo una tirada de 1800 unidades, de las que se vendieron casi todas en un tiempo récord<sup>148</sup>. Todo un triunfo editorial para la época, mayor aún si tenemos en cuenta que el libro estaba escrito en latín, plagado de textos griegos y cargado de una erudición y una finura conceptual difíciles de salvar incluso para los lectores más capacitados.

Tan sonado éxito se tradujo en la proliferación inmediata de versiones vernáculas. La primera de ellas la compuso ya en 1512 el humanista checo Řehoř Hrubýz Jelení—*Gregorius Gelenius* para el mundo culto de entonces—<sup>149</sup>. La segunda, de 1517 fue la francesa a cargo de George Halewin<sup>150</sup>. En 1534 se publicó la traducción alemana de Sebastian Franck. Luego vinieron la italiana de Antonio Pellegrini (1539), la inglesa de Thomas Chaloner (1549) y las holandesas de 1560 en Embden y de 1582 en Amberes. En España no hay traducción como tal en el s. xvi pero puede hablarse de la imitación de algunos de los pasajes del *Elogio* en la ya citada obra *Triunfos de Locura* de Hernán López de Yanguas (1521)<sup>151</sup>.

De las ediciones más recientes del *Elogio* ya sea como obra independiente o como parte integrante de los *opera omnia* de Erasmo hay que citar, forzosamente, las de I. B. Kan, *ΜΟΡΙΑΣ ΕΥΚΩΜΙΟΝ: Stultitiae laus. Desiderii Erasmi Roterodami declamatio*, Hagae-Com, 1898, que reproduce casi al pie de la letra la contenida en la de J. Clericus, *Desiderii Erasmi Roterodami opera omnia*, 10 tomos en 11 vols., Leyden, 1703-1706 (sigla L.B.)<sup>152</sup>; y la de C. H. Miller incluida en *Opera omnia Desiderii Erasmi Roterodami*, IV, 3, Amsterdam-Oxford, 1979, ediciones ambas prologadas y profusamente anotadas. Es precisamente esta última en la que nos hemos basado para hacer nuestra traducción. La seguimos en todo momento y sólo nos desviamos de ella en dos minúsculos puntos: la referencia al proverbio griego ὅτι κεν ἐπ' ἀκαιρίμην γλῶτταν ἔλθῃ (cap. 4), cuyo comienzo Miller edita como ὅτι κεν; tampoco seguimos la disposición continua del texto original erasmiano, que Miller respeta, sino que adoptamos la división en capítulos para una mayor claridad y comodidad del lector<sup>153</sup>.

Las traducciones al castellano del *Elogio de la Locura* o *Elogio de la Estulticia*—que de ambas formas suele rezar el título— se han multiplicado en el último siglo. Por citar sólo algunas en orden cronológico, tenemos la de J. A. Luengo publicada en Valencia en 1916, la de J. Puyol en Madrid de 1917, que ha sido reeditada en varias ocasiones, la de A. Rodríguez de 1936, la de P. Voltes de 1954, varias veces reeditada, la bilingüe de O. Nortes de 1976 y más recientemente las de P. Rodríguez de 1984 y L. Blanco de 1998. Señalemos, de paso y, parafraseando a nuestro

---

<sup>148</sup> Según L. Halkin, *Erasmo entre nosotros*, cit., p. 136, nota 18, quien toma el dato del *Opus epistolarum*, ed. Allen, carta n.º 328 (tomo 2, p. 64, líneas 47 s.).

<sup>149</sup> Esta primera traducción, sin embargo, no fue puesta en tipos de imprenta nada menos que hasta el año 1864.

<sup>150</sup> Impresa por primera vez en el año 1520.

<sup>151</sup> Véase nota 133.

<sup>152</sup> Existe una reproducción fotomecánica cuidada por G. Holms en Hildesheim, 1962.

<sup>153</sup> Véase nota 82. Junto a la edición de Miller nos ha sido de gran utilidad examinar el ejemplar conservado en la BNE, edición basiliense de 1551 (a cargo de Jerónimo Froben).

Erasmus, *ut neminem omnino perstringamus nominatim*, que algunas parecen estar elaboradas más sobre versiones inglesas o francesas que sobre el original latino (y griego). ¿Cómo si no explicar la persistente presencia en algunas de ellas de la diosa «Até» —como oxítono— en vez del correcto —al menos en castellano— «Ate»? ¿Y qué decir de un menguado Titón que aparece en lugar del genuino Titono? Podría pensarse en un simple (y pertinaz) fallo en la transcripción de nombres griegos. Pero bien conocida de todos es la querencia de algunos filólogos de aprovechar la trilla de otros —sobre todo cuando éstos escriben en lenguas más cómodas como son el francés o inglés—. No vamos a hacer aquí una reseña crítica de dichas traducciones, pero hay que indicar algunos errores que parecen —queremos creer— surgidos de malas traducciones indirectas del *Elogio*. Así, por ejemplo, cuando aparece un *anilem fabellam* (cap. 45) traducido como «historieta asnal» en vez del correcto «cuento de viejas», o cuando se vierte *generosum... merum* (cap. 46) como «vino generoso» en lugar de «vino maduro, añejo», o *dama* (cap. 29) traducido directamente como «dama», cuando lo correcto es «esclavo». O, ya en sintaxis, cuando se traslada el *quod uereantur ne quis... existat* por «puesto que temen que no salga alguien...» en vez de «puesto que temen que salga alguien». También pueden hallarse ejemplos de esta traducción adulterada en la *Carta a Martín Dorp*, el más flagrante de ellos en el paso en que se habla —en el original latino— de los *medici* que prescriben a los niños ajenjo y untan el borde de la copa con miel para engañar el paladar infantil: alguna traducción ofrece «los expertos en Lucrecia», donde «expertos» recoge, sin duda alguna, el término *doctors* de cualquier versión inglesa, interpretado erróneamente siguiendo el significado de «expertos, eruditos», posible aunque incorrecto en este contexto<sup>154</sup>.

Pero pasemos ya a hablar de nuestra versión del *Elogio de la Estupidez*. Son pocos los lectores que, aunque legos en la teoría y práctica de la traducción, desconozcan a estas alturas todos los problemas que comporta la labor de traducir: tantas y tan semejantes son las líneas que los traductores dedican en sus introducciones a excusarse al respecto y a tratar de justificar por qué han preferido tal o cual sistema traslaticio o en qué punto medio entre la más servil literalidad y la más desenfrenada recreación literaria ha de situarse su trabajo. Partiendo de esta premisa, digamos únicamente, por tanto, que hemos intentado respetar el contenido atendiendo a todos los matices posibles que el texto ofrece y, a un mismo tiempo, reflejar la forma en lo que a registros y tonos se refiere: ligereza expresiva o densidad conceptual y retórica, según lo exija el original latino en cada caso. Es por esto que en algunos momentos nuestra versión parecerá excesivamente coloquial y en otros demasiado formal o recargada. Pídanse cuentas al autor del original. Nosotros no estamos dispuestos a enmendarle la plana a Erasmo trivializando y adaptando su texto a la medida del lector moderno para que no se sienta abrumado ante su humor punzante o su desbordante erudición.

<sup>154</sup> También resulta peregrina la traducción de *allegoriam* (en la misma *Carta a Martín Dorp*), que en algún sitio aparece trasladada como «aspecto alegre» (!).



Acabaremos esta introducción con algunas palabras en relación con este último aspecto. El *Elogio* es una obra difícil de leer. Difícil por la codificación irónica en que está escrito casi todo él y –tal vez en mayor medida– difícil también por la vastedad del mundo referencial que encierra y que el lector ha de tener presente para comprender provechosamente el texto. En ese sentido escribió Gerardus Listrius a Jean Desmarais las siguientes palabras que introducen y justifican sus notas al *Elogio*:

*uerum sunt in eo permulta, quae non nisi ab eruditis et attentis possint intellegi: partim ob graecitatem passim admixtam partim ob argutiam in iocando, quam non facile sentiat, nisi qui naris sit emunctissimae. Nihil enim ingeniosius quam erudite iocari.*

pero en él (libro) hay muchísimas cosas que sólo los eruditos y observadores pueden entender, unas por las expresiones griegas que aparecen por todos lados y otras por una sutileza en su humor que sólo quien tenga un olfato finísimo puede comprender con facilidad. Ciertamente es que nada hay más ocurrente que las bromas hechas con erudición.

Y poco después añade: *magis placebit si magis fuerit intellecta*, «agradará más si se entiende mejor».

Ése ha sido el propósito principal que hemos tenido en cuenta a la hora de redactar las notas a pie de página que acompañan al texto: que sean útiles para que cualquiera, aun sin conocimientos especiales previos, pueda enfrentarse al *Elogio* con relativa comodidad y consiga disfrutar de toda su riqueza conceptual y expresiva sin perderse en la hojarasca de la erudición erasmiana. Y estas notas, como suele suceder, son de dos tipos básicos: las que glosan o explican palabras o expresiones que requieren una aclaración (los antropónimos, topónimos, cuestiones de *realia* y la transcripción en griego de los numerosos helenismos<sup>155</sup>) y las de carácter digresivo (más escasas).

Para acabar, déjenos el amable lector abusar algo más de su paciencia y acepte un consejo. Si en otros libros con abundantes anotaciones se sugieren dos lecturas, una previa más rápida sin prestar demasiada atención a las notas seguida de otra más reposada y detenida en los comentarios, en nuestro caso nos atrevemos a proponerle la operación inversa: lea primero la obra con pausa, fijando su atención en todas y cada una de las explicaciones que le ofrecemos, y entonces, cuando ya haya dominado todos los elementos del riquísimo mundo conceptual erasmiano, láncese a una lectura más ligera y, por ello mismo, más ajustada al espíritu genuino del texto.

Y nada más. Todo queda ya a merced de quienquiera que tenga en sus manos este librito. Como dijo Apuleyo, *lector intende: laetaberis* «presta atención, lector: te divertirás».

---

<sup>155</sup> Respecto a estos últimos, hemos preferido reproducirlos en su alfabeto griego original en vez de presentarlos transliterados al latino por dos motivos. En primer lugar, no creemos incomodar con ello al lector ignorante de la lengua griega, que siempre puede pasarlos por alto –aunque una mínima curiosidad debería llevarle a indagar sobre la correcta lectura de sus grafías–, y, por otra parte, al mantener el griego, siquiera a pie de página, respetamos la voluntad y el espíritu de Erasmo en la composición de esta obra.

La bibliografía en torno a Erasmo es considerable, sin ninguna duda mucho mayor que la de cualquier otro humanista. Los títulos ofrecidos a continuación responden sólo a aquellas obras que, ya sea sobre Erasmo o sobre aspectos relacionados con el *Elogio*, se han manejado directamente en la redacción de este volumen. Quienes deseen profundizar más en los estudios erasmianos pueden encontrar referencias más numerosas, tanto generales como específicas, en los repertorios bibliográficos siguientes: J.-C. MARGOLIN, *Douze années de bibliographie érasmienne (1950-1961)*, París, 1963; del mismo autor, *Quatorze années de bibliographie érasmienne (1936-1949)*, París, 1969; *Neuf années de bibliographie érasmienne (1962-1970)*, París, 1972; y, más recientemente, *Cinq années de bibliographie érasmienne (1971-1975)*, París, 1997. También son de utilidad las actas de los diferentes congresos que se han venido celebrando en torno a la figura y obra de Erasmo: *Colloquium Erasmianum*, ed. R. Crahay, Mons, 1968; *Actes du Congrès Érasme (Rotterdam, 27-29 octobre 1969)*, Amsterdam-Londres, 1971; *Colloquia Erasmiana Turonensia*, 2. vols., ed. J.-C. Margolin, París-Toronto, 1972; *Actes du Colloque international Érasme (Tours, 1986)*, ed. J. Chomarat, A. Godin, J.-C. Margolin, Ginebra, 1990; *Colloque érasmien de Liège*, ed. J. P. Massaut, París, 1987.

ANÓNIMO, *Lazarillo de Tormes*, edición de F. Rico, Madrid, 2000<sup>15</sup>.

AUGUSTIJN, C., *Erasmus en de Reformatie*, Amsterdam, 1962.

—, *Erasmo de Rotterdam. Vida y obra*, trad. de O. Pellissa, Barcelona, 1990.

BASCHNAGEL, G., *Narrenschiff und Lob der Torheit. Zusammenhänge und Beziehungen*, Frankfurt, 1979.

BATAILLON, M., *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, trad. de A. Alatorre, Madrid, 1995.

—, *Erasmo y el erasmismo*, trad. de C. Pujol, Barcelona, 2000 (=1977).

BENNER, M.-TENGSTRÖM, E., *On the Interpretation of Learned Neo-Latin. An Explorative Study based on some Texts from Sweden (1611-1716)*, Göteborg, 1977.

BLOM, VAN DER N., «Die letzten Wörter des Erasmus», *Basler Zeitschrift* 65 (1965), pp. 195-214.

BOISSET, J., *Érasme et Luther*, París, 1962.

BRANT, S., *La nave de los necios*, ed. de A. Regales Serna, Madrid, 1998.

BURKE, P., *El Renacimiento europeo. Centros y periferias*, trad. de M. Chocano, Barcelona, 2000.

BYWATERS, I., «The Latinization of the Modern Surname», *Journal of Philology* 33 (1914), pp. 76-94.

CHANTRAINE, G., *Érasme et Luther. Libre et serf arbitre*, París, 1981.

CLARK, V. S., *Studies in the Latin of the Middle Ages and the Renaissance*, Lancaster, 1900, pp. 82-109.

COLIN, G.-HOVEN, R., (eds.), *Bibliotheca Erasmiana Bruxellensis*, Bruselas, 1993.

COROLEU, A., «Humanismo en España», en J. KRAYE (ed.), *Introducción al humanismo renacentista*, trad. de L. Cabré, Madrid, 1998, pp. 295-330.

- DOUGLAS, A. E., «Erasmus as a Satirist», en DOREY, T. A. (ed.), *Erasmus*, Londres, 1970, pp. 31-54.
- ERASMO DE ROTTERDAM, *Elogio de la locura o encomio de la estulticia*, trad. de P. Voltes, Madrid, <sup>12</sup>1999.
- ERNOUT, A.—MEILLET, A., *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, 1994 (= <sup>4</sup>1959).
- ERNOUT, A.—THOMAS, F., *Syntaxe latine*, París, 1997 (= <sup>2</sup>1953).
- GALLARDO, C., «Vivere est bibere. de la b y la v», en B. GARCÍA HERNÁNDEZ (ed.), *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997)*, Madrid, 2000, pp. 45-62.
- GAMBARO, A., *Il Ciceroniano di Erasmo di Rotterdam*, Brescia, 1965.
- GAZEAU, A., *Los bufones*, trad. de C. Navarro, Valencia, 1992.
- GONZÁLEZ-HABA, M., *El mito de la Edad Dorada y su buella*, Madrid, 1989.
- GRUENTER, R., «Thomas Murners satirischer Wortschatz», *Euphorion* 53 (1959), pp. 24 ss.
- HALKIN, L.-E., *Érasme et l'humanisme chrétien*, París, 1969.
- , *Erasmo entre nosotros*, trad. de L. Medrano, Madrid, 1995.
- HANKS, P. & HODGES, F., *A Dictionary of Surnames*, Oxford-Nueva York, 1988.
- HERDING, O., «Querela pacis. Stil und Komposition», *Actes Congrès Érasme-Rotterdam 1969*, Amsterdam, 1971, pp. 69-87.
- HOFMANN, J. B.—SZANTYR, A., *Lateinische Syntax und Stilistik*, Munich, 1997 (=1965).
- HUIZINGA, J., *Erasmo*, 2 vols., trad. de C. Horányi, Barcelona, 1987.
- IJSEWIJN, J.—SACRÉ, D., *Companion to Neo-Latin studies. Part II: Literary, linguistic, philological and editorial questions*, Leuven, <sup>2</sup>1998, pp. 377-419.
- JOLY, M., «Aspectos del refrán en Mateo Alemán y Cervantes», *Nueva Revista de Filología Hispánica* 20 (1971), pp. 95-106.
- , «Le discours métaparémique dans *Don Quixote*», en F. Suard—C. Buridant (eds.), *Richesse du proverbe*, Lille, 1984, vol. II, pp. 245-260.
- KAISER, W., *Praisers of Folly: Erasmus, Rabelais, Shakespeare*, Londres, 1964.
- KISCH, G., *Erasmus' Stellung zu Juden und Judentum*, Basilea, 1969.
- KLEIN, R., «Le thème du fou et l'ironie humaniste», en *La forme et l'intelligible*, París, 1979, pp. 433-450.
- KUBUSCH, K., *Aurea saecula: Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motivs in der antiken Literatur bis Ovid*, Frankfurt am Main-Berna-Nueva York, 1986.
- LÁZARO CARRETER, F., *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, 1967.
- , «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», *Ábaco* 1 (1969), pp. 45-134.
- MARIJNISSEN, R. H., «Bosch and Bruegel on human folly», en *Folie et déraison à la Renaissance*, Bruselas, 1976.
- MARKISH, S., *Érasme et les juifs*, Lausana, 1979.
- MCALISTER, N., «The Cure of Folly, painting by Hieronymus Bosch», *Canadian Medical Association Journal* 110 (1974), 1380, 1383.
- MILLER, H. K., «The Paradoxical Encomium», *Modern Philology* 53 (1956), pp. 145-178.
- NAVAS MORMENEO, A., *Lenguaje de locura y tradición bufonesca en la España de los siglos XVI y XVII*, tesis doctoral, Barcelona, 1986.
- NORDEN, E., *La prosa d'arte antica. Dal VI secolo a.C. all'età della Rinascenza*, 2 tomos, trad. italiana de B. Heinemann, Roma, 1986.

- OLIN, J. C. (*et alii*), *Luther, Erasmus and the Reformation*, Nueva York, 1969.
- PAVLOVSKIS, Z., *The Praise of Folly: structure and irony*, Leiden, 1983.
- PEASE, A. S., «Things Without Honor», *Classical Philology* 21 (1926), pp. 27-42.
- PINET, N., *Érasme à Fribourg (1529-1532)*, memoria inédita de la Universidad de Lieja, Lieja, 1969.
- PINKSTER, H., «The discourse function of the passive», en A. BOLKESTEIN (ed.), *Syntax and Pragmatics in Functional Grammar*, Dordrecht, 1985, pp. 107-118.
- , *Sintaxis y semántica del latín*, trad. de M.<sup>a</sup> E. Torrego y J. de la Villa, Madrid, 1995.
- PIROTON, N., *Érasme à Fribourg (1532-1535)*, Lieja, 1973.
- POST, R. R., «Nochmals Erasmus' Geburtsjahr», *Theologische Zeitschrift* 22 (1966), pp. 319-333.
- REGALES SERNA, A., *La nave de los necios*, Madrid, 1998.
- RUBIO, L., *Introducción a la sintaxis estructural del latín*, Barcelona, <sup>2</sup>1984.
- RÜEGG, W., *Cicero und der Humanismus. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus*, Zurich, 1946.
- STUDER, E., «Über Sebastian Brants *Narrenschiff* und das Erasmische *Lob der Torheit*», en H. HUBER (ed.), *Der Narr: Beiträge zu einem interdisziplinären Gespräch*, Friburgo, 1991 (= *Studia ethnographica Friburgensia*, 17), pp. 13-27.
- SWAIN, B., *Fools and Folly in the Middle Ages and the Renaissance*, Nueva York, 1932.
- THOMSON, D. F. S., «The Latinity of Erasmus», en T. A. DOREY (ed.), *Erasmus*, Londres, pp. 115-137.
- TOMARKEN, A. H., *Smile of Truth*, Princeton N. J., 1990.
- TRAPMAN, J., «*Solet* instead of *Solebat* in Erasmus and Other Neo-Latin Authors», *HL* 44 (1995), pp. 197-201.
- VANDER HAEGHEN, F., *Bibliotheca Erasmiana. Répertoire des oeuvres d'Érasme*, Nieuwkoop, 1972 (reimpresión de la primera edición de Gand, 1893).
- VILANOVA, A., *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, 1989.
- VOCHT, DE H., *History of the foundation and the rise of the Collegium Trilingue Lovaniense, 1517-1560*, 4 tomos, Lovaina, 1951-1955.
- YNDURÁIN, D., *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994.

# CUADRO CRONOLÓGICO

- 1467?-1469? Nace Erasmo en la noche del 27 ó 28 de octubre en Rotterdam, como hijo ilegítimo. Sus padres eran Geert, un sacerdote de Gouda, y Margarita, hija de un médico, que ya habían tenido otro hijo, Pieter. El nombre primitivo de Erasmo era, como acostumbraba a ser por esos lugares en esa época, *Geert* «Gerardo» (como el padre) más el patronímico *Geertsz* «hijo de Gerardo». Más tarde él mismo se auto-impuso el nombre duplicado de *Desiderius Erasmus*, el primero de ellos traducción latina del nombre holandés (*Geert* es «deseado») y el segundo transcripción latina de la traducción griega (ἐρασμός «querido»).
- 1476 Con nueve años Erasmo da inicio a su vida académica en la escuela de Gouda. Su maestro es Peter Winckel.
- 1477-1478 Ingresa en la escuela capitular de Utrecht, donde entra a formar parte del coro.
- 1478-1483 Su madre lo lleva a la escuela de los Hermanos de la Vida Común, en Deventer, donde comienza su estudio de los clásicos con la lectura de Terencio, Virgilio y Horacio. Allí conoce al humanista Rodolfo Agrícola.
- 1483 Con dieciséis años regresa a Gouda. Muere su madre.
- 1484 Fallece su padre. A los diecisiete años y en manos de unos tutores de dudosa honestidad es enviado a la escuela de Bois-le-Duc, regentada por unos frailes que pretenden inculcar en sus alumnos un espíritu religioso por la fuerza. Cae enfermo debido a la peste y vuelve a Gouda.
- 1487 Erasmo visita el convento de los canónigos regulares de san Agustín en Steyn, en donde se reencuentra con un camarada de Deventer que le convence de las virtudes de la vida monástica. Erasmo ingresa como novicio.

- 1488 Toma los votos y vive, ya como monje, en Steyn.
- 1489-1491 En el monasterio tiene la oportunidad de consultar los textos clásicos de primera mano y con diligencia. Allí lee con entusiasmo las *Elegantiae* de Lorenzo Valla, que tanto han de influir en su formación filológica. Comienza a componer su *Antibarbarorum liber* contra la filosofía escolástica, que tanto despreciará toda su vida. Escribe, asimismo, en latín el elogio fúnebre de Berta de Heyen, benefactora suya. La vida monacal le fatiga cuerpo y espíritu.
- 1492 El veinticinco de abril es ordenado sacerdote a los veinticinco años.
- 1493 Enrique de Bergen, obispo de Cambrai, le ofrece un puesto como secretario y consigue que los superiores de Erasmo le concedan las dispensas necesarias para ello, aún llevando el hábito de monje.
- 1494 Viaje a Bruselas y Malinas. Erasmo finaliza su *Antibarbarorum liber* y continúa con sus estudios. Es el año de la fundación en Venecia de la imprenta de Aldo Manuzio, tan trascendental para el desarrollo del humanismo italiano.
- 1495 El obispo de Cambrai prescinde de los servicios de Erasmo y le permite marchar a París, donde continúa sus estudios en el Colegio Montaigu, una institución para la formación de estudiantes sin recursos (llamada «colegio de pulgas»), en unas condiciones deplorables. Conoce a Jacques Lefèvre d'Étaples.
- 1496 Compone poemas en latín empleando para ello la métrica clásica (p. ej. la estrofa sáfica en una poesía dedicada a san Miguel). Abandona París en un estado lamentable y se dirige a Holanda, en donde ya es recibido como humanista. Tras el verano regresa a París e imparte clases de latín al joven William Blount. Parte de sus enseñanzas las utiliza para escribir manuales de conversación latina, que luego empleará como base de obras del tipo *De copia uerborum* y los *Colloquia*.
- 1498 Regresa, una vez más, a Holanda, a casa de Enrique de Bergen. En Steyn se le recrimina la supuesta liviandad de su vida parisina. Consigue nuevos alumnos y su fama de buen conocedor del latín crece.
- 1499 Deseos de viajar a Italia para ampliar su educación y aplacar su sed de conocimientos. Sin embargo, ese mismo verano viaja por primera vez a Inglaterra, invitado por su pupilo Lord Mountjoy a su casa de Greenwich. La acogida en la isla es estupenda. Cursa algunos estudios en el colegio oxoniense de Santa María. Allí conoce a John Colet y a Tomás Moro, con quien traba una amistad que durará toda su vida. Conoce también al príncipe Enrique, futuro Enrique VIII, cuando éste tenía tan sólo ocho años.
- 1500 En enero vuelve de Inglaterra a París. En la aduana de Dover le confiscan sus ganancias. Sale la primera edición de la *Adagiorum*

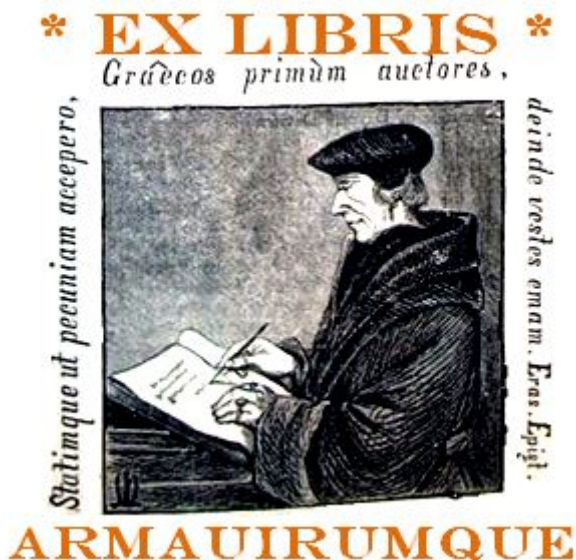
- Collectanea* (los ochocientos primeros proverbios) en la imprenta parisina de Jean Philipp.
- 1501 La peste que se declara en París le hace salir y regresar a Steyn donde se le concede otro año más para estudiar fuera del monasterio. Hace una visita a la marquesa de Veere, en cuyo castillo de Tournehem estudia de forma intensiva lengua griega junto a Batt. Más tarde conoce al teólogo Jean Vitrier, cuyas ideas influirán en el *Enchiridion militis christiani*.
- 1502 Muere Enrique de Bergen. Aparecen sus primeras traducciones del griego mientras reside en Lovaina.
- 1503 Se publica en Amberes el *Enchiridion*.
- 1504 Compone y pronuncia el *Panegírico de Felipe el Hermoso* ante la corte de Bruselas. Descubre un manuscrito de Lorenzo Valla en el que el italiano defiende la necesidad de cotejar el texto griego para corregir algunos pasajes de la *Vulgata*. Erasmo aprovechará este descubrimiento para su *Nouuum Instrumentum*.
- 1505 Edición parisina de las *Adnotationes* de Valla y reedición de los *Adagios* en la imprenta de J. Philipp. Hacia mediados de año nuevo viaja a Inglaterra, donde volverá a encontrarse con Lord Mountjoy, Colet y Moro. Conoce a los helenistas Grocyn, Latimer, Linacre y Tunstall.
- 1506 Consigue una dispensa papal de sus votos y acepta un beneficio eclesiástico. A comienzos del verano llega a París, donde se reeditan los *Adagios* y se publican traducciones de Eurípides y Luciano, la última en colaboración con Tomás Moro. En agosto parte hacia Italia y en el camino compone su *Carmen de senectute*. En Turín consigue el doctorado en teología y en Bolonia presencia la entrada triunfal del papa Julio II en la ciudad.
- 1507 Viaje a Venecia y estancia en casa del humanista-impresor Aldo Manuzio, centro cultural de primer orden en Europa. La antigua *Adagiorum Collectanea* se convierte, con una ampliación sustancial de hasta tres mil doscientos sesenta proverbios, en los *Adagiorum Chiliades*. Erasmo estudia griego con Láscaris y Marco Musuro.
- 1508 Se edita la nueva versión de los *Adagios*. Publica ediciones, traducciones y comentarios de Plauto, Terencio, Séneca, Platón, Plutarco, etc. Comienza a estudiar hebreo y arameo, lenguas con las que nunca se sintió cómodo. Su notoriedad aumenta cada vez más. Acepta el cargo de preceptor de Alejandro Estuardo, hijo natural de Jacobo IV de Escocia, en Padua.
- 1509 Abandona Italia para dirigirse a Inglaterra invitado por Lord Mountjoy. Si hemos de creer sus palabras, en el transcurso de su viaje a caballo a través de los Alpes pergeña lo que después será la *Stultitiae*

- laus*. Llega a Londres y se instala en casa de Tomás Moro, donde redacta y concluye en pocos días esa obra, dedicada a su amigo y anfitrión. La mordacidad de esta obra le dará una impresionante fama y tendrá gran repercusión en toda la Europa ilustrada.
- 1511 Breve viaje a París, donde aparece la *editio princeps* de la *Stultitiae laus* en la imprenta de Gilles de Gourmont. Sin embargo, la primera edición fechada será la de Estrasburgo, en agosto de ese mismo año. Reedición de los *Adagios* y edición del *De ratione studii*. Ese mismo mes vuelve a Inglaterra para establecerse en Cambridge.
- 1512 Enseña griego y teología en Cambridge. Obtiene del arzobispo Warham un beneficio eclesiástico en Addington que él cambia por una pensión anual. Prepara su edición del *Nuevo Testamento* (*Nouum Instrumentum*), basada en los textos griegos. En París se edita *De duplici copia uerborum ac rerum*.
- 1513 Aún en Inglaterra, entabla contacto epistolar con el impresor Johannes Froben, de Basilea. Inglaterra y Francia están en guerra y la peste es devastadora. Compone un panfleto de carácter pacifista contra el papa Julio II (*Julius exclusus*).
- 1514 Erasmo escribe desde Londres al abad de Saint Bertin sobre los males de la guerra. A mediados de año se firma la paz entre Francia e Inglaterra y, con ello, puede regresar al continente llevando consigo numerosos escritos que aumentarán los *Adagios*. Se dirige a Lovaina y más tarde a Basilea, donde conoce personalmente a Froben, que imprime traducciones suyas de Plutarco, Séneca y otros.
- 1515 Viaja brevemente a Inglaterra para estudiar un manuscrito del Nuevo Testamento. Vuelta a Basilea. El canciller de Brabante, Jean le Sauvage, hace que se nombre a Erasmo consejero del archiduque Carlos (el futuro Carlos V). Publica parte de sus *Cartas*. En Basilea Froben edita la *Stultitiae laus* acompañada de ilustraciones de Hans Holbein.
- 1516 Publica su *Nouum Instrumentum* en edición bilingüe grecolatina con un éxito inmediato y la *Institutio Principis Christiani*, dedicada al ya rey Carlos I de España.
- 1517 Con cincuenta años Erasmo consigue del papa León X la dispensa de llevar el hábito monacal. Viaja a Inglaterra por última vez en su vida. A comienzos de verano parte con el rey Carlos hacia España, pero finalmente decide quedarse en Lovaina, donde organiza el Colegio Trilingüe. Conoce a Juan Luis Vives en Brujas.
- 1518 Viaje a Basilea para reeditar el *Nouum Instrumentum*, el *Enchiridion* y la *Institutio*. Regresa enfermo a Lovaina. Publica su *Encomium matrimonii* y el *De recta latini graecique sermonis pronuntiatione*.



- 1519 Primera edición reducida de los *Colloquia*. Lutero escribe una carta a Erasmo para atraerle a sus ideas, pero éste le responde con una misiva neutral y poco comprometedora. Pide protección al papa ante el acoso que sufre en Lovaina.
- 1520 Lovaina presiona a Erasmo para que se oponga claramente a Lutero. En Aquisgrán asiste a la coronación del emperador Carlos V.
- 1521 Se publica el *Antibarbarorum Liber*, que había escrito veintisiete años atrás. Pasa cinco meses en Anderlecht, en casa del canónigo Wichman. En octubre marcha a Basilea para corregir las pruebas de la tercera edición del *Nouum Instrumentum*. Ya no regresará más a los Países Bajos, su tierra natal.
- 1522 Publica una edición aumentada de los *Colloquia*. Publica y comenta los textos de casi todos los Padres de la Iglesia y la *Paráfrasis del Evangelio según san Mateo*. Se publica *De conscribendis epistolis*, tratado sobre la redacción de cartas que alcanzó un enorme renombre y se llegó a reimprimir más de cien veces.
- 1523 El rey Francisco I de Francia invita a Erasmo a establecerse en su país, pero la invitación es rechazada. Holbein realiza tres retratos de nuestro autor. Ulrich von Hutten ataca a Erasmo en su *Expositulatio ab Vlrico cum Erasmo Roterodamo*, que es contestada por el roterodamense en la *Spongia aduersus adspergines Hutteni*, dirigida a Zwinglio. Enrique VIII de Inglaterra y el papa Adriano VI exhortan a Erasmo a escribir contra Lutero.
- 1524 Lutero escribe a Erasmo pidiéndole que siga manteniéndose neutral. Se publica el *De libero arbitrio diatribe*. Aparece el *Modus orandi Deum*.
- 1525 Con la salud muy debilitada, obtiene una dispensa que le libra de la abstinencia en Cuaresma. Se publica en Basilea *Lingua* sobre los abusos de la libertad de expresión que había conducido al cristianismo al estado que padecía en su tiempo.
- 1526 Lutero responde al *De libero arbitrio* de Erasmo con su *De seruo arbitrio*, que, a su vez, merece la respuesta de éste en el *Hyperaspistes*. *Diatribe aduersus seruum arbitrium Lutheri*. Enrique VIII de Inglaterra desea divorciarse de Catalina de Aragón y Erasmo publica la *Institutio christiani matrimonii*, dedicada a Catalina. Nueva reedición, muy aumentada, de los *Colloquia*. Se publica *De ciuilitate morum puerilium*.
- 1527 Aparece la segunda parte del *Hyperaspistes*.
- 1528 Se publican el diálogo *Ciceronianus siue de optimo genere dicendi*, la *Apologia aduersus monachos quosdam Hispanos* y el *De pueris statim ac liberaliter instituendis*.

- 1529 La Reforma protestante ha llegado a Basilea y con ello Erasmo se ve más presionado y amenazado que nunca. Se traslada a Friburgo, ciudad aún católica.
- 1530 La ciudad lo acoge con entusiasmo. Edición grecolatina de san Juan Crisóstomo. Revisión de los *Colloquia* y nueva edición de los *Adagios*. Se publica *Vtilissima consultatio de bello turcis inferendo*.
- 1531 Erasmo compra una casa en Friburgo mientras en Lovaina se prohíbe que los estudiantes lean sus obras. Holbein realiza una serie de retratos del humanista ya anciano.
- 1534 Publica un tratado de predicación, el *Ecclesiastes*, y la *Praeparatio ad mortem*.
- 1535 Regresa a Basilea para trabajar en la imprenta de Jerónimo Froben, hijo del fallecido Johannes. Vende la casa de Friburgo y se instala en Basilea definitivamente. Está gravemente enfermo. El papa Pablo III le ofrece el capelo cardenalicio, pero él lo rechaza.
- 1536 Escribe el *De puritate tabernaculi siue Ecclesiae Christianae*, un comentario sobre el salmo XIV, que dedica a Alberto, un aduanero renano que lo había hospedado en 1518 durante uno de sus viajes. El 12 de febrero dicta testamento. Desearía volver a su Brabante natal para morir allí, pero fallece en Basilea en la noche del 11 al 12 de julio, rodeado de algunos amigos.



ELOGIO  
DE LA ESTUPIDEZ

Hace unos días, cuando estaba de camino de Italia a Inglaterra, para no desperdiciar todo el tiempo que tuve que pasar montado a caballo en charlas *incultas*<sup>2</sup> y superficiales, preferí ir reflexionando a ratos algo sobre nuestros intereses comunes y disfrutar del recuerdo de los amigos que aquí había dejado tan sumamente ilustrados como amables. Entre ellos, Moro querido, tú ocupabas el primer puesto. Ciertamente solía disfrutar de tu recuerdo estando separados igual que me había acostumbrado a hacer con tu trato cuando estábamos juntos, y que me muera si jamás en mi vida me ha pasado algo más dulce. Así que, como consideré que de todos modos tenía que hacer algo y el momento parecía poco adecuado para una meditación seria, me pareció bien divertirme con el *Encomio de la Estupidez*<sup>3</sup>.

¿Qué Palas te metió eso en la cabeza?<sup>4</sup> —dirás—. En primer lugar, me lo sugirió tu apellido de «Moro», que tiene que ver con la palabra «Moría» tanto como tú mismo te apartas de su sentido; puede que el que más se aparta, en opinión de todos<sup>5</sup>. Además, suponía que aprobarías muy especialmente esta broma obra de mi

---

<sup>1</sup> Siguiendo una tradición ya presente en la Antigüedad, Erasmo introduce su obra con una carta, dedicatoria a la vez que reflexión de su propia creación. En esta ocasión el destinatario es su amigo Tomás Moro, en cuya casa, si hemos de creer a Erasmo, pergeñó el texto. Tomás Moro (1478-1535) o Thomas More, fue un estadista y escritor inglés. Educado en Oxford, donde estudió latín y griego, era hijo de un juez, lo que le llevó a estudiar derecho y a ejercer la profesión. En 1499 decidió ingresar como monje en la orden de los cartujos, de donde salió cuatro años más tarde para dedicarse a la vida política parlamentaria. Llegó a ser Lord Canciller y favorito de Enrique VIII, pero su oposición al divorcio de éste con Catalina de Aragón le llevó a distanciarse de él, hasta que en 1534 el rey se declaró jefe de la Iglesia anglicana y Moro se enfrentó a él abiertamente. Un año más tarde fue decapitado por orden real.

<sup>2</sup> El original dice ἀμούσους, es decir, sin participación de las Musas, que son personificación de las artes y, por ende, de la cultura. Cfr. el pasaje de Platón, *Timeo*, 23a7-23b1: καὶ πάλιν δι' εὐωθῶτων ἔτων ὥσπερ νόσημα ἦκει φερόμενον αὐτοῖς ῥεύμα οὐράνιον καὶ τοὺς ἀγραμμάτους τε καὶ ἀμούσους ἔλιπεν ὕμῶν: «y, de nuevo, a intervalos regulares llega como una peste que os trae un diluvio procedente del cielo y de vosotros sólo deja a los analfabetos e incultos». El término parece estar en el origen de la expresión perifrástica latina *auersus a Musis*, literalmente, «de espaldas a las Musas», que emplea Cicerón en su *En defensa del poeta Arquías*, 9, 20.

<sup>3</sup> *Moriae encomium* es simple transcripción latina del μωρίας ἐγκώμιον griego. Nos parece preferible traducir μωρία y su equivalente latino *stultitia* como «estupidez» (también valdrían «tontería», «hobería», «necedad», «insensatez», etc., o, si se prefiere no traducir, el cultismo «estulticia»). Es evidente que el título en griego es traducción y, por ello, posterior al latino. Por otro lado, *stultitia* —de semántica más limitada que μωρία— no significa en latín «locura», que habría podido aparecer como *insania*, *dementia*, *amentia*, *uecordia*... Las traducciones en castellano, quizá por mediación foránea del inglés o del francés, suelen emplear la voz «locura». Si se acepta tal presupuesto, habría que ser consecuente y traducir siempre *stultitia* por «locura» y el adjetivo correspondiente *stultus*, «-a, «-um por «loco», cosa del todo impropia. Sin entrar en consideraciones psiquiátricas, ni todos los locos son unos tontos, ni todos los tontos están locos. Creemos que el término «estupidez» recoge en castellano todos los posibles matices que el personaje de *Stultitia* puede encerrar en sí, a tenor de lo que ella misma nos cuenta sobre quiénes son sus progenitores y sus nodrizas (cfr. caps. 7 y 8: los padres son Pluto, personificación de la Riqueza, y la Juventud; las nodrizas son la Embriaguez y la Incultura), a la vez que mantiene una cierta cercanía léxica con ella. Véase el cap. III de nuestra Introducción.

<sup>4</sup> La diosa Palas Atenea, la Minerva romana, aparece en la *Odisea*, 18, 158 y 21, 1 como inductora del comportamiento de Penélope: τῇ δ' ἄρ' ἐπὶ φρεσὶ θῆκε θεὰ γλαυκῶπις Ἀθήνη... «entonces la diosa Atenea, la de brillante mirada, inculcó a ésta (Penélope) en sus mientes...».

<sup>5</sup> Erasmo, como acaba de prometerle a su amigo, comienza ya a enredar con un juego etimológico entre el apellido *More* (*Morus* en su forma latinizada) y el adjetivo griego μωρός, «tonto», «loco».

inventiva, porque sueles deleitarte mucho con este tipo de donaires, o sea, ni incul-tos –si no me equivoco– ni repetidamente sosos, y comportarte por entero como un Demócrito en la vida diaria de los mortales<sup>6</sup>. Aunque lo cierto es que tú, del mismo modo que gracias a esa singular agudeza de tu inteligencia sueles estar en desacuerdo con el común de la gente, igualmente, por la increíble dulzura y sen-cillez de tu carácter puedes y te gozas en comportarte con todos como un amigo para lo bueno y para lo malo<sup>7</sup>. Por tanto, no sólo has de recibir de grado este dis-cursito como *recuerdo*<sup>8</sup> de tu compañero, sino que también has de tomarlo bajo tu tutela, como dedicado a ti y ya más tuyo que mío.

Claro está, no faltarán acaso criticones que chismorreen, unos diciendo que son bo-badas demasiado frívolas para lo que es decoroso en un teólogo, y otros que son demasiado sarcásticas para lo que conviene a la moderación cristiana, y pregonarán que estamos volviendo a la Comedia Antigua<sup>9</sup> o a un tal Luciano<sup>10</sup> y que vamos pillán-dolo todo a mordiscos. Pero aquellos a quienes hiera la ligereza y lo burlesco del asunto, me gustaría que piensen que este modelo no me pertenece, sino que uno idéntico ya lo trataron antaño grandes autores<sup>11</sup>, cuando hace ya tantos siglos que Homero bromeó con su *Lucha entre las ranas y los ratones*<sup>12</sup>, Marón con el *Mosquito*

---

embargo, el original inglés *More* no tiene nada que ver ni con el griego *μωρός* ni con el latín *maurus* (a su vez, procedente del griego *μαυρός*, «moreno, negro», que proviene del fenicio *maubarim* «orien-tal»); según parece, *More* es un apellido de origen gaélico-escocés: *mór* originariamente es un apodo-dado a un hombre caracterizado por ser «alto, grande». Véase al respecto, P. HANKS & F. HODGES, *A Dic-tionary of Surnames*, Oxford–Nueva York, 1988, p. 374.

<sup>6</sup> Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a.C.), filósofo iniciador de la teoría atómica, solía reírse de todo lo que acontecía a sus semejantes, tanto de las alegrías como de las desdichas. Cfr. Juvenal, *Sátiras*, 10, 33s.: *Perpetuo risu pulmonem agitare solebat / Democritus*: «con risa incesante solía Demócrito sacudir sus pulmones»; y el testimonio de Hipólito, *Refutatio omnium haeresium*, 1, 13: οὗτος (scil. Δημόκριτος) ἐγέλα πάντα, ὡς γέλωτος ἀξίῳ πάντων τῶν ἐν ἀνθρώποις: «este (Demócrito) se reía de todo, en la idea de que todas las cosas que conciernen a los hombres son dignas de risa».

La expresión *omnium horarum hominem* está tomada de Suetonio, *Vidas de los Césares*. Tiberio, 42, 1. Aparece recogida también en los *Adagia*, 1, 3, 86.

<sup>8</sup> *μνημόσυνον* en el original. La fuente parece ser Catulo, 12, 13: *uerumst mnemosynum mei soda-lis*: «pero es que es recuerdo de una camarada mío», referido a una servilleta robada en un convite. Por otro lado, el diminutivo «discursito» hay que entenderlo como expresión de modestia –no exenta de cierta afectación– por parte de Erasmo, puesto que la declamación tiene una extensión considerable.

<sup>9</sup> Con la expresión «criticones» intentamos traducir el término latino *uitilitigatores*, que aparece recogido en los *Adagia* de Erasmo, 2, 6, 19. Bajo el lema *Vitilitigator* podemos leer: *Vitilitigatores M. Catō uocabat [De re militari, 1] litium audios et alienorum operum calumniatores*: «M. Catón llamaba «criticones» a los deseos de disputa y difamadores de las obras de otros», siendo el término un neo-logismo creado por Catón a partir de *uitia* y *lites*, es decir, algo así como «los que gustan de discutir criticando los defectos ajenos». Por otra parte, la Comedia Antigua, cuyo máximo y mejor representante es Aristófanes, es resultado de un ambiente político y social muy determinado, el de la democracia ate-niense del s. v a.C. El tema central de sus obras es la burla y la invectiva personal, que aparecen sin ambages de ningún tipo.

<sup>10</sup> Luciano de Samósata, ca. 120-180 d.C.; véase nota 19.

<sup>11</sup> La retahíla de precedentes en el género –bien es cierto que unos más cercanos a esta obra que otros– no es mero alarde de erudición. Erasmo cumple con el lugar común de citar las *autoritates* en las que se basa su creación. De este modo, además de presentar una *excusatio* formal, pone bien de manifiesto los sólidos e ilustres cimientos de su *Elogio*. Véase el apartado III. 1 de nuestra Introducción.

<sup>12</sup> Βατραχομυομαχίαν en el original. Es una obrita de 303 hexámetros, de carácter épico-paródico, atribuida erróneamente a Homero, realizada sobre un tema de carácter fabuloso.

y el *Almodrote*<sup>13</sup>, Ovidio con la *Nuez*<sup>14</sup>; cuando Polícrates y su crítico Isócrates elogiaron a Busíride<sup>15</sup>, Glaucón la injusticia<sup>16</sup>, Favorino a Tersites y las fiebres cuartanas<sup>17</sup>, Sinesio la calvicie<sup>18</sup>, Luciano la mosca y a los gorriones<sup>19</sup>; cuando Séneca bromeó con la *apoteosis*<sup>20</sup> de Claudio, Plutarco con el diálogo entre Grilo y Ulises<sup>21</sup>, Luciano y Apuleyo con el *Asno*, y no sé quién con el testamento del cochinito Gruñón Corocotta<sup>22</sup>,

<sup>13</sup> Ambas obras, incluidas en la *Appendix Vergiliana*, suelen atribuirse a Virgilio como obras menores de juventud, por más que la crítica no se pone de acuerdo sobre su paternidad. El mosquito (*culex*) es un epilio, es decir, un poemita épico en hexámetros, y El *almodrote* (*moretum*) —una especie de salsa hecha con aceite, ajo, queso y hierbas, algo así como un gazpacho— presenta a un campesino preparándose para sus faenas diarias de modo paralelo a como lo haría un héroe épico, de ahí su tono paródico.

<sup>14</sup> El *Nux* es un poema escrito en dísticos elegíacos, falsamente atribuido a Ovidio, en el que una nuez nos cuenta en primera persona su desdichada existencia. Su paralelismo con la presente obra de Erasmo estaría, aparte del tono jocoso, en el mencionado recurso formal de la auto-referencia.

<sup>15</sup> Polícrates fue un orador ateniense que compuso un elogio a Busíride, legendario tirano egipcio que mató a Hércules. Isócrates (436-338 a.C.) emplea y revisa parte del material de ese texto en su discurso *Busiris*.

<sup>16</sup> Glaucón es uno de los personajes que aparecen en el diálogo platónico *República*. Él es quien, sirviéndose de unos argumentos que Sócrates refuta, elogia —más bien defiende— la injusticia (véase especialmente el pasaje 358b1ss).

<sup>17</sup> Favorino de Arelate (Arles), orador romano del s. II d.C., encarna al típico individuo dispuesto a defender lo indefendible con tal de poder mostrar su capacidad de persuasión y el brillo de sus argumentos. Uno de sus discípulos, Gelio, nos cuenta en sus *Noches áticas*, 17, 12, que se atrevió a alabar la fiebre cuartana (la que vuelve a brotar tras cuatro días) y a Tersites, personaje al que Homero describe en la *Iliada*, 2, 216-220 como paradigma de fealdad:

αἰσχιστος δὲ ἀνὴρ ὑπὸ Ἴλιον ἦλθε·  
 φορκὸς ἦν, χλωὸς δ' ἕτερον πόδα· τῷ δὲ οἱ ὤμω  
 κυρτῷ ἐπὶ στήθεος συνοχωκότε· αὐτὰρ ὕπερθε  
 φοδὸς ἦν κεφαλῇν, ψεδιῇ δ' ἐπεινήνοθε λάχυν.  
 ἐχίστος δ' Ἀχιλλεὺς μάλιστα ἦν ἢ δ' Ὀδυσσεύς.

[el hombre más feo llegó a los pies de Ilíon: era bizco, cojo de un pie, sus hombros encorvados y comprimidos ambos contra el pecho, por arriba tenía la cabeza puntiaguda y cubierta de unos pelos sueltos. Era, con mucho, el más odioso para Aquiles y para Odiseo]. Los textos de Favorino no se nos han conservado.

<sup>18</sup> Sinesio de Cirene (siglos IV-V d.C.), filósofo, poeta y obispo de Pentápolis, escribió, entre otras exitosas obras, el *Elogio de la calvicie*, inspirado, como él mismo nos cuenta en la introducción, en su propia alopecia.

<sup>19</sup> Luciano de Samósata, más conocido por sus *Diálogos de los muertos*, *de los dioses*, *marinos* y *de las meretrices*, escribió el *Elogio de la mosca* y el diálogo *De parasito*. De los títulos puede presumir el lector su tono irónico y mordaz.

<sup>20</sup> Ἀποθέωσις en el original. Se refiere a la sátira menipea compuesta por Séneca tras la muerte del emperador Claudio bajo el título de *Apocolocyntosis*, «La calabacización», en la que relata en tono sarcástico y paródico el proceso de conversión en calabaza por parte del emperador.

<sup>21</sup> Se refiere al diálogo compuesto por Plutarco titulado *Sobre si los animales utilizan la razón*, inspirado, a su vez, en el conocido episodio de la *Odisea*, 10, 229 ss., en el que Circe convierte en cerdos a parte de los compañeros de Ulises. Plutarco emplea el material para argumentar que la condición de los brutos es más feliz que la de los humanos, tópico que vuelve a aparecer en el cap. 34 de la presente obra de Erasmo.

<sup>22</sup> Texto anónimo que parodia la literatura jurídica latina y que puede fecharse como *terminus ad quem* hacia el 350 d.C., fecha de nacimiento de san Jerónimo (véase nota siguiente). La edición crítica del texto latino puede verse en W. Heraeus, *Petronii Cena Trimalchionis*, Heidelberg, 1939, p. 46; véase también M. C. Díaz y Díaz, *Antología del latín vulgar*, Madrid, 1962, pp. 54-56. Sobre el posible significado de *Corocotta*, sobrenombre del cerdito, véase Plinio el Viejo, *Historia natural*, 8, 107.

del que incluso san Jerónimo hace mención<sup>23</sup>. De modo que, si les parece, hagan ésos la comedia de que he pasado el tiempo jugando a las damas por distracción o, si lo prefieren, cabalgando en un palo largo<sup>24</sup>. Porque, a ver, ¿no es una injusticia no permitir ninguna broma en absoluto a la erudición, cuando autorizamos las propias a toda condición de vida, sobre todo si las bobadas conducen a cosas serias y se tratan las chanzas de forma que un lector que no sea obtuso del todo saque de ellas algo más de provecho que de los temas siniestros y pomposos de algunos? Como, por ejemplo, cuando uno alaba la retórica o la filosofía en un discurso largo tiempo recorrido, otro detalla los elogios de algún príncipe, otro incita a hacer la guerra contra los turcos, otro predice el porvenir y otro idea novedosas disputillas sobre la lana de cabra<sup>25</sup>. Porque, así como no hay nada más tonto que tratar las cosas serias de forma bobalicona, tampoco hay nada más divertido que tratar las bobadas de modo que no parezca que has hecho otra cosa sino tontear. Por supuesto, a otros corresponderá juzgarme; aunque, si mi egolatría no me engaña manifiestamente, he hecho un elogio de la Estupidez, pero de una forma no estúpida del todo.

Y para responder ahora acerca del sofisma sobre mi mordacidad, siempre le fue permitida al entendimiento la libertad de bromear con donaire sobre la vida corriente de los hombres, con tal que el atrevimiento no fuese a dar en saña. Por eso más me sorprende en estos tiempos la delicadeza de unos oídos que ya no pueden soportar casi nada más que los títulos que les corresponden<sup>26</sup>. Más aún, puede que veas algunos religiosos tan descarriados que toleran incluso las más graves blasfemias contra Cristo antes de que la más ligera chanza salpique a un papa o a un monarca, sobre todo si tiene que ver *con el pan*<sup>27</sup>, es decir, con su sustento. Pero quien critica la vida de los hombres de tal modo que no zahiera a ninguno nombrándolo, pregunto, ¿acaso parece que satiriza o más bien que enseña y amonesta? Por otro lado, dime, ¿con cuántas palabras no me critico yo mismo? Además, quien no pasa por alto ningún tipo de persona no parece que esté disgustado con ninguna en concreto y sí con todos los vicios. Conque, si alguien se pone a gritar que se le ha hecho daño,

<sup>23</sup> San Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, 12, praef.: *Testamentum autem Grunni Corocottae porcelli decantant in scholis puerorum agnina cachinnantium*: «El testamento del cerdito Gruñón Corocotta lo canturrean en las escuelas las filas de niños entre risitas».

<sup>24</sup> Como si fuese un caballo. Esta referencia a un juego infantil, propio, pues, de estúpidos si ya son adultos, está tomada de Horacio, *Sátiras*, 2, 3, 247-9: *aedificare casas, plostello adiungere muris, / ludere par inpar, equitare in barundine longa / siquem delectet barbatum, amentia uerset*: «hacer casitas, atar ratones a un carrito, / jugar a pares y nones, cabalgar en un palo largo, / si le gustara a uno ya con barbas, se consideraría un disparate».

<sup>25</sup> Horacio, *Epístolas*, 1, 18, 15: *alter rixatur de lana saepe caprina*: «el otro porfía a menudo sobre la lana de cabra», como equivalente de sostener discusiones bizantinas, sin ningún valor. Cfr. también *Adagia*, 1, 3, 53: *de lana caprina*.

<sup>26</sup> *Solennes* (sic) títulos no quiere decir, como aparece en algunas traducciones, «títulos pomposos, lisonjeros», sino los que por tradición añeja (*sollemnis*) correspondían a determinados cargos como, p. ej., llamar a los reyes «serenísimos», a los papas «santísimos», etcétera.

<sup>27</sup> En griego πρὸς τὰ ἄλφιστα, «para las harinas», por sinécdoque, «para comer», expresión tomada de Aristófanes, *Nubes*, 648: τί δέ μ' ὠφέλησους οἱ ῥυθμοὶ πρὸς τὰλφιστα; esto es, «¿de qué me van a servir los números para comer?». Cfr. *Adagia*, 3, 6, 31: *quid ad farinas?*

ése, sin ninguna duda, revelará o su mala conciencia o su miedo. Con mucha más libertad y sarcasmo jugueteó en este género literario san Jerónimo, a veces sin siquiera escatimar nombres. Nosotros, exceptuado el hecho de que no los tocamos en absoluto, hemos afinado la pluma de forma que un lector sensato pueda entender con facilidad que hemos buscado más agradar que satirizar. Porque tampoco hemos revuelto en ningún pasaje aquella oculta cloaca de los vicios, siguiendo el ejemplo de Juvenal<sup>28</sup>, y nos hemos afanado en señalar más lo risible que lo indecente. Pero, si hay alguien a quien ni siquiera estas razones pueden calmar, que al menos recuerde eso de que buena cosa es ser recriminado por la Estupidez. Y como la hemos hecho hablar, ha habido que atender al decoro del personaje<sup>29</sup>.

Pero, ¿a qué te cuento yo esto a ti, un abogado tan incomparable que eres capaz de defender de la mejor forma posible incluso las causas menos favorables?<sup>30</sup> Adiós, elocuentísimo Moro, y defiende con ardor tu Moría<sup>31</sup>.

Desde el campo, el día quinto de las idus de junio de 1508<sup>32</sup>.

ΜΟΡΙΑΣ ΕΓΚΩΜΙΟΝ,  
ESTO ES,  
ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ.  
EJERCICIO RETÓRICO DE  
DESIDÉRIO ERASMO DE ROTTERDAM

[I. LA ESTUPIDEZ CON SU SOLA PRESENCIA HA DISIPADO LAS CUITAS DEL AUDITORIO]

(Habla la Estupidez)

Diga lo que diga de mí el común de los mortales –y no se me escapa la mala fama que la estupidez tiene incluso entre los más estúpidos– sin embargo, que yo aquí presente, yo –digo– soy la única que con mí duende alegre a dioses y humanos, lo demuestra con creces la prueba siguiente: en cuanto he salido a hablar ante esta concurridísima reunión, tan de repente los rostros de todos se han iluminado

<sup>28</sup> Décimo Junio Juvenal, *ca.* 67-127 d.C., satírico romano nacido en Aquino, autor de dieciséis sátiras monotemáticas, en las que critica los –a sus ojos– vicios y miserias de la época en que le tocó vivir.

<sup>29</sup> El importantísimo decoro poético, del que ya hallamos una teorización en Aristóteles, *Poética*, 1459a4 ss. y *Retórica*, 1404b17 s. y 1408a10 ss. Cfr. la definición que de él da F. LÁZARO CARRETER, *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, 1967, pp. 128 s.: «correspondencia entre la condición o índole de un personaje y las acciones y modo de hablar que se le atribuyen en una obra literaria».

<sup>30</sup> Véase nota 1.

<sup>31</sup> De nuevo la paronomasia con el apellido de Moro.

<sup>32</sup> Es decir, el 9 de junio. El año que se esperaba es el 1509, año de su viaje desde Italia a Inglaterra, a la casa que Tomás Moro tenía en Chelsea. Es en ella donde, a lo largo de los meses de julio y agosto, Erasmo compuso el texto. Por otro lado, una de las fórmulas tópicas para indicar la procedencia de la misiva podía ser, como en este caso, el lugar en cuestión precedido de la preposición *ex*. La mayoría de las traducciones, sin embargo, la vierten como «en».



con un inesperado e insólito regocijo, tan de pronto habéis desfruncido el ceño<sup>33</sup>, de tal modo habéis aplaudido con risa alegre y cordial que, ciertamente, me parece que todos los que veo a un lado y a otro estáis, igual que los dioses de Homero, borrachos de néctar no sin algo de nepente<sup>34</sup>, cuando hasta hace un momento permanecíais en vuestros asientos tristes y preocupados, igual que si acabaseis de volver de la gruta de Trofonio<sup>35</sup>.

Además, igual que suele acontecer que tan pronto como el sol enseña su bello y dorado semblante, o, cuando tras un áspero invierno la primavera sopla con suaves favonios<sup>36</sup>, al punto torna a todas las cosas un nuevo aspecto, un nuevo color e incluso cierta juventud, así a vosotros enseguida se os ha puesto otra cara al contemplarme. Así que, lo que los, por lo demás, grandes rétores a duras penas pueden conseguir con largos y muy meditados discursos, a saber, echar fuera las fastidiosas cuitas del espíritu, eso yo lo he conseguido con sólo dejarme ver.

## [II. ARGUMENTO DE LA DECLAMACIÓN]

Pero la razón de que hoy me haya presentado con este aspecto inusual<sup>37</sup> ahora mismo la vais a oír, siempre que no os resulte pesado prestar vuestros oídos a la que habla; por supuesto no los que tenéis por costumbre dirigir a los predicadores de las Escrituras, sino a los charlatanes del mercado, a los pillos y bufones, y los que en otro tiempo aquel famoso Midas de nuestra cuadrilla le mostró a Pan<sup>38</sup>.

<sup>33</sup> La expresión *frontem exporrexistis* es una adaptación de Terencio, *Los hermanos*, 839: *exporge frontem*, recogida, además, en *Adagia*, 1, 8, 48: *Frontem exporrigere. Frontem contrahere*.

<sup>34</sup> El nepente (νηπειθές) era una planta que los dioses empleaban para mitigar los dolores —físicos o morales—. La *Suda*, N, 321, da la definición etimologizante del término: Νηπειθές: ἀπειθές. ἀχολόν τε κακῶν ἐπίληθον ἀπάντων, que, a su vez, retoma el hexámetro de la *Odisea*, 4, 221: νηπειθές τ' ἀχολόν τε, κακῶν ἐπίληθον ἀπάντων, esto es, «nepente y un calmante de la cólera, que hace olvidar todos los males».

<sup>35</sup> Trofonio era el héroe local de Lebadea, en Beocia. Famoso como arquitecto, poseía un oráculo en el interior de una gruta. Los que habían entrado a hacer una consulta salían demacrados y pálidos. Pausanias en su *Descripción de Grecia*, 9, 39, 8 nos cuenta que en esta cueva se debía beber primero el agua del olvido (λήθης) y luego la del recuerdo (μνημοσύνης). Cfr. *Adagia*, 1, 7, 77: *in antro Trophonii uaticinatus est*; véase también el comienzo de *Colloquia*, 11 («Funi»): *MARCOLPHVS: Vnde nobis Phaedrus, num ex antro Trophonii? PHAEDRVS: Cur istuc rogas? MARC: Quid praeter morem tristis, horridus, squalidus, torius, in summa, nihil minus quam quod diceris*. «MARC.: ¿De dónde viene nuestro amigo Pedro? ¿Acaso de la cueva de Trofonio? PEDRO: ¿Por qué preguntas eso? MARC.: Porque, al contrario de lo que es normal en ti, tienes un aspecto triste, despeinado, desaliñado, siniestro... en resumen, nada que ver con lo que tu nombre quiere decir».

<sup>36</sup> El favonio es el viento primaveral del oeste, que funde los hielos e insufla la vida en la naturaleza. Cfr. Horacio, *Odas*, 1, 4, 1: *Soluitur acris hiems grata uice ueris et Fauoni*, esto es, «Desaparece el crudo invierno con la grata llegada del favonio primaveral».

<sup>37</sup> Hay que imaginarse al personaje de la Estupidez ataviado con los ropajes propios de sabios, doctores y eruditos; en definitiva, una ropa solemne y que choca con las palabras que espeta la persona que la viste. Esta oposición entre apariencia y fondo (o continente y contenido) es una clave recurrente a lo largo de todo el *Elogio*. Véase el apartado III. 3. de nuestra Introducción.

<sup>38</sup> El conocido rey Midas que convertía en oro todo cuanto tocaba. Las orejas de asno fueron el castigo que Apolo le propinó al atreverse a anteponer al canto de éste el del dios Pan. Léase el episodio en Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 146-193. Cfr. también *Adagia*, 1, 3, 67.

Y es que me ha dado por hacer un poco de sofista ante vosotros, pero no de esos que hoy día inculcan en los niños tonterías obsesivas y les transmiten la porfía en la discusión típicamente mujeril, sino que voy a imitar a los ilustres clásicos, quienes, para evitar la infame denominación de «sabios»<sup>39</sup>, prefirieron ser llamados «sofistas»<sup>40</sup>. Su afán era celebrar en panegíricos las glorias de dioses y héroes. Consecuentemente, vais a escuchar un elogio, pero no de Hércules ni de Solón, sino de mí misma, es decir, de la Estupidez.

### [III. POR QUÉ SE ALABA A SÍ MISMA]

Ahora bien, ni esto<sup>41</sup> me importan esos sabios que califican como algo tonto de remate e impertinente el que alguien se alabe a sí mismo. Sea todo lo tonto que quieran, de acuerdo, con tal que reconozcan que es lo decoroso<sup>42</sup>. Porque, ¿qué cosa cuadra más que la propia Moría sea pregonera de sus glorias y *trompeta de sí misma*?<sup>43</sup> ¿Quién va a describirme mejor que yo misma? A no ser que, quizá, alguien me conozca mejor de lo que yo me conozco. Por otra parte, no creo yo que esto sea poco más modesto que lo que va haciendo ese tropel de aristócratas y sabios, que por una cierta perversión de su pudor, tienen por costumbre ganarse a un retórico lisonjero o a un poeta palabrero —y, además, pagándole un sueldo— del que poder escuchar sus propias alabanzas, o sea, puras falsedades, y, sin embargo, éste, todo azorado<sup>44</sup>, levanta entretanto las plumas a guisa de pavo real y eriza la cresta cuando el desvergonzado adúlador pone a un «don Nadie» a la altura de los dioses; cuando lo presenta como modelo absoluto de todas las virtudes, aun sabiendo que dista de serlo más que *un doble diapasón*<sup>45</sup>; cuando viste a la corneja con unas plumas que no le van; cuando *pinta de blanco al africano*<sup>46</sup>; cuando, en fin, *hace un elefante de una*

<sup>39</sup> Infame, claro está, desde el punto de vista de la Estupidez.

<sup>40</sup> En un primer momento σοφιστής y σοφός eran sinónimos en griego. Ya en época de Sócrates y Platón el término acabó por tener el sentido despectivo que aparece recogido en la *Suda*, Σ, 812: Σοφιστής: ἀπατεών. παρὰ τὸ σοφίζεσθαι, ὃ ἐστὶ λόγους ἀπατᾶν: «Sofista: el que engaña, derivado de hacer el sofista, que es engañar con palabrería».

<sup>41</sup> Cuando la Estupidez dice «esto», hay que imaginarse un gesto hecho con los dedos de la mano como indicando algo muy pequeño. Téngase en cuenta que el texto es una declamación ejecutada ante un auditorio. Los elementos pragmáticos o situacionales (que lingüísticamente quedan reflejados sobre todo en términos deícticos) son parte fundamental para su comprensión. La expresión, aunque no es propiamente un proverbio, aparece inventariada en *Adagia*. 1. 8. 7: *huius non facio*.

<sup>42</sup> Cfr. nota 29.

<sup>43</sup> En el original αὐτὴ ἐαυτῆς αὐλῇ. En *Adagia*. 2. 5. 86 aparece recogida la variante latina *ipse semet canit* y en 2. 7. 59 *te ipsam laudas*, ambas referidas al autoelogio.

<sup>44</sup> Claro está, un pudor hipócrita.

<sup>45</sup> En griego δις διὰ πασῶν, es expresión del lenguaje técnico musical y equivaldría a decir «dos octavas enteras», esto es, «una gran distancia». Véase *Adagia*. 1. 2. 63, y Erasmo de Rotterdam, *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio*, edición, traducción y presentación de R. Puig, Valencia, 2000, pp. 86 y 102.

<sup>46</sup> Τὸν Αἰθίοπα λευκαίνει: el adjetivo «etíope» en la Antigüedad designaba, por extensión, a cualquier individuo nacido en el continente africano. En el contexto en que lo emplea Erasmo, además de indicar un suceso imposible, hay un sentido simbólico añadido a las ideas de negro (etíope) y blanco: negativo y positivo. El adúlador pretende hacer pasar por hombre honesto a quien no lo es. Aparece en *Adagia*. 1. 4. 50: *Aethiopem lautas. Aethiopem dealbas*.

mosca<sup>47</sup>. Para acabar, hago mío aquel viejo dicho popular que dice que «bien hace en alabarse a sí mismo el que no tiene quien le alabe».

Con todo, no sé si asombrarme más de la ingratitud o de la desidia de los mortales, entre los que, aunque todos me cultivan con afán y gustosamente reconocen mis bondades, no hay nadie, sin embargo, que después de tantos siglos haya celebrado en un discurso de agradecimiento las glorias de la Estupidez, cuando no han faltado quienes han arropado de elogios primorosos y meditados con gran derroche de aceite<sup>48</sup> y sueño a Busírides<sup>49</sup>, Falárides<sup>50</sup>, las fiebres cuartanas, las moscas, la calvicie y calamidades de ese tipo.

De mi boca vais a escuchar un discurso improvisado, sin duda, pero por eso mismo más sincero.

#### [IV. POR QUÉ IMPROVISA UNAS PALABRAS]

Cosa que no querría que pensarais que he inventado para ostentación de mi talento, como hace el común de los oradores. Porque ellos, como sabéis, cuando pronuncian un discurso elaborado durante treinta años enteros –a veces hasta obra de otro–, juran, sin embargo, que lo han escrito en tres días como por pasatiempo o incluso que lo han dictado<sup>51</sup>.

Además, a mí siempre me ha encantado decir *lo primero que me viniera a la boca*<sup>52</sup>. Pero que nadie espere de mí que, siguiendo la costumbre de esos rétores del montón, pase a describirme a mí misma, y mucho menos a hacer divisiones<sup>53</sup>. Porque ambas cosas son propias de alguien de mal agüero: tanto encerrar en unos límites a la que tiene un genio tan visiblemente amplio, como desmembrar algo a lo que toda clase de seres están de acuerdo en rendir culto. Por otra parte, ¿para qué representarme como una sombra o un fantasma, cuando con vuestros propios ojos podéis contemplarme

<sup>47</sup> Ἐκ μυίας τὸν ἐλέφαντα ποιεῖ. Véase lo que dice la *Suda*, E, 814: Ἐλέφαντα ἐκ μυίας ποιεῖν· ἐπὶ τοῖς τὰ ἐλάχιστα ἐπαυρόντων τῷ λόγῳ καὶ μεγάλα ποιοῦντων. Λουκιανοῦ Μυίας ἐγκωμῖον· μὴ καὶ δόξω κατὰ τὴν παροιμίαν ἐλέφαντα ἐκ μυίας ποιεῖν: «Hacer de una mosca un elefante: aplicado a los que ensalzan con sus palabras lo nimio y lo hacen grande». En el *Elogio de la mosca* de Luciano [cap. 12]: «que no parezca que yo también, como dice el refrán, hago de una mosca un elefante». Cfr. *Adagia*, 1, 9, 69: *Elephantum ex musca facis*.

<sup>48</sup> A saber, de tiempo nocturno consumido a la luz de una lámpara de aceite.

<sup>49</sup> Véase nota 15.

<sup>50</sup> Luciano escribió la apología de Fálaris, tirano siciliano que asaba a sus víctimas. Véase nota 49 de la Introducción.

<sup>51</sup> Cuesta decidir si con estas palabras Erasmo hace gala de la auto-ironía –lo que no sería de extrañar en este autor– o sencillamente no tiene en consideración sus propias palabras al respecto, cuando se dirige a Tomás Moro en la carta dedicatoria que introduce el *Elogio* en términos como «hace unos días», «jugar a», «poco seria», etc. Cfr. también sus palabras de modestia –no del todo sincera– en la carta dirigida a Martín Dorp, traducida en el Apéndice, en este mismo volumen.

<sup>52</sup> En griego ὅτι κεν ἐπ' ἀκαιρίμην γλώτταν ἔλθῃ, literalmente «lo que me viniera a la lengua fuera de tiempo», proverbio popular citado con alguna variación morfológica por Estrabón, Ateneo y Luciano, entre otros. Evidentemente, según podremos comprobar a lo largo de toda la obra, esta afirmación es más irónica que real. Cfr. *Adagia*, 1, 5, 73: *Quicquid in linguam uenerit*.

<sup>53</sup> Que era la práctica usual de la filosofía dialéctica y escolástica medieval.

en persona estando ante vuestra presencia? Realmente soy, como veis, la verdadera dispensadora de bienes<sup>54</sup>, a la que los latinos<sup>55</sup> llaman Estupidez y los griegos *Moría*.

[V. LA ESTUPIDEZ SE PRESENTA A SÍ MISMA DE INMEDIATO]

Aunque, ¿qué necesidad había de decir siquiera esto? Como si de mi gesto y mi frente –como se dice– no quedase lo bastante claro quién soy, o como si, en caso de que alguien mantuviera que soy Minerva<sup>56</sup> o la Sabiduría, no pudiera rebatírsele al punto con una sola mirada –incluso sin que medie plática alguna– que es espejo muy sincero del alma. En mí no hay lugar para afeites, ni finjo con el rostro una cosa y escondo otra en el corazón. Y soy, en todos los sentidos, absolutamente auténtica, hasta el punto de que no pueden enmascaramme ni los que reclaman para sí el disfraz y el título de la sabiduría y se pasean *como monas vestidas de púrpura y asnos con piel de león*<sup>57</sup>. Por muy convincente que sea la comedia, sin embargo, las orejas que les asoman por todas partes delatan a Midas<sup>58</sup>. Por Hércules que también es una desagradecida esa clase de hombres que, aunque son los que más militan en nuestro partido, sin embargo, cuando están en público les avergüenza tanto mi nombre que indiscriminadamente se lo lanzan a otros como gran insulto. Conque, siendo éstos *los más estúpidos*<sup>59</sup>, aunque pretendan pasar por unos sabios y unos Tales, ¿no tendremos toda la razón en llamarlos *monosabios*?<sup>60</sup>

[VI. IMITACIÓN DE LOS RÉTORES]

Me ha parecido bien imitar también en el siguiente aspecto a los rétores de nuestra época, que directamente se creen unos dioses, si se muestran con dos len-

---

<sup>54</sup> *Largitrix* ἐάων es alusión al sintagma homérico (*Odisea*, 8, 325) δωτήρης ἐάων, que califica a los dioses como «donadores de bienes».

<sup>55</sup> Erasmo emplea aquí el adjetivo *Latini* en vez de *Romani* porque lo que le interesa es resaltar la diferente forma de llamar al mismo personaje según las lenguas latina y griega.

<sup>56</sup> La Minerva romana es la diosa análoga de la griega Palas Atenea. Entre sus atributos se cuentan la inteligencia y las artes.

<sup>57</sup> Καὶ ἐν τῇ πορφύρᾳ πίθηκοι, καὶ ἐν τῇ λεοντῇ ὄνοι, son dos proverbios griegos que vienen a significar lo mismo: los necios y cobardes se visten de ropas o títulos para aparentar ante los demás lo que no son. El primero aparece en *Adagia*, 1, 7, 10: *simia in purpura* y el segundo en 1, 3, 66: *induitis me leonis exuitum*. A propósito de este último, merece la pena transcribir las palabras de dos pasajes de la *Suda*, E, 1190: Ἐνδύεται μοι τὴν λεοντὴν· ἐπὶ τῶν μεγάλους ἐπιχειροῦντων πράγμασιν. ἐκ μεταφορᾶς τοῦ Ἡρακλέους: «Me lleva puesta la piel de león: dicho de quienes emprenden grandes tareas. Procede de una metáfora de Hércules»; y *Suda*, T, 523: Τὴν λεοντὴν ἐνδύου· ἴσον τῷ γενναίῳ ζῶντι. «Ponte la piel de león; equivalente a “ten valor”».

<sup>58</sup> Véase la nota 38.

<sup>59</sup> Μωρότατοι.

<sup>60</sup> Μωροσόφους, neologismo humorístico acuñado por Luciano, *Alejandro*, 40; literalmente «necios-sabios», es decir, necios que se creen sabios o sabios que realmente son unos necios. Tales de Mileto (ca. 624-545 a.C.) fue uno de los siete sabios de Grecia, considerado el πρῶτος εὐρετής o fundador de la filosofía griega y, por ello, paradigma de sabiduría.

guas –como las sanguijuelas–, y consideran hazaña ilustre el insertar en discursos latinos algunas palabritas griegas como si fuese un mosaico, aunque no sea ése el lugar más adecuado para ellas. En consecuencia, si les faltan palabras extranjeras, arrancan de unos pergaminos podridos cuatro o cinco términos antiguos con los que arrojar oscuridad sobre el lector, como es evidente, para que quienes las entienden estén cada vez más satisfechos de sí mismos, y quienes no, se asombren tanto más cuanto menos comprenden. Efectivamente, entre las clases de mis placeres se cuenta también uno no desprovisto de finura: admirar más lo que es más de fuera. Y si hay alguno que no se contenta con esto, que se ría y aplauda y mueva las orejas<sup>61</sup> siguiendo el ejemplo del asno, para que los demás crean que se está enterando. Y eso es lo que es<sup>62</sup>. Ahora vuelvo a mi tema inicial.

#### [VII. LINAJE, PATRIA Y NODRIZAS DE LA ESTUPIDEZ]

Así que ya conocéis mi nombre, señores... ¿qué adjetivo puedo añadir?, ¿cuál sino el de «tontísimos»? Porque, ¿con qué otro sobrenombre más honroso puede dirigirse a sus devotos la diosa Estupidez?

Pero, como no son muchos los que conocen por igual el linaje del que desciendo, intentaré explicarlo ahora mismo con el favor de las Musas<sup>63</sup>. Mi padre no fue ni el Caos, ni el Orco, ni Saturno, ni Jápeto<sup>64</sup>, ni ningún otro de esa familia de dioses anticuados y rancios, sino Pluto<sup>65</sup>, el único y verdadero *padre de hombres y dioses*<sup>66</sup>, mal que les pese a Hesíodo y a Homero, e incluso al mismísimo Júpiter. El único con cuyo gesto, lo mismo ahora que antes, se agita todo lo sagrado y lo profano en el cielo y en la tierra. Por decisión suya se rigen guerras, paces, imperios, consejos, juicios, comicios, matrimonios, pactos, tratados, leyes, artes, bromas, veras... –ya me estoy quedando sin aire–, en resumen: todos los asuntos públicos

<sup>61</sup> Τὰ ὦτα κυῶσι, es adaptación del proverbio que aparece en la *Suda*, O. 393: Ὀνός· Ὀνός τὰ ὦτα κυῶν, es decir, «un burro moviendo las orejas», como si entendiese lo que le están diciendo, aunque ea incapaz de comprender nada. De nuevo hace alusión al comportamiento afectado de algunos.

<sup>62</sup> Καὶ ταῦτα δὴ μὲν ταῦτα, es una perogrullada del lenguaje coloquial. Como tal la emplean Aristófanes, *Pluto*, 8 y Platón, *Banquete*, 220c1.

<sup>63</sup> La alusión a la estirpe a la que se pertenece es un tópico de la literatura laudatoria. Por su parte, la invocación a las Musas sirve para prevenir al lector de que el tema es de tono poético-ficticio, no erídico.

<sup>64</sup> En Hesíodo, *Teogonía*, 116: ἦτοι μὲν πρόπιστα Χάος γένετο, esto es, «en verdad el primero en existir fue el Caos». Ovidio, *Metamorfosis*, 1. 5-7: *Ante mare et terras et quod tegit omnia caelum / unus erat toto naturae vultus in orbe, / quem dixere chaos*: antes del mar y de las tierras y del cielo que todo cubre la naturaleza tenía una sola forma en todo el mundo, al que han llamado caos. El Orco es el equivalente latino del Τάρταρον, dios de las profundidades infernales. Saturno (Κρόνος en Grecia) era hijo de la Tierra y el Cielo. Advertido de que un hijo suyo lo destronaría, los fue devorando uno a uno. Hasta que Júpiter, con la complicidad de su madre Rea, lo mató y liberó a los Titanes que Saturno había prisionado. Jápeto era uno de los titanes, hijo también de la Tierra y el Cielo.

<sup>65</sup> Πλούτος, en griego en el original. Es la «Riqueza» y aparece como un dios en la comedia homódima de Aristófanes.

<sup>66</sup> πατήρ ἀνδρῶν τε θεῶν τε es una fórmula épica empleada frecuentemente por Homero y Hesíodo para referirse a Zeus (Júpiter).

y privados de los mortales. Sin su apoyo todo ese tropel de divinidades que hay en los poemas –y seré más osado en mis palabras– incluso los propios dioses mayores<sup>67</sup> o no existirían en absoluto o sin duda no comerían caliente en su casa. A cualquiera con el que se haya enojado, ni la ayuda de Palas<sup>68</sup> le sería suficiente. En cambio, a quien le sea propicio, podría mandar a paseo hasta al supremo Júpiter con su rayo y todo. *Me jacto de ser de este padre*<sup>69</sup>. Y, por cierto, no me engendró él de su cerebro, como hizo Júpiter con la sombría y hosca Palas, sino de la ninfa Juventud<sup>70</sup>, con mucho la más bella a la par que la más divertida de todas. Y tampoco lo hizo tras unirse a ella en un matrimonio desventurado, como nació aquel obrero cojo<sup>71</sup>, sino –lo que es bastante más dulce– *unido en el amor*<sup>72</sup>, como dice nuestro Homero. Pero, no os equivoquéis, no me engendró aquel Pluto de Aristófanes, ya decrépito y cegato, sino uno aún sano y embriagado de juventud<sup>73</sup>, y no sólo de juventud, sino mucho más aún del néctar que en cierta ocasión había bebido más abundante y más puro en uno de esos banquetes de los dioses.

### [VIII. ÍDEM]

Pero si también os interesa el lugar en que nací, puesto que hoy día piensan que lo que más atañe a tu nobleza es en qué lugar has dado los primeros vagidos, no fui yo parida no en la errabunda Delos<sup>74</sup>, ni en el ondeante mar<sup>75</sup>, ni *en profundas cavernas*<sup>76</sup>, sino en las mismísimas Islas Afortunadas<sup>77</sup>, donde todo crece *sin sembrarse ni ararse*<sup>78</sup>, en las que no hay ni fatigas, ni vejez, ni enfermedad

<sup>67</sup> Los doce dioses principales.

<sup>68</sup> Palas Atenea, contra la que la Estupidez parece tener ciertas rencillas por ser diosas con atribuciones encontradas. Véase nota 56.

<sup>69</sup> Es una variante del verso homérico (*Il.* 14, 113) πατὴρ δ' ἔξ ἀγαθοῦ καὶ ἐγὼ γένος εὖχομαι εἶναι: «también yo me jacto de descender de un padre noble».

<sup>70</sup> *Neotete* en el original, es un neologismo creado por Erasmo a partir del griego νεότης, «juventud».

<sup>71</sup> Vulcano (el Hefesto griego) era el dios del fuego y de la forja. Hijo de Júpiter y Juno (de Juno sola, según algunas versiones del mito), fue arrojado fuera del Olimpo por su propia madre espantada ante su cojera o bien por Júpiter al enterarse de que se había puesto del lado de su madre para derrocarle.

<sup>72</sup> ἐν φιλότῃ μιχθεῖς, en el original, es imitación del hemistiquio que aparece en Hesíodo, *Teogonía*, 923, 941. etc.: μιχθεῖς ἐν φιλότῃ. En Homero. *Ilíada*, 2, 232: ἵνα μίσγῃαι ἐν φιλότῃ, «para que te unas en el amor». Nótese que el amor en este contexto se refiere siempre al extramatrimonial.

<sup>73</sup> Parece haber una reminiscencia de Horacio, *Odas*, 3, 14, 27: *non ego hoc ferrem calidus iuventa*: «no aguantaría yo eso enardecido de juventud».

<sup>74</sup> La isla de Delos, antes de que nacieran en ella Apolo y Ártemis, se desplazaba por el mar libremente. Véase Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 21 y Ovidio, *Metamorfosis*, 6, 333s.: *quam uix erratica Delos/orantem accepit tum, cum levis insula nabat*: «a quien (Latona) a duras penas acogió en su súplica la errabunda Delos cuando la isla flotaba ligera».

<sup>75</sup> Donde nació Afrodita.

<sup>76</sup> ἐν σπέσσι γλαφυροῖσι es expresión homérica (*Odisea*, 1, 15) empleada para señalar el lugar usual de los encuentros amorosos de Zeus con sus amantes.

<sup>77</sup> Las Islas Afortunadas se situaban más allá de las columnas de Hércules y eran el paraíso terrestre. Se las ha identificado con las Canarias. Véase Estrabón. *Geografía*, 1, 1, 5 y 3, 2, 13.

<sup>78</sup> ἄσπαρτα καὶ ἀνήροτα es lo mismo que decir «sin ningún esfuerzo». La expresión es un proverbio tomado de la *Odisea*, 9, 109. Cfr. también *Adagia*, 1, 5, 81: *citra arattonem, citraque sementem*.

alguna, ni se ven en los campos asfódelos, malvas, cebollas, altramuces o habas o cualquier otro tipo de fruslerías, sino que por todas partes acarician la vista y el olfato el moli, la panacea, el nepente, la mejorana, la ambrosía, el loto, la rosa, la violeta, el jacinto, como réplica del jardín de Adonis<sup>79</sup>.

Y nacida en medio de estos deleites, de ninguna manera comencé la vida entre lágrimas, sino que enseguida le sonreí dulcemente a mi madre. Así que no le envidio al *supremo Cronida*<sup>80</sup> la cabra que lo alimentó<sup>81</sup>, puesto que a mí me han sustentado con sus pechos dos bellísimas ninfas, la Embriaguez hija de Baco y la Ignorancia hija de Pan<sup>82</sup>. A ellas las veis también aquí en el cortejo de mis otras acompañantes y criadas. Por Hércules que si queréis saber sus nombres, no los vais a oír de mi boca más que en griego.

## [IX. COMPARSA DE LA ESTUPIDEZ]

Evidentemente, esta que veis con el ceño fruncido<sup>83</sup> es la *Egolatría*. Esta que veis como con una sonrisa en los ojos y aplaudiendo con las manos se llama *Adu-lación*. Ésta medio dormida y como amodorrada se llama *Olvido*. Esta que se apoya en ambos codos y está con las manos cruzadas se denomina *Vagancia*. Ésta, coronada de una sarta de rosas y cubierta de afeites por todas partes, *Placer*. Ésta con los ojos extraviados y oscilantes de aquí para allá recibe el nombre de *Demencia*. Ésta con el cutis brillante y el cuerpo perfectamente torneado lleva por nombre *Molicie*. Veis también dos dioses, mezclados con las doncellas, de los que a uno le llaman *Festejo* y al otro *Sueño Profundo*<sup>84</sup>. Pues bien, con la ayuda real de este séquito someto a mi mando toda clase de cosas, mandando incluso a los que mandan.

<sup>79</sup> Las primeras son plantas de escaso valor, poco adecuadas para una mesa lujosa; las de la segunda serie, al contrario, son de gran valor. El asfódelo y la malva son plantas comestibles identificadas con gente humilde (Hesiodo, *Los trabajos y los días*, 40s.: νήπιτοι, οὐδέ ἴσασιν ὅσῳ πλέον ἤμῃς παντὸς / οὐδ' ὅσον ἐν μαλάχῃ τε καὶ ἀσφοδέλῳ μέγ' ὄνειαρ: «necios, no saben cuánto más vale la mitad que el todo ni qué gran utilidad tienen la malva y el asfódelo»; cfr. también Plinio el Viejo, *Historia natural*, 21, 108; *ibidem*, 20, 222). El moli es la planta que Hermes da a Ulises para liberarlo del hechizo de Circe (Homero, *Odisea*, 10, 305). La panacea (gr. πανάκεια) era el supuesto remedio de todas las enfermedades; cfr. Plinio el Viejo, *Historia natural*, 25, 30: *Panaces ipso nomine omnium morborum remedia promittit*: «con su mismo nombre la panacea garantiza el remedio de todos los males». La ambrosía –palabra que en griego significa «inmortal»– es el alimento de los dioses. El loto era el mítico alimento del legendario pueblo de los lotófagos: quien comiera de esta planta olvidaba inmediatamente su país de procedencia y deseaba irse a vivir con ellos (cfr. Homero, *Odisea*, 9, 82 ss.). Los jardines de Adonis eran tiestos en los que se sembraban pequeñas plantas en el festival que se le dedicaba en primavera; cfr. el proverbio *Adonidis horti* recogido en *Adagia*. 1, 1, 4.

<sup>80</sup> Τῷ ὑπάτῳ Κρονίῳ es remedo del tratamiento que da Homero a Zeus, hijo de Saturno (el Kronos griego).

<sup>81</sup> La cabra Amaltea que lo crió a escondidas en Creta.

<sup>82</sup> *Methe* y *Apaidia* en el original latino son simple transliteración de voces griegas.

<sup>83</sup> En señal de arrogancia.

<sup>84</sup> Todos los nombres aparecen en griego en el original: φιλαυτία, κολακία, λήθη, μισοπονία, ἡδονή, ἄνοια, τρυφή, κῶμον y νήγρετον ὕπνῳ, que es un sintagma de cuño homérico (*Odisea*, 13, 79 s. e *Himno a Venus*, 177).

Habéis escuchado mi genealogía, mi formación y mis comparsas. Ahora, para que no le parezca a nadie que me arrogo sin razón el nombre de diosa, escuchad con las orejas tiesas cuántos beneficios proporciono a dioses y a humanos a la vez y qué amplitud alcanza mi divinidad. Pues, si alguien escribió con conocimiento de causa que lo que en definitiva caracteriza a un dios es ayudar a los mortales<sup>85</sup>, y si mercedamente se admitió en el senado de los dioses a quienes ofrecieron a los mortales el vino o el trigo o alguna utilidad de este tipo, ¿por qué no voy a ser llamada y tenida por *alfa*<sup>86</sup> de todos los dioses con todo derecho yo, que solita se lo ofrezco todo a todos?

# [XI. ÍDEM]

Para empezar, ¿qué puede haber más dulce o valioso que la vida misma? Y ¿a quién conviene atribuir su origen, sino a mí? Porque ni la lanza de Palas *la de poderoso padre*<sup>87</sup>, ni la égida de Júpiter *que reúne las nubes*<sup>88</sup> engendra o propaga la especie humana. En verdad, hasta el mismísimo padre de los dioses y rey de los hombres, que con un gesto hace temblar el Olimpo entero, tiene que bajar su famoso triple rayo y deponer esa expresión titánica, con la que, cuando le place, espanta a todos los hombres, y, como hacen los actores, ponerse la careta de pobrecito, si en algún momento quiere hacer lo que hace sin parar, o sea, *hacer niños*<sup>89</sup>.

Por otra parte, los estoicos se creen casi unos dioses. Pero traedme uno que sea tres, cuatro o, si os parece bien, seiscientos veces estoico<sup>90</sup>: también éste tendrá que renunciar, si no a su barba, signo de sabiduría —aunque la comparten con los machos cabríos—, sí a su altanería; tendrá que desfruncir el ceño, rechazar los dogmas diamantinos y tontear y delirar un poquito. En suma, a mí, a mí digo, deberá acudir el sabio si quiere ser padre. Y ¿por qué no puedo yo hablaros con más franqueza, según es mi costumbre? Pregunto: ¿acaso son la cabeza, la cara, el pecho, acaso la mano o la oreja, que se consideran partes decentes, las que engendran a los dioses o a los hombres? No creo. Antes bien, la difusora de la especie humana es esa parte tan boba y tan ridícula que no puede ni nombrarse sin risa. Éste es

<sup>85</sup> Plinio el Viejo. *Historia natural*. 2. 18.

<sup>86</sup> ἄλφα, la primera letra del alfabeto griego y, por ello, simbólicamente equivalente de «origen», como ya aparece en el Apocalipsis 1. 8: Ἐγώ εἰμι τὸ Ἄλφα καὶ τὸ Ὠ, λέγει κύριος ὁ Θεός: «yo soy el principio y el fin, dice Dios nuestro Señor».

<sup>87</sup> ὄβριμοπάτρης, epíteto épico aplicado por Homero y Hesíodo a Palas Atenea.

<sup>88</sup> νεφέληγερέτου, otro epíteto épico aplicado, en este caso, a Zeus (Júpiter).

<sup>89</sup> παιδοποιεῖν, en el original.

<sup>90</sup> La escuela filosófica del estoicismo fue instaurada en Atenas en torno al 300 a.C. como término contrario del epicureísmo. Su fundador fue Zenón de Citio y uno de sus rasgos distintivos era la defensa de la ἀπάθεια o negación de toda pasión, tanto positiva (placer) como negativa (sufrimiento).



aquel manantial sagrado del que todas las cosas toman la vida, con más seguridad que aquel número cuatro de Pitágoras<sup>91</sup>.

Vamos a ver, ¿qué hombre –pregunto yo– querría ofrecer su cabeza al yugo del matrimonio, si, como acostumbran hacer esos sabios, meditase antes consigo mismo los inconvenientes de semejante vida, o qué mujer estaría dispuesta a aceptar a un varón, si conociese o pensase en las peligrosas fatigas del parto y el agobio de la educación de los hijos? Por tanto, si debéis la vida a los matrimonios y el matrimonio a mi doncella la *Demencia*<sup>92</sup>, es evidente que entendéis cuánto me debéis a mí. Por otro lado, ¿qué mujer que haya experimentado esto una sola vez, querría repetirlo otra, de no asistirle la ayuda del *Olvido*?<sup>93</sup> Ni la propia Venus, diga lo que diga Lucrecio<sup>94</sup>, podría jamás negar que sin la participación de mi poder divino sus facultades quedarían mutiladas e inútiles. De este modo, de ese juego mío embriagado y ridículo provienen tanto los ceñudos filósofos –a quienes ahora han sucedido los que el vulgo llama monjes– como los reyes vestidos de púrpura y los piadosos sacerdotes y los pontífices tres veces santísimos y, en fin, todo ese tropel de dioses de que hablan los poetas, tan apretujado que esa turba a duras penas la puede albergar ya el mismísimo Olimpo, por muy amplio que sea.

## [XII. ÍDEM]

Pero, desde luego, poca cosa sería que a mí se debiesen el germen y la fuente de la vida, si no demostrase que cualquier cosa buena que hay en todo tipo de vida se debe también por completo a mi largueza. ¿Qué sería esta vida –¿acaso sería correcto llamarla vida?– si se le quitase el placer? Habéis aplaudido. Ya sabía yo que ninguno de vosotros estaba tan cuerdo, o más bien tan loco..., no, mejor tan cuerdo como para ser de esta opinión<sup>95</sup>. Sin embargo, ni los estoicos esos desprecian el placer, aunque lo disimulan cuidadosamente y en público lo injurian con mil denuestos, evidentemente, para que, espantados los demás, puedan ellos disfrutar de él más a sus anchas. Pero que me digan, por Júpiter, ¿qué aspecto de la vida no es triste, aburrido, feo, desabrido y molesto, si no le añades el placer, que es la sazón de la Estupidez? Por muy calificado testigo de este asunto que sea el nunca bien ponderado Sófocles –de quien se conserva aquel bellísimo elogio mío<sup>96</sup>– sin embargo, venga, expongamos todo el asunto punto por punto.

<sup>91</sup> Pitágoras de Samos (ca. 582-ca. 500 a.C.), filósofo y matemático griego seguidor de las enseñanzas de Tales. Anaxímenes y Anaximandro. Fundador del movimiento filosófico, religioso y político conocido como pitagorismo. Uno de sus postulados defendía que los números eran la esencia de las cosas: música, geometría, astronomía... Los cuatro primeros números constituían la base del cosmos.

<sup>92</sup> Ἀνοία.

<sup>93</sup> Ἀλήθεια.

<sup>94</sup> Hace referencia a los versos iniciales del *Sobre la naturaleza de las cosas* de Lucrecio (1, 1-49), en donde el poeta invoca a Venus como único origen de todos los seres vivos.

<sup>95</sup> La Estupidez se corrige a sí misma, como si hubiese recordado quién es: lo que en el mundo que ella critica se considera una locura es lo cuerdo para ella. La vacilación es un recurso que Erasmo emplea para hacer el personaje más cercano y real.

<sup>96</sup> En su *Ánax* 55-4: ἐν τῷ φρονεῖν γὰρ μηδὲν ἥδιοςτος βίος: «pues la existencia más dulce consiste en no pensar en nada».

En primer lugar, ¿quién no sabe que la primera edad del hombre es con mucho la más alegre y grata de todas? ¿Qué es lo que hay en los niños, que besamos, abrazamos y cuidamos tanto que hasta sus enemigos salen en su defensa, sino el hechizo de la Estupidez, que la prudente naturaleza con dedicación les aplicó a los recién nacidos para que, como por contraprestación del placer, sean capaces de suavizar las fatigas de sus educadores y ganarse el favor de sus preceptores? A continuación, la adolescencia que le sucede, ¡qué agradable es para todos, con qué sinceridad la defienden todos, con qué afán tratan de alargarla, con qué cortesía le tienden una mano en su auxilio! Pero, ¿de dónde, os pregunto, procede ese encanto de la juventud?, ¿de dónde sino de mí? Con mi favor la juventud es la menos sensata, y por eso mismo la que menos rezonga<sup>97</sup>. Miento, si no es verdad que en cuanto se han hecho mayores y gracias a la experiencia y al estudio han empezado a tener cierta sensatez propia de la edad madura, enseguida se marchita el esplendor de su belleza, languidece su alegría, se enfría su donosura, se debilita su energía. Y cuanto más se aleja de mí, tanto menos y menos va viviendo, hasta que llega *la molesta vejez*<sup>98</sup>, odiosa no ya sólo para otros, sino incluso para sí misma. Vejez que ciertamente no soportaría ningún mortal, si yo, compadeciéndome de tantas fatigas, no le ayudase con mi diestra y, del mismo modo que los dioses que aparecen en los poemas suelen socorrer con algún tipo de metamorfosis a los que se mueren, no devolviese yo también a la infancia, en la medida de lo posible, a los que están a punto de morir. De aquí que la gente, no sin razón, acostumbre a llamarlos *nuevos-niños*<sup>99</sup>. Más aún, si hay alguien interesado por el medio de transformación, ni eso querría yo ocultar: les conduzco hasta la fuente de mi *Olvido*<sup>100</sup>, pues nace en las Islas Afortunadas (si bien por el infierno discurre sólo como un arroyuelo), para que, en cuanto hayan bebido allí largos tragos del agua del olvido,

<sup>97</sup> Opuesta a la vejez, que es la edad del mal humor y del descontento.

<sup>98</sup> τὸ χαλεπὸν γῆρας, sintagma extraído de *Ilíada*, 8. 103: σὴ δὲ βίη λέλυται, χαλεπὸν δέ σε γῆρας ὁπάξει: «tu vigor ha desaparecido y te acompaña la molesta vejez». La vejez en la Grecia clásica, al contrario de lo que pudiera creerse, no era una etapa muy estimada, al menos por los literatos. El paradigma de esta idea lo representa el pasaje de Sófocles, *Edipo en Colono*, 1235-1238: τὸ τε κατὰμειπτον ἐπιλέοιγε / πύματον ἀκρατὲς ἀπροσώμιον / γῆρας ἄφρον, ἵνα πρόπαντα / κακὰ κακῶν ἔννοικε: «y se te ha acercado la despreciable, dolorosa, indisciplinada, insociable y aborrecida vejez, cuando viven contigo absolutamente todo tipo de desgracias». Por otro lado, Erasmo traduce al latín la expresión como *molesta senectus*, que nosotros dejamos sin verter para evitar la repetición.

<sup>99</sup> παλῖμπαιδας, neologismo creado y empleado una sola vez por Luciano, *Saturnalia*, 9, en un contexto paremiológico: οὕτω γάρ ἂν τὴν παροιμίαν ἐπαληθεύσαιμι, ἢ φησι παλῖμπαιδας τοὺς γέροντας γίγνεσθαι: «pues de esta forma daría yo la razón al refrán que dice que los viejos se vuelven niños de nuevo». También la *Suda*, Σ. 122, alude al proverbio δις παῖδες οἱ γέροντες: «los viejos son dos veces niños» (tomado de Aristófanes, *Las nubes*, 1417), dicho recogido en *Adagia*, 1, 5, 36 bajo la forma *bis pueri senes*.

<sup>100</sup> *Lethes*, en el original. Véase nota 35. En las líneas siguientes hay una alusión al río Leteo y sus aguas que fluían por el Orco. Cuando alguien bebía de ellas olvidaba todo su pasado. Cfr. Virgilio, *Eneida*, 6, 713-5: *tum pater Anchises: animae, quibus altera fato / corpora debentur; Lethaei ad fluminis undam / securos latices et longa obliuia potant*: «entonces dijo el venerable Anquises: las almas que por el hado deben tener otros cuerpos, junto al agua del río Leteo beben los largos olvidos que producen sus tranquilos licores». Véase también Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 602-607.

vayan aniñándose, una vez diluidas poco a poco sus cuitas espirituales. Pero —dirán— éstos se ponen a disparatar y a desbarrar. Muy bien, que así sea: pero en eso precisamente consiste el infantilizarse. ¿Es que ser niño es otra cosa que disparatar y desbarrar? ¿Acaso no es eso lo que más embelesa de esa edad, que no demuestre ninguna sensatez? Porque, ¿quién no odiaría como monstruosidad y maldeciría a un niño dotado de una sabiduría propia de la edad adulta? Lo confirma también el dicho que corre en boca del pueblo «Odio al chiquillo de prematura sabiduría»<sup>101</sup>. ¿Quién podría soportar mantener la relación y trato con un viejo que a tan gran experiencia de la vida hubiese unido un vigor mental y una agudeza de juicio parejos? Por tanto, el viejo que desvaría lo hace gracias a mí, y, sin embargo, ese desvarío mío le libera, entretanto, de las desdichadas ansiedades que atormentan al sabio; por unos momentos no resulta un compañero de bebida antipático; no se percata del hastío de la vida, que una edad más vigorosa apenas puede aguantar. A veces, como el viejo que aparece en Plauto, se vuelve a aquellas tres letras<sup>102</sup> el que sería el más infeliz si fuera sensato. Pero, entretanto, gracias a mi favor es feliz y grato para los amigos y no es desabrido ni siquiera en los momentos de jarana, cuando incluso —según Homero— de la boca de Néstor fluyen palabras más dulces que la miel<sup>103</sup>, siendo las de Aquiles amargas, y también según él los viejos que se sientan juntos en las murallas dejan oír una voz *dulce como los lirios*<sup>104</sup>. Según este criterio, aventajan incluso a la niñez, placentera sin duda, pero sin habla y desprovista del principal deleite de la vida como lo es la cháchara. Añadid a esto el que los viejos disfrutan una barbaridad también con los niños y, por su parte, los niños se divierten con los viejos, *pues Dios continuamente reúne cada cosa con su semejante*<sup>105</sup>. Porque, ¿qué hay que no coincida entre ambos, excepto que éstos están más arrugados y cuentan más cumpleaños en su haber? Por lo demás, la blancura del pelo, la boca desdentada, el menor tamaño corporal, el gusto por la leche, el

<sup>101</sup> Dicho recogido en *Adagia*, 4, 1, 100: *odi puerulos praecoci sapientia*. Aparece en Apuleyo. *Apolo*, 85.

<sup>102</sup> Es decir, de vez en cuando se entrega al amor. Se refiere al pasaje del *Mercader* plautino, 303-306, en el que aparecen dialogando los viejos Lisímaco y Demifonte: *Hodie ire in ludum occupi litterarum; / Lysimache. ternas scio iam :: Quid ternas? :: Amo. / :: Tun capite cano amas. senex nequissime? / :: Si canum seu istuc rutilum stue atrumst, amo, es decir, «Hoy he empezado a ir a la escuela primaria, Lisímaco. Ya sé las tres letras? :: ¿Qué tres letras? :: Amo :: ¿Que tú con la cabeza llena de canas amas, viejo desvegonzado? :: Tanto si es cana como si es de un blanco refulgente o negra, amo».*

<sup>103</sup> Véase Homero, *Ilíada*, 1, 249: τοῦ καὶ ἀπὸ γλώσσης μέλιτος γλυκίων ῥέεν αὐδῆ: «y de su lengua (scil. de Néstor) fluía una voz más dulce que la miel».

<sup>104</sup> En la fuente original de esa referencia los que producen esa voz dulce y florida («apacible» traducen otros) como los lirios son las cigarras del bosque: los viejos son el segundo término de la comparación. Merece la pena reproducir en su totalidad el bellísimo símil de Homero. *Ilíada*, 3, 150-3: γῆραι δὲ πολέμοιο πεπαιμένοι, ἄλλ' ἀγορηταὶ / ἐσθλοί, τεττίγεσιν ἐοικότες οἳ τε καθ' ὕλην / δειδρέψω ἐφεζόμενοι ὅπα λειριόεσσαν ἱέισιν / τοῖσι ἅρα Τρώων ἡγήτορες ἦντ' ἐπὶ πύργῳ: «los que por la vejez han dejado de combatir pero son valientes oradores y semejantes a unas cigarras que sentadas en un árbol en un bosque emiten una voz de lirios, de igual manera estaban sentados sobre la atalaya los dirigentes de los troyanos». quede expresado, al margen, lo extraño que resulta leer semejante descripción del ruido, más bien desagradable, que emiten las cigarras.

<sup>105</sup> *Odisea*, 17, 218: ὥς αἰεὶ τὸν ὁμοῖον ἀγεῖ θεὸς ὥς τὸν ὁμοῖον. En el texto homérico la palabra «dios» se emplea en un sentido genérico, vale por cualquier dios o por los dioses en general. Erasmo, sin embargo, la utiliza aquí seguramente con el sentido que adquiere en el monoteísmo cristiano.

balbuceo, el parloteo, las bobadas, el olvido, la irreflexión y, en pocas palabras, todo lo demás concuerda. Y cuanto más se aproximan a la vejez tanto más cerca vuelven a estar de parecerse a unos niños, hasta que, al modo de éstos, se van de la vida sin sentir hastío de ella ni darse cuenta de que se mueren.

#### [XIV. LA ESTUPIDEZ O ALARGA LA JUVENTUD O RETRASA LA VEJEZ]

Que vaya ahora quien lo desee y compare este favor mío con las metamorfosis que hacen los demás dioses. Y no me apetece recordar qué hacen cuando están furiosos, sino que a quienes son más propicios los suelen transformar en árbol, en ave, en cigarra o incluso en serpiente<sup>106</sup>, como si el mismo morir no fuese eso, pasar a ser otra cosa. Yo, en cambio, hago regresar a la misma persona a la parte mejor y más feliz de su vida; que si, en definitiva, los mortales se abstuviesen de todo trato con la sabiduría y pasasen toda su existencia en mi compañía, no habría siquiera una pizca de vejez y gozarían felices de una eterna juventud. ¿Es que no veis que esos hombres sombríos dedicados a sus estudios de filosofía o a serios y difíciles asuntos por lo general ya han envejecido antes de ser del todo jóvenes? Es evidente que por las preocupaciones y la continua y excesiva meditación que, sin darse cuenta, les chupa el espíritu y el jugo vital. Cuando, por el contrario, mis bufones están rellenitos y relucientes y con la piel bien mimada<sup>107</sup>, en definitiva, como se dice, *unos cerdos de Acarnania*<sup>108</sup>, sin que vayan a sentir jamás ninguna molestia propia de la vejez, a no ser que, como suele pasar, se contaminen con la compañía de sabios. Hasta ese extremo no soporta la vida de los humanos que se sea dichoso en todos los aspectos. Apoya esto el testimonio no despreciable del conocido proverbio en que van diciendo que la Estupidez es la única cosa capaz de retrasar el curso de la juventud –por otra parte fugacísima– y mantener alejada la penosa vejez. Como no sin motivos ha quedado reiteradamente dicho sobre los de Brabante<sup>109</sup> en los dichos del pueblo, que, mientras a las demás personas la edad suele aportarles prudencia, a éstos, cuanto más cerca están de la vejez, tanto más y más tontos se vuelven. Y eso que no hay otro pueblo que se divierta más con lo cotidiano de la vida o que menos sienta la tristeza

<sup>106</sup> Ejemplos de dichas mutaciones nos los da Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 452 ss. (Dafne en laurel); 11, 410ss. (Ceix en ave) y 4, 563 ss. (Cadmo en serpiente). Titono fue transformado en cigarra según refieren Servio, *In Vergilii Georgicon libros commentarius*, 3, 328 y Helánico, según el testimonio de *Scholia in Iliadem (scholia uetera)*, 3, 151.

<sup>107</sup> El texto original dice *pinguiculi sint et nitidi et bene curata cute*, lo que parece reminiscencia del pasaje de Horacio, *Epístolas*, 1, 4, 15 s.: *me pinguem et nitidum bene curata cute uises, / cum ridere uoles, Epicuri de grege porcum*: «me vendrás a ver gordo y reluciente y con la piel bien cuidada, cuando quieras reírte, como a un puerco de la piara de Epicuro».

<sup>108</sup> χοῖροι Ἀκαρνάνιοι, en el original. Cfr. *Adagia*, 2, 3, 59: *Porcello Acarnanito lenior*: «más tierno que un lechón de Acarnania».

<sup>109</sup> Región del centro de Bélgica, cuya principal ciudad, capital provincial y nacional a la vez, es Bruselas. Otras importantes ciudades son Lovaina y Halle. Sin duda Erasmo aprovecha la referencia geográfica para desquitarse de unas ciudades que él bien conocía y que eran a la sazón centros de sabiduría de la Europa septentrional.

de la vejez que éste. Y por cierto que de éstos son vecinos tanto por la geografía como por el modo de vivir mis holandeses. Pues, ¿por qué no voy a llamar míos a los que me honran con tanto afán que por ello han merecido un mote de la gente, del que sienten tan poca vergüenza que incluso es de lo que más se jactan?<sup>110</sup> Vayan, pues, los muy estúpidos mortales y busquen a las Medeas, Circes, Venus, Auroras y no sé qué fuente con que poder recobrar la juventud, aunque eso sólo yo puedo y acostumbro a concederlo<sup>111</sup>. A mí me pertenece aquel elixir prodigioso con el que la hija de Memnón alargó la juventud de su abuelo Titono<sup>112</sup>. Yo soy aquella Venus, por cuya merced Faón volvió a la juventud con tal brío que fue amado por Safo sobremanera<sup>113</sup>. Mías son las hierbas, si es que las hay, míos los conjuros, mía aquella fuente que no sólo rescata la juventud perdida, sino que, lo que es más deseable, la conserva para siempre. Y si todos comulgáis con este parecer, que no hay nada mejor que la juventud y nada más detestable que la vejez, creo que veis cuánto me debéis a mí, por atesorar tan gran bien y apartar tan gran mal.

#### [XV. A LA ESTUPIDEZ SE ENTREGAN SOBRE TODO LOS DIOSES]

Pero, ¿por qué seguir hablando de los mortales? Repasad todo el cielo y cualquiera que lo desee podrá maldecir mi nombre, si encuentra a alguno de entre los dioses que no resulte arisco y despreciable, de no estar validado por mi divinidad. Y, en efecto, ¿por qué Baco siempre es un jovencito con largos cabellos? Precisamente porque, insensato y borracho, dedicado toda su vida a banquetes, danzas, rantos y juergas, no trata siquiera un poquito con Palas. Es más, está tan lejos de solicitar que se le tenga por sabio que se goza en ser honrado con burlas y bromas, y tampoco se ofende con la expresión que le concede el apelativo de necio, a saber, *Más estúpido que Mórico*<sup>114</sup>. Además, le cambiaron el nombre por el de

<sup>110</sup> El mote en realidad se refiere a un proverbio holandés que dice *Hoe jonger; boe zotter; boe ouder; boe botter Hollander*: «cuanto más joven el holandés, más loco; cuanto más viejo, más tonto». Erasmo intenta ganarse la simpatía del lector al aceptar que él mismo pueda ser tenido por estúpido, aunque sólo sea por su nacionalidad. Cfr. de nuevo la autocritica presente en el cap. 63.

<sup>111</sup> Alusión a personajes femeninos míticos relacionados, de una forma u otra, con la eterna juventud: las dos primeras en su condición de hechiceras y las otras dos como divinidades identificadas con la regeneración de la vida y de la luz. La propia Estupidez lo explica en sus siguientes palabras.

<sup>112</sup> Memnón era un legendario rey etíope, hijo de Titono (que algunos traductores, quizá por mediación del inglés o francés, vierten Titón, forma morfológicamente incorrecta) y Eo, la Aurora, y sobrino del rey troiano Príamo. Combatió contra los aqueos en Troya y fue muerto por Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de su madre la Aurora —que desde entonces se identificaron con el rocío matutino— le devolvió la vida y le hizo inmortal. Para el episodio véase Hesíodo, *Teogonía*, 984s. y Ovidio, *Metamorfosis*, 13, 576-622.

<sup>113</sup> Faón era un viejo barquero de Mitilene, ciudad de Lesbos, que en cierta ocasión ofreció sus servicios a Venus gratis, por lo que la diosa, en agradecimiento, le devolvió la juventud. Safo no es la conocida poetisa lesbia, nacida en Éreso, sino otra de carácter legendario, bailarina y nacida en Mitilene, que se enamoró de Faón hasta el punto de arrojarle en su locura del monte Leucato. Véase al respecto Ovidio, *Heroidas*, 15.

<sup>114</sup> Μωρύχου Μωρότερος, proverbio que aparece en la *Suda*, M, 1343: Μωρότερος Μωρύχου: Πολέμων λέγεσθαι ταύτην παρά Σικελιώταις οὕτως· μωρότερος εἰ Μωρύχου, ὅς τ' αὖτον ἀφείξῃς ἔξω τῆς οἰ-

Mórico porque la desvergüenza de los campesinos había cogido por costumbre embadurnar con mosto e higos nuevos su estatua sedente colocada a las puertas de su templo<sup>115</sup>. Por otra parte, ¿de las cosas que le echa en cara la antigua comedia hay algo que no suene a insulto?<sup>116</sup> ¡Oh, qué dios tan soso –dicen– y digno de nacer de una ingre! Pero, ¿quién no preferiría ser este necio y soso, siempre de fiesta, siempre joven, siempre pródigo en diversión y placer para todos, a ser aquel Júpiter *tai-mado*<sup>117</sup>, temible para todos, o Pan, que con sus jaleos lo corrompe todo de decrepitud, o Vulcano cubierto de pavesas y siempre sucio por los trabajos de su taller, o incluso la propia Palas, terrorífica por su Gorgona y su lanza y de *mirada siempre hiriente*<sup>118</sup>. ¿Por qué es siempre niño Cupido? ¿Por qué, sino porque es un bromista y no hace ni piensa *nada recto*?<sup>119</sup> ¿Por qué la dorada Venus siempre tiene en flor su belleza? Evidentemente porque tiene parentesco conmigo, de lo que viene que presente en su rostro el color que tiene también mi padre, y por ese motivo en Homero es la *dorada Afrodita*<sup>120</sup>. Además, está todo el rato sonriendo, si es que creemos al menos en algo a los poetas o a sus émulos los escultores<sup>121</sup>. ¿Qué divinidad honraron jamás los romanos con mayor piedad que la de Flora, creadora de todos los placeres?<sup>122</sup> Por otra parte, si alguien analiza en Homero y los demás poetas también la vida de los dioses severos con especial cuidado, lo encontrará todo repleto de estupidez. ¿Qué interesa repasar las hazañas de los demás, cuando tan bien conocéis los amores y escauceos del mismísimo Júpiter fulminador, cuando la puritana Diana, olvidándose de su sexo, no hace otra cosa que irse de caza, mientras se

---

κίας κῆθηται: «Más tonto que Mórico: cuenta Polemón que este refrán se dice entre los sicilianos de esta manera: eres más tonto que Mórico, que dejando a los de dentro se sienta fuera de su casa». Baco puede aparecer con otros nombres como Mórico, Dioniso, Bromio, Lileo o, entre los latinos, *Liber*, deidad con la que suele identificarse. Hijo de Zeus y de la ninfa Sêmele, nació de un parto prematuro –al morir su madre fulminada por Zeus–, lo que hizo que su padre lo guardase en un muslo que hizo las veces de incubadora (cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 310-312). Erasmo emplea el dato para contraponerlo implícitamente a Palas, que, como ya hemos visto, nació de la cabeza de su padre. Cfr. también *Adagia*, 2, 9, 1: *stultior Morycbo*.

<sup>115</sup> De nuevo acudimos al testimonio de la *Suda*, *ibid.*: Μώρυχος δὲ παρ' αὐτοῖς ὁ Διόνυσος κατ' ἐπίθετον διὰ τὸ μολύνεσθαι αὐτοῦ τὸ πρόσωπον ἐν τῇ τρύγῃ γλεῦκει τε καὶ σύκοις. μορῦζει δὲ τὸ μολύναι, «Para ellos Mórico es un apelativo de Dionisos por ensuciarle la cara con mosto e higos en época de vendimia. «Moricar» es ensuciar».

<sup>116</sup> El principal autor representante de la comedia griega antigua es Aristófanes. Véase nota 9.

<sup>117</sup> ἀγκυλόμητις, literalmente «de mente retorcida», es un epíteto épico frecuente en Homero y Hesíodo, pero aplicado a Cronos o a Prometeo.

<sup>118</sup> καὶ δεῖ ἐνορώσσα δριμύ. Hijas de Ceto y Forcis, las Gorgonas eran tres hermanas monstruosas –Esteno, Euríala y Medusa– con cabellos erizados de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro. Mirarlas petrificaba. El escudo con que se representaba a la Palas Atenea guerrera llevaba grabada la cabeza de Medusa por ser Palas la que ayudó a Perseo a matar a la Gorgona, cosa que logró viendo su terrorífica imagen reflejada en un escudo de bronce.

<sup>119</sup> καὶ μηδὲν ὑγιές, en el original. En *Adagia*, 1, 8, 38 puede leerse la versión latina *nihil sanum*.

<sup>120</sup> χρυσή Ἀφροδίτη, uno de los epítetos épicos aplicados a Afrodita, p. ej., en *Ilíada*, 22, 470. Recordemos que el padre de la Estupidez es Pluto, la riqueza, identificada con el oro.

<sup>121</sup> A Afrodita se la suele representar sonriente. Entre los poetas también se la califica de φιλομειδής, es decir, «amante de la sonrisa»; así en Homero, *Ilíada*, 3, 424; 4, 10; etcétera.

<sup>122</sup> Flora es una diosa romana autóctona, con poder sobre el campo y las plantas. En Ovidio, *Fastos*, 5, 195 s. se la identifica, ensayando con su etimología, con la griega Clóride y se la presenta como origen de todos los deleites del mundo.

muere por Endimión?<sup>123</sup> Pero prefiero que escuchen sus proezas de boca de Momo, del que en otro tiempo solían escucharlas con frecuencia. Pero, enfadándose hace poco con él, lo han arrojado a la Tierra junto con Ate, porque era un impertinente que con su sabiduría molestaba la dicha de los dioses<sup>124</sup>. Y no hay ningún mortal que se digne dar hospedaje al desterrado. Muy lejos está de tener un lugar en los palacios de los príncipes, en donde, sin embargo, ocupa un puesto preferente mi *Adulación*<sup>125</sup>, a la que no le va mejor con Momo que al lobo con el cordero. Y así, los dioses, tras quitarlo de en medio, ya pueden tontear con mucha mayor licencia y dulzura, como dice Homero, *haciendo lo que les viene en gana*<sup>126</sup> porque no tienen a nadie que los critique. ¿Qué bromas no brinda aquel Príapo hecho de higuera? ¿Qué diversión no ofrece Mercurio con sus timos y juegos de manos?<sup>127</sup> Incluso el propio Vulcano acostumbraba a hacer el *payaso*<sup>128</sup> en los banquetes de los dioses y alegrar la ronda de bebedores unas veces con su cojera, otras con sus ocurrencias y otras con sus ridículos dichos. Y también Sileno, aquel viejo verde habituado a bailar la *córdax* junto a Polifemo que le acompaña *al son de la cítara*, mientras las ninfas ejecutan la *gimnopodia*<sup>129</sup>. Los sátiros semicaprinos se dedican

<sup>123</sup> Hija de Júpiter y Latona y hermana gemela de Apolo, la Diana romana, homóloga de la Ártemis griega, es la diosa de los manantiales, de los bosques, los animales salvajes e identificada con la luna, aparte de ser venerada por las mujeres como garantizadora de un parto fácil. Curiosamente, era una diosa virgen, representación de la castidad, como puede verse con detalle en el *Hipólito* de Eurípides. De acuerdo con la mayor parte de los testimonios, Endimión era un pastor que vivía en el monte Latmo de Caria. Selene, diosa de la luna y por ello equivalente de Diana, se enamoró perdidamente de él y le visitaba todas las noches mientras él dormía en una cueva. Para no tener que compartirlo con ninguna otra, le infundió el sueño eterno; véase Cicerón, *Disputaciones Tuscultas*, 1, 92; Ovidio, *Heroidas*, 18, 61-65.

<sup>124</sup> Momo es una divinidad menor, hijo de la Noche (Hesíodo, *Teogonía*, 214 s.). Se caracterizaba por criticar irónicamente y con total sinceridad a los dioses. Ate es hija de Zeus y de Eris, la discordia. Fue arrojada fuera del Olimpo por engañar a Zeus para que hiciese un juramento irreflexivo. Representa la ceguera mental consecuencia del castigo divino. Aparece con gran frecuencia en la *Iliada*, sobre todo en los momentos de venganza de los dioses contra los mortales.

<sup>125</sup> Κολακία. La idea de ocupar un puesto destacado (*primas tenere*) aparece varias veces a lo largo del *Elogio* (caps. 43 y 49) y está recogida como proverbio en *Adagia*, 5, 1, 51.

<sup>126</sup> ῥῶν ἄγοντες. Cfr. al respecto las palabras de Homero. *Iliada*, 6, 138: τῷ μὲν ἔπειτ' ὀδύσαντο θεοὶ ῥεῖα ζῶντες: «con él más tarde se irritaron los dioses, que llevan una vida fácil».

<sup>127</sup> Hijo de Dioniso y Afrodita, Príapo es el dios de la fertilidad y protector de los huertos. Se le representaba como una talla en madera (de higuera si hacemos caso a Horacio, *Sátiras*, 1, 8, 1 ss.: *Olim truncus eram ficulnus, inutile lignum, / cum faber, incertus scammum faceretne Priapum, / maluit esse deum. deus inde ego, furum autumque / maxima formido*: «hace tiempo era un tronco de higuera, madero sin uso, cuando un artesano, sin saber si hacer un asiento o un Príapo, prefirió que fuese un dios. Desde entonces soy un dios, el mayor espanto de ladrones y pájaros») con un enorme pene erecto pintado de rojo y un palo en la cabeza. En Roma servía como espantapájaros para los huertos. Mercurio, el Hermes griego, es hijo de Júpiter y de la pléyade Maya; es el mensajero de los dioses y dios del comercio, así como protector de los viajeros y comerciantes (por lo que se le suele representar calzado con unas sandalias aladas y cubierto por un sombrero de ala ancha —el pétaso—); también se le conoce como guardián de los muertos en su camino al otro mundo (*Psychopompós*). La literatura antigua suele mostrarle como una deidad mentirosa y tramposa (Horacio, *Odas*, 1, 10, 7 s.). Ejemplo bien conocido de ello es el Mercurio de la comedia *Anfitrión* de Plauto.

<sup>128</sup> γελοιοποιῶν.

<sup>129</sup> Sileno era un viejo sátiro, gordo, velludo y con mirada bovina. Era preceptor y compañero de Íaco. A pesar de su aspecto animalesco y burlesco, era considerado un sabio que despreciaba los bienes materiales. Platón en el *Banquete* compara a Sócrates física e intelectualmente con él. Erasmo basa la dea fundamental del *Elogio* en lo que este personaje representa (véase apartado III. 3. de nuestra Introducción). τὴν κόρδακα: la *córdax* era una danza impúdica, según refiere la *Suda*, K, 2071: Κορδακίζει:

a representar atelanas<sup>130</sup>, con alguna cancioncilla insustancial a todos hace reír Pan, a quien prefieren escuchar antes que a las propias Musas, sobre todo cuando ya han empezado a estar embriagados del néctar. Así que, ¿para qué voy a recordar yo ahora lo que hacen los dioses bien bebidos tras un convite? Por Hércules que son cosas tan estúpidas que ni yo misma puedo a veces contener la risa. Pero en este punto mejor será acordarse de Harpócrates<sup>131</sup>, no sea que también nos escuche algún dios coriceo<sup>132</sup> al contar lo que ni Momo siquiera contó impunemente antes que nosotros.

#### [XVI. EN NINGUNA PARTE FALTA LA SALSA DE LA ESTUPEDEZ]

Pero ya es hora de que, siguiendo el ejemplo de Homero, dejemos a los del cielo y volvamos a la Tierra, aunque no veamos allí nada alegre o feliz a no ser gracias a mí. Para empezar, ya veis con qué gran providencia la Naturaleza, madre y artífice del género humano, ha cuidado de que en ningún sitio faltara la salsa de la Estupidez. En efecto, como, según la definición de los estoicos, la sabiduría no es sino ser guiado por la razón y la estupidez, por el contrario, dejarse llevar por el arbitrio de las pasiones, ¿cuánto más de pasión que de razón nos ha inculcado

αἰσχρὰ ὀρχεῖται. Κόρδαξ γὰρ εἶδος ὀρχήσεως κωμικῆς: «baila el córdax: baila de forma desvergonzada. El córdax es un tipo de danza propia de la comedia». τὴν θρεττανελό: es una palabra onomatopéyica, que intenta remedar el sonido producido por la cítara, creado por Polifemo para enamorar a Galatea, según nos cuenta la *Suda*, Θ, 475: Θρεττανελώ: ἤχος κιθάρας. Φιλόξεον γὰρ τὸν διθυραμβοποιὸν ἢ τραγωδιοδιδάσκαλόν φασι γράφει τὸν ἔρωτα τοῦ Κύκλωπος, τὸν ἐπὶ τῇ Γαλατείᾳ. εἶτα κιθάρας ἦχον μιμοῦμενοι ἐν τῷ ἐπιγράμματι τοῦτο εἶπεν τὸ ῥῆμα, θρεττανελώ, esto es, «Threttaneló: sonido de la cítara. Dicen que Filóxeno el autor de ditirambos y director de tragedias escribió el amor del Cíclope por Galatea, quien, imitando luego el sonido de la cítara, en el epigrama dijo esta palabra, threttaneló». τὴν γυμνοποδίαν: la gymnopodia era una danza practicada con los pies desnudos; no debe confundirse con la gymnopedia (γυμνοπαίδις) que es la palestra donde se hacen ejercicios con el cuerpo desnudo, o bien una clase de danza espartana.

<sup>130</sup> Los sátiros son deidades semianimales de bosques y montes. Forman parte del cortejo de Baco. Se les suele representar con cuernos y patas de cabra tocando la flauta o la siringe. Las farsas atelanas son composiciones teatrales latinas de carácter satírico-festivo, a veces obsceno, que se representaban con personal contratado «los *bistriones*». Sus personajes eran estereotipos burlescos: el viejo, el tonto, el chepudo, el legañoso, el bocazas...

<sup>131</sup> Harpócrates es un dios vinculado al egipcio Horus, que solía representarse como un niño gordiñflón con el dedo índice pegado a los labios como con ademán de pedir silencio. Cfr. Catulo, 102:

*Si quicquam tacito commissum est fido ab amico,  
cuius sit penitus nota fides animi,  
meque esse inuenies illorum iure sacratum,  
Corneli, et factum me esse puta Harpocraten.*

«Si jamás le ha sido confesado algo a alguien capaz de guardar un secreto por parte de un amigo confiado, que conoce a fondo su lealtad, en mí encontrarás a uno iniciado en su rito, Cornelio, y piensa que me he vuelto un Harpócrates.»

<sup>132</sup> Es la versión del proverbio griego que aparece en el lexicógrafo Hesiquio, *Lexicon*, K, 4882: Κωρικῶς ἠκροῖετο· παροιμία παρὰ τοῖς κωμικοῖς, ὡς θεοῦ τινος ἑπακροῦμένου. Es decir, «estaba escuchando el Coriceo: proverbio entre los comediógrafos, con el significado de que hay algún dios escuchando». Coriceo es el gentilicio de Córico, nombre de una montaña de Panfilia, en Asia Menor. Cfr. *Adagia*, 1, 2, 44: *Corycaeus auscultavit*.



Júpiter, para que la vida de los hombres no fuese triste y sombría del todo? ¿Como comparar media onza con una libra!<sup>133</sup> Además, relegó la razón a un estrecho rincón de la cabeza, y dejó todo lo que quedaba del cuerpo para los desórdenes. A continuación enfrentó a éste a, por así decirlo, dos tiranos violentísimos: la ira, que ocupa la fortaleza del pecho e incluso el corazón, verdadera fuente de la vida, y la concupiscencia, que extiende su amplísimo poder absoluto hasta la parte más baja del pubis. La vida corriente de los hombres demuestra bastante bien cuánto puede la razón contra estas dos fuerzas gemelas, cuando lo único que le está permitido a aquélla es dar gritos incluso hasta quedar afónica y dictar normas de honestidad. En cambio, éstos<sup>134</sup> mandan a la porra<sup>135</sup> a su soberano y alborotan aún con mayor encono, hasta que, ya cansado también él, se rinde por su propia voluntad y se entrega.

#### [XVII. LAS MUJERES GUSTAN A LOS HOMBRES POR SU ESTUPIDEZ]

Por lo demás, puesto que, nacido como lo es el hombre para gobernar las cosas, había que rociar un poquitín más de razón para cuidar también de él según su condición de varón<sup>136</sup>, me llamó a consejo como en los demás asuntos y al punto le di un aviso digno de mí: a saber, que se le emparejase una mujer, animal, sin duda, estúpido y necio, pero divertido y agradable, que en la convivencia del hogar sazonara y endulzara con su estupidez la tristeza propia del carácter varonil. Pues, cuando Platón parece dudar de en qué especie incluir a la mujer, si en la de los animales racionales o en la de las bestias, no pretendió otra cosa que manifestar la conocida estupidez de este sexo<sup>137</sup>. Y si por casualidad alguna mujer ha querido pasar por sabia, no hace sino ser doblemente tonta, igual que si alguien llevase a

<sup>133</sup> La media onza es la vigesimocuarta parte de un as, que equivale como unidad de peso a una libra. La media onza vale 13,64 gramos y la libra 327,45.

<sup>134</sup> Los dos tiranos a los que acaba de aludir.

<sup>135</sup> *laqueum remittere* o *in laqueum mittere/inducere* son expresiones latinas de desdén equivalentes a las castellanas «mandar a la porra», «a paseo» o «a hacer puñetas». En su sentido primitivo, sin embargo, era «enviar a alguien a la horca» (el *laqueus* es el «lazo» del extremo de la cuerda). El proverbio aparece en *Adagia*, 1, 10, 5 y vuelve a asomar a lo largo del *Elogio*.

<sup>136</sup> Se refiere a Júpiter, quien, como hemos visto en el capítulo precedente, es el que distribuye las tres partes del alma en función de tres regiones corporales: la parte racional o inteligible en la cabeza, la irascible en el pecho y la concupiscible en todo el abdomen. Cfr. Platón, *República*, 440e8-441a3, en donde se establece una comparación entre esas tres partes y las tres clases sociales de una ciudad-Estado: los que gobiernan y cuidan del bien de todos (βουλευτικόν), los defensores (ἐπικουρητικόν) y los que trabajan de forma productiva (χρηματιστικόν). Quede dicho, de paso, que la mayor parte de las traducciones consultadas no parecen entender el sentido cabal de este pasaje.

<sup>137</sup> Platón en *República*, 453e2 ss. expone que las aptitudes de ambos sexos son distintas por sus diferentes naturalezas y que por ello han de desempeñar tareas distintas en la *pólis*, siempre suponiendo una cierta inferioridad de la mujer respecto al hombre, idea que le ha granjeado la conocida fama de antifeminista. Véase en este sentido, sus palabras en *Timeo*, 90e6-91a1: τῶν γενομένων ἀνδρῶν ὅσοι δειλοὶ καὶ τὸν βίον ἀδίκως διήλθον, κατὰ λόγον τὸν εἰκότα γυναικες μετεφύοντο ἐν τῇ δευτέρᾳ γενέσει: «de los hombres nacidos todos los que eran malvados y pasaban la vida cometiendo injusticias, de acuerdo con la historia más verosímil, se transformaron en mujeres en su segundo nacimiento». Sea como fuere, estas ideas no son producto exclusivo de Platón, que no hace sino reflejar la opinión generalizada de la sociedad en que le tocó vivir.

un buey a la palestra, mal que le pese y se oponga Minerva, como se suele decir<sup>138</sup>. Porque dobla su defecto quienquiera que en contra de la naturaleza se pone el afeite de la virtud y trata de desviar su modo de ser natural a otro distinto. Del mismo modo que, de acuerdo con el proverbio griego, «una mona siempre es una mona, aunque se vista de púrpura»<sup>139</sup>, así una mujer siempre es una mujer, es decir, estúpida, se haya puesto el disfraz que se haya puesto. Pero tampoco creo que el género femenino sea tan tonto como para enfadarse conmigo por ser yo, la Estupidez y, además, una mujer, la que les cuelga la necedad. Y, ciertamente, si meditan el asunto de la manera correcta, deben reconocerle a la Estupidez el ser más afortunadas que los hombres en muchos aspectos. En primer lugar, el encanto de la hermosura, que con razón anteponen ellas a todas las cosas, con cuya ayuda ejercen la tiranía incluso sobre los propios tiranos. Por otra parte, ¿de dónde le viene al hombre lo horrible de su aspecto, su piel áspera y la bosciosidad de la barba, en definitiva cierta apariencia senil, sino del defecto de la prudencia, cuando las mujeres tienen siempre las mejillas tersas, la voz siempre fina y el cutis suavcito, como remedando una eterna juventud? Luego, ¿qué otra cosa desean en esta vida más que complacer a los hombres lo máximo posible? ¿Es que no tienen ese fin tanto cuidado, tanto cosmético, tanto baño, tanto peinado, tanta crema, tanto perfume, tanta técnica para arreglar, pintar y disfrazar el rostro, los ojos y el cutis? Así que, ¿acaso hay otro nombre que las recomiende a los hombres mejor que el de la estupidez? ¿Qué hay, pues, que no les permitan ellos a las mujeres? ¿Y con qué recompensa sino la del placer? No embelesan por otra cosa que por su estupidez. No podrá negar que esto es verdad cualquiera que medite en su interior qué necedades llega a decir un hombre cuando está con una mujer y qué bobadas hace, siempre que decide disfrutar del placer de una fémia. Por consiguiente, ya tenéis el primer y principal deleite de la vida que es la fuente de la que mana.

#### [XVIII. EL MEJOR ADEREZO DE LOS BANQUETES ES LA ESTUPIDEZ]

Pero hay algunos —y en primer término los viejos, más bebedores que mujeriegos— que sitúan el mayor de los placeres en beber en una mesa. Desde luego, allá otros si les parece espléndido algún banquete en el que no haya presencia de mujeres. Lo que sí es seguro es que sin la salsa de la estupidez no hay ninguno en absoluto que sea agradable. Hasta tal punto que, si falta quien provoque la risa, sea con una necedad auténtica o fingida, harían llamar a algún *payaso*<sup>140</sup> aunque sea a sueldo o invitarían a algún gorrón ridículo, que con sus dichas risibles, o sea, majaderías haga desaparecer el silencio y la tristeza del convite. Porque, ¿a qué conduciría

<sup>138</sup> Cfr. *inulta Minerva* en *Adagia*, 1, 1, 42.

<sup>139</sup> Véase nota 57. En castellano el equivalente perfecto sería «Aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda». En sus *Adagia*, 1, 7, 11, Erasmo incluye la variante *Simia simia est, etiam si aurea gestet insignia*, esto es, «una mona es una mona, aunque porte divisas de oro».

<sup>140</sup> γελωτοποιόν.

cargar el vientre con tantas confituras, tantos manjares y golosinas, si no se alimentasen por igual los ojos, los oídos y el ánimo entero con risas, bromas y donaires? Pues yo soy la incomparable artífice de este tipo de exquisitices<sup>141</sup>. Por lo demás, esas cosas ya tradicionales en los banquetes de sacar a suertes al rey con las tabas, jugar a los dados, los brindis mutuos<sup>142</sup>, rivalizar en las rondas<sup>143</sup>, cantar coronados de mirto, bailar y hacer pantomimas no las inventaron los siete sabios de Grecia<sup>144</sup> sino yo para la salvación del género humano. De algún modo, la naturaleza de todo este tipo de cosas consiste en que cuanto mayor estupidez tengan tanto más ofrecen a la vida de los mortales, que, si fuera triste, ni siquiera merecería llamarse vida. Y, sin embargo, por fuerza llega a ser triste, a no ser que con este tipo de deleites uno haga desaparecer su pariente, el tedio.

#### [XIX. TAMBIÉN ES TRABAZÓN DE LA AMISTAD]

Pero tal vez habrá quienes desprecien también este género de placer y se contenten con el cariño y el trato de los amigos, mientras van diciendo que la amistad es lo único que hay que anteponer a todo lo demás, e incluso que es tan necesaria que no lo son más ni el aire, ni el fuego, ni el agua. Además, que es tan alegre que quien la quitase dé en medio, quitaría el sol, y que, en fin, es tan honesta –si es que esto tiene algo que ver con el asunto– que ni los propios filósofos temen incluirla entre los bienes fundamentales. ¿Y qué pasa si demuestro que yo soy la popa y proa también de este beneficio tan importante? Sin embargo, no lo voy a demostrar con los «cocodriletes», ni con los «sorites cornudos»<sup>145</sup> u otras sutilezas de este tipo propias de los dialécticos, sino que, con una Minerva ramplona<sup>146</sup> –como dicen–, voy a ir señalándolo poco

<sup>141</sup> El término *tagemata* es, como tantos otros relativos a los lujos frecuentes en determinadas ceremonias sociales, un préstamo del griego *τραγήματα*, que alude a los segundos platos o platos fuertes, servidos tras los aperitivos.

<sup>142</sup> *Philotesis*: la práctica de pasar una copa entre los comensales para que todos brinden con ella y consolidar así los vínculos de amistad, como recoge la *Suda*, Θ, 427: Φιλοτησία: ἡ φιᾶλη ἡ διδομένη ἐν τοῖς συμποσίοις. ἐν γὰρ τῷ πῶτῳ φιλοφρονούμενοι ἀλλήλους ἐπεδίδοσαν οἶνου κύλικα, esto es, «Filotesía: la copa que se pasa en los banquetes, pues en el brindis, expresando unos a otros sus buenos deseos, se pasaban una copa de vino».

<sup>143</sup> συμπεριφοράς. Se refiere a las disputas en las que los convidados establecen una rueda de intervenciones para ver quién dice el mejor chiste, la gracia más ingeniosa, más soez, etcétera.

<sup>144</sup> Los famosos siete sabios griegos, que vivieron alrededor de los siglos vii-vi a.C., eran expertos en ciencia, política y filosofía. La nómina, que varía algo según las fuentes, incluye, por orden cronológico, a Biante de Priene, Quilón de Esparta, Cleobulo de Lindo, Periandro de Corinto, Pitaco de Mitilene, Solón de Atenas y Tales de Mileto. Véase al respecto *El banquete de los siete sabios*, de Plutarco.

<sup>145</sup> Alude a dos conocidos silogismos falaces, que Erasmo critica como paradigma de la lógica decadente de la filosofía y teología escolástico-medievales. Los dos razonamientos aparecen citados por Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 1, 10, 5 y Cicerón, *Sobre la adivinación*, 2, 11. Un ejemplo de sorites queda ilustrado en el dilema capcioso que plantea la pregunta «¿Has dejado de golpear a tu mujer?»; si la respuesta es sí –porque no la está golpeando–, entonces se entendería que antes ha estado golpeándola; pero si la respuesta es no –porque no la ha golpeado– entonces parecería que efectivamente sigue golpeándola.

<sup>146</sup> El texto latino dice *pingui Minerua*, expresión que hace referencia a los razonamientos hechos de forma tosca o vulgar, sin sutilezas. Recordemos (nota 53) que Minerva es la diosa de la inteligencia y el razonamiento. Cfr. Cicerón, *Letter to Atticus*, 19: *Agamus igitur pingui, ut aiunt, Minerua*,

menos que con el dedo. A ver: el condescender, el dejarse llevar, el cegarse, deslumbrarse con los defectos de los amigos, el amar y admirarse por algunos defectos incluso manifiestos como si fueran virtudes, ¿acaso no parece cercano a la estupidez? ¿Qué pasa cuando uno besa el lunar que tiene su amante y a otro lo embelesa la verruga de su cordera, cuando el padre llama algo extraviado a su hijo bizco?<sup>147</sup> ¿Qué es esto –digo– sino pura necedad? Griten una y mil veces que es una necedad, y, sin embargo, esta necedad es la única que une y mantiene unidos a los amigos<sup>148</sup>. Estoy hablando de los mortales, entre los que no hay nadie que nazca sin defectos: el mejor es el que se ve agobiado por los más pequeños<sup>149</sup>, cuando, mientras, entre esos sabios endiosados o no llega a fraguar la amistad en absoluto o media una lúgubre y desagradable, y ésta sólo con poquísimos –pues me da apuro decir que con ninguno– porque la mayoría de los hombres desvaría –antes bien, no hay ninguno que no delire de múltiples formas– y el vínculo afectivo no se traba más que entre semejantes. Y si alguna vez se da una simpatía recíproca entre esos puritanos, de seguro que no es nada estable ni tampoco muy duradera, cosa normal entre gente huraña y con más ojos de lo necesario, como quienes con los defectos de sus amigos tienen una vista tan aguda como el águila o la serpiente de Epidauro<sup>150</sup>. En cambio, ¡qué ojos tan legañosos tienen ellos con sus propias imperfecciones, y qué poco ven la talega que cuelga a sus espaldas!<sup>151</sup> Por lo tanto, como la naturaleza humana es tal que no se encuentra ningún talento que no esté sujeto a grandes defectos –y añádase tan gran diferencia de edades e intereses, tantos percances, tantos errores y tantos incidentes propios de la vida de los mortales– ¿de

---

es decir, «Procedamos pues, como dicen, con una Minerva grosera (i. e., con razonamientos burdos)». El modismo aparece también en *Adagia*, 1, 1, 37.

<sup>147</sup> *cum filium strabonem appellat paetum pater*, tomado de Horacio, *Sátiras*, 1, 3, 44 s.

<sup>148</sup> *haec una stultitia et iungit iunctos et servat amicos*, cfr. Horacio, *ibid.*, 1, 3, 54.

<sup>149</sup> *quorum nemo sine uitiis nascitur: optimus ille est qui minimis urgetur*; cfr. Horacio, *ibid.*, 1, 3, 68 s.

<sup>150</sup> El pasaje está directamente tomado de Horacio, *Sátiras*, 1, 3, 24-7: *stultus et improbus hic amor est dignusque notari. / cum tua peruideas oculis mala lippus inunctis, / cur in amicorum uitiis tam cernis acutum / quam aut aquila aut serpens Epidaurius?* «este amor es necio y perverso y digno de crítica. Si examinas tus lacras con los ojos pegajosos de legaños, ¿por qué con los defectos de los amigos tienes una vista tan aguda como el águila o la serpiente de Epidauro?». Se trata de la serpiente que simboliza a Asclepio (Esculapio para los romanos), dios griego de la medicina que tenía dedicado un templo en Epidauro. Aún hoy el símbolo de la medicina y la farmacopea es una serpiente enroscada en una copa. Por otra parte, la serpiente es un animal con una proverbial agudeza visual, como queda patente en su nombre griego: ὄφρακων que se relaciona etimológicamente con el verbo δέρεσθαι «mirar con los ojos bien abiertos, contemplar». Para la referencia mítica cfr. Pausanias, *Descripción de Grecia*, 3, 23, 6-7.

<sup>151</sup> Es un tópico literario la crítica de quienes ven más o mejor los defectos ajenos que los propios. A este respecto es bien explícita la conocida fábula de Fedro, 4, 10 (que pone en verso la n.º 229 de Esopo):

*Peras imposuit Iuppiter nobis duas:  
propriis repletam uitiis post tergum dedit,  
alienis ante pectus suspendit grauem.  
Hac re uidere nostra mala non possumus;  
alii simul delinquant, censores sumus.*

Cuya traducción sería: «Júpiter nos puso encima dos talegas: una, repleta de los defectos propios, nos la puso a la espalda, otra, cargada con los ajenos, nos la colgó al pecho. Por esta razón no podemos ver nuestras tachas; en cuanto otros cometen una falta, nosotros se lo criticamos».

qué modo puede durar siquiera una hora entre estos Argos<sup>152</sup> la alegría de la amistad, si no se le suma lo que los griegos admirablemente llaman *euêtheian*, que podríamos traducir por «estupidez» o «buenas maneras»<sup>153</sup> ¿Y qué? ¿Acaso no quedó totalmente cegado el mismísimo Cupido, causa y origen de todo vínculo de amistad, a quien, de la misma forma que *lo no bello le parece bello*<sup>154</sup>, hace que también entre vosotros a cada uno le parezca bonito lo propio, que el viejo quiera a la vieja igual que el chico a su chica? Estas cosas suceden y son objeto de risa en todas partes, y, sin embargo, estas ridiculeces son las que aglutinan y unen una humanidad alegre.

#### [XX. ES MEDIADORA DEL MATRIMONIO]

Más aún, lo que queda dicho de la amistad hay que considerarlo con mucho mayor motivo en el caso del matrimonio, que en verdad no es nada más que la unión indivisible de la vida. Dios mío, ¡qué divorcios o cosas aún peores que los divorcios ocurrirían por todas partes, si el trato doméstico del hombre y la mujer no se apoyase y alimentase con la adulación, la broma, la amabilidad, el engaño y el disimulo, que por lo general forman mi cortejo! Ay, ¡qué pocos matrimonios se formarían si el novio investigase con previsión en qué juegos ya se había entretenido esa, en apariencia, delicada y pudorosa doncellita mucho antes de la boda! ¿Y cuántos menos permanecerían unidos, si la mayor parte de lo que hacen las mujeres no quedase oculto gracias al desinterés y estupidez del marido? Y estas cosas se le atribuyen con razón a la estupidez, y en verdad es ella la que posibilita que la esposa sea agradable para su marido y el marido lo sea para su esposa, que la casa esté tranquila y que perviva la concordia. Es objeto de burla el muy cornudo, curruca<sup>155</sup> y... ¿qué no se le llama?— cuando apura a besitos las lágrimas de la adúltera. Pero cuánto más feliz es equivocarse de ese modo que consumirse con la preocupación de los celos y tomárselo todo a la tremenda.

#### [XXI. ES UNIÓN DE TODA SOCIEDAD HUMANA]

En resumen, no hay ninguna sociedad ni relación vital que sin mí pueda ser agradable o sólida, hasta el punto de que ni el pueblo soportaría más tiempo al

<sup>152</sup> Argos (cuyo nombre no debe confundirse con el de la nave Argo, en la que viajaban Jasón y los demás argonautas) es un dios caracterizado por tener ojos repartidos por todo su cuerpo (cfr. Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 4 y Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 625 s.) o bien, según otras fuentes, cien sólo en la cabeza. Para dormir, alternaba la mitad de ellos abiertos con los restantes cerrados.

<sup>153</sup> *εὐήθειαν*. Erasmo identifica la urbanidad o su componente hipócrita con la necedad.

<sup>154</sup> *τὰ μὴ καλὰ καλὰ πέφανται*. Cfr. Teócrito, *Idilios*, 6, 18 s.: *ἡ γὰρ ἔρωτι / πολλὰκις, ὦ Πολύφαμε, τὰ μὴ καλὰ καλὰ πέφανται*, esto es, «pues en verdad gracias al amor. Polifemo, muchas veces lo que no es bello parece bello». A Cupido, el niño-dios del amor, se le suele representar con una venda en los ojos.

<sup>155</sup> La curruca es un ave passeriforme de la familia de los muscicápidos. El pasaje parece estar inspirado en Juvenal, *Sátiras*, 6, 275 ss., en donde aparece *urruca* («oruga») en vez de *curruca*. De cualquier modo, el sentido no es claro y las traducciones al uso lo vierten como «ciervo», apoyándose en el contexto.

príncipe, ni el amo al criado, ni la sirvienta a su señora, ni el maestro al alumno, ni el amigo al amigo, ni la mujer al marido, ni el arrendador al arrendatario, ni los camaradas ni los comensales entre sí, si no se engañasen mutuamente unas veces, otras se adulasen, otras condescendiesen entre sí prudentemente y otras se embadurnasen con esa cierta miel de la necesidad. Ya sé que estas cosas os parecen inmensas, pero las vais a oír aún mayores.

## [XXII. QUÉ PAPEL DESEMPEÑA EL AMOR PROPIO COMO HERMANO GENUINO DE LA ESTUPIDEZ]

Pregunto: ¿acaso podrá querer a nadie quien se odie a sí mismo? ¿Acaso podrá estar de acuerdo con otra persona quien no está en paz consigo? ¿Podrá quizá proporcionar placer a alguien quien resulte pesado y molesto para sí mismo? Eso —creo yo— no lo diría nadie a menos que sea más necio que la propia estupidez. Con todo, si se prescinde de mí, no habrá nadie capaz de soportar a otro hasta el punto de sentir cada uno hedor de sí mismo, de asquearle sus propias cosas y de encontrarse a sí mismo detestable. Toda vez que la naturaleza, más madrastra que madre en no pocos aspectos, ha implantado en la condición de los mortales —sobre todo de los poco sensatos— el vicio de disgustarse cada uno de lo propio y admirar lo ajeno, por lo que sucede que todas las cualidades, toda la distinción y la belleza de la vida se estropean y desaparecen. Pues, ¿para qué va a servir la belleza, principal don de los dioses inmortales, si la emponzoña la lacra de la podredumbre, y la juventud, si la corroe la descomposición de la tristeza propia de la vejez?<sup>156</sup> En definitiva, ¿qué papel vas a hacer en todos los cometidos de la vida ya sea para tus adentros o ante otros con decoro?<sup>157</sup> (pues no sólo es principio del arte sino de toda acción que lo que se hace sea decoroso), si no te ayuda con su diestra esta *Egolatría* que con razón hace las veces de mi hermana legítima<sup>158</sup>? Tal es el brío con que representa mi papel en todas partes. En cambio, ¿qué hay igual de tonto que estar satisfecho y asombrarte de ti mismo? Y, por el

<sup>156</sup> Al escribir estas líneas Erasmo con seguridad tenía en mente el texto de uno de los *Diálogos de los muertos* compuestos por su tan apreciado Luciano, en concreto el mantenido entre el cínico Menipo y Hermes (diálogo V).

<sup>157</sup> Véase nota 29. De nuevo hay una velada alusión a la hipocresía existente en el mundo y a la contraposición realidad / apariencia.

<sup>158</sup> *Philautia* en el original latino, que también puede traducirse —de hecho, es lo que hacemos en otros pasajes del texto— por «amor propio»; la traducción que aquí ofrecemos intenta recoger el género femenino del original que se ajusta mejor al contexto (cfr. nota 84). La *philautia* griega, que equivale en latín al *amor sui*, es ciega, no deja ver con claridad las cosas y por ello es considerada hermana de la propia Estupidez; cfr. al respecto Horacio, *Odas*, I, 18, 13 s.: *saeva tene cum Berecynthia / cornu tympana, quae subsequitur caecus amor sui*: «sujeta con el cuerno berecintio los salvajes tambores a los que sigue el ciego amor propio (referido a la borrachera, expresada metafóricamente con la comparsa de panderos que acompaña a Baco). Véase también las palabras del propio Erasmo en *Adagia*, I, 3, 92, bajo el lema *φιλαυτοί*: *Qui sibi uebementer placent quique suis ipsorum commodis impense student, aliorum rebus uel neglectis uel etiam afflictis, a Graecis eleganter φιλαυτοί uocantur. Vitium ipsum φιλαυτία dicitur*: «Quienes se gustan a sí mismos en exceso y ponen todo su empeño en su propio beneficio desatendiendo o incluso menoscabando los asuntos ajenos, reciben de parte de los griegos el elegante nombre de ególatras. El defecto en sí se llama egolatría».

contrario, ¿qué cosa podrá ser bonita, encantadora y conveniente, si la haces sin complacerte a ti mismo? Quita esta salsa de la vida y al punto se helará el orador con su actuación<sup>159</sup>, a nadie gustará el músico con su ritmo, se abucheará al histrión con sus aspavientos, será objeto de risa el poeta junto con sus musas, andará mugriento el pintor con su arte, se morirá de hambre el médico con sus drogas. Para acabar, parecerás un Tersites en vez de Nireo, un Néstor en vez de Faón, un cerdo en lugar de Minerva<sup>160</sup>, mudo en vez de elocuente, hombre tosco en vez de educado. Hasta tal punto es necesario que cada cual se halague a sí mismo y con un cierto punto de adulación se acepte antes de poder ser aceptado por otros. En definitiva, como la parte fundamental de la felicidad consiste en querer ser lo que eres, no es de extrañar que mi querida Egotatría contribuya todo en uno a todas estas cosas, a que nadie reniegue de su figura, de sus condiciones naturales, de su estirpe, de su lugar, costumbres o patria, de suerte que ni un irlandés desea cambiarse por un italiano, ni un tracio por un ateniense, ni un escita por los de las Islas Afortunadas<sup>161</sup>. ¡Oh, esmero sin par el de la naturaleza, cómo en tan gran diversidad de cosas las ha hecho todas iguales! Donde ha sido menos generosa en sus dones, allí suele agregar un poco más de Autosatisfacción. Aunque en esto acabo de decir una bobada, siendo como es ella misma el don supremo, por no decir, de paso, que no se emprende ninguna hazaña ilustre si no es bajo mi aliento, ni se han inventado artes ilustres ningunas si no es bajo mi obra.

### [XXIII. LA ESTUPIDEZ ES LA CAUSA DE LOS ASUNTOS DE GUERRA]

¿Acaso no es la guerra semilla y fuente de todas las hazañas celebradas? Además, ¿qué hay más tonto que entablar por no se sabe qué razones una lucha tal que de ella siempre sacan ambas partes más desventajas que beneficios?<sup>162</sup> Por-

<sup>159</sup> La *actio* es una de las fases –tal vez la más importante por ser la más característica– de la creación oratoria. Corresponde a lo que hoy llamaríamos «puesta en escena». Léanse al respecto las palabras de Cicerón. *Sobre el orador*, 3, 222-223: *est enim actio quasi sermo corporis, quo magis menti congruens esse debet; oculus autem natura nobis, ut equo aut leoni saetas, caudam, auris, ad motus animorum declarandos dedit, quia re in hac nostra actione secundum uocem uultus ualeat; is autem oculis gubernatur*; esto es, «porque la puesta en escena es como un lenguaje corporal, por lo que debe adaptarse más a la mente. Por otro lado, la naturaleza nos ha dado los ojos para expresar las variaciones anímicas, igual que a los caballos o a los leones la cabellera, la cola y las orejas, por lo que en esta actuación que proponemos el valor del rostro va en segundo lugar tras la voz; y los ojos son su punto capital».

<sup>160</sup> Sobre Tersites véase nota 17; sobre Nireo, cfr. las palabras de Homero, *Ilíada*, 2, 672-674: Νιρεύς Ἀγλαΐης υἱὸς Χαρόποιό τ' ἄνακτος / Νιρεύς, ὃς κάλλιστος ἀνὴρ ὑπὸ Ἴλιον ἦλθε / τῶν ἄλλων Δαναῶν μετ' ἀμύμονα Πηλεΐωνα: «Nireo, hijo de Aglaya y del rey Cáropo, que fue el hombre más bello en llegar a Troya de entre los demás dánaos tras el intachable Pelida», o la definición sucinta pero muy clara que da la *Suda*, N. 420: Νιρεύς· ὁ καλὸς καὶ εὐμορφος: «Nireo: el bello y bien formado». De Néstor, rey de Pilos y sabio consejero de Menelao amén de gran arengador entre los aqueos, era proverbial su vejez. Se dice que llegó a vivir más de doscientos años. Sobre Faón véase lo dicho en la nota 113. Alude al proverbio *Sus cum Minerva certamen suscepit*, que aparece en *Adagia*, 1, 1, 41.

<sup>161</sup> Oposiciones paradigmáticas basadas en la distancia geográfica norte-sur (irlandés-italiano), este-oeste (escita-Islas Afortunadas) o cultural (tracio-ateniense).

<sup>162</sup> Erasmo era un pacifista convencido. Para él la guerra era el peor de los males y debía ser evitada de cualquier modo. Sobre sus ideas en torno a las causas, efectos y posibles soluciones de la guerra, ade-

que, de los que sucumben, como de los megarenses, *ni una palabra*<sup>163</sup>. Después, cuando ya se han formado de ambos lados las filas armadas y con roncá música retumban las trompas<sup>164</sup>, ¿qué utilidad –pregunto yo– tienen los sabios esos, que, agotados por el estudio, a duras penas sacan aliento de su sangre endeble y fría? Los que hacen falta son los gordos y cebados, que tengan mucha audacia y muy poco seso. A no ser que alguien prefiera como soldado a Demóstenes<sup>165</sup>, quien, siguiendo el consejo de Arquíloco<sup>166</sup>, nada más ver a los enemigos, arrojó el escudo y huyó, soldado tan cobarde como sabio orador. Pero la reflexión –dicen– es de la mayor importancia en las guerras. Desde luego, reconozco que lo es en un general, y ésta es una reflexión de índole militar, no filosófica. Por lo demás, son los gorriones, rufianes, ladrones, matones, aldeanos, estúpidos, morosos y la hez de semejante ralea quienes realizan algo tan ilustre, no los filósofos lumbreras.

#### [XXIV. INCONVENIENTES DE LA SABIDURÍA]

De lo inútiles que pueden llegar a ser éstos para la rutina de la vida puede servir de prueba el mismo Sócrates, juzgado, aunque de forma muy poco sabia, por el oráculo de Apolo como el único sabio, quien, tras intentar debatir en público no sé qué, tuvo que retirarse en medio de las mayores risotadas por parte de todos. Sin embargo, no está del todo loco cuando no acepta el apelativo de «sabio» y se lo atribuye sólo a un dios y cuando cree que el sabio ha de guardarse de ejercer la política, aunque habría hecho mejor en aconsejar que se abstenga de la sabiduría quien desee figurar en el conjunto de los hombres. En segundo lugar, ¿qué le empujó a beber la cicuta una vez acusado más que su

---

más de las ideas expuestas a lo largo de su amplia epistolografía, puede leerse el proverbio comentado en *Adagia*, 4, 1, 1: *Dulce bellum inexpertis*, introducido y traducido en *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio*, edición, traducción y presentación de R. Puig, Valencia, 2000, pp. 165-210.

<sup>163</sup> ὥσπερ Μεγαρέων οὐδεὶς λόγος es expresión que aparece en Plutarco, *Cosas de los banquetes*, 730D10. Los megarenses son los derrotados en la batalla de Megara.

<sup>164</sup> *rauco crepuerunt cornua cantu*, cfr. Virgilio, *Eneida*, 8, 2.

<sup>165</sup> El orador ateniense (384-322 a.C.), famoso por haberse enfrentado a Filipo II de Macedonia en sus célebres *Filípicas*, que han pasado a la historia como paradigma perfecto de la oratoria. Según parece, en la batalla de Queronea (338 a.C.), en la que Filipo II derrotó a los griegos, salió huyendo.

<sup>166</sup> Poeta yambógrafo y elegíaco nacido en Paros (s. VII a.C.), del que se conservan algunos poemas de carácter festivo y hedonista. Entre ellos se halla el epigrama en el que alude al escudo (frag. 12 Adrados):

ἀσπίδι μὲν Σαῖων τις ἀγάλλεται, ἣν παρὰ θάμνω.  
 ἔντος ἀμώμητον, κάλλιπον οὐκ ἐθέλων.  
 ψυχὴν δ' ἐξέσωσα. τί μοι μέλει ἀσπίς ἐκείνη;  
 ἔρρετο· ἐξαῦτις κτήσομαι οὐ κακίω.

que en su traducción sería: «Algún sayo (natural de Saya, ciudad de Egipto) se vanagloria de mi escudo, que yo, aunque es un arma excelente, dejé abandonado junto a un matorral mal de mi grado. Yo conseguí salvar la vida: ¿qué me importa aquel escudo? ¡A paseo con él! Ya conseguiré uno igual de bueno».



sabiduría? Pues, mientras se dedicaba a filosofar sobre las nubes y las ideas, mientras medía las patas de una pulga e investigaba el sonido que hacen los mosquitos<sup>167</sup>, no aprendió lo que concierne a la vida ordinaria. Pero al maestro cuya cabeza pelagra le asiste su discípulo Platón, ilustre abogado –como es evidente– que, aturdido por el alboroto de la chusma, apenas pudo articular la mitad de la primera frase. ¿Y qué decir de Teofrasto? Una vez que había avanzado para hablar en una asamblea, enmudeció de repente, igual que si hubiese visto al lobo<sup>168</sup>. Isócrates, que habría sido capaz de animar a los soldados en tiempos de guerra, jamás se atrevió ni a abrir la boca por la timidez de su carácter<sup>169</sup>. Marco Tulio Cicerón, padre de la elocuencia romana, tenía por costumbre comenzar sus discursos con un temblor poco decoroso, igual que si fuera un niño que zollipa, y eso Fabio Quintiliano lo interpreta como signo de un orador sensato y que comprende lo arriesgado de su argumentación<sup>170</sup>. Pero, al decir esto, ¿acaso no está reconociendo a las claras que la sabiduría es un estorbo para tratar bien un asunto? ¿Qué harán, cuando la cuestión se despacha con las armas, esos que se desmayan de miedo, cuando hay que combatir con unas escuetas palabras? Y tras esto todavía se alaba, ¡dioses misericordiosos!, aquella famosa frase de Platón que dice que los Estados serán felices, si gobiernan los filósofos o filosofan los que gobiernan<sup>171</sup>. Ahora bien, si uno consulta a los historiadores, encontrará –y no es de extrañar– que no hubo para el Estado ningún príncipe más pestífero que si alguna vez el poder cayó en algún filosofastro o entregado a las letras. De que esto es así creo que son prueba suficiente los dos Catones<sup>172</sup>,

<sup>167</sup> Así nos lo presenta paródicamente Aristófanes en *Nubes*. Para cada caso concreto cfr., respectivamente, los versos 225-234, 149-152 y 157 s.; en este último se pregunta si los mosquitos producen su característico zumbido con la boca o con el ano. Tras una explicación que pretende ser científica en torno al paso del aire a través del insecto como si fuera un instrumento musical, concluye que ese ruido se produce en el ano.

<sup>168</sup> La anécdota de Platón la refiere Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, 2, 41. Teofrasto (ca. 372-287 a.C.), discípulo de Aristóteles y sucesor suyo en la dirección del Liceo, fue un filósofo y literato ateniense, autor de obras científicas y filosóficas así como de los célebres *Caracteres*. No consta que sea cierta esta anécdota que le atribuye la Estupidez, aunque tal vez se deba a un error de interpretación de Erasmo sobre el texto de Cicerón, *Disputaciones Tuscultas*, 5, 24.

<sup>169</sup> Cicerón nos dice en *Sobre el orador*, 2, 10 que Isócrates reconocía en sí mismo un cierto pudor innato a la hora de hablar en público.

<sup>170</sup> Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 11, 1, 44: *rideaturque merito qui apud disceptatorem de re lentissima sedens dicturus utatur illa Ciceronis confessione, non modo se animo commoueri, sed etiam corpore ipso perhorrescere*, esto es, «y con razón sería objeto de risa quien, sentado frente al juez para exponer un asunto sin ninguna importancia, se sirviese de esa confesión de Cicerón sobre que no sólo se alteraba para sus adentros, sino que incluso todo su cuerpo se estremecía». El pasaje en el que Cicerón revela esos sentimientos se encuentra en su *Contra Quinto Cecilio*, 41.

<sup>171</sup> Platón, *República*, 473c11-d6: Ἐάν μὴ, ἦν δ' ἐγώ, ἧ οἱ φιλόσοφοι βασιλεύσωσιν ἐν ταῖς πόλεσιν ἢ οἱ βασιλεῖς τε τῶν λεγόμενοι καὶ δυνάσται φιλοσοφῶσι γινησῶσι τε καὶ ἱκανῶς, καὶ τοῦτο εἰς ταῦτόν συμπέσῃ, δυνάμεις τε πολιτικῆς καὶ φιλοσοφίας (...) οὐκ ἔστι κακῶν παῦλα, ὧ φίλε Γλαῦκων, ταῖς πόλεσι, δοκῶ δ' οὐδὲ τῷ ἀνθρωπίνῳ γένει: «Si –dije yo– los filósofos no reinan en las ciudades-Estado o los ahora llamados reyes y gobernantes no filosofan legal y competentemente, y no vienen a ser lo mismo el poder público y la filosofía... no son pequeñas las desgracias, querido Glaucón, para las ciudades y creo que ni siquiera para el género humano».

<sup>172</sup> Marco Porcio Catón (234-149 a.C.) «el Viejo» y Catón «el Joven» (95-46 a.C.), tataranietao del primero, ejemplos ambos de integridad y austeridad.

de quienes uno molestó la tranquilidad del Estado con sus locas delaciones y el otro, por defenderla con excesiva sabiduría, arruinó por completo la libertad del pueblo romano. Añádanse los Brutos, Casios, Gracos e incluso el propio Cicerón, que no fue menos pernicioso para el Estado romano que Demóstenes para el ateniense. Más aún, Marco Aurelio Antonino, aunque concedamos que fue un buen emperador, podría yo rebatir eso mismo, pues resultó pesado y antipático para los ciudadanos por ese mismo motivo: ser tan filósofo. Pero aun admitiendo que fue bueno, sin embargo, fue más pernicioso para el Estado por haber dejado semejante hijo<sup>173</sup> que por haber sido provechoso con su gobierno, puesto que, este tipo de hombres que se han entregado a la filosofía<sup>174</sup> suele ser el más desgraciado en los demás aspectos y muy especialmente en lo que se refiere a la procreación de los hijos, debido –creo yo– a que la naturaleza se guarda de que esta calamidad de la sabiduría no se extienda más entre los mortales. Y así, es sabido que a Cicerón el hijo le salió un degenerado<sup>175</sup> y el famoso sabio Sócrates tuvo unos hijos –como muy bien escribió alguien– más parecidos a su madre que a su padre, o sea, unos estúpidos<sup>176</sup>.

<sup>173</sup> Cómodo, emperador de Roma del 180 al 192 d.C.

<sup>174</sup> El texto dice *sapientiae studio*, literalmente, «al estudio de la sabiduría»; sin embargo, Erasmo parece tener en mente el sintagma que Cicerón creó como traducción latina del término griego φιλοσοφία, según aparece en *Disputaciones Tuscultas*, 1, 1: *studio sapientiae, quae philosophia dicitur*.

<sup>175</sup> Según el testimonio de Séneca el Viejo, *Suasoriae*, 7, 13: *M. Tullius, filius Ciceronis, homo qui nihil ex paterno ingenio habuit praeter urbanitatem*, esto es, «Marco Tulio, hijo de Cicerón, hombre que no tuvo nada de la personalidad del padre excepto la cortesía».

<sup>176</sup> Sócrates tuvo tres hijos: Lamprocles, Sofronisco y Menéxeno. Según Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, 2, 26 (*Sócrates*), quien, a su vez, cita a Aristóteles, los tres no eran hijos de la misma madre: Φρσί δ' Ἀριστοτέλης (fragm. 93, ed. Rose) δύο γυναῖκας αὐτὸν ἀγαγέσθαι· προτέραν μὲν Ξανθίππην, ἐξ ἧς αὐτὸς γενέσθαι Λαμπροκλέα· δευτέραν δὲ Μυρτώ, τὴν Ἀριστείδου τοῦ δικαίου θυγατέρα, ἣν καὶ ἄπρῳ-κον λαβεῖν. ἐξ ἧς γενέσθαι Σωφρονίσκον καὶ Μενέξενον. οἱ δὲ προτέραν γῆμαι τὴν Μυρτῶ φασιν· ἐνιοὶ δὲ καὶ ἀμφοτέρας ἔχειν ὁμοῦ, ὥν ἐστι Σάτυρος τε καὶ Ἰερώνυμος ὁ Ὀρίδιος. φασὶ γὰρ βουλευθέντας Ἀθηναίους διὰ τὸ λειπαυδρεῖν συναυξῆσαι τὸ πλῆθος, ψηφίσασθαι γαμῖν μὲν αὐτὴν μίαν, παιδοποιεῖσθαι δὲ καὶ ἐξ ἑτέρας· ὅθεν τοῦτο ποιῆσαι καὶ Σωκράτην: «Dice Aristóteles que se casó con dos mujeres: la primera fue Jantipa, con la que tuvo a Lamprocles, la segunda fue Mirto, hija de Aristides el justo, a la que aceptó aunque no tenía dote, con la que tuvo a Sofronisco y a Menéxeno. Otros dicen que primero se casó con Mirto y algunos –entre ellos Sátiro y Jerónimo de Rodas– incluso que estuvo con ambas a la vez. Afirman que debido a la escasez de hombres que sufrían los atenienses resolvieron aumentar la población y votaron a favor de casarse con una sola ciudadana y tener hijos con otra, por lo cual también Sócrates lo hizo». Son numerosos los autores antiguos que aluden al carácter difícil de la discípula Jantipa. Como muestra, valga este divertido botón que nos regala Gelio, *Noches áticas*, 1, 17, 1-3: *Xanthippe, Socratis philosophi uxor; morosa admodum fuisse fertur et iurgiosa irarumque et molestiarum muliebrium per diem perque noctem scatebat. Has eius intemperies in maritum Alcibiades demitratus interrogavit Socraten, quoniam ratio esset, cur mulierem tam acerbam domo non exigeret. «Quoniam», inquit Socrates «cum illam domi talem perpetior; insuesco et exerceor, ut ceterorum quoque fors petulantiam et iniuriam facilius feram».* «Se dice que Jantipa, la esposa del filósofo Sócrates, fue muy antipática y propensa a las discusiones y se pasaba el día y la noche entre los enfados y las pamplinas típicas de las mujeres. Alcibíades, asombrado de las brusquedades que tenía con su marido, le preguntó a Sócrates qué razón había para que no echase de su casa a una mujer tan desagradable. Sócrates respondió: «Porque, al aguantar en casa a semejante mujer, me estoy curtiendo y practicando para aguantar mejor en la calle también la arrogancia y los insultos de los demás».

Pero, en cualquier caso, sería tolerable que sólo fuesen *unos asnos tocando la lira*<sup>177</sup> para las funciones públicas, si no fueran igual de torpes para todas las demás tareas de la vida. Lleva a un sabio a un banquete: lo incomodará con un triste silencio o con preguntitas cargantes. Sácalo a danzar: dirás que es un camello el que baila. Arrástralo a un espectáculo público: con su solo semblante fastidiará la diversión de la gente y se verá forzado a salir del teatro como el sabio Catón, puesto que no puede abandonar su arrogancia. Que mete baza en una charla: de repente el lobo de la fábula<sup>178</sup>. Si hay que comprar algo o hacer un trato, en resumidas cuentas, si hay que hacer alguna de las cosas sin las cuales no se puede pasar esta vida de todos los días, dirías que el sabio ese es un tronco, no un hombre. Tan poco útil puede llegar a ser en ninguna ocasión ni para sí mismo, ni para su patria, ni para los suyos, porque no tiene experiencia en las cosas corrientes y se aleja largo y ancho del sentir corriente y de las costumbres del pueblo. Y de esto precisamente se desprende también, por fuerza, la animadversión, como es lógico, por tan gran disparidad de vida e ideas. Pues, ¿qué cosa se realiza entre los mortales que no esté preñada de estupidez, y que parte de unos estúpidos y va para otros estúpidos? No obstante, si hay alguien que quiere contrariar él solo a todo el mundo, yo le aconsejaría que, imitando a Timón<sup>179</sup>, emigre a algún desierto y allí se deleite con su sabiduría a solas.

## [XXVI. EL PODER DE LAS SANDECES EN EL PUEBLO]

Pero, para volver a mi tema, ¿qué fuerza ha reunido en una sociedad a aquellos hombres hechos de piedra, alcornoque y salvajes sino la adulación?<sup>180</sup> Porque no es otra

<sup>177</sup> οἶνος πρὸς λύραν. Es la versión griega del proverbio latino *Asinus ad lyram* que aparece en *Adagia*, 1, 4, 35. En la *Suda*, O, 385, leemos la siguiente variante del proverbio: "Ὀνος πρὸς αὐλόν· παροιμία ἐπὶ τῶν μὴ συγκατατιθεμένων μηδὲ ἐπαινούντων διὰ τὸ παντελῶς ἀναίσθητον τοῦ ὄνου: «Un burro a la flauta: refrán a propósito de los que no comprenden ni elogian, dicho por la completa estupidez del burro». En la *Suda*, O, 391, se cita una variante más: οἶνος λύρας ἤκουε καὶ σάλπιγγος ὅς: «un asno escuchaba la lira y un cerdo la trompeta».

<sup>178</sup> Cfr. *Adagia*, 3, 8, 56: *lupus in fabula*.

<sup>179</sup> Timón de Atenas fue un conocido personaje misántropo, descrito por Luciano en su diálogo satírico *Timón o el misántropo*. Fue retomado en *Le misanthrope* de Molière y en la comedia *Timon of Athens* de Shakespeare.

<sup>180</sup> Los hombres hechos de piedra y madera son, según la mitología griega, los primitivos seres humanos que habitaban la Arcadia antes de formar las ciudades y con ellas la civilización. Estacio alude a ellos en su *Tebaida*, 4, 340: *Arcades, o saxis nimirum et robore nati*: «habitantes de Arcadia, nacidos ciertamente de piedras y madera». Erasmo trae a colación por primera vez en esta obra el clásico tema de la edad dorada, tan debatido a lo largo de los siglos, ya desde la Antigüedad. La Arcadia es una región montañosa del centro de la península del Peloponeso, en Grecia, donde los hombres vivían en un estado incivilizado y, por ello mismo, dichoso. La mejor descripción que nos ha dejado la literatura clásica sobre los arcadios la encontramos en Ovidio, *Fastos*, 2, 289-300:

*Ante Iouem gentium terras habuisse feruntur  
Arcades: et luna gens prior illa fuit.  
Vita feris similis, nullos agitata per usus:  
artis adhuc expers et rude vulgus erat.*

cosa lo que significa la famosa cítara de Anfión y Orfeo<sup>181</sup>. ¿Qué es lo que hizo volver a la concordia ciudadana a la plebe romana, cuando ya estaba proyectando medidas extremas? ¿Acaso un discurso filosófico? De ninguna manera. Antes bien fue una fábula ridícula e infantil inventada sobre el vientre y las demás partes del cuerpo<sup>182</sup>. La misma eficacia tuvo una fábula semejante de Temístocles sobre la zorra y el erizo<sup>183</sup>. ¿Qué discurso de sabio habría tenido tanto poder como lo tuvo aquella invención de Sertorio sobre una cierva o la ridícula patraña de aquel famoso laconio sobre los dos perros y la de arrancar los pelos de la cola de un caballo?<sup>184</sup> Por no hablar de Minos y de Numa, que reinaron ambos sobre la estúpida muchedumbre con historietas inventadas<sup>185</sup>.

*Pro domibus frondes norant, pro frugibus herbas;  
nectar erat palmis hausta duabus aqua.  
Nullus anbelabat sub adunco uomere taurus,  
nulla sub imperio terra colentis erat,  
nullus adhuc erat usus equi: se quisque ferebat.  
Ibat ouis lana corpus amicta sua:  
sub loue durabant et corpora nuda gerebant,  
docta graues imbres et tolerare Notos.*

Se dice que, antes de que naciera Júpiter, los arcadios ya habitaban las tierras: aquel pueblo precedió incluso a la luna. Su vida semejante a la de los animales, sin el estorbo de ningún tipo de costumbre: la gente aún no conocía las tecnologías y era inculta. Como casas tenían la hojarasca, como frutos las hierbas; su bebida era el agua tomada con ambas manos. Ningún buey resollaba bajo el curvo arado, ninguna tierra pertenecía a quien la cultivaba, no tenía aún uso alguno el caballo: cada uno acarreaaba consigo mismo. La oveja andaba con el cuerpo cubierto por su característica lana: aguantaban bajo el cielo y llevaban sus cuerpos desnudos, enseñados a soportar las fuertes lluvias y los vientos del sur.

<sup>181</sup> Ambos personajes míticos se identifican con la música, con la que son capaces de amansar a las fieras y conmover a las mismas rocas. Sobre la historia de amor entre Orfeo y Eurídice, que, entre otras obras, dio argumento a la ópera homónima de Gluck, cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 10, 1-77 y Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 14, en donde nos dice explícitamente ὁς ᾄδων ἐκίνει λίθους τε καὶ δένδρα, esto es, «(Orfeo) que con su canto conmovía piedras y árboles». Anfión, legendario fundador de la Acrópolis de Atenas, recibió el don del canto de parte de Hermes.

<sup>182</sup> Según cuenta Tito Livio, 2, 32, 8-12, Menenio Agripa, con ocasión de una revuelta de la plebe contra las clases adineradas, calmó los ánimos del tumulto con un discurso en que justificaba las funciones sociales de cada clase sirviéndose del símil de la cooperación entre las diferentes partes corporales, todas necesarias, cada una en su lugar. Véase nota 136.

<sup>183</sup> Según Plutarco, *Vidas paralelas. Temístocles*, 12, el general y estadista ateniense convenció a sus conciudadanos de no rechazar el pago de impuestos con el símil de la zorra y el erizo.

<sup>184</sup> Sertorio (Plutarco, *Vidas paralelas. Sertorio*, 11, 1-8), el general lusitano, hizo creer a los iberos que recibía los mensajes de los dioses a través de una cierva blanca. En otra ocasión, Sertorio hizo ver a su pueblo que a los romanos sólo se les podía vencer debilitándolos poco a poco, como si se quitasen uno a uno los pelos de la cola de un caballo por muy joven y fuerte que éste sea (Plutarco, *ibid.*, 16, 5-11; Valerio Máximo, 7, 3, 6). El laconio es Licurgo, legislador espartano que demostró a sus conciudadanos la importancia de la educación sirviéndose del símil de los dos perros, uno amaestrado y otro no (Plutarco, *Vidas paralelas. Licurgo*, 15, 8-9). Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 64-67 emplea ambas historias pero mezclando el ejemplo del caballo que ha sido adiestrado y el perro cazador que no obedece al amo y pasa el tiempo en los bosques.

<sup>185</sup> El mítico rey de Creta Minos hacía creer a los cretenses que Zeus le enviaba instrucciones cuando se retiraba a meditar a un monte cada nueve años (*Scholia in Odysseam [scholia uetera]*, 19, 179, *sub uocē ἐννέωρος*) φασὶ δὲ ἕτεροι ὡς ταῖς τῶν βασιλέων γνώμαῖς οὐ ῥαδίως πείθονται οἱ ὑποτεταγμένοι. ἀνιόντα οὖν αὐτὸν εἰς τὴν Ἰδὴν διὰ ἐνναετίας συνθεῖναι νόμους, καὶ φέροντα διαβαβαλοῦσθαι ὡς ὑπὸ τοῦ Διὸς εἶναι δεδομένοι, es decir, «cada nueve años dicen otros que los subordinados no obedecen fácilmente las decisiones de los reyes y que por ello él (Minos) subía al monte Ida cada nueve años para establecer las leyes y que al traerlas aseguraba que se las había entregado Zeus». Numa Pompilio, segundo rey de la monarquía romana, fingía recibir la inspiración divina de parte de la ninfa Egeria (Tito Livio, 1, 19, 5).

Con este tipo de sandeces se impresiona esa bestia enorme y poderosa que es el pueblo.

## [XXVII. LA VIDA DEL HOMBRE NO ES NADA MÁS QUE CIERTO JUEGO DE LA ESTUPIDEZ]

Por el contrario, ¿qué Estado adoptó jamás las leyes de Platón o Aristóteles o los preceptos de Sócrates? Por otro lado, ¿qué fue lo que convenció a los Decios para que por propia voluntad se ofrecieran en sacrificio a los dioses manes?<sup>186</sup> ¿Qué arrastró al abismo a Quinto Curcio<sup>187</sup> sino la vanagloria, la más dulce sirena, pero sorprende cuán condenada por esos sabios? Porque, ¿qué hay más tonto –dicen ellos– que el que un candidato halague con súplicas al pueblo, que compre su apoyo con dádivas, que persiga los aplausos de tantos idiotas, que se deleite con sus aclamaciones, que se haga llevar en una procesión triunfal como un estandarte para que lo contemple la gente y se levante en el foro en forma de estatua de bronce? A esto añádele la obtención de nombres y sobrenombres<sup>188</sup> y los honores divinos tributados a ese hombrecillo, añade que en ceremonias oficiales se incluya entre los dioses incluso a los más criminales tiranos. Estas cosas son estúpidas por demás y para reírse de ellas no bastaría un solo Demócrito<sup>189</sup>. ¿Quién lo niega? Sin embargo, de este manantial nacieron las hazañas de aguerridos héroes, hazañas que son elevadas hasta el cielo en los escritos de hombres elocuentes. Esta estupidez parió los Estados, gracias a ella se mantienen los imperios, las magistraturas, la religión, los consejos y tribunales, y la vida humana no es otra cosa que una especie de broma de la estupidez.

## [XXVIII. LAS ARTES SE DEBEN A LA VANA SED DE GLORIA]

Por otra parte, para pasar a hablar de las artes, ¿qué es lo que ha estimulado al ingenio de los mortales a idear y dejar para la posteridad tantas disciplinas ilustres –en su

<sup>186</sup> Los tres miembros de la familia de los Decios (siglos IV-III a.C.): Publio Decio, Marco Decio y Decio Magio, quienes no dudaron en sacrificarse a los dioses para salvar su patria. Cfr. Tito Livio, 10, 28; 22, 60; 23, 7; Cicerón, *Disputationes Tusculanas*, 2, 59: *fulgentis gladios hostium uidebant Decii, cum in aciem eorum irruebant. His leuabat omnem uoluerum metum nobilitas mortis et gloria*: «los Decios veían las espadas refulgentes del enemigo, cuando se lanzaban contra sus filas. Todo el miedo a las heridas se lo aplacaba la nobleza de su muerte y la gloria».

<sup>187</sup> Erasmo confunde a Marco Curcio, también llamado Metio Curcio, con Quinto Curcio Rufo, escritor del s. I d.C. El primero se arrojó a una oquedad abierta en el foro en el año 362 a.C. y que, según un oráculo, se cerraría sólo si se lanzaba en ella el hombre más noble de Roma. Cfr. Tito Livio, 7, 6, 1-6.

<sup>188</sup> La alusión a la estatua de bronce en medio del foro se encuentra en Horacio. *Sátiras*, 2, 3, 183. Respecto a los sobrenombres alude a la costumbre romana, ya vigente desde tiempos de la república, de que los hombres libres fuesen añadiendo al nombre de pila (*praenomen*) y nombre de familia o apellido (*nomen*) diferentes títulos (*cognomina*, *signa*) a medida que realizaban hazañas en la guerra o empresas similares (cfr. Publio Cornelio Escipión «el Africano»), precedente lejano de los títulos nobiliarios medievales y modernos.

<sup>189</sup> Véase nota 6.

opinión— sino la sed de gloria? Con tantas noches en vela y tantos sudores pensaron unos hombres tontos de remate que podrían ganar no sé qué fama, que es vana a más no poder. Pero, a su vez, es a la Estupidez a quien debéis tantos destacados beneficios de la vida y —con mucho lo más dulce— el que os regocijéis con la locura ajena.

#### [XXIX. RECLAMA PARA SÍ LA GLORIA DE LA PRUDENCIA]

Conque, una vez que he reclamado para mí la gloria del valor y del talento, ¿qué tal si hago lo mismo con la de la prudencia? Claro que alguien podría decir que eso es mezclar fuego con agua en la misma actividad: no hay inconveniente. Pero creo que también en esto tendré éxito, con sólo que vosotros me apoyéis con vuestros oídos y vuestra atención, como habéis hecho hasta ahora. En primer lugar, si la prudencia se basa en el manejo de las cosas, ¿a quién cabe aplicar mejor el honor de ese apelativo, al sabio, que en parte por pudor y en parte por pusilanimidad no emprende nada, o al necio, al que no espanta de empresa alguna ni la modestia, de la que carece, ni el riesgo, que no se para a calcular? El sabio se refugia en los libros de los antiguos y de ellos aprende puras sutilezas verbales. El idiota va acumulando —si no me equivoco— la verdadera prudencia a base de enfrentarse cara a cara con los peligros. Cosa que Homero, aunque ciego, parece haber visto, cuando dice *el necio conoce los hechos*<sup>190</sup>. En efecto, hay dos obstáculos principales para conseguir experiencia de las cosas: la modestia, que nubla la mente, y el miedo, que ante la evidencia de un peligro disuade de emprender acciones. Sin embargo, la Estupidez libera de ambos fantásticamente. Pocos son los mortales que comprenden cuántas ventajas más conlleva el no sentir vergüenza jamás y atreverse a todo. Pero si prefieren entender por prudencia la que se basa en el juicio de las cosas, escuchad, os lo ruego, lo lejos que están de ella quienes se van jactando de este apelativo. Para empezar, está claro que todas las cosas humanas, como los silenos de Alcibiades<sup>191</sup>, tienen dos caras demasiado dispares entre sí, hasta el punto

<sup>190</sup> El proverbio que habla de mezclar el agua y el fuego aparece en *Adagia*, 4, 3, 94: *aquam igni miscere*. ῥεχθὲν δέ τε νήπιος ἔγνω, Homero, *Iliada*, 17, 32; 20, 198. El equivalente en el refranero castellano sería «El gato escaldado del agua fría huye».

<sup>191</sup> Platón —en el *Banquete*, 215a6-215b3— pone en boca de Alcibiades una descripción de las figurillas de los silenos, que compara, simbólicamente, con la personalidad de Sócrates: φημί γάρ δι' ὁμοιότατον αὐτῶν εἶναι τοῖς σιληνοῖς τούτοις τοῖς ἐν τοῖς ἐρμολυφεῖσι καθημένους, οὐστίνως ἐργάζονται οἱ δημιουργοὶ σύρριγγας ἢ αὐλοὺς ἔχοντας, οἱ διχάδε διοικηθέντες φαίνονται εἰδοθεν ἀγάλματα ἔχοντες θεῶν, esto es, «pues digo que él (Sócrates) es parecidísimo a esos silenos que están colocados en los mercados, que los artesanos confeccionan portando siringes o flautas, que, cuando se les abre por la mitad, se ve que tienen en su interior estatuillas de dioses». Véase también nota 129. El propio Erasmo hace un retrato introductorio sobre el tema en el adagio *Sileni Alcibiadis* (*Adagia*, 3, 3, 1): *Atunt enim Silenos imagunculas quaspiam fuisse sectiles et ita factas ut diduci et explicari possent, et quae clausae ridiculam ac monstrosam tibicinis speciem habebant, apertae subito numen ostendebant, ut artem scalptoris gratiorem iocosus faceret error*: «En efecto, dicen que los Silenos eran unas figurillas dividas en dos mitades y hechas de manera que podían separarse y abrirse, y las mismas que, estando cerradas, representaban la imagen ridícula y grotesca de un flautista, cuando se las abría dejaban ver de repente a un dios, para que la gracia del engaño hiciera más simpática la maña del tallista».

de que lo que a primera vista<sup>192</sup> —como dicen— es muerte, si miras más adentro, es vida; por el contrario, lo que es vida, resulta ser muerte; lo que es bello, deforme; lo opulento, paupérrimo; lo infame, glorioso; lo culto, ignorante; lo vigoroso, débil; lo linajudo, canallesco; lo alegre, triste; lo venturoso, desafortunado; lo amigable, hostil; lo saludable, nocivo; en resumen: de golpe lo encontrarás todo del revés, si abres el sileno. Si a alguien le parece que esto está dicho tal vez de forma demasiado filosófica, venga, lo haré a las claras con una Minerva —como suele decirse— más ramplona<sup>193</sup>. ¿Quién no reconoce que un rey es alguien rico y poderoso? Y, sin embargo, no ha sido formado con ninguno de los bienes espirituales y no tiene bastante con nada: entonces, evidentemente, es el más pobre. Además, tiene un espíritu entregado a un gran número de vicios: entonces está vergonzosamente esclavizado. Del mismo modo se podría discurrir también de las demás cosas, pero valga haber puesto eso como ejemplo. Pero, ¿a qué viene esto?, dirá alguno. Escuchad a dónde queremos ir a parar. Si alguien intentara arrancarles las máscaras a los actores cuando están en escena representando una farsa y mostrar a los espectadores los verdaderos y genuinos rostros, ¿no estropearía toda la función y se merecería que todos lo echaran a pedradas del teatro como a un loco? Aparecerá de repente un nuevo aspecto de las cosas, de modo que quien un momento antes era una mujer, ahora es un hombre; quien era joven, pasa a ser viejo; quien un poco antes era un rey, de golpe es un esclavo<sup>194</sup>; quien era un dios, de pronto aparece como un hombrecillo. Ahora bien, suprimir esta ilusión es desbaratar toda la obra. Son esa misma ficción y ese afeitado lo que entretiene los ojos de los espectadores. Por otro lado, ¿qué otra cosa es toda la vida de los mortales más que una especie de representación en la que unos aparecen en escena cubiertos con las máscaras de otros y cada cual representa su papel hasta que el director les saca de ella?<sup>195</sup> Y éste, sin embargo, a menudo manda salir al mismo con un atuendo opuesto, de manera que quien poco ha había interpretado a un rey vestido de púrpura, ahora hace de esclavillo harapiento. Desde luego todo queda oculto, pero esta farsa no se representa de otro modo. Si aquí se me apareciera de repente algún sabio caído del cielo y se pusiera a vociferar que éste al que todos admiran como dios y señor no es siquiera del género humano, porque como las bestias se deja llevar por las pasiones, sino que es el más vil esclavo, porque sirve de grado a tan numerosos y repugnantes amos; si, en cambio, a otro, que llora la muerte de su padre, le mandase reír, porque por fin ha empezado aquél a vivir, ya que esta vida no es otra cosa que una especie de muerte; más aún, si a otro que se jacta de su estirpe le llamase plebeyo y bastardo, porque

<sup>192</sup> *prima fronte* es una de las frases hechas recogidas en *Adagia*, 1. 9. 88.

<sup>193</sup> Véase nota 146.

<sup>194</sup> El texto latino dice *Dama*, que es el nombre atribuido a un esclavo sirio en Horacio, *Sátiras*, 2. 5, 101 y 2, 7, 54.

<sup>195</sup> Traducimos *choragus* como «director», quizá el equivalente más cercano al término latino que, a su vez, es préstamo del griego *χοραγός* o *χορηγός*, que incluye en su acepción al jefe del coro (algo así como el director artístico) y al encargado de administrar los recursos económicos destinados a la función (que corrían de su parte). Referido a Dios aparece en los *Setenta*, 2 *Macabeos*, 1. 25: ὁ μὶνος χορηγός, vertido en la *Vulgata* como *solus praestans*, «el único dadivoso».

se halla lejos de la virtud que es la única fuente de nobleza, y hablase de todos los demás del mismo modo, pregunto yo, ¿qué otra cosa conseguiría sino parecer a todos un loco furioso? Así como no hay nada más estúpido que la sabiduría a destiempo, nada hay más imprudente que una prudencia descarriada, toda vez que actúa de forma descarriada el que no se ajusta al estado actual de las cosas y no quiere enterarse de lo que pasa en la calle<sup>196</sup> ni recuerda siquiera aquella norma de los banquetes de *o bebe, o vete*<sup>197</sup>, y pretende que el teatro ya no sea teatro. Por el contrario, de verdaderamente prudente es, siendo mortal, no querer saber nada más allá de lo que te ha correspondido, y o bien condescender de buena gana con todo el conjunto de los seres humanos o equivocarse de su mano. Pero eso precisamente —dirán— es característico de la estupidez. Yo por cierto no me atrevería a negarlo, con tal que ellos por su parte reconozcan que en esto consiste representar la farsa de la vida.

### [XXX. LA ESTUPEDEZ ES UNA GUÍA HACIA LA SABIDURÍA]

Lo que resta, ¡oh dioses inmortales!, ¿lo digo o me lo callo? Pero, ¿por qué me lo voy a callar, si es más verdadero que la verdad? Aunque en asunto de tanta importancia tal vez convendría hacer venir del Helicón a las Musas<sup>198</sup>, a las que suelen invocar los poetas casi siempre por simples bobadas. Acudid, pues, en mi ayuda un momento<sup>199</sup>, hijas de Júpiter, mientras trato de demostrar que nadie puede llegar a esa famosa sabiduría y fortaleza de la felicidad —como los mismos sabios la llaman— sin la Estupidez como guía. Para empezar, es de reconocer que todas las pasiones tienen que ver con la estupidez, puesto que distinguen al sabio del necio por la siguiente señal, que al primero lo gobierna la razón y al segundo las pasiones. Y es por eso por lo que los estoicos apartan del sabio todas las inquietudes como enfermedades.

Sin embargo, esas pasiones no sólo hacen la función de orientadores para quienes van corriendo al puerto de la sabiduría, sino que incluso en todo ejercicio de la virtud suelen ayudar a modo de espuelas y acicates, como exhortando a obrar bien.

<sup>196</sup> El texto latino dice *foroque nollit uti*, en donde la plaza pública (*foro*) es expresión metafórica que vale tanto como no querer saber nada de lo que pasa en la vida real, en las calles o no querer tener trato con la gente. En *Adagia*. 1. 1. 92 se lee la variante positiva *uti foro*.

<sup>197</sup> ἢ πῶθι ἢ ἀπῶθι, en el original. Este proverbio griego, característico de los simposios y de las rondas de bebida, tiene su versión latina en *Adagia*. 1. 10. 47: *aut bibat, aut abeat*.

<sup>198</sup> Las nueve Musas, hijas de Zeus y Mnemósine, la diosa de la memoria, representantes de otras tantas actividades artísticas —en especial la poesía, tan ligada a la música— son Calíope (poesía épica), Clío (historia), Melpómene (tragedia), Euterpe (poesía lírica), Erato (poesía amorosa), Terpsícore (lirica coral y danza), Urania (astronomía), Talía (comedia) y Polimnia (poesía sagrada); cfr. Apolodoro. *Biblioteca*. 1, 13 y Hesíodo, *Teogonía*. 77-79. Según el mito, las Musas vivían en el monte Helicón, en la región de Beocia; cfr. Virgilio, *Eneida*. 7. 6+1 y Hesíodo, *Teogonía*, 1 s.

<sup>199</sup> La invocación y petición de ayuda a las Musas al comenzar una narración o, como en este caso, una argumentación es un tópico propio de la literatura elevada (véase E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de M. Frenk y A. Alatorre, México, 1955, pp. 325 s.). Evidentemente, en boca de la Estupidez estas palabras resultan irónicas.



Aunque en este punto protesta con fuerza el requetestoico Séneca, que priva por completo al sabio de toda pasión. Pero al hacerlo, no deja ya siquiera un solo ser humano, sino que más bien *fabrica*<sup>200</sup> una especie de nuevo dios, que ni ha existido jamás en ninguna parte ni existirá: es más, para decirlo más a las claras, erige una estatua marmórea de un hombre, impávida y ajena por completo a todo sentimiento humano. En consecuencia, si les place, pueden ellos disfrutar de su sabio y amarlo sin competidor alguno y vivir con él en la república de Platón o, si lo prefieren, en la región de las ideas o en los jardines de Tántalo<sup>201</sup>. ¿Quién no huiría horrorizado, como de un monstruo o de una aparición, de una persona de tal calaña, que se ha vuelto sordo para todas las sensaciones de la naturaleza, que no se entrega a las pasiones ni se deja conmover por el amor o la misericordia más que si fuera un duro pedernal o una roca del monte Marpeso<sup>202</sup>, a quien nada se le escapa ni comete error alguno, sino que, como un Linceo, no hay nada que no vea con claridad, nada que no sopesé al milímetro, nada que desconozca; quien sólo está satisfecho de sí mismo, él es el único rico, el único sensato, el único rey, el único libre, en una palabra, el único en todo –pero sólo a su parecer–<sup>203</sup>, quien no pierde el tiempo con ningún amigo, sin ser él amigo de nadie; quien no vacila en mandar a paseo incluso a los mismísimos dioses; quien condena y se burla de todo cuanto sucede en la vida como si se tratase de una locura? Pues un animal de esta ralea es el sabio perfecto.

Pregunto: si la cuestión se liquidara con votos, ¿qué Estado querría para sí a un gobernador de esta clase y qué ejército desearía semejante general? Más aún, ¿qué mujer iba a desear y soportar este tipo de marido, qué anfitrión a un invitado de tal jaez, qué criado a un amo con ese comportamiento? Pero, ¿quién no preferiría aunque fuera a uno solo cualquiera sacado del montón de hombres rematadamente tontos, que en su estupidez pueda gobernar y obedecer a los estúpidos, que complazca a sus

<sup>200</sup> δημιουργεί. Alude irónicamente a la noción de demiurgo o sumo hacedor material que el platonismo (cfr. Platón, *Timeo*, 41a7 ss.) identificaba en parte con la idea de dios que varios siglos más tarde será aprovechada –aunque de forma adaptada– por el cristianismo. Por lo tanto, Séneca, en su atrevimiento, se creería un dios capacitado para hacer y deshacer a su antojo.

<sup>201</sup> Los jardines de Tántalo son paradigma de lugar ideal, utópico y, por ende, inexistente. Cfr. las palabras de la *Suda*, T, 80, a propósito de estos míticos jardines: Ταντάλου κήπους τρυγῶν. Ἰσολίου τοῦ ῥήτορος νεωτέρου ἀστυευομένου, ὕστερον δὲ σωφρονισάντος, ἤρετο αὐτόν τις, τίς ἀριστος τῶν ἰχθύων καὶ τῶν ὀρνέων εἰς βρώσιν. πέπαυμαι, ἔφη ὁ Ἰσάσις. ταῦτα σπουδάζων· ξυνῆκα γὰρ τοὺς Ταντάλου κήπους τρυγῶν. ἐνδεικνύμενος δηλονότι τῷ ἐρομένῳ ταῦτα, ὅτι σκιά καὶ δεινὰ αἱ ἡδοναὶ πᾶσαι: «Segar los jardines de Tántalo: llevando una vida de lujos el orador Iseo cuando era más joven y tras recuperar la sensatez, alguien le preguntó qué pez y ave era el mejor como alimento. «Ya he dejado –dijo Iseo– de preocuparme de esas cosas, porque he comprendido que eso es segar en los jardines de Tántalo», dando a entender al que le preguntaba que todos los placeres son sombra y sueño».

<sup>202</sup> Cita tácita de Virgilio, *Eneida*, 6, 471: *quam si dura silex aut stet Marpesia cautes*. El monte Marpeso está situado en la isla de Paros, famosa por la dureza y calidad de su mármol. La comparación, por tanto, se establece con el pedernal y el mármol.

<sup>203</sup> Linceo era uno de los argonautas, caracterizado por su extraordinaria vista, rasgo tal vez atribuido popularmente por asociación etimológica con la agudeza visual del lince; cfr. *Adagia*, 2, 1, 54: *Lynceus perspicax*. La referencia al individuo que sólo está satisfecho consigo mismo es reminiscencia de Horacio, *Sátiras*, 1, 3, 124s. y el tema de «el sabio es el único verdaderamente rico» aparece ampliamente desarrollado en Cicerón, *Paradoxa Stoicorum*, 6 (que responde al epígrafe de «Ὅτι μόνος ὁ σοφὸς πλούσιος»: «Que el único en ser rico es el sabio»).

semejantes, a cuantos más mejor, que sea amable con su esposa, alegre con los amigos, que sea un comensal agradable, un conversador apacible y, en fin, que nada de lo humano le resulte ajeno?<sup>204</sup> Pero hace ya tiempo que me está aburriendo el sabio este, así que será mejor que mi exposición se enfoque a mis restantes bondades.

[XXXI. ES LA RAZÓN DE QUE LA VIDA SEA TOLERABLE]

Veamos. Si alguien mirase a su alrededor como desde una elevada atalaya –igual que los poetas pregonan que hace Júpiter<sup>205</sup>– ¡cuántas calamidades constriñen la vida humana, cuán desdichado y sucio es su nacimiento, qué trabajosa la crianza, a cuántos ultrajes está expuesta la infancia, a cuántos sudores la juventud, cuán molesta es la vejez, qué dura la inexorabilidad de la muerte, cuántos ejércitos de enfermedades nos arrasan, cuántos infortunios nos apremian, cuántos sinsabores nos atacan, cómo no hay nada en parte alguna que no esté bañado de hiel! Por no recordar los males que los hombres se infieren unos a otros, del tipo de la pobreza, la cárcel, la infamia, la vergüenza, los tormentos, las conspiraciones, la traición, los insultos, pleitos, estafas... pero está claro que ya estoy intentando *contar la arena*<sup>206</sup>. Además, de momento no me está permitido explicar por qué motivo los hombres han merecido estas cosas o cuál fue el dios que, encolerizado, les obligó a nacer para estas miserias. Sin embargo, quien las medite para sus adentros, ¿acaso no aprobará el ejemplo de las vírgenes de Mileto<sup>207</sup>, aunque sea digno de compasión? Pero, ¿quiénes sobre todo fueron los que llamaron a su hado por el aburrimiento que les causaba vivir? ¿Acaso no estaban rayando con la sabiduría? Entre ellos, por no hablar de los Diógenes, Jenócrates, Catones, Casios y Brutos, aquel famoso Quirón<sup>208</sup>, aunque podía ser inmortal, prefirió la muerte voluntariamente. Ya veis –creo yo– qué pasaría si en todas partes los hombres tuviesen seso: evi-

<sup>204</sup> *postremo qui nihil bumani a se alienum putet* en el original latino, es paráfrasis del famoso verso de Terencio, *El atormentador de sí mismo*, 77: *homo sum: bumani nil a me alienum puto*, «soy un hombre: nada de lo humano lo considero ajeno a mí», que ha pasado a la posteridad como máxima empleada para indicar la empatía de uno con la humanidad, tanto para las virtudes como para los defectos.

<sup>205</sup> Homero, *Ilíada*, 8, 51 s.: αὐτὸς δ' ἐν κορυφῇσι καθέζετο κύδει γαίῳ / εἰσορών Τρώων τε πόλιν καὶ νῆας Ἀχαιῶν. «él (Zeus) estaba majestuosamente sentado en las cúspides de las tierras, observando la ciudad de los troyanos y las naves de los aqueos».

<sup>206</sup> τὴν ἄμμον ἀναμετρεῖν. cfr. *Suda*, A, 1621: «Ἄμμον μετρεῖν· ἐπὶ τῶν ἀδυνάτων καὶ ἀνηγύτων, esto es. «Medir la arena: dicho a propósito de las cosas imposibles e innumerables». En los *Adagia*, 1, 4, 44 se encuentra la versión latina *arenam metiris*.

<sup>207</sup> Según la tradición, en la ciudad griega de Mileto (en la costa occidental de la actual Turquía) había un lugar en el que se suicidaron ahorcándose unas doncellas que habían enloquecido sin causa aparente –el aire, en opinión de algunos, la voluntad de los dioses, según otros–. Cfr. Aulo Gelio, *Los chistes áticos*, 15, 10 quien toma la historia (aunque se equivoca en la referencia) de Plutarco, *Las virtudes de las mujeres*, 249B4-249C11.

<sup>208</sup> Diógenes el cínico, Jenócrates, Catón de Útica, Casio, Bruto: referencia a personajes históricos griegos y romanos que se quitaron la vida. Quirón, hijo de Cronos y Filira, fue el centauro sabio y preceptor de Aquiles que, pudiendo conservar su inmortalidad divina, prefirió morir al ser herido por Hércules, gracias al intercambio de naturaleza que hizo ante Zeus con Prometeo, quien de mortal pasó a inmortal. Véase al respecto Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 85 y Luciano, *Diálogos de los muertos*, 8, en donde dialogan, una vez muertos, Menipo y el propio Quirón.

dentamente serían necesarios una nueva arcilla y un nuevo Prometeo alfarero<sup>209</sup>. Yo, sin embargo, en parte por ignorancia y en parte por irreflexión<sup>210</sup>, a veces por olvido de las cosas malas, otras por la esperanza de cosas buenas, y otras derramando algo de miel con los placeres, auxilio en momentos de tal adversidad que a nadie le apetece abandonar la vida ni siquiera cuando, acabado el hilo de las Parcas<sup>211</sup>, hace ya tiempo que es la propia vida la que los abandona a ellos, y cuanto menos motivo hay para que sigan viviendo, tanto más les apetece vivir. ¡Tan lejos están de verse afectados por ningún aburrimiento de vivir! Evidentemente, es a mí a quien debéis el ver por todas partes a viejos con una vez como la de Néstor<sup>212</sup> —en los que ni siquiera subsiste ya el aspecto de persona— balbucientes, chochos, desdentados, canosos, calvos o, por describirlos mejor con palabras de Aristófanes, *sucios, chepudos, miserables, calvos, arrugados, desdentados y castrados*<sup>213</sup>, que se regocijan con la vida y *se comportan como unos chiquillos*<sup>214</sup> hasta el punto de que uno se tiñe las canas, otro disimula su calvicie con un postizo, otro usa los dientes tomados quizá de un cerdo, y este otro en su desdicha se muere por alguna muchacha e incluso supera a cualquier jovencito en las tonterías propias de los enamorados. Porque, cuando ya están con un pie en la tumba y son puras momias, es tan frecuente que tomen por esposa a alguna tierna jovencita —sin dote y para ser disfrutada por otros— que casi es objeto incluso de elogio. Pero aún mucho más gracioso es, si alguien repara en ello, que unas viejas, muertas ya por el largo paso de los años y tan cadavéricas que podría parecer que han vuelto de los infiernos, sin embargo, tengan siempre en la boca aquello de *qué bella es la luz*<sup>215</sup>, que aún estén en celo y —como suelen decir los griegos— *como las cabras*<sup>216</sup> y conquisten a algún Faón<sup>217</sup> comprado con una gran compensación, que a diario se embadurnen la cara con afeites, que vayan a todos sitios con un espejo, que se depilen la espesura del pubis, enseñen sus tetas lacias y ajadas y con temblorosos aullidos

<sup>209</sup> Según el mito, Prometeo, uno de los Titanes, había hecho de barro al hombre. Véase Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 45; [Esquilo], *Prometeo encadenado* y, en clave paródica, Luciano, *Prometeo*.

<sup>210</sup> *partim per incogitantiam*, en el original latino. Llama la atención el término arcaico *incogitantia* empleado por Erasmo, que, a pesar de tener un claro aroma escolástico, ya aparece en Plauto, *El mercader*, 27.

<sup>211</sup> Las tres Parcas (las Moiras griegas), hijas de Zeus y Temis, son las que controlan la vida de los mortales simbolizada por un hilo que Átropo hila, Cloto teje y Láquesis reparte.

<sup>212</sup> Véase nota 160.

<sup>213</sup> ῥυτίπντας, κυφούς, ἀθλίους, ῥυσούς, μαδώντας, κωδοὺς καὶ ψωλοὺς. es paráfrasis de Aristófanes, *Pluto*, 266 s.

<sup>214</sup> νεανίτζειν. El término es un neologismo poco documentado: sólo en el historiador Idomeneo, el gramático Pólux y en el escritor eclesiástico Epifanio de Palestina, todos ellos de nuestra era. Horacio, por su parte, en *Arte poética*, 246, emplea el novedoso y expresivo verbo latino *iuvenentur* referido a la lascivia de los Faunos. Es evidente que Erasmo tenía presente el texto horaciano a la hora de emplear la palabra griega.

<sup>215</sup> φῶς ἀγαθόν, en el texto original. variante griega del latino *uale carum lumen*, tal como se puede leer en *Adagia*, 2, 7, 38. Es una expresión pronunciada por una vieja que, estando ya en el lecho de muerte, aún deseaba vivir. En la tragedia griega aparecen algunas expresiones equivalentes: cfr. Eurípides, *Ifigenia en Aulide*, 1218 s.: ἦδὺ γὰρ τὸ φῶς / βλέπειν: «pues dulce es contemplar la luz» (dicho por la heroína cuando está a punto de ser sacrificada).

<sup>216</sup> κειρώ, el infinitivo como tal no aparece en la literatura griega antigua, pero está tomado del verbo κειρώ ο κειρώ que emplea Aristófanes referido a las viejas erotómanas en *Pluto*, 1023 s.: Οὐ σκαιὸς ἦν ἄθρῳπος, ἀλλ' ἡπίστατο / γρὰς κειρώσης τὰφῶδια κατεσθίειν: «no era un hombre tonto, sino que sabía cómo acabar con las provisiones de una vieja caliente como una cabra».

<sup>217</sup> Esto es, a algún hombre joven que se prostituya; véase nota 113.

traten de excitar una pasión abatida, que vayan por ahí bebiendo, se metan en los corros de muchachas y escriban caritas de amor. Todos se ríen de estas cosas como lo que son: tontas de remate, pero esas viejas se sienten satisfechas consigo y entretanto pasan el tiempo en los más elevados deleites y viven cubiertas por entero de miel, felices, como es evidente, gracias a mi favor. Además, a quienes esto les parece risible, me gustaría que meditasen para sus adentros si consideran mejor pasar una vida por entero dulce como la miel gracias a este tipo de necedad o —como dicen— buscar una viga para ahorcarse. Por otra parte, el que la gente crea que estas cosas van unidas a la deshonra no atañe a mis estúpidos, que o no se dan cuenta de este mal o, si lo comprenden, lo desdennan sin problemas. Si les cayera una piedra en la cabeza, eso sí que sería realmente malo. En cambio la vergüenza, la deshonra, el oprobio y la maledicencia hacen tanto daño cuanto uno es consciente de ellas. Si falta su conciencia, no son siquiera males. ¿Qué daño te hace que todo el mundo te abuchee si tú te aplaudes a ti mismo? Pues tan sólo la Estupidez hace que esto sea posible.

[XXXII. LAS CIENCIAS, INVENTADAS PARA LA RUINA DEL GÉNERO HUMANO,  
RESPALDADAS POR LA ESTUPIDEZ SON DE GRAN VALOR]

Pero me parece estar oyendo protestar a los filósofos: «Pues en eso precisamente —dicen ellos— está la desgracia: en dejarse dominar por la Estupidez, en engañarse, mentirse, y vivir en la ignorancia». Antes bien, en eso consiste ser un hombre. Además, no veo por qué han de llamarlo desgracia, cuando así habéis nacido, así habéis sido criados, educados y tal es la suerte que todos comparten. No hay ninguna desgracia en ser conforme a la propia especie, a no ser que alguien, tal vez, crea que hay que compadecer al ser humano por no poder volar junto a las aves, ni caminar a cuatro patas con el resto del género animal, ni estar armado de cuernos como los toros. Pero por la misma regla de tres ese alguien calificará de desdichado incluso al caballo más hermoso, porque ni ha aprendido gramática, ni se alimenta de tortas, o de desgraciado a un toro, por ser inservible para la gimnasia. Por consiguiente, del mismo modo que un caballo ignorante de gramática no es desgraciado, tampoco un hombre estúpido es desdichado, porque esto concuerda con su naturaleza. Pero vuelven al ataque los «fabrica-palabras»<sup>218</sup>: «El conocimiento de las ciencias —dicen— es don privativo del hombre, quien con su apoyo compensa su talento de lo que la naturaleza le ha quitado». Como si tuviese algún atisbo de verdad que la naturaleza, que con tanto cuidado veló por mosquitos e incluso hierbas y florcillas, sólo se hubiese quedado dormida en el caso del hombre, de tal manera que le fuesen necesarias las ciencias, que el famoso Thoth<sup>219</sup>, genio enemigo del género humano, inventó para su

<sup>218</sup> Intentamos remedar la expresividad del término latino original *logodaedali*, que es latinización de la voz griega λογοδαίδαλος, acuñada y empleada por Platón (*Fedro*, 266e4-5) para referirse al sofista Teodoro de Bizancio, paradigma de sutileza y enrevesamiento léxicos. Véase nota 40.

<sup>219</sup> El dios-sabio egipcio Thoth (o Theuth), identificado por los griegos con Hermes, responsable de la invención de los números y las letras, según refiere Platón, *Filebo*, 18b6-18d2. El propio Platón, *Fedro*,

ruina total, tan inútiles para alcanzar la felicidad que incluso le suponen un estorbo a aquello mismo para lo que se dice que precisamente fueron descubiertas, como aquel prudentísimo rey que aparece citado en Platón demuestra con elegancia a propósito de la invención de las letras. Como consecuencia, las ciencias entraron a saco junto con los demás desastres de la vida humana de la mano de los mismos que son el origen de todas las infamias, o sea, los demonios, que recibieron este nombre también inventado como si se les llamase *daemonas*<sup>220</sup>, es decir, «los que saben», supuesto que aquella sencilla gente de la Edad Dorada<sup>221</sup>, desprovista de toda ciencia, vivía tan sólo con el instinto natural como guía. ¿Para qué, pues, era necesaria la gramática, si todos tenían el mismo idioma y el lenguaje no buscaba más que el entendimiento recíproco? ¿Qué utilidad podía tener la dialéctica donde no había ningún conflicto de opiniones enfrentadas entre sí? ¿Qué lugar había para la retórica, si nadie intentaba importunar a otro? ¿Para qué acudir a la jurisprudencia, si no había malas costumbres, de las que, sin lugar a dudas, han nacido las buenas leyes? Además, eran demasiado religiosos como para escrutar con impía curiosidad los secretos de la naturaleza, las dimensiones de los astros, sus movimientos, sus efectos y las causas ocultas de las cosas, creyendo que no era lícito que el hombre mortal tratase de saber más allá de lo que le permitiese su condición. Y ni siquiera se les ocurría la locura de investigar qué había fuera del cielo. Pero, a medida que iba desapareciendo poco a poco la pureza de la Edad Dorada, primeramente los malos genios —como he dicho— inventaron las artes, aunque pocas y, por cierto, pocos quienes se encargaban de ellas. Después la supersición de los caldeos y la ociosa frivolidad griega añadieron mil más, meras torturas para la inteligencia, hasta el punto de que incluso la gramática sola basta más que de sobra para el suplicio sempiterno de una vida.

### [XXXIII. ÍDEM]

Sin embargo, entre estas mismas ciencias las más valoradas son las que más cerca están del sentido común, es decir, de la estupidez. Los teólogos se mueren

---

274c5-275b2 nos cuenta, por boca de Sócrates, la historia del rey de Egipto Thamó, quien recibió de parte de Thoth el conocimiento de la aritmética, geometría, astronomía y escritura para divulgarlas entre los egipcios. Esta última invención, según Thamó, sería nefasta para su pueblo pues conllevaría, por comodidad, el progresivo olvido de las anteriores disciplinas, al ser confiadas no a la memoria individual sino a un soporte fijo, que tendría que soportar continuas interpretaciones (y las esperables tergiversaciones).

<sup>220</sup> δαίμονας, en el original. Erasmo resalta la paronomasia existente con la palabra griega δαίμων, «divinidad, genio, demonio», que es equivalente a la otra, según refiere Hesiquio. *Lexicon*. Δ. 79: δαίμων· δαήμων, θερμόφρων· ἢ θεός, es decir, «daimon: sabedor, sensato, o dios». Esa misma etimología es la que propone Platón, *Crátilo*, 398b5-7.

<sup>221</sup> El mito de la Edad Dorada, ya presente en Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 109-126. Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, 5, 932 ss., y Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 89 ss., es uno de los tópicos literarios más importantes y recurrentes a lo largo de la historia occidental. En el Renacimiento esa época se identifica, en parte, con la vuelta a los patrones filosóficos, literarios y artísticos clásicos. Véanse, al respecto, los trabajos de K. KUBSCH, *Aurea saecula: Mythos und Geschichte. Untersuchung eines Motivs in der antiken Literatur bis Ovid*, Frankfurt am Main-Berna-Nueva York, 1986, especialmente pp. 213-215. ; M. GONZÁLEZ-HABA, *El mito de la Edad Dorada y su huella*, Madrid, 1989.

de hambre, los físicos de frío, los astrólogos<sup>222</sup> son objeto de risa y los dialécticos de desprecio. Tan sólo *el hombre que es médico vale tanto como muchos hombres*<sup>223</sup>. Y en esta misma clase cuanto más ignorante, más temerario y más irreflexivo es uno tanta más estima tiene incluso entre esos príncipes enojados. Sin embargo, la medicina, sobre todo tal como ahora la ejercen los más, no es nada más que un elemento de la adulación, no menos, por cierto, que lo es la retórica. Tras éstos el siguiente puesto lo ocupan los leguleyos –y no sé si no será el primero– de cuya profesión –por no decir yo mi propia opinión– suelen reírse con unanimidad los filósofos como asnal. Y, con todo, es la decisión de estos asnos la que regula tanto las actividades mayores como las menores. A ellos les crecen los latifundios, mientras que el teólogo, tras sacudir las cestas que albergan la divinidad entera<sup>224</sup>, roe altramuces y libra una constante batalla contra chinches y piojos. Por lo tanto, así como son más felices las artes que tienen mayor afinidad con la estupidez, del mismo modo son, con mucho, los más felices los que han podido abstenerse por completo del trato con todas las ciencias y seguir como guía sólo a la naturaleza, que está intacta, a no ser que tal vez queramos saltarnos los límites de la condición mortal. La naturaleza odia los afeites y lo que no ha sido maltratado por artificio alguno se desarrolla con mucha mayor exuberancia.

[XXXIV. EL MÁS DICHOSO ES EL GÉNERO DE LOS ANIMALES, A LOS QUE EL ARTE NO HA ENSUCIADO]

Vamos a ver: ¿es que no veis que de cada especie de los demás animales los que viven más felizmente son los que están más lejos de las ciencias y no les guía más magisterio que el de la naturaleza? ¿Hay algo más dichoso y admirable que las abejas? Y, sin embargo, ni siquiera tienen todos los sentidos corporales. ¿Hay algo parecido que la arquitectura pueda encontrar a la hora de construir edificios? ¿Qué filósofo fundó jamás semejante estado? En cambio, el caballo, como es afín a los sentimientos humanos y se ha trasladado a convivir con los hombres, participa también de sus calamidades. Como que no es raro que hasta reviente en las carreteras por darle vergüenza la derrota y sea herido en las batallas por anhelar la victoria y muerda el polvo a la vez que su jinete<sup>225</sup>. Por no recordar, de paso, el

<sup>222</sup> El término «astrólogo» en el mundo antiguo, que es el que forma la base referencial del *Elogio*, vale lo mismo que «astrónomo». Nada que ver con la idea que hoy día tenemos de la astrología como técnica adivinatoria para-científica.

<sup>223</sup> ἰατρός ἀνὴρ πολλῶν ἀντάξιός ἀνδρῶν, cfr. Homero, *Iliada*, 11. 514: ἱερὸς γὰρ ἀνὴρ πολλῶν ἀντάξιός ἄλλων.

<sup>224</sup> El texto latino dice *excussis totius diuinitatis scrinilis*; el *scrinium* (en castellano «escriño» o «escriña») era una caja o cesta de forma cilíndrica confeccionada con varas o juncos tejidos con paja en donde se guardaban los libros en forma de *uolumina* o rollos. En este caso ha de entenderse que contienen textos filosóficos y sagrados.

<sup>225</sup> La felicidad de la que gozan las abejas es un *tópos* clásico que ya se encuentra en Virgilio, *Geórgicas*, 4, *passim* y en Plinio el Viejo, *Historia natural*, 11. 59. El término «filósofo» alude, como es evidente, a Platón. Cfr. nota 171. La descripción de la mala vida que soporta el caballo por haberse asociado al hombre contiene reminiscencias de Horacio, *Epístolas*, 1. 1. 9: *ilia ducat (in certaminibus ducit ilia)* y Virgilio, *Éneida*, 11. 418: *bumum semel ore momordit (terram ore momordit)*.

bocado con puntas, las espuelas con espinas, la prisión del establo, los látigos, fustas, bridas, el jinete y, en suma, toda esa tragedia de la servidumbre a la que se entrega espontáneamente, mientras, imitando a hombres valerosos, se emplea con todo ahínco en vengarse del enemigo. ¡Cuánto más deseable es la vida de las moscas y de las avcillas, que viven al día y sólo según su instinto natural, con tal que se lo permitan las trampas del hombre! Si alguna vez son encerradas en una jaula y se acostumbran a reproducir el lenguaje humano, es sorprendente lo mucho que pierden de aquel esplendor natural suyo. Hasta tal extremo en todos los aspectos es más radiante lo que ha creado la naturaleza que lo que el arte ha falseado. Por consiguiente, nunca podría alabar yo lo bastante aquel gallo que fue Pitágoras<sup>226</sup>, quien, siéndolo todo en uno solo: filósofo, hombre, mujer, rey, particular, pez, caballo, rana –creo que incluso esponja–, dictaminó, sin embargo, que no había ningún animal más desventurado que el ser humano, porque todos los demás se contentaban con los términos de su naturaleza y el ser humano era el único que trataba de salirse de los límites de su condición.

[XXXV. LOS ESTÚPIDOS, TONTOS, IDIOTAS Y PAYASOS SON MUCHO MÁS DICHOSOS  
QUE LOS SABIOS]

De nuevo, entre los hombres antepone él, por muchas razones, los ignorantes a los doctos y famosos, y el ilustre Grilo aquel no fue poco más sabio que *el astuto Ulises*<sup>227</sup>, porque prefirió estar gruñendo en una pocilga a lanzarse de la mano de éste a tantas aciagas aventuras<sup>228</sup>. No me parece que disienta de estas ideas Homero, padre de las naderías<sup>229</sup>, quien no sólo llama a menudo a todos los mortales *desgraciados y desventurados*<sup>230</sup>, sino que también califica con frecuencia a su famoso Ulises, paradigma de sabiduría, de *infeliz*<sup>231</sup> y en ningún pasaje lo hace con Paris, Áyax ni Aquiles<sup>232</sup>. ¿Y por qué motivo va a ser eso sino porque aquel taimado y mañoso no hacía nada sin el consejo de Palas y se pasaba de sabio al alejarse al máximo de las pautas de la natu-

<sup>226</sup> Véase nota 91. La alusión a Pitágoras como gallo se refiere a la figura que el sabio adopta en uno de los diálogos de Luciano (*El sueño o el gallo*) en donde confiesa que antes de ser gallo había tenido naturalezas numerosas e, incluso, enfrentadas (caps. 19 y 20).

<sup>227</sup> πολύμητις Ὀδυσσεύς, es una fórmula frecuentísima en la *Ilíada* y en la *Odisea*. Otros epítetos épicos que suelen calificar a Ulises son πολυμήχανος y πολύτροπος, de significado similar aunque con una presencia menor.

<sup>228</sup> Sobre Grilo véase nota 21.

<sup>229</sup> El texto latino dice *nugarum pater*, donde algunos traducen *nugarum* como «fábulas, leyendas», tal vez intentando mitigar la impertinencia que espeta la Estupidez sobre el reverenciadísimo Homero. Esa insolencia –fruto a su vez de la ignorancia y de la arrogancia– es, sin embargo, la que mejor se ajusta al decoro poético que debe mostrar este personaje erasmiano.

<sup>230</sup> δειλοῦς καὶ μοχθηροῦς, el segundo adjetivo no aparece ni una sola vez en las obras homéricas.

<sup>231</sup> δυστήριον, calificativo de Ulises frecuente en la *Odisea*. 5. 436; 7. 223; etcétera.

<sup>232</sup> Paris, Áyax y Aquiles son tres héroes legendarios de la guerra de Troya. El primero, troyano, causa directa de la guerra al retener a Helena, esposa del rey espartano Menelao; los otros dos, griegos, acompañaron a su colega para recuperar a su mujer. De ellos y del ciclo épico troyano está repleta toda la literatura grecorromana en todos los géneros (drama, poesía épica, lírica...).

raleza? Por consiguiente, del mismo modo que entre los mortales los que más lejos están de ser felices son quienes se afanan en ser sabios –y, como era de esperar, por eso mismo son doblemente tontos, porque, aunque hayan nacido hombres, sin embargo, olvidándose de su condición, fingen llevar la vida de los dioses inmortales y, a ejemplo de los gigantes<sup>233</sup>, le hacen la guerra a la naturaleza con los inventos de las ciencias– de igual forma los que parecen menos desgraciados son quienes más se acercan al natural necio de las bestias y no proyectan nada que vaya más allá de lo que el ser humano es. Bien, comprobemos si podemos demostrar también esto pero no con los entimemas<sup>234</sup> propios de los estoicos, sino con algún ejemplo vulgar. Y, por los dioses inmortales, ¿hay algo más feliz que ese tipo de hombres, a los que la gente llama payasos, estúpidos, necios y simples, calificativos –al menos en mi opinión– bellísimos? Voy a decir una cosa a primera vista tal vez tonta y absurda, y, sin embargo, la única absolutamente verdadera. De entrada, carecen del miedo a la muerte, mal no pequeño, por Júpiter. Carecen de remordimiento de conciencia; no les espantan las historias de muertos<sup>235</sup>; no les asustan los fantasmas ni los espíritus; no les atormenta el miedo de los males inminentes ni les desazona la esperanza de los bienes por venir. En suma, no les afligen los miles de cuitas a las que está sujeta la vida; no sienten vergüenza, ni temor, ni ambición, ni ojeriza, ni amor. Por último, si se acercan más aún a la insensatez propia de los animales irracionales, ni siquiera son capaces de pecar, según dicen los teólogos. En este punto me gustaría que me explicaras de una vez, sabio estúpido, cuántas preocupaciones de todo tipo torturan tu ánimo noche y día, y que reunieras en un montón todas las contrariedades de tu vida, y así entenderás por fin de cuántos males he apartado a mis necios del alma. Añádele a esto que ellos no sólo disfrutan, juegueteen, canturrean y ríen, sino que dondequiera que se dirijan les lleven también a todos los demás el placer, la broma, el juego, y la risa, como si la clemencia de los dioses los hubiera mandado precisamente para alborozar la tristeza de la vida humana. De lo que se desprende que, mientras los afectos de unas personas para con otras son variados, a éstos todos los reconocen como suyos, los buscan, les complacen, acogen, abrazan y ayudan, si les pasa algo, y les consienten decir o hacer lo que sea sin que haya castigo. Y hasta tal punto no hay nadie que desee hacerles daño, que incluso los animales fieros se contienen de lastimarles, como por un cierto saber instintivo de su inocencia. En efecto, son verdaderamente sacrosantos para los dioses –sobre todo para mí– y por ello todos les rinden este honor merecidamente.

<sup>233</sup> Se refiere a los gigantes míticos (Porfirión, Alcioneo, Efialtes, Éurito y Polibotes, entre otros), hijos de Gea (la tierra) y Urano (el cielo), incapaces de morir a manos de los dioses pero sí por obra de algún mortal. Entablaron batalla con los dioses como venganza tras haber encerrado Zeus a sus hermanos los Titanes en el Tártaro.

<sup>234</sup> El «entimema» es una forma de silogismo elíptico, típico de la retórica, en el que una de las dos premisas no aparece por estar sobreentendida dentro del razonamiento. El ejemplo que ofrece la *Suda*. E, 1370 es: οὗτος ἄξιός ἐστι κολάσεως· προδότης γάρ ἐστι. προστίθησι γάρ ὁ δικαστὴς ὡς ἐναργὲς τὸ πάντα τὸν προδότην κολάσεως ἄξιον εἶναι: «menganan merece recibir castigo porque es un traidor. En efecto, el juez pronuncia sentencia teniendo en cuenta que es evidente que todo traidor merece ser castigado».

<sup>235</sup> El texto dice *Mantum fabulamentis*. Los manes son las divinidades que representan a cada individuo después de muerto y la traducción intenta recoger ese sentido con una expresión más usual en castellano.



¿Qué me decís del que hagan las delicias incluso de los más altos reyes hasta tal punto que algunos no pueden ni comer, ni andar, ni aguantar ni una triste hora sin su compañía<sup>236</sup>? Y no es pequeña la distancia con que prefieren estos simplones a esos lúgubres sabios suyos, a los que, con todo, algunos suelen mantener por prestigio. El porqué de esta preferencia no creo que sea un misterio ni debe parecer extraño, puesto que los sabios esos no suelen ofrecer a los príncipes nada que no sea triste y, creídos de su saber, no temen arañar a veces sus tiernos oídos con verdades mordaces. Los bufones, en cambio, proporcionan lo único que los príncipes buscan por doquier de todos los modos: bromas, risas, carcajadas y deleites. Ahora oíd también este don nada despreciable de los necios, que consiste en ser los únicos claros y sinceros. ¿Y hay algo que haya sido más elogiado que la verdad? Pues aunque el proverbio de Alcibiades que aparece en Platón les otorga la verdad al vino y a la infancia<sup>237</sup>, sin embargo, toda esa alabanza se me debe a mí exclusivamente, según el testimonio de Eurípides, de quien se conserva aquel célebre dicho sobre mí *Pues el necio dice necedades*<sup>238</sup>. Tenga lo que tenga el simple en el pecho, también lo refleja en el rostro y lo exterioriza al hablar. Por el contrario, los sabios tienen aquellas famosas dos lenguas, como el mismo Eurípides recuerda: con una dicen la verdad y con la otra lo que consideren conveniente según el momento<sup>239</sup>. Es propio de ellos volver blanco lo negro, soplar lo frío y lo caliente por igual con la misma boca<sup>240</sup>, así como guardar una cosa en el pecho y fingir otra cuando hablan. Además, a pesar de tan gran felicidad, sin embargo, los príncipes me parecen desgraciadísimos por no tener nadie de quien bñr la verdad y verse obligados a tener aduladores en vez de amigos. Pero —alguien dirá— los oídos de los príncipes aborrecen la verdad, y por esa misma razón evitan a

<sup>236</sup> Se refiere a los bufones palaciegos. Sobre su importancia política e histórica en la sociedad del Renacimiento véase el libro de A. GAZEAL, *Los bufones*, trad. de C. Navarro, Valencia, 1992 y, para el caso particular de España, A. NAVAS MORMENEO, *Lenguaje de locura y tradición bufonesca en la España de los siglos XVI y XVII*, tesis doctoral, Barcelona, 1986.

<sup>237</sup> Platón, *Banquete*, 217e3 s.: οἶνος ἀνερ τε παῖδων καὶ μετὰ παῖδων ἦν ἀληθής, esto es, «el vino era fuente de verdad tanto sin niños como con niños». Por otra parte, es de sobra conocido el proverbio latino *in vino ueritas*, que corresponde al griego ἐν οἴνῳ ἀλήθεια y aparece recogido en *Adagia*, 1, 7, 17. La interpretación que, por boca de la Estupidez, da Erasmo del texto platónico es errónea probablemente porque empleó la traducción (equivocada en este punto) que Marsilio Ficino había hecho del diálogo de Platón.

<sup>238</sup> μῶρα γὰρ μῶρος λέγει, Eurípides, *Bacantes*, 369.

<sup>239</sup> Aunque esta referencia a Eurípides suele identificarse con el pasaje del *Reso*, 394s.: φιλῶ λέγειν / τάληθες αἰεὶ κοῦ διπλοῦς πέφυκ' ἀνὴρ: «me gusta decir siempre la verdad y no soy por naturaleza un hombre falso», en Eurípides encontramos otro lugar más ajustado a lo que la Estupidez dice en las *Trojanas*, 285-287: ὅς πάντα τάκειθεν ἐνθάδε στρέφει, τὰ δ' / ἀντίπαλ' αὐθις ἐκέισε διπτύχῳ γλώσσῃ / φίλα τὰ πρότερ' ὄφιλα τιθέμενος πάντων: «(Ulises) que lo que está en un lado lo da la vuelta al otro y vuelve a ponerlo al revés con una lengua de dos caras, volviendo odioso lo que antes todos amaban», en donde se habla de Ulises, que es modelo de inteligencia y reflexión. En castellano tenemos el refrán que dice «Niños y gente loca, la verdad en la boca; cuerdos y sabios, la mentira en los labios».

<sup>240</sup> Hace referencia a la leyenda que aparece recogida en Esopo, *Fábulas*, 35, «El hombre y el sátiro», en la que se cuenta la historia de un hombre que traba amistad con un sátiro al que invita a comer a su casa. Estando ya a la mesa, el hombre se sopla las manos para calentarlas, pues era invierno, y a continuación sopla la comida para enfriarla, pues estaba demasiado caliente. El sátiro dejó de ser amigo suyo por no confiar en alguien que con el mismo aliento calentaba o enfriaba según le conviniese.

esos sabios, porque temen que pueda haber alguno más que resuelto, que ose decir más verdades que lindezas. Así están las cosas: la verdad resulta odiosa a los reyes, y, sin embargo, eso mismo les viene de perlas a mis queridos simplones, el que no sólo se escuchen con gusto las verdades, sino incluso insultos manifiestos, hasta el punto de que una misma cosa, que si saliera de la boca de un sabio supondría la pena capital, dicha por un bufón, engendra un increíble placer. En efecto, la verdad tiene un cierto poder natural de agradar, con tal que no conlleve nada que pueda ofender. Pero, desde luego, eso los dioses sólo se lo han concedido a los necios. Más o menos es por este mismo motivo por el que las mujeres suelen divertirse encarecidamente con este tipo de hombres, en tanto en cuanto por naturaleza son más propensas al placer y a las frivolidades. Por consiguiente, cualquier cosa semejante que hicieran, aunque a veces sea sumamente seria, ellas, no obstante, la interpretan como broma y juego. ¡Cómo es de hábil este sexo, sobre todo para encubrir sus fechorías!

### [XXXVII. ÍDEM]

Así que, volviendo a la felicidad de los simples, tras haber pasado la vida con gran alegría, sin ningún temor ni percepción de muerte se van derechos a los Campos Elíseos<sup>241</sup>, para también allí deleitar con sus donaires a las almas piadosas y ociosas. Pasemos ahora a comparar a cualquiera por sabio que sea con la suerte de este idiota. Imagina que le pones enfrente a un modelo de sabiduría, a un hombre que haya gastado toda su infancia y adolescencia en el aprendizaje cabal de las ciencias y haya perdido la parte más dulce de la vida en continuos insomnios, preocupaciones y sudores, y que ni siquiera en todo lo que le restaba de vida haya probado ni un poquitín de placer, siempre frugal, pobre, triste, sombrío, injusto y duro consigo mismo, severo y odioso para los otros, consumido por la palidez, la delgadez, la enfermedad, las legañas, por una vejez y unas canas adquiridas mucho antes de tiempo, que antes de tiempo se va de la vida. Aunque, ¿qué importa cuándo ha de morir semejante tipo que nunca ha vivido? Ahí tenéis el excelso retrato de un sabio.

### [XXXVIII. LA LOCURA ES ALGO DESEABLE]

Pero hete aquí que de nuevo me salen al paso con su croar *las ranas de la Estoa*<sup>242</sup>. «No hay nada —dicen— más desgraciado que la locura. Pero una estupidez manifiesta o está rayando con la locura o, mejor dicho, es la locura misma. Porque, ¿qué es estar loco sino tener la mente extraviada?» Pero son ellos los que andan totalmente extraviados. Venga, desvaneczcamos también este silogismo, con ayuda de las Musas. Sin duda

---

<sup>241</sup> Lugar mítico de felicidad en torno al Hades, al que iban a descansar tras su muerte los héroes y los hombres justos.

<sup>242</sup> οἱ ἐκ τῆς στοᾶς βάρπητοι. Se refiere a la escuela filosófica de los estoicos, fundada en Atenas por Zenón de Citio, cuyos primeros miembros tenían por costumbre reunirse en la *Stoà Poikile* o columnata existente al lado de la Acrópolis.

razonan sutilmente, pero igual que Sócrates, según aparece en Platón, imparte sus enseñanzas sacando de una sola Venus partida dos y de un solo Cupido dividido otros dos<sup>243</sup>, de la misma manera convenía que también esos dialécticos distinguiesen una locura de la otra, si es que querían pasar ellos mismos por cuerdos. Pues tampoco toda locura es perjudicial. De lo contrario, no habría dicho Horacio: «¿acaso está jugando conmigo una amable locura?»<sup>244</sup>, ni Platón habría colocado el arrebatado de poetas, vates y amantes entre las principales delicias de la vida<sup>245</sup>, ni aquella sacerdotisa hubiese calificado de loca la empresa de Eneas<sup>246</sup>. Pero hay dos clases de locura: una que es la que las Furias vengadoras mandan desde los infiernos, cuando, lanzando sus serpientes, meten en los pechos de los mortales el ardor de la guerra o una insaciable sed de oro, o un amor indecente y abominable, o el parricidio, el incesto, el sacrilegio o alguna otra calamidad de este tipo, o bien cuando con furias y refulgentes espectros persiguen un espíritu culpable y reconcomido. Muy diferente a ésta es la otra clase, que, evidentemente, brota de mí y es la que más deseo merece por encima de todo. Acontece siempre que un cierto alegre extravío mental, a la vez que libera el espíritu de cuitas angustiosas, lo deja empapado de múltiples placeres. Pues bien, este extravío mental es el que, como un gran regalo de los dioses, desea Cicerón en sus cartas a Ático, es evidente que para poder verse libre de la conciencia de tan grandes desastres<sup>247</sup>. Tampoco

<sup>243</sup> En el *Banquete*, 180c1-181a6 se habla de las dos Venus: la Pandemia (o vulgar) y la Urania (o celestial). El pasaje de Platón suele interpretarse como revelador de los dos tipos de amor: el carnal, que busca la unión sexual, y el ideal, que pretende la unión divina de las almas, el llamado «amor platónico». Precisamente, fue el médico y humanista florentino Marsilio Ficino (1433-1499), traductor y comentarista del *Banquete* de Platón, quien, en una carta, creó la expresión «amor platónico» para designar un afecto más elevado y moralmente más perfecto que el carnal.

<sup>244</sup> Horacio, *Odas*, 3, 4, 5-8:

*auditis? an me ludit amabilis  
insania? audire et uideor pios  
errare per lucos, amoena  
quos et aquae subeunt et aurae.*

«¿Lo oís (el canto de Calíope)? ¿Acaso está jugando conmigo una amable locura? Me parece estar oyéndolo y vagar por los bosques bañados por placenteras aguas y brisas.»

<sup>245</sup> Como nos dice en el *Fedro*, 244a6-244b3: νῦν δὲ τὰ μέγιστα τῶν ἀγαθῶν ἡμῖν γίγνεται διὰ μανίας, θεῖα μέντοι δόσει διδομένης. ἥ τε γὰρ δὴ ἐν Δελφοῖς προφητὶς αἱ τ' ἐν Δωδώνῃ ἱέρειαι μανέισαι μὲν πολλὰ δὴ καὶ καλὰ ἰδίᾳ τε καὶ δημοσίᾳ τὴν Ἑλλάδα ἠγάσαντο, σωφρονίζουσαι δὲ βραχέα ἢ οὐδέν. «Ahora bien, las mayores bondades nos vienen de la locura, pero sólo cuando es un don de los dioses. Pues tanto la profetisa de Delfos como las sacerdotisas de Dodona, cuando tenían un arrebatado hicieron a Grecia muchas cosas bellas en privado y en público, en cambio, cuando estaban en sus cabales, pequeñeces o nada».

<sup>246</sup> Virgilio, *Eneida*, 6, 133-136. La sibila de Cumas le da a Eneas las instrucciones para ir al Averno a visitar a su padre Anquises muerto:

*quod si tantus amor menti, si tanta cupido est  
bis Stygios innare lacus, bis nigra uidere  
Tartara, et insano tuuat indulgere labori,  
accipe quae peragenda prius.*

«pero si tan gran amor sientes y tan gran deseo de cruzar dos veces la laguna Estigia, de ver dos veces el negro Tártaro y te place entregarte a una empresa loca, escucha lo que hay que hacer antes.»

<sup>247</sup> En sus *Epístolas a Ático*, 3, 13, 2, Cicerón, preocupado ante la formación del segundo triunvirato (Octavio, Lépido y Marco Antonio) le dice a su buen amigo Tito Pomponio Ático: *Nam quod scribis te audire me etiam mentis errore ex dolore adfici, mihi uero mens integra est*. «Porque respecto a lo que me escribes de que te llegan noticias de que el dolor también me ha afectado la cabeza, lo cierto es que la cabeza la tengo intacta».

andaba desencaminado aquel ciudadano de Argos, que estaba tan sumamente loco que se pasaba los días enteros él solo sentado en el teatro, riéndose, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía que allí se estaban representando asombrosas tragedias, cuando no se representaba nada en absoluto, aunque en los demás quehaceres de la vida se comportaba perfectamente «agradable para los amigos, complaciente con su mujer, capaz de perdonar a los esclavos y de no enloquecer porque se le haya descorchado una botella». Cuando el esfuerzo de sus parientes le había aliviado con medicamentos su enfermedad y ya había vuelto del todo a sus cabales, se quejó a sus amigos hablándoles de esta manera: «Por Pólux que me habéis matado, amigos, y no salvado, al arrancarme así el placer y quitarme por la fuerza un gratisimo trastorno»<sup>248</sup>. Y con toda razón. En efecto, eran ellos quienes desvariaban y más necesitaban del eléboro<sup>249</sup>, por creer que había que echar con pócimas, como si de una enfermedad se tratase, una locura tan feliz y divertida. Sin embargo, desde luego aún no he afinado que cualquier trastorno de los sentidos o de la mente deba calificarse de locura, pues tampoco parecerán inmediatamente locos si a uno que tiene legañas una mula le parece un burro o si otro admira un poema tosco como si fuese magistral. Pero si alguien yerra no sólo en sus sentidos sino también en sus juicios fuera de lo común y de una forma constante, a ese sí que se le considerará próximo a la locura, igual que si alguien que escuchase rebuznar a un asno, creyese estar oyendo una maravillosa orquesta o si un pobretón, de la más baja extracción, se creyese el rey Creso de Lidia<sup>250</sup>. Pero esta clase de locura sí, como casi siempre sucede, tiende al placer, no reporta poco gusto tanto a quienes están en sus manos como a quienes le prestan atención y que, sin embargo, no están locos de la misma forma. Porque esta clase de locura está mucho más extendida de lo que el común de la gente llega a entender. Y es que, por su parte, un loco se ríe de otro loco y se proporcionan a turnos un placer recíproco. Y no será raro que veáis que el que más loco está se ríe con más fuerza del que lo está menos.

[XXXIX. SEMEJANTE LOCURA ES LA QUE DOMINA A MARIDOS, CAZADORES,  
ARQUITECTOS Y JUGADORES]

Pero, a juicio de la Estupidez, cuanto más insensato, tanto más feliz es cada uno, con tal que aguante en esta clase de locura que me caracteriza y que está tan extendida que no sé si de todo el conjunto de los mortales se podría encontrar a alguien que esté en su juicio a todas horas y no esté en poder de algún tipo de demencia.

<sup>248</sup> La historia del argivo está tomada —y citada textualmente en algunos versos— de Horacio, *Epístolas*, 2, 2, 128-140.

<sup>249</sup> El eléboro es una planta de cuya raíz se extrae un jugo tóxico por los alcaloides que contiene, que en la Antigüedad se creía curativa de enfermedades digestivas y mentales (cfr. la cura de la melancolía en Plinio el Viejo, *Historia natural*, 22, 133). Gelio, *Noches áticas*, 17, 15, 4-5, nos habla de los dos tipos de eléboro según el color de su raíz, blanca o negra, indicados para tratar diferentes dolencias y advierte del peligro mortal que puede suponer tomarlo.

<sup>250</sup> Último rey de Lidia (ca. 560-546 a.C.) hijo de Aliates y paradigma clásico de inmensa riqueza. Cfr. Heródoto, *Historias*, libro 1 *passim*. En *Adagia*, 1, 6, 74 aparece el proverbio *Groeso, Crasso ditior*: «más rico que el rey Creso y Craso».

Por otro lado, la única diferencia estriba en que a quien, cuando ve una calabaza, cree estar viendo a su mujer, le cuelgan el título de loco, porque a muy pocos les resulta usual, y, en cambio, cuando uno jura que su mujer —que comparte con muchos— vale más que Penélope<sup>251</sup> y se felicita de modo mayúsculo, feliz en su engaño, a éste nadie le llama loco, porque ven que eso les sucede a los maridos en todas partes.

A esta categoría pertenecen también esos que lo desprecian todo ante la caza mayor y van diciendo que obtienen un placer espiritual increíble siempre que oyen ese sonido desagradable del cuerno y el ladrido de los perros. Creo que incluso cuando huelen los excrementos de los perros les parece que se trata de cinamomo<sup>252</sup>. Además, ¡qué delicia cuando hay que descuartizar una fiera! A la plebe se le deja despedazar toros y carneros, pero a un animal salvaje sólo le está permitido desmembrarlo a alguien linajudo. Éste, con la cabeza descubierta y de hinojos, va cortando escrupulosamente con gestos medidos los miembros justos y en el orden exacto. Mientras, la muchedumbre, que guarda silencio formando un corro, se pasma como ante algo insólito, aunque haya visto este espectáculo más de mil veces. Además, quien haya tenido la suerte de probar un poco de la bestia encuentra que no es poca nobleza la que se le pega. Y así, aunque éstos con su continuo perseguir y comer fieras no consigan más que degenerar hasta ser ellos mismos poco menos que fieras, sin embargo, entretanto piensan que se están dando una vida de reyes.

Muy parecido a éstos es el tipo de personas que arden en insaciables deseos de edificar y unas veces cambian lo redondo por lo cuadrado y otras lo cuadrado por lo redondo. Y no existe para ellos ningún límite ni medida, hasta que, reducidos a una indigencia crítica, no les queda ni dónde vivir ni qué comer. ¿Y qué más da? Entretanto han pasado algunos años con sumo placer. Muy cerca de ellos me parece que están los que mediante artes extrañas y secretas se esfuerzan en cambiar las formas de las cosas y van por tierra y mar a la caza de cierta quintaesencia. Hasta tal punto les amamanta su dulce esperanza que nunca sienten pereza ni de las fatigas ni de los gastos y con admirable ingenio siempre inventan algo con lo que poder engañarse de nuevo y crear una simulación que les resulte grata, hasta que, después de haberlo gastado todo, ya no hay nada que echar al hornillo. Pero no dejan de soñar dulces sueños, mientras animan a los demás a esa misma felicidad en la medida de sus posibilidades. Y cuando ya se ven abandonados por completo de toda esperanza, les queda, sin embargo, una máxima que supone muy gran consuelo: «En las cosas importantes, el haberlas querido ya es bastante».<sup>253</sup> Y entonces le echan la culpa a la brevedad de la vida por no ser suficiente para tan gran empresa. Igualmente, tengo

---

<sup>251</sup> En la expresión «no sé si (...) se podría encontrar a alguien que esté en su juicio a todas horas» hay una clara referencia a Plinio el Viejo. *Historia natural*, 7, 131. Penélope es la esposa de Ulises, ejemplo de amor y fidelidad a su marido, al que aguardó pacientemente hasta su regreso a Ítaca después de finalizada la guerra de Troya. Cfr. Homero, *Odisea, passim* y la preciosa carta ficticia que al respecto compuso Ovidio, *Heroidas*, 1.

<sup>252</sup> El cinamomo es un árbol de la familia del laurel, de cuya corteza se extrae un polvo empleado como especia culinaria así como medicina, perfume y como sustancia para embalsamar. Tiene un olor dulzón y penetrante.

<sup>253</sup> Verso tomado de Propertio. 2, 10, 6.

mis dudas sobre si hay que admitir a los jugadores de dados en nuestra cofradía. Sin embargo, es un espectáculo absolutamente estúpido y ridículo cuando vemos a algunos tan enganchados que en cuanto oyen el ruido de los dados, al punto les salta y se les sale el corazón. Después, cuando la continua esperanza de ganar les hace echar a pique todas sus posesiones, estrellando su nave contra el escollo del juego, bastante más temible que el cabo Malea<sup>254</sup>, y apenas han salido a flote desnudos, engañan a quien sea antes que a su vencedor, naturalmente para que no les tengan por hombres poco serios. ¿Y qué decir cuando ya viejos y medio ciegos, se dedican a jugar con anteojos y, por último, cuando la merecida gota ya les ha entumecido los nudillos, contratan a sueldo a un representante que eche los dados en el cubilete en su lugar? Una delicia, sin duda, de no ser porque este juego, por lo general, suele acabar en frenesí y entonces pasa a ser asunto de las Furias, no mío.

#### [XL. LOS SUPERSTICIOSOS]

Sin duda alguna pertenece por entero a nuestro gremio el otro tipo de hombres que se complace en escuchar y contar falsos milagros y prodigios, y nunca tiene bastante de semejantes patrañas, cuando salen a colación cosas extraordinarias sobre fantasmas, duendes, espectros, seres infernales y otros mil portentos de este jaez, que, cuanto más lejos están de la verdad con tanto mayor placer son escuchados y cosquillean los oídos con una picazón más agradable. Y esto no sólo les viene de perlas para aliviar el tedio de las horas, sino que también toca a su lucro, especialmente el de sacerdotes y predicadores. De nuevo, junto a ellos están quienes tienen la sin duda estúpida pero agradable convicción de que si llegan a ver alguna talla o pintura de san Cristóbal cual Polifemo<sup>255</sup>, ya no se van a morir ese día, o que quien salude a una imagen de santa Bárbara con las palabras establecidas, va a regresar ileso del combate, o que si alguien visita a san Erasmo unos días concretos, con unas velitas y unas jaculatorias concretas, se hará rico en poco tiempo. Por otro lado, han encontrado en san Jorge a otro Hércules, igual que se han inventado otro san Hipólito. Al caballo de éste, escrupulosamente adornado con jaeces y botones, no lo llegan a adorar por los pelos y a menudo se ganan su favor con alguna ofrendilla inesperada; y se tiene por digno de reyes jurar por su casco de bronce. ¿Y qué decir de esos que se miman con toda dulzura con imaginarios perdones de sus pecados y miden como con clepsidra<sup>256</sup> los tiempos del

<sup>254</sup> Cabo del sureste de Laconia, en la Península del Peloponeso, famoso por sus tempestades, de lo que se creó el refrán griego que decía: Μαλέαν δὲ κάμψας ἐπιλαθοῦ τῶν οἰκάδε: «cuando hayas doblado el cabo Malea olvídate de volver a casa»: cfr. *Scholia in Odysseam (scholia uetera)*, 9, 80.

<sup>255</sup> San Cristóbal suele representarse como un hombre que atraviesa un río llevando un niño a hombros. Aquí se le compara con Polifemo por el supuesto inmenso tamaño de su imagen.

<sup>256</sup> La clepsidra es un reloj basado en el goteo regular del agua contenida en un depósito. Por supuesto, el cómputo del tiempo no estaba fundamentado en el actual sistema sexagesimal. La clepsidra era empleada en los juicios para medir con exactitud el tiempo del que disponían los oradores en una causa; tal vez esa connotación forense sea intencionada, hablando como habla la Estupidez del Purgatorio.

Purgatorio, contando los siglos, años, meses, días y horas, como con una tabla matemática, sin ningún margen de error? O de los que confiados en algunos signos y conjuros mágicos, que algún pío farsante inventó por el bien de su alma o para su propio lucro, no dejan de prometerse todo: riquezas, honores, placeres, empachos, una salud eternamente boyante, una vida larga, una vejez vigorosa y, por fin, un asiento junto a Cristo entre los santos, que no querrían, sin embargo, que les tocase sino lo más tarde posible, o sea, cuando, aunque sea contra su voluntad y se agarren a ellos con los dientes, los placeres de esta vida les hayan abandonado y pasen a sustituirles los goces celestiales. Supón, por ejemplo, un negociante, un soldado o un juez que, con gastar tan sólo una monedita<sup>257</sup> de entre todas sus rapiñas, cree que ha purificado de una sola vez toda la hidra de Lerna<sup>258</sup> que es su vida y considera que quedan perdonados como por un contrato tantos perjurios, tantas pasiones, tantas borracheras, tantas peleas, asesinatos, estafas, perfidias y traiciones, y perdonados de forma que ya le está permitido volver de nuevo a una ronda más de crímenes. Pero, ¿hay algo más necio –antes bien, más feliz– que quienes recitando todos los días los famosos siete versículos de los sagrados Salmos, se prometen más que la suprema felicidad? Y se cree que estos versículos mágicos se los mostró a san Bernardo un demonio, sin duda bromista, pero más frívolo que astuto, como que el pobre se vio pillado en su propia trampa<sup>259</sup>. Y estas cosas tan estúpidas que hasta yo misma siento casi vergüenza, no obstante reciben la aprobación, y no sólo por parte del pueblo, sino incluso por los que profesan la religión. ¿Y qué? ¿Acaso no tiene que ver más o menos con eso mismo el que cada región reivindique a algún santo particular suyo, y que a cada uno de ellos le pertenezca una cosa específica y les tributen alguna ceremonia especial, de suerte que éste auxilia en el dolor de muelas, aquél asiste propicio a las parturientas, otro devuelve las cosas robadas, este otro resplandece favorable en los naufragios, el de más allá cuida del rebaño, y así sucesivamente, pues hacer la lista completa de todos sería larguísimo? Los hay que, cada uno por su cuenta, tienen virtudes para más cosas, sobre todo la Virgen Madre de Dios, a quien el común de la gente atribuye casi más poderes que a su Hijo.

#### [XLI. ÍDEM]

Pero a estos santos, ¿qué es lo que les piden los hombres sino lo que toca a la estupidez? Vamos a ver, entre tantos exvotos que veis llenar todas las paredes de

<sup>257</sup> Como óbolo.

<sup>258</sup> La hidra de Lerna era un monstruo que vivía en el lago Lerna, en la Argólida, dotado de nueve cabezas, ocho inmortales y la del medio inmortal, que se duplicaban cuando se las cortaba. Fue uno de los trabajos que tuvo que superar Hércules. Aquí es símbolo de la multiplicidad de lacras que uno va acumulando a lo largo de la vida.

<sup>259</sup> El demonio presumía ante san Bernardo de conocer siete versículos del texto de los *Salmos* que, si se recitaban a diario, otorgaban la salvación eterna. Al preguntarle el santo cuáles eran en concreto y no querer aclarárselo, éste decidió leer a diario, a partir de ese momento, el salterio entero.

algunos templos e incluso cubrir la bóveda, ¿habéis visto jamás el de uno que haya escapado a la necesidad o de uno que se haya vuelto siquiera un pelo más sabio? Uno salió ileso a nado; otro, aun traspasado por el enemigo, vivió; otro escapó de la batalla con más fortuna que valor, mientras los demás luchaban; otro, subido ya a la cruz, con el favor de algún santo amigo de los ladrones bajó de ella para seguir «aligerando» la carga de los que se han enriquecido de mala manera; el de más allá logró huir tras romper sus grilletes; otro se recuperó de la fiebre ante la indignación del médico; para otro el beber un veneno, tras soltársele el vientre, le supuso más remedio que muerte y ello con no poco descontento de su mujer, que perdió el esfuerzo y el dinero; otro, a pesar de habérsele volcado el carro, llevó los caballos ilesos a casa; uno más consiguió vivir tras derrumbársele encima un edificio; otro escapó de un marido que le había pillado: ninguno da las gracias por haberse librado de la estupidez. Tan placentera cosa es no tener ninguna sensatez que los mortales suplican verse libres de todo antes que de la Necesidad. Pero, ¿a qué me meto yo en este piélagos de supercherías?

Aunque tuviese yo cien lenguas y cien bocas,  
y una voz de hierro, no podría explicar todos los tipos de necios,  
ni exponer todos los nombres de la estupidez<sup>260</sup>.

Hasta tal extremo la vida entera de todos los cristianos rebosa por todas partes de este tipo de delirios, que, no obstante, los sacerdotes los admiten y fomentan de buena gana, sabiendo cuánto suele incrementar esto sus ganguillas. Si en medio de estos asuntos surgiese algún sabio odioso y dijese por lo bajo, como es cierto, «no morirás mal, si has vivido bien; redimirás tus pecados si a la limosna le añades el odio a las malas acciones así como lágrimas, desvelos, súplicas, ayunos y cambias por completo tu estilo de vida: tal santo será tu protector, si emulas su vida», si el sabio ese —decía yo— refunfuñara estas y otras cosas por el estilo, mira de qué inmensa felicidad a qué confusión habría hecho volver de golpe las almas de los mortales. A esta cofradía pertenecen los que establecen en vida las honras fúnebres que desean en su velatorio tan celosamente que incluso disponen con pelos y señales cuántos hachones, cuántas túnicas negras, cuántos cantores y cuántas plañideras quieren que haya, como si fuera posible que les llegase alguna percepción de este espectáculo o que los muertos sintiesen vergüenza si su cadáver no es pomposamente enterrado, con idéntico afán con que, elegidos como ediles, se afanarían en organizar unos juegos públicos o un banquete.

<sup>260</sup> Ligera adaptación de los versos de Virgilio, *Eneida*, 6, 625-627:

*non, mihi si linguae centum sint oraque centum,  
ferrea uox: omnis scelerum comprehendere formas,  
omnia poenarum percurrere nomina possim.*

donde *scelerum* («crímenes») está sustituido por *fatuorum*, *comprehendere* («abarcar») por *euoluere* y *poenarum* («castigos») por *stultitiae*.



Aunque lo cierto es que tengo prisa, sin embargo no puedo pasar en silencio a esos que, aunque no se diferencien en nada del más humilde remendón, asombra ver cómo se alaban con algún vano título nobiliario. Uno remonta su linaje a Eneas, otro a Bruto, el de más allá a Arturo<sup>261</sup>. Van mostrando por todas partes retratos esculpidos y pintados de sus antepasados, enumeran los bisabuelos y tatarabuelos y rememoran sus apellidos, aun sin diferenciarse ellos mucho de una estatua muda y estando casi peor que los propios retratos de que alardean. Y, sin embargo, con este amor propio tan dulce pasan una vida completamente dichosa. Tampoco faltan otros igual de necios que admiran a esta clase de bestias igual que a dioses.

Pero, ¿qué hago yo hablando de uno u otro tipo? Como si este amor propio no hiciera en todas partes felicísimos a muchos, por ejemplo, cuando éste, aunque más feo que un mono, se ve ni más ni menos que como un Nireo<sup>262</sup>; otro, tan pronto como ha trazado tres líneas con el compás, ya se considera un Euclides<sup>263</sup>; este otro, que es un *asno tocando la lira*<sup>264</sup> y «tiene peor voz que el marido de la gallina cuando la picotea»<sup>265</sup>, sin embargo, se cree otro Hermógenes<sup>266</sup>.

Pero hay una clase de locura con mucho la más placentera, que hace a algunos gloriarse de cualquier don que tenga uno de sus conocidos igual que si fuese suyo propio. Como era aquel rico doblemente dichoso que aparece en Séneca<sup>267</sup>, que, cuando se disponía a contar alguna historieta, tenía a mano unos criados para apuntarle las palabras, dispuesto a no vacilar en bajar incluso a un combate de boxeo, un hombre, por lo demás, tan flojo que apenas vivía con la confianza puesta en los muchos esclavos notablemente robustos que tenía en casa. ¿Y para qué sacar a colación a los que cultivan las artes, cuando el amor propio es tan característico de todos ellos que antes se encontraría al que renunciase a la finquita del padre que a su ingenio? Pero es característico, sobre todo, de los actores, can-

<sup>261</sup> Eneas es el héroe troyano, hijo de Anquises y de la diosa Venus, que reinó en el Lacio, donde más tarde se asentaría Roma. Bruto fue el primero en llegar a ser cónsul romano tras expulsar de Roma a los Tarquinius. últimos reyes etruscos y, con ello, instaurar la república (509 a.C.). El rey Arturo (s. vi), hijo del rey Uther Pendragon, fue el semilegendario rey de los britanos que se enfrentó a los invasores anglosajones. Su leyenda, de raíces celtas, aparece por primera vez desarrollada ampliamente en la *Historia Regum Britanniae* del inglés Geoffrey de Monmouth (ca. 1139). Su importancia literaria viene respaldada por la existencia del ciclo o leyenda artúrica, presente en varias naciones europeas. Por otro lado, también es posible que Erasmo esté pensando en el Arturo de la mitología griega, quien fue asesinado por pastores borrachos y catasterizado por Zeus en la constelación Bootes, «el Boyero».

<sup>262</sup> Véase nota 160.

<sup>263</sup> Matemático y geómetra griego (ca. 300 a.C.) autor de los *Elementos*, el primer tratado matemático griego conservado y de gran importancia a lo largo de la Antigüedad y Edad Media.

<sup>264</sup> ὄνος πρὸς λύραν, cfr. nota 177.

<sup>265</sup> Es decir, cuando está en celo y la corteja. El texto entrecorrido pertenece a Juvenal, *Sátiras*, 3, 90 s.

<sup>266</sup> Marco Tigelio Hermógenes fue un célebre cantante protegido por Augusto. Horacio, *Sátiras*, 1, 3, 129 s. describe a este tal Hermógenes como *cantor... atque optumus... modulator*; esto es, «el mejor cantante y músico». Cfr. también, del mismo autor, *Sátiras*, 1, 9, 25.

<sup>267</sup> La historia de Calvisio Sabino, hombre de pésima memoria, nos la relata Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 27, 5-8.

tantes, oradores y poetas, entre quienes cuanto más ignorante es uno, tanto más arrogantemente se gusta, tanto más se jacta y engríe. Y encuentran la horma de su zapato<sup>268</sup>. Más aún: cuanto más tonto es algo, más admiradores se gana, igual que las peores cosas siempre agradan a la mayoría, porque —como hemos dicho— la mayor parte de los seres humanos está dominada por la estupidez. Como consecuencia, si quien es más torpe se encuentra a sí mismo mucho más agradable y es admirado por más personas, ¿por qué habría de preferir éste la verdadera sabiduría, que en primer lugar va a costarle mucho, luego le va a volver más pedante y retraído, y por último va a gustar a mucha menos gente?

#### [XLIII. LA EGOLATRÍA ES INHERENTE A LOS INDIVIDUOS, A LOS PUEBLOS Y CASI A LAS CIUDADES]

Por otro lado, veo que la naturaleza, igual que ha hecho con cada uno de los mortales, ha dotado a cada nación y casi a cada ciudad de una cierta egolatría colectiva y de aquí viene que los británicos reclamen para sí como peculiaridad suya, además de otras cosas, la belleza, la música y la buena mesa; los escoceses se jactan de su nobleza y de su entronque con reyes así como de sutilezas dialécticas<sup>269</sup>; los franceses se atribuyen las buenas maneras; los parisinos se arrojan como algo propio la gloria de la ciencia teológica con el rechazo de casi todas las demás; los italianos se reservan las bellas letras y la elocuencia; y todos se lisonjean a gusto con la excusa de ser los únicos mortales que no son bárbaros. Y en este género de felicidad ciertamente son los romanos los que ocupan el primer lugar y siguen soñando a placer con la antigua Roma; los venecianos son felices con la fama de su nobleza; los griegos, como creadores de las ciencias que son, se enorgullecen de la vieja nombradía de sus alabados héroes; los turcos y toda esa maraña de auténticos bárbaros llegan a adjudicarse la gloria de la religión, mientras se ríen de los cristianos igual que de unos supersticiosos. Pero aún con mucha mayor complacencia esperan todavía con perseverancia los judíos a su Mesías y a su Moisés y aun hoy se agarran con los dientes a ellos; los españoles no ceden a nadie la gloria militar; y los alemanes se envanecen de su prestancia física y de sus conocimientos mágicos.

#### [XLIV. VENTAJAS DEL AMOR PROPIO Y DE SU HERMANA LA ADULACIÓN]

Y, por no seguir exponiendo cada caso particular, ya veis —creo yo— cuánto placer proporciona por doquier a todos y cada uno de los mortales la Egolatría, que es casi

<sup>268</sup> El texto latino dice exactamente *inueniunt similes labra lactucas*, proverbio que traducido literalmente sería «los labios encuentran lechugas del mismo tipo». Nuestra traducción intenta plasmar el sentido con un conocido refrán castellano equivalente.

<sup>269</sup> La identificación de las sutilezas de la dialéctica con los escoceses hay que entenderla como tácita alusión a Duns Escoto (ca. 1266-1308), filósofo escolástico, nacido en Escocia. Los enmarañados análisis de que se servía en sus razonamientos le valieron el título de *doctor subtilis*. Erasmo vuelve a mencionarlo en el cap. 54 del *Elogio*, en esta ocasión explícitamente y para criticar burlescamente su filosofía.

igual que su hermana la Adulación. En efecto, la Egotetría no consiste sino en que alguien se halague a sí mismo: si eso mismo se lo hicieras a otro, sería *adulación*<sup>270</sup>. Pero hoy día la lisonja es una cosa infame, aunque entre los que se fijan más en las palabras que designan las cosas que en las cosas en sí. Green ellos que la lealtad se lleva mal con la adulación. Que esto es de otro modo muy distinto se lo podría hacer ver el ejemplo de los animales. Porque, ¿qué hay más zalamero que un perro? Y, en cambio, ¿hay algo más leal? ¿Qué hay más cariñoso que una ardilla? ¿Y quién es más amigo del hombre que ella? A no ser que pueda parecer que los fieros leones, los crueles tigres y los irascibles leopardos se aproximan más a la vida de los seres humanos. Sin embargo, hay una cierta adulación, absolutamente perniciosa, que algunos malvados y burlones emplean para llevar a la ruina a los desventurados. Esta mía, en cambio, procede de un talante bondadoso y cándido y está mucho más cerca de la virtud que la que se le opone, la aspereza y el mal humor, como dice Horacio, descortés y molesto<sup>271</sup>. Es ella la que levanta los ánimos especialmente abatidos, la que consuela a los tristes, estimula a los débiles, despabila a los embobados, alivia a los enfermos, amansa a los iracundos, concilia y mantiene conciliados los afectos. La que atrae a los niños para que emprendan el estudio de las letras, la que alegra a los viejos, amonesta y orienta a los príncipes bajo la apariencia del elogio sin llegar a ofender. En resumen, logra que cada cual se guste y se quiera más a sí mismo, que ciertamente es el elemento principal de la felicidad. ¿Hay algo más cortés que el mutuo rascarse de dos mulas? Por no decir, de paso, que es una parte grande de la tan celebrada elocuencia, mayor en la medicina y máxima en la poesía, y, en fin, que es miel y sazón de toda convivencia humana.

#### [XLV. LA FELICIDAD DEPENDE DE LA OPINIÓN DE LA GENTE]

«Pero es que equivocarse —dicen— es una desgracia». Pues mucho mayor desgracia es no equivocarse. En efecto, desatinan en demasía quienes piensan que la felicidad del hombre radica en las cosas mismas: depende del punto de vista que se tenga. Porque es tan grande la oscuridad y la variedad de las cosas humanas que no hay nada que se pueda saber con claridad, como bien dijeron mis acólitos de la Academia<sup>272</sup>, los menos presuntuosos entre los filósofos. O si hay algo que puede llegar a saberse, no es raro que también suponga un impedimento para una vida alegre. En definitiva, el espíritu humano está moldeado de tal manera que las apariencias lo engatusan mucho más que las verdades. Si alguien busca una prueba manifiesta y evidente de tal cosa, que asista a un sermón en un templo, en donde si lo que se cuenta

<sup>270</sup> κολακία, en el original.

<sup>271</sup> *asperitas ac morositas inconcinna, ut ait Horatius, gravisque*, en el original, leve paráfrasis del verso de Horacio, *Epístolas*, 1, 18, 6: *asperitas agrestis et inconcinna gravisque*.

<sup>272</sup> La Academia fue la escuela filosófica fundada por Platón (ca. 387 a.C.) en unos jardines públicos situados en las afueras de Atenas, levantados por el héroe Academo en honor de la diosa Palas Atenea. En ellos Platón se reunía con sus acólitos y simpatizantes para instruirles en su doctrina de una manera informal.

es algo serio, todos dormitan, bostezan y se asquean; en cambio, si el vociferador –me he colado, quería decir el predicador– como suelen hacer, da comienzo a un cuento de viejas, todos se despabilan, se yerguen y escuchan boquiabiertos. Del mismo modo, si hay algún santo especialmente legendario y literario –imagínese, por ejemplo, a un san Jorge, san Cristóbal o santa Bárbara– veréis que se le venera con mucha mayor devoción que a san Pedro, san Pablo o incluso al mismísimo Cristo. Pero no es éste lugar para estas cosas. Además, ¡cuánto menos cuesta acceder a esta felicidad, cuando a veces se precisa un gran esfuerzo para hacerse con las cosas en sí, aunque sean absolutamente triviales como la gramática! En cambio, es facilísimo formarse una opinión que, sin embargo, conduce por igual, o más aún, a la felicidad. Veamos: si alguien se alimenta de salazones podridas, de las que otro no podría aguantar ni siquiera el olor, y en cambio a él le saben a ambrosía, pregunto yo, ¿en qué afecta eso a su felicidad? Por el contrario, si el esturión a uno le produce náuseas, ¿qué aportará al bienestar de su vida? Si alguien tiene una mujer manifiestamente fea, que, sin embargo, a su marido le parece que podría rivalizar hasta con la misma Venus, ¿acaso no será lo mismo que si fuese realmente hermosa? Si alguien admira y se pasma ante una tabla pintarrajeada de minio<sup>273</sup> y amarillo, convencido de que se trata de una pintura de Apeles o Zeuxis<sup>274</sup>, ¿no será acaso más feliz incluso que quien haya comprado una obra de estos artistas a un gran precio y que tal vez sienta menos placer con su contemplación? Sé yo de un tocayo mío que le regaló a su novia recién casada algunas gemas falsas, convenciénola, como bromista locuaz que era, de que no sólo eran verdaderas y auténticas, sino que incluso tenían un valor único e incalculable. Pregunto yo, ¿qué le importaba a la joven, si con esos cristales alimentaba ojos y espíritu con el mismo placer y se guardaba para sus adentros la broma como si fuese un extraordinario tesoro? El marido, a un mismo tiempo, evitaba el gasto y se divertía con el engaño de su mujer y, no obstante, no la tenía menos asegurada que si le hubiese hecho regalos muy caros. ¿Acaso creéis que hay alguna diferencia entre quienes en la famosa caverna de Platón se admiran de las sombras y apariencias de cosas diversas, sin echar nada en falta ni estar menos satisfechos, y el sabio ese que, tras salir de la caverna, contempla

<sup>273</sup> El minio es un pigmento extraído del bióxido de plomo (PbO<sub>2</sub>), de un color rojo hermellón poco intenso. Se opone por su menor belleza y coste al rojo púrpura, más frío, profundo y valioso.

<sup>274</sup> Apeles (ca. 352-308 a.C.) es uno de los artistas plásticos más celebrados de la Antigüedad. Nacido en Colofón, fue educado en Sición bajo la tutela de Pánfilo de Anfípolis. De sus obras sólo nos han llegado referencias literarias. Suyos fueron los elogiados retratos de Filipo II de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno. Se cuenta como anécdota suya que en cierta ocasión un zapatero que contemplaba uno de sus cuadros criticó la hechura de un pie; tras corregirlo el propio Apeles, el remendón siguió opinando sobre las piernas de la figura pintada, a lo que el pintor replicó diciendo *ne supra crepidam sutor iudicaret*, esto es, «que un remendón no juzgase por encima de la sandalia». Zeuxis (s. v a.C.) nació en Heraclea y fue muy famoso por el realismo de sus bodegones. De él se decía que había pintado un racimo de uvas con tal naturalismo que los pájaros lo picoteaban. Cfr. Luciano, *Zeuxis*.

<sup>275</sup> Se refiere al celeberrimo mito platónico de la caverna (*República*, 514a1-516b7). En él se sustenta y resume la teoría platónica del conocimiento humano y aun todo el sistema filosófico de Platón, basado en el concepto de «idea». El mito, en su esencia, presenta a unos hombres encerrados en una cueva atados de cara a la pared del fondo. Por detrás de ellos pasan otros que portan unos objetos por delante de una hoguera, con lo que los atados sólo ven las sombras proyectadas en la pared, representaciones imperfectas y variables de las cosas en sí (ἰδέαι), que son perfectas, eternas e inmutables. Como puede verse, Erasmo vuelve a sacar a colación el recurrente tema-dilema apariencia/realidad.

las cosas reales?<sup>275</sup> Porque si el tal Micilo lucianesco hubiese podido soñar eternamente su famoso sueño dorado de ser rico, no tenía motivo alguno para desear otra felicidad<sup>276</sup>. Por tanto, o no hay ninguna diferencia<sup>277</sup> o, si la hay, todavía sale ganando la condición de los imbéciles. En primer lugar, porque su felicidad les cuesta muy poco, a saber, tan sólo un pequeño convencimiento, y luego porque gozan de ella en común con la mayoría de la gente.

[XLVI. PARA TODOS LOS MORTALES ESTÁN DISPUESTOS LOS BENEFICIOS DE LA ESTUPIDEZ]

Por otra parte, no hay ninguna cosa buena que se pueda poseer sin compartirla. Porque, ¿quién ignora lo grande que es la escasez de sabios, si es que puede encontrarse alguno? Sin embargo, después de tantos siglos los griegos llegan a contar siete en total<sup>278</sup>, y por Hércules que, si uno los examina con más esmero, que me muera si puede encontrar medio sabio o incluso un tercio de sabio. En consecuencia, contándose entre los muchos méritos de Baco la cualidad principal que tiene de quitar las cuitas del espíritu sólo durante un breve rato, porque tan pronto como has dormido el vinillo, vuelven corriendo –como suele decirse– en blancas cuadrigas las penas del alma<sup>279</sup>, ¿cuánto más generoso y duradero es el favor que otorgo yo, que con algo así como una borrachera constante colmo el alma de placeres, alegrías y éxtasis sin ningún problema? Y no permito que ningún mortal en absoluto quede privado de mi generosidad, cuando las gracias de los demás dioses llegan a unos u otros según el caso. No nace en cualquier sitio el vino maduro y suave, capaz de ahuyentar las penas y fecundo en esperanzas. A pocos les ha tocado en suerte la gracia de la belleza, que es regalo de Venus, y a menos la elocuencia, don de Mercurio. No son tantos los que lograron riquezas con la ayuda de Hércules. El mando no se lo concede a cualquiera el Júpiter de Homero. Con gran frecuencia Marte no favorece a ninguna de las dos tropas enfrentadas. Son muchísimos los que se retiran cabizbajos del trípode de Apolo<sup>280</sup>. A menudo lanza sus rayos el hijo de Saturno<sup>281</sup>. De vez en cuando Febo lanza la peste en sus dardos<sup>282</sup>. Neptuno aniquila a más personas de las

---

<sup>275</sup> Micilo es un personaje pobre de solemnidad, que aparece en los diálogos *El cabotaje* y *El gallo* de Luciano.

<sup>276</sup> Entre necios y sabios.

<sup>278</sup> Véase nota 144.

<sup>279</sup> En *Adagia*, 1, 4, 21 se lee el proverbio *equis albis praecedere*, «tomar la delantera montado en caballos blancos», similar en su forma y contenido al que aparece en nuestro texto. Los caballos de este color eran proverbialmente más veloces que los de cualquier otro; cfr. Horacio, *Sátiras*, 1, 7, 7: *Sisennas, Barros ut equis praecurreret albis*: «hasta tal punto que adelantaría como en caballos blancos (i. e. velozmente) a Sisenas y Barros»; también Virgilio, *Eneida*, 12, 84: *qui candore niues anteirent, cursibus auras*: «caballos) que superaban en blancura a la nieve y en rapidez a las brisas».

<sup>280</sup> El trípode estaba colocado sobre un agujero del que salían emanaciones de gases tóxicos. Sentada sobre él, para entrar en trance y así vaticinar, los aspiraba la Pitia, la pitonisa del oráculo del dios, situado en Delfos, en la Fócide.

<sup>281</sup> Júpiter, dios del cielo y los fenómenos meteorológicos.

<sup>282</sup> Alusión a Homero, *Iliada*, 1, 48 y 382.

<sup>283</sup> Se refiere a los muertos en el mar, dominio de Neptuno.

que salva<sup>283</sup>. Por no recordar, de paso, los Véjoves esos<sup>284</sup>, los Plutones, las Ates, Castigos, Fiebres y similares<sup>285</sup>, que no son dioses sino matarifes. Yo soy la famosa Estupidez, la única que con tan solícita generosidad acojo a todos por igual.

#### [XLVII. BENEVOLENCIA DE LA ESTUPIDEZ]

Ni me quedo aguardando promesas ni monto en cólera exigiendo una expiación, en caso de que se haya pasado por alto algún detalle en mis ceremonias, ni revuelvo Roma con Santiago<sup>286</sup> si alguien invita a los demás dioses y a mí me deja en casa y no me permite participar en el olor que desprenden las víctimas<sup>287</sup>. Porque el mal genio de los demás dioses es tan grande que casi vale más y es más seguro no prestarles atención que rendirles culto, del mismo modo que también hay algunas personas tan bruscas y propensas a hacer daño, que sería preferible tenerlos como unos completos desconocidos que como allegados. Pero se dirá que nadie le ofrece sacrificios a la Estupidez ni le levanta un templo. Y por cierto que, como he dicho<sup>288</sup>, me asombra un poco esta ingratitud, pero con la afabilidad que me caracteriza esto también lo considero un bien, aunque, por otra parte, ni estas cosas siquiera puedo echar de menos. ¿Qué razón hay para que yo exija un poquitiño de incienso, una torta, un cabrito o un cerdo, cuando todos los mortales en todas las naciones me rinden el culto que incluso los teólogos más suelen aprobar? A no ser que tal vez le deba tener envidia a Diana por la sangre humana que se le ofrece en sacrificio. Yo considero que se me rinde culto con el mayor fervor cuando por todas partes —como hacen todos— me llevan en el corazón, me revelan en su comportamiento y me imitan en la vida; culto divino, por cierto, no muy

<sup>284</sup> Los Véjoves son espíritus infernales etruscos que los romanos integraron en sus creencias como espíritus maléficos. De ellos nos hablan Ovidio, *Fastos*, 3, 430; Gelio, *Noches áticas*, 5, 12, 8 y Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, 3, 62.

<sup>285</sup> Plutón es el dios del infierno. Sobre Ate véase nota 124. Los Castigos y las Fiebres son divinidades típicamente romanas.

<sup>286</sup> El texto latino original dice *nec coelum terrae misceo*, que traducido literalmente sería «ni mezclo el cielo con la tierra». Este dicho latino tiene alguna variante morfológica como *caelos ac terras miscere* (en *Adagia*, 1, 3, 81 se encuentra *mare coelo miscere*) con la misma traducción, que hemos preferido dar por su uso más generalizado en castellano.

<sup>287</sup> Se refiere a los ritos sacrificiales frecuentes en las sociedades antiguas, en los que, entre otros actos, se mataba algún animal bien para atraerse el favor de los dioses, bien como acción de gracias hacia ellos; el animal era aprovechado y el sacrificio ritual solía ir seguido de una comida. El olor referido es el procedente de la carne asada mezclado con el de las especias aromáticas empleadas. En Grecia eran famosas las hecatombes, en las que se sacrificaban toros o bueyes, además de carneros y cabras. En la *Iliada* aparece con gran frecuencia la escena del festín de carácter religioso, pintado con los olores que inundaban el aire, como bien queda reflejado en el verso 1, 317: κνίσθη δ' οὐρανὸν ἴκεν ἑλισσομένη περὶ καπνῷ. «la grasa llegaba al cielo revoloteando en torno al humo». Entre los romanos se practicaban las *suovetauriliae*, en las que se mataba un cerdo, un carnero y un toro con motivo de las lustraciones del ejército. Por otro lado, cuando habla de un dios que es excluido de la veneración que reciben los otros, se está refiriendo, probablemente y entre otros ejemplos similares, al caso del rechazo de Afrodita por parte de Hipólito, que constituye el germen de la mítica y trágica historia de Hipólito, Fedra y Teseo.

<sup>288</sup> En los caps. 3 y 5.

frecuente ni aun entre los cristianos. ¡Cuántos de éstos le ponen a la Virgen Madre de Dios una velita incluso a mediodía, cuando no hace ninguna falta!<sup>289</sup> Y, en cambio, ¡qué pocos son los que se esfuerzan en emularla en castidad, humildad y amor por las cosas del cielo! Ése sí que es un culto de verdad y, con mucho, el más grato a los del cielo. Además, ¿por qué voy a echar yo de menos un templo, cuando todo este mundo es para mí, si no me equivoco, el templo más bello? Y no me faltan devotos más que donde faltan seres humanos. Ni tampoco soy tan sumamente estúpida como para exigir retratos hechos en piedra y pintados de colorines, que a veces perjudican mi culto, cuando esos tontos y lerdos adoran las representaciones de los dioses como si de los propios dioses se tratara. Alguna vez me ha sucedido lo que suele ocurrirles a quienes se ven suplantados por sus sustitutos en el cargo. Pienso que hay tantas estatuas erigidas en mi honor como mortales existen, que llevan en su cara mi viva imagen, aunque no quieran. De manera que no tengo nada que envidiarles a los demás dioses, porque cada uno de ellos sea venerado en uno u otro rincón del mundo unos días estipulados, como Febo en Rodas, Venus en Chipre, Juno en Argos, Minerva en Atenas, Júpiter en el Olimpo, Neptuno en Tarento, y Príapo en Lámpsaco, con tal que a mí todo el mundo en su conjunto me ofrezca constantemente sacrificios mucho más valiosos.

#### [XLVIII. DIVERSAS CLASES Y FORMAS DE ESTUPIDEZ]

Y si a alguien le parece que esto lo digo más como una fanfarronada que ateniéndome a la verdad, pasemos a examinar un poco las vidas mismas de los hombres, para que quede patente no sólo cuánto me deben, sino cuánto me aprecian los más importantes y los más ínfimos por igual. Pero no vamos a repasar la vida de cualquiera, porque eso llevaría mucho tiempo, sino tan sólo la de algunos personajes señalados, a partir de los cuales resultará fácil juzgar a los demás. Porque, ¿a qué viene hacer mención del vulgo y de la plebecilla, que me pertenece a mí por completo sin discusiones? Rebosa por todos lados de tantas formas de estupidez y son tantas las nuevas que inventa día a día, que no bastarían ni mil Demócritos para semejantes risotadas<sup>290</sup>, y, sin embargo, esos mismos Demócritos, por su parte, precisarían de otro Demócrito<sup>291</sup>. Más aún, sería increíble de decir los momentos de diversión y placer que estos hombrecillos proporcionan a diario a los dioses. Porque éstos, por supuesto, pasan las horas sobrias y mañaneras en asambleas moviditas y escuchando las súplicas. Pero cuando ya están calados de néctar y no les apetece gestionar nada serio, entonces se sientan juntos en la parte más elevada del cielo y, mirando hacia abajo, contemplan lo que los hombres se

---

<sup>289</sup> Erasmo mezcla las bromas con las veras haciéndole decir a la Estupidez una bobada, que, aunque parezca un mal chiste, se adecua perfectamente al decoro poético del personaje, a la vez que critica sigilosamente la superchería de la religiosidad popular.

<sup>290</sup> Véase nota 6.

<sup>291</sup> Para que se riera de ellos.

dedican a hacer<sup>292</sup>. Y no existe otro espectáculo más dulce para ellos. ¡Dios santo!<sup>293</sup> ¡Qué teatro ese! ¡Qué variedad en el conjunto de los necios! Porque yo misma tengo por costumbre sentarme a veces entre las filas de los dioses de los poetas.

Éste se muere por una mujerzuela, y cuanto menos es correspondido, tanto más apasionado es su amor. Aquél se casa con una dote, no con una esposa. El otro prostituye a su misma mujer. El de más allá, celoso, vigila como un Argos<sup>294</sup>. Este otro, enlutado, ¡hay que ver qué cosas más tontas dice y hace, que incluso ha contratado a unos como actores para que representen la pantomima del duelo! Aquél de allí llora ante la tumba de su madrastra<sup>295</sup>. Este de aquí les regala a las tripas todo lo que consigue arañar de cualquier sitio, para, poco después, pasarlas canutas de hambre. Éste no cree que haya nada más feliz que el sueño y la holganza. Los hay que la arman para ocuparse con todo cuidado de las tareas ajenas y descuidan las suyas. Hay uno que se cree rico gracias a los préstamos y al dinero de otros, para arruinarse inmediatamente después. Otro no cree que haya nada más dichoso que, viviendo como un pobre, hacer rico a su heredero. Este otro, por un provechito insignificante y, además, inseguro, revolotea por todos los mares confiando a las olas y los vientos una vida que ningún dinero puede reponer. Aquél prefiere buscar riquezas en la guerra a descansar apaciblemente en casa. Los hay que piensan que la forma más cómoda para llegar a enriquecerse es engatusando a viejos sin familia, y no faltan quienes prefieren conseguir lo mismo cortejando viejecitas ricas. Y ambos tipos cuando dan a los dioses que los contemplan un placer extraordinario es cuando se ven burlados hábilmente por los mismos a los que intentan encandilar. La clase más estúpida y mezquina de todas es la de los negociantes, por ser los que tratan el asunto más sórdido de todos y, además, del modo más miserable: aunque vayan por ahí mintiendo, perjurando, robando, defraudando y engañando, sin embargo, se las dan de cabezas de todo el mundo por el hecho de llevar los dedos cubiertos de oro. Y no faltan frailecillos adúladores capaces de admirarlos y llamarles en público «venerables», evidentemente para ver si les toca a ellos alguna tajada de lo que los otros han adquirido de mala forma. En otras partes puedes ver a ciertos pitagóricos que creen que todo es de todos hasta el extremo de apropiarse con toda tranquilidad de cualquier cosa que hayan encontrado en algún sitio mal guardada, como si les hubiese tocado en herencia. Hay quienes son ricos sólo de deseo y se forjan unos sueños agradables con los que creen que les basta para ser felices. Algunos disfrutan haciéndose pasar por adinerados fuera de casa, y dentro

---

<sup>292</sup> La escena de los dioses en las alturas mirando hacia abajo para inspeccionar las andanzas de los mortales aparece ya en la *Iliada*, 8, 51 s.: αὐτὸς δ' ἐν κορυφῇσι καθέζετο κύβει γαίῳν / εἰσορώων Τρώων τε πόλιν καὶ νῆας Ἀχαιῶν: «éste (Zeus) estaba majestuosamente sentado en la cima del mundo mientras contemplaba la ciudad de los Troyanos y las naves aqueas».

<sup>293</sup> El original dice *Deum immortalem*. De nuevo la Estupidez, en su irreverencia, parece estar mezclando churras con merinas cuando, en medio de alusiones a los dioses del Olimpo, habla de un dios en singular, con una expresión que se acerca más a la idea del Dios cristiano que a la indeterminación generalista de un dios pagano cualquiera. Además, en el cap. 35 ya aparecía una variante de la expresión *per deos immortales*, en este caso en plural. Véase nota 105.

<sup>294</sup> Véase nota 152.

<sup>295</sup> Expresión proverbial recogida en *Adagia*, 1, 9, 10: *fiere ad nouercae tumulum*.



de ella pasan hambre deliberadamente. Éste se apresura a derrochar todo lo que tiene, aquél acapara por las buenas o por las malas. Este candidato va buscando los aplausos del pueblo, el otro se recrea junto al hogar. Una buena parte promueve pleitos de nunca acabar, y luchan a porfía en todas partes para terminar enriqueciendo a un juez aficionado a dilatar las causas y a un abogado desleal. Éste de aquí se afana en la revolución, el de más allá trama algo grande. Hay quien es capaz de peregrinar a Jerusalén, Roma o Santiago, donde no tiene nada que hacer, dejando abandonados en casa a sus hijos junto a su esposa.

En suma, sí, como antaño Menipo<sup>296</sup>, contemplase uno desde la Luna el interminable ir y venir de los mortales, creería estar viendo un enjambre de moscas o mosquitos peleando entre sí, luchando, intrigando, robándose, burlándose unos de otros, travesando, naciendo, enfermado y muriendo. Y cuesta trabajo creer los alborotos y tragedias que provoca un animalito tan insignificante y de vida tan efímera. Porque a veces el caos de una pequeña guerra o de una peste se lleva por delante y hace desaparecer de una sola vez a muchos miles.

#### [XLIX. LOS GRAMÁTICOS]

Pero sería muy tonto por mi parte, y sin duda merecería que Demócrito se riese a mandíbula batiente, si pasase a enumerar todas las formas de estupidez y de locura típicas del populacho. Me ceñiré a los que tienen cierta reputación de sabios entre los mortales y alcanzan, como suele decirse, la famosa rama dorada<sup>297</sup>. Entre ellos ocupan el primer puesto los gramáticos<sup>298</sup>, clase de hombres que sería, sin duda, la más calamitosa, la más afligida y la más odiosa para los dioses, si yo no suavizara las dificultades de su desdichada profesión con cierto tipo placentero de locura. Porque éstos no están expuestos sólo a las *cinco maldiciones*<sup>299</sup>, esto es, a los cinco insultos, como refiere el epigrama griego, sino a seiscientas, de tal manera que, aunque siempre anden muertos de hambre y cubiertos de andrajos en esas escuelas suyas —he dicho escuelas, mejor cabría decir *pensatorios*<sup>300</sup> o tahonas y cámaras de tortura— y se vuelvan viejos a fuer de trabajar entre hordas de niños,

<sup>296</sup> Alude al personaje protagonista del diálogo lucianesco *Icaromenipo o el que está por encima de las nubes*, en el que el cínico Menipo observa desde el cielo y critica la conducta de los hombres.

<sup>297</sup> Del laurel, símbolo del triunfo y del prestigio.

<sup>298</sup> Por *grammaticus* Erasmo (y sus contemporáneos) entendía el profesor de gramática más que el erudito o investigador de esos temas. En todo el capítulo puede apreciarse el escaso aprecio que sentía Erasmo por los profesores y el mundo escolar en general, fruto de su propia experiencia vital; además, el holandés no compartía la práctica obsesiva de los contemporáneos suyos que se empecinaban en minucias gramaticales que ofrecían los textos clásicos, mientras descuidaban o despreciaban su contenido moral y humano. El tono recuerda a Juvenal, *Sátiras*, 7 y a Marcial, *Epigramas*, 9, 68.

<sup>299</sup> πέντε κατάρας. Se refiere al comienzo del epigrama de Páladas, recogido en *Anthologia Graeca*, 9, 173, en el que se parodian los cinco primeros versos de la *Iliada*, relacionándolos con los inicios en el estudio de la gramática.

<sup>300</sup> φροντιστήριος: φροντιστήριον es un neologismo cómico empleado por Aristófanes (*Nubes*, 94, 128, etc.) con un sentido claramente satírico y despectivo para referirse a la escuela creada por Sócrates. La traducción intenta reflejar ese tono burlesco.

ensordecidos por sus gritos y consumidos por el mal olor y la suciedad, sin embargo, gracias a mí, se creen los primeros entre los mortales.

Tal es el extremo de su petulancia cuando aterrizan a la espantada muchedumbre con una expresión y una voz amenazantes, cuando hacen trizas a sus desgraciados alumnos con palos, varas y cinturones, y se ensañan con ellos de todas las formas pensables según les venga en gana, imitando al famoso asno de Cumas<sup>301</sup>. Entretanto, esa suciedad se les antoja pura elegancia, el hedor les huele a mejorana; se creen que su desgraciadísima servidumbre es un trono, hasta el extremo de no querer cambiar su tiranía por la de Fálaris o Dionisio<sup>302</sup>. Pero son todavía mucho más felices cuando creen haber encontrado alguna doctrina novedosa, porque, aunque no hagan más que inculcar en los niños puras extravagancias, sin embargo, ¡benditos sean los dioses!, ¿hay algún Palemón o algún Donato que no desprecien comparados con ellos?<sup>303</sup> Y no sé con qué tipo de trucos consiguen de manera sorprendente que unas madrecitas estúpidas y unos padres atontados les tengan por lo que ellos mismos se hacen pasar. Añádasele, además, este otro tipo de placer: siempre que uno de ellos pilla en algún pergamino apolillado el nombre de la madre de Anquises<sup>304</sup> o una palabra sin importancia que el común de la gente no conoce —como, por ejemplo, «cuidabueyes», «tergiversador» o «levantabolsos»<sup>305</sup>— o si alguno logra desenterrar en algún lugar un trozo de piedra añeja con una inscripción mutilada, ¡oh Júpiter!, ¡qué saltos, qué victoria, qué alabanzas, igualito que si hubiesen conquistado el África o tomado Babilonia!<sup>306</sup> ¿Y qué decir cuando van por doquier enseñando sus anodinos versitos y no faltan quienes los admiran, y ya están totalmente convencidos de que el alma de Marón<sup>307</sup> se les ha colado en el pecho? Pero nada hace tanta gracia como cuando se alaban y admiran los unos a los otros y se rascan entre sí<sup>308</sup>. Pero, si algún otro tiene un traspié en una palabreja y éste de aquí, con más vista, tiene la suerte de pillar el tropezón, ¡por Hércules!<sup>309</sup>, ¡qué tragedias, qué contiendas, qué injurias y denuestos! Y que se vuelvan contra mí todos los gramáticos si falto a la verdad.

Conozco yo a un «sabelotodo»<sup>310</sup>, helenista, latinista, matemático, filósofo, médico, y todo esto a lo grande<sup>311</sup>, ya en los sesenta, que, olvidándose de todo lo demás,

<sup>301</sup> El asno de Cumas se refiere a la fábula CXCIX de Esopo titulada «El asno y la piel de león», en la que un hurro se viste con una piel de león para espantar a todos sus congéneres irracionales.

<sup>302</sup> Sobre Fálaris véase nota 50. Dionisio fue un célebre tirano de Siracusa, Sicilia.

<sup>303</sup> Quinto Remmio Palemón (s. I d.C.) es el primer gramático conocido que escribió una gramática latina completa (de la que hoy sólo se conservan fragmentos). Eran célebres su arrogancia y severidad moral. Donato (s. IV d.C.) fue maestro de san Jerónimo y escribió una gramática latina que sirvió de libro de texto escolar a lo largo de toda la Edad Media.

<sup>304</sup> En Juvenal, *Sátiras*, 7, 234, aparece la referencia al nombre de la nodriza de Anquises (padre de Eneas) como ejemplo de bizantinismo típico de los gramáticos.

<sup>305</sup> *Bubsequam, bouinatorum, manticulatorum*.

<sup>306</sup> Lugares de proverbial dificultad para su conquista.

<sup>307</sup> Virgilio.

<sup>308</sup> Hace alusión al proverbio, recogido en *Adagia*, 1, 7, 96. *mutuum muli scabunt*: «una mula rasca a otra mula» (similar es el dicho *asinus asinum fricat*). Cfr. cap. 44.

<sup>309</sup> Ἡράκλεις.

<sup>310</sup> πολυτεχνότατον.

<sup>311</sup> καὶ ταῦτα βασιλικόν.

lleva más de veinte años torturándose y mortificándose en el estudio de la gramática, y cree que sería totalmente feliz si pudiese vivir el tiempo necesario para establecer con seguridad cómo se han de distinguir las ocho partes de la oración, cosa que hasta este momento nadie de entre los que saben griego o latín ha podido solucionar cabalmente. Como si también fuese un caso de guerra el que alguien tome una conjunción por una palabra con el valor de un adverbio. Y, por si fuera poco, como hay tantas gramáticas como gramáticos –mejor dicho, todavía más, pues mi querido amigo Aldo ha editado él solo más de cinco<sup>312</sup>– este del que hablo no deja pasar ni una sola por muy bárbara o difícil que sea sin examinarla de cubierta a cubierta. Y no hay nadie a quien no mire con recelo, si hay algo que está preparando en este campo, por incompetente que sea, temeroso el pobre de que alguien se le adelante y le arrebatase esta gloria, y se malogren las fatigas de tantos años. ¿Cómo preferís llamar a esto, locura o estupidez? Porque lo cierto es que a mí tanto me da, con tal que reconozcáis que gracias a mí es posible que el animal por otra parte más desgraciado de todos llegue a una dicha tal que no desee trocar su suerte ni por la de los reyes de Persia<sup>313</sup>.

#### [L. LOS POETAS]

Menos me deben los poetas, aunque voluntariamente pertenecen a mi banda, pues, como reza el dicho, son una raza libre<sup>314</sup>, cuyo único afán no consiste más que en halagar los oídos de los necios y eso con puras boberías y cuentos dignos de risa. Y, sin embargo, con la esperanza puesta en ellos, es increíble cómo se prometen la inmortalidad y una vida semejante a la de los dioses no sólo para sí mismos sino incluso para otros. De este gremio, más que de otros, son íntimas la *Ego-latría* y la *Adulación*<sup>315</sup>, y no hay un solo grupo de seres humanos que me venere ni con mayor sinceridad ni con mayor lealtad.

Por otra parte, los retóricos, aunque ciertamente cometen algunas faltas y están conchabados con los filósofos, sin embargo, que también ellos son de nuestro bando lo demuestra, entre muchas otras razones, el que, aparte de otras tonterías, han escrito mucho y con gran precisión sobre el arte de bromea. Y hasta el que escribió el *Arte de hablar* dedicado a Herennio, quienquiera que haya sido, incluye a la propia Estupidez entre los tipos de donosuras<sup>316</sup>; y Quintiliano, que es con

<sup>312</sup> Aldo Manuzio (1450-1515), famoso humanista e impresor veneciano, creador de los textos clásicos *in octavo*, más económicos y asequibles. Su editorial publicó obras griegas de Eurípides, Platón, Plutarco... en las que empleó caracteres griegos que imitaban la escritura de los manuscritos de los siglos xiv y xv. Fue el primero (desde 1500) en utilizar para los textos impresos la escritura conocida como «humanística cursiva» o «itálica». Ese mismo año fundó en Venecia la «Academia de Expertos en Literatura Griega». Entre sus miembros se encontraba Erasmo.

<sup>313</sup> Reyes proverbialmente ricos y poderosos.

<sup>314</sup> El proverbio aparece en *Adagia*, 3, 1, 48: *Liberi poetae et pictores*, que, a su vez, está tomado de Luciano, *Hermotimus*, 72: οἱ ποιηταὶ καὶ γραφεῖς ἐλευθεροὶ οὐντες, en donde se compara a poetas y pintores con los sueños.

<sup>315</sup> φιλαυτία καὶ κολακία.

<sup>316</sup> La *Rhetorica ad Herennium* es una obra del s. i a.C., atribuida erróneamente a Cicerón, cuyo autor pudiera ser Gayo Cornificio, aunque la certeza en este punto no es absoluta. Intenta ser un tra-

mucho el jefe supremo de este grupo, escribió sobre la risa un capítulo más largo aun que la *Ilíada*<sup>317</sup>. Tanta importancia le atribuyen a la necedad que con frecuencia lo que no puede deshacer ningún tipo de argumentación, la risa, sin embargo, lo desbarata. A no ser que haya alguien que no crea característico de la Estupidez el arte de despertar las carcajadas con dichos ridículos.

De este costal<sup>318</sup> son también quienes pretenden alcanzar una fama imperecedera con la publicación de libros. Todos estos son los que más me deben, sobre todo los que emborronan papeles con puras sandeces, porque quienes escriben sabiamente para ganarse la aprobación de unos pocos doctos, y no rechazan como jueces ni a Persio ni a Helio<sup>319</sup>, me parecen más dignos de lástima que felices por estar torturándose sin pausa: añaden, modifican, quitan, vuelven a poner, rehacen, retocan, lo muestran, trabajan hasta nueve años y jamás están satisfechos con lo que han hecho, todo por un premio huero, a saber, un aplauso, y además de unos pocos, a costa de tantas noches en vela, tanta pérdida de sueño, que es lo más dulce de todo, tantas fatigas y tantos sacrificios.

Súmale ahora la pérdida de salud, la belleza que se arruina, el agotamiento de la vista o incluso la ceguera, la pobreza, la envidia de los otros, la privación de placeres, la vejez anticipada, la muerte prematura y otras cosas por el estilo que pueda haber. El sabio ese cree que males tan terribles merecen la pena con tal de recibir el aplauso de uno o dos legañosos. En cambio, cuánto más feliz es el delirio del escritor que me rinde culto, porque sin ningún desvelo y según le viene en gana escribe inmediatamente lo primero que le viene a la pluma, incluso sus sueños, gastando sólo un mínimo de papel y sabiendo bien que, cuanto más tontas sean las tonterías que ha escrito, tanto más fuertes serán los aplausos de la mayoría, es decir, de todos los tontos e ignorantes. ¿Qué le importa que tres sabios le desprecien si, no obstante, han leído sus obras? ¿Y qué podrá hacer el parecer de tan pocos sabios frente a tan inmenso tropel de voces en su contra?

Pero mucho más sabios aún son quienes publican obras ajenas como propias y con la copia se adjudican la gloria alumbrada a costa de los grandes esfuerzos de otros, confiados, por supuesto, en la creencia que tienen de que, aunque se les acuse a gritos de plagio, no obstante, durante algún tiempo le sacarán partido. Merece la pena ver lo pagados que están de sí mismos cuando el populacho los alaba y los señala con el dedo diciendo *éste es aquel hombre famoso*<sup>320</sup>, cuando

---

tado global y completo del arte oratoria. El pasaje al que se refiere Erasmo es 1, 10: *Si defessi erint audiendo, ab aliqua re, quae risum mouere possit. ab apologo, fabula ueri simili, imitatione deprauata, inuersione, ambiguo... stultitia, exuperatione...*: «si ya se han cansado de escuchar, se puede emplear algo que pueda despertar la risa, como un cuento, una historia creíble, una caricaturización, una ironía, un juego de palabras... una estupidez, una exageración...».

<sup>317</sup> Cfr. *Institutio Oratoria*, 6, 3.

<sup>318</sup> El texto dice *huius farinae*, variante del proverbio *nostrae farinae*, según aparece en *Adagia*, 3, 5, 44. En la traducción hemos intentado recoger parte de la metáfora original.

<sup>319</sup> Referencia al pasaje de Cicerón, *Sobre el orador*, 2, 25, en donde aparecen estos dos personajes que representan, respectivamente, al hombre muy instruido y al menos educado.

<sup>320</sup> οὗτός ἐστιν ὁ δεινὸς ἐκεῖνος. Es una recreación de los vv. 11, 653 s. de la *Ilíada* de Homero: οἷός ἐκεῖνος / δεινὸς ἀνὴρ. Cfr. también Horacio, *Odas*, 4, 3, 22 s.: *quod monstror digito praetereuntium / Romanae fidicen lyrae*: «que los que pasan a mi lado me señalan con el dedo como tañedor de la lira romana». Véase, asimismo, el proverbio recogido en *Adagia*, 1, 10, 43: *monstrari digito*.

sus obras están a la vista en las librerías, cuando en la cabecera de todas las páginas se leen los tres nombres<sup>321</sup>, sobre todo si son extranjeros y tienen una resonancia mágica. Pero, Dios santo, ¿qué son sino nombres? Además, cuán pocos los pueden conocer, si se tiene en cuenta la inmensidad del mundo y aún cuantos menos los van a alabar, dado que incluso los ignorantes tienen gustos diversos. ¿Y qué decir del hecho de que incluso esos nombres a menudo son inventados o bien se toman de obras de autores antiguos? Se da el caso de que uno gusta de llamarse Telémaco, otro Esténelo o Laertes, el de más allá Polícrates, otro más Trasímaco...<sup>322</sup>, hasta tal punto que ya no importa en absoluto llamarles Camaleón o Calabaza o, siguiendo la costumbre de los filósofos, llamar a los libros según las letras del alfabeto.

Pero lo más gracioso de todo sucede cuando se echan flores los unos a los otros en sus cartas, poemas y encomios, y necios e ignorantes alaban a sus semejantes. En opinión de uno el que despunta es Alceo, para otro es Calímaco; éste para uno es superior a Cicerón, y a su vez, para otro, Cicerón es más sabio que Platón<sup>323</sup>. A veces incluso buscan un adversario para aumentar su renombre a costa de la rivalidad con él. En casos como éste *el pueblo no sabe a qué atenerse*<sup>324</sup>, hasta que un buen resultado hace que ambos cabecillas salgan victoriosos y triunfantes.

Los sabios se ríen de todo esto como de absolutas tonterías —que es lo que son—. ¿Quién lo niega? Pero, entretanto y gracias a mí, pasan una vida amable y no trocarían sus victorias ni siquiera con las de los Escipiones. Sin embargo, incluso los eruditos que, mientras, se ríen a pulmón suelto y se divierten con la locura de otros me deben también bastante, cosa que no pueden dejar de reconocer a menos que sean los más desagradecidos de todos.

## [II. LOS JURISCONSULTOS]

Entre los eruditos el primer puesto se lo piden los jurisconsultos, y no hay nadie tan pagado de sí mismo como cuando sin pausa hacen rodar la roca de Sísifo<sup>325</sup> y

<sup>321</sup> Alusión a los *tria nomina* que llevaban los ciudadanos romanos en la antigua Roma (*praenomen*, *nomen* y *cognomen*). Simbólicamente representan nobleza, excelencia. Véase nota 188 y cfr. *Adagia* 2, 8, 89: *trium literarum homo*, en donde el proverbio hace referencia a las tres letras mayúsculas abreviatura de los *tria nomina*, como, por ejemplo, *Q. V. M.* en vez de *Quintus Valerius Maximus*.

<sup>322</sup> Nombres todos ellos griegos. Telémaco era el hijo de Ulises y nieto de Laertes. Esténelo fue un tragediógrafo del s. v a.C. Polícrates fue un orador y sofista ateniense, mientras que Trasímaco fue un retórico calcedonio del s. v a.C.

<sup>323</sup> Parece reminiscencia de los versos de Horacio, *Epístolas*, 2, 2, 99 s.: *discedo Alcaeus puncto illius: ille meo quis? / quis nisi Callimachus?* «Salgo hecho un Alceo según su parecer, ¿y él según el mío? ¿Quién sino Calímaco?».

<sup>324</sup> Verso tomado de la *Eneida*, 2, 39: *scinditur incertum studia in contraria uulgi*, literalmente, «el populacho veleidoso se divide en querencias enfrentadas».

<sup>325</sup> Sísifo, hijo de Eolo, fue un mítico rey de Corinto. Tras delatar a Zeus ante su padre por haber raptado a la joven Egina, el dios de dioses le condenó al Tártaro, en donde debía subir hasta lo alto de una montaña una enorme roca que, al llegar a la cima, se le caía rodando hasta la falda, por lo que tenía que empezar de nuevo y repetir el trayecto una y otra vez.

elaboran cientos de leyes con el mismo espíritu, sin que importe lo más mínimo qué asunto tocan, y cuando, a base de amontonar glosas sobre glosas<sup>326</sup> y opiniones sobre opiniones, consiguen que el estudio del derecho parezca el más difícil de todos. Porque todo lo que exija un esfuerzo consideran que también es algo prestigioso. Añádanse a éstos los dialécticos y los sofistas, una ralea de hombres más parlanchina que los bronce de Dodona<sup>327</sup>, hasta el punto de que cualquiera de ellos sería capaz de contender en charlatanería con veinte mujeres escogidas, y más dichosos serían si sólo fuesen parleros y no también camorristas, hasta el extremo de batirse en duelo con porfía por algo como la lana de cabra<sup>328</sup> y desatender la verdad en el fragor de la disputa. A éstos, sin embargo, su egolatría les hace felices, y armados con tres silogismos no dudan ni un momento en trabar combate de lo que sea con quien sea. Por lo demás, su testarudez los vuelve invencibles, aunque les enfrentes a Esténtor<sup>329</sup>.

## [LII. LOS FILÓSOFOS]

Tras éstos vienen los filósofos, dignos de respeto por su barba y su capa, que van por ahí diciendo que son los únicos sabios y que el resto de los mortales revolotean cuales sombras. Pero, ¡qué dulce es su desvarío cuando construyen infinitos mundos, cuando miden como a pulgadas y con un hilo el sol, la luna, las estrellas y las órbitas; cuando explican las causas de los rayos, los vientos, los eclipses y de todos los demás prodigios, sin tener el menor atisbo de duda, igual que si fuesen secretarios del artefice del mundo y nos hubiesen llegado de un consejo de dioses! De ellos y de sus hipótesis, en tanto, se ríe a lo grande la naturaleza. Porque que no saben nada con certeza lo demuestra con creces el hecho de que mantienen disputas inexplicables incluso sobre uno sólo de estos asuntos. Aunque no sepan nada en absoluto, no obstante, creen saberlo todo, y aunque no se conozcan ni a sí mismos y a veces no vean un hoyo o una piedra ante sus propias narices, bien porque la mayoría están cegatos, bien porque están en las musarañas, sin embargo, se las dan de ver las ideas, los universales, las formas abstractas, los pri-

<sup>326</sup> En un contexto legal como éste equivale a interpretaciones, comentarios e, incluso, traducciones. De hecho, son bien conocidos los glosadores medievales (siglos XII-XIII) que, asentados en Bolonia, dedicaron sus esfuerzos a traducir y comentar el derecho recopilado en los *Digesta* o *Pandectae* de Justiniano. Los humanistas dedicados al estudio de las leyes (como Budé) se empeñaron en desmenarar los textos jurídicos antiguos y librarles de todos los postizos que los escolásticos les habían colgado, más para complicarlos que para explicarlos.

<sup>327</sup> El santuario de Dodona es el más antiguo de los griegos. Situado en el Epiro, estaba dedicado a Zeus. Los sacerdotes interpretaban como oráculos del dios los movimientos de un haya (o roble) de la que colgaban cuencos de bronce que resonaban con el viento. Cfr. *Adagia*, 1. 1. 7: *Dodonaëum aes*.

<sup>328</sup> Véase nota 25.

<sup>329</sup> Esténtor es el héroe griego que en la guerra de Troya sirvió como heraldo por su poderosa voz. Cfr. las palabras de Homero, *Ilíada*, 5, 785 s.: Στέντορι εἰσαμένη μεγαλήτορι χαλκεοφώνῳ, / ὅς τ' ὅσον αὐδῆσαςχ' ὅσον ἄλλοι πεντήκοιτα; «bajo la apariencia del magnánimo Esténtor, el de la voz de bronce, que gritaba tan fuerte como otros cincuenta hombres juntos». En castellano tenemos el adjetivo «estentóreo» que significa «ruidoso, altisonante, que retumba».

meros principios, las esencias y las presencias<sup>330</sup>, cosas todas ellas tan sutiles que no creo que ni siquiera Linceo<sup>331</sup> pudiese percibir las.

Además, desprecian en particular al populacho ignorante<sup>332</sup>, cuando esparcen la oscuridad en la mente de los menos instruidos con triángulos, cuadrados, círculos y semejantes figuras geométricas, unas dentro de otras, y mezcladas todas a guisa de laberinto, o con letras puestas como en formación y repetidas en distintas líneas. Y no faltan entre éstos quienes incluso predicen el futuro tras consultar los astros y prometen portentos más que mágicos, y todavía tienen la suerte de encontrar personas dispuestas a creer en esto.

### [LIII. LOS TEÓLOGOS]

Seguidamente, tal vez sería preferible no hablar de los teólogos y no remover esta Camarina<sup>333</sup> ni tocar esta hierba ponzoñosa<sup>334</sup>, como gente increíblemente ceñuda y quisquillosa que es, no vaya a ser que se me echen encima en tropel con mil conclusiones y me obliguen a retractarme, y si rehúso hacerlo, se pongan a llamarme a voces hereje. Porque suelen aterrorizar al instante a todo el que no goza de su simpatía. Desde luego, aunque no reconozcan de grado mis favores para con ellos, sin embargo, también ellos me son deudores de no pequeños beneficios, pues están encantados con su egolatría igual que si viviesen en el tercer cielo y desde su atalaya desprecian a todos los demás mortales como si fuesen bestias que se arrastran por el suelo; y casi hasta se compadecen de ellos, mientras ellos quedan protegidos tras sus enormes hileras de definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas, y andan tan bien surtidos de *subterfugios*<sup>335</sup> que ni

<sup>330</sup> Todos estos términos técnicos pertenecen a la verborrea escolástica que tanto despreciaba y combatía Erasmo. Los dos últimos sirven bien como ejemplo de las creaciones monstruosas que había parido el latín escolástico: la «esencia» en el original es *quidditas*, es decir, la naturaleza propia de las cosas tanto si existen como si no (el término está formado sobre el interrogativo *quid*, que es lo que se preguntaría para saber *qué* es algo). La «presencia» o «apariencia» es la *ecceltas*, esto es, la naturaleza individual, formalmente distinta de la universal o común.

<sup>331</sup> Sobre Linceo, véase lo dicho en la nota 203.

<sup>332</sup> *Profanum vulgus adspersantur* parece reminiscencia del verso horaciano (*Odas*, 3, 1, 1) *Odi profanum vulgus et arceo*: «odio al populacho ignorante y lo mantengo alejado».

<sup>333</sup> La ciénaga de Camarina era un pantano cercano a la homónima ciudad siciliana. Apolo había prohibido a sus habitantes desecarla sin su permiso. Cuando éstos desohedecieron sus órdenes, Apolo dejó de prestarles su favor y los enemigos entraron a saco en la ciudad.

<sup>334</sup> La hierba venenosa en cuestión es la *anagyris foetida*, una planta arbustiva caducifolia que crece en los países mediterráneos y desprende un peculiar olor fétido, lo que le ha dado el nombre popular de «hediondo» y que, además, contiene unos alcaloides muy tóxicos. Con el nombre de esta planta se ha creado el proverbio que aparece en *Adagia*, 1, 1, 65: *anagyrim commoues*. Cfr. lo que nos dice al respecto la *Suda*. A. 1843: Ἀνάγυρος· δῆμος τῆς Ἀττικῆς, καὶ ἄθος, ὃ τριβόμενον ὀρεῖ, καὶ παροιμία ἐντεῦθεν, Κινεῖς τὸν ἀνάγυρον, ἐπὶ τῶν ἐπισημμένων· ἐαυτοῖς τὰ κακά, ἔστι δὲ τὸ φυτὸν ὁ ἀνάγυρος ἀλεξικάκον καὶ δυσώδες· Ἀνάγυρο· pueblo de la región ática, también flor que machacada desprende olor. De ella procede el refrán que dice «meneas el anágyro», dicho de los que se buscan a sí mismos desgracias. El anágyro es una planta venenosa y maloliente.

<sup>335</sup> κρησφύγετος.

las mismísimas cadenas de Vulcano podrían enredarlos<sup>336</sup> de manera que no puedan escurrirse con unos distingos que cortan todos los nudos con la misma facilidad que el hacha de doble filo de Ténedos<sup>337</sup>, rebosantes de tantos neologismos y palabras portentosas. Y, más aún, mientras explican a su modo los secretos misterios: de qué manera se creó y organizó el mundo; por qué conducto se ha transmitido el pecado original a la posteridad; cómo, en qué medida y por cuánto tiempo se formó Cristo en el vientre de la Virgen; cómo pueden subsistir en la eucaristía los accidentes sin la materia...

Pero esto está ya muy manido. Otras son las cosas que consideran dignas de los teólogos grandes e iluminados –como los llaman–, que son las que, cuando se encuentran de golpe con ellas, les exaltan: «¿Acaso hay algún verdadero instante en la generación divina? ¿Hay varias filiaciones en Cristo? ¿Acaso es posible la premisa que dice “Dios Padre odia al Hijo”? ¿Habría podido Dios hacerse pasar por una mujer, el diablo, un asno, una calabaza o un pedernal? Además, una calabaza, ¿cómo habría podido predicar, hacer milagros y ser crucificada? Y, ¿qué habría consagrado Pedro si lo hubiera consagrado durante el tiempo en que el cuerpo de Cristo estuvo colgando de la cruz? ¿Acaso durante ese mismo tiempo se habría podido decir de Cristo que era un hombre? ¿Acaso sería posible comer y beber tras la resurrección de la carne?». ¡Como si ya se estuviesen preparando ahora para la sed y el hambre!

Hay innumerables *ingeniosidades*<sup>338</sup>, mucho más sutiles aún que éstas, sobre las nociones, las relaciones, las formalidades, las esencias, las presencias, que nadie podría pillar con los ojos, a no ser que sea tan Linceo que pueda ver incluso en medio de profundas tinieblas lo que no existe en ningún sitio. Añádeles ahora las famosas *sentencias*<sup>339</sup> aquellas, tan *paradójicas*<sup>340</sup> que incluso los oráculos de los estoicos, conocidos vulgarmente como paradójicos<sup>341</sup>, a su lado parecen muy groseros y propios de charlatanes de calle, como, por ejemplo, que es un delito menos grave degollar a mil hombres que coserle una sola vez a un pobre el zapato en domingo, y que es mejor dejar que desaparezca el mundo entero con todas sus pertenencias –como se dice– que decir una sola mentirijilla por pequeña que sea.

Pero estas sutilísimas sutilezas las hacen aún más sutiles los numerosísimos sistemas de los escolásticos, de suerte que es más fácil que te veas libre de un laberinto que de los galimatías de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, occamis-

---

<sup>336</sup> Vulcano, el dios artesano, especialista en la fragua y objetos bélicos, ideó una red de trama muy fina con la que atrapar a su infiel esposa, Venus, y al amante de ésta, Marte, como nos cuenta Homero, *Odisea*, 8, 270 ss.

<sup>337</sup> El hacha de Ténedos era el símbolo del castigo que recibiría quien acusase a alguien ante un tribunal dolosamente o con ambigüedades. Cfr. *Adagia*, 1, 9, 29: *Tenedia bipennis*.

<sup>338</sup> λεπτολεσχία es un compuesto griego acuñado por el propio Erasmo. Su significado literal vendría a ser «charlas inaprensibles o triviales».

<sup>339</sup> γνῶμας.

<sup>340</sup> παραδόξους.

<sup>341</sup> Cfr. la obra de Cicerón, *Paradoxa Stoicorum*, en la que el autor intenta demostrar cómo las afirmaciones que van contra el sentir general de la gente pueden defenderse por medio de la retórica. Estas afirmaciones, por lo general, son de una gran finura conceptual.



meros principios, las esencias y las presencias<sup>330</sup>, cosas todas ellas tan sutiles que no creo que ni siquiera Linceo<sup>331</sup> pudiese percibir las.

Además, desprecian en particular al populacho ignorante<sup>332</sup>, cuando esparcen la oscuridad en la mente de los menos instruidos con triángulos, cuadrados, círculos y semejantes figuras geométricas, unas dentro de otras, y mezcladas todas a guisa de laberinto, o con letras puestas como en formación y repetidas en distintas líneas. Y no faltan entre éstos quienes incluso predicen el futuro tras consultar los astros y prometen portentos más que mágicos, y todavía tienen la suerte de encontrar personas dispuestas a creer en esto.

### [LIII. LOS TEÓLOGOS]

Seguidamente, tal vez sería preferible no hablar de los teólogos y no remover esta Camarina<sup>333</sup> ni tocar esta hierba ponzoñosa<sup>334</sup>, como gente increíblemente ceñuda y quisquillosa que es, no vaya a ser que se me echen encima en tropel con mil conclusiones y me obliguen a retractarme, y si rehúso hacerlo, se pongan a llamarme a voces hereje. Porque suelen aterrorizar al instante a todo el que no goza de su simpatía. Desde luego, aunque no reconozcan de grado mis favores para con ellos, sin embargo, también ellos me son deudores de no pequeños beneficios, pues están encantados con su egolatría igual que si viviesen en el tercer cielo y desde su atalaya desprecian a todos los demás mortales como si fuesen bestias que se arrastran por el suelo; y casi hasta se compadecen de ellos, mientras ellos quedan protegidos tras sus enormes hileras de definiciones magistrales, conclusiones, corolarios, proposiciones explícitas e implícitas, y andan tan bien surtidos de *subterfugios*<sup>335</sup> que ni

<sup>330</sup> Todos estos términos técnicos pertenecen a la verborrea escolástica que tanto despreciaba y combatía Erasmo. Los dos últimos sirven bien como ejemplo de las creaciones monstruosas que había parido el latín escolástico: la «esencia» en el original es *quidditas*, es decir, la naturaleza propia de las cosas tanto si existen como si no (el término está formado sobre el interrogativo *quid*, que es lo que se preguntaría para saber *qué* es algo). La «presencia» o «apariencia» es la *ecceltas*, esto es, la naturaleza individual, formalmente distinta de la universal o común.

<sup>331</sup> Sobre Linceo, véase lo dicho en la nota 203.

<sup>332</sup> *Profanum vulgus adspersantur* parece reminiscencia del verso horaciano (*Odas*, 3, 1, 1) *Odi profanum vulgus et arceo*: odio al populacho ignorante y lo mantengo alejado.

<sup>333</sup> La ciénaga de Camarina era un pantano cercano a la homónima ciudad siciliana. Apolo había prohibido a sus habitantes desecarla sin su permiso. Cuando éstos desobedecieron sus órdenes, Apolo dejó de prestarles su favor y los enemigos entraron a saco en la ciudad.

<sup>334</sup> La hierba venenosa en cuestión es la *anagyris foetida*, una planta arbustiva caducifolia que crece en los países mediterráneos y desprende un peculiar olor fétido, lo que le ha dado el nombre popular de «hediondo» y que, además, contiene unos alcaloides muy tóxicos. Con el nombre de esta planta se ha creado el proverbio que aparece en *Adagia*, 1, 1, 65: *anagyris communes*. Cfr. lo que nos dice al respecto la *Suda*, A. 1843: Ἀνάγυρος· δῆμος τῆς Ἀττικῆς, καὶ ἄθος, ὃ τριβόμενον ὀζει, καὶ παροιμία εἰπεῖσθαι, Κινεῖς τὸν ἀνάγυρον, ἐπὶ τῶν ἐπισπωμένων ἑαυτοῖς τὰ κακά, ἔστι δὲ τὸ φυτὸν ὃ ἀνάγυρος ἀλεξίκακον καὶ δυσώδες. «Anágyro: pueblo de la región ática, también flor que machacada desprende olor. De ella procede el refrán que dice «meneas el anágyro», dicho de los que se buscan a sí mismos desgracias. El anágyro es una planta venenosa y maloliente».

<sup>335</sup> κρησφύγεις.

las mismísimas cadenas de Vulcano podrían enredarlos<sup>336</sup> de manera que no puedan escurrirse con unos distingos que cortan todos los nudos con la misma facilidad que el hacha de doble filo de Ténédos<sup>337</sup>, rebosantes de tantos neologismos y palabras portentosas. Y, más aún, mientras explican a su modo los secretos misterios: de qué manera se creó y organizó el mundo; por qué conducto se ha transmitido el pecado original a la posteridad; cómo, en qué medida y por cuánto tiempo se formó Cristo en el vientre de la Virgen; cómo pueden subsistir en la eucaristía los accidentes sin la materia...

Pero esto está ya muy manido. Otras son las cosas que consideran dignas de los teólogos grandes e iluminados –como los llaman–, que son las que, cuando se encuentran de golpe con ellas, les exaltan: «¿Acaso hay algún verdadero instante en la generación divina? ¿Hay varias filiaciones en Cristo? ¿Acaso es posible la premisa que dice “Dios Padre odia al Hijo”? ¿Habría podido Dios hacerse pasar por una mujer, el diablo, un asno, una calabaza o un pedernal? Además, una calabaza, ¿cómo habría podido predicar, hacer milagros y ser crucificada? Y, ¿qué habría consagrado Pedro si lo hubiera consagrado durante el tiempo en que el cuerpo de Cristo estuvo colgando de la cruz? ¿Acaso durante ese mismo tiempo se habría podido decir de Cristo que era un hombre? ¿Acaso sería posible comer y beber tras la resurrección de la carne?». ¡Como si ya se estuviesen preparando ahora para la sed y el hambre!

Hay innumerables *ingeniosidades*<sup>338</sup>, mucho más sutiles aún que éstas, sobre las nociones, las relaciones, las formalidades, las esencias, las presencias, que nadie podría pillar con los ojos, a no ser que sea tan Linceo que pueda ver incluso en medio de profundas tinieblas lo que no existe en ningún sitio. Añádeles ahora las famosas *sentencias*<sup>339</sup> aquellas, tan *paradójicas*<sup>340</sup> que incluso los oráculos de los estoicos, conocidos vulgarmente como *paradójicos*<sup>341</sup>, a su lado parecen muy groseros y propios de charlatanes de calle, como, por ejemplo, que es un delito menos grave degollar a mil hombres que coserle una sola vez a un pobre el zapato en domingo, y que es mejor dejar que desaparezca el mundo entero con todas sus pertenencias –como se dice– que decir una sola mentirijilla por pequeña que sea.

Pero estas sutilísimas sutilezas las hacen aún más sutiles los numerosísimos sistemas de los escolásticos, de suerte que es más fácil que te veas libre de un laberinto que de los galimatías de realistas, nominalistas, tomistas, albertistas, occamis-

---

<sup>336</sup> Vulcano, el dios artesano, especialista en la fragua y objetos bélicos, ideó una red de trama muy fina con la que atrapar a su infiel esposa. Venus, y al amante de ésta, Marte, como nos cuenta Homero, *Odisea*. 8, 270 ss.

<sup>337</sup> El hacha de Ténédos era el símbolo del castigo que recibiría quien acusase a alguien ante un tribunal dolosamente o con ambigüedades. Cfr. *Adagia*, 1, 9, 29: *Tenedia bipennis*.

<sup>338</sup> λεπτολεσχία es un compuesto griego acuñado por el propio Erasmo. Su significado literal vendría a ser «charlas inaprensibles o triviales».

<sup>339</sup> γινώμας.

<sup>340</sup> παραδόξους.

<sup>341</sup> Cfr. la obra de Cicerón, *Paradoxa Stoicorum*, en la que el autor intenta demostrar cómo las afirmaciones que van contra el sentir general de la gente pueden defenderse por medio de la retórica. Estas afirmaciones, por lo general, son de una gran finura conceptual.

tas, escotistas...<sup>342</sup>, y aún no los he dicho todos, sino tan sólo los principales. En todos ellos hay tanta erudición, tanta dificultad que me parece que incluso los apóstoles necesitarían otro Espíritu Santo si se vieran forzados a discutir de estas cosas con esta nueva clase de teólogos.

San Pablo pudo demostrar su fe, pero la definió con poca claridad cuando dice: «La fe es el fundamento de las cosas que se esperan y la razón de las que no son evidentes»<sup>343</sup>. Igualmente, si bien dio testimonio de caridad como el que más, sin embargo, la define y divide de forma poco dialéctica en la primera *Epístola a los Corintios*, capítulo XIII<sup>344</sup>. Y, sin duda, celebraban la eucaristía con la piedad debida, pero si se les hubiese preguntado por el término *a quo*, el término *ad quem*, sobre la transustanciación, sobre cómo puede estar en sitios diferentes un mismo cuerpo, sobre la diferencia existente entre el cuerpo de Cristo cuando está en el cielo, cuando estuvo en la cruz y cuando está en el sacramento de la comunión, sobre el momento exacto en que se produce la transustanciación, puesto que las palabras con que se produce se pronuncian de forma sucesiva; preguntados, digo, por todo eso, no creo que hubiesen podido responder con la misma agudeza con la que los escotistas lo definen y explican.

Conocían a la madre de Jesús, pero ¿hay entre ellos quien haya podido demostrar cómo se vio libre del pecado original con el mismo rigor filosófico que nuestros teólogos? Pedro recibió las llaves y las recibió de uno que no se las confiaría a alguien que no lo mereciera<sup>345</sup>, y, sin embargo, no estoy seguro de que lo entendiese y, desde luego, en ningún momento llegó a captar la sutileza de cómo es posible que tenga la llave de la sabiduría aun el que no tiene sabiduría. Ellos bautizaban por todas partes y, sin embargo, en ningún lugar dejaron explicado cuál es la causa formal, cuál la material, la eficiente y la final del bautismo, y en ellos no se hace mención alguna de su carácter deletable e indeleble. Sin duda adoraban a Dios, pero en espíritu, sin atender más que a las palabras del Evangelio: «El espíritu es Dios y los que lo adoran es preciso que lo hagan en espíritu y en verdad»<sup>346</sup>. Pero no está claro que les fuese revelado que se debiese aplicar la misma adoración a un garabato trazado con un carbón en la pared como si fuese el mismísimo Cristo, con tal que aparezca con los dos dedos levantados, el cabello largo y una aureola con tres señales pegada a la nuca<sup>347</sup>. ¿Quién podría darse cuenta de ello,

---

<sup>342</sup> Todas ellas son escuelas de raigambre escolástica. Los realistas consideraban que lo universal se manifestaba realizado hasta cierto punto en los individuos, mientras que los nominalistas creían que los universales eran simples categorías lógicas. Los tomistas son los seguidores de Tomás de Aquino, quien practicó el aristotelismo a ultranza para explicar la existencia de Dios. Los albertistas, seguidores de Alberto Magno, que fue maestro de Tomás de Aquino, tenían ideas neo-aristotélicas. Los ocamistas y escotistas, acólitos respectivamente de Guillermo de Ockham y Duns Escoto, mantuvieron una postura enfrentada a la de los tomistas en lo que a la transcendencia divina y la arbitrariedad de su ley y su revelación se refiere.

<sup>343</sup> Hebreos 11, 1: *est autem fides sperandorum substantia, rerum argumentum non parentum*.

<sup>344</sup> En realidad, la definición de la *caritas* cristiana se encuentra en el cap. 12.

<sup>345</sup> Cfr. Mateo 16, 19: *et tibi dabo claves regni caelorum: «y te daré las llaves del reino de los cielos»*.

<sup>346</sup> Cfr. Juan 4, 24: *spiritus est Deus et eos qui adorant eum in spiritu et ueritate oportet adorare*.

<sup>347</sup> Las tres notas o señales se refieren a las tres letras griegas mayúsculas que suelen acompañar a la figura de Cristo en los iconos: IHC (abreviatura de IHCOYC «Jesús»), o bien XPC (de XPICTOC, «Cristo»).

a no ser que haya gastado treinta y seis años enteritos en el estudio de la física y de la metafísica de Aristóteles y Escoto?

Del mismo modo, los apóstoles enseñan lo que es la gracia, pero en ninguna parte distinguen entre gracia gratuita y gracia gratificante. Animán a hacer buenas obras, pero no separan la obra operante de la obra operada. En todas partes insisten en la caridad y no distinguen entre la infusa y la adquirida ni explican si es un accidente o una sustancia, si es cosa creada o increada. Abominan del pecado, pero, que me muera ahora mismo si fueron capaces de definir científicamente qué es eso que llamamos pecado, a menos, tal vez, que les haya iluminado el espíritu de los escotistas.

Tampoco se me puede hacer creer que san Pablo, a partir de cuya erudición puede estimarse la de todos los demás apóstoles, hubiera estado dispuesto a condenar las cuestiones, controversias, genealogías y –como él mismo las llama– *logomaquias*<sup>348</sup>, si hubiese estado versado en tales agudezas, sobre todo teniendo en cuenta que todas las disputas y contiendas de su época fueron rústicas y groseras si se comparan con las sutilezas más que crisípeas<sup>349</sup> de nuestros maestros.

Aunque fueran personas muy modestas, si por casualidad hay algo escrito por los apóstoles con tosquedad y poco academicismo, los teólogos, faltaría más, no lo condenan, sino que lo interpretan con benevolencia, evidentemente como tributando este honor en parte a la antigüedad y en parte a la autoridad apostólica. Y, por Hércules, sería poco equitativo exigirles el conocimiento de cosas tan importantes de las que jamás oyeron una sola palabra a su Maestro. Si sucediese lo mismo con Crisóstomo, Basilio o Jerónimo, entonces les parece suficiente escribir al margen: «no se acepta».

Y, por supuesto, también impugnaron ellos a los paganos, a los filósofos y a los judíos, que son por naturaleza muy obstinados, pero más con la experiencia vital y los milagros que con silogismos; y luego a esos entre quienes nadie es capaz de captar con la mente siquiera una sola de las cuestiones «quodlibetales» de Escoto<sup>350</sup>. Hoy día, en cambio, ¿qué pagano o hereje no se rendiría de inmediato ante tantas sutilezas menudísimas, a no ser que fuese tan burdo que no pueda entenderlas o tan desvergonzado que las pite o esté tan ducho en esos mismos engaños que la lucha se dé entre semejantes, igual que si enfrentas a un mago con otro o si alguien diestro en la espada combate con otro igual de diestro? Porque, en este caso, no se haría otra cosa que tejer y retejer la tela de Penélope<sup>351</sup>. Y, al menos en mi opinión,

---

<sup>348</sup> λογολαχίας, en 1 Timoteo 6, 4: *pugnas uerborum*. El término griego es un compuesto formado por «palabras» (o «razonamientos») y «luchas». De ellas nos dice el apóstol que surgen la envidia, la discordia, la maledicencia y la desconfianza.

<sup>349</sup> Crisipo de Cilicia (ca. 281-208 a.C.), sucesor de Cleantes en la dirección de la Estoa, fue muy renombrado por sus ingeniosas agudezas.

<sup>350</sup> Estas cuestiones eran ejercicios públicos de teología, filosofía y retórica a la vez. Se crearon como actividades extraescolares practicadas dos veces al año. Su título era *Quaestio de quodlibet*, esto es, «discusión sobre cualquier asunto» y terminaron siendo tratados teológicos publicados con el fin de emplearlos en una de estas sesiones públicas.

<sup>351</sup> Cfr. nota 251. Penélope había puesto como límite para esperar el regreso de su marido y, si éste no volvía, casarse con otro hombre, el término de la tela que bordaba. Como mujer fiel que era a su marido, lo que tejía durante el día lo deshacía por la noche para volver a tejerlo a la mañana siguiente y así hacer tiempo.

los cristianos darían muestras de sensatez si, en lugar de estas copiosas cohortes de soldados con las que hace ya tiempo que guerreen con resultado incierto, enviasen contra 'los turcos y los sarracenos a los vociferadores escotistas, a los tozudísimos occamistas y a los invencibles albertistas junto con toda la banda de sofistas. Podrían contemplar, creo yo, el combate más gracioso de todos y una victoria nunca vista.

Porque, ¿quién hay tan sumamente frío que no le enciendan sus agudezas? ¿Quién hay tan obtuso que no le estimulen sus pinchazos? ¿Quién es tan perspicaz que todo esto no le suma en la oscuridad más profunda? Pero veo que os parece que os estoy diciendo todo esto en broma. Y no me extraña en absoluto, habiendo como hay incluso entre los mismos teólogos algunos con una instrucción superior que se asquean de estas –a su parecer– frívolas sutilezas teológicas. Los hay que reprueban como si fuese un tipo de sacrilegio, y consideran suprema impiedad hablar con una boca tan sucia de asuntos tan misteriosos y más dignos de adoración que de explicación, y discutirlos con sutilezas tan profanas, propias de los paganos, definirlos con tanta arrogancia y ensuciar la majestuosidad de la divina teología con palabras y opiniones tan altaneras e indecorosas.

Pero, mientras tanto, ellos están satisfechísimos de sí mismos, e incluso se aplauden hasta tal punto que, ocupados como están día y noche en estas placenteras bagatelitas, no les queda ni un poquito de tiempo que dedicar a leer siquiera una sola vez el Evangelio o las cartas de san Pablo. Y, al tiempo que tontean con estas cosas en sus escuelas, están convencidos de que la Iglesia al completo, que de lo contrario se vendría abajo, se asienta en los pilares de los silogismos igual que, según los poetas, Atlante soporta sobre sus hombros el cielo.

Ya os podéis imaginar qué gran felicidad les da moldear y remoldear a su gusto, como si fuesen de cera, los arcanos de las Escrituras; pretender que sus conclusiones, suscritas ya por algunos escolásticos, parezcan más valiosas que las leyes de Solón<sup>352</sup> e incluso que haya que anteponerlas a los decretos papales; y, ejerciendo de censores del mundo, arrastrar por las fuerza a que se retracte si hay algo en alguna parte que no cuadra al pie de la letra con sus conclusiones explícitas e implícitas, y proclamar, igual que si de un oráculo se tratase, «Esta proposición es escandalosa», «Ésta es poco respetuosa», «Ésta tiene un tufillo a herejía», «Ésta suena mal», hasta el punto de que ni el bautismo, ni el Evangelio, ni san Pedro o san Pablo, ni san Jerónimo o san Agustín, ni siquiera el mismísimo santo Tomás, que es *el más aristotélico*<sup>353</sup> de todos ellos, bastaría para hacer un cristiano, si no contara con el voto de los bachilleres: tal es la finura en sus juicios.

Porque, ¿quién podría darse cuenta de que no es cristiano quien diga que significan lo mismo estas dos expresiones: «Orinal, apesta» y «El orinal apesta», o «La

---

<sup>352</sup> Solón (638-559 a.C.) fue un célebre poeta, político y legislador ateniense, considerado el fundador de la democracia de Atenas y uno de los siete sabios de Grecia. Las leyes que dictó son un ejemplo de moderación y justicia social. Véase nota 144.

<sup>353</sup> ἀριστοτελικώτατος, un *semel dictum*, creación de Erasmo. El que el adjetivo aparezca en griego comporta un tono fuertemente irónico por parte de Erasmo, siendo que santo Tomás de Aquino sólo conocía a Aristóteles por traducciones latinas.

olla hierve» y «Hierve la olla» de no habérselo enseñado esos sabios?<sup>354</sup> ¿Quién habría liberado a la Iglesia de las tinieblas de semejantes errores, que jamás habría leído nadie de no haber sido editados con grandes sellos? Pero, ¿es que no se sienten los hombres más felices mientras lo hacen? ¿O cuando describen con tantos pelos y señales las cosas del infierno como si hubiesen pasado muchos años en esa república? ¿O cuando fabrican nuevos mundos a capricho, añadiendo al final uno enorme y bellissimo para que no falte un lugar en el que las almas felices puedan pasear a sus anchas o celebrar un banquete o, incluso, jugar a la pelota?<sup>355</sup>

Con estas y otras mil tonterías de ese tipo tienen ellos las cabezas tan atiborradas e hinchadas que creo que ni el propio Júpiter tuvo tan preñada la sesera cuando, a punto de parir a Atenea, le suplicaba con lágrimas a Vulcano<sup>356</sup> su hacha. Por eso, no os sorprendáis al verlos en discusiones públicas con la cabeza cuidadosamente cubierta por el birrete<sup>357</sup>. De lo contrario, les estallarían sin más.

Yo misma suelo reírme a veces del hecho de que, cuanto más bárbara y sucia es su forma de hablar, tanto más teólogos les parece que son, y de que cuando balbucean tanto que no les puede entender nadie más que los tartamudos, llaman ingenio a lo que la gente común no es capaz de entender. En efecto, niegan que sea digno de las Sagradas Escrituras verse forzadas a someterse a las leyes de la gramática. Sorprendente majestad la de los teólogos, si tan sólo a ellos les está permitido hablar con incorrecciones, aunque eso también lo tienen en común con muchos simples remendones.

En definitiva, se creen parecidísimos a los dioses cuando, con veneración casi religiosa, se les saluda como *Magister Noster*<sup>358</sup>, título en el que creen que existe algo semejante a lo que entre los judíos se llama *tetragrammaton*<sup>359</sup>. Y, por lo tanto, dicen que es una impiedad escribir *Magister Noster* si no es con letras mayúsculas. Y si alguien lo dijese al revés, *Noster Magister*, trastocaría de un solo golpe toda la majestuosidad del prestigio teológico.

#### [LIV. LOS RELIGIOSOS Y LOS MONJES]

En lo que a felicidad se refiere, no les van a la zaga los que popularmente se llaman religiosos y monjes, denominaciones ambas falsísimas, puesto que, por un

---

<sup>354</sup> Sobre el sentido de cada una de estas frases se ha discutido mucho y mucho es lo conjeturado. Podría decirse, en términos generales y sin precisar gran cosa, que ambas aluden al mal uso que del latín hacían los escolásticos y a su gusto por los juegos de palabras sin transcendencia.

<sup>355</sup> Los cielos eran tradicionalmente (también entre los judíos y los musulmanes) siete. Los filósofos griegos les añadieron tres más, de los que el último, el Empíreo, estaba destinado a los bienaventurados.

<sup>356</sup> Véase nota 114.

<sup>357</sup> El *fasciis* del texto latino puede hacer referencia tanto a los típicos tocados académicos como al conjunto de vendas que supuestamente llevarían para sujetar los sesos en la cabeza y evitar que se saliesen, como da a entender en las palabras subsiguientes.

<sup>358</sup> En latín «nuestro maestro», apelativo que dirigen los Padres de la Iglesia a Cristo y a los apóstoles.

<sup>359</sup> El *tetragrammaton* (palabra que en griego significa «nombre formado por cuatro letras») es la secuencia de las cuatro letras con las que se escribe en hebreo el nombre de Dios: *IHWH*, esto es, *IaHWeH*.

lado, una buena parte de ellos se encuentra muy lejos de la religión y, por otro, no hay nadie que esté más presente en todas partes<sup>360</sup>. No soy capaz de ver qué podría haber más desdichado que ellos si yo no les echara una mano de numerosas maneras. Lo cierto es que, aunque todos abominan de esta clase de hombres hasta el punto de considerar signo de mal agüero encontrarse por casualidad con uno, sin embargo, ellos están encantados consigo mismos. Para empezar, tienen por piedad sublime no haber tocado nada que tenga que ver con la educación hasta el extremo de no saber siquiera leer. Luego, cuando con voz asnal cantan en la iglesia sus queridos salmos, de los que conocen el número en que se disponen<sup>361</sup> pero sin entenderlos, creen de veras estar halagando los oídos de los santos.

Incluso entre ellos hay algunos que explotan la suciedad y mendicidad y se colocan delante de las puertas para pedir pan entre berridos; es más, no hay albergues, carruajes y barcos que no molesten con gran perjuicio de los demás mendigos. Y de esta manera, esos hombres tan afables nos venden —como ellos dicen— el ejemplo de los apóstoles con suciedad, ignorancia, ordinariez y descaro. Pero, ¿hay algo más gracioso que hacerlo todo siguiendo unas normas, como sirviéndose de unos principios matemáticos cuya omisión constituiría un sacrilegio?<sup>362</sup> cuántos nudos tiene que llevar el calzado, de qué color han de ser los cíngulos, de qué diferentes formas variar los hábitos, de qué material y qué medidas han de tener los cinturones, qué aspecto y tamaño la cogulla<sup>363</sup>, cuántos dedos ha de tener la tonsura, cuántas horas hay que dormir... Y esta igualdad en tamaña disparidad de cuerpos y caracteres, ¿es que hay alguien que no vea lo desigual que es? Sin embargo, con estas sandeces no sólo se sienten superiores a los demás, sino que se desprecian unos a otros y unos hombres que han hecho profesión de caridad apostólica hacen una auténtica tragedia por una forma diferente de llevar ceñido el hábito o por tener éste un color algo más oscuro.

Entre estos últimos podrías ver algunos con una religiosidad tan estricta que como ropa de calle no emplean más que el cilicio, dejando la milesia<sup>364</sup> para las prendas íntimas; otros, por el contrario, por encima llevan lino y por debajo lana. También se puede ver a otros que se espantan del contacto con el dinero como si

---

<sup>360</sup> La segunda objeción se entiende mejor sabiendo que la palabra «monje» (y la latina *monachus*) procede del griego μοναχός que propiamente significa «solitario», «que anda solo». Aquí Erasmo critica la imparable secularización a la que había llegado el clero regular.

<sup>361</sup> El término *numeratos* (*psalmos*) es vertido por algunos traductores como «con ritmo, con cadencia», pero, en primer lugar, los *Salmos* bíblicos —al menos en las versiones latina y griega— no tienen nada que se parezca al ritmo ni cuantitativo ni acentual y, por otro lado, el verbo latino *numerare* no presenta en época clásica este valor (que es el que, en teoría, deberíamos suponerle al texto de Erasmo).

<sup>362</sup> Todas las precisiones que se enumeran y los distinguos que se hacen a continuación, aunque ligeramente sacados de quicio, representan bastante bien el contenido puntilloso de las numerosas reglas monacales que prescribían la vida, usos y costumbres de los religiosos que profesasen en cada orden. Véanse, por poner sólo dos ejemplos, las Reglas de San Benito o de San Francisco de Asís.

<sup>363</sup> La capucha del hábito.

<sup>364</sup> La ropa cilicina es la hecha con la materia más famosa de la región de Cilicia, en la actual Turquía. El *cilicium*, «cilicio», es una tela hecha con pelo de cabra. Por su proverbial aspereza ha pasado a emplearse como sinónimo de sufrimiento y penitencia. La ropa milesia (de Mileto, en la costa occidental de Turquía) era famosa por su finura y delicadeza.

de veneno se tratase y, en cambio, no se privan del vino y del trato con mujeres. En resumen, es increíble cómo se afanan todos en no hacer nada adecuado en su forma de vivir. Y no les interesa parecerse a Cristo, sino diferenciarse entre sí.

En consecuencia, una gran parte de su felicidad estriba en sus denominaciones: unos se complacen en llamarse «los del cordón»<sup>365</sup>, y entre éstos están los Recoletos, los Menores, los Mínimos y los Bulistas. Por otra parte están los Benedictinos, los Bernardinos, Brigidenses, Agustinos, Guillermitas, Jacobinos... como si fuese poca cosa llamarse cristianos. Una gran parte de ellos concede tanta importancia a sus ceremonias y tradicioncillas que creen que el cielo por sí solo no es suficiente recompensa para tamaños méritos, sin tener en consideración que en el futuro Cristo, despreciando todo esto, va a pedirles cuentas de su único precepto, a saber, la caridad.

Uno irá alardeando de vientre, atiborrado de todo tipo de peces. Otro derramará un saco lleno de cien celemines de salmos. Otro más enumerará sus mil ayunos y le echará la culpa de tener el estómago reventado a haber hecho una sola comida. Otro hará con sus ceremonias un montón tan grande que a duras penas podrían transportarlo siete naves de carga. El de más allá se jactará de no haber tocado el dinero ni una sola vez en sesenta años si no es con dos pares de guantes encima. El de aquí presentará una capucha tan sucia y grasienta que no habrá marinero que se atreva a ponérsela. El de allá recordará que durante más de once lustros ha llevado una vida de esponja, siempre sujeto en el mismo sitio. Éste mostrará su ronquera debida al canto continuo, ése el embrutecimiento causado por la soledad y aquél el balbucir de su lengua debido al voto de silencio.

Pero Cristo, interrumpiendo esta sarta de méritos que de lo contrario no acabaría nunca, les dirá: «¿De dónde ha salido esta nueva raza de judíos? La única ley que reconozco es la mía auténtica, y ésa es la única de la que no oigo decir nada. Ya en otra época, con claridad y sin servirme de la envoltura de las parábolas, prometí el legado de mi Padre no a las caperuzas, ni a las jaculatorias o a los ayunos, sino a las obras de caridad. Tampoco acepto a quienes están encantados con sus propias acciones, esos que desean parecer incluso más santos que yo. Que vivan, si les place, en el cielo de los abraxistas<sup>366</sup>, o que se hagan construir un nuevo cielo por estos cuyas ridículas tradiciones antepusieron a mis mandamientos». Cuando escuchen todo esto y vean que los marineros y los cocheros son preferidos a ellos, ¿con qué cara creéis que se mirarán unos a otros? Pero, mientras tanto, ellos son felices con la esperanza que yo les otorgo.

Y, por cierto, nadie se atreve a desairarlos, por muy alejados que estén del mundo, sobre todo a los mendicantes<sup>367</sup>, porque, gracias a lo que se conoce como

---

<sup>365</sup> Los franciscanos.

<sup>366</sup> Los seguidores de la corriente gnóstica que defendía la existencia de 365 manifestaciones atribuidas a Dios (u otros tantos cielos o esferas) representaban simbólicamente este número en la palabra ABRAXAS (aunque en griego aparece la variante ABPAΣAΞ, «abrasax»), inventada por el heresiarca contemporáneo del emperador Adriano, Basilides. Las letras que la componen tienen el siguiente valor alfanumérico: A=1, B=2, R=100, A=1, X=60, A= 1 y S=200, lo que suma el total de 365.

<sup>367</sup> Los *clerici mendicantes* eran los religiosos pertenecientes a órdenes que no se encontraban recluidas en los monasterios y pedían limosna para ganarse el sustento.



confesión, guardan todos los secretos de todo el mundo. Secretos que, sin embargo, consideran sacrílego revelar, menos cuando, en plena borrachera, gustan de deleitarse con historietas ligeras; pero sólo dejan entrever los asuntos dando pistas y guardando en silencio los nombres. Pero si alguien molesta a estos zánganos, entonces se despachan a sus anchas en sus sermones y censuran a su enemigo mediante unas indirectas tan veladas que no alcanzaría a entenderlas sólo quien no entiende nada. Y no dejan de ladrar hasta que les echas un trozo de algo a la boca<sup>368</sup>.

Venga, dime, ¿qué comediante o charlatán de feria preferirías ver antes que a estos que en sus sermones actúan como retoricastros absolutamente ridículos y que, sin embargo, imitan taimadamente los preceptos que los oradores han dejado sobre el arte de la elocuencia? ¡Dios santo! ¡Cómo gesticulan, con qué habilidad impostan la voz, cómo canturrean, cómo se pavonean, con qué rapidez cambian de expresión y lo llenan todo de gritos! Esta arte oratoria la transmiten de frailecillo a frailecillo como cosa misteriosa y, aunque no me está permitido conocerla, trataré de explicarla basándome en conjeturas.

En primer lugar hacen una invocación, cosa que han tomado prestada de los poetas<sup>369</sup>. A continuación, si van a hablar de la caridad, comienzan a hablar del río Nilo como exordio, o si van a contar algo del misterio de la cruz, toman felices auspicios de Bel, el dragón babilonio<sup>370</sup>; si van a discutir sobre el ayuno comienzan por los doce signos del zodiaco, si van a hablar de la fe hacen una introducción interminable sobre la cuadratura del círculo.

Yo misma he llegado a oír a un eminente tonto –me he equivocado, quería decir eminente erudito– que, queriendo explicar en un celeberrimo sermón el misterio de la Santísima Trinidad, para aparentar una cultura fuera de lo común y, de paso, complacer los oídos de los teólogos, comenzó de una forma totalmente novedosa, a saber, empezó por las letras, las sílabas y la oración y luego pasó a tratar sobre la concordancia entre nombre y verbo, y del adjetivo y sustantivo, entre el asombro de la mayoría y de algunos que decían entre dientes aquello que dice Horacio: «¿Adónde va a parar tanta presunción?»<sup>371</sup>. Por fin, forzó el tema para mostrar que la figura de la Trinidad queda totalmente explicitada en los rudimentos gramaticales, de suerte que no hay matemático que pudiese dibujarla con más claridad en la arena. Y en este discurso aquel *eminentísimo teólogo*<sup>372</sup> había invertido ocho meses de sudores hasta el extremo de que hoy día está más cegato que un topo<sup>373</sup>, como es lógico por haber acumulado toda la agudeza visual en la cúspide del talento. Pero no se lamenta este hombre de su ceguera y aun piensa que la gloria le ha salido barata.

He tenido la ocasión de oír a otro octogenario, tan teólogo que creerías estar viendo la reencarnación del mismísimo Escoto. Con la intención de explicar el mis-

---

<sup>368</sup> La imagen del perro que no para de ladrar hasta que se le arroja algo de comer (*offam*) parece ser trasunto de la escena del perro Cérbero que se lee en la *Eneida*, 6, 417 ss.

<sup>369</sup> Véase nota 199.

<sup>370</sup> Cfr. *Daniel*, 14.

<sup>371</sup> *Sátiras*, 2, 7, 21.

<sup>372</sup> θεολογώτατος.

<sup>373</sup> Cfr. *Adagia*, 1, 3, 55: *talpa caecior*: «más ciego que un topo».

terio del nombre de Jesús, demostró con asombrosa sutileza que en las propias letras se hallaba lo que podía decirse del asunto. En efecto, el que se decline tan sólo en tres casos<sup>374</sup> es prueba manifiesta de que es la representación de la divina Trinidad. Además, en el hecho de que la primera palabra *Iesus* acabe en *s*, la segunda *Iesum* en *m* y la tercera *Iesu* en *u* se esconde un misterio *inefable*<sup>375</sup>, a saber, que esas tres letritas indican que Él es lo sumo, lo medio y lo último. Quedaba un misterio aún más recóndito que éstos en virtud de un cálculo matemático. Dividió la palabra «Jesús» en dos partes iguales de modo que quedase en el medio la *s*. Entonces pasó a exponer que entre los hebreos esta letra se conoce como *syn*. Entonces, como *syn* en lengua escocesa –me parece– suena como «pecado»<sup>376</sup>, quedaba claro que Jesús era el que quitaría los pecados del mundo<sup>377</sup>.

Con la boca abierta ante tan extraño exordio se admiraron todos –especialmente los teólogos– en tal grado que poco faltó para que les ocurriera lo que en otro tiempo sucediera a Níobe<sup>378</sup>, mientras, por el contrario, a mí casi me pasa lo que al Príapo de madera de higuera<sup>379</sup>, que contempló para su desgracia los sortilegios nocturnos de Canidia y Sagana<sup>380</sup>. Y no sin motivo, por cierto. Porque, ¿cuándo concibieron semejante *proemio*<sup>381</sup> el famoso Demóstenes en griego o Cicerón en latín? Entre ellos se tenía por defectuosa una introducción que no tuviese que ver con el asunto. ¡Como si no comenzasen de ese mismo modo los porqueros, sin más maestra que la naturaleza! Pero estos sabios creen que su preámbulo –pues ése es el nombre que le dan– será increíblemente retórico cuanto menos tenga que ver con el argumento, de manera que el oyente, maravillado, murmure para sí «¿adónde quiere ir éste ahora?»<sup>382</sup>.

En tercer lugar y a modo de exposición, hacen una interpretación sacada del Evangelio, pero con prisa y como de pasada, cuando eso es lo único que debería hacerse. En cuarto lugar, ya con una nueva máscara puesta, plantean alguna cuestión teológica, que a veces *no tiene que ver ni con el cielo ni con la tierra*<sup>383</sup>, y toda-

<sup>374</sup> Téngase en cuenta que las palabras originales van referidas al antropónimo *Iesus*, en latín, que cuenta sólo con tres terminaciones en su declinación: el nominativo *Iesus*, el acusativo *Iesum*, y el resto de los casos como *Iesu*.

<sup>375</sup> ἄρρητοι.

<sup>376</sup> En realidad, la letra hebrea (o semítica, para ser más correctos) de la que proceden la *Σ* griega y la *S* latina es la llamada *šîn* (שׁ), que tiene un sonido más parecido a la *ch* francesa o la *sh* inglesa (o a la *x* gallega) que a la *s* medial de «Jesús». Por otro lado, la palabra *syn/sin* significa «pecado», sí, pero no en escocés, sino en inglés. Dados los notables conocimientos lingüísticos y geográficos de Erasmo, uno está tentado a ver aquí una velada alusión –por lo demás, muy acorde con el contexto general de la obra– a Escoto, uno de los escolásticos que tanto incomodaban al roterodamense. En ese caso, *Scotorum lingua* no sería tanto «en la lengua de los escoceses» cuanto «en la lengua o jerga de los escotistas».

<sup>377</sup> Cfr. las palabras que pronuncia san Juan Bautista cuando ve a Cristo (Juan 1, 28): *ecce agnus Dei qui tollit peccatum mundi*: «he aquí al cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

<sup>378</sup> Es decir, convertirse en piedra. Cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 6, 146 ss.

<sup>379</sup> Para Príapo véase nota 12<sup>a</sup>.

<sup>380</sup> Alude a la escena de brujas que aparece en Horacio, *Sátiras*, 1, 8.

<sup>381</sup> ἔφοδοι.

<sup>382</sup> *quo nunc se proripit ille?* cfr. Virgilio, *Bucólicas*, 3, 19.

<sup>383</sup> οὐτε γῆς οὐτε οὐρανοῦ ἀπτομένην, frase sacada del *Alejandro*, 54, de Luciano que el propio Erasmo había traducido. Cfr. *Adagia*, 1, 5, 44: *Neque coelum neque terram attingit*, con el mismo significado.

vía creen que esto tiene que ver con la creación artística. En este caso ponen un ceño teológico<sup>384</sup> y llenan los oídos de la gente con títulos pomposos como doctores solemnes, doctores sutiles, doctores sutilísimos, doctores seráficos, doctores santos y doctores irrefutables<sup>385</sup>. Entonces pasan a vomitar sobre el vulgo ignorante silogismos mayores y menores, conclusiones, corolarios, suposiciones insulsísimas y necedades superescolásticas.

Queda ya la quinta fase, en la que conviene mostrar al artista en pleno apogeo. Para ello meten de golpe una historieta —a mis ojos— tonta e inculta, sacada del *Speculum historiale*<sup>386</sup> o de las *Gesta Romanorum*<sup>387</sup> y la interpretan alegórica, tropológica y anagógicamente<sup>388</sup>. Y de esta forma rematan su monstruo como ni el mismo Horacio pudo jamás concebir cuando escribió aquello de «Si a una cabeza humana, etc.»<sup>389</sup>.

Pero han oído decir a no sé quién que las primeras palabras del discurso habían de ser tranquilas y muy poco estrepitosas. En consecuencia, dan comienzo a su exordio de tal manera que ni ellos mismos pueden oír su propia voz, como si lo importante fuese que nadie entienda lo que dicen. Han oído que a veces es preciso emplear exclamaciones para provocar emociones. Por eso los que por otra parte hablan con comedimiento, alzan la voz de repente gritando como locos, incluso cuando no es necesario. Se juraría que este individuo necesita tomar eléboro<sup>390</sup>, como si no tuviese importancia alguna ponerse a dar gritos. Además, como tienen entendido que es preciso que el lenguaje empleado vaya caldeándose a medida que avanza el discurso, después de haber pronunciado el comienzo de cada parte como conviene, al punto emplean un chorro increíble de voz, aunque el asunto sea de lo más insustancial, y al final terminan de un modo que se creería les falta el aliento.

Para terminar, han aprendido que en los retóricos se hace mención de la risa y por eso se afanan ellos mismos en salpicar unos cuantos chistes, *joh querida Afro-dita!*<sup>391</sup>, tan llenos de donaires y tan oportunos que dirías estar ante *un asno tocando la lira*<sup>392</sup>. A veces también son mordaces, pero lo hacen de una forma que

<sup>384</sup> Mezcla de arrogancia y severidad.

<sup>385</sup> Los escolásticos más ilustres se pusieron distinguidos títulos con la intención de pasar a la posteridad con semejantes denominaciones rimbombantes. Escoto era el *doctor subtilis*, Bonaventura el *pater seraphicus*, y Alejandro de Hales el *doctor irrefragabilis*.

<sup>386</sup> Obra histórica de carácter enciclopédico escrita en el s. XIII por el dominico Vicente de Beauvais y publicada en 1473, fuente de numerosos *exempla* y curiosidades.

<sup>387</sup> Manual de historia universal escrito en la Inglaterra del s. XIII.

<sup>388</sup> En la Edad Media los textos sagrados podían comentarse de cuatro formas distintas: atendiendo a su sentido literal (que es el que Erasmo no cita por no serle de utilidad), al alegórico o figurativo (que entraña una lección religiosa), al tropológico (moral) y al anagógico o escatológico (de carácter místico). De esta forma, cada texto tenía cuatro posibles interpretaciones que aparecen resumidas en la famosa rima atribuida a Agustín de Dacia: *Littera gesta docet, quid credas allegoria, / moralis, quid agas, quid speres, anagogia*.

<sup>389</sup> Se refiere a las primeras palabras del verso inicial de la *Epístola a los Pisones* o *Arte poética* de Horacio (*Humano capiti ceruicem pictor equinam / iungere si uelit...*), en donde el poeta recrimina la aparición artificiosa de elementos incoherentes en una obra literaria.

<sup>390</sup> Sobre el eléboro véase nota 249.

<sup>391</sup> ὦ φίλη Ἀφροδίτη.

<sup>392</sup> οἶνον, πρὸς τὴν λύραν. Véase nota 177.

más que herir hacen cosquillas, y nunca son más aduladores que cuando quieren que parezca que *hablan con el corazón en la mano*<sup>393</sup>. En definitiva, toda la ejecución de su discurso<sup>394</sup> tiene tal cariz que se juraría que les han instruido los charlatanes de feria, que son muy superiores a ellos.

Sin embargo, se parecen tanto los unos a los otros que no hay quien dude que o bien los primeros han aprendido su arte retórica de los segundos o al revés. Y, aun así y gracias a mí, encuentran a quienes, cuando les escuchan, creen estar oyendo a verdaderos Demóstenes y Cicerones. Este tipo de personas son principalmente vendedores y mujercillas; a los primeros se esfuerzan en adularlos singularmente, porque suelen repartir algunas migajas del botín adquirido con malas artes, si se les da la coba adecuada. Las mujeres, entre otros muchos motivos, favorecen a este gremio sobre todo porque suelen desahogar en su pecho las quejas que tengan contra sus maridos.

Supongo que veis cuánto me debe este grupo de hombres por ejercer una especie de tiranía entre los mortales con sus ridículas ceremonias y sus necedades y creerse unos san Pablo y san Antonio<sup>395</sup>.

#### [LV. LOS REYES Y LA NOBLEZA CORTESANA]

Pero dejo ya en buena hora a estos histriones, tan ingratos escondiendo los beneficios que de mí reciben como deshonestos fingiendo devoción. Hace ya rato que tengo ganas de hablar un poco sobre los reyes y los cortesanos que me rinden culto con la mayor candidez y, como conviene a la gente libre, con franqueza.

Desde luego, si tuviesen aunque fuese media onza de sentido común, ¿habría algo más triste y digno de evitarse que su existencia? Porque no creerá que vale la pena hacerse con el poder mediante el perjurio o el parricidio quienquiera que sopesa para sus adentros el inmenso peso que ha de soportar sobre sus hombros quien quiera actuar realmente como un gobernante.

El que tome el timón del Estado debe atender los asuntos públicos y no los privados y que no piense en nada más que en el provecho del pueblo: que no se aparte ni el ancho de un dedo de las leyes<sup>396</sup>, de las que él es autor y ejecutor; que se responsabilice de la honradez de todos sus funcionarios y magistrados; que sea el único expuesto a las miradas de todo el mundo, que con la pureza de sus costumbres pueda, como astro benéfico, proporcionar a los asun-

<sup>393</sup> παρησιάζεσθαι.

<sup>394</sup> El texto latino dice *actio*, que es la parte final que, junto con la *pronuntiatio*, establece la retórica clásica en la creación oratoria. Corresponde a la puesta en escena o ejecución material (*performance*) del material acumulado. Cfr. las palabras de Cicerón. *El orador*. 55: *est enim actio quasi corporis quaedam eloquentia. cum constet e iuocet atque motu*: «en efecto, la actuación es como un lenguaje corporal, puesto que está formada por la voz y los gestos». Véase nota 159.

<sup>395</sup> Ambos eremitas del s. IV; precursores del monaquismo medieval.

<sup>396</sup> En *Adagia*, 1. 5. 6, aparece el proverbio *latum unguem*, bajo el cual aparece el que Erasmo emplea aquí: *latum digitum discedere*, que ya se leía en Plauto. Cicerón y san Jerónimo.

tos humanos la mayor prosperidad o, cual cometa mortífero, causar la mayor destrucción. Que los defectos de los demás ni se perciben igual ni tienen tanta repercusión. Que el gobernante se encuentra en una posición tal que si se apartase, por levemente que sea, de lo que es honesto, enseguida se cuele la terrible corrupción de las costumbres en muchísimos individuos. Además, la condición de gobernante conlleva muchas de las cosas que suelen apartar del camino recto, como por ejemplo, los placeres, el libertinaje, la adulación, el lujo...; por ello, hay que esforzarse más y vigilar con mayor ahínco para no apartarse de su obligación en ningún aspecto. En fin, que, dejando aparte intrigas, odios y los restantes peligros y temores, acecha sobre su cabeza el rey verdadero, que poco después le ha de pedir cuentas incluso de las culpas más insignificantes, y ello con una severidad tanto mayor cuanto más importante haya sido el poder que ha ejercido.

Estas cosas –digo yo– y muchas otras por el estilo, si el gobernante las medita para sí –y las meditaría si tuviese buen juicio–, no podría conciliar el sueño ni tomar bocado a gusto, según me parece. En cambio, actualmente y gracias a mi ayuda, dejan todas estas preocupaciones en manos de los dioses<sup>397</sup>; ellos, por su parte, se dan la gran vida y no permiten que les hable nadie que no sepa contar donaires, no vaya a ser que les surja alguna inquietud espiritual.

Green haber cumplido digna y cabalmente con el papel de príncipes si van de caza con frecuencia, crían hermosos caballos, venden magistraturas y gobernadrías en su propio beneficio, e imaginan todos los días nuevos sistemas con los que menguar los bienes de los ciudadanos y barrerlos para casa. Pero lo hacen de la manera adecuada, encontrando pretextos, de modo que, por muy injusta que sea la acción, ofrezca, no obstante, cierto viso de equidad. Añaden con esfuerzo alguna adulación para atraerse como sea la simpatía popular.

Hacedme ahora el favor de imaginaros a un hombre –como a veces se ven– ignorante de las leyes, casi enemigo del beneficio público, interesado en su propia molicie, entregado a los placeres, aborrecedor de la cultura, de la libertad y de la verdad, desinteresado por completo del bienestar del Estado y que lo mide todo según le venga en gana y le resulte beneficioso. Luego sumadle un collar de oro, testimonio de la coherencia de todas las virtudes; una corona adornada de piedras preciosas, que le haga tener presente que debe superar a los demás en la heroicidad de sus virtudes; además, el cetro, símbolo de justicia y de absoluta rectitud moral; y, por último, la púrpura, muestra del inmenso amor hacia el pueblo.

Si el soberano confrontase toda esta parafernalia con su propia vida, estoy seguro de que se avergonzaría de sus galas y temería que algún crítico mordaz tomase a risa y chirigota toda esta pompa teatral.

---

<sup>397</sup> Reminiscencia de Horacio, *Odas*, 1, 9, 9: *permittit diutis cetera*: «deja lo demás en manos de los dioses».

¿Y qué decir de los nobles palaciegos? Aunque no hay nada más obsequioso, servil, simple y despreciable que la mayoría de ellos, sin embargo, pretenden dárseles de los primeros en todo. Con todo, sólo en una cosa son los más modestos: satisfechos con cubrirse el cuerpo de oro, piedras preciosas, púrpura y todas las restantes muestras de virtud y sabiduría, les ceden a los otros el esfuerzo que supone conseguir esas cosas en sí. Se creen harto felices con tener el permiso para llamar al rey «señor», haber aprendido a dirigirse a él con tres palabras y saber meter en su momento los tratamientos de «serenidad», «majestad» y «excelencia», haber perdido todo pudor<sup>398</sup> y adular con gracia. Porque éstas son las artes que de verdad corresponden a uno que sea noble y cortesano. Por otra parte, si miras más de cerca su forma de vida, ciertamente encontrarás a unos verdaderos feacios y pretendientes de Penélope<sup>399</sup> —ya sabéis cómo sigue el poema, que Eco<sup>400</sup> os podrá relatar mejor que yo—.

Se duerme hasta mediodía; entonces tienen al lado de la cama a un miserable capellán a sueldo para que les diga misa deprisa y corriendo mientras aún están medio dormidos. Enseguida desayunan y, apenas han terminado, ya están pidiendo la comida. Luego vienen los dados, las damas, los juegos de azar, los bufones, los payasos, las rameras, los juegos y simplezas. De cuando en cuando uno o dos tentempiés. De nuevo la cena, tras ella una ronda de brindis, y ¡por Júpiter que no es una sola! Y de esta manera, sin que la vida les cause el menor aburrimiento, se les pasan las horas, los días, los meses, los años y los siglos<sup>401</sup>. Yo misma a veces me largo asqueada cuando veo a esos *fanfarrones*<sup>402</sup>, mientras entre las damiselas cada cual se cree tanto más cercana a los dioses cuanto más larga es la cola que arrastra, o los aristócratas que se van dando codazos unos a otros para que se les vea situados más cerca de Júpiter, y todo el mundo está más satisfecho de sí mismo cuanto más pesa la cadena que llevan al cuello, ostentando no sólo riqueza, sino también corpulencia.

<sup>398</sup> *Quod egregie perficuerint faciem*, variante del refrán recogido en *Adagia*, 1, 8, 47: *Faciem perficere*.

<sup>399</sup> Los feacios eran célebres por su vida apacible y llena de lujos. Cfr. las palabras de los *Scholia in Odysseam (scholia uetera)*, 6, 244: ὑπόκειται γὰρ τρυφῶντες οἱ Φαίακες καὶ παντάπασιν ἀβροδίατοι: «pues se supone que los feacios son voluptuosos y llevan una vida absolutamente llena de placeres». En cuanto a los pretendientes de Penélope, la sufrida esposa de Ulises, véase nota 351. Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 28-31, nos habla de la condición indolente y blanda de los que esperaban a casarse con ella:

*sponsi Penelopae nebulones Alcinoique  
in cunctis curanda plus aequo operata iuuentus,  
cui pulchrum fuit in mediis dormire dies et  
ad strepitum citbarae cessatum ducere somnum.*

granujas como los pretendientes de Penélope y la juventud de Alcínoo, ocupados más de lo justo en cuidar su aspecto, que tenían a gala dormir hasta mediodía y reanudar su sueño al son de la cítara.»

<sup>400</sup> Eco es una ninfa de los bosques, enamorada del dios Pan o, según la bellísima versión recogida por Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 359-401, de Narciso.

<sup>401</sup> Es decir, además de pasar toda su vida sin hacer nada, la inactividad de los nobles perdura de generación en generación y se extiende a lo largo de la historia.

<sup>402</sup> μεγαλοβρόντας. Neologismo creado por Erasmo.

Y la conducta de los príncipes hace ya mucho tiempo que vienen emulándola con denuedo los sumos pontífices, cardenales y obispos, y casi les aventajan. Además, si uno de ellos reflexiona sobre el sentido de su vestidura de lino, de nívea blancura para simbolizar una vida libre de toda mácula; sobre qué implica la mitra bicornes, cuyas dos puntas están unidas por un solo lazo, representando el conocimiento perfecto del Antiguo y del Nuevo Testamento; y qué dan a entender las manos enfundadas en los guantes, sino la administración sacramental pura y protegida de todo contacto de los asuntos humanos; qué el báculo, insignia de la cuidadosísima atención que ha de tener con el rebaño que se le ha confiado; qué señala la cruz que le precede más que, como es evidente, la victoria sobre todas las pasiones humanas; todas estas cosas, digo, y muchas otras del mismo tipo, si uno de ellos las considera detenidamente, ¿no llevaría una vida triste y llena de inquietud? Pero en la actualidad hacen bien con ser pastores de sí mismos. Por lo demás, confían el cuidado de las ovejas al propio Cristo o lo delegan en los vicarios y en los que ellos llaman «hermanos»<sup>403</sup>. Ni siquiera recuerdan qué quiere decir su propio nombre, el término «obispo»<sup>404</sup>, que precisamente implica trabajo, preocupación y cuidado. Cuando se trata de atrapar dinero, entonces sí que hacen de obispos y *no tienen mala vista*<sup>405</sup>.

## [LVIII. LOS CARDENALES]

Del mismo modo, si los cardenales pensasen que son los sucesores de los apóstoles y que éstos les exigen lo mismo que ellos entregaron, y, además, que no son los dueños, sino los administradores de los bienes espirituales, de todos los cuales han de rendir cuentas con precisión un poco más tarde; más aún, si filosofasen un momento sobre su vestimenta y se preguntasen «¿Qué significa la blancura de la capa, sino la más alta y sublime pureza de vida?; ¿qué la púrpura de su interior, sino el ardentísimo amor a Dios?; ¿qué este manto amplio y ondulado que cubre por completo la mula de su Reverencia, aunque bastaría para envolver incluso a un camello, sino el amor que se extiende por todas partes para ayudar a todos, es decir, para enseñar, animar, consolar, reprender, amonestar, arreglar conflictos, oponerse a los príncipes deshonestos e, incluso, derramar con gusto la sangre por

<sup>403</sup> En los *fratres*, es decir, en los frailes.

<sup>404</sup> «Obispo» (y el it. *vescovo*, fr. *évêque*, ing. *bishop*, al. *Bischoff*, etc.) procede del lat. *Episcopus*, que es un préstamo del griego ἐπίσκοπος, que, etimológicamente, viene a ser «el que mira desde lo alto, vigilante, guardián».

<sup>405</sup> Juego de palabras con el significado primitivo de «obispo». Cfr. nota anterior. La expresión griega que emplea Erasmo está tomada de la *Iliada*, 10, 515: Οὐδ' ἄλασκοπιήν εἶχ' ἀργυρότοξος Ἀπόλλων· «tampoco Apolo, el del arco de plata, vigilaba ciego». Cfr. las palabras de la *Suda*, A. 1071: Ἀλαός: ὁ τυφλός... Ὁμηρος· οὐδ' ἄλασκοπιήν εἶχε· παροιμιακῶς ἀντὶ τοῦ οὐ τυφλῶς ἐσκοπιάζει· «Alaós: el que está ciego... Homero: «no vigilaba ciego», empleado como refrán con el sentido de no vigilaba a ciegas».

el rebaño de Cristo, y no sólo las riquezas? Por otro lado, ¿de qué les pueden servir las riquezas a quienes hacen las veces de los menesterosos apóstoles<sup>2</sup>». Si tuviesen en cuenta estas cosas, repito, no ambicionarían tal posición y la dejarían de buen grado o, sin duda, llevarían una vida laboriosa y diligente, como la llevaron los apóstoles originales.

#### [LIX. LOS SUMOS PONTÍFICES]

A continuación, los sumos pontífices, que hacen las veces de Cristo. Si tratasen de emular su vida, a saber, su pobreza, fatigas, doctrina, su cruz y su desprecio de esta vida, si pensasen en el nombre de «papa», es decir, «padre» y en el tratamiento de «santísimo», ¿habrá algo más desdichado sobre la faz de la tierra? ¿Quién querría gastarse toda su fortuna en comprar ese puesto y una vez adquirido custodiarlo por medio de la espada, el veneno y todo tipo de violencia? ¿Cuántas ventajas les arrebataría si la sabiduría se adueñase de ellos una sola vez! ¿He dicho sabiduría? Incluso un grano de la famosa sal de la que hace mención Cristo<sup>406</sup>. ¡Tantas riquezas, tantos honores, tanto poder, tantos triunfos, cargos, dispensas, tributos, indulgencias, caballos y mulas, tantos criados y tantos placeres! Ya veis cuánto mercado, cuánta cosecha y qué gran piélagos de bienes he incluido en unas pocas palabras. En su lugar, la sensatez traería vigiliias, ayunos, lágrimas, oraciones, sermones, estudios, jadeos y otras mil fatigas por el estilo.

Pero no hay que pasar por alto lo que sucedería: tantos escribanos, tantos amanuenses, tantos notarios, abogados, promotores, secretarios, muleros, palafreneros, banqueros, proxenetas y... —por poco se me llega a escapar algo más obsceno, pero temo que resulte demasiado duro para el oído—, en suma, tan inmensa caterva de gente onerosa para la diócesis romana —me he equivocado, lo que quería decir es «honrosa»— pasaría hambre. Crimen, sin duda, inhumano y abominable, pero aún mucho más aborrecible sería que los mismísimos Príncipes de la Iglesia y verdaderas luminarias del mundo se viesan forzados a retomar el cayado y el zurrón.

Hoy día, en cambio, casi todo lo que supone un esfuerzo se pone en manos de san Pedro y san Pablo, que tienen tiempo libre de sobra. Y, en consecuencia, todo lo que implica esplendor y placer se lo quedan para ellos. Y así, gracias a mí, sucede que no hay casi ningún otro grupo humano que lleve una vida más muelle y menos sobresaltada por pensar que complacen sobremanera a Cristo con hacer de obispos en medio de esa pompa sagrada y casi teatral, con sus ceremonias, sus títulos de «Beatitud», «Reverencia» y «Santidad», y sus bendiciones y anatemas.

Hacer milagros es una antigualla pasada de moda y absolutamente impropia de estos tiempos; instruir al pueblo, fatigoso; interpretar las Sagradas Escrituras, cosa de escolásticos; rezar, una pérdida de tiempo; verter lágrimas, propio de pusilánimes y de mujeres; ser pobre, degradante; sufrir una derrota, vergonzoso

---

<sup>406</sup> En Mateo 5, 13: *uos estis sal terrae*: «vosotros sois la sal de la tierra».



y poco digno de quien ni a los reyes más importantes concede apenas el besarle sus santos pies; en última instancia, morir es espantoso y ser crucificado una ignominia.

Como armas quedan tan sólo las dulces bendiciones que recuerda Pablo<sup>407</sup> —y qué generosos son, por cierto, con ellas— junto con los interdictos, suspensiones, excomuniones reiteradas, anatemas, pinturas vergonzantes y ese rayo terrorífico<sup>408</sup> mediante el que, con un simple gesto, arrojan las almas de los mortales incluso más allá del Tártaro<sup>409</sup>. Con todo, estos padres santísimos en Cristo y vicarios suyos no blanden este rayo contra nadie con mayor crueldad que contra quienes, tentados por el diablo, tratan de menguar y socavar el patrimonio de san Pedro. Y aunque él diga en el Evangelio «Lo hemos dejado todo y te hemos seguido»<sup>410</sup>, sin embargo, éstos llaman patrimonio del santo a las tierras, ciudades, tributos, portazgos y señoríos. Mientras andan peleando por ellos a fuego y espada, encendidos de un fervor por Cristo y no sin un enorme gasto de sangre cristiana, es entonces cuando creen estar defendiendo apostólicamente a la Iglesia, esposa de Cristo, una vez derrotados con valentía los que ellos llaman sus enemigos. ¡Como si hubiese peores enemigos de la Iglesia que esos pontífices impíos que dejan que Cristo caiga en el olvido mediante su silencio, que lo enredan en sus leyes mercenarias<sup>411</sup>, lo adulteran con interpretaciones forzadas y lo degüellan con su conducta inmoral!

Por otro lado, como la Iglesia cristiana fue fundada, fortalecida y engrandecida con sangre, hoy día resuelven las cosas con la espada, igual que si hubiese muerto Cristo y no pudiese proteger a los suyos como Él sabe hacer. Y aunque la guerra sea algo tan cruel que es propio de las bestias, no de los seres humanos; tan insensata que incluso los poetas representan a las Furias como sus inspiradoras<sup>412</sup>; tan perniciosa que trae consigo de una sola vez la ruina total de las costumbres; tan injusta que los peores maleantes son los que suelen practicarla mejor; y tan impía que no tiene nada que ver con Cristo, a pesar de todo ello, lo dejan todo a un lado para dedicarse sólo a ella. Aquí pueden verse incluso vie-

---

<sup>407</sup> Romanos 16. 18: *et per dulces sermones et benedictiones seducunt corda innocentium*: «y con dulces palabras y bendiciones engañan los corazones de los crédulos».

<sup>408</sup> Los interdictos, suspensiones, excomuniones y anatemas son penas incluidas en el derecho canónico. Las pinturas vergonzantes o de castigo exponían, de forma muy gráfica y fácil de entender por todos, el destino que les aguardaba a los condenados. El rayo terrorífico puede referirse a la excomunión o algún tipo de imprecación solemne.

<sup>409</sup> Véase notas 232, 245 y 324.

<sup>410</sup> Mateo 19. 27.

<sup>411</sup> Se refiere a las dispensas y exenciones papales, uno de los motivos que llevaron al cisma protestante.

<sup>412</sup> Cfr. las palabras de Virgilio, *Eneida*, 7, 323-326:

*Haec ubi dicta dedit, terras borrenda petiuit:  
luctificam Alecto dirarum ab sede dearum  
infernisque ciet tenebris, cui tristia bella  
intraeque insidiaequae et crimina noxia cordi.*

«Tras pronunciar estas palabras (*scil.* Juno), se dirigió erizada a las tierras y de las infernales tinieblas de la morada de las crueles diosas saca a Alecto, la que causa pesares, que ama las tristes guerras, la cólera, las traiciones y las dañinas calumnias.»

jos decrepitos mostrando un vigor propio del espíritu juvenil, sin arredrarse ante los gastos ni cansarse por la fatiga y sin que nada pueda desanimarles si tienen que poner patas arriba leyes, religión, paz y todas las cosas humanas<sup>413</sup>. Tampoco faltan aduladores cultivados capaces de llamar celo, piedad y valor a esta locura manifiesta, inventando la forma con que poder justificar que uno empuñe el hierro mortífero y hundirlo en las entrañas de su hermano, sin que por ello desaparezca aquella suprema caridad, que, por mandato de Cristo, debe todo cristiano a su prójimo.

#### [IX. LOS OBISPOS ALEMANES]

Todavía no tengo claro si con estas cosas dieron ejemplo o más bien lo tomaron de ahí ciertos obispos alemanes que con una mayor sencillez, incluso renunciando al culto, a las bendiciones y ese tipo de ceremonias, llevan una vida de verdaderos sátrapas<sup>414</sup> hasta el punto de creer casi una cobardía y poco digno de un obispo entregar su valiente alma por Dios en otro sitio que no sea el campo de batalla.

Además, la masa de los sacerdotes, considerando sacrilego desmerecer de la santidad de sus prelados, ¡bravo!, ¡con qué marcialidad pelean en defensa de sus diezmos sirviéndose de espadas, lanzas, piedras y todo tipo de armas! ¡Qué agudeza de vista demuestran en sacar de los viejos escritos algo con lo que asustar a las gentes sencillas y convencerlas de que deben pagar algo más que el diezmo! En cambio, mientras tanto, no paran mientes en lo mucho que se lee en todas partes sobre la obligación que por su parte tienen contraída para con el pueblo. Ni siquiera su tonsura les recuerda que los sacerdotes deben estar exentos de todas las pasiones de este mundo y no pensar en nada más que en las cosas del cielo. Pero, como hombres amables que son, dicen haber cumplido cabalmente con su deber con haber mascullado de cualquier modo esas jaculatorias suyas, que, ¡por Hércules!, me pregunto si algún dios oye o entiende, puesto que casi ni ellos mismos las oyen y entienden, aunque las profieran a grito pelado.

Sin embargo, los sacerdotes y los laicos tienen en común esto, que todos están pendientes de la cosecha de sus ingresos y nadie ignora las leyes que hay al respecto. Por lo demás, si hay alguna carga, tienen el buen juicio de echarla sobre hombros ajenos y se la pasan unos a otros como si fuese una pelota. Igual que también los príncipes legos delegan en sus representantes el papel de administrar el reino, y éstos a su vez en los suyos, del mismo modo los sacerdotes, por modes-

---

<sup>413</sup> En el momento de la composición del *Elogio* gobernaba en Roma el papa Julio II, bien conocido por su belicosidad. A él pueden referirse las palabras «viejos decrepitos», puesto que ya tenía sesenta años cuando accedió al papado, y todo lo relativo a las guerras y alianzas entre Roma y otros estados en la época. El diálogo de tono lucianesco *Julius exclusus* (1513), en el que se muestra al papa intentando entrar en el cielo sin éxito, tiene una casi segura atribución erasmiana.

<sup>414</sup> Los «sátrapas» eran los gobernadores provinciales de los territorios llamados satrapías en la antigua Persia. De su poder y riqueza ha derivado el uso figurado del sustantivo como sinónimo de hombre opulento y dado a los placeres.

tia, dejan todo cuidado de la devoción en manos del pueblo. El pueblo se lo pasa a los que llama «eclesiásticos», como si él no tuviera nada que ver en absoluto con la Iglesia<sup>415</sup> y como si los votos bautismales no tuviesen ningún significado. A su vez, los sacerdotes que se llaman seculares, como si se hubiesen iniciado en el mundo y no en Cristo, descargan este peso sobre los regulares, los regulares sobre los monjes, los monjes menos obervantes sobre los más austeros; y todos ellos, a la vez, sobre las órdenes mendicantes y éstas sobre los cartujos<sup>416</sup>, los únicos en los que yace escondida la devoción, y tan escondida está que apenas se la puede ver jamás.

De igual forma, los papas, cuidadosísimos en recolectar dinero, delegan esas fatigas demasiado apostólicas en los obispos, los obispos en los párrocos, los párrocos en sus vicarios y éstos en los frailes mendicantes. Estos últimos, a su vez, se lo pasan a quienes esquilan la lana de las ovejas.

Pero no es mi propósito escudriñar aquí la vida de pontífices y sacerdotes, no vaya a ser que alguien crea que estoy urdiendo una sátira en vez de recitar un elogio, o piense alguien que al alabar a los príncipes deshonestos estoy censurando a los honrados. Al contrario, he tocado estos asuntos brevemente para que quedase claro que no hay ningún mortal que pueda vivir feliz si no está iniciado en mis misterios y no cuenta con mi simpatía.

#### [LXI. LA FORTUNA FAVORECE A LOS ESTÚPIDOS]

Porque, ¿cómo iba a ser si no, cuando la propia Ramnusia<sup>417</sup>, dispensadora de la fortuna entre los hombres está tan de acuerdo conmigo que ha sido siempre enemiga acérrima de esos sabios y, por el contrario, a los necios les ha colmado de beneficios hasta cuando están dormidos? Conocéis al famoso Timoteo, cuyo nombre viene también de aquí<sup>418</sup>, y el refrán que dice «*La nasa del pescador que duerme coge peces*»<sup>419</sup>. O aquel otro que dice «*La lechuza está volando*»<sup>420</sup>. En cambio, a los sabios les corresponde aquello de «*nacidos al cuarto mes*»<sup>421</sup>, «tiene

<sup>415</sup> Recordemos que el término latino *ecclesia* (del griego ἐκκλησία) designa a la asamblea o congregación de todos los fieles, no sólo a la jerarquía eclesiástica.

<sup>416</sup> A la sazón, la orden monástica más contemplativa de todas.

<sup>417</sup> «Ramnusia» es el epíteto aplicado a Némesis, la diosa griega personificación de la justicia vengadora. El nombre procede del pueblo de la región Ática llamado Ramnunte, en el que se veneraba a la diosa con especial fervor.

<sup>418</sup> General y político ateniense del s. IV a.C. Fue castigado por negar que las victorias militares que había alcanzado se las debía a la diosa Fortuna. Su nombre en griego (Τιμόθεος) significa «favorecido por los dioses».

<sup>419</sup> ἢ εὐδοίτος κύρτος αἰρεῖ. El proverbio aparece en *Adagia*, 1, 5, 82. Se emplea para señalar que algo le sucede a alguien inmerecidamente, sin que lo haya buscado o se haya esforzado en ello. En este caso se relaciona con la suerte que tenía el general Timoteo. Cfr. también Arquíloco (frag. 307 West).

<sup>420</sup> γλαῦξ ἵπταται. cfr. *Adagia*, 1, 1, 76. La lechuza entre los atenienses simbolizaba la victoria militar por ser ésta un ave característica de Palas Atenea.

<sup>421</sup> ἐν τετράδι γειγνέυτες. Hércules nació al cuarto mes de embarazo de su madre. El refrán se dice de aquellos que, como el héroe, llevan una vida problemática y llena de dificultades. Cfr. *Adagia*, 1, 1, 77:

el caballo de Seyo.<sup>422</sup> y «el oro de Tolosa»<sup>423</sup>. Pero dejo ya de *refranear*<sup>424</sup>, no sea que parezca que estoy saqueando los apuntes de mi querido Erasmo<sup>425</sup>.

Así que volvamos al tema. La Fortuna ama a los poco cuerdos, ama a los que se pasan en su osadía y a los que les parece bien eso de «*todos los dados sean echados*»<sup>426</sup>. Por el contrario, la Sabiduría los vuelve timoratos y es por eso que por lo general veis asociados a los sabios con la pobreza, el hambre y el olor a humo, viviendo despreciados, desconocidos y mal vistos, mientras a los idiotas les afluye el dinero, tienen en sus manos el timón del Estado, en resumen, prosperan de todas las formas.

En efecto, si uno considera dichoso haber agradado a los príncipes y pasar el tiempo entre esos dioses enjoyados de mi gremio, ¿hay algo más inútil que la sabiduría o, mejor dicho, algo más reprobado por esta clase de personas? Si se trata de hacerse con riquezas, ¿qué beneficio va a conseguir el comerciante si, con la sabiduría como guía, le molesta el perjurio, si se ruboriza cuando se le pilla en un renuncio, si les da aunque sólo sea un poquito de importancia a esos escrúpulos que le produce robar y especular? Por otro lado, si alguien ambiciona los honores y riquezas de la Iglesia, antes llegará a ellos un pollino o un buey que un sabio<sup>427</sup>. Si te dejas llevar por los placeres, las muchachas, principales protagonistas de esta comedia, se entregan de todo corazón a los tontos y se espantan y huyen de los sabios igual que de un escorpión. En definitiva, quienquiera que se disponga a vivir con un algo más de alegría y diversión, empieza por dejar fuera a los sabios y prefieren que se le acerque cualquier otro animal.

En resumen, adondequiera que vuelvas los ojos, entre papas, príncipes, jueces, magistrados, amigos, enemigos, de alta o baja estofa, todo se consigue si hay dinero a la vista, y, como el sabio lo desprecia, se han acostumbrado a apartarse con todo cuidado de su camino.

Pero, aunque mis alabanzas no tengan medida ni fin, es preciso, sin embargo, que mi declamación sí lo tenga alguna vez. Así que voy a terminar de hablar, no sin antes demostrar en pocas palabras que hay grandes autores que me han celebrado tanto de palabra como de obra, para que nadie crea que me halago sólo a

---

*cuarta luna nati*. Cfr. también Eustacio, *Commentarii ad Homeri Iliadem*, 1, 469: ὁ δὲ καὶ Ἡρακλῆς ἔπασ-  
χεν, ἔξ οὗ καὶ παροιμία ἐπὶ τῶν ἄλλοις μοχθοῦντων τὸ ἐν τετραδί γεννηθῆναι, κατὰ τὸν Ἡρακλῆα δηλαδὴ, ὅς  
ἐν μῆρσι τετάρτῃ γεννηθεὶς ἄλλοις ἴθλει: «cosa que también sorpotó Hércules, de donde procede el refrán  
aplicado a los que trabajan para otros «haber nacido al cuarto mes», como es evidente de acuerdo con Hér-  
cules, que nacido al cuarto mes se esforzaba para otros (Euristeo)».

<sup>422</sup> Gneo Seyo tuvo un caballo que traía mala suerte a sus sucesivos propietarios. Cfr. *Adagia*, 1, 10, 97 y Gelio, *Noches áticas*, 3, 9, 6.

<sup>423</sup> Cfr. *Adagia*, 1, 10, 98. Cuenta Gelio, *Noches áticas*, 3, 9, 7, que, tras tomar el cónsul Quinto Cepión la ciudad gala de Tolosa, en la que había templos llenos de oro, cualquiera que tocase algún objeto hecho de este metal sufría una muerte horrible.

<sup>424</sup> παροιμιάζεσθαι.

<sup>425</sup> Se refiere, naturalmente, a los *Adagia*.

<sup>426</sup> πᾶς ἐπρίφθω κύβω. Cfr. *Adagia*, 1, 4, 32: *omnem tacere aleam*.

<sup>427</sup> En estas últimas palabras de la Estupidez hay una clara alusión irónica a las celeberrimas palabras de Cristo recogidas en Lucas 18, 25: *facilius est enim camelum per foramen acus transire quam divitem intrare in regnum Dei*: «pues es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de Dios».

mí misma como una tonta y los leguleyos no me calumnien diciendo que no presento ningún alegato. Por lo tanto, lo presentaré siguiendo su propio ejemplo, es decir, *nada que ver con el asunto*<sup>428</sup>.

## [LXII. TESTIMONIOS DE LA ANTIGÜEDAD]

En primer lugar, todo el mundo acepta ese conocidísimo dicho de «Dime de qué presumes y te diré de qué careces»<sup>429</sup>. Y por eso con razón se les enseña a los niños en seguida la máxima «Fingir estupidez oportunamente es la mayor sabiduría»<sup>430</sup>. Vosotros mismos podéis suponer el bien tan inmenso que es la estupidez cuando incluso imitar su sola imagen merece tanta estima de los sabios. Pero con mucha mayor franqueza nos manda aquel famoso cerdo de la piara de Epicuro bien cebado y lustroso mezclar «la sandez con el buen seso», aunque no es muy juicioso al añadir «por poco tiempo»<sup>431</sup>. En otro lugar dice: «Cosa grata es tontear a su debido momento»<sup>432</sup>. De nuevo, en otro pasaje, prefiere «parecer bobo y paleta que darse cuenta de ello y rabiarse»<sup>433</sup>.

Ya en Homero Telémaco, a quien el poeta elogia de todas las formas posibles, de vez en cuando recibe el apelativo de «tonto»<sup>434</sup>, y los dramaturgos suelen llamar de la misma manera a niños y jóvenes como si fuese señal de buena suerte. Porque, ¿de qué otra cosa trata el sagrado poema de la *Ilíada* sino de las iras<sup>435</sup> de reyes y pueblos estúpidos? Además, ¿hay algún elogio más rotundo que el de Cicerón cuando dice «El mundo está lleno de idiotas»<sup>436</sup>? ¿Es que hay alguien que no sepa que cuanto más extendido esté un bien tanto mayor es su importancia?

---

<sup>428</sup> οὐδὲν πρὸς ἔπος. A propósito de los que dicen o hacen cosas que no tienen nada que ver con el asunto tratado. Cfr. *Adagia*. 1, 5, 45: *nihil ad uersum*; Luciano, *Philopseudes siue incredulus*, 1 y Aristófanes, *Las asambleístas*. 751.

<sup>429</sup> *Vbi res abest, ibi simulationem esse optimam*, literalmente, «Donde falta una cosa, lo mejor es fingirla». Lo hemos traducido por el equivalente castellano más usual.

<sup>430</sup> *Stultitiam simulare loco sapientia summa est*. Cfr. la pequeña variante de los *Disticha Catonis*. 2, 18, 2: *stultitiam simulare loco prudentia summa est*. Esta colección de pareados escritos en hexámetros son una obra anónima de carácter gnómico, datable en el s. III d.C. y erróneamente atribuida a Catón el Censor por su tono moralizante. En la Edad Media alcanzó gran fama y los niños solían aprenderse sus sentencias de memoria.

<sup>431</sup> Horacio, *Odas*, 4, 12, 27: *misce stultitiam consiliis breuem*. Sobre la referencia al «cerdo de la piara de Epicuro», que es el propio Horacio, véase nota 107.

<sup>432</sup> Horacio, *Ibidem*, 28: *dulce est desipere in loco*.

<sup>433</sup> Horacio, *Epístolas*, 2, 12, 126-128: *praetulerim scriptor delirus inersque uideri, / dum mea delectant mala me uel denique fallant, / quam sapere et ringi*. «Preferiría parecer un escritor medio tonto y sin gracia, con tal que mis defectos me gusten o, al menos, me pasen desapercibidos, a darme cuenta de ellos y rabiarse».

<sup>434</sup> νήπιος. Sobre Telémaco véase nota 322. El calificativo aparece con frecuencia en la *Odisea*, a veces empleado por el propio Telémaco, que opone su infancia (νήπιος significa originalmente «que no sabe hablar») a su adolescencia.

<sup>435</sup> Alude al famoso comienzo de la *Ilíada* Μῆνιν ἄειδε θεὰ Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος / οὐλομένην, «Canta, oh diosa, la cólera funesta del pelida Aquiles». El enfado de dioses y hombres es un motivo recurrente en la *Ilíada*.

<sup>436</sup> Cicerón, *Epístolas a sus familiares*. 9, 22, 4.

Sin embargo, puede que para los cristianos la autoridad de éstos sea de poco peso. Por consiguiente, si os parece bien, apoyemos mi elogio también en el testimonio de las Sagradas Escrituras o, como suelen decir los cultos, fundémonos en ellas. Primero pidiéndoles permiso a los teólogos para que nos den su aprobación; luego, puesto que estamos acometiendo una difícil empresa y tal vez sea indecoroso volver a llamar a las Musas para que emprendan tan largo viaje desde el Helicón —sobre todo tratándose de un asunto que no tiene nada que ver con ellas—, quizás convendría desear que, mientras hago el papel de teólogo y me meto por medio de esta espinosa senda, el alma de Escoto, más espinosa que cualquier puercoespín o erizo, pasase por unos momentos de su querida Sorbona a mi pecho<sup>437</sup>, y que entonces regrese adonde le dé la gana, aunque sea a *bacer puñetas*<sup>438</sup>.

¡Ojalá pudiese cambiar la expresión de mi cara y vestir un atuendo teológico! Pero temo que alguien me acuse de hurto, por poseer tan profundo saber teológico, como si hubiese saqueado a hurtadillas los anaqueles de Nuestros Maestros, aunque no debe sorprender tanto que yo haya adquirido alguna cosa tras un trato tan prolongado y tan íntimo con los teólogos, puesto que también el famoso dios Príapo, hecho de madera de higuera, llegó a observar y retener algunas palabras griegas que le escuchaba a su dueño leer; y el gallo de Luciano, tras largo trato con los hombres, aprendió el lenguaje humano con soltura<sup>439</sup>. Pero volvamos ya a nuestro tema, si los auspicios nos acompañan.

Escribió el *Eclesiastés* en su primer capítulo: «Infinito es el número de los tontos»<sup>440</sup>. Cuando señala que este número es infinito, ¿no os parece que incluye a todos los mortales, exceptuados tan sólo unos pocos que no sé si alguien ha tenido la suerte de ver? Pero con mayor sinceridad lo reconoce Jeremías en el capítulo X, cuando dice: «Todo hombre se ha vuelto estúpido a causa de su sabiduría»<sup>441</sup>. Sólo le concede la sabiduría a Dios, dejando la idiotez para el conjunto de los seres humanos. Y, de nuevo, un poco antes: «Que el hombre no alardee de su sabiduría»<sup>442</sup>. ¿Por qué no quieres que el hombre se ufane de su sabiduría, mi querido Jeremías? «Evidentemente —dirá él—, porque no tiene sabiduría».

Pero vuelvo al *Eclesiastés*. Cuando éste exclama «Vanidad de vanidades y todo vanidad»<sup>443</sup>, ¿qué otra cosa creéis que quiso decir sino —como ya hemos dicho— que la vida humana no es más que un pasatiempo de la Estupidez? Es evidente que con

<sup>437</sup> La Sorbona era la sede de la facultad de teología en París.

<sup>438</sup> ἔς κόρακας, literalmente «a los cuervos», expresión de desdén recogida en *Adagia*, 2, 1, 96. La *Suda*, E, 3154, señala el paralelismo de esta expresión de mal agüero y el simbolismo del color negro de esta ave: Ἐς κόρακας οὖν εἰς τὸ σκότος, εἰς ὀλεθρον: «Por lo tanto, “a los cuervos” equivale a decir “a la oscuridad”, “a la ruina”».

<sup>439</sup> Véase nota 226.

<sup>440</sup> *Eclesiastés* 1, 15. Cfr. su similitud con la máxima de Cicerón citada en la nota 436.

<sup>441</sup> *Jeremías* 10, 14.

<sup>442</sup> *Jeremías* 9, 23.

<sup>443</sup> *Eclesiastés* 1, 2.

su voto apoya el elogio de Cicerón, y con toda razón ensalza aquello que hace poco hemos citado: «El mundo está lleno de idiotas». De nuevo aparece aquel sabio del *Eclesiástico*, que dijo: «El necio cambia como la luna, el sabio permanece firme como el sol»<sup>444</sup>. ¿Qué otra cosa está sugiriendo sino que el género humano es necio en su totalidad y el nombre de sabio sólo le corresponde a Dios? Porque por la luna se entiende la naturaleza humana y por el sol la fuente de toda luz, que es Dios. Esto lo confirma el hecho de que el propio Cristo niegue en el Evangelio que haya que llamar bueno a nadie más que a Dios<sup>445</sup>. Por lo tanto, si es tonto quien no es sabio y quienquiera que sea bueno también es sabio –según dicen los estoicos–, es forzoso que la Estupidez abarque a todos los mortales<sup>446</sup>.

Nuevamente, afirma Salomón en el capítulo XV de los *Proverbios* que «La estupidez es un gozo para el estúpido»<sup>447</sup>, es decir, confiesa abiertamente que sin ella no hay nada agradable en la vida. A eso mismo se refiere también aquello de «Quien aumenta su conocimiento aumenta su pesar y en el mucho juicio hay mucho sufrimiento»<sup>448</sup>. ¿Acaso no reconoce abiertamente eso mismo el famoso predicador en el capítulo VII, cuando dice: «El corazón de los sabios es la casa de la tristeza y el de los tontos la casa de la alegría»<sup>449</sup> Y por eso no le bastó con aprender la sabiduría de cabo a rabo sin tener también un conocimiento de mi persona. Pero si me concedéis poco crédito, escuchad sus propias palabras, que escribió en el capítulo I: «Y entregué mi corazón para conocer la sensatez y la doctrina, los errores y la necesidad»<sup>450</sup>. En este pasaje conviene advertir que el hecho de que coloque a la estupidez en último lugar redunda en su elogio. El *Eclesiastés* dejó escrito –y sabéis que ése es el orden eclesiástico– que el primero en dignidad ha de ocupar el último puesto, recordando incluso los preceptos del Evangelio<sup>451</sup>.

Pero que la Estupidez es más importante que la Sabiduría también lo atestigua el *Eclesiástico*, quienquiera que éste fuese, en el capítulo XLIV<sup>452</sup>. Pero, ¡por Hércules!, no voy a decir sus palabras hasta que me ayudéis en mi *introducción*<sup>453</sup> con una respuesta adecuada, como hacen en Platón los que polemizan con Sócrates. ¿Qué con-

<sup>444</sup> Eclesiástico 27, 12.

<sup>445</sup> Mateo 19, 17: *unus est bonus Deus*: «el único bueno es Dios».

<sup>446</sup> Nótese cómo la Estupidez se sirve deliberadamente de un silogismo de los que tanto gustaba la escolástica para demostrar la validez de su argumentación.

<sup>447</sup> Proverbios 15, 21.

<sup>448</sup> Eclesiastés 1, 18.

<sup>449</sup> Eclesiastés 7, 5. El término latino empleado para referirse a este autor es *concionator*, que, como su homólogo de origen griego *ecclesiastes* (ἐκκλησιαστής), significa «el que predica o sermonea en la asamblea de fieles» (en hebreo *cobeletb*).

<sup>450</sup> Eclesiastés 1, 17.

<sup>451</sup> Mateo 19, 30.

<sup>452</sup> La referencia, tal como aparece en los textos impresos que conservamos del *Elogio*, no es exacta. El lugar más cercano en posición y sentido (aunque algo paradójico) es el cap. 41, 18: *melior est homo qui abscondit stultitiam suam quam homo qui abscondit sapientiam suam*, que aparece tan sólo unas líneas más abajo. Por otra parte, la confusión paleográfica entre 44 y 41 (o entre XLIV y XLI) producida por una mala lectura del manuscrito original de Erasmo por parte del cajista es perfectamente posible y probable. No hay que descartar tampoco un desliz de la memoria del propio Erasmo, quien, según él mismo dice, compuso el texto del *Elogio* en breve tiempo y casi improvisándolo.

<sup>453</sup> εἰσαγωγήν.

viene guardar más, lo escaso y valioso o lo vulgar y barato? ¿Por qué guardáis silencio? Aunque disimuléis, responderá por vosotros el famoso proverbio griego que dice «*Dejad el cántaro a la puerta*»<sup>454</sup>. Y, para que nadie lo rechace impiamente, sabed que lo cita Aristóteles, el dios de nuestros maestros<sup>455</sup>. ¿O es que alguno de vosotros es tan tonto como para dejar en la calle el oro y las joyas? No lo creo yo, por Hércules. Los guardáis en los escondrijos más inaccesibles y –no siendo eso suficiente– en los rincones más recónditos de cajas de máxima seguridad, mientras que abandonáis la basura a la vista de todos. Luego, si lo que tiene más valor se esconde y lo más despreciable se deja a la vista, ¿acaso no queda claro que la sabiduría que él prohíbe esconder tiene menos valor que la estupidez que manda ocultar?»<sup>456</sup> Pero aquí tenéis ya el testimonio de sus palabras: «Mejor es el hombre que esconde su necesidad que el que esconde su sabiduría»<sup>457</sup>.

Además, las Sagradas Escrituras atribuyen al estúpido la pureza de espíritu, porque el sabio no considera a nadie igual a él. Así, en efecto, entiendo lo que escribe el *Eclesiastés* en el capítulo X: «En cambio, cuando el necio va andando por la calle, como él mismo es un idiota, cree que todos también lo son»<sup>458</sup>. ¿Acaso no es signo de una pureza sublime el igualar a todos con uno mismo y, aunque no haya nadie que no tenga una gran opinión de sí mismo, compartir con todos los méritos propios? Por eso el rey Salomón tampoco se avergonzó tanto de este apelativo, cuando dice en el capítulo XXX: «Soy el más necio de los hombres»<sup>459</sup>. También san Pablo, maestro de los gentiles, acepta de grado el calificativo de tonto en su *Carta a los corintios*: «Hablo como un necio, pero lo soy aún más»<sup>460</sup>, como si fuese una ofensa que le superasen en estupidez.

Pero, entretanto, me salen al paso con sus gritos algunos helenistillas que se dedican a sacarles los ojos a las cornejas<sup>461</sup> –es decir, a tantos teólogos de nuestro tiempo– mientras ofuscan a los demás con sus comentarios como si fuesen cortinas de humo. El que ocupa, si no el primero, desde luego sí el segundo puesto en este rebaño<sup>462</sup> es mi querido Erasmo, a quien con frecuencia nombro para honrarle. «¡Oh, qué cita tan verdaderamente tonta y digna de la Estupidez! –dicen ellos–. Lo que el apóstol pensaba es muy distinto a lo que tú imaginas. Con estas palabras no daba a entender que fuese más tonto que los demás, sino que dijo “Son servidores de

<sup>454</sup> τὴν ἐπὶ θύραις ὄρναι. Se recoge en *Adagia*, 2. 1. 65 con las variantes latinas *in foribus urceum*, *urceum iuxta fores* e *in foribus aequalem*.

<sup>455</sup> Cfr. Aristóteles, *Retórica*. 1363a7.

<sup>456</sup> Nótese cómo Erasmo (por boca de la Estupidez) emplea aquí un silogismo capcioso como los que él mismo tanto critica en la sofistería escolástica.

<sup>457</sup> Véase nota 452.

<sup>458</sup> *Eclesiastés* 10, 3.

<sup>459</sup> Proverbios 30, 2.

<sup>460</sup> 2 Corintios 11, 23.

<sup>461</sup> *Ceu cornicum oculos student configere*, aforismo recogido en *Adagia*, 1. 3. 75. Ya lo empleó Cicerón en *En defensa de Murena*, 25: *Inuentus est scriba quidam. Cn. Flautius. qui cornicum oculos confixerit*: «Se encontró a cierto escribano, Gneo Flavio, que les sacaría los ojos a las cornejas». El sentido es claro: alguien capaz de derrotar a otra persona en su propio terreno.

<sup>462</sup> El primer y segundo puesto están expresados, en el original latino, por los nombres de las letras griegas *Alpha* y *Beta*, esto es, la primera y la segunda del alfabeto.



Cristo, y yo también”; y, como con algo de orgullo a este respecto se habría puesto a la altura del resto, rectificó diciendo “y yo lo soy más”, al darse cuenta de que no sólo era parejo a los otros apóstoles en el ministerio evangélico, sino incluso un tanto superior. Y como quería que su afirmación pareciese sincera y, no obstante, no ofendiese los oídos con su arrogancia, se parapetó tras el pretexto de la idiotez “Hablo como quien es menos sabio”, porque opinaba que es prerrogativa de los tontos ser los únicos que pueden decir la verdad sin molestar\*.

Pero les dejo a ellos que debatan qué es lo que san Pablo entendió al escribir esto. Yo sigo a estos grandes, lustrosos y gordos teólogos, apreciadísimos por la gente, con quienes una gran parte de los eruditos prefiere estar equivocada –*voto a Zeus!*– a estar en lo cierto con estos sabios trilingües<sup>463</sup>. Ninguno de ellos estima a esos ridículos helenistas más que a unos simples grajos<sup>464</sup> –sobre todo cuando cierto teólogo famoso, cuyo nombre tengo la prudencia de callar para que los grajillos de mi partido no le echen en cara inmediatamente el denuesto griego de *«un asno con la lira»*<sup>465</sup>, al explicar magistral y teologalmente este pasaje, hace un nuevo capítulo a partir de la frase «Hablo como quien es menos sabio; yo lo soy más» y añade un nuevo apartado como sólo podría hacerse con una excepcional dialéctica, ofreciendo una interpretación como la que sigue (y paso a transcribir sus propias palabras tanto en su fondo como en su forma): «Hablo como quien es menos sabio», es decir, «Si os parezco un necio al equipararme a los falsos apóstoles, aún os lo pareceré más al ponerme por delante de ellos». Poco después, sin embargo, como olvidándose de sí mismo, pasa a una interpretación diferente.

#### [LXIV. LOS MALOS EXEGETAS DE LAS PALABRAS DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS]

Pero, ¿por qué constreñir mi defensa con un solo ejemplo cuando es derecho comúnmente aceptado de los teólogos estirar el cielo, o sea, las Sagradas Escrituras, como si de una piel se tratase; cuando en los textos de san Pablo se contradicen entre sí algunas palabras de las Escrituras, que, puestas en su contexto, no ofrecen ningún problema –si hemos de creer a san Jerónimo, *el de las cinco lenguas*<sup>466</sup>–;

<sup>463</sup> La imprecación griega es *νὴ τὸν Δία*. Los eruditos trilingües eran los humanistas instruidos en las tres lenguas bíblicas (hebreo, griego y latín), consideradas indispensables para emprender unos estudios de teología basados en las fuentes originales de la doctrina cristiana. La fundación de Colegios Trilingües en Colonia, Lovaina. Alcalá de Henares y Oxford son prueba de la inmensa importancia que llegó a tener la investigación y la práctica filológicas en el ámbito de las Sagradas Escrituras.

<sup>464</sup> En el texto latino hay un juego paronomástico entre *Graeculos* y *graculos* imposible de reproducir en castellano.

<sup>465</sup> *ὄνος λύρας*. Véase nota 177. Bajo el proverbio se esconde una velada alusión al teólogo Nicolás de Lira (†1349). Fue el autor de las *Postillae Litterales* sobre ambos Testamentos, en las que distinguía el sentido literal del texto de su sentido místico-religioso. Su obra tuvo una enorme influencia en los acontecimientos ideológicos del s. XVI, hasta el punto de crearse y difundirse rápidamente el dicho de «*Si Lyra non lyrasset, Luther non saltasset*», esto es, «Si Lira no hubiese tocado la lira, Lutero no habría bailado». La opinión encarecida de la Estupidez sobre este personaje es, por supuesto, irónica.

<sup>466</sup> *πενταγλώττω*. San Jerónimo dominaba cinco lenguas: latina, griega, hebrea, dálmata y caldea.

cuando, estando el apóstol en Atenas, vio por casualidad la inscripción de un altar y la tergiversó como argumento de la fe cristiana y, omitiendo todas las demás palabras que le molestaban, tan sólo seleccionó las dos últimas, a saber, *IGNOTO DEO* «al Dios desconocido» y, además, incluso las alteró algo, puesto que la inscripción en su integridad decía así: A LOS DIOS DE ASIA, EUROPA Y ÁFRICA, A LOS DIOS DESCONOCIDOS Y EXTRANJEROS;<sup>467</sup> Siguiendo —según creo— su ejemplo, hoy día y por todas partes *los hijos de los teólogos*<sup>468</sup> van arrancando de diferentes lados cuatro o cinco palabrejas e incluso, si les hace falta, las adulteran para acomodarlas a lo que les conviene, aunque lo anterior y lo que sigue no tenga absolutamente nada que ver con el caso o, incluso, lo contradiga. Y lo hacen con un descaro tan alegre que a menudo los teólogos son objeto de la envidia de los juristas.

Porque, ¿hay alguna cosa que no les vaya a salir bien a éstos, ahora que el gran...<sup>469</sup> —casi se me escapa su nombre, pero otra vez me da miedo ese refrán griego<sup>470</sup>— ha sacado de las palabras de san Lucas un sentido que se aviene al espíritu cristiano tanto como el agua al fuego?<sup>471</sup> En efecto, cuando le apremiaba la hora del último peligro, que es el momento en el que los vasallos leales suelen acompañar a sus señores y *combatir codo con codo*<sup>472</sup> con todos los recursos a su disposición, Cristo, tratando de quitar del corazón de los suyos toda confianza en este tipo de ayudas, les preguntó si en algún momento les había faltado algo, cuando les había enviado tan desabastecidos de provisiones para el viaje que ni siquiera les había pertrechado de calzado con el que defenderse de las espinas y guijarros del camino ni de un zurrón contra el hambre. Al responder ellos que no les había faltado nada, añadió: «Pues ahora —dijo—, el que tenga una bolsa, que la coja, y otro tanto con el zurrón; y el que no la tenga, que venda su manto y compre una espada»<sup>473</sup>. Habida cuenta de que la doctrina cristiana en su totalidad no insiste en otra cosa que en la mansedumbre, la paciencia y el desprecio de esta vida, ¿hay alguien que no vea claro cuál es el sentido de este pasaje? Precisamente, Cristo pretendía desarmar aún más a sus emisarios, para que no sólo desechasen el calzado y el zurrón, sino que, además, se despren-

---

<sup>467</sup> El suceso de la inscripción ateniense aparece relatado en Hechos 17, 23: *praeteriens enim et uidens simulacra uestra inueni et aram in qua scriptum erat IGNOTO DEO*: «El caso es que al pasar por delante y contemplar vuestras estatuas encontré un altar con la inscripción AL DIOS DESCONOCIDO». Las palabras que profiere la Estupidez sobre el error —para ella— intencionado del apóstol están basadas en el pasaje de Jerónimo, *Commentarii in n<sup>o</sup> epistulas Paulinas*, CPL 590, col. 607, lin.19: *inscriptio autem arae non ita erat, ut Paulus asseruit, IGNOTO DEO, sed ita: DIIS ASIAE ET EUROPAE ET AFRICAE, DIIS IGNOTIS ET PEREGRINIS*: «pero la inscripción del altar no era ésa, como Pablo afirmó, sino la siguiente: A LOS DIOS DE ASIA, EUROPA Y ÁFRICA, A LOS DIOS DESCONOCIDOS Y EXTRANJEROS». Evidentemente, san Jerónimo no achaca el cambio en la lectura del epígrafe a la mala fe de Pablo, sino al hecho de que para él no hubiese más que un Dios verdadero, que tiene que adaptar a partir del contenido politeísta de la inscripción pagana.

<sup>468</sup> οἱ τῶν θεολόγων παῖδες.

<sup>469</sup> La persona cuyo nombre está a punto de decir es, de nuevo, el teólogo Nicolás de Lira.

<sup>470</sup> Véase nota 465.

<sup>471</sup> Cfr. *Adagia*, 4, 3, 94: *aquam igni miscere*.

<sup>472</sup> συμμαχεῖν.

<sup>473</sup> El texto que cita la Estupidez y que comenta en las líneas inmediatamente anteriores se encuentra en Lucas 22, 35 s.

diesen de su manto, y, desnudos y totalmente desembarazados, se dedicasen a su misión evangelizadora, provistos tan sólo de una espada, pero no la espada de la que se sirven ladrones y parricidas para cometer sus tropelías, sino la espada del espíritu que penetra en lo más profundo del corazón y que de un solo tajo corta todas las pasiones de manera que ya no les interese otra cosa más que la piedad.

Ahora bien, os ruego que veáis hasta qué punto distorsiona estas palabras ese famoso teólogo. Por «espada» entiende la defensa contra la persecución y por la «bolsa» una provisión suficiente de víveres, como si Cristo, tras modificar su parecer en el sentido contrario, estuviese retractándose de sus instrucciones anteriores por parecerle que había enviado a sus predicadores pertrechados con poca *suntuosidad*<sup>474</sup>. O como si, olvidándose de que les había dicho que serían bienaventurados cuando sufriesen injurias, afrentas y tormentos<sup>475</sup>, prohibiéndoles que se enfrentasen al mal pues sólo los mansos son dichosos, no los feroces; y olvidándose de que les había invitado a seguir el ejemplo de los pájaros y los lirios<sup>476</sup>, no quisiera ahora verlos partir sin espada, hasta el extremo de mandarles comprar una vendiendo su manto y preferir que fuesen desnudos antes que desarmados. Además, del mismo modo que él cree que bajo el nombre de espada está contenido todo lo relacionado con el rechazo de la violencia, la bolsa comprende todo lo relacionado con las necesidades vitales.

Y ésta es la manera en que este exegeta del pensamiento divino envía a los apóstoles a predicar al Crucificado pertrechados de lanzas, ballestas, hondas y bombardas. También les carga de arcas, maletas y fardos para que puedan salir de la posada aunque no hayan almorzado. Tampoco ha impresionado a este individuo que la espada que con tanta insistencia había mandado comprar Jesús, al momento ordene entre reproches envainarla<sup>477</sup>, y que nunca se haya oído que los apóstoles usasen espadas y escudos contra los ataques de los paganos, como seguramente habrían hecho si Cristo hubiese tenido la intención que éste interpreta.

Hay otro —que no nombro por respeto a su honor— de gran reputación<sup>478</sup>, que ha tomado las palabras que menciona Habacuc sobre las tiendas «se sobrecogerán las pieles de la tierra de Madián»<sup>479</sup> para referirse a la piel de san Bartolomé desollado.

---

<sup>474</sup> βασιλικῶς. Cfr. *Adagia*, 2, 8, 86: *uolare paucratice*. El equivalente castellano más cercano sería «como un rey» o «a lo grande». Véase nota 311.

<sup>475</sup> Se refiere a las célebres «bienaventuranzas» de Mateo 5, 10s.: *beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam. quoniam ipsorum est regnum caelorum: beati estis cum maledixerint uobis et persecuti uos fuerint et dixerint omne malum aduersum uos*: «bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos: bienaventurados sois cuando os insulten y persigan y digan todo tipo de males contra vosotros».

<sup>476</sup> Lucas 12, 6: 12. 27.

<sup>477</sup> Se refiere a la escena de Pedro y el criado del sacerdote al que amputa una oreja, según nos cuenta Mateo 26, 47-52. Las palabras que le dijo Cristo a Pedro son *conuerte gladium tuum in locum suum*: «guarda tu espada en su vaina».

<sup>478</sup> Tal vez se refiera a Jordanes de Quedlinburg o de Sajonia, escritor y eremita agustino muerto ca. 1380.

<sup>479</sup> Habacuc 3, 7. Las «pieles» se refieren, metonímicamente, a las tiendas fabricadas de ese material. Erasmo aprovecha para criticar, implícitamente, los escasos conocimientos en lengua latina de este teólogo, que parece no saber que en buen latín *pellis* se refiere sólo a la piel de los animales, siendo *cutis* la voz empleada para designar la piel humana.

Yo misma asistí hace poco a una discusión teológica –pues es algo que suelo hacer con frecuencia–. Allí, como había uno que pretendía saber cuál era, en definitiva, el pasaje de las Sagradas Escrituras que mandaba derrotar a los herejes en la hoguera más que convencerlos mediante el debate, un cierto anciano, adusto y, como su propio ceño indicaba, teólogo, respondió con gran irritación que ese precepto lo había propuesto el apóstol san Pablo cuando dijo: «Evita al hereje tras una primera y una segunda amonestación»<sup>480</sup>. Y como modulaba estas palabras una y otra vez y la mayoría de los allí presentes se preguntaba qué le había sucedido a aquel hombre, por fin terminó dando la explicación de que había que privar al hereje «de su vida»<sup>481</sup>. Rieron algunos y, sin embargo, había incluso quienes consideraban este comentario totalmente teológico. Por lo demás, entre las protestas de algunos se levantó a hablar un *tenedio*<sup>482</sup> –como se suele decir– *abogado*<sup>483</sup> y doctor irrefragable<sup>484</sup>: «Escuchad una cosa –dijo–. Está escrito “No tolereis que el malvado viva”<sup>485</sup>. Todo hereje es malvado, luego...». Todos cuantos allí había quedaron pasmados del ingenio de aquel hombre y fueron corriendo con calzado y todo a abrazar su parecer<sup>486</sup>. Pero a nadie se le ocurrió que este precepto se refería a videntes, hechiceros y magos, a quienes los hebreos llaman en su lengua *mekaséfin*<sup>487</sup>; de lo contrario, habría que castigar con la pena de muerte a fornicadores y borrachos.

#### [LXV. ÍDEM]

Pero estoy haciendo el tonto en continuar con ejemplos tan numerosos que no podrían caber todos en los volúmenes que escribieron Crisipo y Dídimo<sup>488</sup>. Solamente pretendía que tuvierais presente que, puesto que se les ha permitido a esos

<sup>480</sup> Tito 3. 10.

<sup>481</sup> El texto latino ofrece un intraducible retruécano entre *deuita*, «evita», y *de uita*, «(privar) de la vida». El equívoco se produce cuando el teólogo entiende mal las palabras del santo y las tergiversa para acomodarlas a su propio interés; de ahí las risas del auditorio.

<sup>482</sup> Τενέδιος. Hace alusión al proverbio recogido en *Adagia*, 4. 1. 6: *Tenedius homo*. Según la *Suda*, T, 309: Τενέδιος ἄνθρωπος· ἐπὶ τῶν φοβερὰς ὅψεις ἐχόντων: «Hombre de Ténedos: dicho de los que tienen un aspecto temible».

<sup>483</sup> συναγγοπος.

<sup>484</sup> Véase nota 385.

<sup>485</sup> Las palabras del supuesto teólogo se acercan al sentido de *Deuteronomio*, 13. 5: *propheta autem ille aut fictor somniorum interficietur*: «aquel que sea profeta o fantasee en sueños será ejecutado».

<sup>486</sup> El texto latino dice *in eam sententiam itum est pedibus*, es decir, «se fueron con sus pies a esta decisión». En la antigua Roma los senadores favorables a una propuesta se levantaban y se agrupaban con el resto de los partidarios de dicha moción. Cfr. Tito Livio, 22. 56. 1 y 23, 10. 4. Un ejemplo más actual lo tenemos en el proceder de los miembros de la cámara de los comunes cuando ejercen su voto. Aparece citado en *Adagia*, 2. 7. 12.

<sup>487</sup> En el original, escrito en el alfabeto hebreo: מַכְסֵּיִם, «malvados».

<sup>488</sup> Crisipo de Cilicia (ca. 281-208 a.C.), discípulo y sucesor de Cleantes en la dirección de la escuela estoica. Escritor prolífico por antonomasia, se dice que llegó a componer más de setecientas obras. Dídimo de Alejandría fue contemporáneo de Augusto. Llegó a escribir más de tres mil obras, de las que no se nos ha conservado ninguna.

maestros, también es justo perdonarme a mí —que sin duda soy una *teóloga de pacotilla*<sup>489</sup>— el que lo cite todo con menor exactitud. Ahora vuelvo a san Pablo: «Soportáis a los necios de buen grado»<sup>490</sup>, dice hablando de sí mismo, y añade de nuevo «Tomadme como a un mentecato»<sup>491</sup>, y «No hablo inspirado por Dios, sino como en un estado de estupidez»<sup>492</sup>. De nuevo dice en otro lugar: «Nosotros somos necios por Cristo»<sup>493</sup>.

Ya habéis visto qué gran halago para la estupidez y qué autor lo hace. ¿Y qué decir cuando el mismo Pablo aconseja abiertamente la estupidez como cosa muy necesaria y extraordinariamente beneficiosa?: «Quien de entre vosotros parece sabio, que se vuelva necio para poder ser sabio»<sup>494</sup>. Y en san Lucas Jesús llama estúpidos a dos discípulos a los que se unió en su camino<sup>495</sup>. No sé si parecerá extraño que san Pablo le atribuya algo de necedad incluso a Dios, cuando dice: «La necedad de Dios es más sabia que los hombres»<sup>496</sup>. Por otra parte, Orígenes en su comentario<sup>497</sup> se opone a que pueda relacionarse esta estupidez con el concepto que de ella tienen los hombres, que es la del siguiente tipo: «El mensaje de la cruz sin duda es una tontería para los que se desearían»<sup>498</sup>.

Pero, ¿para qué angustiarme a lo tonto en seguir demostrando esto con tantos testimonios, cuando en los Sagrados Salmos el propio Cristo le dice claramente a su Padre: «Tú conoces mi estupidez»<sup>499</sup>? Tampoco es fortuito que a Dios le hayan agradado de tal manera los necios. Creo yo que la razón de ello es la siguiente: del mismo modo que los grandes príncipes tienen por sospechosos y antipáticos a quienes son demasiado sensatos —como Julio César a Bruto y Casio, mientras que, sin embargo, no tenía ningún miedo del borrachín de Antonio; o como Nerón a Séneca y Dionisio a Platón<sup>500</sup>— y, en cambio, se deleitan con los espíritus más bur-

---

<sup>489</sup> σικίνη θεολόγῳ. Literalmente «teóloga de madera de higuera». La madera de este árbol es proverbialmente poco útil por su debilidad. Cfr. las palabras del propio Erasmo en *Adagia*. 1. 7. 85: *lignum ficulnum, ut fragile atque ad omnia ferme inutile, prouerbis aliquot locum fecit*: «la madera de higuera, como es quebradiza y casi no puede emplearse para nada, ha dado lugar a algunos refranes».

<sup>490</sup> 2 Corintios 11, 19.

<sup>491</sup> *Ibidem*, 11, 16.

<sup>492</sup> *Ibidem*, 11, 17.

<sup>493</sup> 1 Corintios 3, 32.

<sup>494</sup> *Ibidem*, 3, 18.

<sup>495</sup> Lucas 24, 25. Se refiere a los dos hombres a los que se aparece Jesús resucitado en el camino a Emaús.

<sup>496</sup> 1 Corintios 1, 25.

<sup>497</sup> Orígenes de Alejandría (ca.185-254), teólogo de tendencias neoplatónicas y estoicas, muy interesado en la exégesis de la Biblia, fue un prolífico autor de sermones y comentarios a los diferentes libros bíblicos. Para el pasaje concreto al que se refiere nuestro texto, cfr. sus *Fragmenta ex commentariis in epistolam I ad Corinthios (in catenis)*, 6. led. C. Jenkins].

<sup>498</sup> 1 Corintios 1, 18.

<sup>499</sup> Salmos 68, 6. En el texto bíblico original quien se dirige a Dios es, evidentemente, el pueblo congregado, no Jesucristo.

<sup>500</sup> César tenía miedo de Bruto y Casio (precisamente, los cabecillas que dirigieron la conjura que acabó con su vida) por su delgadez y palidez (señal de que pensaban demasiado), mientras que Antonio no le infundía ningún temor por su aspecto orondo. Cfr. al respecto las palabras de Plutarco, *Vidas paralelas*. César, 62, 10: τούτους δέδοικα τοὺς παχείς καὶ κοίμῃτας, μᾶλλον δὲ τοὺς ὤχρους καὶ λεπτοὺς ἐκείνους, Κάσιον λέγων καὶ Βρούτοι· «Me dan miedo los gordos y velludos, pero más me lo dan aque-

dos y simples, igualmente Cristo detesta y condena en todo momento a esos *sabios*<sup>501</sup> y a quienes se engríen de su buen seso. De ello da testimonio san Pablo con total claridad cuando dice: «Dios ha elegido las cosas tontas del mundo»<sup>502</sup> y cuando dice que «a Dios le pareció bien salvar al mundo por medio de la nece-  
dad»<sup>503</sup>, dado que por medio de la sabiduría no podía repararse. Más aún, el mismo Dios lo deja bastante claro, cuando clama por boca del profeta: «Destruiré la sabiduría de los sabios y condenaré la sensatez de los sensatos»<sup>504</sup>. De nuevo, cuando Cristo le da las gracias por haber ocultado a los sabios el misterio de la salvación y habérselo revelado, en cambio, a los niños pequeños, es decir, a los necios, pues en griego «pequeñuelos» se dice «necios»<sup>505</sup>, a quienes opuso a los *sabios*<sup>506</sup>. Con esto tiene que ver que a lo largo de todo el Evangelio ataque a los fariseos, escribas y doctores en leyes y, en cambio, proteja con esmero a la muchedumbre ignorante. Porque, ¿qué otra cosa quiere decir «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos!»<sup>507</sup>, más que «¡Ay de vosotros, sabios!»? En cambio, parece encantadísimo con los niños, las mujeres y los pescadores. Por lo demás, incluso de entre las bestias las que más agradan a Cristo son las que más se apartan de la astucia de la zorra. Y por eso prefirió montar sobre un asno<sup>508</sup> —aunque, si así lo hubiese querido, habría podido hacerlo aun a lomos de un león sin ningún peligro— y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma, no de águila o milano<sup>509</sup>. Además, en las Sagradas Escrituras se menciona continuamente a ciervos, muleros y corderos. Igualmente, a quienes están destinados a la vida eterna les llama «ovejas»<sup>510</sup>, y, ciertamente, no hay otro animal más estúpido que éste, como bien lo prueba el refrán que aparece en Aristóteles «*carácter de borrego*»<sup>511</sup>, frase que suele decirse como insulto contra necios y torpes porque alude a la estupidez de este animal. Y, sin embargo, Cristo se pro-

llos otros flacos y macilentos», refiriéndose a Casio y Bruto». Por otro lado, sabemos que Nerón llegó a desconfiar del que había sido su instructor, Séneca, según nos cuenta Tácito, *Anales*, 14, 52. El tirano Dionisio de Siracusa, que previamente había acogido al filósofo, llegó a expulsarlo de la ciudad y relegarlo a vivir entre los mercenarios.

<sup>501</sup> σοφοὺς.

<sup>502</sup> 1 Corintios 1, 27.

<sup>503</sup> *Ibidem*, 1, 21.

<sup>504</sup> *Ibidem*, 1, 19. El texto que cita san Pablo, a su vez, está tomado de Isaías 29, 14.

<sup>505</sup> ἡπίους. Literalmente «que no son capaces de hablar», aplicado generalmente a la infancia (*infantes* en latín significa etimológicamente lo mismo). Véase nota 434.

<sup>506</sup> σοφοίς.

<sup>507</sup> Mateo 23, 15 y 27.

<sup>508</sup> *Ibidem*, 21, 2.

<sup>509</sup> *Ibidem*, 3, 16.

<sup>510</sup> La parábola del buen pastor puede leerse en Juan 10, 26-28.

<sup>511</sup> προβάτειον ἦθος, proverbio de sentido diáfano, tomado de Aristóteles, *Descripción de los animales*, 610b22-28: Τὸ τε γὰρ τῶν προβάτων ἦθος, ὡς περ λέγεται, εὐθὲς καὶ ἀνόητον· πάντων γὰρ τῶν τετραπόδων κακίστων ἐστὶ, καὶ ἔρπει εἰς τὰς ἐρημίας πρὸς οὐδέν, καὶ πολλάκις χειμῶνις ὄντος ἐξέρχεται ἐνδοθεν, καὶ ὅταν ὑπὸ ἰψφετοῦ ληφθῶσιν, ἂν μὴ κινήσῃ ὁ ποιμὴν, οὐκ ἐθέλουσιν ἀπείναι, ἀλλ' ἀπόλλυνται καταλειπόμενα, ἐὰν μὴ ἄρρενας κομίσωσιν οἱ ποιμένες· τότε δ' ἀκολουθοῦσιν. «Porque el carácter de las ovejas, como suele decirse, es simplón y necio; en efecto, es el peor de todos los cuadrúpedos. Se encamina a páramos sin ningún motivo y a menudo, en pleno invierno, sale del redil y cuando se ven pilladas por una ventisca de nieve, si no las empuja el pastor, no quieren irse, sino que mueren abandonadas, a menos que los pastores lleven carneros: entonces sí les siguen». Aparece citado también en *Adagia*, 3, 1, 95, *ovium mores*.

clama pastor de este rebaño, e incluso le agradó el nombre de «cordero», cuando Juan el Bautista le anunció diciendo: «Éste es el cordero de Dios»<sup>512</sup>, denominación que también aparece a menudo en el *Apocalipsis*<sup>513</sup>.

¿Qué nos está diciendo a voces todo esto sino que todos los mortales son unos insensatos, incluso los devotos? El propio Cristo, para venir en ayuda de la estupidez humana, a pesar de ser él la sabiduría del Padre<sup>514</sup>, de algún modo, sin embargo, se volvió tonto, cuando asumió la naturaleza humana y se le vio con aspecto de hombre<sup>515</sup>. De la misma forma que se hizo pecado para poder redimirnos de los pecados<sup>516</sup>. Y no quiso hacerlo con otro medio que no fuese la locura de la cruz<sup>517</sup> y unos apóstoles burdos y simples, a quienes recomienda con cuidado ser ignorantes y desaconseja ser sabios, cuando les llama a seguir el ejemplo de los niños, los lirios, el grano de mostaza y los pajaritos<sup>518</sup>, cosas todas ellas simples y sin seso, que pasan la vida con solo su instinto, sin afectación ni preocupación alguna; y, también, cuando les prohíbe que se preocupen por lo que han de decir ante los dirigentes y cuando se opone a que analicen los tiempos y los momentos<sup>519</sup>, o sea, que no se ufanen de su buen juicio y dependan por completo de él.

Con esto mismo se relaciona que el Dios aquel que creó el mundo les prohíba probar del árbol de la sabiduría<sup>520</sup>, como si ésta fuese un veneno para la felicidad. Por otro lado, san Pablo condena abiertamente la ciencia como algo hinchado y perjudicial<sup>521</sup>. Y me parece que san Bernardo sigue este parecer, cuando interpreta la montaña en la que Lucifer había establecido su trono como el monte de la sabiduría<sup>522</sup>.

Tal vez tampoco parezca adecuado pasar por alto el argumento de que la estupidez tiene el favor del cielo, porque a ella se le concede el perdón de sus faltas, mientras que al sabio no se le perdona; de ahí viene que los que suplican perdón, aunque hayan pecado conscientemente, alegan, sin embargo, la estupidez como pretexto con el que defenderse. En efecto, así es como Aarón intercede ante el cas-

---

<sup>512</sup> Juan 1, 29 y 36.

<sup>513</sup> Apocalipsis 5, 12; 6, 1: 7, 17; 14, 1, etc.

<sup>514</sup> 1 Corintios 1, 24.

<sup>515</sup> Filipenses 2, 7.

<sup>516</sup> 2 Corintios 5, 21.

<sup>517</sup> 1 Corintios 1, 18. Véase nota 498.

<sup>518</sup> Las referencias a estos cuatro elementos son, respectivamente, Mateo 18, 3; *ibidem*, 6, 28; *ibidem*, 13, 31; *ibidem*, 10, 29.

<sup>519</sup> Los pasajes de los gobernadores y el paso del tiempo son Mateo 10, 18 y Hechos 1, 7.

<sup>520</sup> Génesis 2, 17 y 3, 3. Los que tienen prohibido comer de dicho árbol son, evidentemente, Adán y Eva.

<sup>521</sup> 1 Corintios 7, 1.

<sup>522</sup> Bernardo, *Sermones en la ascensión del Señor*, 4, 4: *Pessimus mons inflans scientia*: «la ciencia vanidosa es una pésima montaña». Sin embargo, el sentido de nuestro pasaje se aproxima más al texto de Jerónimo, *Commentarii in Isaiam*, 1, 2, 12: *qui de die iudicii intellegunt, superbum et excelsum et sublimem et arrogantem, diabolum dici putant, qui superbiens loquitur: super stellas caeli ponam sedem meam; sedeo in monte excelso, super omnes montes excelsos ad aquilonem; ascendam super nubes, ero similis Altissimo*: «quienes comprenden el sentido del día del juicio final creen que al diablo se le llama soberbio, altanero, vanidoso y arrogante porque dice lleno de orgullo (Isaías 14, 13): “Sobre las estrellas colocaré mi trono; me sentaré en el monte más alto, sobre todos los montes que se alzan hacia el norte; ascenderé sobre las nubes, seré como el Altísimo”».

tigo de su esposa —si mal no recuerdo— en el libro de los *Números*: «Te lo ruego, mi señor, no nos tengas en cuenta este pecado que hemos cometido de forma insensata»<sup>523</sup>. Así también se excusa Saúl de su culpa ante David, cuando dice: «Está claro que he actuado como un necio»<sup>524</sup>. Por su parte, el propio David apacigua al Señor de esta forma: «Te ruego, Señor, que no tengas en cuenta la maldad de tu siervo, porque he actuado como un idiota»<sup>525</sup>, como si temiese no conseguir el perdón si no pretextaba estupidez e ignorancia. Pero mucho más convincente es el hecho de que estando Cristo en la cruz, al rogar por sus enemigos con las palabras «Padre, perdónales», no alegó otra excusa que la de ignorancia: «porque no saben lo que hacen»<sup>526</sup>. En el mismo sentido escribe san Pablo a Timoteo: «Pero he alcanzado la misericordia divina porque, en mi incredulidad, obré como un ignorante»<sup>527</sup>. ¿Qué quiere decir «obré como un ignorante» sino obré con estupidez, sin malicia? ¿Qué significa «he alcanzado la misericordia divina» sino que no la habría alcanzado de no haberse amparado en la insensatez? En nuestro favor vienen también las palabras del piadoso Salmista, que no me venían a la cabeza en el momento adecuado: «No te acuerdes de las faltas de mi juventud ni de mis ignorancias»<sup>528</sup>. Acabáis de oír las dos excusas que alega: la edad de la juventud, cuya compañía frecuento siempre y las ignorancias, que, además, va en plural para que nos percatemos del inmenso poder de la estupidez.

#### [LXVI. PARECE QUE LA RELIGIÓN CRISTIANA GUARDA ALGÚN PARENTESCO CON LA ESTUPIDEZ]

Y para no seguir enumerando lo que no tiene fin e ir resumiendo, es evidente que la religión cristiana en su conjunto mantiene un cierto parentesco con una parte de la estupidez y no tiene nada que ver con la sabiduría. Si deseáis pruebas de ello, observad en primer lugar que los niños, los viejos, las mujeres y los bobos disfrutan de las cosas relativas al culto religioso mucho más que los demás, y por eso siempre están pegados a los altares, debido a su solo instinto natural<sup>529</sup>. Además, ya veis cómo aquellos primeros fundadores de la religión, que abrazaron la sencillez, fueron enemigos acérrimos de las letras. Por último, no hay locos más rematados que esos a quienes el fervor de la piedad cristiana arrebató por completo y de una vez para siempre: hasta tal extremo derrochan sus pertenencias; hacen caso omiso de las ofensas; aguantan que se les mienta, sin que haya diferencia alguna entre amigos y enemigos; les horroriza el placer; se nutren de ayunos, vigili­as, lágrimas,

<sup>523</sup> Números 12, 11. Las palabras originales las dirige Aarón a su hermano Moisés.

<sup>524</sup> 1 Reyes 26, 21.

<sup>525</sup> 2 Reyes 24, 10.

<sup>526</sup> Lucas 23, 34.

<sup>527</sup> 1 Timoteo 1, 13.

<sup>528</sup> Salmos 24, 7.

<sup>529</sup> Todavía en algunos pueblos pequeños, donde las tradiciones están más arraigadas, podemos observar cómo, efectivamente, los niños y las mujeres ocupan las filas más cercanas al altar de la iglesia, mientras que los varones suelen sentarse en la parte trasera del templo.



fatigas e insultos; la vida les hastía y únicamente desean la muerte; resumiendo, parece que se han vuelto definitivamente insensibles a todo sentido común, como si su espíritu viviese en otro sitio y no en su cuerpo<sup>530</sup>. ¿Y qué es todo esto sino estar loco? Por ello no debe sorprendernos que los apóstoles pareciesen embriagados de vino dulce<sup>531</sup> o que Festo juzgase a san Pablo como un loco<sup>532</sup>.

Pero ahora que ya me he puesto *la piel de león*<sup>533</sup>, venga, dejadme que os demuestre también que esa felicidad de los cristianos que con tanto denuedo buscan no es más que un cierto tipo de locura y necedad –y que mis palabras no ofendan a nadie, juzgad más bien su sentido–. Para empezar, los cristianos convienen totalmente con los platónicos en que el espíritu está oculto y ligado por los lazos corporales y que la propia pesadez del cuerpo le impide contemplar y gozar de las cosas como son en realidad<sup>534</sup>. En consecuencia, Platón define la filosofía como una meditación sobre la muerte, porque aparta la mente de las cosas visibles y corpóreas, que es lo mismo que hace la muerte<sup>535</sup>. De este modo, mientras el espíritu hace buen uso de los órganos del cuerpo, se dice que está en sus cabales, pero una vez que se han roto esos lazos y trata de procurarse la libertad, y, por así decirlo, planea huir de esta cárcel del cuerpo, entonces lo llaman locura. Y si casualmente ello sucede por enfermedad o defecto orgánico, definitivamente todos están de acuerdo en que se trata de locura. Y, no obstante, podemos ver a este tipo de personas predecir el futuro, tener un conocimiento de lenguas y de litera-

<sup>530</sup> Que es, precisamente, la característica fundamental de lo que se conoce como «éxtasis místico». Desde un punto de vista puramente técnico ese éxtasis es una enajenación mental en toda regla. En el caso que nos comenta la Estupidez parece tratarse de un éxtasis continuo. Nótese cómo Erasmo parece fustigar por igual a los religiosos descarriados (caps. 59 y 60) y a los más exaltados defensores del ascetismo, con la cautela de que en este último caso la crítica hay que entenderla bajo la lente deformadora de la ironía.

<sup>531</sup> Hechos 2, 13.

<sup>532</sup> *Ibidem*, 26, 24: *insanis, Paule; multae te litterae ad insaniam conuertunt*: «deliras, Pablo; las muchas letras te están volviendo loco».

<sup>533</sup> τὴν λεοιτῆν. Véase nota 57.

<sup>534</sup> El neoplatonismo renacentista le sirve a Erasmo para, por boca de la Estupidez, explicar el mensaje de Cristo y justificar así la proposición con la que se abría este mismo capítulo. Las ideas platónicas –en un primer momento por mediación del filósofo neoplatónico griego Plotino (s. III d.C.) y luego tomadas directamente de los textos de Platón– se compadecían a la perfección –o, al menos, mejor que el aristotelismo escolástico medieval– con la esencia del cristianismo primitivo, que, en definitiva, es el estado que Erasmo anhelaba para la Iglesia de su tiempo.

<sup>535</sup> Platón, *Fedón*, 63e9-64a6: ὡς μοι φαίνεται εἰκότως αἰνῆρ τῷ ὄντι ἐν φιλοσοφίᾳ διατρίψας τὸν βίον θαρρεῖν μέλλων ἀποθανεῖσθαι καὶ εὐέλπης εἶναι ἐκεῖ μέγιστα οἰσέσθαι ἀγαθὰ ἐπειδὴν τελευτῆσῃ... Κινδυνεύουσι γὰρ ὅσοι τυγχάνουσιν ὀρθῶς ἀπτόμενοι φιλοσοφίας λελθῆναι τοὺς ἄλλους ὅτι οὐδὲν ἄλλο αὐτοῖς ἐπιτρεδύουσιν ἢ ἀποθνήσκειν τε καὶ τεθνάναι: «por qué me parece natural que un hombre que ha pasado la vida dedicado a la filosofía se muestre con ánimos a la hora de morir y tenga la esperanza de alcanzar en el otro mundo los mayores bienes cuando muera... Porque cuantos casualmente se dedican a la filosofía como se debe hacer, se arriesgan a que los demás no se den cuenta de que lo que ellos practican no es sino el morir y el estar muertos». Algo parecido nos dice Cicerón en sus *Disputaciones Tusculanas*, 3, 30: *itaque quamquam non haec una res efficit maximam aegritudinem, tamen, quoniam multum potest prouisio animi et praeparatio ad minuendum dolorem, sint semper omnia homini humana meditata*: «por lo tanto, aunque no es ésta (scil. la irreflexión) la única cosa que produce el mayor malestar, sin embargo, dado que tener un espíritu precavido y preparado sirve de mucho para reducir el dolor, el hombre siempre debería sopesar todo lo que como tal le atañe».

tura que hasta entonces jamás habían aprendido y tener una apariencia decididamente divina<sup>536</sup>. No cabe duda de que esto sucede porque la mente, al estar algo más libre de la influencia del cuerpo, empieza a poner en práctica sus capacidades naturales. Ése creo yo que es el mismo motivo por el que los que están agonizando ante una muerte inminente suelen experimentar algo parecido, cuando dicen cosas prodigiosas como si estuviesen en trance. Una vez más, si eso sucede debido al fervor de la fe, puede que no se trate de la misma clase de locura, pero sí es tan parecida que la mayor parte de la gente la considera pura demencia, sobre todo habida cuenta de que son sólo unos pocos los hombrecillos que difieren en todos los aspectos de su vida del resto de los mortales.

Y así suele ocurrirles –creo yo– lo mismo que les sucede a los que aparecen en el mito platónico, que, encadenados en el interior de una caverna, se pasman ante las sombras de las cosas, o a aquel otro fugado que, una vez vuelto a la cueva, asegura haber visto las cosas reales y que quienes no creen más que en unas miserables sombras están totalmente equivocados. En efecto, este sabio les compadece y lamenta esa locura que les mantiene sumidos en tan grave error. Ellos, por su parte, se ríen de él como de quien desvaría y lo apartan de su lado<sup>537</sup>.

De la misma manera, el común de la gente admira muy especialmente las cosas más corpóreas y casi cree que son las únicas que existen. Por el contrario, los devotos, cuanto más ligado está algo a lo corporal tanto más lo desprecian, y se entregan en cuerpo y alma a la contemplación de lo invisible. Porque los primeros les dan el papel protagonista a las riquezas, el siguiente a las satisfacciones corporales y el último lugar se lo dejan al espíritu, que, de cualquier forma, la mayoría no cree ni que exista puesto que la vista no puede apreciarlo. Los otros, al revés, en primer lugar dirigen todos sus esfuerzos hacia Dios, el ser más sencillo de todos, y después hacia el espíritu, que es lo que más se le acerca. Descuidan las atenciones corporales, desprecian y evitan por completo el dinero como basura y, si se ven obligados a tratar semejantes asuntos, lo hacen a regañadientes y con asco, lo tienen como si no lo tuviesen y lo poseen como si no lo poseyesen<sup>538</sup>.

Más aún, entre ellos se encuentran grados muy diversos en cada aspecto concreto. Para empezar, aunque los sentidos estén todos relacionados con el cuerpo,

<sup>536</sup> La Estupidez pasa ahora a describir la locura que caracteriza a los profetas y adivinos, uno de los cuatro tipos de locura explicados por Platón en *Fedro*, 265a9-265b5: ΣΩ. Μανίας δέ γε εἶδη δύο, τὴν μὲν ὑπὸ νοσημάτων ἀνθρωπίνων, τὴν δὲ ὑπὸ θείας ἐξαλλαγῆς τῶν εἰωθότων νομίμων γιγνομένην. ΦΑΙ. Πάνυ γε. ΣΩ. Τῆς δὲ θείας τεττάρων θεῶν τέτταρα μέρη διελόμενοι, μαντικὴν μὲν ἐπίπνοιαν Ἀπόλλωνος θέντες, Διονύσου δὲ τελεστικὴν, Μουσῶν δ' αὖ ποιητικὴν, τετάρτην δὲ Ἀφροδίτης καὶ Ἑρωτος: «ΣÓCRATES: Y (hemos dicho) que había dos clases de locura, la que procede de las enfermedades humanas y la producida por la liberación divina de las costumbres convencionales. FEDRO: Así es. SÓCRATES: Y en la de origen divino se pueden hacer cuatro subdivisiones, según el dios que la presida: la adivinatoria por inspiración de Apolo, la mística de Dioniso, la poética de las Musas y la cuarta de Afrodita y Eros.

<sup>537</sup> Para el mito platónico de la caverna véase nota 275.

<sup>538</sup> Estas dos últimas frases parecen reminiscencia de las palabras de san Pablo en 1 Corintios 7, 30: *et qui flent tamquam non flentes et qui gaudent tamquam non gaudentes et qui emunt tamquam non possidentes*: «los que lloran como si no llorasen, los que se alegran como si no se alegrasen y los que compran como si no poseyesen», en las que el santo critica el mundo de apariencias en el que viven los hombres.

sin embargo, algunos de ellos son más groseros, como el tacto, el oído, la vista, el olfato y el gusto, y otros son menos físicos, como la memoria, la inteligencia y la voluntad. Por lo tanto, el espíritu tiene más vigor allí donde se concentra su esfuerzo. Los devotos, como toda la energía de su espíritu se dirige a lo que está más alejado de los sentidos más carnales, en éstos se sienten como embotados y pasmados. Por el contrario, el populacho está muy dotado para éstos y muy poco para los otros. Eso explica lo que hemos oído que les sucedió a algunos santos, que en lugar de vino bebieron aceite<sup>539</sup>.

De nuevo, entre las pasiones espirituales algunas guardan una mayor relación con los aspectos carnales del cuerpo, como la libido, el apetito de comida y de sueño, la ira, la soberbia y la envidia. Con éstas mantienen los devotos una guerra irreconciliable; el populacho, en cambio, no concibe la vida sin ellas. Luego están algunos sentimientos intermedios y casi naturales, como el amor hacia el padre, el cariño hacia los hijos, los parientes, los amigos... A éstos la gente les da una cierta importancia. Sin embargo, los píos se desviven por arrancárselos también del corazón, a menos que, en alguna medida, los sublimen a la parte más elevada del espíritu, de modo que ya no quieran a su progenitor como tal —¿acaso ha engendrado él algo más que el cuerpo? Y, al fin y al cabo, eso también se lo deben a Dios padre— sino como a un hombre de bien, en el que brilla una imagen de aquella Mente Suprema, que llaman el único bien supremo y fuera del cual no creen que haya nada digno de ser amado o deseado. Con este mismo criterio regulan el resto de los deberes de la vida, de suerte que si hay alguna cosa visible, si bien no merece un desprecio absoluto, a pesar de todo la aprecian mucho menos que lo que no puede verse.

Por otro lado, dicen que incluso en los sacramentos y en las prácticas religiosas se encuentran aspectos corporales y espirituales. Igual que en el ayuno no les importa mucho que alguien sólo se abstenga de comer carne y de cenar —que es lo que el común de los mortales considera un ayuno absoluto—, a no ser que al mismo tiempo reprima también algo sus pasiones y se entregue menos de lo usual a arrebatos de ira y soberbia, al tiempo que su espíritu, aliviado ya de su carga corporal, se puede dedicar a saborear y disfrutar de los bienes celestiales; de forma semejante, en lo que a la comunión se refiere, aunque, según dicen, no hay que desdeñar lo que se hace en liturgia, sin embargo, eso mismo es de por sí poco provechoso o incluso perjudicial, a menos que se le añada el elemento espiritual, o

---

<sup>539</sup> Guillermo de san Teodorico (1085-1148), contemporáneo de san Bernardo, escribió una vida del santo (*Vita Bernardi Claraevallensis*) en la que nos relata la anécdota siguiente: *Ipse autem in quem haec fiebant indifferenter cuncta sumens aeque omnia approbabat sicut qui sensu ipso corrupto et pene mortuo sapore uix aliquid discernerebat. Nam et sanguinem crudum per errorem sibi oblatum pro butyro multis diebus noscitur comedisse, oleum bibisse tanquam aquam*: «Pero él, a quien sucedían estas cosas, sin hacer distinción lo tomaba y aceptaba todo por igual, como quien, con el sentido del gusto extraviado y casi muerto, a duras penas era capaz de distinguir algo por su sabor. Incluso se sabe que durante muchos días estuvo comiendo, como si fuese manteca, sangre fresca que le habían presentado, y que llegó a beber aceite por agua». La confusión del agua por el vino, que es la sustancia a la que se refiere la Estupidez, puede ser un simple lapsus de Erasmo, debido a los numerosos pasajes bíblicos en los que se hace mención conjunta del vino y el aceite.

sea, eso que se representa con signos visibles. Y lo que se representa es la muerte de Cristo, que los mortales deben reflejar domeñando, apagando y –por así decirlo– enterrando las pasiones corporales, para renacer a una nueva vida y poder llegar a ser, en total comunión unos con otros, uno sólo con Él. Así es, por tanto, como actúa y piensa ese hombre piadoso.

El común de la gente, al contrario, cree que el sacrificio de la misa sólo consiste en estar lo más cerca posible del altar, escuchar el estruendo de las voces y contemplar otras menudencias rituales de este tipo. No sólo en estos puntos, que he propuesto como mero ejemplo, sino en todo lo concerniente a la vida, el devoto evita todo lo relacionado con el cuerpo y se abandona a lo que es eterno, invisible y espiritual. En consecuencia, como la discrepancia que hay entre unos y otros en todas las cosas es absoluta, sucede que se tachan de locos mutuamente. Aunque –por lo menos en mi opinión– este apelativo les cuadra mejor a los devotos que a la gente común.

#### [LXVII. LA MEJOR RECOMPENSA PARA LOS HOMBRES ES UNA CIERTA LOCURA]

Pero todo esto quedará más claro si, como he prometido, demuestro en pocas palabras que ese premio supremo no es más que una cierta locura. En primer término, pues, tened presente que Platón ya soñó algo semejante cuando escribió que el desvarío de los amantes era el más dichoso de todos<sup>540</sup>. En efecto, quien ama apasionadamente ya no vive en sí, sino en el objeto de su amor, y cuanto más se aleja de sí mismo y se acerca a ese objeto, tanto más va creciendo su gozo. Y cuando el espíritu trama separarse del cuerpo y no hace un uso correcto de sus órganos, a eso, con toda razón y sin lugar a dudas, se le podría llamar desvarío. ¿Qué sentido tienen, si no, las expresiones populares «No está en sus cabales» y «Vuelve en ti» o «Ha vuelto en sí»? Por otra parte, cuanto más perfecto es el amor, mayor y más feliz es el desvarío. Por lo tanto, ¿cómo podrá ser esa vida en el cielo a la que las almas pías aspiran con tanto entusiasmo?

Seguramente el espíritu absorberá al cuerpo por ser dominante y más fuerte. Y lo hará más fácilmente en parte porque ya está, por así decirlo, en sus dominios y en parte porque ya previamente ha purificado y debilitado al cuerpo en esta vida con vistas a esta clase de transformación. Después, el espíritu será prodigiosamente absorbido por la Mente Suprema, que evidentemente es más poderosa que sus infinitas partes. De esta forma, cuando el hombre ya esté totalmente fuera de sí y sea feliz por el simple motivo de estar fuera de sí, experimentará algo inefable procedente del supremo bien que atrae hacia sí todas las cosas.

Ahora bien, aunque esta dicha sólo resulte perfecta cuando al espíritu, una vez recuperado su primitivo cuerpo, se le recompense con la inmortalidad, sin embargo, sucede que, como la vida de los devotos no es más que una contemplación y como

---

<sup>540</sup> Platón. *Fedro*, 265b5: ἐρωτικὴν μανίαν ἐφήσαμέν τε ἀρίστην εἶναι: «hemos dicho que la locura amorosa es la mejor».

un atisbo de la otra vida, a veces incluso llegan a sentir el gustillo y el calor de ese premio. Esto, aunque sólo es una minúscula gotita en comparación con la fuente de la felicidad eterna, aun así, supera con creces todos los placeres corporales juntos, por más que se concentren en un solo lugar todos los deleites de todos los mortales. Tan superior es lo espiritual a lo corporal y lo invisible a lo visible.

Esto es, precisamente, lo que promete el profeta: «El ojo no ha visto, ni ha oído el oído, ni ha penetrado en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman»<sup>541</sup>. Y ésta es la parte de la necedad que no desaparece por el cambio de vida, sino que se perfecciona con él. Quienes tienen la suerte de sentir esto —y son muy pocos los que la tienen— experimentan algo muy parecido a la locura; dicen cosas poco coherentes y sin seguir las convenciones humanas, sino que producen sonidos sin sentido y entonces, de repente, cambian por completo la expresión de la cara. Unas veces están alegres, otras por los suelos, ora lloran, ora ríen, ora suspiran; en resumen, lo cierto es que están completamente fuera de sí. Luego, cuando ya han vuelto en sí, dicen que no saben dónde han estado, si en su cuerpo o fuera de él<sup>542</sup>; si estaban despiertos o dormidos; no recuerdan qué es lo que han oído, visto, dicho y hecho, igual que si hubiesen estado entre brumas o en un sueño. Tan sólo saben que han sido felicísimos durante semejante delirio. Y, por tanto, lamentan haber recobrado el seso y no hay nada que deseen más que desvariar eternamente con esta clase de locura. Y ésta es sólo una pequeña degustación de la dicha que les espera.

#### [LXVIII. EPÍLOGO]

Pero ya hace tiempo que, olvidándome de quién soy, *me estoy pasando de la raya*<sup>543</sup>. No obstante, si alguien cree que he dicho algo con exceso de pedantería o locuacidad, tened en cuenta que lo ha dicho la Estupidez que, además, es una mujer. Pero recordad, de paso, aquel dicho griego de «A menudo incluso un loco dice algo acertado»<sup>544</sup>, a menos que penséis que este refrán no es de aplicación en el caso de las mujeres.

<sup>541</sup> 1 Corintios 2, 9. A su vez, las palabras del apóstol se inspiran en Isaías 64, 4.

<sup>542</sup> Todo el pasaje es reminiscencia de 2 Corintios 12, 2-4: *scio hominem in Christo ante annos quattuordecim, siue in corpore nescio siue extra corpus nescio, Deus scit, raptum eiusmodi usque ad tertium caelum et scio huiusmodi hominem, siue in corpore siue extra corpus nescio, Deus scit, quoniam raptus est in paradysum et audiuit arcana uerba quae non licet homini loqui*: «sé yo de un hombre en Cristo que hace catorce años —si dentro de su cuerpo o fuera de él, no lo sé, Dios sabrá— en un éxtasis subió al tercer cielo, y sé que este hombre —no sé si en su cuerpo o fuera de él, Dios sabrá— fue raptado al paraíso y oyó palabras inefables que al hombre no le está permitido decir».

<sup>543</sup> ὑπὲρ τὰ ἔσκαμμένα πηδῶ. Es una adaptación del texto que aparece en Luciano, *El gallo*, 6 y en otros autores griegos (a veces bajo la variante ὑπὲρ τὰ ἔσκαμμένα ἀλλεσθαι), que significa, literalmente, «salto sobre agujeros o zanjas».

<sup>544</sup> πολλὰκι τοι καὶ μωρὸς ἀνὴρ κατακαίριον εἶπεν. El proverbio está sacado de un fragmento de una tragedia perdida de Esquilo (*Los frigios*, frag. 471, ed. Mette) y aparece recogido en *Adagia*, 1, 6, 1: *Saepe etiam est bōlitor ualde opportuna locutus*: «A menudo incluso un hortelano dice cosas muy acertadas». En este punto es conveniente hacer una precisión de índole filológica a propósito de la interesante y pal-

Veo que estáis esperando una conclusión. Pues estáis tontos de remate si creéis que aún recuerdo lo que he dicho, después de todo el batiburrillo de palabras que acabo de soltar<sup>545</sup>. Reza un dicho antiguo: *«Detesto al convidado que tiene buena memoria»*<sup>546</sup>. Este otro es nuevo: *«Detesto al oyente que tiene buena memoria»*<sup>547</sup>. Así que, ¡que os vaya bien! ¡Aplaudid, vivid y bebed<sup>548</sup>!, distinguidos discípulos de la Estupidez!

*Fin*<sup>549</sup>.

maria diferencia que hay entre «loco» y «hortelano». El texto griego que presenta Erasmo en su colección de proverbios (πολλάκι καὶ κήρυπος (sic) ἀνὴρ μάλα καίριον εἶπεν) está tomado, según él mismo advierte, de las *Noches áticas* de Aulo Gelio, libro II, capítulo 6º. En efecto, el pasaje señalado presenta este verso, pero bajo la forma ligeramente diferente de πολλάκι γὰρ καὶ μωρὸς ἀνὴρ μάλα καίριον εἶπεν. El problema –debido, con toda probabilidad a un error de copista en la transmisión textual (de hecho, los mss. V y P dan la lectura incorrecta, que corrige Macrobio)– ha surgido cuando el texto original de Gelio se ha adulterado en dos aspectos: en primer lugar, al confundirse las palabras griegas γὰρ y καὶ (seguramente debido a la interpretación errónea de sus abreviaturas); y, en segundo lugar, al adulterarse el genuino καὶ μωρὸς en κήρυπος por un desliz fonético y otro paleográfico. El resultado es que en los *Adagios* Erasmo utiliza la variante incorrecta del proverbio «A menudo incluso un hortelano dice cosas muy acertadas», mientras que en el *Elogio* presenta la forma correcta «A menudo incluso un loco dice algo acertado».

<sup>545</sup> Alusión a Juvenal, *Sátiras*, 1, 85 s.: *quidquid agunt homines, uotum, timor, ira, uoluptas, / gaudia, discursus, nostri farrago libelli est*: «cualquier cosa que hacen los hombres –deseo, temor, ira, placer, goces y andanzas– constituye el revoltijo de mi librito».

<sup>546</sup> Μισὸν μνάμωνα συμπόταν. El proverbio está recogido en *Adagia*, 1, 7, 1, y ya aparece en Marcial, *Epigramas*, 1, 27, 7, y en Plutarco, *Cosas de banquetes*, 612C1, que se limita a citar un verso lírico de autor desconocido (PMG, frag. 84, Page). El sentido es claro: no es prudente decir cosas delicadas o trascendentes cuando se está bebiendo entre amigos, porque se corre el riesgo de que lo secreto se haga público.

<sup>547</sup> Μισὸν μνάμωνα ἀκροατῆν. Con esta creación propia la Estupidez alude, por litotes, al amor que siente por los que escuchan pero no entienden (o no recuerdan) lo que se les dice.

<sup>548</sup> El final de la declamación recuerda al de las comedias latinas de Plauto y Terencio, en las que un personaje concreto o el grupo teatral en su conjunto (*catena*, *grex*) se dirigía al público para despedirse de él (*ualere*) y pedirle un aplauso (*plaudite*, *plausum date*). Por otro lado, la exhortación a vivir y beber (en latín *uiuere, bibere*) explota la paronomasia existente entre ambos términos por semejanza fonética, mayor si cabe para Erasmo, quien pronunciaba la *u* consonántica latina como plenamente fricativa labiodental (igual que la *v* inglesa o francesa; cfr. al respecto sus propias palabras en el *Dialogus de recta latini graecique sermonis pronuntiatione*, ed. parisisina de Robertus Stephanus, 1547, p. 112: *nusquam mentionem faciunt affinitatis inter f et u consonans; tanta est soni uicinitas, ut si paulo lentius sonet f, fiat u, si paulo pressioribus labris u, fiat f*: «en ningún sitio [los gramáticos] hacen mención de la similitud que se da entre los sonidos *f* y *u* consonántica [i.e. *v*]; tanto se aproximan ambos sonidos que si pronuncias la *f* un poco más suave, sale una *u*; y si pronuncias una *u* con los labios algo más apretados, sale una *f*). Respecto a la unión simbólica del vivir y el beber, la tradición más cercana que tenía Erasmo a sus espaldas era la goliárdica medieval, que exaltaba los placeres carnales, entre ellos la bebida (de vino). Sin embargo, si retrocedemos en el tiempo, podemos llegar a los textos sagrados, en los que la acción de beber suele aparecer vinculada, de una forma simbólica reforzada por la cercanía fonética, a la vida por medio del agua de la vida eterna –que es la gracia del Espíritu Santo– (cfr. Juan 4, 10-14; también en numerosos pasajes de san Agustín se recoge la paronomasia con expresiones del tipo *bibe et uiue, bibitur ut uiuatur, simul bibimus quia simul uiuimus, bibitis... uiuitis*, etc.). Sobre las implicaciones histórico-fonéticas del grupo *b / u* (v) cfr. el artículo de C. GALLARDO, «*Vivere est bibere*: de la *b* y la *u*», en B. GARCÍA HERNÁNDEZ (ed.), *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997)*, Madrid, 2000, pp. 45-62.

<sup>549</sup> Τέλος. El sello que cierra la intervención de la Estupidez no es más que un recurso retórico-editorial tan en boga en la época de Erasmo (y posteriormente), reminiscencia del *explicit* medieval. Su función original en la época de los textos impresos consistía en advertir al impresor de cuál era el final de la obra –que solía presentar una disposición tipográfica especialmente florida–. En muchos casos aparece la variante latina *FINIS*.

## APÉNDICE

### CARTA DE ERASMO DE ROTTERDAM A MARTÍN DORP

No he recibido tu carta, pero un amigo que vive en Amberes me enseñó –y no tengo idea de cómo se hizo con ella– una copia. Lamentas que la publicación de la *Moría* haya sido poco afortunada, dispensas una buena acogida a mi restauración del texto de san Jerónimo y te opones a que saque una edición del Nuevo Testamento. Tan lejos estás de ofenderme con esta carta tuya, mi querido Dorp, que, al contrario, ahora me eres mucho más querido –aunque querido siempre lo has sido–. ¡Tales son la franqueza de tu consejo, la amistad de tus observaciones y el tono afectuoso de tu crítica! La caridad cristiana tiene el don de conservar su dulzura natural incluso cuando es más severa. Recibo a diario muchas cartas de hombres doctos, que me aclaman como la gloria de Alemania, como el sol y la luna, y con semejantes títulos pomposos lo que hacen es más abrumarme que halagarme. Y que me muera si ninguna de ellas me ha producido tanto goce como la carta de censura de mi amigo Dorp. Como bien dice san Pablo, la caridad nunca se equivoca. Si alaba, desea hacer el bien; si reprende, su intención es la misma<sup>551</sup>. ¡Ojalá dispusiera de tiempo libre para responder a tu carta como un amigo como tú se merece! Deseo fervientemente que todo lo que hago merezca tu aprobación, porque tengo en tanta estima tu ingenio casi divino, tu excepcional saber y tu extraordinario criterio, que preferiría tener a mi favor un solo voto de Dorp que mil de cualesquier otros.

---

<sup>550</sup> Martín Dorp (1485-1525), teólogo y humanista de Lovaina, de cuya universidad llegó a ser rector. En septiembre de 1514 escribió una carta a Erasmo en la que le reprochaba el revuelo que había suscitado el *Elogio*, sobre todo dentro del mundillo teológico (recordemos que su *editio princeps* salió a la luz en París en 1511). Es curioso que Dorp, a pesar de ser una generación más joven que Erasmo, se muestre más conservador y cauteloso –y, a la vez, más intransigente– que el propio roterodamense. La presente carta (escrita en mayo de 1515 y publicada por primera vez en Basilea en agosto del mismo año como un apéndice al *Elogio*) da respuesta cabal a cada uno de los tres puntos que Dorp había enumerado en su misiva y, consecuentemente, está estructurada en tres partes: la relativa a lo poco afortunado de la publicación del *Elogio*, el acicate a la publicación de las obras de san Jerónimo, y el rechazo de la nueva edición y traducción del Nuevo Testamento. De ellas, la más extensa y detallada es la primera. Más que ante una *retractatio* completa estamos ante una *excusatio* parcial. En sus líneas se aprecia que Erasmo está preocupado por la acogida que ha tenido esta obra por parte de un sector importante de la intelectualidad europea de comienzos del *Cinquecento*. El argumento que usa para justificarse suena, por lo demás, un tanto afectado: según él, pergeñó el texto cuando pasaba por una enfermedad, en casa ajena, sin nada mejor que hacer y como puro divertimento, poco menos que como un mero ejercicio de improvisación. Además, recuerda con cierta insistencia que el personaje que habla en el *Elogio* es nada menos que la propia Estupidez personificada, la reina de los bufones, los payasos y los imbéciles. En un gesto que se nos antoja poco decoroso por su parte, parece querer esconderse tras su propia criatura, olvidándose de que el mayor acierto del *Elogio* es, precisamente, hacer reconocer a la propia Estupidez cuáles son y cuánto abarcan sus poderes sobre dioses y mortales. Como el lector avisado ya habrá tenido ocasión de ver, en esta obra no hay nada gratuito o casual. Su supuesto carácter improvisado y trivial no es más que un tópico literario –al igual que el estado achacoso del autor–. El texto editado en 1511, conociendo el talante aplicado y meticuloso de Erasmo, no pudo ser el mismo que dos años atrás había sido escrito en unos pocos días en casa de Tomás Moro. Las adiciones, correcciones y retoques sobre el original debieron de ser abundantes a lo largo del lapso que medió entre redacción y publicación. Véase el apartado 3.3. de nuestra Introducción.

<sup>551</sup> 1 Corintios 13, 4-8. En realidad, el texto de Erasmo es una adaptación resumida del pasaje de san Pablo.



Por lo demás, aunque todavía estoy mareado tras haber cruzado el canal y cansado de andar a lomos de un caballo, y aunque además tengo mucho trabajo en ordenar mis cosas de equipaje, pensé, sin embargo, que sería mejor mandar una respuesta de la forma que fuese que dejar a un amigo con la opinión que tú tienes —tanto si te la has formado por tu cuenta como si te la han metido en la cabeza otros, que te han forzado a escribirla para poder ocultarse bajo el disfraz de un nombre ajeno—.

Pues bien, en primer lugar y para ser honesto, casi me arrepiento de haber publicado la *Moria*. Este librito me ha otorgado algo de notoriedad, o renombre, si lo prefieres. Pero no suelo mezclar fama y odio. Además, por Dios, ¿qué es todo eso que popularmente se conoce con el nombre de fama sino un término absolutamente vacío, reliquia del paganismo? Y no son pocas las expresiones de este tipo que han quedado entre los cristianos, que llaman inmortalidad al renombre que uno deja para la posteridad y virtud al estudio de cualquier clase de artes.

Mi único propósito al publicar todos mis libros ha sido siempre hacer algo útil con mi trabajo y, si no podía lograr eso, al menos no hacer daño. En consecuencia, aunque sepamos de incluso grandes hombres que abusan de sus conocimientos para servir a sus pasiones, uno cantando sus estúpidos amores, otro empleando la adulación para ganarse un favor, un tercero respondiendo con su pluma cuando se ve provocado por insultos, un cuarto soplando su propia trompeta e intentando superar a un Trasón o un Pírgopolinices al cantar sus propias loas<sup>552</sup>; yo, sin embargo, por escaso que sea mi talento personal y por muy insuficiente que sea mi educación, por lo menos siempre he tenido como objetivo hacer el bien, si me era posible, o, al menos, no herir a nadie. Homero desahogó su repulsión hacia Tersites trazando un cruel retrato suyo en la *Iliada*<sup>553</sup>. ¿A cuántos criticó por sus nombres Platón en sus diálogos? ¿A quién perdonó Aristóteles, cuando ni siquiera tuvo piedad con Platón y Sócrates<sup>554</sup>? Demóstenes pudo desfogar su ira sobre Esquines, Cicerón sobre Pisón, Vatínio, Salustio y Antonio<sup>555</sup>. ¿De cuántos se mofa y censura Séneca citando sus nombres?

---

<sup>552</sup> Trasón es el soldado fanfarrón del *Eunuco* de Terencio, que pretende ganarse los favores de una chica alardeando de habilidades. Otro ejemplo arquetípico de militar bravucón es Pírgopolinices, protagonista de la comedia plautina *El soldado fanfarrón*.

<sup>553</sup> Sobre Tersites véase nota 17.

<sup>554</sup> No hay constancia documental de que esto sea verdad; se trata, más bien, de una simple leyenda maledicente.

<sup>555</sup> Esquines fue un famoso orador del s. iv a.C., contemporáneo de Demóstenes, que le acusó de aceptar sobornos. Es él el objeto de ataque en el celeberrimo discurso *De corona* y en *De falsa legatione*. En el 55 a.C. Cicerón acusó a Lucio Calpurnio Pisón de malversación en el discurso judicial *Contra Pisón*. El enfrentamiento con Vatínio, recogido en *Contra Vatínio*, fue de tipo político y terminó con la reconciliación de ambos. Salustio, el famoso historiador, enemigo personal de Cicerón, se opuso a éste en la causa de Milón (año 52 a.C.). Antonio es Marco Antonio, contra quien escribió sus conocidas *Filípicas*, catorce vehementes discursos de duro ataque político y personal que le costaron la muerte al arpinate. En lo que se refiere a Séneca, baste recordar, como muestra, la *Apocolocyntosis* (véase nota 20).

Pero si te fijas en ejemplos más recientes, Petrarca se sirvió de su pluma como arma contra un médico, Lorenzo contra Poggio y Poliziano contra Scala<sup>556</sup>. ¿Puedes decirme el nombre de una sola persona con la suficiente contención como para dejar de escribir de forma áspera contra alguien? Incluso san Jerónimo, hombre tan serio y piadoso, a veces no puede evitar sulfurarse contra Vigilancio, ultrajar sin mesura a Joviniano y atacar bruscamente a Rufino<sup>557</sup>. Los doctos siempre han tenido el hábito de confiar al papel sus alegrías y tristezas, como a un leal compañero en cuyo regazo poder vaciar todas las resquemores del corazón. De hecho, se encuentran personas cuyo único propósito cuando comienzan a escribir un libro es encontrar una salida a sus emociones y, de esta forma, transmitir las a la posteridad.

Pero en mi caso, en todos los numerosos volúmenes que he publicado hasta la fecha, tras haber elogiado a tantísimos con toda sinceridad, ¿puedes decirme de alguien cuya reputación haya yo dañado o mancillado en lo más mínimo? ¿Qué país, grupo de personas o individuo he criticado jamás por su nombre? Y, sin embargo, qué poco sabes, querido Dorp, con qué frecuencia he estado a punto de hacerlo bajo la provocación de insultos que nadie estaría dispuesto a tolerar. Sin embargo, siempre he controlado mi resentimiento y he pensado más en cómo me juzgaría la posteridad que en lo que la maldad de mis detractores merecía. Si los demás hubieran conocido los hechos reales tal como yo los conocí, nadie me habría juzgado como sarcástico, sino como ponderado, comedido y templado.

Pero pensaba para mis adentros de esta manera: ¿qué les importan a los demás mis sentimientos personales?; ¿cómo van a enterarse de estos asuntos míos quienes vivan en países lejanos o en tiempos aún por venir? Habré hecho lo que era correcto en mi opinión, no en la suya. Además, no tengo ningún enemigo tan acérrimo que no desee hacer mi amigo, en tanto me sea posible. ¿Por qué habría de cerrarle el camino a esta posibilidad? ¿Por qué escribir contra un enemigo lo que alguna vez en vano podría lamentar haber escrito contra un amigo? ¿Por qué debería tiznar mi pluma a un personaje cuya dignidad no podría devolverle jamás, aun cuando lo mereciese? Prefiero equivocarme alabando incluso a los que no lo merecen que recriminando a los que sí lo merecen. Porque, si elogias a alguien infundadamente, pasa por honestidad, pero si pintas con sus verdaderos colores a alguien

---

<sup>556</sup> Son famosas las invectivas epistolares y las controversias mantenidas por los humanistas del s. xv, en parte reales y en parte facticias, meros ejercicios con el fin de rivalizar en el dominio de la elocuencia. Aquí Erasmo cita a Petrarca, quien escribió una invectiva titulada *Contra un médico* para defenderse de sus ataques. Lorenzo Valla mantuvo una continuada contienda intelectual con su colega el también humanista Poggio Bracciolini, como lo reflejan las dos *Antidota* y el *Apologus* escritos contra él. El origen de esta controversia está en lo que ambos entendían por *latine loqui*: en definitiva, la viejísima disputa entre analogistas (Poggio) y anomalistas (Valla). Una discusión sobre el buen uso del latín enfrentó a Poliziano con el canciller florentino Bartolomeo Scala a finales de ese mismo siglo.

<sup>557</sup> Vigilancio (s. iv d.C.) atacó el culto de las reliquias y los milagros de los mártires, cosa que hoy día sólo sabemos gracias a la crítica que de él hizo san Jerónimo en su obra *Contra Vigilantium*. En *Adversus Iovinianum* criticó duramente a Joviniano por atreverse a negar el valor del celibato, y en su *Apologia adversus libros Rufini* a Rufino por haber defendido a Orígenes cuando el propio Jerónimo ya le había considerado un hereje. De nuevo Erasmo nos recuerda que en ningún momento se ha servido de la invectiva individual y personalizada, al contrario que su amigo Dorp, quien sí imprecó a Erasmo por su nombre.

con una conducta que no pide más que crítica, esto se atribuye a tu propio juicio malsano y no a sus acciones.

Eso por no hablar de cómo a veces puede estallar una guerra seria como resultado de injurias que llevan a represalias, y cómo se propaga a menudo un peligrósimo incendio merced a los insultos de una y otra parte. Y, de la misma forma que es poco cristiano pagar una injuria con otra, es igualmente propio de un corazón poco noble desahogar el resentimiento intercambiando ultrajes de la forma en que lo hacen las mujeres.

Con este tipo de razonamientos me convencí de que debía mantener mis escritos libres de malevolencia y crueldad, sin la tacha de nombrar a los que obran mal. Mi intención en la *Moría* fue exactamente la misma que en mis demás obras, aunque por distinto camino. En el *Enquiridión* simplemente tracé las pautas de la vida cristiana. En mi librito *La educación del príncipe* ofrezco unos consejos claros sobre cómo instruir a un príncipe. En mi *Panegírico* hice exactamente lo mismo, sólo que bajo el velo de la loa, como había hecho de forma explícita en el anterior. Y en la *Moría* expresé las mismas ideas que en el *Enquiridión*, pero a guisa de broma. Quise aconsejar, no reprender; hacer el bien, no ofender; y preocuparme por las costumbres de los hombres, no estorbarlas. El filósofo Platón, por muy serio que sea, aprueba las prolongadas ruedas de bebedores de los banquetes, porque cree que hay ciertas faltas que la diversión que da el vino puede alejar y la austeridad no podría corregir<sup>558</sup>. Y Horacio piensa que una advertencia en broma hace tanto bien como una en serio<sup>559</sup>. ¿Qué le impide —dice— al que se ríe decir la verdad? Esto también lo captaron los famosos sabios de la Antigüedad, que eligieron ofrecer los consejos más saludables para la vida bajo la forma de fábulas entretenidas y aparentemente infantiles, porque la verdad, algo estricta de por sí, cuando se la presenta acompañada del placer penetra con mayor facilidad en las mentes de los mortales. Sin duda ésta es la famosa miel que los médicos que aparecen en Lucrecio untan en el borde de la copa de ajeno que recetan a los niños<sup>560</sup>. Y el gremio

<sup>558</sup> En el *Banquete*, 176a1 ss.. Platón presenta a los invitados discutiendo sobre las virtudes del vino cuando se bebe con moderación y sus peligros cuando se llega a un estado de embriaguez.

<sup>559</sup> Horacio, *Sátiras*, 1, 1, 24s.: *quamquam ridentem dicere uerum / quid uetat?*, es decir, «por otra parte, ¿qué le impide al que se ríe decir la verdad?». El carácter del σπουδαγέλοιον, de mezclar bromas y veras, es propio de personajes que bajo una apariencia ridícula dicen cosas sensatas y de mucho meollo, como, p. ej., el cínico Menipo.

<sup>560</sup> Véase Lucrecio, *Sobre la naturaleza de las cosas*, 1, 936-942:

*sed uel uti pueris absinthia taetra medentes  
cum dare conantur, prius oras pocula circum  
contingunt mellis dulci flavoque liquore,  
ut puerorum aetas inprovida ludificetur  
lavorum tenuis, interea perpotet amarum  
absinthii laticem deceptaque non capiat;  
sed potius tali facto recreata ualescat...*

«al contrario, igual que cuando los médicos intentan dar a los niños el desagradable ajeno, antes untan el borde de la copa con el dulce y rubio licor de la miel, para burlar a la incauta infancia hasta los labios y para que, en tanto, apuren hasta el fondo el amargo líquido y no mueran engañados, sino que antes bien se pongan buenos gracias a esa treta...»

de los bufones que los príncipes de antaño metieron en sus cortes tampoco tenía otra finalidad que la de exponer y corregir algunas faltas menores con una libertad que no ofendía a nadie.

Tal vez parezca inadecuado incluir a Cristo en esta lista, pero si es cierto que los asuntos divinos pueden compararse en todo con los humanos, ¿acaso no tienen sus parábolas alguna afinidad con las fábulas de los antiguos? La verdad del Evangelio se cuela con mayor agrado en la mente y se agarra allí con mayor firmeza si se la presenta con esta clase de donaires que si se la mostrara desnuda, algo que san Agustín confirma con creces en su obra *Sobre la doctrina cristiana*.

Yo podía ver cómo gente normal y corriente era corrompida por opiniones del tipo más disparatado en todos los aspectos de la vida y mi deseo de dar con un remedio era mayor que mi esperanza de encontrarlo. Entonces me parecía haber encontrado un medio con el que poder introducirme de alguna forma en estas almas enclenques y curarlas dándoles también placer. A menudo había observado los buenos resultados que en muchos casos había tenido este tipo de consejo alegre y divertido. Si me respondes que el personaje que adopté es demasiado frívolo como para representar una discusión sobre temas serios, estoy dispuesto a admitir que quizá esté equivocado. No protesto contra el cargo de torpeza, sino contra el de mordacidad, aunque bien me podría defender también de éste, con tan sólo citar el ejemplo de los muchos hombres serios que enumeré en el breve prólogo de la obra<sup>561</sup>.

¿Qué otra cosa podía hacer? Acababa de volver de Italia y era huésped en la casa de mi amigo Moro, y un ataque de riñón me tuvo confinado bajo techo durante varios días<sup>562</sup>. Mis libros aún no habían llegado y, aunque lo hubiesen hecho, mi enfermedad me impedía entregarme con diligencia a estudios serios. Sin nada que hacer, empecé a distraerme con un elogio de la estupidez y, por supuesto, sin intención de publicarlo, sino simplemente como distracción del dolor que me aquejaba.

Una vez comenzado, dejé que algunos amigos íntimos le echaran un vistazo a lo que había hecho, con el fin de aumentar mi diversión compartiéndola con más personas. Quedaron encantados y me instaron a continuar. Les hice caso y pasé una semana, más o menos, con este trabajo: sin duda se me antojaba un tiempo desproporcionado para el peso del tema.

Entonces, los amigos que me habían empujado a escribirlo se comprometieron a llevar el libro a Francia y allí se imprimió, aunque a partir de una copia no sólo llena de faltas sino incluso mutilada. Prueba de su popularidad —o de su falta de ella— es el hecho de que en unos pocos meses se reimprimió siete veces y en diferentes lugares. Yo mismo estaba sorprendido de que pudiera gustarle a alguien. Si a esto lo llamas torpeza, mi querido Dorp, entonces tienes a un acusado que admite su culpa o,

---

<sup>561</sup> Se refiere al elenco de precedentes literarios citados en la carta-introducción dirigida a Tomás Moro.

<sup>562</sup> Erasmo echaba la culpa de este ataque nefrítico al vino que tuvo que beber durante su estancia en Venecia los años 1507-1508, hospedado por Aldo Manuzio. Recuértese, sin embargo, que las quejas sobre su mala salud, por muy veraces que fuesen, no dejan de constituir un tópico literario muy del gusto de algunos autores. Todo el párrafo huele a falsa modestia mezclada con un intento desesperado de justificarse.

desde luego, que no protesta. Hice el tonto de semejante modo en un momento de inactividad y haciendo caso a unos amigos, y es la primera vez en mi vida que hago algo así. Pero, ¿quién es sensato todo el tiempo? Tú mismo reconoces que todas mis otras obras han tenido la clase suficiente como para ganar una cálida acogida de parte de hombres piadosos y doctos en todas partes. ¿Quiénes son esos estrictos críticos de los que hablas –mejor dicho, esos areopagitas<sup>563</sup>– incapaces de perdonarle a un hombre siquiera una sola caída en la insensatez? ¿Qué hosquedad tan increíble para que un solo librito de chirigota<sup>564</sup> les haya ofendido tanto que inmediatamente despojen de su favor a un escritor que se lo ha ganado después de tantas noches en vela! ¡Cuántas bobadas tomadas de otros podría yo mostrar mucho más tontas que ésta en muchos aspectos, incluso de ilustres teólogos que inventan discusiones estériles y entonces combaten entre sí por estas vanas bagatelas como si estuviesen luchando por sus hogares y altares!<sup>565</sup>

Más aún, representan estas farsas ridículas, que son mucho más tontas que las atelanas<sup>566</sup>, sin máscaras: ciertamente actué con más modestia yo, que como quería hacer el papel de tonto, me puse la careta de la Estupidez y, exactamente igual que en Platón Sócrates canta las alabanzas del amor con el rostro cubierto, también yo he representado esta comedia por medio de un personaje<sup>567</sup>.

Me dices en tu carta que incluso la gente a la que no le gusta el tema admira mi talento, mi saber y elocuencia, pero que esos mismos se sienten ofendidos por el excesivo descaro de mi sarcasmo. Pues esos críticos me regalan cumplidos aún superiores a los que podría querer. Por otra parte, no me preocupa nada este elogio, máxime viniendo de aquellos en quienes yo no encuentro ni talento, ni saber, ni elocuencia. Si estuvieran mejor dotados a este respecto, créeme, querido Dorp, no se molestarían tanto con unas bromas que tienen como objeto hacer el bien más que alardear de ingenio o conocimientos. En nombre de las Musas, te ruego que me digas qué ojos, qué oídos y qué paladar tienen esas personas, que se sienten ofendidas por la acidez que hay en este librito.

En primer lugar, ¿qué acritud puede haber donde no se ataca ni un solo nombre en particular excepto el mío propio?<sup>568</sup> ¿Por qué no recuerdan lo que tantas veces repite san Jerónimo, que donde se da una discusión de carácter general sobre los defectos no se hace daño a nadie en concreto<sup>569</sup>? Pero si hay alguien que se siente

---

<sup>563</sup> Los areopagitas eran los miembros del Areópago, consejo político ateniense a la vez que tribunal célebre por su severidad.

<sup>564</sup> De nuevo la falsa modestia, que intenta quitarle hierro al asunto.

<sup>565</sup> La locución *pro focis et aris* (o *pro aris focisque*) es una expresión latina hecha, utilizada por Salustio, *Conjuración de Catilina*, 59, 5; Cicerón, *Sobre la naturaleza de los dioses*, 3, 94; y Tito Livio 5, 30, 1. Se emplea en sentido figurado cuando se quiere encarecer la defensa de algo de suma importancia como es el hogar y la religión.

<sup>566</sup> Véase nota 130.

<sup>567</sup> Hace referencia al comienzo del *Fedro* (227a1 ss.) de Platón.

<sup>568</sup> Cfr. los caps. 61 y 63 del *Elogio*.

<sup>569</sup> Léanse las siguientes palabras de san Jerónimo, *Epístolas*, 52, 17: *nullum laeti, nullus saltem descriptione signatus est, neminem specialiter meus sermo pulsavit: generalis de utilis disputatio est*: no he zaherido a nadie, nadie ha sido explícitamente señalado, mis palabras no han fustigado a nadie en con-

ofendido, no tiene nada de qué quejarse al que lo ha escrito: que se pida cuentas a sí mismo por sus faltas, si le place, puesto que es él quien se traiciona al ver un ataque personal en palabras que se dirigieron a todos y no a una persona en concreto, a menos que alguien quiera hacerlas suyas de buen grado. ¿Es que no ves que en toda la obra he tenido tanto cuidado en no mencionar ningún nombre de persona que ni siquiera he tenido la intención de criticar ninguna nación con demasiada fiereza? Porque en el pasaje en el que paso revista a las formas de amor propio propias de cada país, la gloria militar se la asigno a los españoles, la cultura y la elocuencia a los italianos, las buenas formas y la buena cocina a los ingleses, etc., cosas todas ellas que cualquiera puede reconocer en sí mismo sin desagrado o que incluso puede oír con una sonrisa<sup>570</sup>. Por si fuera poco, cuando voy pasando por todos los tipos de hombres, de acuerdo con el plan que me propuse para el tema, y me dedico a anotar los defectos peculiares de cada uno, ¿dejo caer en algún momento alguna palabra venenosa o desagradable al oído? ¿En qué momento destapo la ciénaga de los vicios? ¿Cuándo revuelvo la famosa secreta Camarina de la vida humana?<sup>571</sup>

¿Quién hay que no sepa cuánto podría decirse contra pontífices malvados, contra obispos y sacerdotes corruptos y contra príncipes viciosos, en suma, contra cualquier grupo de personas, si, siguiendo el ejemplo de Juvenal, no me hubiese dado vergüenza poner por escrito lo que muchos no se avergüenzan de hacer? Me he limitado a registrar más lo que hay de cómico y absurdo en el hombre que lo desagradable; pero lo he hecho de tal manera que, de paso, a menudo amonesto sobre asuntos de la mayor importancia que es muy importante que la gente tenga presentes.

Ya sé que no tienes tiempo para rebajarte a fruslerías como ésta, pero si alguna vez tienes un rato libre, intenta fijarte con mayor atención en esas bromas ridículas de la Estupidez. Estoy seguro de que las encontrarás mucho más acordes con las opiniones de los evangelistas y de los apóstoles de lo que puedan serlo las disquisiciones de determinadas personas, por muy brillantes y muy dignas de los grandes maestros que las consideren. Tú mismo también admites en tu carta que la mayor parte de lo que allí se cuenta es verdad, pero no crees que haya vía libre para «arañar un oído delicado con una verdad sarcástica»<sup>572</sup>. Si piensas que en ningún caso se debería hablar con franqueza y que la verdad no debería decirse jamás excepto cuando no causa ofensa alguna, ¿por qué recetan los médicos drogas amargas y

---

creto: la discusión versa sobre los defectos en general: y, mucho más claras aún, *Epístolas*, 125, 5: *scio me offensurum esse quam plurimos, qui generalem de vitiis disputationem in suam referant contumeliam et, dum mihi irascuntur, suam indicant conscientiam multoque peius de se quam de me iudicant*: «sé que voy a ofender a muchísimos, que se toman como una afrenta personal una discusión de carácter general sobre los defectos y que, al enfadarse conmigo, revelan su mala conciencia y tienen peor opinión de sí mismos que de mí».

<sup>570</sup> Cfr. la idiosincrasia particular de cada nación tratada en el cap. 43 del *Elogio*.

<sup>571</sup> Véase nota 333.

<sup>572</sup> Persio, *Sátiras*, 1, 107.

<sup>573</sup> La *ἑρπᾶν πικράν*. (en realidad, el término correcto es *μικράν*, pero la paronomasia con el adjetivo *πικρά*, que significa «amargo, picante», como el sabor de la propia hierba, ha producido el cambio de acento) es una droga (un antídoto) de efectos sorprendentes y sabor muy amargo.

cuentan la *hierápica*<sup>573</sup> entre sus remedios más valiosos? Si los que sanan los males del cuerpo se sirven de estos métodos, ¿cuánto más convendrá que hagan lo mismo al curar las dolencias del alma?

«Reprende —dice san Pablo—, reprueba y exhorta a tiempo y a destiempo»<sup>574</sup>. ¿El apóstol quiere que las faltas sean atacadas de todas las formas posibles y tú pretendes que no se roce ninguna llaga, ni aun cuando se hace con tal delicadeza que nadie en absoluto podría resultar herido, a menos que se proponga herirse a sí mismo intencionadamente?

Pues bien, si existe alguna forma de corregir las faltas de los hombres sin ofender a nadie, la manera con mucho más sencilla —si no me equivoco— es no hacer público ni un solo nombre. Luego está abstenerse de recordar cosas que también resulten repulsivas al oído de los hombres de bien, porque igual que algunos de los incidentes de una tragedia son demasiado espeluznantes como para ser mostrados a los ojos del público y basta con narrarlos, entre las costumbres de los seres humanos se dan algunas cosas especialmente obscenas como para poder ser relacionadas con un mínimo de compostura. Y, por último, cuando las mismas cosas que se ponen en boca de un personaje cómico se dicen a modo de broma y juego, para que la gracia de lo que se dice haga desaparecer toda ofensa. ¿Es que no conocemos el valor que a veces tiene una broma oportuna y a tiempo incluso entre adustos tiranos?

Dime, ¿qué súplicas o qué serio razonamiento crees que habrían podido calmar la cólera del gran rey Pirro tan fácilmente como lo hizo la broma que le gastó el soldado? «Al contrario, si no se nos hubiese acabado la botella —dijo él—, habríamos dicho cosas mucho peores de ti». El rey se rió y le perdonó<sup>575</sup>. Y no sin motivo los dos oradores más excelsos, Cicerón y Quintiliano, establecen con todo cuidado unas normas en torno a la risa<sup>576</sup>. La gracia y el encanto en el hablar tienen tal poder que podemos disfrutar de una indirecta bien hecha incluso si va dirigida contra nosotros mismos, como cuenta la historia a propósito de Julio César<sup>577</sup>.

Pues bien, si admites que lo que he escrito es verdad, y más ameno que obsceno, ¿qué mejor medio podía inventarse para curar los males comunes de la humanidad?

<sup>574</sup> Cfr. 2 Timoteo 4, 2.

<sup>575</sup> Cfr. Plutarco, *Frases célebres de reyes y generales*. 184D3-8 (Pirro): Ἀκούσας δὲ ὅτι νεανίσκος πολλὰ βλάσφημα περὶ αὐτοῦ πίνοντες εἰρήκασιν, ἐκέλευεν ἀχθῆναι μεθ' ἡμέραν πρὸς αὐτὸν ἅπαντας ἀχθέντων δὲ τὸν πρῶτον ἠρώτησεν, εἰ ταῦτ' εἰρήκασιν περὶ αὐτοῦ· καὶ ὁ νεανίσκος· ταῦτα· εἶπεν ὁ βασιλεὺς· πλείονα δ' ἂν τούτων εἰρήκειμεν, εἰ πλείονα οἶνον εἶχομεν!· «Como había llegado a sus oídos la noticia de que unos muchachos le habían endosado muchos insultos mientras se emborrachaban, ordenó que todos ellos fueran traídos ante su presencia al día siguiente: hecho así, preguntó al primero si habían dicho eso sobre él, y el muchacho respondió: "Así es, rey. Y habríamos dicho aún más cosas si hubiésemos tenido más vino". La anécdota aparece también en su *Vidas paralelas*. Pirro, 8, 12.

<sup>576</sup> Cicerón, en el libro segundo del *Sobre el orador*: habla sobre los términos *iocus, facetiae, salse dicere* como recursos oratorios muy útiles para ganarse al auditorio. De la misma opinión es Quintiliano; véase nota 317.

<sup>577</sup> Son bien conocidas la empatía que sentía César por los vencidos y su predisposición natural a perdonar. Así lo subraya Suetonio en *Vidas de los Césares*. Julio, 75. 1: *moderationem uero clementiamque cum in administratione tum in uictoria belli ciuilitis admirabilem exhibuit*, esto es, «demostró una mesura y una clemencia dignas de admiración tanto en su gobierno como al vencer en la contienda civil».

En primer lugar, es el placer lo que capta la atención del lector y la mantiene cuando ya está en su poder. En otros aspectos no hay dos lectores que busquen la misma cosa, pero el placer engatusa a todos por igual, a no ser que alguien sea demasiado estúpido como para ser sensible a los goces de la literatura. Y, por otra parte, esos que pueden ofenderse con un libro en el que no se menciona ningún nombre me parece que reaccionan de manera muy parecida a esas mujerzuelas que se molestan cuando se dice algo contra una mujer de vida ligera como si se tratase de un insulto personal para todas ellas y, por el contrario, si se dice una sola palabra elogiosa sobre las mujeres virtuosas, están tan encantadas consigo mismas como si una lisonja dirigida a tal o cual se aplicase a todas. Manténganse alejados de este tipo de estupidez los hombres, pero mucho más lejos aún los hombres doctos, y los teólogos los más alejados de todos.

Si se me inculpa de algo de lo que soy inocente, no me siento ofendido, antes bien me felicito por haber escapado a los males de los que a tantos veo caer como víctimas. Pero si se me mete el dedo en la llaga y me veo a mí mismo reflejado en un espejo, tampoco en este caso hay razón alguna por la que deba sentirme ofendido. Si soy sensato, ocultaré mis sentimientos y no me delataré. Si soy honesto, andaré con cuidado y me aseguraré de que en adelante no se me haga a título personal un reproche que he visto apuntado sin nombre y apellidos. ¿Por qué por lo menos no le permitimos a mi librito lo que incluso el populacho ignorante les consiente a las comedias populares? ¡Cuántos denuestos y con qué desparpajo se van lanzando por ahí contra monarcas, sacerdotes, monjes, esposas, maridos...! Y ¿contra quién no? Y, sin embargo, como no se ataca a nadie por su nombre, todo el mundo ríe y o bien admite con franqueza cualquier debilidad propia o bien la oculta inteligentemente. Hasta los tiranos más violentos soportan a sus bufones y payasos, aunque éstos a menudo les hagan blanco de insultos palmarios. El emperador Vespasiano no tomó represalias cuando alguien le criticó por tener su cara la expresión de estar evacuando<sup>578</sup>. Entonces, ¿quiénes son estas personas de oídos tan delicados que no pueden aguantar oír a la propia Estupidez bromeando sobre la vida común de los seres humanos sin llegar al reproche personal? Jamás se habría hecho salir de escena en medio de abucheos a la Comedia Antigua si se hubiese abstenido de hacer públicos los nombres de personajes famosos.

Pero lo cierto es que tú, mi inestimable Dorp, casi me escribes como si mi librito de la *Moría* hubiese puesto a todo el cuerpo de teólogos en mi contra. «¿Por qué motivo tuviste que atacar a los teólogos con tal acritud?» —me preguntas, y

---

<sup>578</sup> Como todavía hoy puede verse en un busto conservado del emperador. El testimonio literario más explícito nos lo ofrece Suetonio, *Vidas de los Césares. Vespasiano*, 20: *Statura fuit quadrata, compactis firmisque membris, uultu ueluti nitentis; de quo quidam urbanorum non infacete, siquidem petenti, ut et in se aliquid diceret: «dicam», inquit, «cum uentrem exonerare desieris»*. «Fue de complexión cuadrada, con unos miembros macizos y robustos y con una expresión como de esfuerzo en el rostro. A propósito de ello, uno de los bufones, puesto que le pedía que dijese también algo contra él, con mucha gracia le respondió: «te lo diré cuando hayas dejado de aliviar tu vientre»».



lamentas el destino que me espera. «Hace tiempo todo el mundo estaba entusiasmado con leer tus obras y ansiaban conocerte en persona. Ahora, la *Moría*, como Davo<sup>579</sup>, lo ha trastocado todo».

Ya sé que en lo que escribes no hay ningún atisbo de calumnia y por mi parte no voy a actuar con mala fe contigo. ¿De verdad piensas que el gremio de teólogos al completo se siente molesto si se dice algo contra teólogos estúpidos o malos que no merecen tal nombre? Pues si es esa la regla que está en boga, nadie diría una palabra contra criminales sin hacer de todo el género humano su enemigo. ¿Ha tenido jamás algún rey el atrevimiento de no reconocer que ha habido algunos malos reyes, indignos de su posición? ¿O ha habido algún obispo tan arrogante como para no admitir esto mismo de su propio gremio? ¿Acaso son los teólogos el único grupo que no tiene entre sus numerosas filas a nadie que sea estúpido, ignorante o cascarrabias y sólo nos enseña a Pablos, Basilius o Jerónimos?

Al contrario, cuanto más elevada es una profesión, menos gente que la desempeña puede responder a este calificativo. Encontrarás más capitanes buenos que príncipes buenos, más médicos buenos que obispos buenos. Pero eso no es un reproche a una clase, sino más bien un cumplido para los pocos que se han portado con gran nobleza en la más noble de las clases. Dime, por favor, ¿por qué motivo se sienten más ofendidos los teólogos —si los hay ofendidos— que los reyes, los nobles o los magistrados, y más que los obispos, los cardenales y los sumos pontífices, o, en fin, más que los comerciantes, los maridos, las esposas, los abogados y los poetas —pues la Estupidez no hace excepciones con ningún tipo de mortal—, a menos que sean lo bastante idiotas como para aplicarse a sí mismos cualquier crítica general sobre las malas personas?

San Jerónimo dedicó un libro a Julia Eustoquio<sup>580</sup> y en él retrata la figura de las malas vírgenes con tanta autenticidad que ni un segundo Apeles<sup>581</sup> podría presentarla ante nuestros ojos con semejante realismo. ¿Acaso se sintió Julia ofendida? ¿Se enfadó con Jerónimo por censurar el gremio de las vírgenes? Ni siquiera un ápice. Pero, ¿por qué no? Pues porque una virgen en sus cabales jamás creería que la crítica hacia sus malas hermanas iba dirigida contra ella. Más bien se alegraba de que las buenas fueran amonestadas para no dejarse corromper y de que se hiciera lo propio con las malas para que dejaran de ser así.

Escribió *Sobre la vida de los clérigos* dedicada a Nepociano y *Sobre la vida de los monjes* dedicada a Rústico<sup>582</sup>. Pinta con sorprendentes colores y censura con mucha gracia los vicios de ambos grupos. Ninguno de los dos a quienes se dirigió se sin-

---

<sup>579</sup> Davo es el esclavo que aparece en Horacio, *Sátiras*, 2, 7, a quien, con ocasión de las Saturnales, el propio Horacio permite hablar con franqueza sobre él. Con ese nombre aparece también un esclavo protagonista en la *Andria* de Terencio.

<sup>580</sup> Julia Eustoquio tomó el voto de virginidad a los dieciocho años de edad, en el 383 de nuestra era. El libro en realidad no es sino una carta incluida entre la correspondencia del santo con el número 22.

<sup>581</sup> Véase nota 274.

<sup>582</sup> Nepociano fue un oficial de la guardia imperial que ingresó en una orden monástica. Murió de unas fiebres a edad temprana y san Jerónimo escribió una carta consolatoria a su tío. Rústico fue un monje que mantuvo contacto epistolar desde la Galia con Jerónimo.

tió ofendido, porque sabían que nada de lo dicho se les imputaba a ellos. ¿Por qué William Mountjoy<sup>583</sup> —que no es precisamente el más bajo de la nobleza cortesana— no rompe nuestra amistad dadas las numerosas bromas de la Estupidez sobre los cortesanos? Evidentemente, porque es tan excepcionalmente inteligente como virtuoso y piensa —como realmente sucede— que la crítica contra los nobles malos y estúpidos no tiene nada que ver con él. ¿Cuántas chanzas hizo la Estupidez a expensas de los obispos malos y mundanos? Y, entonces, ¿por qué no se da por ofendido el arzobispo de Canterbury? Porque, hombre modelo absoluto de todas las virtudes que es, considera que ninguna de esas bromas tiene que ver en particular con él<sup>584</sup>.

¿Para qué voy a seguir nombrándote a los más altos príncipes y a los demás obispos, abades, cardenales y sabios eminentes, ninguno de los cuales he sentido hasta ahora que se haya disgustado ni un pelo por culpa de la *Moría*? Y es que no se me puede hacer creer que haya ningún teólogo molesto con este libro, excepto tal vez unos pocos, incapaces de entenderlo o llenos de inquina o con una naturaleza tan critica que no hay nada que encuentre su aprobación. Entre ellos, como es bien sabido, hay algunos individuos que parten de un talento y un juicio tan insignificantes que no están capacitados para ninguna forma de estudio, y menos aún para la teología. Entonces, cuando ya se han aprendido unas cuantas reglas de gramática tomadas de Alexandre de Villedieu<sup>585</sup> y se han hecho con un poquitín de la sofistería más tonta, y han pasado a memorizar, aun sin entenderlas, diez proposiciones tomadas de Aristóteles y se han aprendido otros tantos tópicos sacados de Escoto y Ockham —lo que queda esperan sacarlo del *Catolicón*, del *Mamotreto* y otros diccionarios del mismo estilo como si del cuerno de la abundancia se tratara<sup>586</sup>—, es digno de verse cómo levantan las crestas. ¡No hay nada más atrevido que la ignorancia!

Éstas son las personas que desprecian a san Jerónimo como a un simple gramático, porque son incapaces de entenderle. Se mofan del griego y del hebreo —incluso del latín— y, aunque son más estúpidos que un cerdo cualquiera y carecen incluso del sentido común, se creen a sí mismos señores del baluarte de la sabiduría entera. Todos ellos censuran, condenan y dan sentencia; no dudan nada, no vacilan en ningún punto, no hay nada que no sepan. Y, sin embargo, estos dos o tres individuos crean con frecuencia dramas terribles, porque, ¿hay algo más desvergonzado u obstinado que la ignorancia?

---

<sup>583</sup> William Blount, Lord Mountjoy era un joven aristócrata inglés, discípulo de Erasmo en París y amigo y protector suyo, a quien Erasmo debe sus viajes y estancias en Inglaterra.

<sup>584</sup> Tras poner ejemplos de sensatez y buen juicio extraídos de obras de san Jerónimo, Erasmo habla de personajes contemporáneos que le sirven de argumento para defender su tesis de que ante la lectura del *Elogio* sólo se sienten molestos aquellos que se dan por aludidos al verse retratados en las caricaturas que el personaje de la Estupidez va desplegando a lo largo de la obra.

<sup>585</sup> Autor del *Doctrinale*, gramática latina del s. xiii escrita en hexámetros rimados. Su popularidad como texto escolar la ponen de manifiesto las cien veces que llegó a imprimirse antes de 1500.

<sup>586</sup> El *Catolicón* o, para ser exactos, la *Summa grammaticalis ualde notabilis, quae Catolicon nominatur* es una enciclopedia bíblica, obra del dominico genovés Giovanni Balbi (s. xiii). El *Mammetrectus* es un glosario sobre la Biblia, vidas de los santos y otros asuntos piadosos. Aunque su fecha de composición no es segura, se imprimió por primera vez en 1470.

Son ellos quienes se afanan en conspirar contra las bellas letras<sup>587</sup>, aspiran a ser algo en el senado de los teólogos y temen que si las bellas letras renacen y el mundo recupera el buen juicio, parezca que no sabían nada, aunque hasta el momento era comúnmente aceptado que lo sabían todo. Propias de ellos son la protesta y la oposición, suya la conjura contra los hombres que se consagran a una mejor ciencia. Es a ellos a quienes incomoda la *Moría*, porque no entienden ni el latín ni el griego. Si por casualidad se dice una palabra fuera de tono contra este tipo de los que no son teólogos sino farsantes de la teología, ¿qué tiene eso que ver con la distinguidísima comunidad de los teólogos de bien? Porque si lo que les hace estar molestos es su fervor religioso, ¿por qué va dirigida su ira especialmente contra la *Moría*? ¿Cuánta irreverencia, indecencia y podredumbre hay en los escritos de Poggio?<sup>588</sup> Sin embargo, en todas partes se le aprecia como autor cristiano y se le traduce a casi todas las lenguas. ¿Con qué insultos y pullas ataca Pontano al clero?<sup>589</sup> Pero se le lee como autor elegante y divertido. ¿Cuánta obscenidad hay en Juvenal? Sin embargo, algunos piensan que también es provechoso en los sermones. ¿Con cuánta ofensa escribió Tácito contra los cristianos? ¿Con cuánta hostilidad lo hizo Suetonio?<sup>590</sup> ¿Con qué irreverencia se ríen de la inmortalidad del alma Plinio y Luciano?<sup>591</sup> Y, no obstante, todo el mundo los lee por su sabiduría y lo hacen con razón, por supuesto. Tan sólo no son capaces de soportar la *Moría*, porque se divirtió con agudezas no a expensas de los verdaderos teólogos que son dignos de este nombre, sino contra las disputas banales de los ignorantes y el grotesco título de Nuestro Maestro<sup>592</sup>.

Y son dos o tres charlatanes, disfrazados con los atavíos propios de los teólogos, los que intentan instigar esta animadversión contra mí basándose en que supuestamente he injuriado y maltratado el cuerpo de teólogos. Por mi parte, tengo el saber teológico en tan alta estima que no suelo dar el nombre de ciencia a ningún otro. Admiro y reverencio a todo el grupo hasta tal punto que es el único en el que yo quería que se incluyese mi nombre, si bien la modestia no me permite

<sup>587</sup> Las *bonae litterae* son, en su sentido estricto, las obras que los antiguos dejaron escritas en un correcto latín y en griego. La pulcritud lingüística iba de la mano de la corrección y exactitud científicas. Su recuperación en el Renacimiento se identifica con el resurgimiento del ideal de la *humanitas* como valor que había de impregnarlo todo en la vida y muy especialmente en la educación y en cualquier estudio científico que aspirase a ser riguroso.

<sup>588</sup> Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459) trabajó como lego en la curia vaticana. Descubrió numerosos manuscritos de grandes autores antiguos (Cicerón, Lucrecio, Quintiliano, Petronio...) y se le considera creador de la escritura humanística. Fue autor de las *Facetiae*, obra satírica dirigida contra sacerdotes y monjes.

<sup>589</sup> Giovanni Pontano (1429-1503), latinista autor de una vasta obra entre la que hallamos diálogos de carácter lucianesco.

<sup>590</sup> Tácito en sus *Anales*, 15, 44 tacha el cristianismo de «mal» y *exittabilis superstitio*, esto es, «superchería perniciosa». Por su parte, Suetonio, *Vidas de los Césares. Nerón*, 16, 2, dice de los cristianos que son un *genus hominum superstitionis novae ac maleficae*: «un grupo de personas caracterizadas por una extraña y nociva superstición». Por supuesto, la visión del cristianismo por parte de los antiguos no tiene la profundidad histórica que tiene en el caso de Erasmo.

<sup>591</sup> Plinio mantenía una concepción materialista de la existencia. Luciano trata de forma irrespetuosa a los dioses y las creencias religiosas.

<sup>592</sup> Cfr. el final del cap. 53 del *Elogio*.

arrogarme tan distinguido título. Bien conozco los niveles de erudición y vida que exige el nombre de teólogo. El que ejerce de teólogo se dedica a un no sé qué superior a la condición humana. Es un honor que pertenece a los obispos, no a la gente como yo.

A mí me basta con haber aprendido aquella máxima socrática de que no sabemos nada en absoluto, y aplicar mis esfuerzos a ayudar a otros con sus estudios en la medida de mis posibilidades. Y de verdad que no sé dónde se esconden esos dos o tres teólogos cuasi-divinos que tú dices que me tienen tan poca simpatía. He estado en varios lugares desde la publicación de la *Moría*<sup>593</sup>, he vivido en muchas universidades y en muchas grandes ciudades: jamás he encontrado ningún teólogo enfadado conmigo, aparte de uno o dos de esos que son enemigos de todos los estudios liberales. Ni siquiera éstos han pronunciado jamás una palabra de protesta delante de mí. Lo que murmuren contra mí cuando no estoy presente no me preocupa mucho, cuando tengo a mi favor el sentir de tantos hombres de bien. Si no temiese, Dorp querido, que pareciese que digo esto con más petulancia que sinceridad, ¡cuántos teólogos podría citarte, reputados por la santidad de sus vidas, sobresalientes en su ciencia y con cargos importantísimos, algunos de ellos incluso obispos, que nunca me han demostrado mayor amistad que después de haberse publicado la *Moría*, y que se divierten con ese librito más que yo mismo! Podría mencionarlos a todos con sus nombres y títulos en este mismo momento si no tuviese miedo de que por culpa de la *Moría* tus tres teólogos<sup>594</sup> extendiesen su malevolencia incluso a hombres tan eminentes como éstos.

Es más, creo que al menos uno de los responsables de este drama está ahora contigo –lo cierto es que más o menos lo sospecho–, y si yo me encargase de pintarlo con sus verdaderos colores, nadie se sorprendería de que la *Moría* le haya incomodado<sup>595</sup>. De hecho, si no les disgustase a ese tipo de personas, no me gustaría a mí. Por otro lado, a mí tampoco me gusta, pero ciertamente resulta menos desagradable precisamente por no agradar a mentes como las suyas<sup>596</sup>. Para mí tiene más peso la opinión de unos teólogos sabios y doctos, que están tan lejos de acusarme de exceso de severidad que incluso elogian mi comedimiento y franqueza por haber tratado sin descaro un tema de por sí descarado y haberme divertido sin malicia con un asunto chusco.

En efecto, para rendir cuentas tan sólo a los teólogos –que, según me dices, son los únicos que se sienten ofendidos–, ¿hay alguien que no sepa lo mucho que se dice por ahí contra las costumbres de los malos teólogos? La *Moría* no toca nada de eso. Se limita a reírse de sus tontas discusiones con las que malgastan el tiempo, aunque no sólo las desaprueba, sino que condena a los hombres que basan sólo en ellas

---

<sup>593</sup> Recordemos que ya habían pasado cuatro años.

<sup>594</sup> En realidad, en la carta de Dorp a Erasmo no se mencionan tres teólogos.

<sup>595</sup> La persona aludida puede ser John Briard, cabeza de la facción conservadora de los teólogos en Lovaina.

<sup>596</sup> El aparente galimatías semántico, tan del gusto de los escolásticos, aunque perfectamente claro y comprensible, le sirve a Erasmo para caricaturizar al misterioso personaje recién citado, seguramente haciendo mofa de algún rasgo expresivo característico de este individuo.

—como suele decirse— la popa y proa<sup>597</sup> de la teología, y que son tan dados a estas contiendas verbales, como las llamó san Pablo<sup>598</sup>, que no tienen un solo momento libre para la lectura de los textos de los evangelistas, los profetas o los apóstoles.

¡Y ojalá, mi querido Dorp, hubiera menos culpables de esta acusación! Podría mostrarte a algunos que ya han pasado de los ochenta y han malgastado en sandeces como ésta una parte tan grande de su vida y que ni siquiera han abierto jamás los evangelios. Lo descubrí por mi cuenta y al final también ellos acabaron por admitirlo.

Ni siquiera bajo el personaje de la Estupidez me atreví a decir lo que, sin embargo, con frecuencia oigo que muchos lamentan, teólogos ellos mismos —pero teólogos de verdad, es decir, hombres honestos, serios y doctos que han bebido de la doctrina de Cristo en su mismísima fuente—. Siempre que se encuentran entre personas ante las que pueden dar libre expresión a sus pensamientos, deploran la nueva forma de teología que ha aparecido en el mundo y echan de menos la antigua. Porque, ¿hay algo más santo y sagrado y tan capaz de recordar y reflejar las divinas enseñanzas de Cristo? Pero, dejando aparte la vileza y monstruosidad de su lengua incomprensible y artificial, su absoluta ignorancia de todos los estudios liberales y su desconocimiento de lenguas<sup>599</sup>, esta novedosa teología está tan adulterada por Aristóteles, por las insignificantes invenciones humanas e incluso por las leyes profanas que no sé si conoce algo del Cristo auténtico y puro. Porque sucede que al fijar sus ojos demasiado en el saber heredado de los hombres, pierde de vista el arquetipo.

Como consecuencia, los teólogos más prudentes a menudo se ven forzados a hablar en público de forma diferente a lo que sienten en sus corazones o dicen a sus amigos íntimos, y hay veces en que no están seguros sobre qué respuesta dar a quienes les piden consejo, cuando comprenden que Cristo enseñó una cosa y la insignificante doctrina heredada de los hombres prescribe otra. ¿Qué tiene que ver, te pregunto, Cristo con Aristóteles, o la sutil sofistería con los misterios de la eterna sabiduría? ¿Qué propósito tiene ese laberinto de asuntos por debatir, de los cuales la mayoría son una pérdida de tiempo o un mal pernicioso, aunque sólo sea por el mismo hecho de crear altercados y disensiones? Es preciso aclarar algunos puntos y tomar algunas decisiones, no lo niego, pero, por otro lado, hay muchísimas cuestiones que sería mejor ignorar que investigar. Y parte del conocimiento estriba en no saber algunas cosas y muchísimas en las que la incertidumbre es más beneficiosa que la aseveración.

Finalmente, si hay que tomar una decisión, me gustaría ver que se toma con reverencia, no con arrogancia, y de acuerdo con las Sagradas Escrituras, no con los falsos y ridículos razonamientos de los seres humanos. Hoy día no hay límite ni para las investigaciones insustanciales que son la raíz de toda la discordia entre camarillas y facciones. y no hay día en que una declaración no dé lugar a otra. En

---

<sup>597</sup> *Prora et puppis. Adagia*, 1. 1, 8.

<sup>598</sup> Cfr. 1 Timoteo 6, 4. Véase nota 348.

<sup>599</sup> El latín y el griego, principalmente.

resumen, hemos llegado al punto en el que la base del asunto tratado no depende tanto de la doctrina de Cristo como de las definiciones de los escolásticos y del poder de los obispos, cualesquiera que sean. Así las cosas, todo está tan embrollado que no queda siquiera la esperanza de hacer volver al mundo al verdadero cristianismo.

Todo esto y muchas otras cosas por el estilo las ven con claridad y las lamentan esos hombres eminentes por su santidad y erudición, y atribuyen la primera causa de todo ello a esta descarada e irreverente clase de los teólogos modernos. ¡Oh, si pudieses entrar en mi alma, querido Dorp, y leer mis pensamientos en silencio, entonces sí entenderías qué de cosas tengo el cuidado de dejar sin decir a este respecto! Pero de estas cuestiones la *Moría* no llegó a tocar ninguna o sólo lo hizo muy por encima, para no ofender a nadie. Y me esmeré por ser igual de cuidadoso en todos los puntos, sin querer escribir nada deshonesto, dañino para la moral o provocativo o que pudiese tomarse como un insulto contra ninguna colectividad.

Si algo se dice allí sobre la veneración de los santos, verás que siempre se hace alguna anotación que deje claro que lo que se critica es la superstición de los que veneran a los santos de forma equivocada. De manera similar, si se dice algo contra príncipes, obispos o monjes, siempre añado alguna aclaración de que no se pretendía insultar al grupo entero, sino a sus miembros corruptos e indignos, de manera que pudiera censurar las tachas de los malos sin herir a ningún hombre de bien. Y, de nuevo, al no mencionar nombres, traté de conseguir, en la medida de mis posibilidades, que ni siquiera los malos se sintiesen ofendidos. Por último, al ser un personaje ficticio y cómico el que desarrolla toda la historia entre bromas y ocurrencias, se pretendió que incluso los serios y malhumorados lo tomaran por el lado bueno.

Entonces —me dices en tu carta—, se me censura no tanto por exceso en mi sátira como por impiedad. Porque, «¿cómo van a aceptar —me dices— unos oídos piadosos que llares la felicidad de la vida venidera a una especie de locura?». Dime, por favor, mi inestimable Dorp, ¿quién le ha enseñado a un carácter tan inocente como el tuyo este sutil método de tergiversar las cosas, o —cosa que me parece más probable— qué taimado ha abusado de tu ingenuidad para lanzar esta acusación malévola contra mí? El método adoptado por esos funestísimos pervertidores de la verdad consiste en escoger un par de palabras y sacarlas fuera de contexto, a veces incluso con algunos cambios y dejando de lado lo que pueda matizar y explicar una expresión que, de lo contrario, resultaría dura. Éste es un ardid que Quintiliano anota y enseña en sus *Instituciones*, cuando dice que presentemos nuestro caso con todas las ventajas mediante pruebas de apoyo y cualquier cosa que pueda suavizar o debilitar o, de otro modo, favorecer a la nuestra; y, en cambio, citar los argumentos de nuestros adversarios, desprovistos de todo esto y en los términos más odiosos que nos sea posible<sup>600</sup>.

---

<sup>600</sup> Léase el pasaje de Quintiliano, *Institutio Oratoria*, 5, 7, 15 ss.

Este recurso no lo han aprendido éstos de las enseñanzas de Quintiliano, sino de su propia malevolencia y ésta es la razón de que a menudo las palabras que habría sido un placer oír, si se citasen como fueron escritas, resulten profundamente ofensivas cuando se las tergiversa. Te ruego que releas el pasaje y te fijes con cuidado en las etapas y el desarrollo del argumento que me llevan a concluir que esa felicidad es una especie de locura. Toma nota también de las palabras que empleo para explicar esto. Allí podrás ver algo que dará placer incluso a los oídos piadosos de verdad. ¡Tan lejos queda la posibilidad de que haya algo que pueda molestarles! La pequeña ofensa no está en mi obrita, sino en la lectura que tú haces de ella.

Porque cuando la Estupidez argumentaba que su nombre podía extenderse hasta envolver al mundo entero y mostraba que el conjunto de toda la felicidad humana dependía de ella, pasó por cada tipo de persona, llegando hasta los reyes y sumos pontífices, y a continuación se llegó a los apóstoles mismos e incluso a Cristo, en quienes encontramos una especie de locura que les atribuyen las Sagradas Escrituras<sup>601</sup>. Por supuesto, no hay ningún peligro de que nadie pueda imaginarse en este caso que los apóstoles y Cristo estaban verdaderamente locos, sino que también en ellos había una cierta especie de debilidad debida a nuestras pasiones que, comparada con la pura sabiduría eterna, podría parecer poco sensata<sup>602</sup>. Ésta es la estupidez que triunfa sobre toda la sabiduría del mundo, del mismo modo que el profeta compara toda la justicia de los mortales con las sábanas sucias de la mujer que tiene la menstruación<sup>603</sup>, no porque la justicia de los hombres de bien esté manchada, sino porque lo que es más puro entre los seres humanos es un tanto impuro cuando se lo compara con la inefable pureza de Dios. E igual que presenté una estupidez sensata, también mostré una locura que es cuerda y una enajenación que conserva sus sentidos.

Y para suavizar lo que seguía sobre la felicidad de los santos, en primer término cito las tres formas de enajenación señaladas por Platón<sup>604</sup>, de entre las cuales la más dichosa sería la de los amantes, que no es más que cierto éxtasis<sup>605</sup>. Pero en el caso de las personas piadosas, este éxtasis es tan sólo una degustación de la felicidad venidera, en la que quedaremos totalmente absorbidos en Dios para estar más en Él que en nosotros mismos. Pues bien, Platón considera que se da esta

---

<sup>601</sup> En Juan 10, 20: *dicebant autem multi ex ipsis: daemonium habet et insanit. quid eum auditis?* «Y muchos de ellos decían: lo ha poseído un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?».

<sup>602</sup> La disputa sobre si Cristo experimentó o no pasiones humanas es bien antigua y se agravó especialmente en el s. v. El propio Erasmo había mantenido, enfrentándose por ello a Colet, que Cristo había sentido miedo en lo que tocaba a su naturaleza humana.

<sup>603</sup> Isaías 64, 6: *et facti sumus ut immundus omnes nos, quasi pannus menstruatae universae iustitiae nostrae*: «y todos hemos quedado sucios, toda nuestra justicia es como la sábana de una mujer que ha menstruado».

<sup>604</sup> El término latino empleado aquí por Erasmo es *furor*, que no es exactamente «locura», sino que traduce la voz griega *μανία*, que en el *Banquete*, 213d6 aparece identificada con la *φλεαυστία* o afición excesiva al amor. En realidad, Platón habla de cuatro formas de delirio, identificadas con sendas divinidades: el de los adivinos con Apolo, el místico con Dioniso, el poético con las Musas y el erótico con Afrodita y Eros. Cfr. nota 536.

<sup>605</sup> *Fedro*, 265b5. Véase también nota 530.

locura cuando alguien se sale de sí mismo y existe en el objeto de su amor, donde encuentra su dicha. ¿Es que no ves el cuidado que un poco más abajo tuve en distinguir entre tipos de estupidez y de locura, para que ningún lector mentecato pudiese malinterpretar mis palabras?

«Pero no es el asunto lo que te discuto —me dices—, son las palabras en sí las que asustan los oídos de los piadosos.» Entonces, ¿por qué no se ofenden esos mismos oídos cuando oyen a san Pablo hablar de la «necedad de Dios» y la «necedad de la cruz»?<sup>606</sup> ¿Por qué no denuncian a santo Tomás, que del éxtasis de san Pedro escribe en los términos siguientes: «en su piadosa locura dio comienzo al sermón del tabernáculo»?<sup>607</sup> llama locura al arrebató santo y feliz de san Pedro... y, sin embargo, estas palabras se cantan en las iglesias. ¿Por qué no me abrieron un proceso<sup>608</sup> hace tiempo por haber llamado a Cristo en una de mis oraciones «mago» y «hechicero»?

San Jerónimo llama a Cristo samaritano, aunque era judío<sup>609</sup>. San Pablo también le llama «pecado» —que sonaría más fuerte que «pecador»— e incluso «maldición»<sup>610</sup>. ¡Qué sacrilegio tan impío, si alguien deseara interpretar estas palabras con aviesa intención! ¡Qué piadoso cumplido si se toma con el espíritu con el que Pablo lo escribió! De modo semejante, si alguien llamase a Cristo ladrón, adúltero, borracho o hereje, ¿no se taparían los oídos todos los hombres de bien? Pero si lo expresa con los términos adecuados y, a medida que avanza su argumentación, coge suavemente al que escucha, por así decirlo, de la mano y lo lleva a comprender cómo al triunfar Cristo en la Cruz le devolvió a su Padre el cuerpo que arrancó de los infiernos; cómo se ganó a la sinagoga de Moisés<sup>611</sup>, como la mujer de Urías<sup>612</sup>, para que de ella naciera aquel pueblo pacífico; de qué manera, ebrio del dulce vino de la caridad, se entregó voluntariamente a nosotros; cómo introdujo una nueva forma de doctrina, totalmente opuesta a los postulados de sabios e ignorantes por igual... si hace todo eso, ¿cómo —pregunto— podrá alguien sentirse ofendido, máxime cuando con frecuencia encontramos en las Sagradas Escrituras cada una de todas estas palabras usadas en su buen sentido? Y a propósito de esto recuerdo que en los *Adagios*<sup>613</sup> llamé a los apóstoles «silenos» y, de hecho, llegué a decir que Cristo

<sup>606</sup> Véase nota 498.

<sup>607</sup> En su *Comentario a Mateo* 17, 5.

<sup>608</sup> La expresión latina *dicam scribere*, que aparece en Plauto, Terencio y Cicerón, es un calco de la locución judicial griega *δικην γράφειν*, «citar a alguien ante la justicia, incoar un proceso».

<sup>609</sup> En *Epístolas*, 121, 5.

<sup>610</sup> En 2 Corintios 5, 21: *enim qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit*: «a quien no conocía el pecado (scil. a Cristo) lo hizo pecado por nosotros», y en Gálatas 3, 13: *factus pro nobis maledictum*: «se convirtió en maldición por nosotros».

<sup>611</sup> La admiración que despertaba la sabiduría de Jesús cuando hablaba en las sinagogas judías es punto de coincidencia en el relato de los cuatro evangelistas (Mateo 13, 54; Marcos 6, 2; Lucas 4, 23; Juan 7, 15).

<sup>612</sup> El jeteo (hetita) con cuya esposa Betsabé el rey David cometió adulterio, como se nos refiere en 2 Samuel 11.

<sup>613</sup> Literalmente dice en *Chiliades*, que es abreviación de *Adagiorum Chiliades* («Millares de Proverbios») la colección de proverbios que tan útil le resultó en la composición del *Elogio*. Ese fue su título desde la edición Aldina de 1508 hasta la de Froben de 1523. Antes de 1508 se la conocía como *Adagiorum Collectanea*.



mismo fue una especie de sileno<sup>614</sup>. Si aparece un crítico malévolo que, lleno de prejuicios, despacha esto en tres palabras, ¿hay algo más insufrible? En cambio, si el que lee lo que escribí es piadoso y ponderado, aprobará la alegoría.

Verdaderamente me sorprende que tus amigos no se hayan dado cuenta de la cautela con que me expreso y del cuidado que pongo en suavizar mis palabras. Esto es lo que yo planteo: «Pero una vez que me he puesto *la piel de león*<sup>615</sup>, venga, pasemos a explicar esto otro. La felicidad que los cristianos buscan con tanto esfuerzo no es más que un cierto tipo de locura y necedad. No miréis con malos ojos las palabras, considerad más bien la realidad». ¿Lo estás oyendo? Para empezar, cuando la Estupidez se dispone a hablar sobre algo tan misterioso, aligero el tono con el proverbio de haberse puesto la piel de león.

Y no me refiero simplemente a la necedad o a la locura, sino a «cierta clase de necedad y locura», para que se entienda que lo que quiero decir es una piadosa estupidez y una feliz locura, de acuerdo con la distinción que añado a continuación. No satisfecho con esto, añado la palabra «cierta», para que quede bien claro que estoy hablando figurativa, no literalmente. No satisfecho todavía, me guardo de cualquier ofensa que pueda producir el sonido de las palabras, pidiendo que se preste más atención a lo que digo que a cómo lo digo. Todo esto queda constatado de inmediato en las palabras iniciales de mi argumentación. Luego, cuando desarrollo el tema, ¿empleo en algún momento una palabra que no sea piadosa y comedida e incluso más respetuosa de lo que conviene al personaje de la Estupidez? Por el contrario, en este punto preferí olvidarme por un momento del decoro poético antes que no cumplir con la dignidad de la materia. Preferí ofender a la retórica antes que herir la piedad.

Y, al final, cuando mi exposición había acabado, para no molestar a nadie por haber hecho hablar sobre asunto tan sagrado a un personaje cómico como la Estupidez, pedí disculpas de la siguiente manera: «Pero ya hace tiempo que, olvidándome de quién soy, *me estoy pasando de la raya*<sup>616</sup>. Sin embargo, si algo de lo que he dicho parece demasiado descarado o lenguaraz, recordad que es la Estupidez y además una mujer la que ha hablado».

Ya ves que en ningún momento he dejado de evitar cualquier cosa que pudiese resultar ofensiva. Pero aquellos cuyos oídos no admiten más que proposiciones, conclusiones y corolarios no aprecian eso. ¿Qué he conseguido con equipar mi librito de una introducción con la que intento evitar todo tipo de maledicencias? Y no tengo la menor duda de que satisfará a todos los de mente abierta, pero ¿qué se puede hacer con esos que o bien no quieren quedar satisfechos por su natural obstinación o son demasiado estúpidos como para entender lo que pueda satisfacerles?

---

<sup>614</sup> Sobre la similitud entre los silenos por un lado y los apóstoles y Cristo por otro, véase la traducción de R. Puig en Erasmo de Rotterdam, *Adagios del poder y de la guerra y teoría del adagio*, Valencia, 2000, pp. 103-105. Cfr. también el apartado III.3 de nuestra Introducción, «Los *Sileni Alcibiadis*. Ideario de Erasmo».

<sup>615</sup> τὴν λεοντήν. Véase nota 57.

<sup>616</sup> ὑπερ τὰ ἔσκαμμένα πηδῶ. Véase nota 543.

Porque, igual que Simónides dijo que los de Tesalia eran demasiado simplones como para poder engañarlos<sup>617</sup>, de igual forma puedes ver a algunos demasiado estúpidos como para poder calmarlos. Además, no resulta sorprendente que pueda encontrar materia para tergiversar quien no busca otra cosa que un motivo para la tergiversación. Si cualquiera lee las obras de san Jerónimo con un talante similar, se topará con cientos de lugares que se prestan a la tergiversación, y no faltarán en el doctor más cristiano de todos pasajes que estos críticos pueden calificar de heréticos, por no hablar por ahora de Cipriano, Lactancio y otros por el estilo<sup>618</sup>.

Y, para acabar, ¿quién ha oído jamás que un ensayo humorístico esté sujeto al escrutinio de un teólogo? Si ésta es la práctica consentida, ¿por qué no aplican esta regla del mismo modo a todos los escritos y ocurrencias de los poetas modernos? ¿Cuántas obscenidades han de encontrar en ellos? ¿Cuántas cosas con un tufillo al viejo paganismo? Pero, como no están catalogadas como obras serias, ningún teólogo piensa que sean de su incumbencia.

No querría, sin embargo, cobijarme tras un ejemplo como éste. Desearía no haber escrito nada, ni siquiera en broma, que pudiese ofender en ningún sentido la piedad cristiana. Tan sólo pido que alguien entienda lo que escribí, alguien sin prejuicios y honesto, que muestre un verdadero interés por comprender y no un obstinado propósito de tergiversar. Pero si uno tuviera que contar en primer lugar a los que no tienen ninguna capacidad innata y aún menos juicio, y luego a los que jamás han llegado a estar en contacto con las bellas letras y están infectados más que educados en una doctrina contaminada y confusa, y en último lugar a los que son hostiles a cualquiera que sepa lo que ellos mismos no saben y que tienen como único propósito tergiversar todo cuanto llega a su conocimiento, es evidente que no podría escribir nada en absoluto quien quisiera verse libre de toda tergiversación.

¿Y qué decir de esos que se ven abocados a tergiversar por el deseo de ganar reputación? Ciertamente no hay nada tan fatuo como la ignorancia combinada con la convicción de que uno sabe mucho. Consecuentemente, como están sedientos de fama y no la pueden alcanzar con medios honestos, en vez de una vida en la sombra prefieren imitar a aquel joven de Éfeso que llamó la atención prendiendo fuego al faro más célebre del mundo entero. Y, como no son capaces de publicar nada que merezca la pena leer, se entregan en cuerpo y alma a criticar las obras de hombres destacados.

Me refiero a otros, no a mí, que no soy nada en absoluto, y ni siquiera a mí mismo me importa un comino el librito de la *Moría*: que nadie piense que este asunto me inquieta. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente que el tipo de personas a las que acabo de referirme entresaque varias ideas de una obra extensa y las presente como escandalosas, irreverentes o malsonantes o como impías y con un regusto a herejía<sup>619</sup>, no porque encuentren estas lacras en ella, sino porque ellos mismos las traen consigo?

---

<sup>617</sup> Simónides de Ceos, poeta lírico y elegíaco del s. VI a.C. Los adversarios políticos del sur de Grecia consideraban a sus vecinos tesalios del norte cortos de mollera.

<sup>618</sup> Tanto Cipriano como Lactancio fueron primitivos defensores de la ortodoxia cristiana.

<sup>619</sup> La expresión *haeresim sapiens* es una atenuada fórmula técnica de condena por parte de la Iglesia.

¿Cuánto más conciliador y más de acuerdo con la sinceridad cristiana sería apoyar y estimular la labor de hombres eruditos, y cuando, sin darse cuenta, caigan en el error, o bien pasarlo por alto o interpretarlo con benevolencia que andar buscando con ánimo hostil los puntos criticables y comportarse como un delator profesional en vez de como un teólogo? ¿Cuánto más feliz es enseñar o aprender combinando nuestros recursos, y –por emplear las palabras de san Jerónimo– lidiar en la palestra de las Sagradas Escrituras sin hacernos daño?<sup>620</sup>

Lo que sorprende de semejantes personas es que para ellos no haya ningún término medio. Leen algunos autores de tal forma que, por muy evidente que sea un error, lo defienden incluso con un pretexto superficial, mientras que contra otros tienen tantos prejuicios que no hay nada, por mucha cautela con que se diga, que no tergiversen de una forma u otra. ¿Cuánto mejor sería que, en lugar de comportarse de esta forma, destrozándose los unos a los otros, y malgastando su propio tiempo y el de todos los demás, aprendiesen griego o hebreo, o por lo menos latín? El conocimiento de estas lenguas es tan importante para entender las Sagradas Escrituras que me parece un descomunal descaro que alguien no instruido en ellas se adjudique el nombre de teólogo.

Así que, mi querido Martín, preocupándome por tu propio interés seguiré rogándote –como ya he hecho anteriormente con bastante frecuencia –que añadas a tus estudios al menos el aprendizaje del griego. Tu talento es de una exuberancia poco usual y tu estilo literario, firme y vigoroso, fluido y de gran riqueza léxica, es indicio de una mente a la vez robusta y fecunda. Te sonrío una juventud no sólo intachable, sino también lozana y en su cenit, y ya has concluido tu carrera con éxito. Créeme, si a este comienzo tan distinguido le añadieras como toque final un conocimiento del griego, me atrevería a prometerme a mí mismo y a cualquier otro a esperar de ti lo que hasta ahora no ha alcanzado ningún teólogo de nuestro tiempo.

Pero si eres de la opinión de que ante el amor por la piedad verdadera todo saber humano es despreciable y crees que llegarás a tal sabiduría más rápidamente por la transformación en Cristo, y que todo lo demás que merece la pena conocer se comprende de forma más completa mediante la luz de la fe que con los libros de los hombres, con gusto compartiré tu opinión. Pero, si tal como está ahora el mundo estás convencido de poder tener una comprensión fehaciente de la teología sin un conocimiento de lenguas, especialmente de aquella en la que nos ha sido legada la mayor parte de las Escrituras, es evidente que te equivocas por completo<sup>621</sup>.

¡Ojalá pudiera convencerte de esto tanto como lo deseo, porque lo deseo tan ardientemente como te quiero a ti y apoyo tus estudios! Más aún: te quiero de todo

---

<sup>620</sup> Tal como dice Jerónimo en *Epistolae*, 115: *in scripturarum, si placet, campo sine nostro inuicem dolore ludamus*: «debatamos, si os parece bien, en la palestra de las Sagradas Escrituras sin herirnos mutuamente».

<sup>621</sup> Se refiere, por supuesto, al griego, lengua en que estaba escrito todo el Nuevo Testamento (excepto el *Evangelio según san Mateo*, escrito originalmente en arameo pero conservado sólo en griego) y partes del Antiguo Testamento (Daniel, Esdras, Ester, Eclesiástico, Macabeos I y II, Tobías, Judit, Sabiduría). Por supuesto, la literatura bíblica fundamental para un cristiano es la neotestamentaria.

corazón y te apoyo sin reservas. Pero si no puedo convencerte, te ruego que al menos asientas a las súplicas de un amigo y te arriesgues. Soportaré cualquier sufrimiento, con tal que admitas que mi consejo era amistoso y desinteresado. Si en algo valoras este amor mío por ti, si tiene algún significado el compartir patria, si le das algún valor a lo que yo no me atrevería a llamar mi saber pero sí al menos mi laboriosa preparación en las bellas letras, o a mi edad –porque en lo que a años se refiere podría ser tu padre<sup>622</sup>–, concédeme este deseo como un favor o por respeto, si es que mis argumentos no bastan.

Así, en definitiva, me creeré elocuente –elogio que tú sueles hacerme– si soy capaz de persuadirte en este punto. Si tengo éxito, quedaremos satisfechos ambos, yo por haber dado mi consejo y tú por haber obedecido, y aunque ya eres el amigo que más quiero, me serás aún más querido porque he hecho que te aprecies más a ti mismo. Si fracaso, tengo miedo de que cuando ya seas mayor y hayas aprendido de tu propia experiencia llegues a apreciar el consejo que te di y a condenar tu postura, y entonces, como por lo general sucede, te darás cuenta de tu error cuando sea tarde para enmendarlo. Podría referirte los nombres de muchísimos hombres que, ya con el pelo cano, volvieron a la infancia en esta lengua, porque finalmente comprendieron que toda erudición quedaba manca y ciega sin ella.

Pero ya he hablado demasiado sobre este tema. Volviendo a tu carta, dado que piensas que la única manera que tengo de poder calmar la hostilidad de los teólogos y recuperar su buena voluntad anterior es haciendo una especie de *retracción*<sup>623</sup> en un elogio de la Sabiduría enfrentado a mi elogio de la Estupidez, me animas con vehemencia y me ruegas que lo haga así. Mi querido Dorp, soy un hombre que no desprecia a nadie más que a sí mismo y que no desearía nada tanto como estar en paz con todos los seres humanos, y no me daría miedo embarcarme en semejante empresa si no previese cuál sería el resultado, a saber, que si ha surgido alguna animadversión entre un puñado de gente llena de prejuicios y sin educación, no sólo no se eliminaría, sino que se recrudecería aún más. Creo, por tanto, que es mejor *no meneallo y no tocar esta Camarina*<sup>624</sup>. Sería más sensato –a menos que me equivoque– dejar que esta alimaña se desvanezca con el tiempo.

Ahora paso a la segunda parte de tu carta. Admiras sobre manera el cuidado que pongo en reconstruir el texto de Jerónimo, y me animas a continuar con semejante trabajo. Lo cierto es que estás jaleando al que ya va a paso ligero<sup>625</sup>, aunque

<sup>622</sup> En 1515 Dorp tenía treinta años y Erasmo frisaba la cincuentena.

<sup>623</sup> παλιψδών en el original. Se corresponde con el proverbio que aparece en *Adagia*, 1. 9. 59: *pallidiam canere*.

<sup>624</sup> μὴ κινεῖν το εὖ κείμενον κακὸν καὶ ταύτης Καμαρίνας μὴ ἀπτεσθαι. La primera parte del proverbio aparece recogido en la *Suda*, M. 906; una variante de la segunda parte se puede ver en *Suda*, M. 904: Μὴ κίνει Καμάριναν: ... ὅθεν ἡ παροιμία εἴρηται ἐπὶ τῶν καθ' ἑαυτῶν βλαβερῶς τι ποιεῖν μελλόντων, es decir, «no remuevas la Camarina: ... de donde queda dicho el refrán sobre los que se disponen a hacer algo perjudicial contra sí mismos». Cfr. *Adagia*, 1. 1. 64: *mouere Camarinam* y nota 333.

<sup>625</sup> La expresión del texto original latino *hortaris... iam currentem* es una variante del dicho recogido en *Adagia*, 1. 2. 46 y 3. 8. 32: *currentem incitare* (o *incitare currentem*).

no son ánimos lo que yo necesito tanto como ayuda: tan grande es la dificultad del trabajo. Pero jamás me creas en el futuro si ahora no estoy diciendo la verdad: a esos tan ofendidos por la *Moría* tampoco les va a gustar mi edición de Jerónimo. Y no son mucho más ponderados con Basilio, Crisóstomo o Gregorio Nacianceno que conmigo, excepto por el hecho de que contra mí su cólera es más vehemente. Sin embargo, en sus momentos de mayor exasperación no vacilan en hablar de forma bochornosa incluso de esas lumbreras del saber. Les tienen miedo a las bellas letras y temen que su propia tiranía se venga abajo.

Y para que te des cuenta de que esto no lo digo a tontas y locas, cuando mi trabajo había comenzado y se habían extendido las noticias sobre ella, ciertos individuos que pasan por eruditos serios y se consideran teólogos eminentes, corrieron a suplicar al impresor, por todo lo más sagrado, que no permitiese que se introdujera ni una sola palabra griega o hebrea. Que en estas lenguas había un inmenso peligro y no ofrecían ventaja alguna, útiles tan sólo para satisfacer la curiosidad de los hombres. Ya anteriormente, estando yo en Inglaterra, tuve la oportunidad de comer con un franciscano, un seguidor de Escoto –el primero de los que tienen ese nombre<sup>626</sup>– que a juicio del pueblo parecía ser muy sabio y, en su propia opinión, no había nada que no supiera. Cuando le dije lo que estaba intentando hacer con el texto de Jerónimo, se mostró asombrado de que pudiera haber algo en los libros de Jerónimo que los teólogos no entendieran; un hombre tan sumamente ignorante que yo sería el sorprendido si fuera capaz de entender con corrección tres líneas de todas las obras de Jerónimo. Esta amable persona me añadía que si tenía alguna duda en mi introducción a Jerónimo, Bretón ya lo había explicado todo con claridad<sup>627</sup>.

Dime, por favor, querido Dorp, ¿qué se puede hacer con teólogos como éste? ¿O qué otra cosa se les puede desear sino, acaso, un médico de confianza que les cure la mollera? Y, sin embargo, son a menudo hombres de este costal<sup>628</sup> los que más gritan en un congreso de teólogos y son ellos los que hacen proclamas sobre el cristianismo. Les atemoriza y espanta como algo peligroso y perjudicial lo que san Jerónimo y el propio Orígenes se esforzaron con gran empeño por alcanzar en su vejez, para ser teólogos de verdad<sup>629</sup>. Incluso san Agustín, siendo ya obispo y de edad avanzada, lamenta en sus *Confesiones* no haber querido aprender en su juventud lo que le habría resultado de tanta utilidad para interpretar las Sagradas Escrituras<sup>630</sup>. Si hay peligro, no tengo miedo de correr un riesgo buscado por hombres de tanta sabiduría. Si es curiosidad, no querría yo ser más santo que Jerónimo, y los que llaman simple curiosidad a lo que hizo, pueden juzgar por sí mismos lo bien que se portan con él.

---

<sup>626</sup> Se refiere a Iohannes Scotus Eriugena, filósofo neoplatónico (ca. 815-ca. 877) de ideas monistas. El «segundo Escoto» sería Duns Escoto; cfr. nota 269.

<sup>627</sup> Bretón fue un erudito teólogo dominico del s. xiii.

<sup>628</sup> Véase nota 318.

<sup>629</sup> Uno y otro reconocen en repetidas ocasiones lo importante que resulta el conocimiento de las lenguas originales en que están compuestas las Escrituras.

<sup>630</sup> En *Confesiones*, I, 13-14.

Aún está en vigor un añejo decreto pontificio sobre el nombramiento de doctores para enseñar algunas lenguas en las universidades<sup>631</sup>, aunque en ninguna parte se ha ordenado jamás nada sobre el aprendizaje de la sofística o la filosofía de Aristóteles, aparte de las dudas manifestadas en los decretos sobre si es legal aprenderlas o no. Y muchos grandes autores las rechazan como materia de estudio. Entonces, ¿por qué despreciamos lo que la autoridad pontificia ha ordenado y, en cambio, sólo aceptamos lo que ha suscitado dudas o, incluso, ha sido desautorizado?

A pesar de ello, a éstos les ha ocurrido lo mismo con Aristóteles que con las Sagradas Escrituras. En todas partes está presente aquella célebre Nêmesis, vengadora del desprecio por la lengua, y también por todas partes los teólogos fantasean, divagan, andan a tientas, enredan y crean puras aberraciones. Es a estos ilustres teólogos a quienes debemos que de todos los escritores que Jerónimo enumera en su *Catálogo* sean tan pocos los que sobreviven<sup>632</sup>, porque escribían lo que nuestros maestros no eran capaces de entender. Es a ellos a quienes debemos el estado corrupto y defectuoso en el que actualmente tenemos a san Jerónimo, con el resultado de que otros tienen un trabajo mayor en restablecer sus palabras que el que él mismo tuvo en escribirlas.

Paso ahora a la tercera parte de tu carta, relativa al Nuevo Testamento. De verdad que me pregunto qué es lo que te ha pasado o hacia dónde diriges la agudísima perspicacia de tu ingenio. No quieres que haga ningún cambio, excepto allí donde el sentido puede ser más claro en el texto griego, y no admites que haya ninguna falta en la versión que generalmente usamos<sup>633</sup>. Consideras sacrílego echar abajo algo que ha sido corroborado por el beneplácito de tantos siglos y tantos concilios de la Iglesia. Dime, doctísimo Dorp, si lo que escribes es cierto, ¿por qué las citas que hay en Jerónimo, Agustín y Ambrosio difieren con frecuencia de la lectura que nosotros tenemos? ¿Por qué Jerónimo critica y corrige palabra por palabra muchos pasajes que, sin embargo, aparecen en esta edición? ¿Qué harías tú a la vista de semejante consenso de pruebas —quiero decir cuando los textos griegos presentan una lectura diferente que Jerónimo cita como prueba, los textos latinos más antiguos tienen la misma lectura y el propio sentido encaja mucho mejor?

¿Es que vas a desdeñar todo esto y a seguir tu propio texto, que puede estar corrupto por los errores del copista? Por supuesto, nadie está afirmando que en las Sagradas Escrituras haya ninguna mentira, puesto que eso es lo que tú aduces, y, además, toda esta disputa entre Agustín y Jerónimo no tiene nada que ver con el asunto. Pero los hechos nos dicen —cosa evidente, como suele decirse, hasta para un ciego<sup>634</sup>— que

---

<sup>631</sup> Tras el Concilio de Viena (1311-1312) el papa Clemente V promulgó un decreto por el que se ordenaba la provisión de dos profesores de hebreo, árabe y caldeo para las universidades de París, Oxford, Bolonia y Salamanca.

<sup>632</sup> El catálogo al que se refiere Erasmo es un tratado con el título *Sobre hombres ilustres*. En él Jerónimo, siguiendo —como él mismo dice— el ejemplo de Suetonio, repasa las vidas de los hombres que dejaron algo escrito sobre las Sagradas Escrituras desde la muerte de Cristo hasta el decimocuarto año del mandato del emperador Teodosio (393).

<sup>633</sup> Es decir, la *Vulgata*, traducción latina de la Biblia hecha por san Jerónimo a partir de los textos hebreos y griegos.

<sup>634</sup> Cfr. *Adagia*, 1, 8, 93: *uel caeco appareat*: «incluso para un ciego estaría claro» y *Adagia*, 2, 1, 42: *et puero perspicuum est*: «hasta para un niño es evidente».

a menudo el griego ha sido mal traducido debido a la inexperiencia o a la somnolencia del traductor, y con frecuencia sucede que una lectura genuina y verdadera ha sido viciada por copistas sin preparación —algo que vemos que sucede todos los días— o a veces incluso modificada por escribas medio instruidos que prestan poca atención.

¿Quién de los dos está sosteniendo una mentira, el que corrige y reconstruye estos textos o el que preferiría admitir un error antes que eliminarlo? Sobre todo cuando es algo inherente a los textos corruptos que un error lleve a otro. Además, las correcciones que he hecho por lo general tienen más que ver con aspectos de matiz que con el significado real, aunque muy a menudo el matiz es parte principal del significado. Por otro lado, no es rara la vez que todo el pasaje se ha malogrado. Cuando sucede algo así, ¿qué otro recurso les queda a Agustín, Ambrosio, Hilario y Jerónimo sino las fuentes griegas? Y aunque esta práctica también ha sido sancionada por decretos eclesiásticos, todavía te sales por la tangente y pretendes refutar el argumento o más bien librarte de él con sutilezas.

Dices que en su época los códices griegos eran más fiables que los latinos, pero que hoy día la situación es la inversa y que no hay que confiar en los manuscritos de aquellos que discreparon de la doctrina de la Iglesia romana<sup>635</sup>. Difícil me resulta creer que digas esto de corazón. ¿Qué dices? Entonces, ¿no hemos de leer las obras de los que se apartaron de la fe cristiana? ¿Por qué, pues, le otorgan tanta autoridad a Aristóteles, un pagano que jamás tuvo nada que ver con la fe? La raza judía al completo se apartó de las enseñanzas de Cristo; ¿y por eso no han de tener ningún valor para nosotros los textos de los salmos y los profetas, que están escritos en su lengua?

Empieza a recordarme ahora mismo todos los puntos en que los griegos difieren de las creencias latinas ortodoxas. No encontrarás nada que tenga su origen en las palabras del Nuevo Testamento o haga referencia a ellas. La disputa entre ambos se basa solamente en la palabra «hipóstasis»,<sup>636</sup> en la procesión del Espíritu Santo, en las ceremonias de la consagración, la pobreza de los sacerdotes y el poder del pontífice romano. Ninguna de ellas la admiten apoyándose en textos viciados. ¿Qué vas a decir cuando encuentres la misma interpretación en Orígenes, Crisóstomo, Basilio y Jerónimo? ¿Acaso habría podido alguien adulterar los códices griegos también es esta época? ¿O es que hay alguien que haya encontrado alguna vez un solo pasaje en el que los textos griegos hayan sido falsificados? En última instancia, ¿por qué habrían de querer hacerlo cuando no los emplean para defender sus creencias? Además, que en todas las ramas del saber los códices griegos

---

<sup>635</sup> Hace referencia al cisma o escisión de la Iglesia oriental ortodoxa, que se separó de la occidental o romana en 1054 por diferentes motivos de orden teológico, algunos de los cuales aparecen explicitados en el párrafo siguiente. Además de las cuestiones de carácter doctrinal, la Iglesia de Constantinopla no admitía el cesaropapismo (la Iglesia subordinada a un gobierno secular).

<sup>636</sup> La *hipóstasis* griega está en relación con el concepto de naturaleza aplicado a Cristo y a la Trinidad. Se tradujo al latín como *persona* (aunque una traducción más literal es *substantia*, es decir, «sustancia, esencia». El Concilio de Calcedonia (año 451) obligó a hablar de una sola naturaleza y tres personas en Dios, y una persona y dos naturalezas en Cristo.

fueron más exactos que los nuestros lo reconoce el propio Cicerón, lleno de prejuicios –por otro lado– contra los griegos, porque la separación de las palabras, el uso de los acentos y la dificultad intrínseca de su escritura son el motivo de que sea más difícil que puedan surgir faltas y, en el caso de que haya surgido alguna, sea más fácil corregirla.

Además, al decir que no debería apartarme de la edición actual que ha ganado la aprobación de tantos concilios, te comportas como uno de esos teólogos populares que suelen dar autoridad eclesiástica a cualquier cosa que haya llegado a ser de uso común. Pero dime aunque sea una sola asamblea en la que se haya aprobado esta edición. Porque, ¿cómo se iba a aprobar cuando nadie conoce a su autor? Que no fue Jerónimo, lo atestiguan sus mismos prólogos. Pero, de acuerdo, aceptemos que algún concilio llegó a aprobarla, ¿acaso la aprobó de forma que no se pudiera introducir enmienda alguna de acuerdo con las fuentes griegas? ¿Acaso también dio su visto bueno a todos los errores que hayan podido colarse de distintas maneras? ¿Acaso formularon los Padres<sup>637</sup> su decisión en los términos siguientes?:

«No sabemos quién es el autor de esta edición, pero, no obstante, le damos nuestro beneplácito. Tampoco queremos que se la rebata aun cuando los textos griegos, por muy correctos que sean, tengan una lectura diferente, o Crisóstomo, Basilio, Atanasio o Jerónimo lean algo distinto que pueda ajustarse mejor al sentido de los Evangelios, pero elogiamos, por lo demás, a estos mismos autores. Más aún, ratificamos cualquier error, corruptela, adición u omisión que en el futuro pueda surgir de cualquier manera, ya sea por ignorancia o temeridad de los escribas o debido a su incompetencia, embriaguez o somnolencia, y no concedemos a nadie permiso para cambiar el texto una vez aceptado».

Un decreto absurdo –dirás–. Pero algo parecido a esto ha debido de ser para que con la autoridad de un concilio en la mano me disuadas de esta tarea.

Por último, ¿qué debemos decir cuando vemos que ni siquiera las copias de esta edición coinciden? ¿Acaso ha aprobado una asamblea también estas contradicciones, previendo sin un atisbo de duda qué alteraciones había de cometer cada cual? ¡Ojalá, mi querido Dorp, los pontífices de Roma tuviesen tanto tiempo libre para emitir declaraciones beneficiosas sobre estos puntos, que estipulasen la restitución de las obras de los autores importantes así como la preparación y el restablecimiento de ediciones corregidas!

No querría yo ver, sin embargo, sentados en este consejo a esos supuestos «teólogos», indignos de tal nombre, cuyo único propósito es que sólo se valore lo que ellos y no otros han llegado a aprender. Pero, ¿qué hay en su ciencia que no resulte totalmente disparatado y confuso a la vez? Si estos déspotas se salieran con la suya, el mundo se vería obligado a rechazar a los mejores autores antiguos y a

---

<sup>637</sup> El nombre de «Padres» o «Padres de la Iglesia» es la denominación oficial católica dada al grupo de autores y teólogos anteriores al s. VIII que dejaron sentada la doctrina cristiana. Entre otros, pueden citarse san Ambrosio, san Agustín, san Gregorio y san Jerónimo. El conjunto de sus obras recibe el nombre de literatura patristica.



considerar como de inspiración divina las necesidades pueriles de estos otros, que andan tan faltas de verdadera ciencia que, mientras no adquieran una mejor instrucción, desde luego antes preferiría ser un artesano mediocre que ser el mejor en su gremio. Éstas son las personas que no quieren cambios en un texto, no vaya a ser que parezca que hay algo que no saben. Ellos son los que me echan en cara la falsa autoridad de los concilios, ellos los que exageran la gran crisis que hay en la fe cristiana y el peligro que corre la Iglesia —que, faltaría más, sustentan sobre sus propios hombros, aunque harían mejor en tirar de una carreta— y difunden este tipo de rumores entre el populacho ignorante y supersticioso, y, como éste les toma por auténticos teólogos, no están dispuestos a que su opinión caiga en saco roto. Temen que, cuando citan mal las Sagradas Escrituras —como con frecuencia hacen— les haga frente la autoridad de la verdad en griego o hebreo, y entonces sea evidente que lo que ellos pretendían hacer pasar como «inspiración divina» no es más que una alucinación.

San Agustín, que fue un gran hombre y, además, obispo, no se avergüenza de aprender de un niño de un añito<sup>638</sup>. Este tipo de gente prefiere ponerlo todo patas arriba antes que dejar mostrarse como ignorantes de nada que toque al conocimiento total, por más que yo no vea en esto nada que concierna sobremanera a la pureza de la fe cristiana. Pero si lo hubiera en grado tan importante, tanto más habría que trabajar en ello.

Desde luego, tampoco hay peligro de que todo el mundo abandone inmediatamente a Cristo si por casualidad alguien llegase a oír que se ha encontrado un pasaje en las Sagradas Escrituras que ha sido alterado por un copista ignorante o amodorrado, o traducido con poca habilidad por no sé qué traductor. Existen otras razones para este peligro, que por prudencia no cuento aquí.

¿Cuánto más cristiano sería que, dejando a un lado las disputas, cada uno en la medida de sus posibilidades contribuyera de grado al interés común, y que esto se deseara con sinceridad, y, de una sola vez, aprender humildemente lo que no se sabe y enseñar sin animosidad lo que se sabe? Y si hay algunos demasiado iletrados como para enseñarles nada adecuadamente o demasiado orgullosos como para estar dispuestos a aprender nada, que les vaya bien —puesto que son sólo unos pocos— y preocupémonos mejor de las buenas cabezas o, en todo caso, de las que prometen algo. En cierta ocasión mostré mis anotaciones aún sin revisar y —como se dice— todavía calientes de la fragua a hombres sin tacha, a teólogos eminentes y doctísimos obispos. Reconocían ellos que incluso estos rudimentarios guiones les resultaron sumamente iluminadores para su comprensión de las Sagradas Escrituras.

---

<sup>638</sup> Tal vez se refiera al pasaje en que san Agustín elogia el buen juicio aún irracional de los niños lactantes, cuando dice en *De quantitate animae*, 28, 54: *inde est quod etiam pueri uagientes, quanto alieniores a ratione sunt, tanto facilius discernunt sensu etiam contactum coniunctionemque nutrimum, nec odorem aliarum possunt sustinere, cum quibus consuetudo non fuit*: «de ahí que incluso los niños en pleno llanto, cuanto más se apartan de la razón tanto mayor es la facilidad con la que sienten el contacto y la cercanía de sus nodrizas, y no soportan el olor de otras con las que no han tenido relación».

Respecto a lo que seguidamente me dices, ya sabía que Lorenzo Valla había emprendido este trabajo antes que yo, porque yo fui el primero en procurar que se publicasen sus *Notas sobre el Nuevo Testamento*<sup>639</sup>. También había visto los *Comentarios* de Jacques Lefèvre sobre las cartas de san Pablo<sup>640</sup>. ¡Ojalá que sus fatigas hubiesen hecho innecesarios mis esfuerzos! Ciertamente, creo que Valla merece muchísimos elogios, más por su retórica que por su teología, que en su trabajo sobre las Sagradas Escrituras tuvo el cuidado de comparar los textos griegos con los latinos, aunque no son pocos los teólogos que jamás han leído de cabo a rabo y en orden el Testamento entero. Sin embargo, discrepo de él en varios aspectos, sobre todo en los que tocan asuntos de teología.

Por otro lado, Jacques Lefèvre ya estaba ocupado en escribir sus comentarios mientras yo preparaba este trabajo, y fue una pena que ni siquiera en nuestras conversaciones más íntimas a ninguno de los dos se nos ocurriese mencionar lo que cada uno estaba ideando. Y no supe qué había estado haciendo antes de que su trabajo apareciese publicado. Admiro fervientemente su empresa, aunque aquí vuelvo a discrepar con él en varios puntos, mal que me pese, puesto que me encantaría ser *de la misma opinión*<sup>641</sup> que un amigo como él en todos los aspectos, de no tener que preocuparse uno más de la verdad que de la amistad, sobre todo en lo que a las Sagradas Escrituras se refiere.

Sin embargo, aún no tengo claro del todo por qué me contraponen a estos dos autores. ¿Es acaso para disuadirme de un asunto que crees ha sido ya trabajado? Desde luego, habrá quedado claro que he acometido este trabajo no sin razón, aunque sea después de hombres tan valiosos. ¿O estás dando a entender que los teólogos también desaprueban sus tareas? Personalmente, no veo qué le ha podido aportar a Lorenzo un encono tan antiguo. Según tengo entendido, todo el mundo admira a Lefèvre.

¿Hace falta decir que el trabajo que yo estoy llevando a cabo no tiene absolutamente nada que ver? Lorenzo se limitó a anotar ciertos pasajes sólo —como parece evidente— de pasada y —como suele decirse— «con ligeras pinceladas»<sup>642</sup>. Lefèvre solamente ha publicado comentarios sobre las cartas de san Pablo y las tradujo a su manera, y, después, si había alguna controversia, añadió de pasada unas notas. Lo que yo he hecho es traducir todo el Nuevo Testamento a partir de los textos griegos, encarando estos textos griegos a su traducción para que todo el mundo pueda cotejarlos en cualquier momento. He añadido unas notas por separado, en las que demuestro, en parte con ejemplos y en parte con la autoridad de los teólogos primitivos, que en lo que he corregido no se ha hecho ningún cambio sin la debida reflexión, con la esperanza de que mi trabajo de corrección inspire con-

---

<sup>639</sup> Fueron estas notas las que impulsaron a Erasmo a hacer una edición nueva del Nuevo Testamento, basada en los mismos criterios que debían seguirse en la edición de un autor antiguo.

<sup>640</sup> Jacques Lefèvre d'Étaples, humanista francés, traductor de Aristóteles y comentarista de las *Cartas* de san Pablo. Erasmo no estaba del todo satisfecho con su labor sobre los textos sagrados.

<sup>641</sup> ὁμόφθοι, literalmente, «que tienen igual voto».

<sup>642</sup> La expresión latina *leui brachio* aparece en *Adagia*, 1, 4, 27: *molli brachio, leui brachio*.

fianza y lo que se ha enmendado no pueda falsearse fácilmente. ¡Ojalá haya podido alcanzar lo que he intentado hacer con esmero! Porque, en lo que a la Iglesia se refiere, no vacilaré en ofrecer este humilde resultado de mis horas de insomnio a cualquier obispo o cardenal, o incluso a cualquier pontífice de Roma, con tal que sea como el que tenemos ahora<sup>643</sup>.

Para acabar, no tengo la menor duda de que cuando salga el libro me felicitarás incluso tú, que ahora me disuades de publicarlo, con sólo que hayas saboreado un poquito este saber, sin el cual no podría emitirse un juicio razonable sobre estas cuestiones.

Advierte, mi querido Dorp, cómo te has ganado una doble gratitud por un solo servicio: la de los teólogos en cuyo nombre has llevado a cabo tan celosamente tu misión, y la mía propia por haberme dado prueba fehaciente de tu afecto con una reprensión tan amistosa. Tú, por tu parte, te tomarás a bien mi explicación igual de sincera y, si eres sensato, estarás más dispuesto a oír un consejo de mi parte, que sólo deseo tu interés, que de parte de esos que ansían conquistar para su partido un talento como el tuyo, nacido para cosas sublimes, con el único propósito de fortalecer sus tropas con la adhesión de tan distinguido adalid. Que sigan por mejores derroteros, si es que pueden; y si no pueden, tú, en cambio, sigue por el que más te conviene. Y si tú no puedes hacer de ellos hombres mejores –como me gustaría que intentaras hacer– por lo menos ten cuidado de que no te vuelvan peor a ti. En lo sucesivo, cerciórate de que defiendes mi causa ante ellos con la misma seguridad con la que has defendido la suya ante mí. Tranquilizarás a esos hombres, en la medida en que esto es posible, convenciéndoles de que lo que hago no lo hago con la intención de insultar a los que no conocen este saber, sino por el interés general de todo el mundo, interés que estará a disposición de cualquiera que quiera emplearlo, sin obligar a nadie que prefiera desdenarlo; y que, además, mi intención es que si aparece alguien que pueda o quiera mostrar mejor guía que yo, estoy dispuesto a ser el primero en hacer pedazos y desautorizar mi obra y en aprobar su parecer.

Da mis mejores saludos a Jean Desmarais y asegúrate de hacerle ver esta defensa de la *Moría*, a propósito del comentario sobre ella que le dedicó mi amigo Lijster<sup>644</sup>. Procura recordarme con afecto ante el doctísimo Nevio<sup>645</sup> y ante mi cordial amigo don Nicolás de Beveren, preboste de san Pedro<sup>646</sup>. Por el abad Ménard,

---

<sup>643</sup> El papa León X (1475-1521, papa 1513-1521). Su verdadero nombre era Giovanni di Medici. Hijo de Lorenzo di Medici, tenía un talante abierto y un gusto por la erudición y las artes, lo que le llevó a actuar de mecenas de numerosos artistas. Fue a él a quien Erasmo dedicó su *Nouum Instrumentum* y, según parece, disfrutaba con la lectura del *Elogio*.

<sup>644</sup> Jean Desmarais (en el texto original aparece su apellido latinizado como *Paludanus*, es decir, «de los pantanos», que es precisamente lo que quiere decir en francés *Desmarais*), fue rector de la Universidad de Lovaina y profesor de Gerard Lijster, quien estudió medicina en Basilea y, buen conocedor del latín, griego y hebreo, compuso las notas que, a guisa de comentario, acompañaron al *Elogio* en la edición de Froben de 1515.

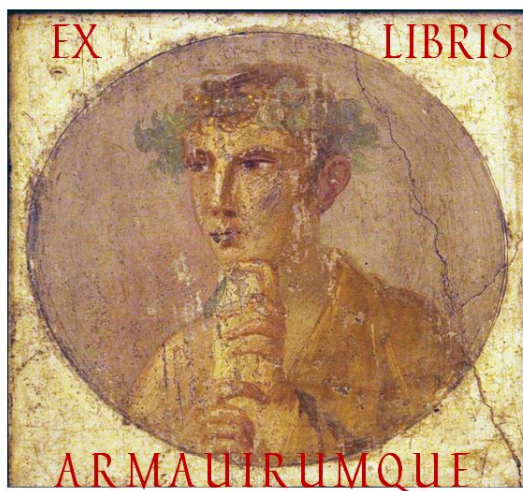
<sup>645</sup> Nevio era el director del Collège du Lis de Lovaina.

<sup>646</sup> Nicolás de Beveren (o de Borgoña) era el hijo ilegítimo de Antonio de Borgoña (1421-1504) y miembro de la influyente familia Veere, que alguna vez había recomendado a Erasmo ante algunos protectores.

a quien dedicas tan espléndidos elogios –y conociendo tu honradez como la conozco, no me cabe la menor duda de que son totalmente auténticos–, siento, aunque sea por mediación tuya, gran afecto y respeto, y no voy a dejar pasar la primera oportunidad que se me presenta para hacer una honorable mención suya en mis obras<sup>647</sup>.

Que te vaya bien, amigo Dorp, el más querido de los mortales.

En Amberes, año de 1515.



---

<sup>647</sup> El abad Ménard d'Egmond era un entendido coleccionista de antigüedades. Había facilitado una prebenda eclesiástica a Dorp, de ahí la estima que tanto éste como Erasmo parecen sentir por él. Por otra parte, la retahíla de agradecimientos y buenos deseos dirigidos a mecenas y protectores, tanto efectivos como potenciales, es perfectamente comprensible en un ambiente en el que una gran parte de la subsistencia económica dependía del comercio de favores y prebendas de ida y vuelta.

# ÍNDICES

# GLOSARIO-ÍNDICE ONOMÁSTICO

El siguiente glosario-índice recoge, en orden alfabético, las referencias a los antropónimos y topónimos más significativos –por lo que de ninguna manera pretende ser exhaustivo– que aparecen en los tres textos traducidos en este volumen. Tras una anotación sumarisísima de cada uno de ellos, entre corchetes se señala(n) el (los) lugar(es) en que aparecen citados de acuerdo con las siguientes siglas: *CTM* (*Carta a Tomás Moro*), *E* (*Elogio*), *CMD* (*Carta a Martín Dorp*). Los números señalan las notas a pie de página. Téngase en cuenta, además, que en algunos lemas su texto reproduce fielmente el de las notas (si bien en otros el comentario es más extenso).

**AFORTUNADAS, ISLAS:** las Islas Afortunadas son el escenario en que tienen lugar algunas leyendas de la Antigüedad, siempre relacionadas con su ambiente paradisíaco. Situadas más allá del estrecho de Gibraltar o columnas de Hércules, a menudo se las ha identificado con las Islas Canarias. [*E*, 77]

**ALDO MANUZIO:** (1450-1515), famoso humanista e impresor veneciano, creador de los textos clásicos *in octavo*, más económicos y asequibles. Su editorial publicó obras griegas de Eurípides, Platón, Plutarco... en las que empleó caracteres griegos que imitaban la escritura de los manuscritos de los ss. XIV y XV. Fue el primero (desde 1500) en utilizar para los textos impresos la escritura conocida como «humanística cursiva» o «itálica». Ese mismo año fundó en Venecia la «Academia de Expertos en Literatura Griega». Entre sus miembros se encontraba Erasmo. [*E*, 312]

**ALEJANDRO DE HALES:** el llamado *doctor irrefragabilis* (ca. 1185-1245) fue un franciscano y teólogo inglés. Profesor de filosofía en París, se le atribuye la *Summa Theologica*, en la que introduce el aristotelismo en la discusión teológica cristiana, como claro precedente de la obra de Tomás de Aquino. [*E*, 385]

**ALEXANDRE DE VILLEDIEU:** autor del *Doctrinale*, gramática latina del s. XIII escrita en hexámetros rimados. Su popularidad como texto escolar la ponen de manifiesto las cien veces que llegó a imprimirse antes de 1500. [*CMD*, 585]

**ANQUISES:** hijo de Capis y Temiste y padre de Eneas, a quien engendró tras mantener un amorío con Venus. [*E*, 100, 246, 261, 304]

**APELES:** Apeles (ca. 352-308 a.C.) es uno de los artistas plásticos más celebrados de la Antigüedad. Nacido en Colofón, fue educado en Sición bajo la tutela de Pánfilo de Anfípolis. De sus obras sólo nos han llegado referencias literarias. Suyos fueron los elogiados retratos de Filipo II de Macedonia y de su hijo Alejandro Magno. Se cuenta como anécdota suya que en cierta ocasión un zapatero que contemplaba uno de sus cuadros criticó la hechura de un pie; tras corregirlo el propio Apeles, el remendón siguió opinando sobre las piernas de la figura pintada, a lo que el pintor replicó diciendo *ne supra crepidam sutor iudicaret*, esto es, «que un remendón no juzgase por encima de la sandalia». [*E*, 274]

**APOLLO:** Apolo o Febo, identificado con el Sol, era hijo de Júpiter y Latona y hermano gemelo de Diana. Es el dios de la medicina, la poesía, la música y los oráculos. [*E*, 280]

AQUILES: hijo de Peleo y de la diosa marina Tetis, es el protagonista absoluto de la *Ilíada* y el guerrero más famoso del bando griego en la guerra de Troya. [E, 232]

AREÓPAGO: antiguo tribunal ateniense, situado, como su propio nombre indica, a los pies de la colina de Ares, al oeste de la Acrópolis. Estaba constituido por un consejo de nobles (los llamados «areopagitas») y sus decisiones eran inapelables. Es el punto desde el que san Pablo predicó a los atenienses. [CMD, 563]

ARGOS: Argos (cuyo nombre no debe confundirse con el de la nave Argo, en la que viajaban Jasón y los demás argonautas) es un dios caracterizado por tener ojos repartidos por todo su cuerpo (cfr. Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 4 y Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 625s.) o bien, según otras fuentes, cien sólo en la cabeza. Para dormir, alternaba la mitad de ellos abiertos con los restantes cerrados. [E, 152]

ARQUÍLOCO: poeta yambógrafo y elegíaco griego (ca. 714-676 a.C.) nacido en Paros, del que se conservan algunos poemas de carácter festivo y hedonista. [E, 166]

ARTURO: el rey Arturo (s. VI), hijo del rey Uther Pendragon, fue el semilegendario rey de los britanos que se enfrentó a los invasores anglosajones. Su leyenda, de raíces celtas, aparece por primera vez desarrollada ampliamente en la *Historia Regum Britanniae* del inglés Geoffrey de Monmouth (ca. 1139). Su importancia literaria viene respaldada por la existencia del ciclo o leyenda artúrica, presente en varias naciones europeas. [E, 261]

ATE: Ate es hija de Zeus y de Eris, la discordia. Fue arrojada fuera del Olimpo por engañar a Zeus para que hiciese un juramento irreflexivo. Representa la ceguera mental consecuencia del castigo divino. Aparece con gran frecuencia en la *Ilíada*, sobre todo en los momentos de venganza de los dioses contra los mortales [E, 124]

ÁYAX: guerrero griego en la guerra de Troya, de célebres fuerza y corpulencia. [E, 232]

BACO: hijo de Zeus y de la ninfa Sémelé. nació de un parto prematuro, lo que hizo que su padre lo guardase en un muslo que hizo las veces de incubadora (cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 3, 310-2). Puede aparecer con otros nombres como Mórico, Dioniso, Bromio, Lico o, entre los latinos, *Liber*; deidad con la que suele identificarse. [E, 114, 130]

BASILIDES: heresiarca contemporáneo del emperador Adriano, defendía la existencia de 365 manifestaciones atribuidas a Dios (u otros tantos cielos o esferas). Representaba simbólicamente este número en la palabra ABRAXAS (aunque en griego aparece la variante ΑΒΡΑΣΑΞ «abrasax»). Las letras que la componen tienen el siguiente valor alfanumérico: A=1, B=2, R=100, A=1, X=60, A= 1 y S=200, lo que suma el total de 365. [E, 366]

BRETÓN: erudito teólogo dominico del s. XIII. [CMD, 627]

BRUTO: Marco Junio Bruto (85-42 a.C.), político romano, se unió a Pompeyo en la guerra contra César y participó en la conspiración que le dio muerte. Se suicidó tras la derrota sufrida por sus tropas en Filipos a manos de Octavio. [E, 208, 500]. Existe otro personaje homónimo romano llamado Bruto, que fue el primero en llegar a ser cónsul tras expulsar de Roma a los Tarquinios, últimos reyes etruscos y, con ello, instaurar la república (509 a. C). [E, 261]

CADMO: hijo de Agenor y Telefasa, fue el legendario fundador de la ciudad de Tebas. Fue metamorfoseado en serpiente (Ovidio, *Metamorfosis*, 4, 563ss.). [E, 106]

CAOS: según Hesíodo (*Teogonía*, 116), del Caos habían nacido la Oscuridad y la Noche. Ovidio (*Metamorfosis*, 1, 5-7), presenta al dios como origen primordial de todas las cosas. [E, 64]

CASIO: Gayo Casio Longino († 42 a.C.). Cuestor y tribuno, se adhirió al bando de Pompeyo. Después de la batalla de Farsalia, fue apresado por Julio César y amnistiado. A pesar de ello, conspiró contra éste y tomó parte en su asesinato. Perseguido por los que eran favorables al recuerdo de César, tuvo que huir junto con Bruto y se suicidó tras la derrota de Filipos. [E, 208, 500]

CATÓN: en esta familia romana fueron más célebres Marco Porcio Catón el Viejo (234-149 a.C.), también conocido por el Censor, que mandó tropas en la segunda guerra púnica y dirigió una severa represión en Hispania. Defendió la austeridad de costumbres y gastos y advirtió insistentemente a los romanos contra el peligro cartaginés. [CTM, 9; E, 172, 430]. Su tataranieto Marco Porcio Catón el Joven o Catón de Útica (95-46 a.C.), se enfrentó a César al luchar del lado de Pompeyo en la batalla de Farsalia. Tras la derrota escapó a Útica donde se suicidó. [E, 172, 208, 430]

CEIX: hijo de Eóforo y marido de Alcíone, fue metamorfoseado en ave (Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 410). [E, 106]

- CICERÓN:** Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.), celeberrimo político, orador y literato romano. Nacido en *Arpinum*, de familia ilustre, estudió en Grecia y Asia Menor. Recorrió el *cursus honorum* llegando a ser cuestor, pretor y, por fin, cónsul. En el año 63 descubrió y desmanteló la conspiración de Catilina. Se adhirió a Pompeyo contra César. Después del asesinato de éste, se enfrentó a Marco Antonio, Octavio y Lépido, los triunviros, lo que le supuso la muerte. [E, 123, 145, 146, 159, 169, 170, 174, 175, 186, 247, 316, 319, 341, 394, 396, 436, 440, 461, 535; CMD, 555, 565, 576, 588, 608]
- CIRCE:** hija del Sol y de Perseide, y hermana de Eetes, rey de la Cólquide, y de Pasífae. Famosa maga, habitaba en la isla de Ea, en donde hechizaba a los visitantes que llegaban convirtiéndolos en animales (Homero, *Odisea*, 10, 136ss.). [CTM, 21]
- CÓMODO:** Lucio Aurelio Cómodo, emperador romano (180-192), era hijo de Marco Aurelio, el emperador filósofo. Recibió una escrupulosa educación, pero se mostró propenso a la violencia y desenfreno. Su concubina Marcia ordenó a un atleta llamado Narciso que lo estrangulase, con lo que con él desapareció la dinastía de los Antoninos. [E, 173]
- CRESO:** último rey de Lidia (ca. 560-ca. 546 a.C.) hijo de Aliates y paradigma clásico de inmensa riqueza. (Heródoto, *Historias*, 1 *passim*). [E, 250]
- CRISPO:** Crisipo de Cilicia (ca. 281-208 a.C.), sucesor de Cleantes en la dirección de la Estoa, fue muy renombrado por sus ingeniosas agudezas. Compuso centenares de tratados. [E, 349]
- CRONOS:** el Saturno latino era hijo de Urano, el cielo, y Gea, la tierra. Se casó con su hermana Rea. Prevencido de que uno de sus hijos lo destronaría, fue devorándolos a medida que nacían. Cuando nació su hijo Zeus, su madre lo escondió y gracias a ello pudo luchar contra su padre y destruirlo. [E, 117, 208]
- CUPIDO:** el Eros griego. Niño dios del amor, hijo de Venus. [E, 154]
- DAFNE:** la ninfa Dafne fue objeto del amor de Apolo. Como éste la perseguía para saciar su pasión y ella no quería complacerle, suplicó a su padre, el río tesalio Peneo, que la metamorfosease en árbol (laurel), según refiere Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 452-567. [E, 106]
- DAVO:** nombre del esclavo que aparece en Horacio, *Sátiras*, 2, 7, a quien, con ocasión de las Saturnales, el propio Horacio permite hablar con franqueza sobre él. Es también el nombre de uno de los personajes protagonistas de la *Andria* de Terencio. [CMD, 579]
- DECIOS:** los tres miembros de la familia de los Decios (ss. IV-III a.C.): Publio Decio, Marco Decio y Decio Magio, quienes no dudaron en sacrificarse a los dioses para salvar su patria. (Tito Livio, 10, 28; 22, 60; 23, 7; Cicerón, *Tusculanae disputationes*, 2, 59). [E, 186]
- DELFO:** ciudad de Fócide en la que estaba situado el templo de Apolo desde el que la Pitia emitía el famoso oráculo en forma de versos hexámetros. La pitonisa se sentaba en un trípode colocado sobre una grieta de la que brotaban emanaciones de gases tóxicos gracias a los cuales entraba en el trance necesario para vaticinar. [E, 245, 280]
- DELOS:** la isla de Delos, una de las Cícladas, antes de que nacieran en ella Apolo y Ártemis, se desplazaba por el mar libremente. Fue Zeus quien, como recompensa por aceptar que Leto pariese a los dos gemelos en ella, la fijó al fondo del mar con cuatro columnas (Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 21 y Ovidio, *Metamorfosis*, 6, 333s.). [E, 74]
- DEMÓCRITO:** Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a.C.), filósofo iniciador de la teoría atómica, solía reírse de todo lo que acontecía a sus semejantes, tanto de las alegrías como de las desdichas (Juvenal, *Saturae*, 10, 33s.) [CTM, 6]
- DEMÓSTENES:** orador ateniense (384-322 a.C.), famoso por haberse enfrentado a Filipo II de Macedonia en sus célebres *Filípicas*, que han pasado a la historia como paradigma perfecto de la oratoria. [E, 165, 555]
- DIANA:** hija de Júpiter y Latona y hermana gemela de Apolo, era una divinidad itálica identificada más tarde con la Ártemis griega. Era la diosa de los bosques, las fieras y la caza, y se mantuvo siempre virgen, repudiando todo contacto con hombres y dioses (cfr. *Hipólito* de Eurípides). En otros relatos se la considera también diosa de la Luna y los hechizos. [E, 123]
- DÍDIMO:** Dídimos de Alejandría, gramático y retórico contemporáneo de Augusto. Llegó a escribir más de tres mil obras, de las que no se nos ha conservado ninguna. [E, 488]
- DODONA:** nombre del santuario griego más antiguo conocido. Situado en el Epiro a unos ochenta kilómetros al este de Corfú, estaba dedicado a Zeus. Los sacerdotes interpretaban como oráculos del



- dios los movimientos de un haya (o roble) de la que colgaban cuencos de bronce que resonaban con el viento. [E, 327]
- DUNS ESCOTO: Juan Duns Escoto (ca. 1266-1308), teólogo y filósofo escocés. Creador de la escuela escolástica del escotismo, intentó demostrar la existencia de Dios mediante el análisis de los conceptos de causalidad y posibilidad. Su intrincada técnica expositiva le dio el sobrenombre de *doctor subtilis*. [E, 269, 342; CMD, 626]
- EMPÍREO: los cielos eran tradicionalmente (también entre los judíos y los musulmanes) siete. Los filósofos griegos les añadieron tres más, de los que el último, el Empíreo, estaba destinado a los bienaventurados. [E, 355]
- ESCOTO ERIÚGENA: Juan Escoto Eriúgena (ca. 815-ca. 877), de origen irlandés, estuvo en la corte del rey Carlos I de Francia, donde tradujo del griego al latín la obra del neoplatónico Dionisio el Areopagita. De tendencias monistas, es uno de los fundadores del escolasticismo. [CMD, 626]
- ESCUAPIO: nombre latino del héroe y dios griego Asclepio, hijo de Apolo y divinidad de la medicina. Tenía un templo en Epidauro, en donde se veneraban unas famosas serpientes que siguen presentes en los emblemas de la medicina y la farmacia. [E, 150]
- ESQUILO: dramaturgo nacido en Eleusis (525-456 a.C.). El primer gran trágico ateniense, del que se nos han conservado seis obras (sin contar la espuria *Prometeo encadenado*). [E, 209, 544]
- ESTÉNTOR: Esténtor es el héroe griego que en la guerra de Troya sirvió como heraldo por su poderosa voz. (Homero, *Iliada*, 5, 785s.). En castellano existe el adjetivo «esténtoreo» que significa «ruidoso, altisonante, que retumba». [E, 329]
- EUCLIDES: matemático y geómetra griego (ca. 300 a.C.) que enseñó en Alejandría, autor de los *Elementos*, el primer tratado matemático griego conservado y de gran importancia a lo largo de la Antigüedad y la Edad Media. [E, 263]
- EURÍPIDES: dramaturgo griego (485-406 a.C.). Escribió alrededor de noventa dramas, de los que se han conservado completos diecinueve (si incluimos el *Reso*, de autoría dudosa). Es el tercer y último gran dramaturgo de la Atenas clásica (tras Esquilo y Sófocles). [E, 123, 215, 238, 239, 312]
- FAÓN: fue un feo y viejo barquero de Mitilene que transportó a Venus sin querer cobrarle nada, por lo que recibió de ésta el obsequio de ser devuelto a la belleza y lozanía de la juventud mediante un bálsamo que se untaba todos los días. [E, 113, 160]
- FURIAS: son tres divinidades infernales (Alecto, Tisifona y Megera) autóctonas de Roma, que se asimilaron muy pronto a las Erinias griegas. Éstas nacieron de las gotas de sangre que cayeron sobre la tierra cuando Urano fue mutilado. Son espíritus maléficos que acosan a sus víctimas hasta enloquecerlas. [E, 412]
- GESTA ROMANORUM: manual de historia universal escrito en la Inglaterra del s. XIII. [E, 387]
- GORGONAS: Hijas de Ceto y Forcis, las Gorgonas eran tres hermanas monstruosas –Esteno, Euríala y Medusa– con cabellos erizados de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro. Mirarlas petrificaba. De ellas sólo las dos primeras eran inmortales. La última fue aniquilada por Perseo con la ayuda de Palas Atenea. [E, 118]
- HARPOCRATES: dios griego vinculado al egipcio Horus, que solía estar representado con el ademán de pedir silencio. Cfr. Catulo, 102. [E, 131]
- HÉRCULES: el héroe y semidiós griego (Heracles) es hijo de Zeus (o del mortal Anfitrión) y Alcmena. Se le llama también Alcides y es la representación de la fuerza y el valor. [CTM, 15; E, 57, 208, 258, 421]
- HERMÓGENES: Marco Tigelio Hermógenes fue un célebre cantante protegido por Augusto. Horacio lo describe en sus *Sátiras*, 1, 3, 129s. [E, 266]
- HESIÓDO: poeta griego, del siglo VII a.C., autor de los poemas épicos *Teogonía* y *Los trabajos y los días*, en los que habla de la genealogía de los dioses griegos y de los momentos adecuados a lo largo del año para hacer las faenas del campo. [E, 64, 72, 112, 198, 221]
- ISÓCRATES: orador y escritor ateniense (436-338 a.C.), uno de los más célebres de la Antigüedad. Se enfrentó al imperialismo de Filipo de Macedonia, defendiendo la existencia de una idea panhelé-

nica (cfr. su *Panegírico*). Compuso también algunos tratados didácticos sobre la enseñanza de la oratoria. [E, 15, 169]

JACQUES LEFÈVRE: Jacques Lefèvre d'Étaples, humanista francés, traductor de Aristóteles y de las *Cartas* de san Pablo. A pesar de ser un gran estudioso de las Escrituras, Erasmo no estaba del todo satisfecho con su labor sobre los textos sagrados. [CMD, 640]

JÁPETO: Jápeto era uno de los titanes, hijo de la Tierra y el Cielo. Enfrentado a Zeus en la lucha de éste por dominar el mundo, fue arrojado al Tártaro junto con los demás titanes. [E, 64]

JEAN DESMARAIS: Jean Desmarais (en el texto original aparece su apellido latinizado como *Paludanus*, es decir, «de los pantanos», que es precisamente lo que quiere decir en francés *Desmarais*) fue profesor y rector de la Universidad de Lovaina. [CMD, 644]

JERÓNIMO, SAN: padre de la Iglesia, nacido en Estridón, entre Dalmacia y Panonia (ca. 347-420). En Roma estudió retórica y filosofía y viajó por el Próximo Oriente. Volvió a Roma durante tres años para regresar a tierra santa y asentarse en Belén (386), donde preparó su versión (o corrección) al latín de los textos sagrados (la *Vulgata*). [CTM, 23; E, 303, 396, 466, 522; CMD, 550, 557, 569, 582, 584, 609, 620, 632, 633, 637]

JULIA EUSTOQUIO: Julia Eustoquio tomó el voto de virginidad a los dieciocho años de edad (383 de nuestra era). San Jerónimo le dedicó un *Tratado sobre la virginidad* que, en realidad, no es sino una carta incluida entre la correspondencia del santo. [CMD, 580]

JULIO II: Julio II (1445-1513), papa entre 1503 y 1513, es reconocido por su helicosidad y por haber sido mecenas de Miguel Ángel, a quien ordenó realizar los frescos de la Capilla Sixtina, en la basílica de San Pedro. Mantuvo una guerra para defenderse de los franceses con la ayuda de Venecia y luego se alió con los primeros para atacar a ésta. Erasmo, enemigo acérrimo de cualquier manifestación bélica, satirizó su helicismo con la obra anónima *Julius exclusus*, en la que san Pedro le niega la entrada al cielo. [E, 413]

JUNO: la Hera de los griegos, es hija de Saturno (o Cronos) y Cibeles (o Rea), a la vez hermana y esposa de Júpiter; es la patrona de los matrimonios y de las parturientas (*Iuno lucina*). [E, 71, 412]

JÚPITER: hijo también de Saturno (Cronos) y de Cibeles (Rea), es el dios de dioses, de la luz del día y de los fenómenos meteorológicos (por lo que se le suele representar empuñando un rayo). Se salvó de ser devorado por su padre gracias a una treta de su madre. Más tarde expulsó a su procreador del Olimpo, erigiéndose como divinidad absoluta entre los dioses. [E, 64, 66, 71, 88, 123, 127, 136, 151, 180, 281]

LATONA: la Leto griega, amante de Júpiter, con quien tuvo a Apolo y Diana. Por temor a Juno, esposa del dios, ningún lugar de la Tierra la acogía para que pudiese parir. Sólo la acogió la isla de Delos, hasta entonces flotante y errática (véase Delos). [E, 74, 123]

LEÓN X: (1475-1521, papa 1513-1521). Su verdadero nombre era Giovanni di Medici. Hijo de Lorenzo di Medici, tenía un talante abierto y un gusto por la erudición y las artes, lo que le llevó a actuar de mecenas de numerosos artistas. Fue a él a quien Erasmo dedicó su *Nouum Instrumentum* y, según parece, disfrutaba con la lectura del *Elogio*. [CMD, 643]

LETEO: río de los infiernos. Beber de sus aguas producía el olvido. [E, 100]

LICURGO: legendario legislador espartano (ca. s. x a.C.) que demostró a sus conciudadanos la importancia de la educación sirviéndose del símil de los dos perros, uno amaestrado y otro no (cfr. Plutarco, *Vidas paralelas*. *Licurgo*, 15, 8-9 y Horacio, *Epístolas*, 1, 2, 65). A él se le atribuye la creación del código de costumbres proverbialmente rigurosas y austeras de Esparta. [E, 184]

LIJSTER: Gerard Lijster, que estudió medicina en Basilea, era buen conocedor del latín, griego y hebreo, y compuso las notas que, a guisa de comentario, acompañaron al *Elogio* en la edición de Froben de 1515. [CMD, 644]

LINCEO: Linceo era uno de los argonautas, caracterizado por su extraordinaria vista, rasgo tal vez atribuido popularmente por asociación etimológica con la agudeza visual del lince. [E, 203, 331]

LUCIANO: satírico griego nacido en Samósata, en Siria, (ca. 120-180 d.C.). Se estableció en Atenas y se consagró al género literario del diálogo humorístico, en el que compuso su célebres *Diálogos marinos*, *de los dioses*, *de los muertos* y *de las cortesanas*. Es autor queridísimo por Erasmo, como lo demuestra el gran número de veces que lo cita implícita o explícitamente en el *Elogio*. [CTM, 10, 19; E, 47, 50, 52, 60, 99, 156, 179, 208, 209, 226, 274, 276, 314, 383, 428, 543; CMD, 591]

- MALEA:** cabo del sureste de Laconia, en la Península del Peloponeso (actualmente el cabo de Matapán), famoso por sus tempestades, de lo que se creó el refrán griego que decía «cuando hayas doblado el cabo Malea olvídate de volver a casa». [E, 254]
- MARCO CURCIO:** el caballero romano Marco Curcio, también llamado Meto o Metio Curcio, se arrojó a una oquedad abierta en el foro en el año 362 a.C. y que, según un oráculo, se cerraría sólo si se lanzaba en ella el hombre más noble de Roma. [E, 187]
- MEMNÓN:** Memnón era un legendario rey etíope, hijo de Titono y Eo, la Aurora, y sobrino del rey troiano Príamo. Combatió contra los aqueos en Troya y fue muerto por Aquiles. Zeus, conmovido por las lágrimas de su madre la Aurora –que desde entonces se identificaron con el rocío matutino– le devolvió la vida y le hizo inmortal. Para el episodio véase Hesíodo, *Teogonía*, 984 s. y Ovidio, *Metamorfosis*, 13, 576-622. [E, 112]
- MENENIO AGRIPIA:** cónsul romano en 503 a.C. Según cuenta Tito Livio, 2, 32, 8-12, Menenio Agripa, con ocasión de una revuelta de la plebe contra las clases adineradas en el año 494, calmó los ánimos del tumulto con un discurso en que justificaba las funciones sociales de cada clase sirviéndose del símil de la cooperación entre las diferentes partes corporales, todas necesarias, cada una en su lugar. [E, 182]
- MERCURIO:** el Hermes griego, es hijo de Júpiter y de la pléyade Maya; es el mensajero de los dioses y dios del comercio, así como protector de los viajeros y comerciantes (por lo que se le suele representar calzado con unas sandalias aladas y cubierto por un sombrero de ala ancha –el pétaso–); también se le conoce como guardián de los muertos en su camino al otro mundo (*Psychopompós*). La literatura antigua suele mostrarle como una deidad mentirosa y tramposa (Horacio, *Odas*, 1, 10, 7s.). Ejemplo bien conocido de ello es el Mercurio de la comedia *Anfitrión* de Plauto. [E, 127]
- MIDAS:** el conocido rey Midas fue un rey de Frigia (s. VII a.C.) que supuestamente convertía en oro todo cuanto tocaba. Las orejas de asno fueron el castigo que Apolo le propinó al atreverse a anteponer al canto de éste el del dios Pan. Léase el episodio en Ovidio, *Metamorfosis*, 11, 146-193. [E, 38]
- MILETO:** ciudad jónica de la costa occidental de Asia Menor. Su esplendor cultural está encabezado por el sabio Tales de Mileto, cabeza de la escuela filosófica que surgió y se desarrolló en esta ciudad en el s. VI a.C. Según la tradición, en ella había un lugar en el que se suicidaron ahorcándose unas doncellas que habían enloquecido sin causa aparente: el aire, en opinión de algunos, la voluntad de los dioses, según otros; cfr. Aulo Gelio, *Noches áticas*, 15, 10 quien toma la historia (aunque se equivoca en la referencia) de Plutarco, *Las virtudes de las mujeres*, 249B4-249C11. [E, 207, 364]
- MINOS:** hijo de Zeus y de la ninfa Europa, fue rey de la isla de Creta y en ella mandó a Dédalo construir el famoso laberinto, en el que encerró al Minotauro. Según dice la leyenda, Minos hacía creer a los cretenses que Zeus le enviaba instrucciones cuando se retiraba a meditar a un monte cada nueve años. [E, 185]
- MOMO:** Momo es una divinidad menor, hijo de la Noche (Hesíodo, *Teogonía*, 214 s.). Se caracterizaba por criticar irónicamente y con total sinceridad a los dioses. [E, 124]
- NÉMESIS:** diosa griega personificación de la justicia vengadora de los dioses contra la soberbia y la ambición humanas. «Ramnusia» es un epíteto que a veces se le aplica por ser objeto de especial veneración en el pueblo de la región Ática Ramnunte. [E, 417]
- NEPTUNO:** el Poseidón de la mitología griega, es hijo de Saturno (o Cronos) y Cibele (o Rea) y sus poderes se extienden sobre los mares y las aguas. [E, 283]
- NÉSTOR:** rey de Pilos y sabio consejero de Menelao. Era tenido por un gran arengador entre los aqueos. Su longevidad es proverbial. Se dice que llegó a vivir más de doscientos años. [E, 103, 160, 212]
- NICOLÁS DE LIRA:** el teólogo Nicolás de Lira (†1349) fue el autor de las *Postillae Litterales* sobre ambos Testamentos, en las que distinguía el sentido literal del texto de su sentido místico-religioso. Su obra tuvo una enorme influencia en los acontecimientos ideológicos del s. XVI, hasta el punto de crearse y difundirse rápidamente el dicho de «*Si Lyra non lyrasset, Luther non saltasset*», esto es, «Si Lira no hubiese tocado la lira, Lutero no habría bailado». [E, 465, 469]
- NIREO:** tras el propio Aquiles, era el personaje más bello de cuantos tomaron parte en la guerra de Troya (cfr. Homero, *Ilíada*, 2, 672-674 y *Suda*, N, 420). [E, 160, 262]
- NUMA POMPELIO:** fue el segundo rey de la monarquía romana (715-672 a.C.), sabio organizador de las costumbres religiosas y creador del calendario, fingía recibir la inspiración divina de parte de la ninfa Egeria (Tito Livio, 1, 19, 5). [E, 185]

- OCKHAM: Guillermo de Ockham (ca. 1285-ca. 1349), filósofo y teólogo inglés y máximo representante de la escuela escolástica nominalista, rival de tomistas y escotistas. Pretendía que algunas creencias cristianas no se podían explicar aplicando la razón formal o natural, sino sólo a través de la revelación divina. Recibió el sobrenombre de *doctor inuincibilis*. [E, 342]
- ORCO: divinidad popular latina asimilada al Tártaro griego que representa el infierno como morada de los muertos. En algunas pinturas etruscas se le simboliza como un gigante barbudo. En la iconografía posterior se le pinta con alas negras y una guadaña en las manos. [E, 64, 100]
- ORFEO: hijo de Eagro y de la musa Calíope o Polimnia, su leyenda es muy antigua y constituye el ciclo mítico más misterioso e influyente de la mitología griega. Se le relacionaba con la poesía, el canto y la música hasta el punto de ser considerado el inventor de la cítara. Participó en la expedición de los Argonautas como marcador del ritmo a los remeros. El episodio principal que de él se cuenta es su descenso a los infiernos para recuperar a su amada Eurídice. En su viaje y al son de la lira, conmovió a todos los seres que le salían al paso: rocas, plantas y animales; cfr. Ovidio, *Metamorfosis*, 10, 1-77 y Apolodoro, *Biblioteca*, 1, 14. [E, 181]
- ORÍGENES DE ALEJANDRÍA: Orígenes de Alejandría (ca. 185-254), teólogo de tendencias neoplatónicas y estoicas, muy interesado en la exégesis de la Biblia, fue un prolífico autor de sermones y comentarios a los diferentes libros bíblicos. [E, 497; CMD, 557]
- PALAS ATENEA: la Minerva romana, era hija de Zeus –de cuya cabeza nació– y Metis. Es la diosa de la inteligencia, las artes y las letras. [CTM, 4; E, 56, 68, 87, 118, 272, 420]
- PAN: dios de los pastores y de los rebaños, originario de la Arcadia. Hijo de Hermes y de la hija de Dríope. Se le caracteriza como un ser medio humano, medio animal. De su cabeza salen dos cuernos, su cara está cubierta de barba y sus miembros inferiores son los de un macho cabrío. Se le suele representar como una criatura lasciva y vivaracha. [CTM, 38; E, 400]
- PARIS: héroe troyano, hijo del rey Príamo y de Hécuba. Raptó a Elena, esposa del rey espartano Menelao, suceso que desató la guerra de Troya. La diosa Afrodita le había prometido poder conquistar a Elena a cambio de que Paris la eligiera a ella como la diosa más bella, en un juicio en el que compitió con Hera y Atenea. De ahí que Afrodita protegiese a los troyanos y Hera y Atenea a los griegos. [E, 232]
- PENELOPE: hija de Icario y Perihea y esposa de Ulises, esperó largos años a que su marido regresase de Troya. Cuando su casa se llenó de pretendientes, puso como límite de su espera para casarse con otro hombre la terminación del tapiz que tejía de día y destejía de noche para alargar la espera. [CTM, 4; E, 351, 399]
- PETRARCA: Francesco Petrarca (1304-1374), poeta y humanista italiano. Fue uno de los primeros en interesarse por las obras de los autores clásicos con el fin de fundir los valores morales más sobresalientes del paganismo y del cristianismo. Escribió obras en latín y en italiano, dándole al último categoría de lengua literaria. [CMD, 556]
- PIRGOPOLINCES: nombre del soldado fanfarrón y bocazas protagonista de la comedia plautina homónima (*Miles gloriosus*). Es un nombre parlante que en griego quiere decir «vencedor de muchas fortalezas» o «vencedor de ciudades y fortalezas». [CMD, 552]
- PIRRO: PITRO (ca. 318-272 a.C.) fue rey del Epiro (región del noroeste de Grecia). En el 280 a.C. derrotó a los romanos en Heraclea y al año siguiente en la batalla de Ausculum. Ambas victorias, sin embargo, supusieron gran menoscabo para sus tropas, de donde surgió la expresión de «victoria pírrica». [CMD, 575]
- PLATÓN: filósofo ateniense (428/427-348/347 a.C.), discípulo de Sócrates y fundador de la Academia. Es una de las máximas figuras de la filosofía universal. Sus ideas filosóficas quedaron registradas en sus famosos *Diálogos*. [Passim]
- PLUTO: hijo de Deméter y Yasión, es el dios de la riqueza. Aristófanes lo caricaturizó en la comedia homónima presentándolo como un pobre ciego medio tonto que no distingue entre buenos y malos a la hora de repartir sus bienes. [E, 62, 65, 120]
- POGGIO: Gian Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459), humanista italiano que trabajó en Florencia y en Roma como secretario de la curia papal. Descubrió numerosos manuscritos y como calígrafo creó la llamada minúscula humanística o romana, que con ayuda de la imprenta se extendió rápi-

- damente por todo Occidente. Fue autor de las *Facetiae*, obra satírica dirigida contra sacerdotes y monjes. [CMD, 556, 588]
- POLICRATES: el Polícrates que aparece en el *Elogio* fue un orador ateniense que compuso un elogio a Busfride, legendario tirano egipcio que mató a Hércules. [CTM, 15; E, 322]
- PONTANO: Giovanni Pontano (1429-1503), latinista autor de una vasta obra entre la que hallamos diálogos de carácter lucianesco. [CMD, 589]
- PRÍAPO: titán divinidad originaria de Oriente, hijo de Dioniso y Afrodita, Príapo es el dios de la fertilidad y protector de los huertos. Se le representaba como una talla en madera con un enorme pene erecto pintado de rojo y un palo en la cabeza. En Roma servía como espantapájaros para los huertos. [E, 127, 379]
- PROMETEO: titán hijo de Jápeto, que se rebeló contra los dioses, robándoles el fuego del Olimpo para entregárselo a los hombres. Su osadía mereció el castigo de Júpiter, quien lo encadenó en un monte del Cáucaso en donde un águila le devoraba el hígado, que se regeneraba sin cesar. [E, 117, 208, 209]
- QUINTILIANO: nacido en Calahorra, Marco Fabio Quintiliano (ca. 35-100 d.C.) fue jurista y retórico y contó con Plinio el Joven entre sus discípulos. Su obra *Institutio oratoria* es un tratado de retórica que expone, a lo largo de doce libros, los fundamentos de la práctica oratoria. [E, 145, 170, 317, 600]
- QUIRÓN: Quirón, hijo de Cronos y Filira, fue el centauro sabio y preceptor de Aquiles que, pudiendo conservar su inmortalidad divina, prefirió morir al ser herido por Hércules, gracias al intercambio de naturaleza que hizo ante Zeus con Prometeo, quien de mortal pasó a inmortal. Véase al respecto Apolodoro, *Biblioteca*, 2, 85 y Luciano, *Diálogos de los muertos*, 8, en donde dialogan, una vez muertos, Menipo y el propio Quirón. [E, 208]
- REA: es una de las Titánides, hija de Gea (la Tierra) y Urano (el Cielo). Conocida también por Cibeles, es una divinidad relacionada con la idea de la diosa Gran Madre oriental. Fue la esposa de Saturno o Cronos y madre de Zeus y de los demás grandes dioses: Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón. [E, 64]
- SAFO: la Safo que aparece en el *Elogio* no es, al contrario de lo que algunos creen, la conocida poetisa lesbiana, nacida en Éreos, sino otra de carácter legendario, bailarina y nacida en Mitilene, que se enamoró de Faón hasta el punto de arrojarle en su locura del monte Leucato. Véase al respecto Ovidio, *Heroidas*, 15. [E, 113]
- SERTORIO: Quinto Sertorio (123-72 a.C.) general lusitano y pretor en Hispania, capitaneó una rebelión de los hispanos contra el régimen de Sila. Según Plutarco, *Vidas paralelas. Sertorio*, 11, 1-8, hizo creer a los iberos que recibía los mensajes de los dioses a través de una cierva blanca. En otra ocasión, Sertorio hizo ver a su pueblo que a los romanos sólo se les podía vencer debilitándolos poco a poco, como si se quitasen uno a uno los pelos de la cola de un caballo por muy joven y fuerte que éste sea (Plutarco, *ibid.*, 16, 5-11; Valerio Máximo, 7, 3, 6). [E, 184]
- SILENO: Sileno era un viejo sátiro, gordo, velludo y con mirada bovina. Era preceptor y compañero de Baco. A pesar de su aspecto animalesco y burlón, era considerado un sabio que despreciaba los bienes materiales. Platón en el *Banquete* compara a Sócrates física e intelectualmente con él. Erasmo basa la idea fundamental del *Elogio* en lo que este personaje representa. [E, 129, 191; CMD, 614]
- SOLÓN: Solón (ca. 638-559 a.C.) fue un célebre poeta, político y legislador ateniense, considerado el fundador de la democracia de Atenas y uno de los siete sabios de Grecia. Las leyes que dictó son un ejemplo de moderación y justicia social. De sus obras sólo se han conservado algunos fragmentos elegíacos. [E, 144, 352]
- SPECULUM HISTORIALE: obra histórica de carácter enciclopédico escrita en el s. XIII por el dominico Vicente de Beauvais y publicada en 1473, fuente de numerosos *exempla* y curiosidades. [E, 386]
- SUDA: también conocida como *Suidas* («el tesoro»), es una enorme obra enciclopédica del s. X creación de varios autores: constituye una recopilación alfabética de los nombres de personajes y lugares históricos, legendarios, reales o ficticios. Supone también una importante fuente de anécdotas y refranes griegos. [Passini]

- TALES:** Tales de Mileto (ca. 624-545 a.C.), uno de los siete sabios de Grecia, es considerado el *primus inuentor* o fundador de la filosofía griega. Pasó una temporada en Egipto, donde aprendió astronomía, matemáticas y topografía. Creía que el agua era el componente originario del universo. [E, 60, 91, 144]
- TÁNTALO:** hijo de Zeus y de la diosa Plutón, fue rey del monte Sípilo en Frigia o Lidia (Asia Menor). Los dioses le invitaron a comer a su mesa, y él reveló a los mortales los secretos que allí había oído. Por ello recibió el castigo consistente en sufrir hambre y sed, a pesar de hallarse rodeado de frutos y agua abundantes que se alejaban cuando él intentaba tomarlos. [E, 201]
- TEMÍSTOCLES:** general y estadista ateniense (ca. 523-458 a.C.), dirigió las tropas de su ciudad contra los persas en la segunda guerra médica y obtuvo la victoria de Salamina sobre el rey Jerjes, en 480. Según Plutarco, *Vidas paralelas*. *Temístocles*, 12, convenció a sus conciudadanos de no rechazar el pago de impuestos con el símil de la zorra y el erizo. [E, 183]
- TÉNEDOS:** el hacha de dos hojas es un icono muy abundante en la cultura de la Grecia antigua. En la isla de Ténedos un guardia sostenía una hacha semejante como símbolo del castigo que recibiría quien acusase a alguien ante un tribunal dolosamente o con ambigüedades. [E, 337, 482]
- TEÓCRITO:** poeta bucólico de Siracusa (s. III a.C.). Su obra más conocida es *Idilios*, pequeñas composiciones poéticas de carácter pastoril, en las que los personajes hablan de sus sentimientos amorosos en medio de un paisaje silvestre apacible. [E, 154]
- TEOFRASTO:** Teofrasto (ca. 372-287 a.C.), discípulo de Aristóteles y sucesor suyo en la dirección del Liceo, fue un filósofo y literato ateniense, autor de obras científicas y filosóficas así como de los célebres *Caracteres*. [E, 168]
- TERSITE:** personaje de la *Ilíada*, paradigma de fealdad y vileza (cfr. *Ilíada*, 2, 216-220). [CTM, 17: E, 160; CMD, 553]
- THOTH:** El dios-sabio egipcio Thoth (o Theuth), identificado por los griegos con Hermes, responsable de la invención de los números y las letras, según refiere Platón, *Filebo*, 18b6-18d2. El propio Platón, *Fedro*, 274c5-275b2, nos cuenta, por boca de Sócrates, la historia del rey de Egipto Tamón, quien recibió de parte de Thoth el conocimiento de la aritmética, geometría, astronomía y escritura para divulgarlas entre los egipcios. Esta última invención, según Tamón, sería nefasta para su pueblo pues conllevaría, por comodidad, el progresivo olvido de las anteriores disciplinas, al ser confiadas no a la memoria individual sino a un soporte fijo, que tendría que soportar continuas interpretaciones (y las esperables tergiversaciones). [E, 219]
- TIMÓN:** Timón de Atenas fue un conocido personaje misántropo, descrito por Luciano en su diálogo satírico *Timón o el misántropo*. Fue retomado en *Le misanthrope* de Molière y en la comedia *Timon of Athens* de Shakespeare. [E, 179]
- TIMOTEO:** General y político ateniense del s. IV a.C. de proverbial buena suerte. Hijo de Conón y discípulo de Isócrates, fue castigado por negar que las victorias militares que había alcanzado se las debía a la diosa Fortuna. Su nombre en griego significa «favorecido por los dioses». [E, 418, 419]
- TITONO:** hijo de Laomedonte y Estrimo (de Eos y Céfalo, según otra tradición) y hermano del rey troiano Príamo. La Aurora se enamoró perdidamente de él y le pidió a Zeus que le concediera la inmortalidad, pero se le olvidó pedirle también la eterna juventud, por lo que terminó siendo increíblemente viejo y decrepito. Fue transformado en cigarra según refieren Servio. In *Vergilii Georgicon libros commentarius*, 3, 328 y Helánico, según el testimonio de *Scholia in Iliadem (scholia uetera)*, 3, 151. [E, 106, 112]
- TOMÁS DE AQUINO:** filósofo y teólogo dominico italiano (1225-1274) llamado *doctor angelicus* y considerado como la máxima figura de la escolástica. Su principal preocupación fue compaginar la lógica aristotélica con la doctrina cristiana para explicar, entre otras cosas, la existencia de Dios. Ése es el espíritu que impregna su magna obra *Summa Theologiae*. [E, 342]
- TOMÁS MORO:** Tomás Moro (1478-1535) o Thomas More, fue un estadista y escritor inglés. Educado en Oxford, donde estudió latín y griego, era hijo de un juez. Lo que le llevó a estudiar derecho y a ejercer la profesión. En 1499 decidió ingresar como monje en la orden de los cartujos, de donde salió cuatro años más tarde para dedicarse a la vida política parlamentaria. Llegó a ser Lord Canciller y favorito de Enrique VIII, pero su oposición al divorcio de éste con Catalina de Aragón le llevó a distanciarse de él, hasta que en 1534 el rey se declaró jefe de la Iglesia anglicana y Moro se enfrentó a él abiertamente. Un año más tarde fue decapitado por orden real. Su obra más célebre es *Utopía*. [CTM, 1, 32: E, 51, 550, 561]

TRASÓN: Trasón es el soldado fanfarrón del *Eunuco* de Terencio, que pretende ganarse los favores de una chica alardeando de habilidades. Es otro nombre parlante que en griego viene a querer decir «atrevido, osado». [CMD, 552]

TROFONIO: Trofonio era el héroe local de Lebadea, en Beocia. Famoso como arquitecto, poseía un oráculo en el interior de una gruta. Los que habían entrado a hacer una consulta salían demacrados y pálidos. Pausanias en su *Descripción de Grecia*, 9, 39, 8 nos cuenta que en esta cueva se debía beber primero el agua del olvido y luego la del recuerdo. [E, 35]

ULISES: héroe aqueo en la guerra de Troya. El Odiseo griego, era hijo de Laertes y Anticlea y rey de Ítaca. Esposo de Penélope y padre de Telémaco, es el protagonista absoluto de la *Odisea*. Tanto en esta obra como en la *Iliada* se le caracteriza como hombre astuto y dotado de recursos para salir airoso de situaciones comprometidas. [CTM, 21; E, 227, 231, 239, 251, 322, 399]

VALLA: Lorenzo Valla (1407-1457), humanista italiano y profesor de retórica en la Universidad de Pavia durante dos años, es el autor de las célebres *Elegantiae linguae latinae*, manual del buen uso del latín, y de la *Declamatio* que le valió ser procesado por la Inquisición. Como otros humanistas de su época, su preocupación se centraba en el estudio filológico de los textos (fijación textual y comprensión cabal de su contenido). [CMD, 556]

VÉJOVES: los Véjoves son espíritus infernales etruscos que los romanos integraron en sus creencias como espíritus maléficos. De ellos nos habla Ovidio, *Fastos*, 3, 430ss. También se conoce a un Veovis, deidad romana antiquísima, identificada con Apolo, relacionado con los infiernos, los pantanos y los volcanes. [E, 284]

VENUS: la Afrodita griega, se asimiló a la diosa romana de la fecundidad y protectora de los huertos. Pasó entonces a ser, como su homóloga griega, diosa del amor y de la belleza. [E, 94, 113, 261, 336]

VULCANO: el Hefesto griego, era hijo de Júpiter y Juno (de Juno sola, según algunas versiones del mito), y estaba casado con Venus. Era el dios del hierro y del fuego, y tenía su fragua situada bajo el Etna, en donde fabricaba las armas de los dioses con la ayuda de los Cíclopes (Virgilio, *Geórgicas*. 4, 170ss.). Andaba cojo por haber sido lanzado desde lo alto del Olimpo por su madre espantada ante su cojera o bien por Júpiter al enterarse de que se había puesto del lado de su madre para derrocarlo. Era el dios bufón del que se reían los otros dioses. [E, 71, 336]

WILLIAM DE MOUNTJOY: William Blount, Lord Mountjoy, era un joven aristócrata inglés, discípulo de Erasmo en París y amigo y protector suyo, a quien Erasmo debe sus viajes y estancias en Inglaterra. [CMD, 583]

ZEUS: (véase Júpiter). [E, 66, 76, 80, 88, 112, 114, 124, 185, 198, 205, 208, 211, 233, 292, 325, 327]

ZEUNIS: pintor nacido en Heraclea (s. v a.C.), que fue muy famoso por el realismo de sus bodegones. De él se decía que había pintado un racimo de uvas con tal naturalismo que los pájaros lo picoteaban. [E, 274]

# ÍNDICE DE EXPRESIONES GRIEGAS

Para las referencias se emplean las siguientes siglas: *CTM* (*Carta a Tomás Moro*), *E* (*Elogio*), *CMD* (*Carta a Martín Dorp*). Los números aluden a las notas a pie de página. Los puntos suspensivos se emplean en los casos en que el texto griego original de las notas no se ha transcrito en su totalidad.

- ἀγκυλόμητις, *E*, 117  
 αἰσχιστος δὲ ἀνὴρ ὑπὸ Ἰλιον ἦλθε..., *CTM*, 17  
 Ἀκούσας δὲ ὅτι νεανίσκοι πολλὰ βλάσφημα...,  
*CMD*, 575  
 Ἀλαός, *E*, 405  
 ἄλφα, *E*, 86  
 ἀμούσοις, *CTM*, 2  
 Ἀνάγυρος, *E*, 334  
 ἄνοια, *E*, 84  
 Ἀνοίξα, *E*, 92  
 ἀπάθεια, *E*, 90  
 Ἀποθέωσις, *CTM*, 20  
 ἀριστοτελικώτατος, *E*, 353  
 ἄρρητον, *E*, 375  
 ἄσπαρτα καὶ ἀνήροτα, *E*, 78  
 ἀσπίδι μὲν Σαίῳιν τις ἀγάλλεται..., *E*, 166  
 αὐτὴ ἑαυτῆς αὐλή, *E*, 43  
 αὐτὸς δ' ἐν κορυφῇσι..., *E*, 205, 292  
 βασιλικῶς, *E*, 474  
 Βατραχομουμαχίαν, *CTM*, 12  
 βουλευτικόν, *E*, 136  
 γελοιοποιῶν, *E*, 128, 140  
 γῆραι δὴ πολέμοιο πεπαυμένοι..., *E*, 104  
 γλαυξ ἵπταται, *E*, 420  
 γινώμας, *E*, 339  
 γυμνοπαῖδια, *E*, 129  
 δαήμονας, *E*, 220  
 δαίμων, *E*, 220  
 δειλοὺς καὶ μοχθηροὺς, *E*, 230  
 δέρκομαι, *E*, 150  
 δημιουργεῖ, *E*, 200  
 δίκην γράφειν, *CMD*, 608  
 δις διὰ πασῶν, *E*, 45  
 δις παῖδες οἱ γέροντες, *E*, 99  
 δράκων, *E*, 150  
 δύστηνον, *E*, 231  
 δωτῆρες ἐάων, *E*, 54  
 Ἐάν μή, ἦν δ' ἐγώ, ἦ οἱ φιλόσοφοι..., *E*, 171  
 ἐάων, *E*, 54  
 Ἐγὼ εἰμι τὸ Ἄλφα καὶ τὸ ὦ, *E*, 86  
 εἰσαγωγὴν, *E*, 453  
 ἐκκλησία, *E*, 415  
 ἐκκλησιαστής, *E*, 449  
 Ἐκ μίας τὸν ἐλέφαντα ποιεῖ, *E*, 47  
 ἐνένεωρος| φασὶ δὲ ἕτεροι ως..., *E*, 185  
 ἐν οἴῳ ἀλήθεια, *E*, 237  
 ἐν σπέσει γλαφυροῖσι, *E*, 76  
 ἐν τετράδι γενηθέντες, *E*, 421  
 ἐν τῷ φρονεῖν γὰρ μηδὲν ἥδιστος βίος, *E*, 96  
 ἐν φιλότῃ μιχθεῖς, *E*, 72  
 ἐπικουρητικόν, *E*, 136  
 ἐπίσκοπος, *E*, 404  
 ἐρωτικὴν μανίαν ἐφήσαμέν τε ἀρίστην εἶναι,  
*E*, 540  
 ἐς κόρακας, *E*, 438  
 εὐήθειαν, *E*, 153  
 ἔφοδον, *E*, 381  
 ἥδονῃ, *E*, 84



ἦδὺν γὰρ τὸ φῶς βλέπειν, *E*, 215  
 ἡ εὐδοντος κύρτος αἰρεῖ, *E*, 419  
 ἡ πῖθι ἡ ἀπιθι, *E*, 197  
 Ἡράκλεις, *E*, 309  
 ἦτοι μὲν πρώτιστα Χάος γένετο, *E*, 64  
 θεολογώτατος, *E*, 372  
 ἱατρὸς ἀνὴρ πολλῶν ἀντάξιος ἀνδρῶν, *E*, 223  
 ἰδέαι, *E*, 275  
 ἱερὰν πικράν, *CMD*, 573  
 καὶ αἰεὶ ἐνορώσα δριμύ, *E*, 118  
 Καὶ ἐν τῇ πορφύρᾳ πύθηκοι, καὶ ἐν τῇ λεοντῇ ὄνοι,  
*E*, 57  
 καὶ μηδὲν ὑγιές, *E*, 119  
 καὶ πάλιν δι' εἰωθότων ἐτῶν..., *CTM*, 2  
 καὶ ταῦτα βασιλικόν, *E*, 311  
 Καὶ ταῦτα δὴ μὲν ταῦτα, *E*, 62  
 καπρούν, *E*, 216  
 κηρωρός, *E*, 544  
 κνίσση δ' οὐρανὸν ἵκει..., *E*, 287  
 κολακία, *E*, 84, 125, 270  
 κορδακίζει, *E*, 129  
 κρησφυγέτοις, *E*, 335  
 Κρόνος, *E*, 64  
 κῶμον, *E*, 84  
 Κυρκαῖος ἡκροάζετο, *E*, 132  
 λεπτολεσχίαι, *E*, 338  
 λήθη, *E*, 84  
 λήθης, *E*, 35  
 λογοδαῖδαλος, *E*, 218  
 λογομαχίας, *E*, 348  
 Μαλέαν δὲ κάμψας ἐπιλαθοῦ τῶν οἴκαδε, *E*, 254  
 μανία, *CMD*, 604  
 μαυρός, *CTM*, 5  
 μεγαλορροῦντας *E*, 402  
 Μὴ κίνει Καμάριναν, *CMD*, 624  
 μὴ κινεῖν το εὐ κείμενον κακὸν..., *CMD*, 624  
 Μῆριν αἶεδε θεὰ Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος..., *E*, 435  
 μισοπανία, *E*, 84  
 Μισῶ μνάμονα ἀκροατὴν, *E*, 547  
 Μισῶ μνάμονα συμπόταν, *E*, 546  
 μνημοσύνης, *E*, 35  
 μνημόσυνον, *CTM*, 8  
 μοναχός, *E*, 360  
 μῶρα γὰρ μῶρος λέγει, *E*, 238  
 μωρία, *CTM*, 3  
 μωρίας ἐγκώμιον, *CTM*, 3  
 μωρός, *CTM*, 5  
 Μωροσόφους, *E*, 60  
 Μωρότατοι, *E*, 59  
 Μώρυχος δὲ παρ' αὐτοῖς ὁ Διόνυσος..., *E*, 115  
 Μώρυχου Μωρότερος, *E*, 114  
 νεανίζειν, *E*, 214  
 Νεότης, *E*, 70

νεφεληγερέτου, *E*, 88  
 νήγρετον ὕπνον, *E*, 84  
 νηπεινθές, *E*, 34  
 νήπιοι, οὐδὲ ἴσασιν..., *E*, 79  
 νήπιοι, *E*, 434; νηπίοις, *E*, 505  
 νῆ τὸν Δία, *E*, 463  
 Νηρεὺς Ἀγλαΐης υἱός..., *E*, 160  
 Νηρεὺς· ὁ καλὸς καὶ εὐμορφος, *E*, 160  
 νῦν δὲ τὰ μέγιστα τῶν ἀγαθῶν..., *E*, 245  
 ὀβριμοπάτρης, *E*, 87  
 ὁ δὲ καὶ Ἡρακλῆς ἐπασχεν..., *E*, 421  
 οἱ ἐκ τῆς στοᾶς βάτραχοι, *E*, 242  
 οἶνος ἄνευ τε παίδων..., *E*, 237  
 οἶος ἐκείνος δεινὸς ἀνὴρ, *E*, 320  
 οἱ τῶν θεολόγων παῖδες, *E*, 468  
 ὁμόψηφοι, *CMD*, 641  
 ὄνειροι καὶ ποιηταὶ καὶ γραφεῖς..., *E*, 314  
 ὄνοι πρὸς λύραν, *E*, 177  
 ὄνον πρὸς τὴν λύραν, *E*, 392  
 ὄνος λύρας, *E*, 465  
 ὄνος λύρας ἤκουε..., *E*, 177  
 Ὅνος· Ὅνος τὰ ὅτα κινῶν, *E*, 61  
 Ὅνος πρὸς αὐλόν, *E*, 177  
 ὄνος πρὸς λύραν, *E*, 264  
 ὅς ᾄδων ἐκίνει λίθους τε καὶ δένδρα, *E*, 181  
 ὅς πάντα τάκειθεν ἐνθάδε στρέφει..., *E*, 239  
 Ὅτι μόνος ὁ σοφὸς πλούσιος..., *E*, 203  
 ὅττι κεν ἐπ' ἀκαίριμιν γλώτταν ἔλθῃ, *E*, 52  
 Οὐδ' ἀλασκοπιὴν εἶχ' ἀργυρότοξος Ἀπόλλων,  
*E*, 405  
 οὐδὲν πρὸς ἔπος, *E*, 428  
 Οὐ σκαῖος ἦν ἄνθρωπος..., *E*, 216  
 οὔτε γῆς οὔτε οὐρανοῦ ἀποτομένην, *E*, 383  
 οὗτος ἀξιός ἐστι κολάσεως, *E*, 234  
 οὗτος ἐγέλα πάντα..., *CTM*, 6  
 οὗτός ἐστιν ὁ δεινὸς ἐκείνος, *E*, 320  
 οὕτω γὰρ ἂν τὴν παροιμίαν ἐπαληθεύσαιμι, *E*, 99  
 παιδοποιεῖν, *E*, 89  
 παλῖμπαιδας, *E*, 99  
 παλινψδόν, *CMD*, 623  
 παραδόξους, *E*, 340  
 παροιμάζεσθαι, *E*, 424  
 παρησιαζεσθαι, *E*, 393  
 πᾶς ἐρρίφθω κύβος, *E*, 426  
 πατὴρ ἀνδρῶν τε θεῶν τε, *E*, 66  
 πατὴρ δ' ἐξ ἀγαθοῦ..., *E*, 69  
 πενταγλώττω, *E*, 466  
 πέντε κατάραις, *E*, 299  
 Πλούτος, *E*, 65  
 πολλάκι τοι καὶ μωρὸς ἀνὴρ κατακαίριον εἶπεν,  
*E*, 544  
 πολὺμητις Ὀδυσσεύς, *E*, 227  
 πολυμήχανος, *E*, 227

πολυτεχνότατον, *E*, 310  
 πολύτροπος, *E*, 227  
 προβάτειον ἦθος, *E*, 511  
 πρῶτος εὐρετής, *E*, 60  
 πρὸς τὰ ἀλφита, *CTM*, 27  
 ῥᾶον ἄγοντες, *E*, 126  
 ῥεχθέν δέ τε νήπιος ἔγνων, *E*, 190  
 ῥυπῶντας, κυφούς, ἀθλίους..., *E*, 213  
 σὴ δέ βίη λέυται..., *E*, 98  
 σοφιστής, *E*, 40  
 σοφός, *E*, 40; σοφούς, *E*, 501; σοφοίς, *E*, 506  
 σπουδογέλοιον, *CMD*, 559  
 Στέντορι εἰσαμένη μεγαλήτορι χαλκεοφῶν...,  
*E*, 329  
 συκίνη θεολόγω, *E*, 489  
 συμμαχεῖν, *E*, 472  
 συμπεριφοραίς, *E*, 143  
 συνήγορος, *E*, 483  
 ΣΩ. Μανίας δέ γε εἶδη δύο..., *E*, 536  
 τὰ μὴ καλὰ καλὰ πέφανται., *E*, 154  
 Ταντάλου κήπους τρυγάν, *E*, 201  
 Τάρταρον, *E*, 64  
 τὰ ὦτα κινῶσι, *E*, 61  
 Τέλος, *E*, 549  
 Τενέδιος, *E*, 482  
 τῇ δ' ἄρ' ἐπὶ φρεσὶ θῆκε..., *CTM*, 4  
 τὴν ἄμμου ἀναμετρεῖν, *E*, 206  
 τὴν γυμνοποδίαν, *E*, 129  
 τὴν ἐπὶ θύραις ὑδρίαν, *E*, 454  
 τὴν θρεττανελό, *E*, 129  
 τὴν κόρδακα, *E*, 129  
 τὴν λεοντὴν, *E*, 533; *CMD*, 615  
 τί δέ μ' ὠφελήσουσ' οἱ ῥυθμοί, *CTM*, 27  
 Τιμόθεος, *E*, 418

Τὸν Αἰθίοπα λευκαίνει, *E*, 46  
 Τό τε γὰρ τῶν προβάτων ἦθος..., *E*, 511  
 τό τε κατὰμεμπτον ἐπιλέλογχε..., *E*, 98  
 τοῦ καὶ ἀπὸ γλώσσης..., *E*, 103  
 τούτους δέδουκα τοὺς παχείς καὶ κομήτας...,  
*E*, 500  
 τὸ χαλεπὸν γῆρας, *E*, 98  
 τραγήματα, *E*, 141  
 τρυφή, *E*, 84  
 τῷ μὲν ἔπειτ' ὀδύσαντο θεοί, *E*, 126  
 τῶν γενομένων ἀνδρῶν..., *E*, 137  
 Τῷ ὑπάτῳ Κρονίῳ, *E*, 80  
 ὑπὲρ τὰ ἐσκαμμένα πηδῶ, *E*, 543; *CMD*, 616  
 ὑπόκειται γὰρ τρυφῶντες οἱ Φαίακες..., *E*, 399  
 φημί γὰρ δὴ ὁμοιότατον αὐτὸν..., *E*, 191  
 Φησὶ δ' Ἀριστοτέλης..., *E*, 176  
 φιλαυτία, *E*, 84, 158  
 φιλαυτία καὶ κολακία, *E*, 315  
 φίλαυτοι, *E*, 158  
 φιλεραστία, *CMD*, 604  
 φιλομειδῆς, *E*, 121  
 φιλοσοφία, *E*, 174  
 Φιλοτησία, *E*, 142  
 φιλῶ λέγειν τάληθές αἰεὶ..., *E*, 239  
 φροντιστηρίους, *E*, 300  
 φῶς ἀγαθόν, *E*, 215  
 χοῖροι Ἀκαρναῖοι, *E*, 108  
 χοραγός (χορηγός), *E*, 195  
 χρηματιστικόν, *E*, 136  
 χρυσή Ἀφροδίτη, *E*, 120  
 ὥς αἰεὶ τὸν ὁμοῖον..., *E*, 105  
 ὥς μοι φαίνεται εἰκότως ἀνὴρ..., *E*, 535  
 ὥσπερ Μεγαρέων οὐδεὶς λόγος, *E*, 163  
 ὦ φίλη Ἀφροδίτη, *E*, 391

## HEBRAÏSMOS

מֵכַשֶׁפִּים (*mekashefim*), *E*, 487

# ÍNDICE DE REFERENCIAS

Se ha hecho una división entre autores griegos y latinos en función de la lengua en que se encuentran compuestas sus obras. Para los textos bíblicos se ha manejado la *Vulgata*, y por ello se incluye entre los textos latinos. El criterio para ordenar los nombres tanto de autores como de títulos es el orden alfabético, no el cronológico (exceptuado el caso de los libros bíblicos, en los que se mantiene el orden canónico). Cuando hay varias referencias a una misma obra, los pasajes se ordenan según su secuencia natural. Los números en negrita que aparecen tras la cita aluden a las notas a pie de página pertenecientes a los textos traducidos. Los títulos de las obras menos conocidas en lengua española se mantienen en latín. No incluimos aquí las referencias que aparecen a lo largo de nuestra Introducción.

## AUTORES LATINOS

### **Apuleyo,**

*Apología*, 85: **101**

### **Bernardo,**

*Sermones en la ascensión del Señor*, 4, 4: **522**

### **[Catón]**

*Disticha Catonis*, 2, 18, 2: **430**

### **Catulo,**

12, 13: **8**

102: **131**

### **Cicerón,**

*Contra Pisón*: **555**

*Contra Quinto Cecilio*, 41: **170**

*Contra Vatinius*: **555**

*Disputaciones Tusculanas*, 1, 1: **174**

*Disputaciones Tusculanas*, 1, 92: **123**

*Disputaciones Tusculanas*, 2, 59: **186**

*Disputaciones Tusculanas*, 3, 30: **535**

*Disputaciones Tusculanas*, 5, 24: **168**

*El orador*, 55: **394**

*En defensa de Murena*, 25: **461**

*En defensa del poeta Arquías*, 9, 20: **2**

*Epístolas a Ático*, 3, 13, 2: **247**

*Epístolas a sus familiares*, 9, 22, 4: **436**

*Filípicas*: **555**

*Lelio o sobre la amistad*, 19: **146**

*Paradoxa Stoicorum*: **341**

*Paradoxa Stoicorum*, 6: **203**

*[Rhetorica ad Herennium]*, 1, 10: **316**

*Sobre el orador*, 2: **576**

*Sobre el orador*, 2, 10: **169**

*Sobre el orador*, 2, 25: **319**

*Sobre el orador*, 3, 222-3: **159**

*Sobre la adivinación*, 2, 11: **145**

*Sobre la naturaleza de los dioses*, 3, 62: **284**

*Sobre la naturaleza de los dioses*, 3, 94: **565**

### **Erasmus,**

*Adagia*, 1, 1, 4: **79**

*Adagia*, 1, 1, 7: **327**

*Adagia*, 1, 1, 37: **146**

*Adagia*, 1, 1, 41: **160**

*Adagia*, 1, 1, 42: **138**

*Adagia*, 1, 1, 65: **334**

*Adagia*, 1, 1, 92: **196**

*Adagia*, 1, 2, 44: **132**  
*Adagia*, 1, 2, 63: **45**  
*Adagia*, 1, 3, 53: **25**  
*Adagia*, 1, 3, 55: **373**  
*Adagia*, 1, 3, 67: **38**  
*Adagia*, 1, 3, 81: **286**  
*Adagia*, 1, 3, 86: **7**  
*Adagia*, 1, 3, 92: **158**  
*Adagia*, 1, 4, 21: **279**  
*Adagia*, 1, 4, 35: **177**  
*Adagia*, 1, 4, 44: **206**  
*Adagia*, 1, 4, 50: **46**  
*Adagia*, 1, 5, 36: **99**  
*Adagia*, 1, 5, 44: **383**  
*Adagia*, 1, 5, 73: **52**  
*Adagia*, 1, 5, 81: **78**  
*Adagia*, 1, 6, 74: **250**  
*Adagia*, 1, 7, 10: **57**  
*Adagia*, 1, 7, 11: **139**  
*Adagia*, 1, 7, 17: **237**  
*Adagia*, 1, 7, 77: **35**  
*Adagia*, 1, 7, 96: **308**  
*Adagia*, 1, 8, 7: **41**  
*Adagia*, 1, 8, 38: **119**  
*Adagia*, 1, 8, 48: **33**  
*Adagia*, 1, 9, 10: **295**  
*Adagia*, 1, 9, 29: **337**  
*Adagia*, 1, 9, 69: **47**  
*Adagia*, 1, 9, 88: **192**  
*Adagia*, 1, 10, 5: **135**  
*Adagia*, 1, 10, 43: **320**  
*Adagia*, 1, 10, 47: **197**  
*Adagia*, 2, 1, 54: **203**  
*Adagia*, 2, 1, 65: **454**  
*Adagia*, 2, 3, 59: **108**  
*Adagia*, 2, 5, 86: **43**  
*Adagia*, 2, 6, 19: **9**  
*Adagia*, 2, 7, 38: **215**  
*Adagia*, 2, 7, 59: **43**  
*Adagia*, 2, 8, 89: **321**  
*Adagia*, 2, 9, 1: **114**  
*Adagia*, 3, 1, 48: **314**  
*Adagia*, 3, 3, 1: **191**  
*Adagia*, 3, 5, 44: **318**  
*Adagia*, 3, 6, 31: **27**  
*Adagia*, 3, 8, 56: **178**  
*Adagia*, 4, 1, 1: **162**  
*Adagia*, 4, 1, 100: **101**  
*Adagia*, 4, 3, 94: **190**  
*Adagia*, 5, 1, 51: **125**  
*Colloquia*, 11: **35**

*Dialogus de recta latini graecique sermonis pronuntiatione*, ed. Robertus Stephanus, p. 112: **548**

**Estacio**,  
*Tebaida*, 4, 340: **180**

**Fedro**,  
*Fábulas*, 4, 10: **151**

**Gelio**,  
*Noches áticas*, 1, 17, 1-3: **176**  
*Noches áticas*, 2, 6: **544**  
*Noches áticas*, 3, 9, 6: **422**  
*Noches áticas*, 3, 9, 7: **423**  
*Noches áticas*, 5, 12, 8: **284**  
*Noches áticas*, 15, 10: **207**  
*Noches áticas*, 17, 12: **17**  
*Noches áticas*, 17, 15, 4-5: **249**

**Guillermo de san Teodorico**,  
*Vita Bernardi Claraeuaensis*: **539**

**Horacio**,  
*Arte poética*, 1s.: **389**  
*Arte poética*, 246: **214**  
*Epístolas*, 1, 1, 9: **225**  
*Epístolas*, 1, 2, 28-31: **399**  
*Epístolas*, 1, 2, 64-67: **184**  
*Epístolas*, 1, 4, 15s.: **107**  
*Epístolas*, 1, 18, 6: **271**  
*Epístolas*, 1, 18, 15: **25**  
*Epístolas*, 2, 2, 99s.: **323**  
*Epístolas*, 2, 2, 128-140: **248**  
*Epístolas*, 2, 12, 126-128: **433**  
*Odas*, 1, 4, 1: **36**  
*Odas*, 1, 9, 9: **397**  
*Odas*, 1, 10, 7s.: **127**  
*Odas*, 1, 18, 13s.: **158**  
*Odas*, 3, 1, 1: **332**  
*Odas*, 3, 4, 5-8: **244**  
*Odas*, 3, 14, 27: **73**  
*Odas*, 4, 3, 22s.: **320**  
*Odas*, 4, 12, 27: **431**  
*Odas*, 4, 12, 28: **432**  
*Sátiras*, 1, 1, 24s.: **559**  
*Sátiras*, 1, 3, 24-7: **150**  
*Sátiras*, 1, 3, 44s.: **147**  
*Sátiras*, 1, 3, 54: **148**  
*Sátiras*, 1, 3, 68s.: **149**  
*Sátiras*, 1, 3, 124s.: **203**  
*Sátiras*, 1, 3, 129s.: **266**  
*Sátiras*, 1, 7, 7: **279**  
*Sátiras*, 1, 8: **380**  
*Sátiras*, 1, 8, 1ss.: **127**  
*Sátiras*, 1, 9, 25: **266**  
*Sátiras*, 2, 3, 183: **188**

*Sátiras*, 2, 3, 247-9: **24**

*Sátiras*, 2, 5, 101: **194**

*Sátiras*, 2, 7: **579**

*Sátiras*, 2, 7, 54: **194**

### **Jerónimo,**

*Commentarii in Isaiam*, 1, 2, 12: **522**

*Commentarii in Isaiam*, 12, praef.: **23**

*Commentarii in iv epistulas Paulinas*, CPL 590,  
col. 607, lin.19: **467**

*Contra Vigilantium*: **557**

*Epístolas*, 52, 17: **569**

*Epístolas*, 115: **620**

*Sobre hombres ilustres*: **632**

*Sobre la vida de los clérigos*: **582**

*Sobre la vida de los monjes*: **582**

### **Juvenal,**

*Sátiras*, 1, 85s.: **545**

*Sátiras*, 3, 90s.: **265**

*Sátiras*, 6, 275ss.: **155**

*Sátiras*, 7: **298**

*Sátiras*, 7, 234: **304**

*Sátiras*, 10, 33s.: **6**

### **Lucrecio,**

*Sobre la naturaleza de las cosas*, 1, 1-49: **94**

*Sobre la naturaleza de las cosas*, 1, 936-950: **560**

*Sobre la naturaleza de las cosas*, 5, 932ss.: **221**

### **Ovidio,**

*Fastos*, 2, 289-300: **180**

*Fastos*, 3, 430: **284**

*Fastos*, 5, 195s.: **122**

*Heroidas*, 1: **251**

*Heroidas*, 15: **113**

*Heroidas*, 18, 61-5: **123**

*Metamorfosis*, 1, 5-7: **64**

*Metamorfosis*, 1, 89ss.: **221**

*Metamorfosis*, 1, 452ss.: **106**

*Metamorfosis*, 1, 625s.: **152**

*Metamorfosis*, 3, 310-312: **114**

*Metamorfosis*, 3, 359-401: **400**

*Metamorfosis*, 4, 563ss.: **106**

*Metamorfosis*, 6, 146ss.: **378**

*Metamorfosis*, 6, 333s.: **74**

*Metamorfosis*, 10, 1-77: **181**

*Metamorfosis*, 11, 146-193: **38**

*Metamorfosis*, 11, 410ss.: **106**

*Metamorfosis*, 11, 602-7: **100**

*Metamorfosis*, 13, 576-622: **112**

*Nux*: **14**

### **Persio,**

*Sátiras*, 1, 107: **572**

### **Plauto,**

*Anfitrión*: **127**

*El mercader*, 27: **210**

*El mercader*, 303-6: **102**

*El soldado fanfarrón*: **552**

### **Plinio el Viejo,**

*Historia natural*, 7, 131: **251**

*Historia natural*, 8, 107: **22**

*Historia natural*, 11, 59: **225**

*Historia natural*, 20, 222: **79**

*Historia natural*, 21, 108: **79**

*Historia natural*, 22, 133: **249**

*Historia natural*, 25, 30: **79**

### **Propercio,**

2, 10, 6: **253**

### **Quintiliano,**

*Institutio Oratoria*, 1, 10, 5: **145**

*Institutio Oratoria*, 5, 7, 15ss.: **600**

*Institutio Oratoria*, 6, 3: **317**

*Institutio Oratoria*, 11, 1, 44: **170**

### **Salustio,**

*Conjuración de Catilina*, 59, 5: **565**

### **Séneca,**

*Apocolocytosis*: **20, 555**

*Epístolas morales a Lucilio*, 27, 5-8: **267**

### **Séneca el Viejo,**

*Suasoriae*, 7, 13: **175**

### **Servio,**

*In Vergiliū Georgicon libros commentarius*, 3,  
328: **106**

### **Suetonio,**

*Vidas de los Césares. Julio*, 75, 1: **577**

*Vidas de los Césares. Nerón*, 16, 2: **590**

*Vidas de los Césares. Tiberio*, 42, 1: **7**

*Vidas de los Césares. Vespasiano*, 20: **578**

### **Tácito,**

*Anales*, 14, 52: **500**

*Anales*, 15, 44: **590**

### **Terencio,**

*Andria*: **579**

*El atormentador de sí mismo*, 77: **204**

*El eunuco*: **552**

*Los hermanos*, 839: **33**

**Tito Livio,**

1, 19, 5: **185**

2, 32, 8-12: **182**

5, 30, 1: **565**

7, 6, 1-6: **187**

10, 28; 22, 60; 23, 7: **186**

22, 56, 1 y 23, 10, 4: **486**

**Tomás de Aquino,**

*Comentario a Mateo*, 17, 5: **607**

**Valerio Máximo,**

7, 3, 6: **184**

**Vigilancio,**

*Aduersus Iouinianum*: **557**

*Apologia aduersus libros Rufini*: **557**

**Virgilio,**

*Bucólicas*, 3, 19: **382**

*Eneida*, 2, 39: **324**

*Eneida*, 6, 133-136: **246**

*Eneida*, 6, 417ss.: **368**

*Eneida*, 6, 471: **202**

*Eneida*, 6, 625-627: **260**

*Eneida*, 6, 713-5: **100**

*Eneida*, 7, 323-326: **412**

*Eneida*, 7, 641: **198**

*Eneida*, 8, 2: **164**

*Eneida*, 11, 418: **225**

*Eneida*, 12, 84: **279**

*Geórgicas*, 4, *passim*: **225**

**Vulgata,**

*Génesis*, 2, 17: **520**

*Génesis*, 3, 3: **520**

*Números*, 12, 11: **523**

*Deuteronomio*, 13, 5: **485**

2 Samuel, 11: **612**

1 Reyes, 26, 21: **524**

2 Reyes, 24, 10: **525**

*Esdras*: **621**

*Tobías*: **621**

*Judit*: **621**

*Ester*: **621**

*I Macabeos*: **621**

*II Macabeos*: **621**

*Salmos*: **259, 361**

*Salmos*, 24, 7: **528**

*Salmos*, 68, 6: **499**

*Proverbios*, 15, 21: **447**

*Proverbios*, 30, 2: **459**

*Eclesiastés*, 1, 2: **443**

*Eclesiastés*, 1, 15: **440**

*Eclesiastés*, 1, 17: **450**

*Eclesiastés* 1, 18: **448**

*Eclesiastés*, 7, 5: **449**

*Eclesiastés*, 10, 3: **458**

*Sabiduría*: **621**

*Eclesiástico*: **621**

*Eclesiástico*, 27, 12: **444**

*Isaías*, 14, 13: **522**

*Isaías*, 29, 14: **504**

*Isaías*, 64, 4: **541**

*Isaías*, 64, 6: **603**

*Jeremías*, 9, 23: **442**

*Jeremías*, 10, 14: **441**

*Daniel*: **621**

*Daniel*, 14: **370**

*Habacuc*, 3, 7: **479**

(*Evangelio según san*) *Mateo*: **621**

*Mateo*, 3, 16: **509**

*Mateo*, 5, 10s.: **475**

*Mateo*, 6, 28: **518**

*Mateo*, 10, 18: **519**

*Mateo*, 10, 29: **518**

*Mateo*, 13, 31: **518**

*Mateo*, 13, 54: **611**

*Mateo*, 18, 3: **518**

*Mateo*, 21, 2: **508**

*Mateo*, 23, 15 y 27: **507**

*Mateo*, 26, 47-52: **477**

*Marcos*, 6, 2: **611**

*Lucas*, 4, 23: **611**

*Lucas*, 12, 6; 12, 27: **476**

*Lucas*, 18, 25: **427**

*Lucas*, 22, 35s.: **473**

*Lucas*, 23, 34: **526**

*Lucas*, 24, 25: **495**

*Juan*, 1, 28: **377**

*Juan*, 1, 29 y 36: **512**

*Juan*, 4, 10-14: **548**

*Juan*, 4, 24: **346**

*Juan*, 7, 15: **611**

*Juan*, 10, 20: **601**

*Juan*, 10, 26-28: **510**

*Hechos*, 1, 7: **519**

*Hechos*, 2, 13: **531**

*Hechos*, 17, 23: **467**

*Hechos*, 26, 24: **532**

*Romanos*, 16, 18: **407**

1 *Corintios*, 1, 18: **498**

**1 Corintios**, 1, 18: **517**  
**1 Corintios**, 1, 24: **514**  
**1 Corintios**, 1, 25: **496**  
**1 Corintios**, 1, 27: **502**  
**1 Corintios**, 2, 9: **541**  
**1 Corintios**, 3, 32: **493**  
**1 Corintios**, 7, 1: **521**  
**1 Corintios**, 7, 30: **538**  
**1 Corintios**, 13, 4-8: **551**  
**2 Corintios**, 5, 21: **516, 610**  
**2 Corintios**, 11, 16: **491**  
**2 Corintios**, 11, 17: **492**

**2 Corintios**, 11, 19: **490**  
**2 Corintios**, 11, 23: **460**  
**2 Corintios**, 12, 2-4: **542**  
**Gálatas**, 3, 13: **610**  
**Filipenses**, 2, 7: **515**  
**1 Timoteo**, 1, 13: **527**  
**1 Timoteo**, 6, 4: **348, 598**  
**2 Timoteo**, 4, 2: **574**  
**Tito**, 3, 10: **480**  
**Hebreos**, 11, 1: **343**  
**Apocalipsis**, 1, 8: **86**  
**Apocalipsis**, 5, 12; 6, 1; 7, 17; 14, 1, etc.: **513**

## AUTORES GRIEGOS

### Apolodoro,

*Biblioteca*, 1, 13: **198**  
*Biblioteca*, 1, 14: **181**  
*Biblioteca*, 1, 21: **74**  
*Biblioteca*, 1, 45: **209**  
*Biblioteca*, 2, 4: **152**  
*Biblioteca*, 2, 85: **208**

### Aristófanes,

*Las asambleístas*, 751: **428**  
*Las nubes*: **167**  
*Las nubes*, 94, 128, etc.: **300**  
*Las nubes*, 648: **27**  
*Las nubes*, 1417: **99**  
*Pluto*, 8: **62**  
*Pluto*, 266s.: **213**  
*Pluto*, 1023s.: **216**

### Aristóteles,

*Descripción de los animales*, 610b22-28: **511**  
*Poética*, 1459a4ss.: **29**  
*Retórica*, 1363a7: **455**  
*Retórica*, 1404b17s. y 1408a10ss.: **29**  
 frag. 93, ed. Rose: **176**

### Arquíloco,

frag. 307 West: **419**  
 frag. 12 Adrados: **166**

### Diógenes Laercio,

*Vidas de filósofos*, 2, 26 (Sócrates): **176**  
*Vidas de filósofos*, 2, 41 (Platón): **168**

### Escolios,

*Scholia in Iliadem (scholia uetera)*, 3, 151: **106**

*Scholia in Odysseam (scholia uetera)*, 6, 244: **399**  
*Scholia in Odysseam (scholia uetera)*, 9, 80: **254**  
*Scholia in Odysseam (scholia uetera)*, 19, 179: **185**

### Esquilo,

*Los frigios*, frag. 471, ed. Mette: **544**  
*[Prometeo encadenado]*: **209**

### Eurípides,

*Bacantes*, 369: **238**  
*Hipólito*: **123**  
*Ifigenia en Áulide*, 1218s.: **215**  
*Reso*, 394s.: **239**  
*Troyanas*, 285-287: **239**

### Eustacio,

*Commentarii ad Homeri Iliadem*, 1, 469: **421**

### Heródoto,

*Historias*, libro 1 *passim*: **250**

### Hesíodo,

*Los trabajos y los días*, 40s.: **79**  
*Los trabajos y los días*, 109-126: **221**  
*Teogonía*, 1s.: **198**  
*Teogonía*, 77-79: **198**  
*Teogonía*, 116: **64**  
*Teogonía*, 214s.: **124**  
*Teogonía*, 923, 941, etc.: **72**  
*Teogonía*, 984s.: **112**

### Hipólito,

*Refutatio omnium haeresium*, 1, 13: **6**

### Homero,

*Himno a Venus*, 177: **84**  
*Iliada*, 1, 1s.: **435**

*Ilíada*, 1, 48; 382: **282**

*Ilíada*, 1, 249: **103**

*Ilíada*, 1, 317: **287**

*Ilíada*, 2, 216-220: **17**

*Ilíada*, 2, 232: **72**

*Ilíada*, 2, 672-4: **160**

*Ilíada*, 3, 150-3: **104**

*Ilíada*, 3, 424; 4, 10: **121**

*Ilíada*, 5, 785s: **329**

*Ilíada*, 6, 138: **126**

*Ilíada*, 8, 51s.: **205, 292**

*Ilíada*, 8, 103: **98**

*Ilíada*, 10, 515: **405**

*Ilíada*, 11, 514: **223**

*Ilíada*, 11, 653s.: **320**

*Ilíada*, 17, 32; 20, 198: **190**

*Ilíada*, 22, 470: **120**

*Odisea*, 1, 15: **76**

*Odisea*, 4, 221: **34**

*Odisea*, 5, 436; 7, 223: **231**

*Odisea*, 8, 270ss.: **336**

*Odisea*, 8, 325: **54**

*Odisea*, 9, 82ss.: **79**

*Odisea*, 9, 109: **78**

*Odisea*, 10, 305: **79**

*Odisea*, 13, 79s.: **84**

*Odisea*, 17, 218: **105**

*Odisea*, 18, 158 y 21: **1: 4**

*Odisea*, 10, 229ss.: **2**

## **Luciano,**

*Alejandro*, 40: **60**

*Alejandro*, 54: **383**

*De parasito*: **19**

*Diálogos de los muertos, de los dioses, marinos y de las meretrices*: **19, 156, 208**

*El cabotaje*: **276**

*El gallo*, 6: **226, 543**

*Elogio de la mosca*: **19**

*Elogio de la mosca*, 12: **47**

*Hermotimus*, 72: **314**

*Philopseudes siue incredulus*, 1: **428**

*Prometeo*: **209**

*Saturnalia*, 9: **99**

*Timón o el misántropo*: **179**

*Zeuxis*: **274**

## **Orígenes,**

*Fragmenta ex commentariis in epistulam I ad Corinthios (in catenis)*, 6. [ed. C. Jenkins]: **497**

## **Pausanias,**

*Descripción de Grecia*, 3, 23, 6-7: **150**

*Descripción de Grecia*, 9, 39, 8: **35**

## **Platón,**

*Banquete*, 176a1ss.: **558**

*Banquete*, 180c1-181a6: **243**

*Banquete*, 213d6: **604**

*Banquete*, 215a6-215b3: **191**

*Banquete*, 217e3s.: **237**

*Banquete*, 220c1: 62, **129**

*Crátilo*, 398b5-7: **220**

*Fedón*, 63e9-64a6: **535**

*Fedro*, 227a1ss.: **567**

*Fedro*, 265a9-265b5: **536**

*Fedro*, 265b5: **540, 605**

*Fedro*, 266e4-5: **218**

*Fedro*, 274c5-275b2: **219**

*Filebo*, 18b6-18d2: **219**

*República*, 358b1ss: **16**

*República*, 440e8-441a3: **136**

*República*, 453e2ss.: **137**

*República*, 473c11-d6: **171**

*República*, 514a1-516b7: **275**

*Timeo*, 23a7-23b1: **2**

*Timeo*, 41a7ss.: **200**

## **Plutarco,**

*Cosas de banquetes*, 612C1: **546**

*Cosas de banquetes*, 730D10: **163**

*El banquete de los siete sabios*: **144**

*Frases célebres de reyes y generales*, 184D3-8 (Pirro): **575**

*Las virtudes de las mujeres*, 249B4-249C11: **207**

*Sobre si los animales utilizan la razón*: **21**

*Vidas paralelas. César*, 62, 10: **500**

*Vidas paralelas. Licurgo*, 15, 8-9: **184**

*Vidas paralelas. Sertorio*, 11, 1-8: **184**

*Vidas paralelas. Sertorio*, 16, 5-11: **184**

*Vidas paralelas. Temístocles*, 12: **183**

## **Sófocles.**

*Áyax*: 554: **96**

*Edipo en Colono*, 1235-1238: **98**

## **Suda.**

A, 1071: **405**

A, 1621: **206**

A, 1843: **334**

E, 814: **47**

E, 1190: **57**

E, 1370: **234**

E, 3154: **438**

Θ, 475: **129**

K, 2071: **129**

M, 904: **624**

M, 906: **624**



M, 1343: **114, 115**  
N, 321: **34**  
N, 420: **160**  
O, 385: **177**  
O, 391: **177**  
O, 393: **61**  
Σ, 122: **99**  
Σ, 812: **40**  
T, 80: **201**

T, 309: **482**  
T, 523: **57**  
Θ, 427: **142**

**Teócrito,**  
*Idilios*, 6, 18s.: **154**

**Teofrasto,**  
*Caracteres*: **168**

# ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	5
I. Erasmo de Rotterdam: esbozo biográfico .....	5
II. Producción literaria de Erasmo .....	18
III. La <i>Stultitiae Lavs</i> . Modelos, significado, estructura .....	26
3.1. Modelos antiguos .....	28
3.2. Modelos medievales.....	30
3.3. Los <i>Sileni Alcibiadis</i> . Ideario de Erasmo .....	34
3.4. Estructura compositiva.....	36
IV. Estilo y lengua de la <i>Stultitiae Lavs</i> .....	39
V. Influencia en la literatura española .....	50
VI. Ediciones y traducciones. Nuestra traducción.....	53
VII. Bibliografía.....	57
CUADRO CRONOLÓGICO .....	61
ELOGIO DE LA ESTUPIDEZ .....	67
I. La estupidez con su sola presencia ha disipado las cuitas del auditorio ..	73
II. Argumento de la declamación .....	74
III. Por qué se alaba a sí misma .....	75
IV. Por qué improvisa unas palabras.....	76
V. La estupidez se presenta a sí misma de inmediato .....	77
VI. Imitación de los rétores .....	77
VII. Linaje, lugar de nacimiento y nodrizas de la estupidez.....	78
VIII. Ídem .....	79
IX. Comparsa de la estupidez .....	80
X. A la estupidez se deben toda la vida y todas sus bondades.....	81
XI. Ídem .....	81
XII. Ídem .....	82

XIII.	Parentesco de la estupidez con la niñez y la vejez .....	83
XIV.	La estupidez o alarga la juventud o retrasa la vejez .....	85
XV.	A la estupidez se entregan sobre todo los dioses .....	86
XVI.	En ninguna parte falta la salsa de la estupidez .....	89
XVII.	Las mujeres gustan a los hombres por su estupidez .....	90
XVIII.	El mejor aderezo de los banquetes es la estupidez .....	91
XIX.	También es trabazón de la amistad .....	92
XX.	Es mediadora del matrimonio .....	94
XXI.	Es unión de toda sociedad humana .....	94
XXII.	Qué papel desempeña el amor propio como hermano genuino de la estupidez .....	95
XXIII.	La estupidez es la causa de los asuntos de guerra .....	96
XXIV.	Inconvenientes de la sabiduría .....	97
XXV.	Ídem .....	100
XXVI.	El poder de las sandeces en el pueblo .....	100
XXVII.	La vida del hombre no es nada más que cierto juego de la estupidez..	102
XXVIII.	Las artes se deben a la vana sed de gloria .....	102
XXIX.	Reclama para sí la gloria de la prudencia .....	103
XXX.	La estupidez es una guía hacia la sabiduría .....	105
XXXI.	Es la razón de que la vida sea tolerable .....	107
XXXII.	Las ciencias, inventadas para la ruina del género humano, respaldadas por la estupidez son de gran valor .....	109
XXXIII.	Ídem .....	110
XXXIV.	El más dichoso es el género de los animales, a los que el arte no ha ensuciado .....	111
XXXV.	Los estúpidos, tontos, idiotas y payasos son mucho más dichosos que los sabios .....	112
XXXVI.	Ídem .....	114
XXXVII.	Ídem .....	115
XXXVIII.	La locura es algo deseable .....	115
XXXIX.	Semejante locura es la que domina a maridos, cazadores, arquitectos y jugadores .....	117
XL.	Los supersticiosos .....	119
XLI.	Ídem .....	120
XLII.	Los locos que se halagan con títulos nobiliarios .....	122
XLIII.	La egolatría es inherente a los individuos, a los pueblos y casi a las ciudades .....	123
XLIV.	Ventajas del amor propio y de su hermana la adulación .....	123
XLV.	La felicidad depende de la opinión de la gente .....	124
XLVI.	Para todos los mortales están dispuestos los beneficios de la estupidez .....	126
XLVII.	Benevolencia de la estupidez .....	127
XLVIII.	Diversas clases y formas de estupidez .....	128
XLIX.	Los gramáticos .....	130

L. Los poetas .....	132
LI. Los jurisconsultos .....	134
LII. Los filósofos .....	135
LIII. Los teólogos .....	136
LIV. Los religiosos y los monjes .....	141
LV. Los reyes y la nobleza cortesana .....	147
LVI. Ídem .....	149
LVII. Los obispos .....	150
LVIII. Los cardenales .....	150
LIX. Los sumos pontífices .....	151
LX. Los obispos alemanes .....	153
LXI. La fortuna favorece a los estúpidos .....	154
LXII. Testimonios de la antigüedad .....	156
LXIII. Testimonios sacados de las Sagradas Escrituras .....	157
LXIV. Los malos exegetas de las palabras de las Sagradas Escrituras ....	160
LXV. Ídem .....	163
LXVI. Parece que la religión cristiana guarda algún parentesco con la estupidez .....	167
LXVII. La mejor recompensa para los hombres es una cierta locura .....	171
LXVIII. Epílogo .....	172

#### APÉNDICE

Carta de Erasmo de Rotterdam a Martín Dorp .....	177
--	-----

#### ÍNDICES

Glosario-índice onomástico .....	209
Índice de expresiones griegas .....	219
Índice de referencias .....	223

